

JOSE MARTI

Obras Completas

12

En los Estados Unidos



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1975

Volumen 12

En los Estados Unidos

Escenas norteamericanas I - IV

	Pág.
La Nación, 23 de agosto de 1888 Sucesos y costumbres. Los baños y los bañistas de Asbury. La inmigración italiana. Millonarios. Fuegos artificiales. Los niños judíos. Huelgas. La duquesa de Malborough. El beso del mayor Elecciones. Gallos y escobas. El “partido americano”. Los premios del 4 de julio. Guerra a la inmigración perniciosa. Ideas avanzadas.	15
La Nación, 19 de septiembre de 1888 Por la bahía de Nueva York. El verano de los pobres. Las playas. Una excursión de caridad. Vapores de río. La vida en los hoteles. Regreso de Blaine. Su influjo en las elecciones. El telescopio de Lick. Jubileo religioso. Trescientos inmigrantes pordioseros devueltos a su patria. El Presidente de la República en la bahía de Nueva York.	23
La Nación, 6 de octubre de 1888 Agosto norteamericano. Quehaceres, bailes, juegos y bautizos. Los ricos en verano. El estreno de la casa Van Alen. Porcelanas y tapices. ¡Estos nobles nuevos! La catástrofe de los suecos en el “Geyser”. Emigración sueca a los Estados Unidos. El cumpleaños de Ericsson. El festival de un poeta. Suecia en tiempo de Bellman. Los normandos en América. Libro nuevos de Horsford. Viaje de los normandos a Massachussets. Vinlandia y los indios. El descubridor Leif Ericson. La novela famosa de Amelie Rives. “¿El vivo o el muerto?” El tipo nuevo del Sur. Boceto de la novela. Problema pavoroso. Escándalo.	31
La Nación, 11 de octubre de 1888 La campaña electoral en los Estados Unidos. Blaine contra Cleveland. La peregrinación de Blaine. Los hombres pintorescos de estas elecciones. El anciano Thurman, y su oratoria popular. Protección y librecambio. Departamento de oradores. Oradores notables, y lo que les pagan por sus discursos. ¿De dónde vienen los fondos? La disputa sobre las pesquerías de Canadá. El sentimiento en política. El mensaje de represalia de Cleveland.	41
La Nación, 2 de noviembre de 1888 Ocupaciones de septiembre. La fiebre amarilla. Cazadores y estudiantes. La candidatura de Cleveland. Carta programa.	51
La Nación. 17 de noviembre de 1888 Nueva York en octubre. La política. Coquelin. Vereschagin. La plutomanía. Grandes robos. Una boda china.	61
La Nación, 22 de noviembre de 1888 Un día en Nueva York. La mañana. El suicida de la bolsa. Carreras: pugilato. política. El palacio de maíz. La procesión de los inválidos. 79 millones en pensiones. Las tres guerras. Gobernívoros y burómanos.	69

La Nación, 16 de diciembre de 1888	
Un funeral chino. Los chinos en Nueva York. Creencias. Ceremonias. Ofrendas. Trajes. Cantos. Emblemas. Escenas curiosas. La procesión. El entierro.	77
La Nación, 11 de diciembre de 1888	
¡Elecciones! La campaña presidencial en los Estados Unidos. Causas, métodos y trascendencia de la derrota de Cleveland. Cleveland en el gobierno. La escena por dentro y fuera. Día de elecciones.	87
La Nación, 1 de febrero de 1889	
Vida norteamericana. En busca de destino. Las escuelas industriales. El Día de Gracias. La comida. El obispo. La conversación. Historia del Día de Gracias. Gracias a Lincoln. El discurso del abuelo. ¡A Lohengrin!	103
La Nación, 7 de febrero de 1889	
Crónica norteamericana. Fiestas de invierno. Los poetas populares. La anexión del Canadá. Decadencia religiosa “Las hijas del rey”. Un ejército piadoso.	111
La Nación, 24 de febrero de 1889	
Invierno primaveral. Ponche de leche y té de violetas. La linda Brown Potter. Año nuevo en Washinnton. La discreta Mrs. Cleveland. Abuso de hospitalidad. La comida al gabinete. Castigo público al presidente del Senado. La campaña de calumnias contra el hogar de Cleveland. Las “lloronas”. Cómo empieza el año en Nueva York. Los Astor y los Vanderbilt. La vida de alta sociedad. Un invierno entre los ricos. Las locas	121
La Nación, 28 de febrero de 1889	
Variedades. El crucero de dinamita. Los “Hijos de Holanda”. Millonarios. Oradores. Un corregidor agrario. La anexión en el Canadá. Cómo ha de educarse a los indios. Los huesos de Colón. La guerra en Haití. Un cerebro de 12.000.000. Edison. Política. La batalla de los empleos. Los peregrinos de Indianápolis. Gacetilla de las elecciones. Harrison y su mujer. La disputa por los ministerios. Política invisible. Los empleos y no el país. Cómo nombra un Presidente su gabinete. Política cesárea. Lucha de Estado y de ambiciones. Blaine, Sherman, Allison, Alger. Blaine, “Premier”.	129
La Nación, 30 de marzo de 1889	
Bailes, política y huelgas. La Guardia Vieja. El conflicto de Samoa. La doctrina de Monroe. El Canal de Nicaragua. La huelga de los tranvías.	139
El Partido Liberal, 1889	
“Jonathan y su Continente”. Los Estados Unidos en 1889 por el autor famoso de “John Bull y su isla”. Lo que falta en el libro. “Los Estados Unidos en 1889, y el americano de ahora”. Ojeada sobre el carácter del norteamericano. El yanqui y su mujer. Max O’Rell, y su estilo. El libro. Jonathan y John Bull. Las anécdotas. El capítulo de “la joven americana”. La mujer del Norte, según Max O’Rell. Los periódicos y lo que les falta. La política. Los literatos, y la literatura. “¡Id a vivir a Inglaterra !”	151
La Nación, 16 de abril de 1889	
Inauguración. Cómo entra y cómo sale un Presidente en los Estados Unidos. Fiestas y ceremonias. Fiestas populares. Actos oficiales, en sociedad. Cleveland. Harrison.	167

La Nación, 24 de mayo de 1889	
Empleos y pretendientes. Cómo se distribuyen puestos. Rivalidad, celos y venganzas. Las legaciones. Conflictos. Tacto de Harrison.	183
La Nación, 30 de mayo de 1889	
En los Estados Unidos. Miscelánea noticiosa. Primavera. Música. Sport. Millonarios. Prestidigitadores y espiritistas. Conciertos al pie de la horca. La pena de muerte y la penitenciaría. Un rey de la Bolsa encarcelado. 30,000 pesos por un caballo para Buenos Aires. Caballos famosos. Bebidas de moda. ¡ A las minas! Muerte de un millonario. Ericsson.	193
La Opinión Pública, 1889	
Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos. Una ciudad de diez mil almas en seis horas. Un incendio en Nueva York, y un domingo de pascuas. El paseo de los ricos. El paseo de los negros. Colonización súbita de las tierras libres. La invasión de los colonos en Oklahoma. Cuarenta mil colonos invaden a Oklahoma a la vez. La tierra de la leche y la miel. El seminole Osseola. Rivalidad de los ganaderos y los agricultores. Vencen los agricultores. La peregrinación y la entrada. Miles de carros. Cuadrillas de jinetes. Los pueblos vecinos. La noche en el camino. Muertos. Tempestad. El domingo de las vísperas. Cuadrillas de mujeres. Mujeres solas. Los veteranos. El sacerdote improvisado. El combate con los intrusos. Ella Blackburne, la bonita. La periodista, Nanitta Daisy. La hora de la invasión. Desborde por las cuatro fronteras. Carros a escape y caballos en masa. Pie a tierra y posesión. El espectáculo magnífico Cómo se creó la ciudad. La oficina de Registro. El primer tren que llega. Traición y desconsuelo. ¿Quién trazó la ciudad? Tiendas, hoteles, anuncios. El banco. El primer periódico. La primera elección. La noche en el desierto.	203
La Nación, 22 de junio de 1889	
El centenario americano. La llegada al muelle. Oratoria y banquete. Al pie de la estatua de Washington. Milicia y ciudadanos. La lección del siglo.	215
La Nación, 26 de julio de 1889	
Johnstown. El valle, el torrente. Espectáculos de la calamidad. La reconstrucción.	227
La Nación, 2 de agosto de 1889	
La política extranjera de Uncle Sam. Universidades prácticas y retóricas. Cómo debe educarse a la americana. Complots irlandeses. Postdata.	239
La Opinión Pública, 1889	
Las elecciones en Pensilvania contra la fabricación y uso de bebidas. Escenas de la elección en Filadelfia. El voto en Johnstown, sobre las ruinas. La reforma en el modo de votar. Se quiere el voto libre y secreto. Casillas privadas y boletos bajo sobre. Los ricos sociales. Boston y la libertad. Grupos de ricos para estudiar la reforma social.	247
La Nación, 16 de agosto de 1889	
El 4 de julio. La política. Los nuevos Estados. Transformación y progreso.	255
La Opinión Pública, 1889	
El verano en Nueva York. La playa y los bañista. Una familia en Coney Island. Días penosos. Pescadores y refrescos. Un proceso célebre. El jurado de negros. La silla de ajusticiar. Una envenenadora en la horca. Un suicidio. Estudio de carácter. Simón Cameron, político americano. De la aldea al Senado. Cómo se levanta un político. La amistad de Lincoln. Los méritos y las faltas de Cameron. Un hombre hábil. Los literatos revocadores.	271

La Nación, 17 de agosto de 1889 Pugilato. Sullivan contra Kilrain. El teatro chino. Asamblea de los nuevos Estados. Batalla de huelguistas. Negros y blancos.	277
La Nación, 6 de octubre de 1889 Monumentoan los peregrinos. Los últimos indios. Los Cristos del Sur.	287
La Opinión Pública, 1889. Cartas de Martí.	299
La Nación, 9 de octubre de 1889 La Exposición de Nueva York de 1892. Cómo nació la idea. La ciudad imperial triunfante. Preparativos entusiastas.	311
La Opinión Pública, 1889. Cartas de Martí.	323
La Nación, 10 de noviembre de 1889 El problema negro. La religión contemporánea. Asamblea protestante. Convención de banqueros. El papel moneda. El peso de plata. Compras colosales de los ingleses. El alemán en las escuelas. Matrimonio suntuoso. La Exposición de 1892.	335
La Nación, 22 de noviembre 1889 Universidad sin metafísica. Las mujeres electoras. Empleos y tarifas. Política yanqui en Haití. Relaciones con México. Intereses privados y política internacional. La convención de las lanas. El discurso de Blaine	347
La Nación, 23 de enero de 1890 El primer mensaje de Harrison. Política del partido republicano. Proteccionismo. Marina. Fortificaciones. Relaciones Exteriores. Tierras públicas. La Conferencia Americana.	359
La Nación, 20 de febrero de 1890 Desde el Hudson. Las lanas. La Exposición en Nueva York. Asuntos notables. El banquete de los puritanos. Autoritarios y reformistas.	373
La Nación, 20 de marzo de 1890 Política internacional de los Estados Unidos. La Exposición de 1892. Venta escandalosa de un banco nacional.	383
La Nación, 26 de marzo de 1890 La vida parlamentaria. Elección de presidente de la Casa de Representantes. Detalles últimos. Origen de un gran conflicto.	391
La Nación, 29 de marzo de 1890 Presidencia de la Casa de Representantes. La elección de Reed. Sesiones borrascosas. "Caucus" republicano. Actitud de los demócratas.	401
El Partido Liberal, marzo de 1890 Política internacional y religión. Haití y los Estados Unidos. Cleveland. Mrs. Cleveland. Los kindergartens de pobres. La sociedad de Nueva York. El problema religioso en los Estados Unidos. El cristianismo y la libertad. El famoso predicador Brooks. Un sermón de mediodía en la iglesia de lo Trinidad.	413

La Nación, 16 de agosto de 1890	
Desde Nueva York. Graves preocupaciones del Este. Los grandes contrastes. La insolencia de los ferrocarriles. Bodas famosas	423
La Nación, 22 de octubre de 1890. Cartas de verano. La universidad de los pobres.	433
La Nación, 2 de noviembre de 1890. Cartas de verano. En las montañas.	441
La Nación, 20 de octubre de 1890	
Rivalidad de Blaine. La Cámara de Representantes contra la Secretaría de Estado. Triunfo de Reed. Tratados de reciprocidad.	449
La Nación, 2 de diciembre de 1890	
Viaje del Conde de París. El general Sickles. La República Francesa y la Secretaría de Estado americana. Excursión oratoria. Resultados políticos de un arancel. Las elecciones de noviembre.	459
La Nación, 24 de diciembre de 1890	
Las elecciones. Extraordinaria mayoría demócrata. El "bill" McKinley. Primera ojeada electoral. Los republicanos. La alianza de los agricultores. Los demócratas. Los hombres nuevos.	469
La Nación, 26 de diciembre de 1890	
Variedades de otoño. El Parque. El Conde de París. La "Feria de caballos". El ayunador Succi. La recepción de Stanley.	477
La Nación, 13 de enero de 1891	
Congresos. La convención de los campesinos. Judíos y cristianos. Las "Hijas del rey". Las mujeres de Sorosis. Buques. Los del Brasil. El Congreso en Washington. Resumen y ojeada política. Actualidad y probabilidades.	483
La Nación, 20 de mayo de 1891	
El asesinato de los italianos. Las escenas de Nueva Orleans. Los antecedentes y el proceso. La Maffia y la política local. El asalto a la cárcel. La reunión, la marcha, los muertos.	493
El Partido Liberal, 17 de diciembre de 1891	
Un gran pianista, Paderewski. La oradora humanitaria, Annie Besant. El poeta de Asia, Edwin Arnold. Sucesos: el drama nuevo de Sarah Bernhardt. Paulus en Nueva York. La Exposición de Chicago. El bautizo del crucero "New York". Los millonarios. Los hijos de rico. Desgracia del millonario Cyrus Field.	503

Primera edición publicada por la Editorial Nacional de Cuba, en coordinación con la Editora del Consejo Nacional de Cultura y la Editora del Consejo Nacional de Universidades. La Habana, 1963-1965.

Segunda edición

los otros, aunque en la hora se
quiera pagar por todo a
los caprichos y fogueras de la naturaleza
humana, cuando la
hora del atorcimiento y la
grande suena, cuando el
honor humano o el honor
patrio están en peligro, como
ocurrió el viento una paja,
se cauden de la hombre
todas las preocupaciones, conve-
niencias o intereses que puedan
estrabarse, y al fin como águilas
libres se arrojan apretadamente
a la pelea canino de la ley.
En vida les es grata, pero en
el pensamiento en cepo, las
miradas melancólicas, las mejillas
abofetadas, la afecto en diezmos,
toda calma en tormento. Y
para pagar vela vida, que no
esto se amable cuando es
noble, se ve de a conquistadas.
Necesitase decir, O, que
tenemos delante a uno recto,
honroso e interesado, que con
ha pagado con su propio
cuello el precio de su li-
bertad, y con sus propias
manos ha desenterrado

EN LOS ESTADOS UNIDOS

ESCENAS NORTEAMERICANAS

IV

1888-1891

ESCENAS NORTEAMERICANAS

1888

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Sucesos y costumbres.—Los baños y los bañistas de Asbury.—La inmigración italiana.—Millonarios.—Fuegos artificiales.—Los niños judíos.—Huelgas.—La duquesa de Marlborough.—El beso del mayor.—Elecciones.—Gallos y escobas.—El “partido americano”.—Los premios del 4 de Julio.—Guerra a la inmigración perniciosa.—Ideas avanzadas

Nueva York, Julio 15 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Lo que se prepara es mucho, y lo que se ve poco, en este mes estival. Los petimetres salen para las montañas con su guardarropa estético, con camisas de seda blanca para almorzar, y medias de seda bordadas de oro, donde las damas vean bien la marca. Narragansett Pier vuelve a ser famoso por la libertad con que allí se enseña la hermosura, tanto que el día no se pasa en las casas, vestido como manda la honradez, sino sobre la arena caliente, y a la verdad, aunque parezca crudeza, sin más disfraz de las formas que el que entrada la noche usan las pecadoras de alquiler en las tabernas de los barrios bajos, donde en un trono de cajones vacíos, con marineros y ladrones a los pies, impera, con túnica roja, una beldad carnuda. Son ya los baños aquí causa de tanta murmuración que el dueño de uno de ellos, donde no va por cierto sino gente conocida y dada al culto, ha tenido que proclamar por bando un reglamento según el cual prohíbe que en Asbury Park se lleve puesto el traje de baño más de una hora, porque se ha hecho ya costumbre entre señoras y caballeros andar con él, a lo que quieran ver los ojos, la mayor parte del día, y no sólo perecear por la arena, conversando al amor del sol a carne limpia, sino que damas y galanes se iban con esas leves ropas de bracero por las tiendas de la ciudad, y merendaban o comían en los hoteles de la playa sin más velos que una túnica de franela, hasta las rodillas para la gracia femenil, ni más manga ni medias entre los caballeros que la persona desnuda.

Que Gould, el millonario, no puede dormir. Que Garret, aquel otro millonario cuya conversación fue acaso la que hizo morir de apoplejía al padre de los Vanderbilt, vuelve de Oriente loco. Que son vistosos los

fuegos de Coney Island, donde se ha abierto en la playa un estanque, en que maniobran buques de pino y lienzo hechos a semejanza de los que al mando de Farragut tomaron a Nueva Orleans, y se ve el bombardeo, y el incendio, y Farragut que manda, y el general Butler que entra por tierra a caballo. Que los chinos han tenido su jira campestre, con grandes cacerolas de col sin sal y arroz sin grasa, pero no quisieron ir con los chinos apóstatas, que han sentado plaza con la cristiandad, y van a las escuelas de domingo, si no solos, con una imagen de su dios, Yoss, todo de oro, y una bandera verde. Que no se ha de pensar tan mal de los judíos, aunque en lo hondo del más generoso se vea la angustia y miseria de la raza, porque hay entre los hebreos muchas nobleza natural, por más que el vivir sin patria los haga interesados y egoístas,—y eso se vio ayer, cuando iba una barca cargada de niños judíos pobres, a mecerse en los columpios que tiene preparados en una isla vecina una asociación generosa, y fue de notar la mansedumbre, independenciam y gentileza de aquellos niños, que mostraban apetito sin codicia, y belleza sin vicio, y alegría sin brutalidad, a más de cierto donaire en los movimientos que hacían parecer como de casa de reyes a aquellas criaturas miserables, sin más caudal que la perspicacia que les viene acumulada de padres a hijos y la hermosura de sus ojos negros. Que la empresa del ferrocarril de Burlington pagó a dos bribones para que se afiliasen entre sus empleados huelguistas, e hiciesen de modo que pudiera parecer que la huelga había determinado lastimar con dinamita la propiedad de la empresa, que quiso acusar y resulta acusada.

Que se casó en Nueva York con una viuda rica el duque de Marlborough, el hermano de Randolph Churchill, y como no hubo reverendo metodista que les quisiera bendecir la unión, por tener el duque otra esposa viva de la que está separado por culpa notoria de él, fueron los novios ante el *mayor* de la ciudad, que es de los ricos y amigos de la viuda, tanto que la ceremonia no acabó con las palabras austeras de la ley, sino con un beso que dio gustoso el *mayor* a la desposada, según privilegio de su empleo, y permiso que le pidió antes al marido.

Pero esas minuciosidades no distraen a lo más de la gente de la preocupación mayor, que es la de la campaña presidencial, para la que ya están organizadas las juntas de los dos partidos principales, y de los demás también, que entre todos son siete, y uno de ellos el de las Amigas del Sufragio Libre, que han nombrado candidato a Belva Lockwood, la elocuente doctora en leyes de Washington que anda en velocípedo, pero no sin que protesten otras “amigas del sufragio”, acusando de trampa la

designación, porque candidato debió ser la Anthony, o la Stanton, o la Phelps. Y en ese cálculo de los siete falta un partido, puesto que en el papel se ha de poner todo lo que sea cierto, y es el partido de los espiritistas, o de algunos de ellos, cuyo pretendiente a la Presidencia es un Flirtwood, que recibió de los espíritus comunicación directa y privada de que él debía ser, con la ayuda invisible, el candidato de este año, y no Harrison ni Cleveland ni el de los antilicoristas, ni el de los antimetalistas, ni el de los de la tierra libre, ni el de los obreros, sino él, Elías Flirtwood, conforme se lo ordenan, amigos ya en la paz del cielo, aquellos dos que no lo fueron en la tierra, Douglass y Lincoln: y no se lo ordena también Harrison, el abuelo del candidato republicano que fue Presidente, porque su nieto es candidato ahora, y “no parece bien trabajar contra la familia”.

Cuanto tenga que hacer con las elecciones preocupa principalmente: cómo van a recibir los republicanos a Blaine, con procesiones y arcos triunfales, para que los ayude en la campaña;—cómo Harrison no es mayormente rico, lo cual presenta su partido como una prueba de virtud, sin ver que, para su capacidad y ocupaciones, hartamente rico es, y no ha de tener al fin de la vida mucho más de cien mil pesos un abogado mediano;—cómo son dignos rivales los caudillos de la junta democrática y republicana, hombres los dos de ojo redondo que le ven crecer la intención a su contrario;—cómo están llenas las vidrieras de las tiendas de insignias curiosas para la pelca electoral, ya un gallo dorado en forma de alfiler de corbata, con los retratos de Harrison y Morton,—ya un adorno de ojal, dorado también, que es una escoba, símbolo de triunfo como el gallo, con el retrato de Cleveland y su mujer, pomposo él, y risueña ella,—ya botones de seda, con el pabellón nacional por fondo, y bordadas sobre él las iniciales de uno u otro pretendiente,—ya pañuelos de seda o algodón, bien con la bandera norteamericana, que son los que usan los republicanos como para tachar de enemigos de la nación a los demócratas,—ya el pañolón sin borde, casi siempre rojo, con cuadros al sesgo, que es la divisa de los demócratas y el genuino bandana de la India: no hay por las calles bolsillo sin uno u otro pañuelo, ni ojal sin su botón, ni alfiler sin gallo, ni solapa sin escoba.

Sólo una novedad distrajo algo la atención y ha sido causa de serios comentarios, por venir de un hombre de peso; y fue una fiesta de premios en que el *mayor* de la ciudad, el mismo del beso a la duquesa,

acompañó de declaraciones importantes los cumplidos con que iba entregando las recompensas a los vencedores en un certamen que abrió un dueño de diario, para las niñas o niños que escribiesen en pocos párrafos las mejores celebraciones del día Cuatro de Julio.

Y esas palabras del *mayor* son de mayor importancia ahora, por haber venido viajando sin perder pie en el camino el "partido americano" que se fundó hace un año en California, y está celebrando su convención en Filadelfia, en los mismos días en que el primer médico de la Marina se duele de la mísera naturaleza de los inmigrantes anémicos y gibosos que están llegando este año, y el Congreso parece dispuesto a decretar una información sobre la gente que llega de afuera, que es casi toda turca, o rusa, o de los reinos eslavos, o de lo más pobre de Italia, de donde se está viendo ahora que unos pícaros especuladores echan engañados a mucha familia infeliz, tomándoles una hipoteca, que casi siempre cede en favor de los bribones, sobre las pocas liras que adelantan por el pasaje a los italianos alucinados.

Y es verdad que hoy mismo se cuentan por miles los italianos recién venidos que están viviendo en Nueva York de la caridad de sus compatriotas o de su gobierno, pero también lo es que este suceso puede ser el pretexto de que se valen los enemigos de la inmigración excesiva para plantear el problema, tomando insidiosamente como víctima, so capa de protección, a la gente italiana que es mal vista por la irlandesa, cuya inmigración cría más chivos barbones que empresas útiles, y saca del país más dinero que el que le produce, y favorece más las cervecerías que las libertades. Sin que esto quiera decir que no es real el peligro, porque lo es, y han de mirarse mucho los pueblos nuevos antes de negar los derechos de hombre al que los merezca por su lealtad e inteligencia, o de conceder la facultad de volcar o podrir la constitución nacional a quien no sabe leer la lengua en que está escrita.

"Yo no aceptaré,—dice el *mayor* Hewitt,—candidatura alguna del "partido americano", porque creo que esto de americano lo hemos de ser por igual en todos los partidos; pero sí creo que se nos va entrando mucho vicio en la sangre, y que es hora ya de ir sabiendo a quién sentamos a la mesa, así como de ir retirando de manos ignorantes y venales el derecho de minar una república con el voto que venden a quien primero se lo paga."

"¡Jamás le daría yo derecho de votar, jamás, a quien no supiese leer y escribir! Y nadie tiene que llamarse a queja de que no sabe, porque

aquí enseñamos a cuantos quieren aprender. Ni daría yo ese derecho del voto a quien no tuviera, por una larga residencia, cariño e interés real en el país, aunque no fuera el interés que da la hacienda; tanto que si en mi mano estuviera, tal como mantuve que en los edificios nacionales no debía ondear más bandera que la de la nación, así mantendría que no debe darse el derecho del voto al extranjero que no lleve de residencia en el país veintiún años." Dijo el *mayor*, y dio un beso en las mejillas de una de las niñas premiadas, que era alemana.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 23 de agosto de 1888

POR LA BAHÍA DE NUEVA YORK

El verano de los pobres.—Las playas.—Una excursión de caridad.—Vapores de río.—La vida en los hoteles.—Regreso de Blaine.—Su influjo en las elecciones.—El telescopio de Lick.—Jubileo religioso.—Trescientos inmigrantes pordioseros devueltos a su patria.—El Presidente de la República en la bahía de Nueva York

Nueva York, Agosto 3 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

No es el estío de Nueva York odioso por lo que arde, que mientras dura el león por el cielo es mucho, sino por lo que atormenta a la gente infeliz que no tiene más parque que el techo de las casas, caldeado por el día, o el fresco de las baldosas, que con la luz de la luna parecen menos quebradas y miserables. De los techos de las casas de vecindad, que son las más en los barrios pobres, cuelgan racimos de piernas.

De abajo, de muy abajo, se ve allá, en las alturas de un séptimo piso, una camisa colorada que empina un jarro blanco lleno de cerveza, como una gota de sangre en que ha caído otra de leche. La luna da tintes de azufre a las cabelleras amarillas, y vetea de bilis las caras pálidas. De una chimenea a otra, buscando ladrillos menos ardientes donde reclinarse, pasan medio desnudos, como duendes, los trabajadores exhaustos, enmarañado el pelo, la boca caída, jurando y tambaleando, quitándose con las manos los hilos de sudor, como si se fuesen destejiendo las entrañas. En la acera donde los niños consuelan el vientre sediento echándose de bruces sobre las baldosas tibias, se tienden al pie de un árbol canijo o en los peldaños de la escalinata, las madres exangües, desfallecidas por la rutina de la casa, mortal en el verano: las mejillas son cuevas; los ojos, ascuas o plegaria; de si se les ve el seno no se ocupan; apenas tienen fuerzas para acallar el alarido lúgubre de la criaturita que se les muere en la falda.

También eso se ha de venir a ver aquí, no sólo Saratogas y Long Branches,—y los Tuxedos, donde los mozalbetes sin quehacer, que rechupan el puño del bastón en el invierno, imitan, de casaquín y calzón de punto, la caza de la zorra en Inglaterra,—y los Narragansetts, donde se bañan vestidas de turca, con un pañuelo colorado o azul a la cabeza, la linda Joy Lindsay, de Tennessee, con mucho cabello negro, boca de

guinda y ojos de sed, realzados por el trigüeño pálido del cutis,—la hermana de Amelie Rives, autora ya célebre de una novela meridional, por el ardor y el colorido, en que se trata el drama pavoroso de una viuda que contrae nuevos amores;—la “hermosura cubana” como llama el *Herald* a Piedad Zenea, “La Golondrina”, que escribe a los diarios cartas tan animadas y correctas, la hija del poeta, que, al desnudarse el pecho para que se lo llenasen de balas los soldados españoles, ¡prometió a sus amigos salir del sepulcro a dar gracias a los que fuesen buenos para su mujer y “para la niña”!

Muy hermosas son esas playas y la de Atlantic City, donde va lo mejor de Filadelfia, y tantas más; ¡pero ha de conocerse también lo triste!

El hombre acaba por envilecerse, y la mujer por afearse, cuando no templa de vez en cuando el amor exclusivo a su bienestar con el espectáculo de la desdicha ajena. Sólo es feliz el bueno. El mundo no es palacio. El mejor amigo de los hombres es el que los pone delante de su deber, y les dice: Mira. El deber se ha de cumplir en alguna parte, —aquí o luego.

Suele haber compasión entre los pudientes, y es justo decir que hay muchas sociedades, de señoras sobre todo, que cuidan de enviar por días, y aun por semanas, a los niños pobres a la orilla del mar, donde les tienen campo libre, baños salados, tiovivos y columpios. Se quisiera ser lluvia de oro, y sol, y aire puro, y tienda de ropa, y zapatería, cuando se les ve llegar en fila, encogidos y medrosos, a los muelles de donde los llevan a las costas vecinas los vapores del río. Vienen a cientos, con un orden que aflige. Se hablan cuchicheando, como si estuvieran en la iglesia. Algunos, los más cuidados, traen un bulto, donde la madre puso juntos bajo una toalla desflecada, un pastel de ruibarbo y una muda de ropa. Pero pocos cargan bultos. Casi ninguno lleva sombrero. De diez, uno tiene zapatos. Color, lo ostenta apenas, más como mancha de fiebre que como flor de la piel, algún hijo de italianos o de griegos. Las orejitas de las niñas, no tienen gota de sangre. Hay bocas que son llaga viva.

Muchos son tuertos y muchos tiñosos. Hay niña que no tiene más vestido que una camisola azul atada con una cuerda a la cintura y por sombrero, sus greñas. Un caballero de cinco años, que se come con los ojos la torta de maní de su vecino, lleva de pantalón uno de su padre, cortado por el muslo con dos remiendos de cuero en las asentaderas.

Y mientras llega la hora de partir,—a *Staten Island*, donde Búfalo Bill campea, jinete en alazán, con sus indios medio desnudos y sus vaqueros atrevidos,—a *West Brighton*, donde en un vasto acuario se finge, entre luces de Bengala y estruendo de cohetería, el incendio del Londres viejo, o la toma de Nueva Orleans,—a *Glew Island*, por donde pasea en globo, meditando contratos con el arrogante Ericsson, el capitán Martínez,—a *Rockaway*, costa franca, donde el mar limpio se crece y se encabrita, y rompen las olas en la playa abierta con la majestad de la furia, mientras el bote piafa y la multitud busca en él el mejor puesto, para gozar de la vista de la bahía, los chicuelos, que ya osan hablar al amparo del ruido del vapor, se señalan con asombro la gente que va entrando: ¡aquella, con chaleco de hombre, y sombrero de jugador de pelota!: ¡aquél, vestido todo de franela blanca, y la camisa también de franela!: mira ése ¡oh, ése! que va a jugar al “lawn-tennis”, a la pelota de jardín, con la chaqueta colorada y la cachucha amarilla: ¡oh, aquel señor, qué señorón que ha de ser, con tanto vientre, y esa leontina tan pesada, y ese chaleco tan planchado, y las patillas teñidas, y la calva, mírale la calva ahora que se quita el sombrero de pelo blanco!: ¡ay, Teresina, mira la madona! aquella que va por allí, con la cara como la madona de la madre, y la sombrilla azul, toda vestida de encaje. Teresina la mira, la mira. Llaman a los niños a la verja, desamarra el vapor, las ruedas baten el agua muerta del muelle con las aspas poderosas. ¡Y todavía ni Teresina ni su compañero, cogidos de la mano, han apartado los ojos de la escalera, por donde desapareció la madona!

En el viaje se chistea, se luce el conocimiento de la bahía, se ven los muelles clavados, como los dientes en las encías, a ambas márgenes del río; se divisa a los lejos, veloz como una aparición, el *yacht* de Jay Gould, negro y afilado; las velas recién ancladas resplandecen a última luz del sol, contra las torres rojas de los graneros.

Los huéspedes de los hoteles van hablando de chismes de la casa; de los que salen a pasear juntos; de que ésta aparenta más de lo que tiene; de que aquél vino de Nueva York a caza de damas, y con toda su parafernalia veraniega, y sus pañuelos de colorín y sus calcetines de seda con cifra de oro, se va a ir mohíno, sin haber logrado dama; de que no hay gasa tan transparente como la lanilla crema con vivos acarmidados con que se baña la mujer del gobernador; de que no es su mujer, sino su amiga; de que perecen de hambre en el hotel, con tanto cordero

pasado por agua y tanta sopa de lentejas; de que la temporada sería de no vivir, si no fuera por la gloria del baño del mar, y por los bailes de la noche, que son curiosísimos, donde se ve a un comerciante de peso y pro bailando lanceros frente a un pimpín de calzón a la rodilla, y a una, de amazona y sombrero plumado, cedaceando con otra de pródigo descote, y a un *dandy* de frac apurando cuadrillas con un garzón que carga con desembarazo su traje de pelotero.

Y en otros grupos se habla de negocios, o de letras, o de política: de que en Chicago van a levantar por fin un monumento a los policías muertos por la bomba anarquista hace dos años,—de que otra vez alzan cabeza, con el fuego del verano, los anarquistas, aunque la verdad es que no la alzan ellos, sino que les echan espías disimulados de fanáticos que los comprometen en planes locos, y luego los delatan. A la autora de "John Halifax, Gentleman", novela famosa, ya le están levantando por óbolo popular un monumento. Nueve piedras conmemorativas inauguraron ayer solemnemente, reunidos los confederados y los federales, en el campo de batalla de Gettysburg.

De eso, y de las mil cosas del día se habla, entre un vistazo a la playa y un cuento pecador. De que va a ser muy reñida la campaña electoral, porque los proteccionistas, que son todos los que a expensas de la masa de la nación tienen parte en las industrias privilegiadas, están prontos a gastarse en la campaña puños de dinero, y a Blaine lo van a recibir a su vuelta de Europa como a persona de casa real, con procesiones marciales y cívicas, y banquetes pantagruélicos y enormes luminarias. De que los demócratas lo ven venir a pie firme, y si los republicanos, con quienes está lo más de los proteccionistas, reparten láminas del traje de lana hecho en los Estados Unidos que cuesta diez pesos, para demostrar que con la tarifa alta para las lanas se puede producir trajes baratos, los demócratas reparten también láminas del traje, pero con una nota al pie en que se demuestra que, por la tarifa alta, y lo miserable del salario del sastre, el fabricante cobra diez pesos por tres piezas de vestir que a él no le cuestan más que cinco; y si llega a entrar sin derecho o con menos derechos el traje barato de Inglaterra, es claro que unos cuantos dueños de telares se quedarán sin poder cobrar al pobre el doble de lo que el traje vale, pero el pobre comprará dos con lo que ahora compra uno y el que ni uno podía comprar, si se aprueba el proyecto de Mills, puede.

Y el proyecto ya venció en la Casa, que hace seis meses, antes del mensaje de Cleveland y de ver lo que ha podido en la opinión, parecía

dispuesta a volverle las espaldas; pero los republicanos del Senado no quieren acordarle el asentimiento que lo convertirá en ley, porque esperan llevarse de un vuelo la elección presidencial a fuerza de pesos contantes, de músicas, de apelaciones sentimentales al interés del trabajador, a fuerza de paradas y arcos embanderados, de vocerío en la prensa, de halagos a la muchedumbre de cuna extranjera, de paseos y discursos de Blaine triunfante: ¡han ido hasta esperar el primer viaje del colosal vapor nuevo, del *City of New York*, para que Blaine venga en él y parezca que va a recibirlo y a vitorearlo el gentío que ha de acudir al muelle por la curiosidad del vapor! Y no hay que decir que no triunfarán; porque hay mucho interés privado bajo esta campaña emprendida so capa de política; y ya se sabe que la masa popular va donde hay plata y platillos: ¡todavía es héroe, y siempre lo será, un tricorno a caballo, o un retórico que perora desde el pescante de un coche, como los dentistas! Arlequín es como los jesuitas, que parece que muere, pero es porque, para seguir triunfando, se quita el traje viejo, y se pone el de la época. La naturaleza descuidada en apariencia, agracia con las dotes que aseguran el prestigio a aquellos que son capaces de venderlas, y no las hermosean con el desinterés, raíz del carácter.

Y mientras de eso hablan los temporadistas, como está hablando todo el país, en la cubierta del vapor, se oye gran ruido, la gente se pone en pie, el brazo viril resbala del cuello que ceñía amoroso, caen por el tablado las sillas de tijera, se va de lado el barco con el peso, porque los pasajeros todos se agolpan a estribor.

¿Es el buque que lleva a Europa a descansar de sus faenas al astrónomo que ha descubierto en torno de la Constelación de Lira, con el potentísimo telescopio californiano de Lick, los halos de nubes y castrejas, puestos como corona unos dentro de otros, donde se ve cómo se transforma el mundo, y de vellón opaco y flotante va convirtiéndose en la masa sólida y luminosa de los planetas?

¿Es algún vapor de río donde pasea, arengando en la popa, el frenético Harrison, que intentó en vano coronar su jubileo religioso con una leva de almas entre los corredores y bolsistas, gente descreída y hereje, que no se paraba en la calle, donde era el templo, a oír a Harrison, sino a invitar a un corredor amigo a tomar en Delmónico un santo-domingo, que es un menjunje de veras con todos los licores de aroma juntos en hielo picado, o a catar en lo de Savarin el melón de

moda, empapado de vino de Marsala desde ocho horas antes de servirlo, o a comprar para su amante de alquiler un perro amarillo con el hocico negro?

¿O es el barco que se lleva de vuelta a Italia trescientos infelices, que echaron acá engañados, prometiéndoles mundos, los pícaros agentes de emigración que merodean por lo más ruin de Europa husmeando comisiones sobre los pasajes, o adelantando el dinero del boleto al pobre húngaro o piemontés, que por la maravilla de las seis liras al día que le ofrecen de salario probable en Nueva York, deja en hipoteca que jamás redime su casuco nativo y su viñedo?

Barco es; pero ninguno de éstos, sino el *yacht*, relumbrante con su pintura fresca, que lleva a Cleveland, libre por unos días de los enojos del gobierno, atisbando de mancha en mancha con unos cuantos amigos, bien cargado de sábalos el anzuelo, las pozas turbias por donde pueda ir juntándose en greyes la macarela azul. El Presidente lleva un traje de hule amarillo.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 19 de septiembre de 1888

3

AGOSTO NORTEAMERICANO

Quehaceres, bailes, juegos y bautizos.—Los ricos en verano.—El estreno de la casa Van Alen.—Porcelanas y tapices.—¡Estos nobles nuevos!—La catástrofe de los suecos en el “Geyser”.—Emigración sueca a los Estados Unidos.—El cumpleaños de Ericsson.—El festival de un poeta.—Suecia en tiempo de Bellman.—Los normandos en América.—Libro nuevo de Horsford.—Viaje de los normandos a Massachusetts.—Vinlandia y los indios.—El descubridor Leif Ericson.—La novela famosa de Amelie Rives “¿El vivo o el muerto?”—El tipo nuevo del Sur.—Boceto de la novela.—Problema pavoroso.—Escándalo

Nueva York, Agosto 22 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Desde que la cigarra aparece, echándose en cara machos y hembras en incesante diálogo la culpa de traer tras sí los primeros fríos de otoño; desde que el sol rojo de agosto quema las hojas pesadas del manzano, manchado de oro y sangre, como la porcelana de Iga; desde que, con el humo de la hojarasca muerta, va cuajándose el cielo al fresco del crepúsculo con el color melancólico del ónix,—nótase en todo mayor agitación, y en los bailes de campo más gente, y más arrebato en las carreras de caballos, y más decisión en los amores, y en las fiestas más prisa: el sol se va: es preciso hacer acopio de sol para el invierno.

Los amoríos veraniegos maduran, y empiezan a anunciarse ceremoniosamente los compromisos: las esposas caseras caldean al baño de María los pomos de cristal donde guardan en almíbar, para los meses fríos, la pera y el durazno, que junto a la estufa reluciente monda la familia, chisteando y engullendo, en gran algazara: y mientras la ciudad sacude el polvo a los teatros, y refrescan los hoteles la pintura mortecina de sus comedores, por el campo no hay noche sin baile, a la luz de la luna o de las linternas chinescas, ya vestidos los hombres de langostas y de maíces las mujeres, ya ellos de frac, con el pelo empolvado, y ellas de petos y tontillo, con cofia y manteleta, como en los tiempos de Marta Washington. Las madres ricas de Newport, la ciudad de los palacios de verano, dan fiestas sonadas para sacar a sociedad sus hijas, o distraen, en banquetes donde las servilletas van ceñidas con anillos de oro que dicen "Mizpah" en piedras preciosas, la emoción del torneo de la tarde, entre hijos de millones, para ver quién lanzaba por el aire con mano más segura la pelota de jardín, coronada—como los siboneyes—con cresta de plumas; o bautizan su casa recién hecha, colgada a destajo por el artista decorador con tapices de hilo de plata, como

los griegos, o con hebras de oro, como los del rey Attalus, o con asuntos de la invasión normanda, tan vivos de color que parecen acabados de salir de las manos hacendosas de la reina Matilde, amiga de emplearse con sus damas en dejar en las telas de Bayán la historia hazañosa de su marido el conquistador.

Es rica la mansión de Van Alen en Newport, con frescos tomados cuerdamente de la historia y poesía del país, y frisos de cuarzo chispeante, y cenefas de mármol mexicano, y en los rincones mesas menudas y aéreas, con ejemplares de loza de Satsuma, pero no de la falsa, hecha de arcilla gruesa, con ramazones de negruzco azul, sino botellas y urnas de Simkoroko, o tazas de piedra dura de Mishima, con embutidos de colores, como los que labran en sus platos y jícaras de madera los indios de Michoacán, sólo que el dibujo es de greca y alfajoz, como el de los aztecas y egipcios, y no de rosas, guirnaldas y curvas de fantasía, como las de los indios michoacanos.

Pero el bautizo de Van Alen no acabó con los lanceros de Virginia, tan graciosos y corteses, que es uno de los pocos bailes que merece recomendación, sino con una especie de cotillón que llaman *german*, donde fueron sorteando las parejas sus cintas amarillas y azules, que eran los colores coloniales. Porque estos "Van" de Holanda, y "O" de Irlanda, y "Mac" de Escocia, en cuanto a la sombra de la libertad moderna levantan fortuna, la emplean en murmurar de estos tiempos en que va andando el hombre por sí, sin ir detrás, como la vacada en la dehesa, del cencerro del manso. A estos "nobles del bacalao", como les llaman por aquí, no les gusta ostentar en el escudo la artesa y mantequera con que vinieron al país sus progenitores cuando los hombres sabían defender su conciencia ultrajada con las mismas manos callosas de tanto darle al batidor para sacar buena mantequilla. Lo que les place bailar es la *meschianza*, como en los años de la revolución en Filadelfia, que vio el deshonor de que las señoras del país danzasen en gran descote, con mucho pie de punta y mucha sonrisa, con los chupascoloradas ingleses, cuando a las puertas estaba tiritando en su chupa azul Washington, con sus valientes en trizas, sin más botas que la nieve, ni más comida que unos cuantos boniatos. Lo que llevan en la portezuela, y en la cigarrera, y en el sello de la sortija, y en el mango del paraguas, y en el medallón del pecho no es el cepillo del abuelo que vino de ensamblador, o la pértiga del campesino, o el zurrón del peón de vacas, sino el día en que el ministro americano presentó la familia, hecha un cesto de joyas a la reina de Inglaterra, o la corona de globos y puntas que, a costa

de su dicha y honradez, compra la americana presuntuosa de un marquesillo arruinado. ¡Este año han sido muchas estas indignas bodas! ¡Hay hija de millonario pescador, y herrador, y vendedor de zapatos, que, con tal de casarse con noble, da su frescura americana, y sus ojos azules sedientos, a un barón enclenque de la nobleza de santísimo pontífice! Y el barón se queda en Italia, y la baronesa vuelve sola a los Estados Unidos, con sus sedientos ojos azules.

Otros que fueron a Europa no vuelven, como esos pobres suecos que venían en el "Geysér" de ver a sus familias, y de recordar juntos las glorias de Bellman, su poeta, cuando en plena mañana topó por el costado con el "Thingralla", que de la mordida lo partió en dos, y lo echó al fondo del mar, como sus pasajeros, muerto. Había mozos de barba rubia y espaldas anchas que enseñaban en escuela o poseían tierras de trigo en Minnesota. Había maestras, criadas y mineros. Había leñadores, poetas y curas. Había pilotos atrevidos, que le llevan al año a la madre lo que han ganado cargando maderas de Michigan y Wisconsin a los mares del sur,—y swedenborgianos ardientes, que propagan la sabiduría del místico sueco, y sostienen que por ella se ha de limpiar la cristiandad de inmundicia, como a la luz radiante de la fragua se lo dijo el ángel de sexo perfecto, varón y hembra a la vez, en sus visiones escatológicas. Había dos fornidos panaderos que con el país no mudaron de amor, y dedicaron parte de las ganancias del invierno a ir a ver en la primavera a sus novias. ¡Todo se fue al mar, porque el "Thingralla" no puso proa a la izquierda, como se lo mandaba desde el "Geysér" la luz verde!

Y acababa el sueco Ericsson, el que inventó el "Monitor" cuando la guerra del Sur, de saludar, ahuecándose como acostumbra la melena poblada ante su tocador, la alborada de sus robustos ochenta y seis años.

Los suecos acababan de recibir para él un mensaje de su rey, y de cantar bajo su balcón el "¡Horr oss svea!", con acompañamiento de saxofón, y de hurras al compatriota que les invitaba a no cansarse de admirar "al viejo, al único hombre que ha puesto de veras en prisiones, para servicio de la humanidad, la luz del sol, al inventor del motor solar".

Y días no más hacía que los honradísimos suecos, venidos para la fiesta nacional de los bosques del Noroeste, de las minas de hierro de

Michigan, de las carboneras de Iowa, de los aserraderos enormes de Wisconsin, de los trigales de Kansas y los maizales de Illinois, de las fábricas de aperos de labranza en cuya construcción, como en todo lo de metal, son obreros notables; de las selvas que están echando abajo; de los arsenales que dirigen; de la mesa del geógrafo, donde levantan mapas; de los colegios donde enseñan,—días no más hacía que con júbilo sano celebraron en la libertad de la arboleda, la fiesta de Bellman, su poeta nacional, el poeta del tiempo de Gustavo Adolfo,—la fiesta que dejaban atrás los pobres del “Geyser”.

Fue en el campo, como al poeta gustó en vida, cuando dejaba palacio y terciopelos por irse, con el chambergo sobre los ojos y la pipa en la boca, a cantar con sus amigos y la gente natural del pueblo aquellos anacrónicos versos suyos, en encomio del vino blanco y el amor, en que cuenta cómo le cae a la bella Ula, dormida en el quicio de su ventana, a medianoche, la cabellera amarilla; o recomienda, como Hayyam en el *Rubaiyat*, que se beba el buen vino antes de morir, o convida a la “dulce Amarilis” a salir de su calle, donde el pesado Moritz vende chanclos de palo y el diácono de gorro picudo se le atreve con amores rastrosos de sacristía, para ir mar arriba, en su barca pintada de blanco, a pescar truchas, cantando y amando a remo suelto, entre delfines y sirenas.

Para poner contento a un sueco, no hay más que hablarle de Bellman. ¿Quién no sabe cómo murió, rodeado de sus amigos, improvisando versos amorosos, apretando la copa vacía?: “¡muramos, amigos, como debemos vivir, y como deben decirse los versos; los versos son música: es música la vida; muramos cantando!” Aquí estaba él en el festival de Nueva York, pintado en madera, en el respaldo del estrado, presidiendo, con el tricornio puesto y el laúd sobre la pierna cruzada, la procesión de los personajes que danzan y sonrien en sus propias obras, fiel pintura de aquellos tiempos de pueblo sencillo y rey grandioso—Christian el correo enamorado, Pedersen el marino trovador, Gustavo el sacerdote, que dice al día dos misas, una en el altar de su iglesia, y otra en el altar vedado de Emmanuel el herrador. Abogados felinos, curas ojeadores, notarios lívidos, usureros greñudos, zapateros mirones, cortesanos golosos, padres vigilantes, mozas lozanas, más de doscientos eran entre todos, de túnica unos y otros de mandil, unos de velvetina y otros de pana burda, cuáles en zuecos de cuero, cuáles calzados de piel de zorra con hebillas de plata, los hijos de aquella fantasía feliz que puso

en canto la monarquía del que en su cama de muerte pidió la pluma para recomendar a sus súbditos de América, con tanto empeño, el buen trato de los indios, que cuando los bravos colorados se juntaron en solemne *powwow* para deliberar sobre la maldad del invasor, no juzgaron al sueco por tal, sino por amigo: y el orador de la junta dijo así, ante el tribunal del cielo, con las dos manos alzadas: “El indio dice que se debe querer al sueco, porque el sueco sabe ser amigo leal. El indio no guerreará con el sueco, ni lo exterminará. Esto se manda, y ha de ser así. Cúmplase.” Y por toda la tierra se ha cumplido.

De antiguo vienen estas relaciones entre la gente del norte europeo y la América; porque si hay cosa averiguada es que los normandos estuvieron hace más de mil años en América, donde ya vivía el indio en casas que eran pueblos, como las ruinas de Casas Grandes en Chihuahua, en las que habita aún, donde le dejan vida los blancos rapaces, el laborioso y simpático zuñi, hábil en telas, jarcias y cerámica, como ya cuentan las sagas islandesas que lo eran los indios de entonces.

Y no cabe narración más fidedigna que la de aquellos viajes que a costa de la vida hizo, por donde está ahora Cabo Cod, el caballero de la virtud que se llamó Leif Ericson, y salió huyendo de príncipes tiranos, allí como en todas partes ayudados por la clerecía, para fundar en costas más felices el imperio donde el gozo del pensamiento libre fuera la recompensa del valor cristiano. Pero los indios le salieron al paso al extranjero con unas como granadas azules, que estallaban causando gran estrago, y con lanzas que sabían hallar los huecos de la cota, o meter de un porrazo hasta el cogote la malla de la caperuza. Y luego, ya por la fama de la tierra donde crecía silvestre la uva, ya por el placer del mar, vinieron la ambiciosa Gudrid y Bjarme el corpulento, y aquel a quien se le apareció el espantable monstruo Unípedo, aquel bello Thorvaldo, de quien habla la saga con la poesía islandesa, de plata y lapizlázuli.

Eso lo saben los americanistas, como saben de viajes de chinos y malayos por el oeste y de negros por el este; pero ahora se va a poner en boga este pintoresco conocimiento, con el libro que tendrá pronto fuera de las prensas Eben Horsford, de Boston, que fue por donde la Vinlandia de Ericson estuvo, según demuestra él con nuevos y curiosos datos.

Pero de fijo que no alcanza este libro, con sus reflejos de la epopeya cósmica de la Voluspá, la boga de la noveleta de Amelie Rives, la osada y hermosa joven de Virginia que acaba de salir de su vida de amazona en la casa patriarcal, donde la mimaron abuelos y siervos, para ir de bodas a París, recién casada con el millonario Chandler.

El Sur está dando un tipo humano nuevo, donde con el atrevimiento del Norte, y la fuerza y color de la vegetación tropical, hierve la pasión latina. Es como un paganismo; pero paganismo a caballo, y con látigo y botas de montar, como anda por sus dominios, dibujando troncos y acariciando niños, la impaciente Amelie Rives. Es un color sin bridas, y un genio sin moderación. Ve al que ama, y tiembla. Se echa en sus brazos, y lo echa luego de sí. En esta vibrante novela, "¿El vivo o el muerto?", a cuyo título mismo ha dado en inglés el sabor arcaico que señaló sus primeras noveletas hípicas, hay un drama brutal y magnífico, aunque sin armonía, grados, ni beldad literaria, entre la pasión carnal, la atracción física, el influjo del cuerpo, el trastorno causado por la aparición triunfante de la belleza,—y la pasión espiritual en su caso más bello y sutil, el caso de amor de una viuda joven y ardiente a su marido muerto.

Ya ella va a ceder. Ya va a casarse con el primo de su esposo ¡un primo que se le parece tanto! Ya lo ha despedido, lo ha acompañado en una noche de tempestad al ferrocarril, ha contado, con estertores de agonía unas veces y otras con alaridos de triunfo, sus desfallecimientos primeros, sus miserables dudas, el encanto de su alma y de su cuerpo, su victoria feroz y pasajera, su sumisión al amor nuevo, un amor imperioso, elegante y fuerte. Ya están cerca las bodas; una tarde en que él vuelve a la casa a buscar algo olvidado, ella se ampara de la tormenta en la iglesia donde se casó con Valentín, con su primer amor, con "Val". Y la sombra va creciendo, y su espanto. Ya ve a Val. Ya tiene delante a Val. ¡Oh Val, no me lastimes así el brazo; y aquel otro infame que le ha logrado manchar el alma, ¿va a venir? ¡No, perdónalo, Val! ¡Es tuya, Val! ¡Tuya no más, Val de mi vida! Se arrodilla, siente la mano fría, se retuerce, cae en el suelo sin sentido. Y cuando al día siguiente ve en su sala delante de sí al primo asombrado, no lo ve con rencor, puesto que triunfa de él, sino como con cierto frío cariño, por haber averiguado gracias a su inútil belleza de hombre, que puede más que las seducciones de la carne la fidelidad del alma.

Y en esta tierra puritánica ha levantado gran escándalo, durable y terco escándalo, esta obra desordenada y vigorosa de una mujer de veintitrés años.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, octubre 6 de 1888

LA CAMPAÑA ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Blaine contra Cleveland.—La peregrinación de Blaine.—Los hombres pintorescos de estas elecciones.—El anciano Thurman, y su oratoria popular.—Protección y librecambio.—Departamento de oradores.—Oradores notables, y lo que les pagan por sus discursos.—¿De dónde vienen los fondos?—La disputa sobre las pesquerías de Canadá.—El sentimiento en política.—El mensaje de represalias de Cleveland

Nueva York, Agosto 30 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Levantán los escoceses con gran ceremonia una estatua a su poeta Robert Burns, que tuvo el verso musical, la vida infeliz, y el alma brava. Los indios *sioux* oyen, encucillados en círculos, las propuestas del cura, el capitán y el juez, idos a su tierra feraz a convencerlos de que está en su provecho ceder lo mejor de ella a los ferrocarriles del "gran padre" de Washington. Los caucásicos de Luisiana, imitando a los terribles "Gorros Blancos" del Noroeste, asaltan, encubriendo su odio con pretextos de moral pública, los pueblos de negros donde vive algún matrimonio de las dos razas, y flagelan sin misericordia, contra un tronco de meple al hombre o a la mujer, desnudos, de cintura arriba, y por la noche caen, en número de más de cien, sobre la aldea, intiman rendición a los negros dispuestos a resistir, y triunfan, cuando ya no queda un negro vivo.

Pero el país no se inquieta, ni habla mucho de Burns, ni celebra como debe los nobles discursos del médico de los *sioux*, el solemne "Fantasma Blanco", ni a los caucásicos nadie los castiga. Lo que se pregunta es ¿dónde tendrán los demócratas la próxima almejada? ¿Qué dirá Blaine mañana? ¿No perderá la salud con tanto discurso el candidato Harrison? ¿Cómo puede Thurman, el Néstor de los demócratas, soportar a su edad tantos viajes, peroratas y salutaciones? ¿Dónde tendrán los republicanos su próxima barbacoa? Porque se entra por una calle, y hay que ceder el paso a los demócratas que vienen, en columna cerrada de trescientos, con sombrero hongo amarillo y bastón colorado como los pañuelos de Thurman, de comer a la orilla del mar, a cinco pesos por cabeza, un gran asado de almejas, con sus capas de ostras, maíz tierno, papas de marzo, pollos y langostas, todo cocido en pira colosal sobre un montón de piedras calientes. Y si buscando camino se

toma la calle de al lado, por allí vienen los republicanos del barrio, con sus mujeres e hijos, de rematar, entre bailes y discursos, el buey de dos mil libras que llevaron al parque en un carro colgado de banderas y flores, y asaron luego en tierra viva, sobre una capa de carbón encendido, en la que a la hora ya no quedaba más que el costillar, porque todo se lo comieron humeando, ya en platos de madera, ya entre dos lajas de pan, mientras la música entona los himnos de campaña que cuarenta años ha ayudaron al abuelo de Harrison a obtener la Presidencia, y un orador, de pie sobre el carro del pan, ¡demuestra que la gente pobre será más infeliz cuando pueda comprar de comer y de vestir libres de la carga de los derechos de importación, que ahora que paga por lo que compra no sólo su valor y la ganancia del fabricante monopolizador, sino un derecho que suele subir a un ochenta por ciento, como en las lanas! Y al doblar la calle se encuentran y se presentan armas, los republicanos y los demócratas. “¡Viva Harrison!” dice un republicano, enarbolando en su bastón de bambú un sombrero de pelo vuelto, como lo llevaba el abuelo de su candidato, cuando era político famoso: “¡Viva Thurman!” dicen los demócratas, poniendo en alto, todos a la vez, sus bastones colorados. Y siguen su camino, unos por la derecha, y otros por la izquierda.

Porque ya la campaña ha empezado de veras. Blaine vino, y con él el brillo y acometimiento que van con su persona; pero tan resuelto a llevarse tras sí, como testimonio de su triunfo, a sus rivales en el partido, tan visiblemente ligado con las empresas y monopolios, que los republicanos mismos, en vez de saludarlo como defensor, más parece que lo esquivan y le temen. Va en gloria, de brazos en brazos. Le llaman el rey Blaine, lord Blaine, nostramo Blaine, nuestro Blaine y señor. La muchedumbre se agolpa, como al paso de toda novedad, a oír la palabra férvida de este hombre sagaz que no se deja abatir, y del porrazo enemigo que le ha hundido el cráneo se levanta magnífico y sonriente, inquieto el pelo, hinchada la sien, los ojos dominantes, los labios batalleros. No olvida una cara. Lleva cuenta de todos los apellidos que le importa recordar. Deleita a un campesino llamándole por su nombre, con lo que el campesino queda jurando fidelidad a quien lo deja seguro de que es gran persona. Tiene el arte de Catilina, y de los criados de hotel. Gusta aquí y en todas partes, este hombre acometedor e irrepreensible, de espíritu felino, que cae sin lastimarse; tan decidido a

triunfar, que casi triunfa, aunque ha ofendido mucho para que triunfe por completo; y tan desembarazado de trabas morales, que aun cuando sabe que no habla verdad, no se le muere en los labios la elocuencia.

El es el hombre pintoresco de los republicanos, que acá, como en lo demás del mundo, las causas públicas necesitan para vencer de la sazón del sentimiento y el romance. Este candidato testarudo, este imaginador fértil, este político elástico, esta palabra verbosa y siempre lista, este nadador que bracea con más brío cuando la ola se le mete por los ojos, inspira tanto odio a sus rivales desesperados de no poder vencerlo en descaro y astucia, como fe a los politicastros que reconocen en él mano mayor, y lo pasean como “el primer estadista de América”, llenas las manos de falsas cifras, y los discursos de argumentos alevosos, entre las muchedumbres frenéticas y deslumbradas. Y no le echan en cara los obreros, de quienes se finge campeón, que viene de dar la vuelta a Escocia, en el coche de Carnegie, no viviendo hombre a hombre, como hubiera querido el poeta Burns, que con ser hijo de la tierra se sentía coronado, sino de guante rojo y gabán de esclavina, a lo príncipe de Gales, recibiendo favor del fabricante satisfecho de los aranceles de los Estados Unidos, porque gracias a ellos, aunque impide a la nación comprar barato el acero que le fabrica, guarda para sí solo la diferencia entre el costo real del acero y el precio a que le permite venderlo el derecho que grava los aceros de afuera: ¡él sí es el protegido, y la nación la abandonada!

Y a lo que hay que ver es a que el favor sea para la mayoría de la nación, y no para los capitalistas privilegiados, que hallan siempre representantes que aboguen por su interés en el Congreso, y candidatos a la Presidencia, como Blaine, que va con el viento de su fortuna, y aunque capaz de arranques grandiosos y de corazonadas populares, no pone su genio político del lado de los pobres, que no pagan bien, ni se combinan, ni tienen qué defender más que esperanzas vagas, sino se apega a los encumbrados para que le encumbren, y a cara abierta, so pretexto de valor político, defiende las mayores agencias de tiranía de los que le ayudan la ambición y le han ido levantando la riqueza, sin ver que la mujer que vende su honor tiene su nombre, que es el mismo que el del que vende al interés su genio.

El talento, es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados. Por ahí se mide a los hombres. Sólo es dueño exclusivo de aquello que se crea. El talento viene hecho, y trae consigo la obligación de servir con él al mundo, y no a nosotros, que no nos lo dimos. De modo que em-

plear en nuestro beneficio exclusivo lo que no es nuestro, es un robo. La cultura, por lo que el talento brilla, tampoco es nuestra por entero, ni podemos disponer de ella para nuestro bien, sino es principalmente de nuestra patria, que nos la dio, y de la humanidad, a quien heredamos. Es un ladrón el hombre egoísta. Es un ladrón el político interesado.

“A la nación hemos de favorecer, y no al capitalista que acumule ganancias injustas a costa de la nación. Ganemos cuanto podamos, que a nadie le gusta más que a mí tener ahora que ando viejo su pilita en el banco; pero ganémoslo con honradez, y no esquilmando para nuestro provecho al prójimo. Hagamos aranceles bajos que protejan, permitiéndoles vivir cómodamente, a 60 millones de almas, en vez de proteger con aranceles altos a seis mil fabricantes. Este es el caso, camaradas de Port Huron: ¿debemos proteger a los seis mil, empeñados en vendérselo todo caro, y en fabricar a precios que no nos dejan vender,—o a los sesenta millones? ¿es más respetable el derecho dudoso de los seis mil a vender caro que el derecho indudable de los sesenta millones a comprar barato? Este pañuelo colorado con que me enjugo el sudor que le está sacando a mis años viejos este discurso, me costaría, camaradas de Port Huron, menos de lo que me cuesta si no tuviera yo que pagarle al fabricante un sesenta por ciento más, por la diferencia puesta en el arancel para que no le vengán a quitar el mercado los pañuelos ingleses. Y cuando le compran del Brasil estas bandanas coloradas al fabricante, rebaja al brasileño el sesenta por ciento que nos hace pagar a nosotros. Luego este sistema proteccionista, camaradas de Port Huron, es una cueva de bandidos. Bien aprendido me lo tengo en los setenta y tres años que llevo encima y en los veinticinco que tengo de senador.”

El que hablaba así ayer era Thurman, el candidato a la Vicepresidencia con Cleveland, el hombre pintoresco de los demócratas. El está con la gente menor, y aunque sabe de letras, y hace cuando quiere discursos superfinos, lo usual es que ponga en lengua llana sus razonamientos hondos, y responda a éste, y pregunte a aquél, y cuente un chiste de su vida en el mismo párrafo en que va defendiendo el librecambio. “Mi partido no es librecambista; pero yo lo soy, y no le hago daño a mi partido aunque me tenga de candidato, porque no me elige por mis ideas, que el país puede acoger o rechazar, sino porque se sabe que digo la verdad, tal como es justo, con un lado del *sandwich* para el rico y otro para el pobre, y que de los dos perros de la pelea, yo estoy siempre con

el perro de abajo.” Algo así es su lenguaje, y Thurman vive conforme a él, en su casa campestre, sin muchos caudales en el banco por cierto, pero con tal honradez que le llaman “el viejo romano”, y se le veía este verano todas las tardes, antes de que empezase la excursión en que anda ahora, sentado en el porche de su casa de madera, con su mujer a la derecha, haciéndola reír con sus chistes, y un amigo a la izquierda, dándole consejo, y de vez en cuando el nieto, que venía a preguntarle por qué no lleva bigote como el amigo, sino la barba a lo mormón, o a quitarle para espantar las abejas el pañuelo colorado.

Ahora se le acabó esta paz, y el gusto de reírse de los curiosísimos simulacros bíblicos de sus negros de Indiana, que en esta época del año se visten como los personajes de la Escritura, y a Dios lo suelen representar en la persona del reverendo, con corbatín de seda negra en la camisa azul, y gabán de dril, y sombrero a la Harrison, de felpa virada. Ya no puede ver esto Thurman, ni hablar como suele contra la brutalidad de los “Gorros Blancos”, que andan disfrazados por el país, imponiendo castigos a los que los ofenden y destierros a los que los estorban, sin que les salga al encuentro más ley que el rifle de algún campesino valeroso.

Ahora Thurman va explicando de pueblo en pueblo por qué debe rebajarse el arancel, para abaratar la vida y la producción, y contener las iras que podrían parar en una guerra social. Blaine va defendiendo, so capa de amigo del obrero, el sistema económico por cuya virtud los monopolios crecen y los obreros ganan un sueldo alto que es meramente nominal, puesto que si el salario es de dos aquí y de uno en Inglaterra, en lo mismo quedan uno que dos, por cuanto necesitan para la vida dos, cuando el obrero inglés paga como uno.

Y eso es lo que va poniendo en claro Thurman, con vigor que asombra en persona de sus años, y enternece de veras, como todo hombre que defiende a los humildes, y toda cabeza blanca en la que no se ha apagado el entusiasmo. ¡Cansa tanto la vida! En la calle nos debíamos quitar el sombrero cuando pasan los ancianos.

Y así adelanta la campaña. La dirección de cada partido tiene ya designados los oradores y sus rutas. Se crean periódicos nuevos y se favorece el tesoro de los que existen. Los interesados en el triunfo, republicanos o demócratas, envían su óbolo a la dirección, para los gastos de campaña. La campaña tiene gastos legítimos, y el mismo Cle-

veland ha mandado su cheque por diez mil pesos, y dicen que entre eso y lo suscripto por sus Secretarios, llega a ciento cincuenta mil, que se gastarán en recibir a Thurman en Nueva York con pompa, en distribuir impresos sobre los asuntos en disputa, en reuniones electorales, en paradas, en viajes, en banderas, en oradores.

En oradores no más gastará cada partido de aquí a noviembre como medio millón de pesos, lo que es fácil entender si se piensa en las muchas ciudades que desean oír a los hombres prominentes de su opinión, más por el prestigio de la oratoria y el gusto de la fiesta que por su manera de pensar, que leen hasta la minucia en los diarios; y esos oradores de los demócratas, Fellows, chiquitín de pelo rizado, Dougherty, ostentoso, de gestos a lo Webster, Boyle O'Reilly, el poeta irlandés, favorito de los católicos, éstos, lo mismo que Cummings, el periodista que usa las frases del pueblo que le parecen sustanciosas, lo mismo que Cox, famoso por sus chistes y por su amor a los pueblos caídos, lo mismo que Carlisle, que con oratoria magistral, con oratoria lapidaria, preside la Casa de Representantes, no dejan sus quehaceres, su periódico, su fiscalía, sus pleitos por ir de pura voluntad a apoyar con la elocuencia la razón de su partido, si no cobran de él, a más del viaje, su tanto por discurso, que en los oradores de poco, suelen no ser más de veinticinco pesos, pero en esos que van mentados es de trescientos a quinientos, porque tienen fama nacional, y tanto como la oratoria, les pagan la fama.

No está bien, pero es. ¿Qué libertad puede tener el orador pagado? ¿Que se les compensa el trabajo que abandonan! pues ¿no les viene el trabajo de la fama que ganan como oradores políticos?

Y entre los republicanos es lo mismo. El departamento de oradores es de los más ocupados y costosos; hay audiencias para los que solicitan en vano servir por la paga o por ganar reputación; hay agentes para atraer con argumentos muy íntimos a veces a los oradores reacios; hay perorantes a tanto por semana para ir adonde les digan, y decir lo que se les mande y nada más; hay abogados ilustres de a tanto por noche, como los cómicos que se alquilan para cantar en los conciertos. Los republicanos tienen a Douglass, el elocuentísimo mulato; a Sherman, vencido en la convención por las artes de Blaine, que viene a hablar en pro del vencedor, no sin que debajo de esta hermosura esté una buena paga; tienen a Everts, notabilísimo como potente, y a Foraker, el enemigo del Sur, y a Ingersoll, el gran perorador. ¡Ingersoll es de los de a quinientos pesos, desde que en un vuelo de la fantasía llamó a Blaine el "caballero de la pluma blanca".

Prosperan en los pueblos áridos los oradores de figuras.

Blaine mismo, para convencer a sus oyentes de que debían votar contra Cleveland por su tibieza en defender del Canadá a los pescadores de Maine, ¿no les pintaba con mucho floreo de frase la mañana turbulenta en que vio a los pescadores, ahora en su viaje último, cabalgando junto a su vapor en las olas negras, las olas caóticas, las olas pavorosas, las olas que parecían lanzar sus espumas contra los que dejaban caer por tierra, ante la avaricia del inglés, los derechos sacros, los derechos poéticos, los derechos heroicos de aquellos bravos, magníficos, impávidos, hermosos marinos?

Pues éste era su argumento, que parecía real por lo débil del tratado sobre las pesquerías en que el inglés Chamberlain sacó tanta ventaja del americano Bayard, que el Senado de Washington, gozoso de tener tan buena ocasión de censurar con su mayoría republicana a los demócratas que le propusieron aquel tratado infeliz, lo rechazaron con mucho alarde de virtud, como si Cleveland quisiese ceder la patria dos veces al inglés, una con la rebaja de los aranceles, y otra con la entrega de los derechos del yanqui a pescar por mitad en las pesquerías del Canadá, ¡que son de los dos países! Y ya parecía que Cleveland iba a tener que padecer en la elección por la torpeza de su Secretario de Estado, cuando sin el menor anuncio previo despierta al Senado con el mensaje admirable en que pide al Congreso, puesto que el tratado ha perecido a manos de los senadores, autorización para ir mucho más allá de lo que Blaine pedía, para negar en represalias al comercio canadiense el tráfico libre de derechos de que viene gozando en los ferrocarriles de los Estados Unidos. Inglaterra lo injuria, el Canadá se le levanta, y su popularidad crece. Blaine, callado durante dos días, acusa ahora de excesivo a Cleveland a quien, describiendo los abusos y atrevimientos del Canadá, acusaba ayer de leniente, y va de pueblo en pueblo con la cabeza sobre las olas y con el dedo alzado. Es duelo de oso y tigre. La muchedumbre aplaude. El candidato Harrison descansa. Un coro de jóvenes cerca a Thurman, y no lo dejan ir hasta que a cada una no le da un beso. Van venciendo los demócratas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 11 de octubre de 1888

EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Ocupaciones de septiembre. — La fiebre amarilla. — Cazadores y
estudiantes.—La candidatura Cleveland.—Carta programa*

Nueva York, Septiembre 24 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Vuelven al sur las golondrinas, a su desnudez los árboles, y a las ciudades los viajeros. Con septiembre vienen las hojas amarillas, los juegos de pelota, las regatas de *yachts*, las carreras de caballos, la fogata de leños en la chimenea, para echar del aire de la casa las primeras humedades, y la fiesta doméstica, la fiesta de las conservas, que pone a toda la casa en movimiento, unos escogiendo las mejores manzanas, otros mondando los duraznos, la criada preparando el fuego, la abuela casera aconsejando que para cuando se vaya a echar la fruta se tengan los pomos bien calientes, y el colegial explicando a la familia incrédula que el manzano, aunque no lo parece, es hermano del peral, como el durazno del ciruelo.

Y en medio de la mesa humea la fuente de mazorcas de maíz tierno.

Pero ya no sonrían en el vaso de flores los nardos de abril, ni la mostaza graciosa, ni los jacintos de julio; sino los colores violentos y las plantas tristes, el geranio rojo, el asterisco morado, y el espárrago, —el lirio del pobre, con sus campanillas colgantes como en un templo chino y su corona de espigas plumadas. Las puertas se cierran, y empiezan las bodas.

El coche de los recién casados, lleno de los granos de arroz que para la buena suerte les echan al salir de la casa paterna los amigos festivos, deja su carga, ágil y vergonzoso, en el estribo de los ferrocarriles que los llevan jadeando a la soledad de las montañas. Esquivan los bailes suntuosos de Newport, donde es ya moda que vengan a cerrar el año duques casaderos y príncipes de Francia, bien sean abeja o flor de lis; ni Lenox los incita, el opulento Lenox, con sus banquetes donde luce en ricos platos de ágata musgosa la primera uva, con sus noches de música mundana, adonde se va a oír al tenor “que canta bien y es hombre bello”.

Adonde los novios de septiembre van es a Catskill, a ver la roca de Rip Van Winkle, para que les dure tanto la dicha como le duró a él el sueño, a oír de los montañeses que el membrillo viene temprano, lo que anuncia para estos fríos mucho oso; a visitar el pueblo nuevo, con lindas casas de troncos de árboles, y una taberna al uso antiguo, con los muros pintados de regalo por los maestros del país; a asomarse admirados a la Casa del Monte, desde donde, como del tope de enorme anfiteatro, se divisa la maravilla del valle del Hudson, con su río como el mar, lleno de los vapores blancos veraniegos, y sus retazos de selva, y sus trigales ya cobrizos; a subir, pértiga en mano, a la cumbre de mirtos y laureles, de donde se precipita al solemne hemiciclo de basalto la cascada de Kaaterskill, que se pierde espumante por las rocas despeñadas entre robles musgosos y pinos augustos. El, creyéndola oro, levanta de entre el humus una rama seca de abedul. Ella, creyéndola gargantilla de brillantes, se inclina a ver una tela de araña donde cuelgan las gotas de rocío.

Conviene al amor nuevo la soledad de los hoteles abandonados de la montaña, y el magnífico fuego de que en el rojo otoño las laderas se revisten. Van persiguiendo los novios la mariposa azul, por entre las veredas del bosque de color de sangre, bajo el silencio del cielo.

Pero ¡qué pobres bodas las de los dos recién casados de Jacksonville, asolada ahora por la peste de la fiebre, sin casa apenas que no tenga a la puerta la bandera amarilla! “¿Qué tienes que estás pálida?”, le preguntó el esposo al tomarle trémulo del talle la flor fresca del naranjo de la Florida. Y a la puerta llamaban a poco, para no ver más que un demente y una muerta, los hombres de la sanidad, embutidos en capotas de goma y capuchas de buzo.

La ciudad está como sitiada. Ni las cartas que vienen de paso salen de ella. Al que quiere huir del lugar no le permiten viaje libre, sino después de implacable cuarentena en los campamentos de refugio. Caen los médicos y sobran los donativos. Ayer abrieron la suscripción de socorro en Nueva York, y un solo donante, un desconocido, dejó en la mesa doce mil pesos.

¡Y este pueblo protestante improvisa una legión voluntaria de hermanas de la caridad! No las ligan votos, ni las mantiene en entusiasmo histérico un clero astuto; pero mueren sin cofia ni rosario, a los pies de sus enfermos. Desdeñan los cuidados con que el hombre, más cauto, se protege, para que no entre al pulmón el aire fétido; ellas limpian los

labios cenicientos: ellas aquietan las manos afanosas: ellas enjugan la frente amarilla: ellas cierran los ojos vidriados: ¡y donde cae una, dos se levantan!

Las almas bien templadas se vengan de la desdicha en el ejercicio de la virtud. A todas esas heroínas se les ve en el rostro la beldad del dolor, que da una luz de estrella. Mueren al día cincuenta enfermos. Los menos cuidados son los que mueren. Un periodista se está burlando en la botica de la gente medrosa, de las comadres que traen aturrido a consejos al médico, de los negros que vienen, tiritando, lívidos, a que les vea el doctor si ya tienen morada la lengua; y deja el chiste incompleto, y el artículo de periódico que escribe sobre la rodilla, porque la muerte ha venido de pronto a alborotarle el pulso, a oscurecerle el sentido, a aguijonearle las sienes.

Y mientras unos mueren, otros pescan, porque este mes es bueno para la macarela, y el pargo, y otros se van de caza por los montes cerrados del Adirondack, con sus botas de gamuza, su casquete de paño y su bote de lona plegado bajo el brazo, como un libro: en el monte hay tantos lagos como becasas: se pasa el lago, y se vuelve a doblar el bote, que es de lona de veras, y tan seguro como leve, capaz para el cazador y su perro, y aun para alguna amiga venatoria que haya perdido la ruta por los castañares de la montaña, que es por donde los enamorados suelen andar, porque la hoja larga y seca del castaño es buena para calcar, dibujadas en lazo íntimo, las letras de sus nombres, como que no hay más que fijar con goma a la hoja las letras recortadas en papel, y a punta de cepillo dar sobre la hoja suavemente, hasta que lo verde se va, y no queda más que uno como encaje, como encaje y como red, alrededor de las letras.

¿Qué estudiante de Princetown, o de Yale, o de Harvard, o de Columbia, que son aquí las universidades magnas, no pone hoy dentro de su Petronio, que es el latín que más le gusta, su hoja de castaño labrada, hoy que principian las clases, y se acaba el torpe recreo de salir a campo traviesa a hurtarles los melones a los campesinos? Sólo que este año los estudiantes están enojados, porque, tanto había crecido entre ellos estos cursos pasados, so capa de ejercicio físico, la práctica de lo más animal del hombre, con detrimento de lo más bello, que las universidades acordaron prohibir las regatas de río y juego de pelota, que eran ya ocupación mayor de los colegios, y asunto de apuestas y disputas, que los

tenían sin sosiego todo el año. ¡Mírense los padres en mandar aquí a sus hijos! Los libros viajan sin podrirse; pero los hijos no.

Allá sabemos todo lo que aquí se enseña salvo una u otra especialidad que se puede venir a aprender cuando el carácter esté ya maduro, y no en peligro de podrirse. Aquí sabemos perder aquel ardiente estímulo y nobleza ideal que no estorban a la ciencia verdadera, sino que la completan y realzan.

Las leyes físicas son iguales, y los esqueletos, y los cálculos, y los cuarzos, bien se les estudie a la sombra doméstica del ombú, bien entre los melonares de Princetown, manteando brutalmente a sus compañeros, y acostumbándose a mirar al maestro como dómine alquilón, y a la dama como moza. Con la educación extranjera se ha de hacer lo que la Dorotea de Lope aconseja con la ensalada y la mujer ajena: “¡Dos bocados y dejalla!”

Pero ni el tenor hermoso que está cantando, con su coro de damas serviciales, en las salas ricas de Lenox; ni la vuelta de los estudiantes, a ver quién gana a pujo de brazo en la lucha entre los “frescos” y los “sofomoros” el derecho de llevar bastón durante el año; ni el paseo de los velocipedistas que recorren de calzón corto y cachucha de terciopelo los caminos históricos de Massachusetts; ni *Herod and Mariamne*, el convulso libro de Amelie Rives que ya vende su fama a treinta mil pesos por novela; ni los indios aún revueltos, porque no quieren ceder al hombre blanco, so pretexto de ferrocarriles, sus últimas tierras; ni el clamor de los penitenciarios desesperados en su celda perezosa, desde que se les quitó por ley el trabajo de oficios para que no compitiese la obra barata de las prisiones con la obra del artesano libre; ni la muerte de Wallack, actor caballero, grande en tipos de hidalgo y matadamas, único en los papeles de segundón de lord y capitán de caballería; ni las carreras, frecuentadas en este año por las que beben sin sed, y los figurines y rufianes que viven entre ellas; ni la noticia de que ya viene Chauncey Depew, el orador intrépido, a recibir la ovación que le preparan en señal de estima pública los muchos admiradores de su cordialidad, firmeza y talento; ni la Langtry que vuelve, la hermosa actriz inglesa, con su cuerpo musical que es ritmo vivo, y sus espaldas firmes y cerradas, como aquellas que invitaban al poeta de Grecia a un perpetuo beso; ni bailes, ni matrimonios, ni cacerías, ni torneos de pelota, ni el

horror de la peste siquiera, que mató ayer al astrónomo ameno, a Richard Roctor,—preocupa tanto como la carta admirable donde Cleveland acepta su candidatura a la Presidencia.

¡Grande es la lengua, cuando sirve para edificar, a golpes de cuchara de albañil, como la cola del castor!

Calla, decía el antiguo, o di algo mejor que callar. Las lenguas que destruyen debían ser clavadas al cielo de la boca, como las astillas con que cazan los negros a los cocodrilos; ¡ni valen más esas que suelen salir, como las avellanas, huecas!

No se ha de hablar sin idea, y por el mero gusto de lucir el talle, como la coqueta y la meretriz; sino como quien pone en orden piedras de cantería;—como habla Cleveland. En las cosas del Estado, ni mariposas, ni fuegos de artificio. Lo del Estado se ha de decir con la piel a los hombros y la clava en la mano, como Hércules cuando salía a matar serpientes.

Porque no sólo es de notar lo cerrado del argumento de donde deriva Cleveland en esta carta la urgencia de rebajar los derechos innecesarios de exportación, para abaratar la vida, y la producción industrial con ella, a lo que seguirá naturalmente venta mayor en los mercados extranjeros; ni hay que loarle sólo la claridad con que demuestra como es un peligro público la acumulación en el tesoro, en virtud de los derechos protectores, de una suma que por una parte tiente a los agiotistas y demagogos a empresas fútiles e inmorales, y por la otra produce escasez de dinero, aumento de rédito, dificultad de emprender, falta de empleo para el trabajador, rebaja de sueldos y cóleras sociales; sino que resalta en este documento sobrio una verdadera belleza literaria, no de aquella que viene de colgar abalorios y bisutería a la imagen, que va con su cargazón de adornos como enana vestida al gusto de los palurdos de la feria, sino esta otra y cabal hermosura del pensamiento, que consiste en la salud y arreglo de sus partes y en que la palabra lo ciña y realce, como la cota al gladiador.

En eso está la beldad, y en el calor de corazón con que desde las primeras palabras, como quien se descubre reverentemente ante la majestad de la naturaleza, se pone junto a su pueblo, y no por sobre él: “No hay espectáculo más sublime, dice, que el de una nación de sesenta millones de almas delegando libremente su poder en un hombre que la dirija con arreglo a la virtud.”

Lo que dice la carta de seis años atrás lo sabe *La Nación*, porque aquí se ha previsto que la hacienda pública no es crematística tenebrosa, donde sólo entra el sabihondo con las palabras de pase, sino el arte sencillo de atender con la menor suma posible al sostén y defensa de los intereses nacionales. Que cuando el gobierno, que es apoderado del pueblo, cobra de su poderdante más de lo que necesita para servirlo, no le sirve, sino que le roba; ni mira por su paz, cuando por estos cobros favorece, como sucede hoy, a la minoría pudiente contra la mayoría menesterosa, que empieza a exasperarse.

Que el gobierno que usa su poder para aumentar la cólera entre sus gobernados, y para privarles innecesariamente, so pretexto de servirles, de lo que requieren para su bienestar, engaña al pueblo y es caso de rebeldía del siervo contra su señor. A los gastos del gobierno hay que atender con la renta de aduanas, y el impuesto de consumos sobre tabaco y bebidas, y sobre la mantequilla falsa; pero una vez cubiertos los gastos del gobierno, ¿qué derecho hay para hacer pagar al país esos ciento treinta y tres millones de pesos que yacen sobrantes en el tesoro, mientras afuera, en la angustia del mercado, los industriales pobres cierran sus talleres por falta de dinero y crédito, o sucumben a la tiranía de los monopolios, que, en virtud de esta misma tarifa que ocasiona tal sobrante, se combinan en ligas, reducen los gastos de producción, aumentan los precios, limitan los productos a la venta inevitable, remuneran con una parte de la ganancia general la inacción del productor pequeño, y dejan sin empleo a millares de obreros, forzados a comprar caro de estos monopolios los artículos vitales, a consecuencia del mismo sistema protector que los deja sin trabajo? ¿Qué derecho hay, una vez cubiertos los gastos del gobierno, para cobrar malamente al país, validos de que no lo siente por pagarlo en los precios de los artículos, no sólo el exceso que hoy se le cobra en forma de derechos de importación, que al fin va al tesoro, sino el aumento de precios que ese exceso de derechos permite al fabricante nacional poner sobre el producto doméstico, aumento enorme, repetido en cada uno de los artículos vitales, que no va al tesoro, y en forma alguna puede ser devuelto al pueblo? ¿Qué ha de ser el gobierno? ¿Vigilante del bienestar de la nación, o cómplice de los que la explotan?

Y luego vienen, en raciocinio inexpugnable, las deducciones sabidas: la vida se abaratará con la materia prima libre y la vida barata; se producirá más, con menos salarios, sin que el obrero padezca, porque si cobra menos, paga menos, en virtud del sistema nuevo, que permitirá

con los precios menores vender afuera, y le dará trabajo estable: con mayor competencia, con más dinero circulante, porque el Estado sólo cobrará lo preciso y con las leyes que los castiguen, como enemigos públicos que son, estos monopolios combinados, estas tiránicas ligas que defiende Blaine, se extinguirán no bien les falte la complicidad tácita con que, en la forma de derechos altos, les favorece hoy el gobierno. Pero esa reducción de la tarifa no se ha de hacer a la loca, dice Cleveland, sino de modo que las industrias vayan poniéndose en salud sin venir de pronto a tierra, con la consideración que les debe la ley, por haber establecido las bases falsas en cuya consecuencia se crearon.

El deber es absoluto; pero la política es relativa.

El pensador propaga, y el gobernante acomoda. Política es eso: el arte de ir levantando hasta la justicia la humanidad injusta; de conciliar la fiera egoísta con el ángel generoso; de favorecer y de armonizar para el bien general, y con miras a la virtud, los intereses.

Los caballos llevan el freno en la boca, y los hombres en el chaleco. El corazón empuja, y el chaleco guía. Y las leyes, para ser viables, se han de hacer a la medida del chaleco.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 2 de noviembre de 1888

6

NUEVA YORK EN OCTUBRE

La política.—Coquelin.—Vereschagin.—La plutomania.—Grandes robos.—Una boda china

Nueva York, Octubre 6 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

La política hierve, y apenas hay oídos más que para ella. Ya se entra en octubre, el mes decisivo. Ahora son los esfuerzos para allegar grandes sumas y gastarlas en pompa y ceremonias, en idas y venidas de oradores famosos, en juntas colosales, a fin de mostrar que se tiene más ejército y más probabilidad del triunfo que el contrario. ¿Se declarará el país deseoso del rebajar la tarifa en provecho de los más, como quiere Cleveland, o de mantenerla alta en provecho de los menos, como quiere Blaine? Ya no hay por las calles solapa sin insignia, los unos con "H" y "M", por Harrison y Morton, los candidatos de los republicanos; los otros con "C" y "T", por Cleveland y Thurman, o un lazo en el ojal, en vez del botón de seda, hecho como éstos de tela de pañuelo colorado, del histórico "bándana", o un botón de metal con la efigie barbuda de Thurman,—o la de Cleveland, remozado con el matrimonio y la estimación de sus conciudadanos. Envejece como una nuez, quien vive lejos de su patria. Prospera y se hermosea quien de buena fe y con utilidad vive en el servicio constante de ella.—¡Y luego, la dueña de la casa, con sus ojos profundos, su cuello de columna y su mata de cabellos castaño claro!

Acabado el quehacer presidencial, allá se va de prisa el Presidente todas las tardes de la Casa Bianca, llena de jardinillos podados y de pretendientes, a su quinta de Oak-View, en lo alto de una colina, ¡donde le espera la paz, el piano de su mujer, un convidado amable, y un ramo de rosas!

Pero de política se hablará mañana. Mañana es la gran fiesta. Están alquilados todos los uniformes de la ciudad para la gran parada de antorchas. Dicen que irán treinta mil almas al juego de pelota, en la majestad de la noche, a ver al "caballero plumado", a verlo más que

oírlo, a ver a Blaine. Nunca se habrá visto en procesión política jaiques de más colorines, ni tanta bandera, ni tanto casco con asta de oro. Será cosa romana y estupenda; y cañonazos a la entrada, y fuegos artificiales a la salida, y mil policías para sujetar la muchedumbre. Pero eso será mañana.

En las columnas de los diarios, donde se hablaba ayer de la peste, se habla hoy de que no queda un asiento para el abono de Coquelin, aunque aquí lo irán a ver como veían a Sarah Bernhardt, con el libreto de *La dama de las camelias* cuando hacía de Doña Sol, no con la voz ondulosa y trémula de la actriz que premia con lo verdadero de su fuego el entusiasmo del público que se lo inspira: sino fría y colérica, desafiando más que representando, dando la espalda al auditorio áspero e inculto, cayendo en sus posiciones famosas como un maniquí de modas, no con las curvas de la pasión, sino con los ángulos de la ira. Lo mejor del actor, como lo mejor del orador, está en el público. Pero Coquelin viene de moda, con padrinos de influjo en la ciudad, y habrá que comprar zancos de oro para poderle ver el rostro maravilloso en *El Avaro*.

A lo que se junta el que llega en tiempo bueno cuando "los cuatrocientos", como llaman por burla, a lo más empinado de la ciudad, arden en deseos de enseñar las esclavinas y descotes, que el año pasado, a la verdad, eran más para ir de cena, hace dos siglos, en casa de aquella desenvuelta Sofía Lenox, adorada de París, que para mostrarlos sin reparo, como los muestran ahora, en los cotillones con que en el Lenox de aquí saluda esta aristocracia de máquina de coser y vara de medir, las brumas que pasan, arrebujadas y frías, llevándose en jirones el velo mágico que encubre las fiestas del invierno.

Ahora, de octubre a pascuas, será el paseo de coches de camino, todos de colores, y el más bello el de Jerome, que es amarillo naranjo con caballos blancos. Ahora, antes de las nieves, y del dejarse resbalar por el tobogán, y de los trineos de cencerro y penacho, será la exposición de Vereschagin, el ruso que hace odiar la guerra por lo real de sus pinturas, y amar la nieve, por lo potente de su luz: serán los teatros, que se sostienen si son de farsa y baile, pero quiebran si son de ópera alemana o italiana: serán los paseos de tarde por la Quinta Avenida luciendo el talle ellas y ellos, porque ya aquí hay mucho de esa mocedad vil que hace gala de lo que la debiera avergonzar, que es no ocuparse en el trabajo, y gasta sin vergüenza lo que ganó otro para ellos: sólo que estos petimetres no están aquí muy seguros de escaparse

sin una buena silba, o una mirada de mofa, o el desdén manifiesto de una bella sensata, en cuanto se aventuran, con los guantes de terracota y el bastón asido a media caña, fuera de las dos o tres calles donde no está may visto que los hombres dejen de serlo y renuncien a aquel aire de rey con que domina y enamora el hombre que trabaja.

En las calles se nota esa degeneración, y por dos grandes robos se ha visto otra, que es la de amar el dinero por sí, y no por ser testimonio vivo del esfuerzo con que se le acumula, lo cual, con el placer de darlo a quien lo necesite, es lo más bello que tiene el dinero. De ver impune al bribón, crece naturalmente la bribonería. Y como acá no se tiene a mal camino alguno, bien sea el de apóstata o trapero, con tal que lleve pronto a la fortuna, ha pasado ésta en ser el único objeto apetecible de la vida, y no el respeto propio ni el goce moderado de un trabajo puro, en cuanto la maldad, imperante aún en el hombre, permite la pureza. En otras ciudades, el hogar puede mucho, sea en la católica Baltimore o en Filadelfia protestante. Pero en Nueva York no hay más que ojos abiertos, y gargantas secas, y la pasión no es sólo poseer, sino superar las posesiones del vecino, lo cual es manifestar locura, puesto que por doquiera salta un vecino que posee algo más.

El mismo amor, que salva al hombre de otros excesos, por ser él el más grato y pleno de todos, y como oro de ley ante la bisutería, aquí es más estímulo que freno de esta pasión de poseer, que ni deseo ni respeto deja a la vanidosa sino para el que le permite satisfacer sus gustos a mano derramada, aunque el portamonedas le venga, ahito y regordete, de mano del crimen.

El hombre busca en la mujer física el contraste violento de su existencia sin elementos femeninos, que son en el hombre los ideales y nobleza por donde es la existencia soportable y digna, o paga a toda costa una beldad ostentosa, no porque la cabeza cargada de alcoholes cuide mucho, a la hora de caer, de que el hombro en que cae sea rosa o nieve, sino porque le sirva la hermosura como pregón de su poder para comprarla, y mostrarla llena de sederías y pedruscos. Por eso sucede casi de diario el escándalo de hoy. ¿Quién creería que un abogado que pasaba por la misma honradez, y tenía entre sus clientes corporación tan poderosa como la bolsa de granos, le haya estafado unos doscientos mil pesos, declarando como buenas las hipotecas falsas que, sobre su palabra de hombre de ley, tomaba la bolsa en garantía de préstamos?

Y en una sociedad de abogados, otro ladrón hacía lo mismo, y daba fe a la sociedad, que a su vez la daba a sus clientes, de que eran ciertas y limpias las hipotecas que no lo eran. Y el abogado de la bolsa ganaba miles con muy poca amargura: ¿a qué envilecerse por unos cuantos miles más? Y el agente de la firma de abogados tenía amplios proventos, y vivía a lo señor: ¿a qué caer sin necesidad en esta infamia? Es el vicio de la riqueza, contra el que han de pelear los pueblos prósperos. Ríndasele menos culto. Póngase por sobre ella el culto de las virtudes que la atenúan.

De un rico se ha hablado estos días mucho; y no es de Carnegie, que con una mano escribe, celebrando a la libertad, la "Democracia triunfante", y con otra se une con el sindicato francés, vendiendo al extranjero la nación que lo protege, para que en virtud de una liga de productores pueda venderse a diecisiete centavos la libra de cobre que cuesta de tres y medio a seis.

No es de Carnegie, el amigo de Blaine, sino de Ynet-Sing, el comerciante chino que se ha casado, sin dientes y sin espina dorsal, con un nomeolvides, una gentileza de dieciocho años que le ha venido de China. Convidó a China entera, que por cuenta de Ynet calmará el hambre y la sed en las casas y fondas de la calle de Mott en la fiesta de bodas, que es de cincuenta servicios, y dura quince días; allí el pollo cortado de este a oeste en pedazos menudos, cada uno con su tanto de hueso; allí la col sin sal, y el arroz sin grasa, y el pescado pardo en salsa dulce: allí los buñuelos, redondos como una naranja, manando el aceite, y el vino de arroz, rojizo y como ahumado, que no va en vasos, sino en tazas de juguete, donde cabe lo que en la cuenca de una uña. La calle entera es música. Ynet ríe, encucillado desde hace dos días, y los comensales se levantaron de las mesas de ocho asientos en el vigésimo quinto servicio, para asistir, con dos óbolos rojos en las manos, a la ceremonia de la boda.

El gran Joss de oro, cerdoso por el bigote pendiente y por las cejas, presidía, sentado sobre finísimo papel, entre luminarias de colores.

Entra la novia. La asamblea se pone en pie en silencio. Sobre la seda roja, tendida al pie del altar, se arrodilla, junto a Ynet, la linda flor de la China, una gola, una menudez, una avellana envuelta en sedas: seda la túnica encarnada, con listas de oro y florería, de seda azul: seda

el manto de perlas, con grandes recamos de oro, y seda azul celeste las dos damas que aguardan de pie a los lados.

Le clavan en el manto los sacros cirios, y luego se los quitan, para ponerlos en una urna ante Joss: ¡Primero a Joss, luego a Ynet! ¡Joss se come las flores! Flor de China saluda a Joss tres veces; y después a la asamblea, cubriéndose la cara con el abanico. Y ofrecen luego a los huéspedes en las tazas menudas té oriental, y por la taza que toma, deja el huésped, envuelta en papel fino, una moneda de oro, que es el óbolo rojo. Pasan luego tabacos de la Habana, que entre los chinos es gran riqueza; y otro óbolo. Y luego es lo más bello de la boda, en que los chinos se parecen a los indios: la novia va a pedir la bendición al chino más anciano.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 17 de noviembre de 1888

UN DÍA EN NUEVA YORK

*La mañana.—El suicida de la bolsa.—Carreras, pugilato, política.—El
palacio de maíz.—La procesión de los inválidos.—79 millones en pen-
siones.—Las tres guerras.—Gobernávoro y burómanos*

Nueva York, Octubre 7 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

¡Un día en Nueva York!

Amanece y ya es fragor. Sacan chispas de las piedras los carros que van dejando a la puerta de cada sótano el pan y la leche. La campanilla anuncia que el repartidor ha dejado el diario en la caja de las cartas. Bajan los ferrocarriles aéreos, llamando al trabajo. Los acomodados salen de la casa, después de recio almuerzo de carne roja, papas salcochadas y té turbio con mucha lonja de pan y mantequilla. Los pobres van en hilera, desde muy mañanita, al brazo el gabán viejo, por si enfría a la vuelta, y de la mano la tina del *lunch*:—un panazo, de mano casera, con buen tajo de carne salada y un pepino en vinagre.

Y abajo de la ciudad la vida ruge: se atropella la gente: los carros, como en las batallas épicas, se traban por las ruedas: sube por el aire seco un ruido de cascada. Unos pasan riendo como el niño que acaba de apresar una mariposa, y entran en la cantina de ónix y oro a celebrar su ganancia en la bolsa con champaña verde que llaman acá “leche de uva”. Otro viene lentamente, con los ojos fuera de las órbitas y descolorido, con la barba al pecho: un vagabundo le ofrece en cien pesos un cachorro de terrier para su querida: y echa al vagabundo contra la pared de una puñada: ¡jugó a la baja del trigo y el trigo ha subido! ¿dónde acaba el negocio en las bolsas, y empieza el robo? ¿o todo es robo, y no hay negocio?

Llega el mísero a su despacho luminoso, con las paredes de estuco y el piso de bronce; se sienta delante de la mesa nueva de arce, donde impera en marco de piedras falsas el retrato de una bella tragavidas; apura de un sorbo el *whisky* de la botella de cristal cuajado; se levanta el pelo de la sien; y se dispara un tiro.

Así mueren los pueblos, como los hombres, cuando por bajeza o brutalidad prefieren los goces violentos del dinero a los objetos más fáciles y nobles de la vida: el lujo pudre.—¡Ahí está el hombre, frío! ¡Ahora se ve lo que era, un tahúr! ¿Qué más es el azar de la bolsa, que cualquier otro azar? Ver venir la ruleta ¿dónde es oficio de hombre? La ruleta del trigo, que es lo mismo que la otra. Se ha de hacer lo que decía Mondragón el valenciano: “El que quiera pan, que lo cave, y mientras más blanco, más hondo.” Y se ha de sujetar el deseo a límites naturales. Dése obra de espíritu a los pueblos, el verso que enamora, el discurso que atrae, la pintura que deslumbra, el drama que interesa, el paseo que calma, para que la vanidad, que reina en todo, se modere por la virtud de los asuntos en que se emplea. Si no ¡ahí está el hombre, frío, rígido, ceniciento, con el brazo tendido, y el puño lleno de sangre, sobre el retrato de la mala mujer hecho pedazos!

La gente se encoge de hombros: ¡una bestia menos! Y el día sigue su curso. Cada cual va a su interés. Hoy empiezan en Jerome Park las carreras de caballos. Kilrain, el púgil, va a pelear a puño seco con un inglés desconocido, por la gloria de mil pesos. ¿Peleará en Nueva York, o en Indiana, donde hay menos policía,—en Indiana, donde está enojado Harrison, el candidato republicano, porque Blaine quiere ir a lucírsele en su propio Estado, como la cabeza magna y visible de su partido? ¿O peleará en la ciudad de Sioux, donde las peleas gustan mucho,—en Sioux, donde celebran ahora la feria del maíz, en un palacio que está todo hecho de él, con torres normandas, techos a la reina Ana, y portales moriscos, y tan curioso por ser de la paja del maíz las paredes, y de la mazorca la cenefa, y de grano rojo o anaranjado los paneles y ornamentos, como por la desdicha del estilo, que es confuso y retacero; con fustes jónicos y chapiteles corintios, y un balcón a lo hindú bajo un alero holandés, y todo esto empotrado en una gran fábrica de picos, sotabancos, y escaleras revueltas, como en tiempo de Ana la reina. Porque aquí han estado imitando a los ingleses en arquitectura, como en modas y en poesía: por lo cual no ha de copiarse lo que va de aquí, que no es más, en lo artístico, que el desfiguro de lo inglés, con la mezcla violenta de todo lo llamativo y extravagante; cuando lo que de Inglaterra pudieron imitar, fue lo que el inglés toma del griego, que es la moderación, y del latino, que es la elegancia. Pero está curiosísimo el palacio, donde sólo la armazón es de madera, y todo lo demás,

de la planta que florece con pasmosa abundancia en Iowa y en Dakota, en Nebraska, la vencedora de las nevazones, y en Minneapolis, milagro de voluntad, que está llegando al cielo: ¿no es hoy comarca opulenta sin más ayuda que la que le dan los brazos puestos al cultivo, este que era ayer bosque enmarañado? Y lo más bello del palacio de maíz es que por fuera lo farraron con los pajones verdes o secos, abiertos a la larga o en cruz, como rosas de vientos, los carpinteros y decoradores; pero por dentro fueron las mismas señoras de Sioux las que lo adornaron, dividiéndose en grupos, cada uno de diez con una dama presidente, elegida por el voto en cada agrupación, y todas trabajando por deslucir a sus rivales, y decorar con novedad y bello efecto de color, sin más que maíz, cebada y trigo: éstas las escaleras, de maíz en rosas, asado en ceniza: aquéllas una esquina, con una semejanza de tela de araña, hecha de granos cosidos en alambre; unas el techo, con florones de hoja de millo, y el centro de espigas; otras las paredes, con figuras curiosas, y hasta un gran paisaje de verdes distintos, donde se ve a la gente campesina en el afán de la cosecha.

Y nadie sale del palacio sin el recuerdo de la fiesta, que es una muñeca de maíz, una miniatura de mujer, compuesta con mucho arte y a la moda francesa, con su gorra de canal, como cuando George Sand amaba a Jules Sandeau, y el talle de avispa, caído en peto sobre la falda, hecha como el talle, de pura hoja; y los mitones son de hebra de la paja; y de paja también, son la manteleta y el pañuelo, y el pelo suelto hasta la cintura, es de la cabellera del maíz.

Nonada es; pero todo el mundo va a verla, o la celebra, o compra muñecas, en que tienen vivísimo comercio. De estas muñecas se hacen los ferrocarriles. Y estas sencilleces alegran el carácter del viajero, y lo disponen a los negocios y las compras.

Por cierto que no ha habido peregrinos tan joviales entre los muchos que han ido al palacio, como los inválidos de la guerra, que tienen sus sociedades por todo el país, y suelen disponer una vez al año de parte del tesoro, para ir de brazo, luciendo sus mangas colgantes, o su cojera, o la barba gris que les encubre el chirlo, por aquellas comarcas del Noroeste aventurero, de donde salieron los más de los americanos de la guerra,—porque de donde hay poco que perder o es más dura la vida sale siempre el soldado: ¿a qué entrar allá, vestido de cuero, cazando indios y búfalos, cuando sin más peligro que el de morir, tenían

allá, cara al Sur, el vestido de paño, el ascenso posible, y la paga segura? Pero ni con la muerte sagrada, ni con la justicia, se roza en vano el hombre. El sastre se hace elegante; y el cajista, literato y político; y el soldado de la idea justa deja de ser soldado, y es idea.

No hay hermosura mayor que el agradecimiento, ni paga más merecida que la que sirve una nación a los que se quedaron por defenderla sin piernas ni brazos. En los Estados Unidos el respeto a los inválidos raya en culto, y no se ve por las calles hombres más limpios y considerados que los mancos y cojos que llevan el traje de paño azul, y el chambergo de fieltro, con ese ojo acerado del que ha visto la muerte, y esa mansedumbre propia de los hombres valerosos.

A la otra banda de Nueva York, en Staten Island, hay una casa de inválidos—"Snug Sailor's Harbor"—donde no van más que las víctimas de la guerra de mar, que no tienen casa propia donde vivir; pero lo de víctima no se les conoce mucho, sobre todo los domingos, cuando salen por la alameda alta de la ribera a ostentar sus cicatrices, muy acicalados, con las barbas luengas, y la pipa henchida de tabaco virgín. ¡No es necesario mucha poesía para sonreír con ternura cuando pasan aquellos viejos, callados y azules!

La patria los viste de buen paño, los calza con buen becerro, les cubre la cabeza con buen sombrero de castor, les da cuarto abrigado y mesa plena, y aun les pone en el bolsillo su dinero para pasear. ¡79.000,000 de pesos pagan al año los Estados Unidos en pensiones a sus inválidos de las tres guerras! Este sí que es ejemplo admirable y sentimiento real, en este pueblo a que se supone falto de sentimiento,—¡como si no fuera el sentir el mejor pergamino del hombre, y hubiera oposición entre ser práctico y ser honrado! El trabajo es romántico. La vida es romántica. Sólo la necesidad no lo es. El que seca el romance, seca la vida. El trabajo es piadoso. ¿Quién da más limosna, quién tiene el corazón más blando que los trabajadores?

267.924,801 pesos gastan al año en expensas nacionales los Estados Unidos, y de ellos, la tercera parte es para pagar la pensión de sus militares inválidos, o de sus viudas y parientes que dependen de ellos: 78.775,861 se han pagado por pensiones en 1887. De la guerra del año 1812 contra Inglaterra, que fue necesaria para confirmar la de emancipación, aún sobreviven ochocientos doce bravos, y 10,787 viudas. De la guerra rapaz e impía contra México en 1848, quedan unos 16,000 veteranos, y 5,104 viudas.

De la guerra con el Sur 326,835 inválidos cobran pensiones, y 92,898 entre viudas y parientes. Y estas pensiones no son de miserias, como en otros países más olvidadizos o pobres, sino desde \$240 hasta 2,000. que es lo que cobran las viudas de los generales, la de Hancock, la de Logan y la de Sheridan ahora.

Por supuesto, de la gratitud nacional se ha hecho negocio tan complicado y expuesto a asaltos y mentiras, que para no ser engañados por falsos solicitantes mantiene la junta de pensiones tal número de empleados que el distribuir los 79.000,000 cuesta cerca de cuatro, entre agentes, inspectores, y los que trabajan bajo ellos. Y el pedir ayuda al gobierno es ya tan frecuente, aun por los que gozan de cabal salud, que a menudo solicita pensión, porque diez años después de la guerra le atacó la malaria, un héroe desconocido que cargaba a una legua de la pelea la parrilla del capitán, y una vez que oyó fuego la dejó detrás para que se asara la carne el enemigo.

191 vetos contra pensiones injustas ha firmado el Presidente en 1887; y la junta ha pedido al Congreso cincuenta empleados más, para atender a tantas cartas. ¡Y luego nos acusamos los latinos de oficinescos, gobernívoros y burómanos!

Y todo eso se ve en un día. El hombre muerto, con la mano sobre el retrato aplastado de la tragavidas; la procesión de los inválidos, que va con música al frente, a ver el palacio de maíz; las carrozas de a cuatro caballos con su carga de gente alegre, camino de Jerome Park, que so capa de carreras, no es más que cueva al aire libre, cueva de jugadores. Se ve al cura McGlynn, venerado como padre y seguido como ídolo por su gente de la sociedad famosa "Contra Pobreza", que celebra feria ahora, en el corazón de Nueva York, con bailes, ventas y rifas y todas las añagazas con que despueblan bolsas cien limosneras bellas, que tienen ganado renombre por su lealtad apasionada al bravo cura.

Se ve pasar caricáida a la linda actriz Clayton, porque ni aun poniéndole coroneles ridículos y negros serviciales, agradó anoche en la prueba el drama sacado de la novela de Amelie Rives, "¿El vivo o el muerto?": como que el teatro no soporta aquellas vibraciones de la carne y llovizna de besos que dan a esta novela calor de cuerpo vivo, y como olor de rosa fuerte, tanto que parece persona apasionada, persona palpable en vez de libro.

Y cuando los vendedores del diario de la tarde se desgranán, como el puñado de arroz que echan los amigos al carruaje de la novia, voceando el alcance que da la noticia de haber confirmado Cleveland la ley que prohíbe con nueva energía la inmigración de chinos; cuando ya se juntan los politicones ansiosos, en la primera taberna o club a mano, para contar los votos que los demócratas ganarán de seguro con este agasajo a la gente del Oeste, que les anda quemando a los chinos las colas, y antes quiere ver sierpes que ver chinos,—cien niñas esperan, cuchicheando en la sombra del portal, a que se abra la escuela gratuita de artes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, noviembre 22 de 1888

8

UN FUNERAL CHINO

LOS CHINOS EN NUEVA YORK

*Creencias.—Ceremonias.—Ofrendas.—Trajes.—Cantos.—Emblemas.—
Escenas curiosas.—La procesión.—El entierro*

Nueva York, Octubre 29 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Por un instante cesó el afán de la política, y abrió paso Nueva York a los chinos vestidos de colores que con magnas honras, a usanza asiática, seguían el féretro del general ilustre de los Pabellones Negros, de Li-In-Du, que les ha muerto en los brazos. Pasen lejos ahora las procesiones de los partidos, las carretas de oratoria transeúnte, las músicas electorales. Hoy hay música extraña, la música de los funerales de Li-In-Du. Vamos, con Nueva York curiosa, a oírla.

Li-In-Du fue persona valiente: derrotó a Francia en Tonquín: usó de su prestigio para favorecer a los amigos de la libertad: ni el prestigio le valió contra la persecución de los autoritarios, que no quieren sacar a China de su orden de clases: con la vida escapó apenas, seguido hasta San Francisco de algunos tenientes fieles: no peregrinó en el ocio, como tanto espadón de nuestra raza, que cree que el haber sido hombre una vez, defendiendo a la patria, le autoriza a dejar de serlo, viviendo de ella. ¡La libertad tiene sus bandidos! Y Li-In-Du no quiso ser de ellos, sino se empleó en traficar en cosas de su tierra, que es, con lavar ropa y servir de comer, en lo que por acá permiten a los chinos ocuparse. Porque si se ocupan en minas o en ferrocarriles, como a fieras los persiguen, los echan de sus cabañas a balazos, y los queman vivos.

Mott es en Nueva York la calle de ellos, donde tienen sus bancos, su bolsa, sus sastres y peluquerías, sus fondas y sus vicios. Hay el chino abate, sabichoso y melifluido, de buenas carnes y rosas en el rostro, de poco pómulo y boca glotona, de ojo diestro y vivo. Hay el chino de tienda, terroso de color, de carnes fofas y bolsudas, remangados la blusa y los calzones, el pelo corto hirsuto, el ojo ensangrentado, la mano cebada y uñosa, la papada de tres pisos, caída al pecho como ubre; y por bigotes dos hilos. Hay el chino errante, acorralado, áspero y fosco, que

cargó espada o pluma y vive de memorialista y hombre bueno, mudo y locuaz por turnos, sujeto a ración por el rico ignorante que halla gusto en vengarse así de quien tiene habitada la cabeza. Y hay el chino de las lavanderías, que suele ser mozo e ingenuo, alto y galán de cara, con brazaletes de ágata en los pulsos; pero más es canijo y desgarbado, sin nobleza en la boca o la mirada, manso y deforme; o rastrea en vez de andar, combo y negruzco, con dos vidrios por ojos, y baboso del opio.

Pero hoy las tarimas del opio están vacías; los lavanderos tienen cerrada la tienda; no hay puerta a las casas de comestibles; llevan banda de luto en los balcones las farolas con que se anuncian las fondas. Mott y sus alrededores están llenos de gente de Asia, congregada para llevar a la tumba con honor a su prohombre Li-In-Du; lleno de los irlandeses e italianos, que comparten con ellos aquel barrio lodoso y fétido; lleno de curiosos de todas partes del mundo, que a millas repletan las calles por donde va a pasar la procesión.—El hombre amarillo lleva el ojo de la fiera cazada: va mirando a su alrededor, como para precaverse de una ofensa: va blasfemando a media voz, lleno el ojo de fuego: va con la cabeza baja, como para que le perdonen la culpa de vivir. Van en grupos, hacia la casa funeral: van de dos en dos, chato el sombrero negro, veste y calzón de paño azul oscuro, las manos cruzadas al pecho, los pies en las zapatillas de cordón, sobre las que danzan, como enaguas, los calzones: van entrando en la sala mortuoria, que es una caballeriza forrada hoy de negro, y en el techo dos fajas en cruz, negra una, y otra blanca; van, de dos en dos, postrándose ante el altar encendido, a los pies del cadáver, junto a dos mesas cargadas de la cabra, de los corderos, de las naranjas y pastelería cercadas de flores, que se servirán tres días después a los amigos del muerto en el banquete cinerario, que se celebra en silencio, y a la hora callada de la noche. De dos en dos van tomando ante el altar de las siete luces las tazas de óleo y arroz santo que les dan por comunión los sacerdotes de la túnica blanca, con banda y casquete negros. Y vierten las tazas de dos en dos en la cuba que aguarda la ofrenda al pie del ataúd, junto al tiesto donde arden en tierra fresca las velas del alma.

Y el muerto está en su ataúd de paño rico y mucha argentería, descubierto de la cintura a la cabeza de hombre firme, ojos hondos y metidos hacia la nariz, nariz de fosas anchas, boca fina apretada, la trenza de atrás traída como corona por la frente; y una mano al pecho, cubierto de papel moneda de Asia, para pagar el portazgo del cielo. En tazas de bronce humean en torno los perfumes sagrados: la vela del

alma de humo espeso de cera: a la cabeza del ataúd, en un pendón, están, en círculos blancos, los pecados del difunto, que ha de domar para ascender al eliseo que los corona, representado por una mancha negra. Ya no caben en las mesas las pilas de frutas, los cestos de nuez, las fuentes de limones, las torres del pastel funeral. Ya no tienen espacio los que llegan para abrirse camino hasta el altar, y prosternarse tres veces seguidas, y dejar en la cuba los óleos, y en las mesas las flores.

Pero no se mesan el cabello, ni se desgarran los vestidos, ni se descubren la cabeza, ni cesan de fumar, ni muestran pena por el cambio de estado del que les defendió tan bien la tierra, al pie de la gran bandera roja. El que ha hecho mil y trescientas obras buenas, ¿no es inmortal por la ley de Tao, en los cielos? ¿vencer al francés fue más que hacer trescientas obras buenas, que es lo que se necesita para ser como teniente de la inmortalidad, o inmortal en la tierra! La vida es como la pared de la jarra, que contiene el vacío útil, el vacío que se llena con leche, con vino, con miel, con perfume; pero más que la pared, vale en la jarra el vacío, como la eternidad, dichosa y sin límites, vale más que la existencia donde el hombre no puede hacer triunfar la libertad. Morir ¿no es volver a lo que se era en principio? La muerte es azul, es blanca, es color de perla, es la vuelta al gozo perdido, es un viaje. ¿Para eso lleva bastantes provisiones!

Y con las manos hundidas en sus blusas de invierno, hablan de que Li-In-Du era general terrible, que en la batalla parecía un pilar con alas, un pilar de los que el chino erige para espantar los demonios, de que mató mucho francés, aunque Tao dice que no se ha de pisar un insecto ni cortar un árbol, porque es destruir la vida; de que era gran comerciante en drogas y telas, y tés y comestibles, aunque la ley de Tao es que no se persigan los falsos honores de la vanidad ni las riquezas del mundo.

¡Ese era el Tao viejo, que ya tiene en el cielo la barba helada! ¿Li-In-Du?: 50,000 pesos. ¡Y el hijo está en China, que lo hereda todo! Los diablos no se lo han de llevar porque lleva en la mano mucho oro, para irlo echando cuando le salgan al camino. Y por entre la humareda del incienso y los cigarros se ve venir a un doliente vestido de azul, que en lo alto de los brazos trae un cerdo relleno, rodeado de rosas.

Y los de la túnica blanca se echan a un lado, para que llegue al altar, por entre los masones de túnica gris y casquete rojo, un anciano que avanza a pasos solemnes, con manto canario de vueltas negras. No se

ve, del mucho humo, ni se oye la salutación del viejo entre los alaridos y estruendo rabioso de la música: “¡Fom! ¡Bang! ¡Batantán! ¡Piii! ¡Bon, son, son!” Y el aire despedazado chirría y cruje. Se echa el viejo sobre el cristal del ataúd, lo besa tres veces, y tres veces exhala un grito terrible, un grito que al fin pone miedo y silencio.

Vuelve al altar, empuña una bandera, y canta en verso las hazañas de Li, la falta que va a hacer al mundo, y la fiesta que habrá ahora en el monte de Tao. Y otros cantan después de él, el uno arrodillado y frente en tierra, el otro gesticulando, como quien describe una batalla, mientras arden a sus pies, en un tazón con dos sierpes por asas, las oraciones que el celestial quemó de rodillas, en vez de entonarlas con los labios.

Ya el cuarto es bandera, y están formando la procesión. De afuera, de afuera la veremos. Afuera se ve toda.

¿Es ejército o es funeral? Por entre el gentío pasean sobre las cabezas faroles y pendones. Se ven caballos blancos. Los jinetes van descubiertos, con la trenza envuelta en percal negro, traída a la frente como una diadema. La gran bandera roja, graciosa y soberbia, ondea por sobre todo. Arremete riendo sobre ella la gente agresiva.

¡Cómo mira, cual pronto a morir, el que empuña el pabellón con guante que tiembla! Se le agrupan al asta sumisos los oriflamas y estandartes, como hijuelos al tronco, amarillos y verdes, morados y zafiros. rojos y violetas, amarantos y rosas. Se ven los penachos del carro fúnebre, y las cabezas negras de los cuatro caballos. Centellea al sol el papel dorado de los emblemas. Pero no se ven ídolos, ni la imagen de Tai-Shin, el dios de la riqueza, que tiene ahora en China, como en todas partes, más templos que otro alguno; ni Kivan-Té va allí tampoco, el dios de las batallas, de cejas de culebra y de la gran manopla. Li-In-Du no cree en imágenes, ni en más dios que el puro Tao creador, que es todo y uno, y engendró los dos, y de los dos el tres, y de los tres el mundo, ni en más santos que las virtudes, sin las dominaciones y jerarquías con que los sacerdotes oscurecieron luego la religión, ni en Grandes Osos y Emperadores Perlados, ni en la madre del rayo, el rey del mar y el señor de las corrientes, ni en la deidad que protege cada condición y empleo del hombre, ni en el dios del trueno, a quien le llevan y traen órdenes treinta y seis generales, negros y grises, mientras él mortifica con los pies inquietos el plumaje de nueve aves hermosas.

—Li-In-Du es masón, es librepensador, es cabeza propia, es venerable en la masonería china, que usa el mandil con bordes verdes. Por todas partes hierve el mundo y padrece el hombre, por asegurar la libertad de su albedrío. ¡De eso tenía Li-In-Du la frente chata y los pómulos aplastados, de dar topetazos, cara a cara, al imperio despótico! Era taoísta viejo, que cree en la población aérea, en el descanso del pelear, en el individuo perdurable, en la transfiguración y asiento final, luego de cumplido el deber, en la montaña de Tao: pero ¡aquí abajo, libre! Y con el malleto de masón le ha estado ablandando la cabeza al emperador chino. Conmueven estos rebeldes que fundan. Se ve salir a estos hombres como llamas de entre la maraña tupida. Se les ve como estaba Li-In-Du en el ataúd, vestidos de oro y fuego, con su túnica de seda amarilla.

Ya vienen en orden. La policía va delante, hombro con hombro, abriéndose paso, y tras ella una banda alemana, de casco y casaquín, tocando un himno fúnebre. Los generales siguen, los tres generales que en Nanking ayudaron a vencer: van en caballos blancos, montados como quien sabe mejor echar el belfo al enemigo que volverle grupas: son secos de cuerpo y de estatura media, y en el rostro más músculos que masa: les ciñe el casco desnudo un lienzo rojo, y por delante la diadema negra: visten tunicela azul, bragas y calzones, y por luto una banda blanca al cinto: los caballos van enfrenados, sacando bien los pies a pasos lentos. Con grandes pendones, enclavados en la cuja del cinturón, pasan tres chinos jóvenes, de blusa y calzón malva—los pendones donde van escritos los hechos gloriosos del muerto, la náusea con que salió de San Francisco, donde vio al chino contento con su vileza, la agonía de sus días últimos, cuando la muerte iba viniendo a pie, como quien respeta a su víctima; pero votó el Congreso de Washington, por razones de política interior, la ley de expulsión del celestial, y la muerte no siguió como venía, considerada y despaciosa, sino montó a caballo, y lo mató con la noticia: ¡ay, Li-In-Du, de los que consagran su existencia a ver libre su pueblo, y sus conciudadanos dignos!

Y luego venía el estandarte amarillo, en figura de corazón floreado, de la logia que presidía él, de Lun-Gee-Tong; y sus miembros en túnica azul y casquete de seda negra, como los sacerdotes que iban detrás, rodeando al anciano del manto de vueltas negras, con el paso medido en sus túnicas blancas. Un rumor, como un cacareo ahogado, saluda a los que pasan ahora, de blusa también, y bombacha y polaina, con grandes fajas blancas al cinto y a la frente: son los veinticinco soldados leales,

que por todas partes han seguido a Li-In-Du, y vienen como más altos de lo que son, apretados y altivos, con un bosque de banderas sobre las cabezas: cada uno lleva bandera de un color y presidiéndolas va el palio redondo del mandarín, naranja y morado.

Tras dos farolas blancas siguen en tunicelas de colores varios, con banda al pecho y lazo al codo y al costado, los que traen en astiles rojos, recortadas en cartón con dibujos de oro y flores, las ocho insignias puras, los mandamientos de la ley de Tao, que Tao mismo dio al caudillo Gwin-Li-Du, en el monte luminoso de Tien-San, y la santa fruta que Tao comió en el monte, antes de su transfiguración, y la espada con que Gwin defendió la ley divina, y el hacha celeste que cae airada sobre el mundo cuando el malo impera, y la flauta apacible, y el vivaz *wooyin* con que acompañan su dicha los genios redimidos, y las flores celestes que dan olor de té y ni se secan ni se ajan, y la urna blanca de la vida eterna.

Y detrás, ante el féretro, de la mano de un palafrenero, va, sin jinete en la silla de cuero ribeteada de bronce, un caballo blanco. Luego el carro, con un limosnero de túnica ceniza en el pescante, dejando caer sobre la multitud de trecho en trecho papel moneda del imperio, para que dejen al muerto el paso libre.

Luego el doliente, el sobrino Li-Yung, de manto blanco y banda negra, con la cabeza descubierta. Luego, en dos diligencias negras y amarillas, la música china, chillona y discordante, sin notas ni frases, sonando más que a duelo, a triunfo y alegría. Y luego el séquito de chinos masones, de gabán y sombrero de pelo, con el mandil de las tres letras, y mil chinos más de dos en dos, con los brazos cruzados.

Y ese gentío de colores, y los cuatro caballos blancos, y las banderas, y las insignias de Tao se agruparon en el cementerio junto a la fosa, donde los empujaban con risas y chistes crueles, millares de curiosos, de rufianes desocupados, de novios en flor, de madres nuevas, de damas en pellizas, de irlandesas fétidas. Los árboles, por hojas, tenían pilluelos. En el techo arruinado de un caserón vecino, unas actrices pelaban naranjas.

De pronto la muchedumbre se echa atrás; caen sobre el suelo las banderas; vuelan por el aire las túnicas y bandas; sube en onda turbia el humo de la fogata repentina donde se consumen todos los trajes y emblemas funerales, las tunicelas y mantos, el percal de las trenzas, el

luto de los caballos, los oriflamos y pendones, las insignias de Tao, con la gran bandera roja, el baúl del muerto.

Y al dispersarse la gente apiñada, se vio el túmulo compuesto al uso celestial: a la cabeza, como respaldo, clavado en tierra todo el astil, el corazón masónico: luego, enclavadas también, las dos farolas blancas: de allí a los pies, simulando urnas y cojines, rosas blancas y amarillas: a los pies, y al remate de los lados, las siete velas místicas: y junto a ellas tazas de arroz, platos de col, bollos de pan, montones de tierra regada con vino, buñuelos y pasteles, y dos pollos asados, que es el banquete que disponen en cuclillas los amigos de Li-In-Du, para que no pase penas de hambre en su viaje difícil a la mansión de los genios, donde va a ser *djinn* venturoso e inmortal, viendo de cerca en su espíritu puro a los que amó en vida, intercediendo porque el hombre sea bueno y China libre, y favoreciendo a sus conocidos y parientes con dádivas y milagros.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 16 de diciembre de 1888

¡ELECCIONES!

La campaña presidencial en los Estados Unidos.—Causas, métodos y trascendencia de la derrota de Cleveland.—Cleveland en el gobierno.—La escena por dentro y fuera.—Día de elecciones

Nueva York, Noviembre 2 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Acaba de ser electo el Presidente. Unos pasean la ciudad con el sombrero a la nuca, la mano triunfante en la hombrera del chaleco, y colgado de la solapa, en plumas o en cartón, el gallo de la victoria. Otros van como si no quisieran que los vieses, con la insignia abatida en el ojal, cabizbajos y torvos, pagando a los vencedores el dinero de las apuestas. El asta desnuda publica el luto en los edificios de demócratas, y el pabellón vocinglero, como con nuevos colores y lustre, cuenta, abriéndose y plegándose, el triunfo de los republicanos. West Virginia, sometida al fin, contra su opinión y su historia, al interés de los ferrocarriles, vota contra la democracia, capitaneada por el enemigo de la práctica culpable de dar a los ferrocarriles la tierra sin contar, y montes de privilegios. Delaware, donde la democracia enconada se rebela contra la familia que quiere gobernar el Estado como su mayordomía, forma con los republicanos por primera vez. El demócrata Cleveland es vencido en el Estado de Nueva York, donde triunfan los candidatos demócratas locales. Vence Harrison, el abogado del proteccionismo. Y detrás de Harrison, dejando caer sobre sus adversarios arrollados la mirada amarilla de su ojo de marfil, vence Blaine. ¡Al poder los amigos de los ricos, y la política que los sigue enriqueciendo! ¡Fuera del poder el que inauguró una política que calma al pobre airado, sin amenazar la riqueza justa, ni hostigar la injusta fuera de medida!

En la Casa Blanca, cuando se supo al amanecer, en torno de la mesa cubierta de té olvidado y de manjares vírgenes, que la traición de sus partidarios, tanto como el soborno de sus enemigos, le negaba a Cleveland, al bravo Cleveland, la reelección, se calló el hombre brusca-mente, y la esposa joven lo besó en las dos mejillas, sujetando mal las lágrimas. En la casa del triunfador, cuya cerca de madera se han ido

llevando a astillas los republicanos fanáticos, salen de brazo al pórtico a recibir la enhorabuena loca de la multitud, el general electo, el "abuelo Benjamín", y una viejecita, de pañuelo a los hombros y cabeza blanca. Y después de haber visto en su grandeza y en su lepra el acto más bello de la libertad, después del fragor de la campaña y el silencio del voto, después del combate de los bandos y su resignación magnífica, después del espectáculo solemne, las calles de ebrios dormidos, las plazas de cabezas frenéticas, el hurra que el sol cansado ponía en las alas de la hermosa noche, y devolvía la noche al sol, no sabe en su casa alquilada el extranjero, cuando todo lo convida a enmudecer, cómo conseguirá narrar.

Venga el uno o el otro, aunque no ha venido el que debía, ¡lo que importa, por sobre todas las batallas de los héroes, es este ejercicio pacífico de la voluntad de la nación: el triunfo del espíritu público es lo que importa!

Ayer aún resonaban los cuernos y trompetas, llamando a la madrugada los ciudadanos al voto: luego hubo un gran silencio, un silencio penoso, como cuando se crea, y luego una majestad, como de quien pasa por bajo pórticos de luz. Han cambiado de asiento en el gobierno, después de la lucha vehemente de un año, dos partidos que agitan la pasión de veinticinco millones de hombres: han llenado las ciudades, codo a codo, los partidarios anhelosos loando juntos, juntos burlando a los candidatos enemigos, y no se ve al día siguiente más huellas de la lidia, en el ruido de los vapores que engullen su carga y de los ferrocarriles mugientes en las estaciones, que unos cuantos ojos deshechos y cabezas vinosas.

Hubo hombre que se vendió por cinco pesos, y por dos, y por un vaso de whisky: hubo el tráfico infame de boletos a que incita la concurrencia siempre peligrosa de las elecciones de la nación y las del Estado y la ciudad: hubo los fraudes y sobornos nacidos del mal modo de votar, no de la institución del voto; pero el corazón del hombre humano se conmovía dulcemente al ver esperando su vez en hilera ante las urnas de pino nuevo y cristal, para resolver en concordia los asuntos de la nación, al magnate de sombrero de seda y al cargador de blusa y cachucha. ¡Vigílese al gusano; pero no, porque lo atrae con su belleza, se desespere o maldiga de la rosa!

Cleveland está vencido, vencido por el interés de sus adversarios y la codicia y alevosía de los propios. Pues si sirvió a su patria antes que

a sí; si puso en riesgo su elección segura por poner a tiempo ante el país la verdad que puede evitar la enemistad y choque de sus elementos; si trajo consigo brío y bondad bastantes para sentar en el gobierno, con ira del Norte ambicioso y vengativo, al Sur que pudiera cansarse de verse, por pasión y avaricia, privado de administrar el tesoro a que contribuye, y las leyes de que padece; si espantó al partido de los monopolios por su capacidad para organizar una campaña nacional de resistencia a las ganancias impúdicas y prácticas liberticidas de los monopolizadores; si triunfó una vez por sí, contra el consejo y oposición de esos santones de partido que no quieren de portaestandarte persona viril con idea nueva y fuerza superior, sino hombre segundón, tímido y blando, que comparta el poder real con los que, en espera de provechos comunes, lo proponen y encumbran al poder nominal; si resistió en su propio partido a los traficantes que ven en la política un mercado de empleos, y a los que exigen, en pago de su apoyo, concesiones desmedidas a sus vanidades y odios, o a sus delitos e intereses, ¿qué suerte había de caberle, sino la que, salvo en las horas de crisis, tiene en la política la virtud? Triunfa de lado la virtud en la política, pero nunca de un modo directo y absoluto; y no está su victoria en la conquista del poder, premio casi siempre del que baja a representar el interés o la pasión, sino en enseñarse con tal constancia y juicio que el gobernante interesado que la acusa y persigue no ose prescindir enteramente de ella. Acosarlo, colgar sobre su cabeza, aparecérselo en sus banquetes.—La virtud, más que bridas, es látigo. Cuando fustiga es útil, y casi impotente cuando guía. Como los hombres no son aún en su conjunto virtuosos, no puede representarlos naturalmente la virtud; a no ser de aquel grado menor y gubernativo, don de algunos políticos a la vez honrados y sagaces, que otorga a la codicia y preocupación lo que exige como premio de no salirle al paso.

Si era el demócrata único cuya novedad y fuerza personal pudo sacar de su silla desdeñosa y monárquica a los republicanos que llevaban en ella un cuarto de siglo, ¿qué esfuerzo no habían de hacer los republicanos ricos y atónitos, por derribar al que con su valor y desinterés, demostrado al encabezar por sobre amigos y enemigos el debate sobre la rebaja de la tarifa, mostraba los tamaños necesarios para realizarla?

Si los republicanos amigos, como Cleveland, de la reforma del arancel, veían que su realización por los demócratas mantendría al partido rival lejos del poder por largo tiempo, ¿cómo, con la ruina lógica del interés

de partido, no habían de preferir vencer al portaestandarte de su propia víctima, a verla triunfar por los esfuerzos del contrario?

Si los monopolios todos, poseídos por los republicanos prominentes, han visto sus privilegios suspensos durante el gobierno de Cleveland, y las industrias favorecidas han hallado en él el adversario patriótico que procura el equilibrio y bienestar de la nación antes que el beneficio inmoderado y odioso de una minoría de industriales, ¿cómo no han de consagrar los monopolios y las industrias protegidas sus sobrantes mal ganados, a sacar del poder a quien manifiesta la decisión y capacidad de oponerse a que se perpetúen en ellos?

Si hay demócratas malamente interesados en mantener la tarifa alta a cuyo amparo venden a precio exorbitante sus fábricas privilegiadas, ¿cómo, poniendo su interés personal sobre el del demócrata que se los amenaza, y sobre el del país, no votarán con sus contrarios, que le prometen sustentarle su privilegio, antes que con el candidato de la democracia, que le aconseja subordinar al bien público, y a la paz de la nación, el exceso de su ganancia?

Si se negó a hacer de los puestos nacionales comedero de hambrones políticos, y a repartir los empleos públicos, pagados por toda la nación, como recompensa de los servicios dados a su partido en arriendo por oradores de alquiler y tratantes en votos, ¿a qué han de apoyar las "asociaciones" demócratas, mantenidas para la conquista y el goce en común de los empleos, a un Presidente atrevido que quiere "ganar fama de puro para sí, privando de los empleos a los que lo han puesto en la Presidencia?"

Si ha desatendido, con la fiereza de la honradez, las demandas de la minoría avarienta de Nueva York, cuya traición en las elecciones pasadas lo puso a punto de perder la Presidencia, en vez de ponerlo en ella; si prefirió, obedeciendo su mandato, encarnar en el partido que le debe la vuelta al gobierno nacional, las ideas de reforma que el país inquieto exige, a escuchar el consejo rencoroso de los neoyorquinos que no ven en los candidatos a altos puestos más que los agentes del poder político asociado que los eleva y mantiene para el provecho de la asociación, ¿cómo no habían de cebarse en él, según se han cebado, cómo no habían de cerrarle el paso al poder, según se lo han cerrado, so capa de ayudarle, las asociaciones de Nueva York, las asociaciones de demócratas que usan las ideas populares como pretexto y los candidatos de renombre como disfraz, pero anteponen a todo el principio por que existen, que es el de la distribución de los empleos entre los miembros de

la asociación que obtiene, con su ejército disciplinado de votantes, el poder que ha de distribuirlos?

¿Y si esta vez concurrían con la elección del Presidente enemigo del principio de la piratería en la política, la del gobernador Hill, ídolo y cabeza de los piratas, y la del corregidor de la ciudad y a quien tocará proveer el año entrante los más pingües empleos, ¿cómo no han de "mercar", de "acuchillar", de "cocear", de "tratar", de dar sus votos de demócratas al candidato de los republicanos contra el demócrata a quien aborrecen por su virtud, en cambio de los votos de los republicanos,—más interesados en ganar la Presidencia que el Estado y el corregimiento,—por el gobernador demócrata que capitanea a las asociaciones, por el corregidor?

Porque en vano se oponía al razonamiento preciso del mensaje arancelario de Cleveland, base de la contienda de esta elección, el partido republicano cuyos prohombres, cuyos candidatos mismos a la Casa Blanca y la Vicepresidencia vienen pidiendo desde años atrás, y poniendo en ambas salas del Congreso, una reforma del arancel más enérgica aún que la que Cleveland propone, y ya ha adoptado la Casa de Representantes. En vano levantaba, con estadísticas falsas, la astucia de Blaine, señalado ya como Primer Ministro del republicano en caso de victoria, la grito de librecambio contra una reforma que apenas toca al subido arancel existente, sino para introducir con menos costos los artículos y productos vitales, y quitar el impuesto de entrada sobre la materia prima cuyo tributo de aduana impide a la industria yanqui producir a precios de competencia con las fábricas europeas. En vano acusó Blaine de lenidad alevosa a Cleveland en la defensa de las pesquerías americanas en las aguas del Canadá, porque, basándose en la negativa del Senado republicano a aprobar el convenio pendiente con el inglés, pidió Cleveland a los senadores facultades inmediatas, que no le concedieron, para acudir en represalias, con energía mayor que la que nadie hubiese sugerido, contra el gobierno de Inglaterra, a quien Blaine tachaba de cómplice de Cleveland, porque este o aquel diario librecambista de Londres le celebraba su mensaje, como lo celebraban los de Norteamérica.

En vano provocaron los republicanos arteramente al ministro de Inglaterra en Washington a escribir, en respuesta a un inglés naturalizado, una carta en que le estimula a que vote por los demócratas, insinuando que no se les debe ver con enojo por lo del Canadá: porque

cuando Blaine, en discursos untados de curare, ondeaba a puño alto la carta infeliz como prueba del interés británico en la elección de Cleveland, éste aguardó en calma decorosa, aunque para él llena de peligros en las postrimerías de la campaña, a que Inglaterra reconviniese al ministro intruso, con menos energía acaso de la que bastase a desmentir el rumor, y cuando el silencio inglés y la voz pública lo autorizaron a obrar por sí, envió sus pasaportes al ministro con asombro de los republicanos, regocijo de los irlandeses, y aplauso unánime de la nación, ante la que Blaine acusaba enseguida a Cleveland de haber sacrificado el ministro al deseo de allegarse el voto tibio de los naturalizados de Irlanda.

De tal modo creció el prestigio, que del mismo Indiana, del Estado fiel a los republicanos donde residía su candidato a la Presidencia, llegaban anuncios de que pudieran ganarles la campaña los demócratas. La mayoría de las industrias se declaraba por la reforma. El abanderado de la rebaja aduanera era el dueño de una de estas maravillosas ferrierías.

Los negocios, en vez de languidecer o replegarse como en otras elecciones, se mostraban confiados y agresivos. ¡Materia prima libre, y tendremos comercio para nuestras industrias! ¡Madera libre, y tendremos barcos para nuestro comercio! ¡Trabajo para nuestros telares y ferrierías, cerrados o a medio cerrar ahora, y tendremos paces con los obreros! ¡Lana libre, vestiremos al mundo! Cuando con estos lemas en sus estandartes pasó en revista ante el Presidente bajo la lluvia fiera de un sábado famoso, un pueblo de millonarios, de banqueros, de bolsistas, de industriales, de comerciantes importadores; cuando cuarenta mil hombres de negocios soportaron en fila, vitoreando sin cesar, la lluvia que daba mayor grandeza a aquella procesión de hombres libres, de ricos, de manufactureros, de ancianos, de tísicos, de cojos, ¡no era de derrota, por cierto, el rostro enérgico y austero del Presidente, que de pie y con la cabeza descubierta los veía pasar!

El amor de su esposa y la estimación pública han mudado el rostro áspero y feo del gobernador solterón de hace tres años, con fuerza y presteza, en este rostro benévolo y radiante, y el cuerpo lerdo y bovino, en este cuerpo erecto. ¡Estaba seguro de su reelección, él, que sabe de las "cuchilladas" de los amigos! Envuelta en pieles, y acariciando a dos niños, lo veía de enfrente, desde un balcón de hotel, la regocijada esposa. Y de un piso más arriba, miraba Blaine, solo.

Pero de Nueva York era la esperanza principal de los republicanos. ¡Agitemos todos los odios de la guerra, y todo el poder de los ferrocarriles, todo el influjo de las industrias favorecidas, sobre los obreros amenazados o ignorantes! ¡Pero a Nueva York sobre todo, con cuanto dinero los monopolios puedan dar! Lo que importa, por si nos falla la elección en los Estados industriales y ferrocarrileros, es quitarle a Cleveland los treinta y seis electores de Nueva York.

En Nueva York están los ricos que pagan, y el voto que se vende. En Nueva York manda Hill, que tiene de su lado las cervecerías y quiere vengarse de Cleveland, que le ofende con su honradez, y le cierra el paso a la Presidencia con su candidatura. En Nueva York está la asociación de Tammany, decidida a apoderarse, a costa de la Presidencia que no le promete beneficios, del corregimiento de la ciudad, que tiene esta vez que distribuir canonjías tales, canonjías de ochenta mil, de cincuenta mil, de treinta mil pesos al año. En Nueva York está la asociación del Condado, de que es cabeza Hewitt, anciano hábil y vano, que ha vivido con más prosperidad que valor político, y quiere ahora, con arranques desordenados y tardíos, igualarse a Cleveland a quien abomina, aunque parece demócrata como él, y acaso permita que su gente trate el voto con el del Presidente republicano, para que no triunfe Cleveland, en quien ve al rival feliz, y para que no lo venza el joven rico que por ir adelantado en política se presta a ser el convidado de la otra asociación demócrata, de Tammany, para corregidor. ¡En Nueva York, donde se odia al Presidente bueno, y los demócratas están disputándose el botín, y están de venta distritos enteros, a cinco pesos por cabeza!

Músicas, candeladas, vociferaciones nocturnas, procesiones de seis horas, ¡qué no se compra con el tesoro enorme de los monopolios! ¿Se necesita más el día antes de la elección? Pues a Filadelfia, hogar de las industrias protegidas. Y en pocas horas, cuando ya parecen cubiertos los gastos todos de la campaña, levanta el emisario medio millón de pesos. ¿Que Indiana está en riesgo? ¡Pues allá van trescientos mil pesos en un cheque, para comprar el voto flotante, que allí ¡oh ignominia! es de los mismos hombres del país, de los campesinos norteamericanos!

¿Qué importa que el Club de la Reforma, compuesto de abogados vigilantes, haya denunciado al juez los hoteles que la junta republicana soborna a oro puro, para que dejen en blanco páginas enteras de fecha atrasada, y que se llenan luego con gente de no se sabe dónde, con los colonos que vienen de lugares donde el voto republicano sobra, a fin

de pasar como residentes de un mes atrás donde no residían, y tener derecho al voto? ¿Qué importa que los comerciantes demócratas, reunidos en junta de vigilancia permanente, determinen tener en cada una de las ochocientas veintiséis casillas un centinela que vea porque las "asociaciones" no vendan o cambien el voto, y un abogado que dedienda a los demócratas a quienes con falso pretexto intimiden o acusen los republicanos? Todo se hará, y a mordidas se le quitará la carne al león.

En una casilla donde el sufragio les ha de ser hostil, se pondrán testigos que tachen el voto, para que, mientras se va y viene del juez, ya llegue el voto tarde a la casilla, que se cierra a las cuatro.

Donde un demócrata muestra deseos de vengarse del copartidario que lo venció en la candidatura, mil pesos a la callada, para que ponga mostrador libre de cerveza, y demuestre a sus amigos que a la democracia se la sirve mejor esta vez votando por los republicanos. Y en las casillas donde afluye de mañanita el voto de los trabajadores, que quieren votar sin perder el jornal, se hará de modo que den las diez sin que aparezcan los inspectores de urnas que al fin llegan en brazos de amigos desconocidos, enseñando por el bolsillo del chaleco los billetes de banco manoseados, porque otros años los han dado nuevos, como los mandan del banco a los comerciantes; pero ahora han cambiado los verdes y sonantes, recién salidos de la caja, por otros que no denuncien el soborno, sobados y mugrientos.

En el resto del país se ayudará como se pueda el prestigio del sistema proteccionista, que no es poco, aunque ayudado de la bolsa de los fabricantes protegidos y del miedo de los obreros a perder el trabajo si votan contra su patrón, será mucho más. Pero en Nueva York, donde hay tres candidatos a la Presidencia,—el demócrata, el republicano y el antilicor,—¡la pluralidad a todo costo! ¿Qué no darán las "ligas" de los fabricantes en las industrias protegidas para traer al poder al que mantiene que el alza de precio de los artículos vitales merced a la alianza de los que los producen al favor de la tarifa, no conviene al país, que paga la tarifa?: ¿qué no darán por echar del poder al que, en vez de defender su candidatura con el dinero acumulado por este fraude continuo a la nación, por el cobro garantido de un precio injusto, por el interés de los menos, protegidos por la nación contra el interés de los más, se presenta candidato contra los defraudadores? ¡Que la pasión o la opinión den noventa mil votos: los once mil que faltan se compran con cincuenta y cinco mil pesos!

Para eso son republicanos todos los miembros de las "ligas" de fabricantes, que ahogan la competencia e imponen el precio forzoso de los productos; y los agiotistas, de que es cabeza Morton, el candidato millonario a la Vicepresidencia; y los ferrocarriles, que se están comiendo lo mejor de la tierra de los Estados nuevos, y tienen por abogado favorito en el Senado y en los tribunales al "abuelo Benjamín", el candidato para Presidente. Ya es de los ferrocarriles y millonarios el Senado. Mucho de la Casa de Representantes es de ellos, bien por elección hecha con sus fondos, bien por compra parcial. Pues ahora a la silla presidencial, con un famoso especulador de la bolsa por Vicepresidente, y por ministro principal al que, reconociendo que con la tarifa alta no pueden las industrias producir a precios de venta, ni los obreros tener el trabajo que exigen, halla natural y cómodo imponer sus precios inicuos a la casa ajena antes que mermar la ganancia de la minoría rica que abusa de su pueblo en la propia, y propone, so capa de americanismo y hermosuras internacionales, congresos de repúblicas de Hispanoamérica, al amor de la Casa Blanca, como ocasión de ajustar, por entusiasmo frívolo o por intimidación, tratados rapaces de comercio que equilibren el desarreglo mantenido para provecho de la oligarquía industrial del Norte, con los precios impuestos en los países mínimos de América a los productos yanquis de compra forzosa.

Y nunca hubo contienda tan reñida en la ciudad, que fue en todo Octubre como morada de dos ejércitos en tregua; nunca más oratoria, cantos y estribillos, insignias y uniformes, riñas a palo y puño, paradas de a cien mil pesos, con cientos de bandas y cincuenta mil antorchas; nunca fue tanto el decoro en la discusión, por la nobleza con que Cleveland expuso en su mensaje el tema electoral, ni mayor el contraste entre el reposo de los demócratas, seguros del triunfo, y el ímpetu agresivo de los republicanos, aunque asombró el comedimiento de unos y otros, que se cruzaban en paz por las calles con sus estandartes y sus músicas, a la derecha los de la bandera colorada, a la izquierda los de la bandera del país, y sólo en las últimas noches se vinieron a las manos, cuando una caballería de negros, vestidos de blanco y azul, cargó sobre los demócratas de casaca roja que les cerraron el camino, no sin pagar la demasia con sangre, puesto que las hachas de latón hicieron de pronto oficio de hachas de armas, y el petróleo de las antorchas quemó más de un casco áureo,—como delante de las casas donde tenían

los partidos su cuartel general, que eran lugar de cita noche sobre noche de los bandos contrarios, hasta que los estribillos mortificantes los sacaban de juicio, y se metían los puños por las barbas, a tiempo que la policía ubicua arremetió a palo limpio contra los abogados y estudiantes, que eran la masa del motín, y unos se curaban el hombro molido con coñac de Delmónico, y otros, entre soda y ajeno, descansaban las pantorrillas, aporreados, sobre las poltronas de Hoffman.

Seis horas tardó en pasar la última procesión de los republicanos: río de fuego fue de noche, y como fiesta persa por las luces, la última parada democrática: todo era pífano, tambor y corneta: por una calle iban los navieros con un vapor de madera tirado por ocho caballos de gran caparazón: por otro iban los del tabaco, con un abanico hecho de la hoja: topaban con los del algodón, que llevaban en la solapa motas de él: se detenían para abrir paso a los loceros, que cargaban en el ojal tazas de porcelana tricolores: por la otra bocacalle caían en la avenida los estudiantes de leyes con macanas por bastón y una escoba al hombro en signo de victoria: en andas traían los carpinteros un gran gallo: se oían arriba los ferrocarriles, y abajo, hornadas de música, y rachas de voces: todo era banderín, llamada, estruendo: el hombre se disponía a ejercerse, y so pretexto de pasión política, anunciaba su fuerza de rey con el bello arrebató de un campamento victorioso. Las procesiones de alquiler pasaban mustias, con esclavinas de hule reluciente sobre las levitas de mugre, y las antorchas apagadas.

Pero a aquel vocerío, que parecía toldo, a aquel palco de fuego prendido de río a río por sobre la ciudad vibrante, sucedió con claridad serena, y sublime silencio, la mañana del voto. Las últimas cornetas fueron las que al aclarar llamaban, bajo las ventanas, a los votantes. ¡Arriba, que ya son las seis, para que todo el voto del partido esté antes de las cuatro en las urnas! Cada distrito tiene su capitán, cada barrio sus tenientes, cada calle su vigilante republicano, que despierta a los de su comunión, y el demócrata, que levanta a los suyos. ¡Es día de fiesta! pero no para todos los obreros, que no pueden perder su jornal. Ya nadie carga insignias, para que el enemigo no lleve la cuenta. Ochocientos veintiséis son las casillas de la ciudad. A cien pies de la casilla están, junto a sus garitas de pino cubiertas de retratos y carteles, los repartidores de boletos de cada candidatura, hombres de alquiler, a cinco pesos por día, con la traición en los ojos, y los boletos

en un saco blanco. ¡Por la mañana cuando el sol acaba de salir, aún no osan vender el interés que les han pagado para conservar!

A la puerta de la casilla dan guardia, porra en mano, dos policías de casco negro. La casilla es la barbería, la tabaquería, la florería, la papelería, adquiridas para casa de sufragio por el municipio y mientras en las urnas caen doblados los boletos de papel, después de que los inspectores compulsan la residencia y nombre del votante, y los secretarios uno por cada partido, los anotan, otro policía con la porra en las rodillas, lee su diario sentado a lo monarca en un sitial de limpiabotas, y al fondo de la tienda rapan barbas, venden diarios, y atan flores. La hilera silenciosa de la puerta, formada de uno en uno, da la vuelta a la cuadra.

El sol brilla y los niños corretean. Frente a la garita de Tammany tiende a los transeúntes su haz de boletos un irlandés desdentado. El de la republicana espía a los que llegan con buen traje. El de la del Condado se echa sobre el que viene para que su rival de Tammany no le hable primero. Los vigilantes de cada partido, de buen sombrero y gabán de moda, de uno a otro en la hilera, cuchicheando. ¡Oh, la hilera! Un comerciante, de porte gigantesco, les lleva a todos la cabeza, de sombrero de copa y rostro grave: un miserable sin camisa, con el levitín a la barba y los ojos sanguinolentos, está detrás de él, el fajo de votos temblándole en la mano: le sigue un petimetre de vestido inglés, con bombín a la corona y botas de charol: un mozo de trabajo, sano de cara y de puños forzudos, le saca medio cuerpo por cada hombro: un italiano de pelo a lo Capoul y bigote retorcido, luce el sombrero de castor gris y el alfiler falso en la corbata: ¿qué hace allí el italiano? “¿Cómo te va, Miguelón?” pregunta el policía al miserable sin camisa, que responde que va bien, y le presenta, con aires de caballero, a un viejo de cara pícaro y lampiña, que ostenta delante de él su bastón de plata. ¿Quién llega, que le abre paso todo el mundo? Un inválido, que viene a votar con sus dos hijos, en una silla de manos.

Y en las casillas de buena población el voto fue tan diligente, que a las diez se veían por los cristales de las urnas los montones blancos. En otras casillas venían en manchas, con su padrón a la cabeza, napolitanos de pipa y calañés, de chaqueta y aretes, a votar en los asuntos de un país cuya lengua no hablan, a peso por oreja. ¡Merinos de lana turbia parecían, y gusanos de fango!: ¿a qué viene a dar voto ese irlandés por el que le regaló el galón de *whisky*, que deja escondido en el portal de al lado? ¡judío ruso que no sabes leer!, ¿por qué por una

chaqueta nueva o por un peso, vienes a influir, con un nombre que te es indiferente, en las cosas públicas de que sólo conoces la ganancia que sacas por venderlas?: ¿qué derecho tienes a ejercitar la libertad que odias, alemán barbudo e iracundo?: ¿zingaro raquíutico!, ¿por qué roes la chupa de seda de Washington?: ¡extranjero!, ¿por qué perturbas con tu venalidad el pueblo que te da asilo?

“¡Aquí, aquí!” ¡a la garita del Condado, donde están vendiendo, por sacar de corregidor al demócrata Hewitt, la candidatura del Presidente demócrata! ¡Aquí! ¡al viejo Hewitt! ¡dos votos demócratas para Harrison por un voto de corregidor para el viejo! ¡A Tammany, a la garita de Tammany, donde ofrecen un voto demócrata para Harrison, a cambio de un voto republicano para Hill! ¡Que estamos “acuchillando” al Presidente! Y ¿qué ha hecho por “los muchachos” este Presidente Cleveland? “¡En la sopa, en la sopa!” pasan gritando unos chicuelos, que toman por suyo este estribillo de la elección. “¡En la sopa!” está cayendo Cleveland, empujado por los partidarios que prefieren la derrota del Presidente virtuoso a la pérdida de Hill, el gobernador que reparte entre “los muchachos” contratos y empleos, a la pérdida del corregimiento, que dispone este año de puestos públicos por un período en que han de producir como ochenta millones de pesos. ¡El que guía, atrás: y el que se deja guiar, adelante! Todo el voto a Harrison, todo el voto que necesite para ser electo, con tal que queden en nuestras manos, en las manos de Tammany, los ochenta millones.

¡Nos vengamos de este presuntuoso, nos quedamos con el Estado y las ciudades! ¡Aquí tres votos para Harrison, por uno para Grant, el corregidor de Tammany! ¡Más votos para Harrison, por votos para Hewitt, el corregidor del Condado! ¡Un voto para Harrison, por un voto a Coogan, el corregidor del partido obrero del padre McGlynn, que ha bajado de evangelista a político! ¡Aquí, a las garitas de los demócratas, un voto para Harrison! Y en vano se opone al sufragio vendido de los demócratas la votación de los republicanos independientes, y la gente de idea libre, que vota donde ve razón. “¡Cuatro, cuatro, cuatro años más!” pasan cantando, a son de tamboril, los chicuelos frenéticos. “¡Cuatro, cuatro, cuatro meses más!” repiten riendo, tomados del brazo, republicanos y demócratas frente a las garitas.

Y en un barrio bajo, repleto de italianos e irlandeses, la cacería es abierta, los gariteros acodan al sufragante medio ebrio en lo oscuro de un zaguán: “¡gracias a Hill, dice un garitero, que no nos han puesto para este año la ley de la reforma de los boletos que manda que el vo-

tante escriba en secreto el voto dentro de la casilla!” ¡Tomasín, un peso por tu voto al buen demócrata, al gordo Campbell, que ya está tan borracho como tú! ¡Dos pesos, Tomasín, dos pesos por tu voto al republicano MacCarthy, que te sacará de la cárcel cuando te caigas muerto del *whisky*! ¡Ahí va Pedrote, que quiere cinco pesos!

¡En el portal, Pedrote, donde el policía no te vea! ¡Que allá el policía, que anda por Campbell, buscándole irlandeses! ¡A un lado, bribones, yo voto por Harrison, porque peleé con él en la guerra! ¿Quién se atreve a ofenderme?: yo soy un tejedor que llevo ya seis meses sin trabajo, y pago un peso por el mal paño americano que vale una peseta: ¡yo voto por Cleveland! ¡Ahí vienen Tim Campbell, abierto el chaleco, al vientre los muchos dijés, un solitario en la pechera, cenizo el rostro y los ojos colorados, del brazo de dos pintos, hipando y riendo: “¡A beber, policía! ¡a beber, muchachos!”

¡Las cuatro por fin! A empezar el recuento, en las casillas cerradas. A abrir las puertas del frente de las cervecerías, que han tenido abierta la del lado. A devorar la impaciencia, los partidarios fieles, los votantes puros. Al arroyo, ahítos de licor, los que han hecho fiesta con la paga del voto. Al sótano, los napolitanos, a guardarse en el borceguí los dos pesos del año. A recibir noticias, las juntas de los partidos. A prepararse los hoteles, para la muchedumbre de la noche. A un té ligero, los candidatos nerviosos.

Y calle arriba viene, cada cual con una raja de la garita al hombro, la procesión de los chicuelos. A sangre y diente se disputan las bandas rivales el pino de las garitas. Delante va el capitán, con un cartel de Coogan por mandil, y por espada una bandera americana: su teniente lleva un cartel de Hewitt, atado con una correa a la cintura, a modo de enaguas: dos rinconetes van detrás, llena la cara de flemas y chirles, de seis años el uno, y el otro como cuatro, con los brazos al hombro, el de seis con un gabán que le arrastra, y los dos sin zapatos: luego viene en andén, sirviendo de tambora, un barril vacío: a guisa de pavés cargan por cuatro las paredes de garita que salieron enteras: los de las rapas van tras ellos, a paso militar, unos frescos y bellos, otros tiñosos y ceñudos: los de chaqueta y más años van a la cola, feos y de cara cruel, con piedras en las manos.

Y a las seis empezó a crecer la ola, y eran como llanuras de cabezas a la medianoche las plazas, masa viva los hoteles, como tumba las

asambleas de los vencidos, frenesí la sala de Tammany, la asociación vencedora, y grito, cuerno, caracol el aire frente a los edificios asediados de los diarios. A cada anuncio cóleras y vítores. Va triunfando Cleveland, que por sobre la traición se lleva la ciudad, y nadie quiere ver las caricaturas que para entretener el gentío echan en sus lienzos de anuncio las linternas rivales. Una novia se desprende del brazo de su compañero, y le da un beso. Un hombre de buen traje saluda a brazos abiertos, lleno el rostro de la agonía de la dicha. Un octogenario de noble frente se descubre, sin miedo al aire de la noche, y con el pañuelo de yerbas vitorea las cifras la amiga que lo acompaña, de cofia de seda y crespos blancos. Vacío se queda junto al *Sun*, que da el primero las noticias, el *Tribune*, el diario de Blaine, que apoya a Harrison, vencido en apariencia. Patrullas de mozos roncros marchan a paso de redoble por la acera, la vía única libre. Por sobre el fragor, como colosal pajarería, vibran los gritos de los vendedores de diarios. Vuélvese cara de repente, y se ve, con ondeo de mar rojo, la pampa de bandanas. Mas la nueva decisiva llega pronto: un demócrata que ha perdido la apuesta, aparece vestido de tigre, a dar vuelta a todos los postes de telégrafo de la ciudad: cambian de mano en los hoteles, turbios de humo, millaradas de pesos: y de unánime empujón, cuando el lienzo del *Tribune* anunció la victoria del republicano, movió pies el gentío, dejó solo al demócrata, y con unción de iglesia entonó frente al diario victorioso un himno de triunfo. El octogenario, colérico, dijo a su amiga de los crespos blancos: “¡Vamos!”

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, diciembre 11 de 1888

10

VIDA NORTEAMERICANA

En busca de destino.—Las escuelas industriales.—El Día de Gracias.—La comida.—El obispo—La conversación.—Historia del Día de Gracias.—Gracias a Lincoln.—El discurso del abuelo.—¡A Lohengrin!

Nueva York, Diciembre 6 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Diciembre empieza negro, como dijo alguien que era la nieve, y Poe dijo que podía ser. No ha habido en todo un mes un cielo azul. Y el gentío no cesa, ni se entristece, ni se ve invierno aún, más que en una u otra cara desolada: sólo que ahora la gente no se mueve a turbas, como cuando las elecciones, sino desgranada, y sin más fragor que el usual de la vida, como reposando del esfuerzo donde no se la vea mucho, y disponiéndose, cuál a reparar el desastre, cuál a recoger los frutos de la victoria. Porque los ferrocarriles van llenos a Indianápolis, donde ya han llenado a Harrison la casa de regalos; de bastones, de castores vivos, de guacamayos, de colchas bordadas, de jarrones de porcelana del país. No hay cuartos ya para los solicitantes.

Para cada puesto, cien. Hay siete ministerios, y siete aspirantes para cada uno. En los diarios, sólo eso se lee.

Esta ansia fea y desmedida es lo que se ve por sobre todo cuanto en estos días distrae e interesa; —por sobre el hombre que viene andando por las aguas del Hudson, como Jesús anduvo, y como los indios de Guatemala, que cruzan a pie con un baúl a la cabeza, la corriente del río Tambor;—por sobre la novedad de la iglesia del biblioclasta Heber Newton, que ha puesto clases dominicales de economía política;—por sobre el nombramiento de una mujer más para la junta de educación, donde ya son dos las damas que han servido el puesto este año con mucho aplauso público;—por sobre la moda, no en todo loable, de enseñar en las escuelas las generales de los oficios, lo cual es cosa excelente, pero no si se añade a un modo de instruir ya rutinario y fatigoso, en que se enseña al niño de memoria y con palmeta, y no trayéndolo al corazón, con un gesto caballeresco, cuando su cabecita no entiende bien, o la ni-

ñez le retoza en el cuerpo tiránico, sino halándole de las orejas o poniéndolo en el burro porque no dice de coro las leguas que hay de Siracusa a Yucatán o de Corinto de Dakota a Troya de Massachusetts.

Cambiar este sistema, por supuesto que se debe, y enseñar con ternura y sabiduría, y no por maestras nombradas por favor político; y un oficio todo hombre ha de aprender, porque no hay mejor libro de moral, ni pie más firme para el carácter, ni disciplina más útil para la mente.

Pero no ha de ser, como aquí ahora, a expensas de la armonía mental, que quiere que todas las facultades se desarrollen por los mismos medios a la vez; ni de aquel sistema superior, aún no entendido, según el cual ha de enseñarse a los niños con orden y relación los resultados amenos del estudio, y no las reglas áridas, sin vida interesante ni aplicación visible, que es como enviar un paquete de moldes a quien se ha mandado hacer una levita. En estos días se ha estado de entradas en esos cursos nuevos; y ya es un bienhechor que funda en Brooklyn una escuela industrial, como las de Leland en Filadelfia, ya son las clases de Auchmutz, que de obrero subió a millonario, y de su millón da lo mejor para proveer de maestros sus talleres gratuitos donde el escolar aprende a la vez, en buena compañía y entre paredes gratas a los ojos, las artes de la práctica y la de los libros.

De todo eso se habla. De un pintor, que a cincuenta varas sobre el agua pintaba un arco de puente, cayó dando vueltas desde lo alto, salió del río a buenas brazadas, y siguió pintando. Del centenario de las Misiones del padre Junípero, el santo mallorquín, que celebran en estos días con pompa en las iglesias derruidas en los pueblos melancólicos de California. Del púgil Sullivan, que era torre ayer, y hoy es esqueleto después de un año de vino. Del novelista Gunter que se pasó dos inviernos buscando editor, hasta que cansado de que le devolviesen el libro infeliz, con las odiosas "muchas gracias", publicó el libro por sí, y lleva ganados cien mil pesos. De un ingeniero de nuestra raza que era ya persona magna en Nueva York, y ahora de un vuelo de pluma de ave ahorra un millón a Brooklyn en su acueducto, y salta a la cabeza de cien competidores. De que la actriz Mary Anderson, que ha venido más bella con su éxito inglés, y con el remar mucho en el Támesis, mostró enojo porque las damas neoyorquinas que suelen ir por donde no se las ve, se niegan a darle puesto en sus salones, a pesar de ser ella actriz de honradez notoria. Y ya le han bruñido los jarretes a la estatua de Washington que adorna la escalinata del Tesoro, como primer anuncio del festival de abril, que va a ser grande, con mucho discurso de prohombre y paseo

cívico, para celebrar el centenario de la primera Presidencia de aquel héroe benigno, que en bailar el minué era tan notable como en ganarles el día a los chupasrojás ingleses, y con la misma pluma escribía cartas magnánimas, y miserables versos.

La fiesta va a ser ruidosa, con pasos y alegorías como aquellas de Holanda que cuenta en su libro hechicero el americano Motley, de quien publican estos días un retrato nuevo, tal como estaba ya, Apolo cincuentón, cuando en su carta famosa echó en cara a Bismarck su política de un pie, ¡torre de viento!, con la misma bravura y elocuencia con que sacó de los archivos españoles la verdad sobre el lívido Felipe.

Dicen que en las casas grandes no hablaron más que de los bailes de abril, las novicias hermosas que, en la comida del Día de Gracias del último jueves de noviembre, ensayaban a la luz hospitalaria de Vanderbilts y Rensselaers, que es gente de mucho comedor, los trajes atrevidos en que fueron, entre boas de armiño y pellizas de nutria, del teatro de la mesa, al de Lohengrin, a su estreno mundano. Porque este mes, —cuando se acercan los bailes de caridad, y de los patriarcas, que son para el gran mundo,—sale a luz, ya con derecho de mujer formal, la parvada de herederas.

Y el Día de Gracias, que aquel épico Lincoln estableció para mostrar agradecimiento a Dios por las victorias de la guerra y "porque la cosecha había sido abundante", suele ser entre los poderosos ocasión de mesa regia, con antemesa rusa de quesos y caviars, y platos caros o innúmeros,—como si fueran Luises los invitados y los dueños fueran Enriques de Navarra.

El pavo está en la mesa, en la fuente de plata,—y alrededor, sentados en las sillas, los comensales. Las damas y damiselas van de gran descote. Las jóvenes, ¡champaña! Las matronas, ¡sidra! Los caballeros son gente "de arriba", magnates del banco y el ferrocarril, obispos presbiterianos, gamonales de la política. Un general lleva tres corales en la pechera. Un peligroso, como en Caracas llaman a los *dandys*, lleva un solo botón, una perla.

Un director de diario, con la barba blanca, carga tres brillantes. Las ostras vuelan. De las dos sopas, eligen el puré. La comida no es en mesa de Estado con mucho florero y argentería, sino en mesas pequeñas de seis, ocho o diez, para que no sea hielo el aire, y se converse con gusto y soltura.

Las mesas entradas en años no hablan de Lincoln, que nunca pudo sentarse en paz a dar gracias a Dios, porque se lo comían los celos de su mujer, que se volvió a casar, y las visitas de los pretendientes que entran confusos, como miopes, y salen cayéndose, como muñecos de fango. En las mesas de padres se habla de finanzas, sermones y política; las jóvenes no tienen al lado mozos lozanos, dignos de su beldad, sino cuarentones ricos, de vuelta de sus viajes europeos, o solteros poderosos, con silla delantera en el mundo, o lores rubios, de un rubio infeliz, con más mostacho que espaldas, y el lente más movible que los ojos. Ellas, agresivas. Los yanquis, algo volubles; y cuando viejos más urbanos. Los lores mudos, cejijuntos, vacuos.

Los vinos son miel, y uno tiene perfumes, como los de Grecia. Los criados los saben servir. Los señores no los saben beber. Sorben juntos sobre una lonja de oso, el Chambertin y el Lachryma. Ya a los postres, cuando traen Madera de un siglo, porque, si no, no es Madera, y un Chipre que se corta, como el Pero Ximénez de Nochebuena, se habla de mesa en mesa sobre los asuntos en boga,—sobre el caminador Littlewood, en quien piensan mucho estas damas, y ha andado en seis días más que Albert sobre la yegua voladora que se vendió en seis mil pesos,—sobre la Langtry, que ha venido fea, que ya tiene la garganta arrugada, que nunca, nunca ha parecido bien a estas señoras,—sobre la novela *Robert Elmer*, “un perfecto fastidio”,—sobre el graciosísimo perrito de la actriz Alice Hasting, una monada, lo mismo que su ama,—sobre ese cursi de millonario que ha ido a casarse con una campesina,—sobre el magnífico Chamberlain, el tráfuga inglés ya muy canoso, que se lleva de mujer, con mucha ropa blanca, como es costumbre en las familias viejas de Massachusetts, a una bostonense de veinte años,—sobre la ira de esas pobretonas de Londres que no tienen ya título con quien casarse, porque no hay lord que no se case con americana,—sobre tal señora que era antes muy amiga, pero ¿cómo la habían de invitar si su marido se arruinó el mes pasado en la baja del trigo?,—sobre el traje de diez mil pesos, un traje de seda de la China, con una figura de Leloir en el delantal, y en el corpiño un gato de Lambert, y por toda la seda bandadas de gorriones.

Y en esto se pone en pie el obispo, champaña en mano. En las casas católicas, es gala que el arzobispo vaya a bautizar, a casar, a comer, y le ponen comedor cardenalicio, todo rojo, y el helado de fresa, y la ensalada de tomates, y las luces con velos de seda colorada.

En las casas protestantes, el obispo es el lujo, un obispo cuadrado de espaldas con patillas de chuleta, frac de solapa redonda, un ramo de violetas en el ojal, chaleco de seda blanco, con ramazón de flores. Apura el champaña, que es del país, y como la casa es republicana, hace reír con el chiste inaugural: “¡Protección a las industrias patrias!” Cuenta enseguida, en un inglés suntuoso, con frases peinadas como la seda de un faldero, cómo fue Lincoln el primero que hizo el Día de Gracias fiesta de la nación, aunque desde los puritanos holandeses era costumbre celebrar hechos faustos, cosechas pingües, libertades nuevas, con cervezas y pavos, y danzas y fogatas. Pero la fiesta viene de más lejos, desde antes de la cristiandad, porque si se ve bien, siempre tuvo el hombre su poco de cristiano, y el cristianismo su poco de paganía, como estas gracias nuestras, que no vienen antes de coger la uva, sino luego, a semejanza de Grecia que tenía en este mes ocho días festales en gloria del padre de la tierra, que engendraba la yerbabuena y la eruca, favorables al amor,—y la adormidera, la fruta del olvido,— y la dulce granada. De más allá vienen las gracias,—dice alzando ambos brazos el obispo, y dando como lejanía y unción a la voz: de Moisés vienen, de la danza de los tabernáculos, cuando festejaban los hebreos la vendimia con abundancia de comer y beber, y eran nueve días enteros de coros y de arpas, sin más techo que la enramada fresca que cada cual fabricaba con sus manos, como los indios de Los Angeles, que hacían hasta hace poco lo mismo que los hebreos de Moisés y nuestros padres rubicundos,—dice el obispo volviéndose graciosamente a los lores:—nuestros viejos padres sajones tenían también su fiesta de cosecha, luego que estaba ya todo el grano guardado, y se juntaban los vecinos noche sobre noche hasta que quedaba en el filo aquella luna, a comer al calor de las hogueras, sendos bueyes asados.

Y en esta parte de su discurso erudito iba el undifluo pastor, con sentencias como guirnaldas, colgadas de flores, cuando entre mucho aleteo de abanico de las nietas y mucho mohín de la hija, creyó llegada su ocasión el abuelo de la casa, que empezó de boyero la vida que se le va acabando como gran señor:

—“¡Pues no me pesa, mi querido obispo, recordar cómo era en mi tiempo, cuando tenía yo madre, el Día de Gracias! Yo cortaba los nabos como clavellinas para ponérselos al pavo en la pechuga; y por donde el faisán es más hermoso poníamos una zanahoria labrada como encaje: ¡y qué calabazas nos hacía la madre para dulce, mi querido obispo! ¡y qué lonjas de pastas de membrillo!: y la pobre señora estrenaba aquel día

su vestido del año. ¡Obispo, nuestra camisa es fina; pero es preciso dar gracias a Dios por aquella madre mía que me tejía mi camisa de lana!”

El lacayo, de casaca verde y calzón a la rodilla, apareció en el cancel, anunciando que los coches esperaban, para ir a Lohengrin. Por el pórtico, que es un ascua, pasan Ledas y cisnes, herederas y lores, presidentes y matronas.

También va el abuelo a oír música alemana. En el coche de la dueña, con su gabán de piel de foca, va el obispo.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 1 de febrero de 1889

11

CRÓNICA NORTEAMERICANA

Fiestas de invierno.—Los poetas populares.—La anexión del Canadá.—Decadencia religiosa.—“Las Hijas del Rey”.—Un ejército piadoso

Nueva York, Diciembre 20 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

De tiempo acá no hay mes sin fiesta de extranjeros, como si, con los cariños del recuerdo patrio, fuera a ser menos el frío. Poco hace eran los suecos, que desde el Delaware vinieron, con sus orfeones y pastoras, a celebrar a aquel Bellman que cantó Amarilis. Luego fue el día festivo de los escoceses, congregados en torno al asta de cintas, que el escocés al danzar trenza y enreda, para bautizar, a la sombra de los árboles de otoño, y en día lluvioso por cierto, la estatua de su poeta, de su Robert Burns, a quien la buena Peggy, de crenchas amarillas y pies desnudos, era tan cara “como el otoño al labrador y la llovizna a las flores”.

Ricos y nobles se reunieron, con la cabeza descubierta, para honrar al que, en vida, sólo por cortesía descubrió la suya ante ellos, al que vivió libre y soberbio, prefiriendo el ahogo a la limosna, y el potaje del aprendiz a la zozobra del poeta cortesano; al que no pisó salas de duque, sino cuando por la fama de su genio pudo entrar en ellas de corona a corona; al que no se vendió a la majestad por puestos ni pensiones, ni quiso grados de pedantería, ni latines inflados y griegos de imitación, sino el doctorado que aprendió en la virtud del alma, con una moza de la montaña por maestro, vagando juntos en los agostos ardorosos, por donde se baila, canta y ara; al que fue a la vez, con la mano en la pértiga honrada de Ayr, Beranger y Tibulo. Como hermano defendía arrogante a las “muchachas plebeyas” del desdén de las ricas, con sus estrofas por escudo, aunque de los versos de su abogado era de quien necesitaban defensa ellas, porque no tenían las aldeanas fuertes y amorosas de Ayrshire amigo más exigente y tierno que el que en vez de “ir con los rebaños divinos a pastar en los yerbales ortodoxos”, ni a escribir prosa venal o rimas palaciegas con el arte que le ense-

ñaban el tordo enamorado y el alba húmeda, se iba, liga al jarrete y manta al hombro, inventando versos, a los fresales de Ballecümyle, donde Nannie lo espera, o a la orilla del río, a decir a la orgullosa Tibbie que no "le importa un pelo" que le mire mal por pobre, o a la vereda del maizal, donde no lo tendrán en menos porque ande despacio, al rumor del maíz, abrazando el talle de Peggy, fino como un arco joven.

Y hay en todo lo de Burns majestad como de cumbre, y la tristeza de los grandes, que viene de vivir entre los hombres sin poder moderarles la fealdad, ni librarse de ellos.

Ahora la fiesta es de los alemanes que quieren celebrar al párroco Hebel, poeta en dialecto como Burns, que se le parció en lo sencillo y profundo, aunque no en la melancolía, que Hebel supo domar, como que era menor su genio, y acabó de prelado bien comido la vida que el escocés dejó ir temprano de su esbelto cuerpo. Como él nació de pobre, como él halló el campo natural mejor que la ciudad dañina; como él cantó a Sebastián, que "suda y se atraganta", y le da vuelta al gorro negro, cuando Marinca, la Marinca de la fuente, lo mira con aquellos ojos, como amapolas azules, y sale luego de detrás del árbol a decirle que le ha oído el monólogo de amor, y quiere ser suya, aunque sea tan pobre él, porque "un corazón honrado es más que oro", y con manos para trabajar, y pecho para querer, y agua en la fuente ¿qué más se ha de pedir a Dios, Sebastián bellaco?

Goethe y Richter, y toda Alemania proclamaron al párroco gran poeta, Goethe con su prosa serena, y Juan Pablo con sus razones y floreos de frase, que unas veces eran coral puro, y otras, como arte de presos, que todo lo hacen con plumas, lentejuelas y abalorios. Pero Hebel fue como su "campesino contento", que entre el señorío de Baden se sentía mal, con la elocuencia seca y el alma en un zapato, y lo que le gustaba era sentarse por el campo a la hora de anochecer, llena la pipa y el corazón alegre, a ver, de vuelta a casa donde espera la sopa, cómo le hablan sin mortificarle, porque nació en domingo, los espíritus del bosque, cómo la prudencia aconseja la honradez al corazón y el sigilo de la naturaleza, cómo, traviesas y pizpiretas, se buscan y casan, con alborozo y espuma, la quebrada y el río.

Ya Bellman y Burns tienen estatua, y ahora la va a tener el humilde Hebel, el poeta ingenuo de la Selva Negra.

No van ahora los novios, que abundan en diciembre, a ostentar, como hacían en otoño, su ventura por los montes callados, a semejanza de

Burns y su Peggy, ni como Hebel, en las tarde rojas, se sientan a ver como remedan sus diálogos las ramas y las espumas. Ni a Florida pueden ir, porque todavía anda allí la peste, aunque ya sus hoteles morunos bruñen el piso de mármol, las barandas de caoba, las fuentes que arrullan el sueño grato de las tierras donde aroman los azahares. No pueden ver este año aquel pueblo curioso, que, tras un siglo de dominación americana, tiene como a orgullo hablar mal el inglés, y cuando quiere obsequiar a los Presidentes que lo visitan, manda escribir una loa en castellano.

Al Canadá es adonde van, con la novela de Howells por guía, la novela de *Una amistad casual*, en que se cuenta una historia de amor de estos países, y de lucha de castas sociales, a la vez que el romance y aventura de aquel Quebec de fortaleza formidable, aquel Montreal suntuoso e inglés, aquella Francia terca, encajada entre Inglaterra que la sojuzga y los Estados Unidos que la codician, aquellos indios pintorescos, más libres y dichosos que los norteamericanos, aquellos valles pingües, donde la vacada pasea la ubre recia a la sombra de los frutales abundosos, aquellos montes de álamos y pinos, coronados de túmulos y cruces, aquellos ríos, cuyas cataratas enemigas burlan espléndidos canales, donde las balsas gigantescas, ceñidas de cadenas, apresuran, empujadas por el hielo, su último viaje.

Van al Canadá, que está hoy en boca de todos, porque con las elecciones resucitó el proyecto de traer el Dominio a la confederación de Norteamérica, no tanto porque los que sacaron a lucir la idea piensen de veras que tal cosa es hoy posible, como porque el espíritu tácito de la elección era, por parte de los republicanos, esta promesa que en sigilo le van haciendo al país de imperialismos y conquistas, y no hallaron cosa mejor que deslumbrar la mente pública con este plan descarado, con el objeto doble de ir ganando tiempo aquí y en Canadá para la tentativa de anexión, y quitar razón al argumento de Cleveland, en cuanto éste aboga por la reforma del arancel como medio de acabar con el sobrante corruptor, con el cual dicen los republicanos en voz baja que no ha de acabarse, porque ¿y la guerra con Inglaterra? ¿y los gastos de extensión de territorio? ¿y la necesidad de fortificar nuestros puertos? ¿y la conveniencia de gastar en invadir, y someter, la frontera canadiense, y lo que hemos de gastar en fortalezas en ella? Pero los novios que andan de paseo se convencen de que por el San Lorenzo, ni franceses ni ingleses quieren más liga con el norteamericano que la

que tienen ahora, aunque beban de la misma agua, y sus puentes se claven en el Canadá de un lado, y en Norteamérica del otro.

En vano, deseosos de distraer de los peligros interiores a la república, quieren preocuparla ciertos políticos y generales, agiotistas los más o defensores de los monopolios, con la idea de ir extendiendo el imperio yanqui por el dominio inglés del norte, y por otros dominios, como anuncia, con palabras que parecen garras, no menos persona que el presidente del Senado, el orador que a la sordina crece en influjo y fama entre los ricos, el senador Ingalls. En vano perora ardentemente en pro de la urgencia de la anexión, John Sherman nada menos, que está para ganarle a Blaine en estos mismos momentos el puesto de Secretario de Estado en el consejo de Harrison. En vano, contra la protesta rotunda del empresario canadiense que venía sirviéndole de acólito en la defensa de la unión comercial del Dominio y el Norte, presenta un republicano en las primeras sesiones del Congreso el proyecto en que demanda, más por satisfacer a los electores que por pensamiento verdadero, la autorización del Congreso al Ejecutivo para que invite a Inglaterra, a Inglaterra que en tres cuartos de siglo ha levantado la colonia de doscientos cincuenta mil a cuatro millones de habitantes; a Inglaterra que a costa de su tesoro viene cubriendo de ferrocarriles las soledades nevadas, y corrigiendo con diques pasmosos el curso de los ríos; a Inglaterra, menos desamada por el canadiense francés, que la mira como su opresora, que la América del Norte, a quien pudiera mirar como su esperanza; a Inglaterra, que pone cada día una mano nueva sobre el territorio americano,—a que ceda a los Estados Unidos el Canadá por vías de paz. ¡Nunca! dice el inglés arrogante, que por serlo se tiene como el producto humano más fino y poderoso de cuantos pueblan el mundo. ¡Nunca! dice el francés, estrujado por los jesuitas o soberbio como sus abuelos hugonotes, nunca preferiremos al opresor que empieza a mirarnos como hermanos, el vecino que sólo nos codicia como su presa. Y el indio hurón, con su manto de pieles; el indio iroqués, con su pechera de wanpunes; el indio ottawaño, feliz industrial o amable campesino; ¡nunca! dice también: ¡el inglés no nos mata! ¡el inglés nos paga la tierra! ¡el inglés no es bueno, pero el hijo del inglés es peor! ¡ya no hay indios, ya los indios no tienen tierras donde manda el hijo del inglés! El médico lo dice: ¡ottawaño, ten cuidado con el águila! Y cuando los diarios de Norteamérica preguntaron a los magnates canadienses que tienen de este lado del Niágara su fortuna: ¡Nunca! dijeron todos: ¡ni para alguacil puede salir electo en todo el Canadá,

ni entre franceses ni entre ingleses, el que abogase por la entrega de nuestra colonia libre a un país que sólo nos apetece para obligarnos a consumir sus productos, para servirse de nosotros contra la nación que nos ha estado defendiendo de él! Comercio libre, sea; pero anexión, nunca, dice Golden Smith, el maestro ilustre,—y Erastus Wyman, el rico, el proamericano, “anexión—dice—nunca”.

La unión comercial sí se desea, porque tanto necesita el yanqui vender al canadiense sus fábricas sobradas, como el Dominio vender los frutos de sus llanuras y sus bosques; sólo que el Dominio, que vende a los Estados Unidos, no compra de ellos lo más que consume, sino de Inglaterra, y los Estados Unidos quieren que el inglés consienta en perder el mercado de su casa propia, y en darlo como regalo de amistad a quien, no con confianza generosa y sacrificios previos, sino con palabras felinas y congresos aterciopelados, quiere tratar, so capa de unificaciones antihistóricas, el modo de echar de nuestra América el comercio inglés. Y porque el yanqui aquiete con un mercado nuevo las masas industriales que atrajo con exceso y educa para la cólera, porque el yanqui confirme su preponderancia en un continente que no le debe protección que no sea funesta, y cariño que no haya sido interesado,—¿hemos, dice el Canadá, de abjurar nuestros dioses, de vender nuestra primogenitura, de confundir nuestra persona con la extraña, de cambiar su naturaleza, de sacrificar el sentimiento supremo, el sentimiento de nación,—a la tarifa de un país extraño, a nuestra misma tarifa?

Ajústese el comercio fronterizo como manda el interés mutuo, y quede cada cual como sea, los ingleses satisfechos con su Montreal grandioso y artístico,—y los franceses con tal capacidad para vivir por sí que, codeándose día a día con el yanqui, y viéndolo ante sus ojos a la obra, y habitando a veces como desterrado voluntario sus ciudades donde el pensamiento es libre, no quieren rendir al extranjero hostil y burdo el carácter provincial tan potente e intenso que en su Pepican y su Riel ha engendrado héroes y en su Frechette laureado un gran poeta.

Allí sí es, como en Polonia e Irlanda, poderosa la religión, porque es un símbolo de la patria,—de la patria que aquel Cartier de barba fuerte trajo con la cruz que plantó en la ribera del San Lorenzo,—de la patria que fundó Champlain, aquel Las Casas de los pobres hurones,—de la patria que predicó Le Jeune, su bravo jesuita; y santificó Montcalm, el que con fuerzas mermadas, tuvo a raya al inglés, y murió

en la batalla primera que no pudo cerrar con una victoria. ¡Por Acadia! ¡reza por Acadia! dice en voz baja, en la casa y en el sillón de confesar, el cura del Canadá a su penitente: ¡por Acadia, que ha de volver! ¡reza por Pepican, reza por Riel, reza por Montcalm, reza por Francia! Desertar de la religión es para la masa católica del Canadá, como desertar de Francia; allí sí que no necesitan juntarse los clérigos de sectas diversas, como se han juntado acá, para preguntarse alarmados por qué se va la religión, y cómo podrán sujetarla. Allí no hay que revocar la religión caída con pinturas de moda, como telones viejos. Desdeñan al pobre, crean iglesias de casta, quieren echar atrás el mundo, ¿cómo han de ver semejante iglesia concurrida? La riqueza que la misma religión triunfante, no bien pasa de rebelión a autoridad, codicia y fomenta,—cría la rudeza y sordidez que privan al hombre de la dicha real, que está, con un poco que se le ponga de champaña y pimienta, en los placeres soberanos del espíritu. Ayer iban por las calles, asombrando por su semejanza, un político de barrio muy pomposo y boyante, y un mulo de Texas: en el teatro nuevo de Broadway, cuyo cielo raso es como el cielo de veras, entró ayer, hozando como un cerdo, un agiotista famoso, que tiene millones y harén, un cerdo rosado, con frac y plastrón, y tres botones de oro ¡y la junta de clérigos se asombra de que el mundo vaya tan mal que éstos prosperen y a los pastores, a los más celebrados y locuaces pastores, tienen que rebajarle las congregaciones el salario! No ven la Iglesia portentosa, la Iglesia natural, que se está levantando, como árbol que tendrá por copa el cielo, del pecho de todos los hombres a la vez. En la Iglesia única, inexpugnable y hermosa, pararán como zorras encadenadas, todas estas iglesias.

Los poderosos las ayudan e insisten en juntarlas en una catedral enorme construida en lo más alto de la ciudad, para que sus torres se vean por encima de las dos caperuzas de mármol, afiladas como gorro de hechicero, que han puesto, gracias a la bolsa de unas damas ricas, sobre las puertas de la catedral de San Patricio. El catolicismo tiene las masas, la irlandesa, y la húngara, y unos cuantos italianos y griegos, y los periodistas y políticos que de ellos viven, y las jóvenes celosas de que sus amigas de culto romano se casen,—¡como esa hija del pintapapeles Howard, no más que por ser católicas!—con misa solemne y discurso del arzobispo vestido de seda, y el coro famoso de sesenta voces que echa por aquellos mármoles las bocanadas de notas del órgano dorado. Pero la verdad es que a no ser donde los creyentes ricos los llevan en sus hombros. por fe o por vanidad,—o en aquellas sectas más ligadas por

su origen a la nación, que las defiende como entidades patrióticas, o en las que, como la episcopal, se imita la pompa del culto romano,—puede decirse que, a pesar de sus músicas y anuncios y torres morunas y bancos de ébano, los templos están pobres y vacíos. Va la gente a oír a los pastores liberales, y más cuando se susurra que van para rebeldes; y aún tiene Brooklyn la tribuna teatral donde a trancos y gritos predica sobre las cosas del día, políticas o sociales, el destrísimo Talmage.

La Quinta Avenida llena de coches, los domingos a las diez, la cuadra de John Hall, pastor de espaldas catedralescas, consejo sutil y voz mugiente, que convida a la gente poderosa a unión en Dios, y a robustecer a los representantes divinos en la tierra, porque sólo el poder de Dios, —con la ayuda de la bolsa humana y de clérigos de cien mil pesos al año,—puede poner valla al mundo nuevo, al mundo anarquista, al mundo de cabello revuelto y rojo.

Pero los pastores reunidos en estos días, se han preguntado lo que todos ven: ¿por qué ni aún dando a los templos el bullicio y agrado del teatro se niega la gente a venir al templo?

¡Porque la enseñanza es falsa, el carácter duro, el rico soberbio, el pobre desconfiado, y la época de vuelco y reencarnación, que pide para guía del juicio y consuelo del alma algo más que Iglesias ligadas en pro de los pudientes contra los míseros, y que se rebajan al empleo de instrumentos de gobierno, y defensa de castas, y caen al suelo de una embestida de uñas! En cambio las iglesias de los negros están siempre llenas, porque la iglesia es, como para el Canadá francés, su única patria.

Lo que sí ha de celebrarse, si las sectas astutas no le caen encima, es el crecimiento por la fuerza de la caridad, de “las Hijas del Rey” que son ya cincuenta mil: y corren riesgo de que las use en su provecho exclusivo alguna de las sectas rivales. Nació este ejército piadoso de una conversación de sala: “¡Tanta pena escondida—dijo una—que podría aliviarse con un poco de bondad y de método!” Fueron diez las primeras que se reunieron para pensar en cómo se remediarían, sin costos ni pompas, tantas desdichas del cuerpo y el alma. Pues que cada una junte diez amigas. Que donde haya diez amigas, quede el grupo. Que cada grupo atienda a propagar el cariño entre los seres humanos, y a endulzar una especie de miseria. Estas diez a buscar empleos a ancianos. Otras diez a confortar por las calles a las mujeres infelices.

Otras a procurar quehaceres a los inválidos. Otro a enseñar a las esposas pobres a tener sus casas bellas. Otro a que no se deje carta sin responder porque puede morir de no recibirla un alma ansiosa. Para todo lo que padece, para el embellecimiento y mejora de la vida, para el sostén del alma incrédula, para esas finas nonadas que hacen la existencia llevadera y dulce, para todo hay un diez en "Las Hijas del Rey", que llevan la cruz de plata al pecho, y sonríen al descalzo, y parten su asiento en los carros, los dulces de su cartucho, las flores de su ramillete, el dinero de su portamonedas con la costurera, la lavandera, la anciana pobre que no tiene flores. Un diez se llama "Non Ego". Otro "Artístico". Otro: "Jamás murmures". Otro: "Madres ancianas". Otro: "Rayo de sol".

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 7 de febrero de 1889

12

EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Invierno primaveral.—Ponche de leche y té de violetas.—La linda Brown Potter.—Año nuevo en Washington.—La discreta Mrs. Cleveland.—Abuso de hospitalidad.—La comida al gabinete.—Castigo público al presidente del Senado.—La campaña de calumnia contra el hogar de Cleveland.—Las "lloronas".—Cómo empieza el año en Nueva York.—Los Astor y los Vanderbilt.—La vida de alta sociedad.—Un invierno entre los ricos.—
Las locas*

Nueva York, Enero 9 de 1889

Señor Director de *La Nación*:

El observador cansado, que fue a curar, en el silencio de la naturaleza, las contusiones y magulladuras de un año de lidia con los hombres, no halla—al volver del retiro sabroso de Hollywood, con aquellas ardiillas confianzudas que clavan en el rusticante los ojos cargados de cosas del otro mundo, y aquellos colgadizos de cristales que dan al lago, y aquellos mozos beneméritos que sirven sin deshacerse en mieles,—el Nueva York nevado, lleno de plumeros y campanillas, y pieles de trineos, y patines y toboganes, y ventiscas y remolinos, que saludan aquí, chirriando y danzando, al año nuevo. Lo que no es augurio feliz para la gente friolera, porque ya dice el refrán que “enero blando, mayo nefando”.

Ni el azul de los celajes de Vereschagin lo es más que la primavera de este enero burlón, cuyo primer día no se celebró tanto en las casas, con ponche de leche, según manda la costumbre, más sobrado que falto de brandy y canela, sino con los sorbetes de aroma que están ahora de moda, y con té de violetas. Da como pena ver tanta mujer llena de sedas pesadas y ofensivas, mascarullar en teatros y reuniones, con sus dientes picudos, las violetas azucaradas,—las violetas presas. Porque son caras están en boga; más que porque son finas; y porque es la esencia que prefiere la famosa Brown Potter para sus vestidos y cabellos.

¡Por donde va la Brown Potter, con su cuerpo menudo y su cabeza triunfante, va Cachemira! No pudo triunfar hasta ahora esta mujer osada, que teniendo marido trabajador y niños lindos, se echó a las tablas para lucir la beldad y comprarse lujos, que al fin ha ablandado para ella, que viene del Sur, a esta gente del Norte provincial y recelosa, mas siempre indulgente para quien muestra alguna condición en

grado sumo, aun cuando sea el descaro que necesita, la que pudo ser madre feliz, para pintar a Cleopatra tan a lo vivo en la escena de la agonía, lo que debió ser pasto privado de la culebra.

Mucho abanico a los ojos; pero el teatro lleno. Vence el que insiste. Y la mujer de las violetas, que propaga con su ejemplo los trajes que repitan las líneas naturales, es la moda primera del año nuevo, como su perfume. De violeta es la pastilla que en su caja de plata ofrece la novicia de salón, excesiva en la coquetería, al galán feo y calvo. Las almohadas del ropero, de violeta pura. El agua para el cabello, de violetas.

Y el día de año nuevo, en las pocas casas hospitalarias que no colgaron del botón de la campanilla la cesta descortés, la flor muerta nadaba en la ponchera, o crujía, en su cárcel de azúcar, entre los dientes de las petimetras voraces. Daba pena de veras: como si se viese sacudir con el látigo unas espaldas blancas.

Washington era todo galones el día primero de año, y fila continua en las aceras, y mariposeo de una casa a otra, y coches presurosos, uno con el ministro chino y sus sedas, otro con el austriaco y su dolman blanco; y la Casa Blanca era un jardín, con más azaleas y palmas que nunca, y más gente, como que Washington ponía, por cierto, empeño en demostrar lo mucho en que tiene la discreción de la linda vencida, que en vez de enseñar el dolor que en mujer tan joven pudo causar la derrota que la saca de la Presidencia, se despidió de ella con una hermosa sencillez, que no es prisa inmoderada por disfrutar de lo que le queda de lucimiento, ni desdén falso por una vida espléndida y amable. Nunca hubo tantos lirios en su antesala, ni en su mesa tantos huéspedes. Sólo que a su mesa no ha sentado, fiel al honor antes que a la ceremonia, al actual presidente de los senadores, al áspero Ingalls, que no teme entrar en disputas malignas y feas con el Senado que preside, ni cree, como debía creer, que la lengua de un hombre ha de caerse en pedazos, y ser polvo y ceniza, antes que esparcir por odio o ambición, cuentos que ofendan en la vida privada a su enemigo, o echen por el viento, atada a un poste de cama o con una mano bestial en la mejilla, a la mujer del que le ha dado un cojín de su diván y la sal de su mesa. El Presidente se ha despedido con un banquete cordial de sus Secretarios, y a todas las dignidades de la república invitó, menos al que aceptó el año pasado un cubierto en sus manteles, para clavar la lengua más afilada que el cuchillo, en la fama del que le daba de comer a la misma

hora en que se enjugaba los labios venenosos con la servilleta de la casa que ofendía; al que, en privado y por los diarios confirma, sin asomos de razón por todo lo que aparece, las historias ruines de crueldad doméstica, y brutalidades de jayán, que durante la campaña de elecciones fueron contando de Cleveland, no en lugares en que de un revés se las pudiera echar a tierra, sino en visitas, en clubs, en las reuniones de los pueblos de campo, donde con sus labios barbados los propaló no menos persona que Depew, candidato constante de los republicanos a la Presidencia:—¡a la espalda debían llevar la lengua los oradores, colgando donde se la viese bien, antes que emplear cosa de tanta majestad como la mente, y de tanta hermosura como la palabra, en empresas de tamaña villanía!

Y se ha descubierto y probado que la maldad llegó a más: porque no sólo repartían en privado durante la elección, en los Estados lejanos sobre todo, folletos donde se narraban a lo vivo escenas tales, entre los esposos de la Casa Blanca, que sólo cabe entre rufianes y perdidas, sino que lo mismo en California que en Nueva York, pagaban los republicanos mujeres que fuesen llorando de casa en casa, como las enchedaderas de los entierros de antes, sobre las desdichas de la esposa mártir, y la necesidad cristiana de sacar de la Presidencia a tal marido, para que se pudiera ver libre de él esposa tal. Esposa de general célebre ha habido, que encabezó esta campaña, y fue con ella, sin tener de su bolsa dinero para viajes, de Estado en Estado, allá donde impera la nobleza campesina, y no había quien sintiese los rumores, ni contuviese la indignación a título de que no influyera, como influyó, en el voto presidencial.

Ayer mismo se lo decía en pleno juzgado un dependiente iracundo a la presidenta de un club de la liga de mujeres, a quien demandó por resto de salario:—“¡Ud. estaba pagada por la junta republicana!—¡No es verdad!—¿No? Yo mismo le traje a Ud. un cheque, un cheque de trescientos pesos, del tesorero de la junta. Y le traje los impresos con las cuentas de Cleveland, y le pagaban a Ud. para contarlos y repartirlos.” ¡Y la pécora se clavó los dientes en los labios!—No: el presidente del Senado no se sentó a la mesa de la mujer a quien no ha sabido respetar. El público ha aplaudido el castigo, el mismo público republicano. Fue el banquete suntuoso, y el Chambertín, especialmente bueno, y se brindó con champaña de Ohio;—pero no había copa de vino frente a la dueña de la casa.

En Nueva York son los primeros de año animadísimos entre los cuatrocientos de la fama, los cuatrocientos nobles de MacAllister que por esa cuenta de las personas de la sociedad se ha hecho de nombre. El día de año nuevo, apenas se visita ya, sino entre los patriarcas de la cortesía, o la gente de poco; ni las señoras de la casa, con trajes de París, aguardan a sus amigos, ahitos de uva, al pie de una mesa con montes de pasteles y arroyos de vino; ni las hermosas rivales se reúnen, con ojos como venenos, a comparar las listas de sus visitantes; ni exigen las señoritas la felicitación, en tarjetas que recuerdan al amigo que recibirán en esta o aquella casa.

Ahora lo de boga es irse al soto de Tuxedo, a celebrar con bailes de casaca colorada, la caza del conejo o el tiro de pichón, o dar banquetes de campo, con cabezas de oso y salmones de Kennebec; o dejarse correr por las pendientes heladas, metida cada pareja en el veloz tobogán, que suele llegar hecho trizas al pie del cerro de nieve, o con la pareja en violento abrazo. Y después vienen las recepciones solicitadas de los Astor, que dan patente de nobleza, y son como besamanos de rey, en que la gente, apenas entra, por una puerta para saludar, gusta de lo de la ponchera y se vuelve a su coche, sin más hospitalidades;—o las comidas de Estado de los Vanderbilt, más finos que su padre rudo, y más dados a libros y discursos que a vinotes y caballos; o los bailes en la sala alta del Delmónico, que costea un hermano rico para que su hermana salga a luz, o una tía benévola para sacar a sociedad a su sobrina, entre un cotillón con los “favores” de plata, y los sorbetes servidos en cuencas de hielo;—o los tés de presentación, que con poco se dan, y valen como de bautizo a los “capullos” de la estación, a quienes luchan por vencer ante los galanes las recién casadas, celosas del influjo de las bellezas nuevas;—o las comidas de baile, que son la boga este invierno, porque con varias de ellas se cumple mejor con los amigos de la casa, llamándoles de grupo en grupo a comer y bailar, en vez de traerlos en montón a la fatiga y groserías de un baile ostentoso, que acaba sin cortinas, como en tal y tal palacio, y con los caballeros debajo de las mesas.

No hay vida para más entre los cuatrocientos de la lista.

Todo es tés, conciertos, festines, danzas, bodas, teatro de aficionados, partidas en diligencia, en las diligencias lujosas de la Quinta Avenida, a oír a la sombra de los abanicos de pluma “Rheingold” de Wagner.

Pero otra partida hubo mejor, la de los actores generosos de “La casa vieja”, que fueron, con su canto alegre y música nativa, a divertir,

en la isla árida, a las locas. Dijen que no parecían locas las pobres de Blackwell; que adornaron con orden y buen gusto la sala del teatro; que oyeron el melodrama casero con inteligencia y decoro; que lo triste pareció agradarles menos que lo travieso, y lo hablado menos que lo cantado; que una, que tenía perdida la belleza deslumbrante, volvió a parecer bella; que la anciana de la casa, al salir del salón en sus trajes de teatro los actores, jamás tan aplaudidos, corrió a su encuentro, se descubrió la punta de los pies, con una cortesía de minué, y a la que había hecho de madre, le besó el borde de la manta.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 24 de febrero de 1889

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Variedades.—El crucero de dinamita.—Los “Hijos de Holanda”.—Millonarios.—Oradores.—Un corregidor agrario.—La anexión en el Canadá.—Cómo ha de educarse a los indios.—Los huesos de Colón.—La guerra en Haití.—Un cerebro de 12.000,000.—Edison.—Política.—La batalla de los empleos.—Los peregrinos de Indianápolis.—Gacetilla de las elecciones.—Harrison y su mujer.—La disputa por los ministerios.—Política invisible.—Los empleos y no el país.—Cómo nombra un Presidente su gabinete.—Política cesárea.—Lucha de Estados y de ambiciones.—Blaine, Sherman, Allison, Alger.—Blaine, “Premier”

Nueva York, Enero 9 de 1889

Señor Director de *La Nación*:

El *Vesuvius*, el crucero nuevo para dinamita, anda veintiséis millas por hora, que es más que el *Sharpshooter* y el *Speedwell* de los ingleses: y el cañón neumático de Zalinski envía la dinamita a punto fijo y a más distancia que antes, según las pruebas de ayer, sin más empuje que el del aire comprimido, en vez de pólvora: “¡América—dicen sobre esto los diarios entusiastas—América impera en el mar!”—Ha habido en Washington congreso de negros católicos, y fiestas de negros en Nueva York para conmemorar, con discursos de blancos y negros, el día en que “aquel zancudo de Kentucky” se apretó los tirantes, como el profeta de Israel, y los dio libres. En el banquete de los “Hijos de Holanda”, que son aquí la nobleza más antigua, aunque lo que vino de Holanda acá fue lo humilde del país, sin más aristocracia que la de la conciencia, no dijo el mejor discurso uno de esos oradores postfraudiales, como acá dicen, y con más razón, puesto que viene del latín, pudiéramos decir nosotros a los que alegran los postres con cuentos oportunos y salidas especiosas, sino un millonario joven, William Astor, que no cree que el poseer más medios para educarse que los demás sea un título para educarse peor que ellos, sino la obligación de ser algo más en el mundo que adorno de pescante y eje de danzas.

Y el mismo día que Astor recordaba, entre Vandanis, y Van Metereus, la mañana celestial en que Hendrick Hudson, con su tripulación revuelta de “La Media Luna” de ochenta toneladas, ancló yéndoseles las rodillas de la admiración a la entrada del Nueva York de hoy que llamaban los indios Mannahatta; otro joven de millones que quiere ser algo más que ebrio de oficio y sostén de bailarinas, otro de los magnates del mundo, el mayor de los Vanderbilt, hablaba a sus empleados en la casa que les

regaló para estudio y recreo, del gozo leal, no como otros, traidor y transitorio, del arte y de los libros, y les recomendaba leer y ver cuadros, y ejercitarse en contar por escrito lo que viesan y sintiesen, todo en lengua tan fina y con tanto seso como en "Los placeres de la vida" lo aconseja John Lubbock, o en sustanciosa elección de lecturas lo habla el cultísimo inglés Harrison; no en balde se le ve en la cara algo de príncipe, de príncipe de adentro, a este Cornelio Vanderbilt.

Y muchas cosas más hay estos días. Hewitt, el buen *mayor*, vencido en las elecciones por un maniquí de los políticos de profesión, que no dan los votos de sus corrales, puesto que en corrales tienen de veras los votos, sino a quien se obliga de antemano a servirlos; Hewitt, el que osó negar a los irlandeses, adueñados del Ayuntamiento, el derecho de enarbolar la bandera del santo arpista, la bandera verde de su San Patricio, en la casa municipal de Nueva York; Hewitt, más airado de lo que a la modestia conviene, por no haber—con ese y otros alardes de americanismo—creado partido presidencial alrededor de su persona, rehusó de mal humor el banquete que le ofrecía la ciudad, de cuyo bien cuidó de veras, por boca de sus mejores demócratas y republicanos, porque "el bien público, decía la invitación, no tiene partido".

En el Canadá ha habido elecciones, con la anexión por tema, y en una disputa de cuatro para el corregimiento de la ciudad de Windsor, el candidato anexionista estuvo tan cerca de vencer, que con veinte votos más queda de corregidor. Un senador ha recibido de una recién casada un convite para ir a comer un "pastel de honor" en la casa que la novia ha alquilado con los rendimientos acumulados de dos corderos que el senador le regaló, cuando no era más que abogado campestre, de paso en el lugar, que quiso satisfacer con corazón de padre, el deseo de una pequeñuela que pedía "los dos corderos, los dos, para ella sola". Del Departamento Indio recomiendan lo que de viejo se sabe,—que sólo por la educación general, benévola, tenaz, puede convertirse la gente roja, viciosa o rebelde, en pueblos de mozos activos y mujeres finas, como los indios que se educan en los campos y talleres de las escuelas prácticas, donde aprenden a la vez libros y oficios, y redactan su periódico, *La estrella matutina*, en un inglés raizal e imaginoso, lleno de apólogos ingenuos y de palabras que parecen colores, y suelen quedarse clavadas en el corazón, como sus flechas.

De Santo Domingo ha vuelto depuesto el cónsul norteamericano, que osó recomendar al gobierno de la fiera Quisqueya la petición donde un saltimbanquí ofrecía al gobierno cierta suma, en pago del privilegio de

exhibir en los Estados Unidos los huesos de Colón; Santo Domingo contestó con fuego, y de Washington han llamado al atrevido. De Haití ha vuelto, cargado de historias de los curas *papalois* que beben sangre, y del frenesí de los bailadores de la bambula, el buque de guerra que fue a demandar satisfacción del Presidente nuevo Legitime, por haber puesto manos, con razón a lo que parece, sobre una barca yanqui, acusada de llevar armas a su contendiente del norte, Hypolite, candidato armado a la Presidencia que el Congreso, reunido en el sur, otorgó al vencedor Salomon, el mulato gigantesco, que regía como papa y como rey.

Y los periódicos saludan a Edison como un "cerebro de doce millones de pesos"; con que las diversas compañías que explotan los inventos del electricista lampiño, se han creado un total con esa suma, sin que por eso se muestre el "brujo" de hoy menos Tom que antes, ni más amigo de champaña que de sidra, ni más dado a dormir en su casa que en su laboratorio, ni más contento cuando está entre señores que cuando puede bailar con un amigo viejo, de levita negra y sombrero alto, un buen *jig* irlandés;—¡atrás el sombrero, lo mismo que un pilluelo! ¡a la espalda los faldones! "ahora, Miguelón", "¡ándate, Tomás!" ¡Arena al suelo de madera, para que restalle la pisada!; zapatean, rastrean, bailan con un pie, bailan de punta, y de pies en cruz, y de talones. Y el ritmo monótono, lento o precipitado, se va entrando por el corazón, como todo lo que el hombre, sacado de su raíz, adorna con el sentimiento de la patria. Después del *jig*, se cala el sombrero, arranca un bocado a su tabaco de Virginia, y va a ver cómo puede abaratar, poniéndole un tornillo de hierro en vez de cobre, la muñeca-fonógrafo.

¿Pero quién piensa en eso ahora, sino el observador curioso? De la elección acá,—más que de los fraudes, que fueron como la tercera parte de los votos;—más que de la confesión de los contribuyentes, de haber empleado, en comprar para Harrison el voto de su propio Estado de Indiana, un millón de pesos;—más que de la declaración del republicano Gresham, hombre íntegro que acusa a los ricos de "fariseos", y cómplices de los "politicastro inmundos", en el crimen de comprar votos;—más que de Michigan, donde dice un representante que no pudieron vencer los demócratas porque "los ahogaron en oro";—más que de la certidumbre, por todas partes confirmada, de que la derrota de Cleveland se debió al odio de su mismo partido, por su resistencia a distribuir los empleos públicos entre los "muchachos", los "trabajadores" demócratas como botín electoral;—más que de los asomos de que pueda formarse,

con degregación de los republicanos y demócratas deshechos entre sí, un partido económico nuevo, para la reforma de la tarifa, como se formó casi de improviso, sin más comienzo visible que el voto mezquino de Fremont, el partido republicano para oponerse a la extensión del poder del Sur, y por tanto a la de la esclavitud en los Estados existentes, y a la creación de Estados nuevos con esclavos;—más que del rumor de que de semejante partido viniese a ser el jefe nato Cleveland,—de lo que se habla ahora es de Harrison, que ya no es el general improvisado, ni el relator vulgar, ni el senador silencioso que cita en pocas líneas la Enciclopedia, sino “hombre que habla con su silencio”, “esfinge que lleva en su cerebro el porvenir”, “hijo de estirpe real”, como en su abolengo ya le han descubierto, entre otras cosas por la mucha semejanza de ambas narices, a la misma princesa Pocahontas, la Malinche del Norte, que a los trece años tenía tan tierno el corazón que arrancó al bravo Powhatan el perdón del revoltoso rubio Smith.

Y la esposa de Harrison, a quien en tiempos de Garfield trató poco menos que como a criada la mujer de Blaine, hoy no abre un diario en que no le quiten años, y la describan como en la flor de la edad, y la declaren, porque pintó un plato, gran pintora, y porque recibe cortésmente en casa, espejo de cortesía, y porque escribe cartas a la esposa de Cleveland, informándose a ruego de ésta de los quehaceres de la Casa Blanca, fácil, ejemplar, admirable escritora. Con un traje de seda colorada recibió días pasados a sus muchos amigos, como que la Casa es una procesión, y es de amigos el aire, y no se puede andar de los presentes, y ha bajado como medio dedo la piedra del umbral. ¡Y los que más visitan, son los enviados anhelosos del marido de aquella que trató poco menos que como a criada a la dueña de casa!

Porque la batalla de influjos comenzó sin decoro el día mismo en que fue proclamada la elección. Bien es que cada cual piense por sí, y tenga derecho, si le dan voz, a mostrar preferencia por tal o cual persona para el puesto en que a su juicio puede servir bien al país.

Pero del país, conmovido ya hasta la misma superficie visible por el odio del blanco al negro, por el recelo del Norte para con el Sur, por la podredumbre de la empleomanía, por la liga de los capitalistas, por el malestar activo de la masa obrera, sólo se escribe para empujarlo al gobierno imperial, a la casa ajena, a la conquista. Que eche un brazo de mar a mar. Que tienda la zarpa por el norte. Que tenga las alas abiertas, para cuando caigan las islas del golfo. Eso Ingalls, el presidente del Senado; eso Sherman, Secretario de Estado posible; eso el otro

Sherman, que sabe “¡ah, sí, ya sé!”, que La Plata está al sur del ecuador; eso Blaine, curador leonino de los países que en sus días de gobierno vio acurrucados a sus pies. De sobra siente el país lo que no se ve de afuera: de sobra siente el ciudadano común, que ha vencido la liga de los ricos y de los logrerros; de sobra siente el Sur que la nación no es la que ha subido al poder, sino el Norte; de sobra se ve que el partido de la victoria, incapaz de extirpar sus defectos, pretende perpetuar dentro y fuera de la república, la fuerza que el país, viciado en el triunfo, confunde con el derecho que la produjo.

Pero aun éstas, con ser cuestiones magnas, y tales que es culpable quien las vea y nos las diga como las ve, parecen hoy asunto menor y como de segunda mano; porque, aunque los que toman los pueblos por sus leyes escritas y aparentes, repiten unánimes que acá los ministros del Presidente son meros secretarios de despacho; aunque ni en el consejo está ordenado por la ley, ni el ministro aparece en los cuerpos legisladores; aunque viene a ser el gabinete presidencial, por lo que dice la Constitución, junta casual de jefes de secciones, a quienes no ve la ley escrita como entes políticos reunidos en corporación, sino como funcionarios sin poder propio, como funcionarios aislados,—es lo cierto que el gabinete viene a ser aquí, no el cuerpo fuerte que pudiera, compuesto con hombres de pensamiento semejante y con igual mira política y escogidos de entre los candidatos útiles para gobernar con el mayor acuerdo posible la nación,—sino un ajuste de influencias hostiles dentro del mismo partido presidencial, arregladas como mejor convenga para el gobierno del partido.

De noviembre hasta hoy, nada ha hecho Harrison más que recibir empeños, ni los diarios más que encomiar y deprimir los candidatos, ni en los clubs se habla más que de eso, ni en los pasillos de los teatros. Los republicanos de Nueva York, tienen dos jefes, y los dos quieren la Secretaría de Hacienda. Nueva York se encrespa, y le llena la casa a Harrison de diputaciones, en cuanto se oye decir que pudiera ser que Harrison decidiese favorecer a otro Estado con la Secretaría: “¡Los treinta y seis votos de los electores de Nueva York lo han hecho Presidente, dicen, y no ha de haber Presidente que se atreva a quitar a Nueva York, a la bolsa del país, al Estado que da o quita presidencias, la dirección del tesoro!” Uno de los aspirantes alega que sin su habilidad para halagar el voto fijo y hurtar a los demócratas el “flotante”, Harrison no habría vencido; por lo cual él, y no su rival, ha de ser el Secretario: el rival tiene consigo, aunque vencido en las urnas como candidato

al gobierno del Estado, la opinión de los magnates ferrocarrileros y bancarios del club de "Union League" que fueron los que aprontaron el dinero para la compra del voto y para lo más de la campaña en todo el país.

De los industriales favorecidos de Pensilvania, y de las empresas privilegiadas de Nueva York, salió lo recio del dinero electoral y de Pensilvania vino además, con sus artes oscuras, el director de la campaña, de modo que Pensilvania se cree también con derecho mayor, y pide un puesto en el gabinete para un tendero famoso, un Barnum del comercio de lencería, sin más títulos al gobierno que el haber llenado las arcas del partido en momento apurado de las elecciones. El Este, no quiere que el Oeste predomine. El Oeste determina pesar, por lo menos, tanto como el Este en el consejo. Los republicanos del Sur quieren tener un Secretario del Estado donde el partido suele vencer, y que con este estímulo quedaría en tren de victoria.

"Los mestizos", que quieren política más pura y de menos acometimiento en lo propio y extraño, denuncian a los "imperiales" que quieren gobierno de mano alta, sin más componendas que con la gente de arriba. Unos Estados se oponen a los otros; las facciones rivales de cada Estado se oponen entre sí; opónense las secciones de la república con más ira de la que sale a los discursos y papeles; opónense con verdadero encarnizamiento, los criterios diversos de cada ala del partido; y sobre todo, batalla por predominar, sobre Harrison mismo, sobre sus contendientes enconados, sobre la mayoría real de su partido, el que sólo tiene la de los políticos de oficio, y la de la masa que va detrás de los conquistadores, el arrogante Blaine.

Esa es la contienda más recia: la de la Secretaría de Hacienda. Van y vienen a Harrison mensajes y corporaciones. Unos le llevan el interés de Blaine, y otros el de Sherman, y el de Alger el rico otros, y otros el de Allison. Que sin Blaine no se puede gobernar el partido, alegan unos. Que con Blaine se pierde el asentimiento de lo mejor del partido, alegan otros. Que si Blaine entra en el gabinete, se dirá lo que ya se dice, que no es Harrison el Presidente libre que lo emplea, sino el nonente tímido a quién llevará Blaine por sus pasiones, que son muchas, a la política sin escrúpulos, de fogatas y cohetes, con que se ha allegado,—y con su arte de pagar servicios personales con los fondos públicos,—la admiración de los osados y la fidelidad de los políticos. Que con Blaine está el aparato electoral, los "muchachos", los "trabajadores", la gente de manga al codo del partido, que lo sirve por la paga; pero no su gente de peso,

que no quiere ir detrás de un cesarista cínico, pronto a repartir entre los suyos el país, sino tener por cabeza visible un delegado de honra, que no use como propiedad suya, para aporrear enemigos y levantar fama y caudal, el poder que, para que lo administre en beneficio público, le entrega en depósito la nación. Y con Blaine a la zaga, con Blaine en todas partes, está que no se ven las piedras, de la gente, el camino de Indianápolis.

¿Será Blaine, a quien Harrison teme porque parecerá, con él en la Secretaría, como la vela debajo del apagador? ¿Será Sherman, de agresión más temible, de planes más firmes y no menos osados, de más arraigo, por su política de invasión lenta y su ciencia del tesoro, entre la prohombría del partido? ¿Será Sherman a quien Blaine odia, contra quien Blaine levantaría todo su poder, en castigo de que Sherman le impidió ser escogido por la convención para la candidatura, y dio pie para que el nombrado fuera Harrison? ¿Será, como parece más probable, un hombre de menos fama y obligaciones, que no obligue al Presidente a tomar partido con un ala contra la otra, y permita apaciguar a ambas con el reparto proporcional de los empleos, y del favor y beneficios del gobierno? ¿O será, como después de todo pudiera ser, una persona grata a Blaine, por quien Blaine impere a hurtadillas, sin lastimar con su presencia propia, con su cabeza alzada a un lado, con aquel ojo que besa a los que necesita y se clava en el que aborrece, a los que le tienen jurada, por su soberbia y su rencor, perpetua enemiga? ¡Tú eres Mazarino, le grita la gente honrada, que educas para bestia al hijo del rey tu amo! ¡Tú no serás, como debes ser, el ejecutor de la voluntad conocida de tu pueblo; ni el ajustador a la vez benévolo y enérgico de las diversas voluntades; sino un demagogo de arriba, capaz de originar enormes trastornos, porque las pasiones que mueves, por el número de los apasionados y por sus recursos, son enormes!

Y lo que se ve es que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que, bajo los nombres viejos de republicanos y demócratas, sin más novedad que la de los accidentes de lugar y carácter, la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clases de las monarquías, a las formas monárquicas. "Premier" dice Blaine que quiere ser; dice que Bayard, quejoso también, aunque demócrata, de que Cleveland lo haya tenido de verdadero Secretario, no ha sido buen "Premier", esto es, no ha dirigido con su espíritu al Presidente y a sus colegas de Consejo, no ha imperado, por medio de dóciles mayorías, en la Casa y el Senado, no ha llevado en sigilo al país

por una política oculta y misteriosa, como la que urdían cuando las luchas de las casas reales, los favoritos de los reyes. ¡Eso fue Blaine cuando Garfield, eso quiso ser Seward cuando Lincoln, eso ha pretendido Bayard bajo Cleveland; eso declara Blaine que será bajo Harrison si el nuevo Presidente lo llama a un puesto que por la ley no es más que de cabeza del despacho, a las órdenes presidenciales, en la mesa de Relaciones Exteriores. De discreto consejo como la ley manda,—a príncipe imperante,—a boyero de la nación, que lo siga como buey,—a cabeza de títeres. A lo que se niega lo decoroso del partido, y le opone, contra la costumbre que invade con ímpetu, la república llana y castiza:—¡que no resiste, en verdad, con la buena fortuna que debiera!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 28 de febrero de 1889

14

EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Bailes, política y huelgas.—La Guardia Vieja.—El conflicto de Samoa.—
La doctrina de Monroe.—El canal de Nicaragua.—La huelga de los
tranvías*

Nueva York, Enero 31 de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Sigue el invierno azul con manchas rojas. De un lado la alegría, el baile de trajes de los pintores, el baile suntuoso de la Guardia Vieja, las comidas de enero, con pompa de oratoria, los cotillones y bazares, la comedia antigua de Daly con sus actores que parecen franceses, la comedia nueva, "Little Lord Fauntleroy" que es un gusto del alma, una dedada de miel, un criavirtud, en que una actriz de doce años, una niña de crespos rubios, hace de duquecito, de duquecito liberal y de buen hijo, en tres actos de mucho parlamento, con gracia y perfección que en vano emulan los actores encanecidos en las tablas; y de otro lado es la huelga de los tranvías, la puñalada, el motín, la barricada, los pistoletazos. Todo Nueva York, sin pensar en que tal vez no haya carros para la vuelta, va de gala, al gran baile de la Guardia Vieja, en el teatro de la ópera alemana, en el "Metropolitan". Ya está el toldo a la puerta, para las damas que bajan de los coches, en escaarpines y sin gorras. Ya desembocan de calles y avenidas los milicianos petimetres de ha treinta años, con el abrigo abierto, a pesar del aire lloviznoso, para que se les vea la casaca blanca. Ya hay en el baile como seis mil personas, y los clarines, escondidos en los palcos, llaman a la marcha.

Los palcos están repletos, y las galerías;—porque de los tres bailes del año, el de los patriarcas es para la gente mayor que tiene nombre de rica y ha entrado ya en canas; y el de caridad es famosísimo, por ir a él lo mejor de la gente social, ya matronas o jóvenes, ya caballeros en agraz o en sazón, sin que falte una de las hermosas en boga, ni familia pudiente, ni nombre conocido, como que esta vez fue de verse al principio del baile, cuando desfilaron en parejas, a paso solemne, en hilera que llegó a tocar la cabeza con el fin, como la serpiente de la Medicina, todos los que aquí guían el mundo de las comidas y los bailes, una con

todo el peto de brillantes, como una coraza, otra con un vestido de tisú, con rosetones, grandes como rosas de veras, de perlas, margaritas y zafiros,—las cabezas altas, las gargantas en todo el lujo de la naturaleza, las colas majestuosas; y los caballeros como moscas, sin palabras y desvanecidos, pisando a compás, como sin persona ante la mucha de las damas, muy peinados y bordada la pechera, los altos escondiéndose para que no los viesen, los enanos sacándose la estatura.

Pero al baile de la Guardia Vieja van los nobles, y los que lo quieren ser, las de carruaje y las que traen al brazo, en la bolsa de terciopelo, las zapatillas de bailar, la gente soberbia, descendiente de los holandeses, y la riqueza de ahora, alemana y judía.

Porque, ¿quién querrá perder, sobre todo si alcanza buen asiento en lo alto del teatro, la marcha de medianoche, la marcha militar, cuando al son de las dos bandas vienen del fondo, en fila de parejas, las casacas blancas, las chupas coloradas, los vestones grises, los jaiques azules? Dan vuelta al teatro de dos en dos, de cuatro en cuatro luego, luego bajan de a ocho, suben de a dieciséis, y a la voz de mando desaparecen entre aplausos; son las cabezas de “sal y pimienta”, como le dicen aquí al pelo cuando está saliendo ya de la mocedad; el coronel hace reír, con las canas más blancas que su casaquilla, porque brazo para mandar todavía le queda, pero no piernas con que seguir a los soldados; luego el tambor mayor, floreando ante sus cajas y bronces la cachiporra, luego dos guardias de estatura eminente, con los morriones de pelo de ante.

Acabada la marcha—¿qué es la vida, sino champaña?—Champaña es el vino único; unos rocían con él la cena discreta, bien servida en el salón de blanco y oro, otros lo toman a botella tendida, en mesas sin mantel, rodeadas de mujeres, que no parecen que llevasen brillantes, ni que bebiesen Mumm y Pommery, sino vino peleón; los pies en los travesaños de las sillas, las conversaciones a voces, los codos en las mesas. Abajo, de entre los cestos de rosas de valor que cubren el antepecho de los palcos, miran el baile, como si lo presidiesen, las señoras de alcurmia, viudas millonarias, esposas de magnates, de generales y contratistas, de gobernadores y banqueros.

Todo lo bailan con brío igual las parejas resplandecientes, el *boston* y el *york*, que quieren espacio y permiten la conversación, la marcha y el vals, la varsoviana y la marsellesa; o el baile no les parece bastante, y corean a voz en cuello la música, con cierto aire de iglesia.

Con menos desenvoltura parecerían más bellas las que lo son; hay más hombros redondos que muñecas finas; ¡qué orgulloso, el cuarentón

que lleva del brazo izquierdo a una californiana de cutis como de Sevres, y mirada que se cuelga en falda negra lisa y peto rojo! Del brazo de un joven fornido va como el aguinaldo que se sube por el tronco, una bostonense de cabello castaño cogido sobre el cuello con un pasador de plata; de tul blanco, sin más joya que una guirnalda de capullos amarillos, pasa como luz, con su abogado joven, la señora del baile. Ya han cerrado los comedores, por demasiado concurridos.

Se buscan los amigos para saludaree; ¡y aquél es el millonario, con su cara apuntalada y sus patillas compuestas hebra a hebra, su cara de dogo y de Jesús! Una dama se sienta, fatigada por la pedrería; y el compañero llama a sí los pantalones, cuidadoso, para que no se le hagan rodilleras. Va encendiendo la alegría por donde pasa, un orador famoso, frente bruñida, ojos grises escrutadores, nariz montada, boca fina, caída por los lados; le hacen coro para oírle el sarcasmo; él deja el coro para saludar, con ternura de padre, a una jorobada. Son muchas las cabezas de artistas, revueltas y melenudas, casi todas de gente cana. Ya las músicas tocan el “hogar, dulce hogar”, que da la despedida, y corean las pocas parejas del salón.

Se sale a la calle fría por una alfombra de tarjetas de baile pisoteadas.

El día empieza, y no hay tiempo de dormir, ni puede resistirse al olor a tinta fresca de los diarios, que ofrecen en la puerta, lozanos y revoltosos, no todos con el sombrero entero ni con dos mangas en el gabán, los chicuelos vendedores: ¿quién no dará cinco centavos a un trabajador de cinco años, que tiembla de frío, y mete su periódico, con el bracito enano por entre los hombros de sus rivales? Todos los diarios del día se le comprarán, para entretener la aurora, y esperar, junto a una mala taza de café, con sus bollos de maíz, a que esté abierta, allá en la ciudad baja, la oficina.

El *World*, que vive de exageraciones, da como cierto que los alemanes pisotearon, desgarraron, quemaron la bandera americana en Samoa. El *Times* dice que en eso de la doctrina de Monroe, no se ha de ir demasiado lejos, porque una cosa es que un Presidente yanqui declarase temible para la república la creación de una monarquía europea en América, y otra que las naciones libres de raza española en América sean como los cachifos, como los pepitos de gorra y calzón corto, sobre quienes preside vara en puño su majestad americana. El *Star* da por cierto que la gente del canal de Nicaragua será bastante poderosa para vencer, en

la comisión unida de la Casa y el Senado, a los que quieren oponerse al endoso nacional de la empresa, más por vía de no haber podido sacar de ella alguna utilidad, que por respetar a la libertad ajena, que se muestra deseosa de llevar a casa esta empresa, reconocida en público como política por el gobierno americano. El *Tribune* zahiere a los republicanos que se oponen, con argumentos y con medidas, a la elección de Blaine para Secretario de Estado, y va tan lejos que tacha de ladrón al presidente de la junta de elecciones, al famoso Quay, y de cómplice sin vergüenza a su teniente Dudley, que no ha querido repudiar la carta en que aconsejaba al por menor cómo debían comprarse este y aquel voto dudoso, en el Estado de Indiana. El *Sun* le muerde los calcañales a Cleveland, que no quiso tomar de consejero para la república al amigo encubierto de Blaine y de Gould, al nuncio laico que recibe en Roma ahora mismo la bendición del pontífice por el éxito de su campaña autoritaria: ¡cuándo no fueron los enemigos peores de la libertad los que se valen, para mejor herirla, de su nombre! El *Press* dice que ya no habrá más de esos tendujos inmundos, de esas casas de juego autorizadas donde, so capa de juego de bolsa, están arrellanados en su silla de pino, con la escupidera al pie, desde el almuerzo a la comida, una cincuentena de rufianes con sombrero de pelo, que ponen de cinco a diez pesos, en apuestas combinadas o simples, al alza o baja de las acciones que, como números de lotería, van apareciendo en la pizarra; el que ha estado en cárceles, sabe quiénes son esos “bolsistas” mugrientos y panzudos, esos caballretes de sortija de diamante, bigote de alacrán, y sombrero sedoso, esos coroneles de mostacho amarillo y nariz colorada. El *Herald* dice que Harrison irá por fin al baile de inauguración, aunque su Iglesia Metodista, de que él es gran pilar, prohíbe el baile como pecado mayor y prostitución disimulada, pero ¡París bien vale una misa!: eso sí, la señora de Harrison irá también, mas no con descote, con descote no, sino de vestido alto; “a lo María Estuardo será bien,—dice un pastor burlón de una secta rival,—porque ¡es el vestido más alto que se conoce!”: lo cuai tiene de mal humor a la compañera del Presidente, que no quiere que los noticieros descortesés la persigan, lápiz en mano, por los corredores del hotel, a la puerta de su coche, en la visita a la amiga, por los mostradores de las tiendas, ni que publiquen las docenas de piezas privadas que está comprando estos días, “una docena con tres vuelos y dos con seis vuelos, entredós y encaje” ni que la comparen con Catalina de Alejandría, de ojos de almendra, ni con la de ojos de nuez, que aun muertos enamoran, con María Estuardo.

El *Herald* dice, y aún se queda corto, que no hay caballero más amable y diligente, ni más erecto garzón, que el octogenario David Field, el codificador famoso, sumo jurista y orador vivaz, amigo de la paz de los pueblos y del influjo sin violencia, no como estos republicanos de cartón que niegan el derecho divino al rey inglés, y alegan ahora la fuerza y el tamaño como derecho divino nuevo, y destino manifiesto e imperio natural e irresistible que les autorice a salir de bandidos por el mundo, embolsándose pueblos como se embolsaban castillos los condes feudales. En una comida de los cuatro Field, que son todos hombres célebres, Cyrus el millonario, que no es más que sesentón, parecía como momia, todo huesos y pergamino al lado del octogenario menos ambicioso que se anda a pie sus dos leguas cada día, y no deja pasar tarde sin visitar alguna dama, ni cede a nadie en la fuerza con que aboga porque sean una las leyes de la república, ni en los grandes golpes en los falzones de su levita de paño del país, con que acentúa sus argumentos, ágiles como floretes y recios como porras, en defensa del buen gobierno de la ciudad; “de la ciudad que anda ahora, exclama,—¡entre gentes a quienes no se puede uno acercar, sino con las manos en los bolsillos!” El *Herald* dice que no puede ser que a Wanamaker, el tendero filadelfiano, sin más ejercicio público que el de contratista de informes, ni más práctica de la política que la que ha podido enseñarle la iglesia, donde es persona magna, lo tenga escogido Harrison para Secretario del Tesoro, como dicen los que deben saber,—todo porque la Iglesia, con sus voces de sombra, lo ha pedido así, y porque Wanamaker dio de su bolsa diez mil pesos y sacó de la de los demás hasta quinientos mil, que en la última hora de las elecciones desaparecieron, cuando ya no había procesiones que vestir de cota de latón con antorcha de petróleo, y casco de papel dorado, ni faltaban circulares que imprimir, sino votos que comprar.

Dice el *Herald* que va a haber en Georgia otra exposición de la industria de los negros, que en los veinte años que llevan de libres, han puesto en los bancos más de cien millones; que son muchas las reliquias recogidas,—las sillas aéreas, de verde y de oro, las cómodas con asas de bronce, las cornucopias y vajilla azul,—para la exposición con que Nueva York celebrará, entre otras fiestas pintorescas, el centenario del día en que, de chupa gris y calzón corto, juró la Presidencia Washington: que el cañón de Zalinski, el cañón neumático de dinamita, lanzó ayer a milla y media un proyectil de quinientas libras, que a poco de caer en el mar levantó por el aire, como una tromba rota, una columna formidable de agua: que la nuera de Blaine, abandonada, con su niño en los brazos,

por el hijo del “caballero de la pluma blanca”, firmó ya su contrata de actriz, e irá por los teatros con el nieto, y la nodriza y secretario pagados por las compañías, mientras que el abuelo acaso asesore con sus consejos de altivez y violencia al Presidente a quien sólo se le ha visto agua en los ojos en un banquete de sus antiguos soldados.

Y dice el *Herald* que al que armó a Blaine “caballero de la pluma”, a Ingersoll, el Anticristo elocuente, le ha negado el club de los cómicos un asiento en su mesa, porque es poca persona, para el respeto y moralidad de la casa de las comedias, este orador magnífico que no tiene, como aquel virtuoso Suñer español, una mancha en su casa.

Pero ya entrado el día, no son esas cosas menores las que distraen del trabajo; ni el buhonero que llega vendiendo el libro de Max O'Rell, alado y picante sobre los Estados Unidos; ni la dama de coche a la puerta, que entra a pedir la firma para la petición en que se ruega a la legislatura que vea modo de impedir que el trabajo de la mujer sea tan mal visto que haya de coser, en este emporio donde los mármoles llegan al sol, ciento diez ocales para ganar seis centavos; ni la tarjeta atrevida que invita a ir de amenidades al “baile francés” que acaba sin capa y de cabello suelto, con malla de bailarinas y un solo botín, llamando a la muerte desde los albañales. Lo que saca de la silla es el “¡extra!” vibrante de los vendedores de diarios, el “¡extra!” lúgubre con timbre de somatén, que cuenta antes que el diario las verdaderas desgracias. La huelga ha estallado, huelga de miles de hombres, en Nueva York, y en Brookiyn; ¡mucho ha de ser la mar de abajo para que le abra paso, un instante siquiera, esta ciudad afanada! A lo largo de todas las avenidas y calles de tranvías hay grupos, masas, muros de gente: las cervecerías escupen carreros ebrios; de los barrios que no se ven han venido los hombres de camisa sin cuello, los niños sin zapatos, las mujeres de manta: las compañías de carros se niegan a tratar, para sus arreglos con los empleados, con los representantes que éstos nombran en su gremio: los empleados abandonan en masa los establos no por más sueldo, ni por menos horas, sino porque les quieren quitar el derecho de la asociación; las compañías, que no son más que asociaciones, y están ligadas entre sí, para defenderse de los obreros, quieren que cada obrero se les encare sólo con sus dos manos y su hambre, sin asociarse ni ligarse; ¡así les rebajan el salario impunemente, y con la mantequilla que le quitan del pan a tres mil casas, le compran otro caballo a su coche, otro abrigo de foca a su hija, que ya tiene uno, otro perro de hocico negro a su querida!

La Prensa en que los ricos tienen puesta toda la mano, con raras excepciones, defiende a los ricos. El pobre, que tiene hambre, no tiene paciencia. ¿Qué menos hemos de necesitar contra la liga de todos los ricos,—se pregunta,—que la liga de todos los pobres? ¿Qué castigo no merecerá—se dice—el pobre que se presta a servir a los ricos en su guerra contra los pobres? ¡A ladrillazos, a puntapiés, a balazos si es preciso, perseguiremos a los traidores que vengan a ofrecerse de cocheros y conductores a las compañías! ¿Que no tenemos derecho para impedir que ejercite su derecho cada cual? ¡Pero eso es un argumento de la ley ordinaria, y éste es un caso de guerra, de guerra en que no se ven las armas, pero en que se combate y se muere, un caso de guerra extraordinario! ¿Y cuántos derechos nuestros, cuántos derechos públicos, cuántos derechos humanos no violan las compañías que usan la propiedad común sin compensación, para su beneficio particular; que sobornan a los representantes de la asamblea para que les den en hipoteca, y en señorío a veces, los dominios nacionales; que roban a los condueños legítimos de la empresa, a los accionistas que pusieron en ella dinero bueno, los dividendos que se reparten por acciones nominales, so pretexto de dirección o iniciativa o ayuda, los accionistas ilegítimos, los abogados que obtuvieron la concesión criminal de los representantes, y los más criminales de todos, los representantes de la asamblea? ¡Ladrillazo puro a la compañía que se atreve a echar un carro sobre los rieles, al traidor que ofrezca sus servicios a las compañías que quieren tener de rodillas a los pobres, y privarles del derecho de representación que ellos usan, del derecho de coalición con que aumentan ellas indebidamente sus ganancias! ¡al policía que los defienda, al carro que corra, al pasajero que entre en él, al fratricida que lleve las riendas, ladrillazo puro!

Y aunque la ciudad que va y viene intranquila por los ferrocarriles aéreos, temiendo que ellos también se unan a la huelga,—sigue comprando y vendiendo;—sigue hablando de quién entrará, o quién no, en el consejo de Harrison;—sigue comentando, con cierto tibio entusiasmo, el discurso del alemán naturalizado que en la Casa de Washington acaba de decir que a haber conflicto por causa de Samoa entre Alemania y los Estados Unidos, estará contra Alemania, alabando el proyecto de ley que ha comenzado a cerrar las puertas a los inmigrantes,—se nota esa alarma, ese como aire frío y atmósfera de renuevo, ese susto de guerra de los pueblos en sus horas de muda: en las plazas, grupos: frente a los establos, masas: cónclaves en las esquinas: patrullas por las aceras, de hombres torvos: pronto, sangre.

Los huelguistas se proponen que las compañías no puedan sacar un solo carro. Si no da un carro un viaje redondo al día, pierden las compañías la concesión. ¡Que no dé, pues, el viaje! Pronto se ve que las compañías tienen hombres de sobra; ¡hay tanto hombre en Nueva York, en este Nueva York fastuoso, sin carbón y sin pan!: ¡pan y carbón para hoy, aunque sea a costa de la esclavitud para mañana! “Sí, es traición a los hermanos, pero en casa se necesita pan y carbón.” “¡Qué traición ni qué fraternidad!: ¡que cada cual se salve como pueda!” Otro, perseguido a pedradas por las mujeres, entra a ofrecerse de cochero a la compañía. “¡Bribón, que no tienes hijos, y les vas a quitar el pan a los que los tienen!” Una huelguista de la fábrica de alfombras, donde están maltratando a las obreras, le clava en plenos bigotes un pelotazo de lodo.

Porque todo lo llevan en paz, y oyen sin ira a la gente moderada de sus gremios, que van de grupo en grupo explicándoles cómo la policía tiene el deber de ir armada según va a pie y a caballo o en carros de a veinte, pronta a volar donde la llaman, para impedir que las compañías se echen sobre los obreros, y les saquen sangre y les violen las casas, como para que el obrero no se eche sobre la compañía, ni vuelque los carros, ni estorbe que éstos corran, ni les rompa los vidrios, ni apedree a los que montan en ellos, todo lo cual empieza en cuanto sale de los establos un tranvía con el cochero nuevo en el pescante.

Primero lo increpan, le echan encima cestos de versos donde le llaman “lepra”, “lepra del mundo”: tratan de espantarlo a voces, luego con papas y coles, con ladrillos luego, al fin con tiros. La policía padece de la locura del uniforme, y dispara antes de que la conviden. “¡Disparen para matar!” les dijo por la mañana el jefe. Ellos se conocen, la muchedumbre, cargada de rabia y de licor, puede ir mucho más lejos de donde le permita su derecho, como va más lejos la policía de lo que le manda su deber. Y han matado. Motín por todas las avenidas, asaltos ciegos, muertes injustas, fugas precipitadas, hombres que caen de rodillas, con la bala del policía en el pecho, y desaparecen. Los carros corren. Los bultos quedan en los muelles. Los joyeros venden violetas de esmalte. Las damas ricas van a una “comida de violetas”, viola el mantel, como de Parma la luz, azuloso el helado. Los teatros están llenos para ver la comedia famosa de “El inconstante”, donde la Rehan hace de “media-azul” llena de amor a los clásicos y al hombre, o las bufonadas de “Nadjy”, donde hace de princesa húngara, en traje blanco de oficial de Viena, la beldad fría de Lillian Russell, acusada de poliandria; o al Edén, donde están las figuras de cera, y cantan y bailan como en sus fiestas

campesinas las muchachas rusas; o a la Quinta Avenida, a ver a la Langtry de hombre en la Rosalinda de “Como usted guste”; o a oír a Lilli Lehman, la alemana famosa, mientras se habla, en los palcos sobre todo, de que de veras no habrá descotes en el baile de inauguración de Harrison,—de que no se ha visto cuadro como esa “mujer española” de Fortuny, que va a venderse con los Meissoniers y los Geromes de la galería del rico Stebbins,—de que estuvo “grande” el baile de los sordomudos, y llenas de gracia sus escenas cómicas, aunque las del drama fueron mejor, por el mucho sentimiento;—de que “esta Sallie Hargous” que es la hermosa del año, viene de un francés que hace como medio siglo levantó fortuna en “las tierras de la otra América”,—de que a la salida han de ir por casualidad al barrio chino, donde celebran con mucha cohetería a Pan-Ko-Won, el dios del año nuevo;—de que ya está cubierto el número de amigos que se juntan para propagar en las conversaciones de la gente alta la religión nueva de Tolstoi.

Y al salir, la policía montada carga en la esquina, revólver en mano, contra los huelguistas que, en pocos instantes han cerrado, con los ladrillos de un montón vecino, la ruta del tranvía.

Tuercen los coches, buscando paso libre, y el gentío se lo cierra: ¡allá van, persiguiendo a un “nuevo traidor”, los cocheros en huelga con piedras en el puño! La policía les corre atrás, y ase del cuello a un bravo que se le encara: acuden a salvarlo sus amigos; y el bravo, a un balazo de mano oculta, cae de bruces en tierra: “¡de la policía, de la policía fue esa bala!”, saca otro un revólver, y dan sobre él, dos, cuatro, diez, los uniformes: le aporrean la cabeza; amartillan con la cabeza los adoquines, de un porrazo le quiebran la pierna con que se defiende: con las rodillas sobre el pecho sujetan al suelo al obrero rabioso; llega chispeando el carro de la policía: a los que vocean le dan de puñadas en la boca.

Los uniformes van triunfantes a la estación, seguidos de la gente, que los alaba o los maldice: dos cargan al moribundo, por las corvas uno y otro por los brazos: los demás, con las mujeres a los lados silenciosas, custodian la hilerá de los presos boquisangrientos.

JOSÉ MARTÍ

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE
EL PARTIDO LIBERAL

“JONATHAN Y SU CONTINENTE”

Los Estados Unidos en 1889 por el autor famoso de “John Bull y su isla”.—Lo que falta en el libro.—Los Estados Unidos en 1889, y el Americano de Ahora”.—Ojeada sobre el carácter del norteamericano.—El yanqui y su mujer.—Max O’Reil, y su estilo.—El libro.—Jonathan y John Bull.—Las anécdotas.—El capítulo de “la joven americana”.—La mujer del Norte, según Max O’Reil.—Los periódicos, y lo que les falta.—La política.—Los literatos, y la literatura.—“¡Id a vivir a Inglaterra!”

Nueva York, Febrero 7 de 1889

Señor Director de *El Partido Liberal*:

No saben los diarios de acá cómo sacarse ventaja. El *Herald* anda levantando sucursales en Europa, y publica en Londres otra edición, con el escándalo de dar un número en domingo, porque oyó que Pulitzer, el de la nariz hoceante en que cabalgan inquietos los anteojos, como saliéndose de la silla para ver de más lejos, estaba por Europa, so pretexto de ceguera, moviendo para alguna empresa oculta las amistades que se hizo con el pedestal de la estatua de Bartholdi, que su *World* levantó peso a peso, y después con el hacha de plata que los amigos del *World* regalaron a Gladstone. Charles Dana, que es el *Sun*, está en Roma, viendo cómo recobra, con el auxilio de la Iglesia, el poder que su diario ha perdido por ponerse del lado de los pícaros en las cosas políticas. El *Times* supo que el *World* iba a levantar frente al *Sun*, que es su mortal enemigo, un edificio “de que hablen los tártaros en sus soledades, y sea famoso en la Tierra del Fuego y en Corea”,—y en pocos meses ha echado al cielo una casa amarilla, con ventanas que llegan del tope al umbral, y una puerta como de cartón, indigna de casa tamaña, con entrada como para un hombre de lado, y montera de tres picos. Pero la regata de ahora es entre el *Sun* y el *World*. Compra el *Sun* el derecho de reproducir el mismo día que salió en Londres, el libro de Mackenzie sobre la enfermedad de Federico, y el *World* imprime entera desde entonces, en su número del domingo, una novela renombrada, sin cobrar más de lo que cobraba por el número, que es cuatro centavos. Obtiene el *Sun* privilegio para publicar a “Cleopatra”, la novela nueva de Ridder Heggard, libro de desocupados, con más sorpresa que méritos, de esa invención que no dura; y el *World* aparece el domingo próximo con todo el libro esperado de Max O'Rell, que es Paul Blouet, el maestro de escuela que ganó cele-

bridad con "John Bull y su Isla". No se lee otra cosa, ni al amor de las pantallas, que se usan rojas ahora, en pedestales de bronce, y grandes como sombrillas, ni en el *lunch*, entre plato y plato, ni en el ferrocarril. Todo el mundo quiere saber lo que opina de "Jonathan y su Continente" ese Max O'Rell chispeante, a quien llevaron aquí en palmas durante su visita.—"¿Osará decir lo que ha visto, después de que le llenamos el teatro tantas veces, y le pagamos sus conferencias en plata pura?" Así pregunta un diario: y otro dice:—"¿Y qué ha visto él, caballero de plastrón y de escarpín, qué ha visto él, en seis meses, de nosotros, más que lo que se ve, que en los pueblos es menos verdadero que lo que se recata?"—Ello es que todos compran el libro. Y las mujeres más que los hombres:—porque de unas, de las de letras, de las bostonenses, dice que no hay deleite como el de hablar con estas damas hermosas y ricas a la media luz de los salones atestados de abanicos y jarras, sobre los cantos de Petofi, o las melodías inefables de Chaikovsky, o los casos más recónditos de la psicofísica: y a las otras, a las aurívoras, a las mujeres de presa, a las de Nueva York, las trata de gentes que usan el matrimonio como el abrigo o el manguito, que son cosa de quitar y poner, —las trata de cazadoras de fortuna, y de mostradores ambulantes.

Es libro de salón, de ferrocarril en carro de primera, de actor prudente que quiere volver al país que juzga, de galante francés que no muerde las manos que besa, de caballero agradecido que no paga cariños con acusaciones, de periodista franco y de buen vivir, alegre y leal, "muchacho" hasta el corazón, y feliz con tener mucha ropa blanca en el baúl, con que le mire de lleno en los ojos, con los suyos de ardilla insinuante, una kentuqueña de espaldas poderosas, y con recoger un chiste nuevo, o con que le aplaudan el suyo, entre un Tokay y un Chambertin, los "inteligentes", los "periodistas", los "muchachos". Es un libro de apuntes, lo cual no es un libro.—Ni el "American Commonwealth" de Bryce, que estudia hondo el país, con ojos admirados de liberal inglés, y el reposo y energía de la mente judicial, ha pintado, en sus páginas recientes y con justicia celebradas, la amalgama y conflicto, en una comunidad súbita, del carácter autóctono, patriarcal y pastoral, con el carácter desenvuelto, y aun podrido, de los pobladores importados:—el esfuerzo insuficiente, y cada vez menos visible, de las almas religiosas, aturdidas y como debilitadas por el espectáculo halagador del triunfo, por el estruendo y rebose de la vida, para sujetar el desborde de fuerza material, sin el desarrollo simultáneo de la salud moral que libra de sus tentaciones y sostiene en sus fracasos:—la subordinación de los intereses

supremos de las comunidades de hombres, que son los espirituales y los políticos, de las libertades públicas, de los reparos virtuosos, del carácter personal, al "apetito desmedido de la fortuna, corona y excusa de la negligencia y el crimen, y a los consejos del poder adementado":—la conversión diaria del carácter nacional, por el abandono de los derechos que no le toquen al interés, y por la asimilación política de extranjeros egoístas e indiferentes, en un tipo ignorante y agresivo, criado en la esperanza sin límites y en el exceso sin penitencia ni estorbo, muy otro ya de aquel de hace veinticinco años, cívico por esencia, hijo de sus propias obras, desentendido del favor del gobierno, brusco y amable. Ni el "American Commonwealth" de Bryce, sagaz y sereno, ha señalado la distinción, indispensable para el juicio, entre las leyes y las costumbres, entre los antecedentes y las prácticas, entre el americano escrito y el americano vivo, entre la nación como se prepara y elabora, y la nación como se la publica y desea, entre el pueblo real que se palpa asustado el corazón, y el pueblo deslumbrador que está poniendo los giraldetes en el cielo.—Se ha de hacer con los pueblos lo que los maliciosos hacían con los pianos públicos de los Estados Unidos en el tiempo en que les censuró Dickens que les cubrieran las piernas a los pianos: levantarles las coberteras. De las raíces suben los pueblos; y hay que formarlos, que rehacerlos sin cesar, que estudiarlos en las raíces. Ni la gacetilla es medida propia de pueblo como éste, ni la envidia gruñona, ni la antipatía raquítica, ni la admiración recién llegada.

No son los Estados Unidos de ahora como cuando Dickens; ni como cuando escribió su libro sobre ellos la mujer de Trollope, que vio a los millonarios quitarse en palco pleno la levita, y oír la representación en mangas blancas, o de espaldas; ni como cuando estaba aún por crear, a poco de la guerra, una casta concupiscente y agresiva, que ama el ocio y se considera como con derecho natural a él y a la victoria. Ni a este gigante en cuyas venas corren por átomos, galopando como ferrocarriles que se dan caza, masas compactas, como de gusanos, ha de tomarse el pulso por las rarezas individuales que hallan mercado y ocasión en un público curioso, o por los pininos de un pueblo tendero y agricultor que en la primera mesa de ceremonia toma el azúcar con los dedos y devuelve al criado las tenazas, o por las crudezas propias del hombre rudimentario que vive sin ley, descansando del arado en el cuñete de *whisky*, con el derecho regio del que despunta las astas a la selva, del que le pone el freno a la soledad.

No es el *lynch* de los poblados primitivos: ni el *pilori*, que aún dura: ni el revólver, que es el modo de hablar en el Oeste: ni la creencia en brujas, que es mucha todavía: ni la facilidad de descasarse, menos fea que la razón interesada de los matrimonios, lo que ha de echarse en cara a este pueblo que no cabe aún juzgar como nación definitiva, sino como casa de pueblos, donde se ve a la civilización fungiendo a la vez en todos sus estados, naciendo acá, a medio cuajar allí, más allá ostentando, como juguetes recién comprados, las ciencias y las artes; de donde viene, por los ferrocarriles y la política, que sujetan en uno de estos miembros diversos, el piano de Nueva York en la selva de Dakota, que el novicio admira, y como reverso natural, aunque el novicio no lo quiera ver, la selva de Dakota en el piano de Nueva York. Cabe, sí, comparar al americano de ahora con el de antes, y ver si el de hoy vale más, como debe valer, o si cumple con el deber de la grandeza, que es el de merecerla por algo que no sea la mera codicia y el tamaño. Cabe inquirir si este nuevo producto humano paga a la humanidad su derecho a existir, que consiste en exceder los males que puede causarle con las virtudes que le aporta, en retribuir, con un ente más feliz y perfecto, el capital de siglos que heredó al nacer, el caudal de experiencia y de dolor humano acumulado. Cabe ver si los elementos que entran en la formación de este carácter nuevo son más firmes y generosos que los de los pueblos menos felices, como debieran y podrían ser; o son tales que hayan de censurarse o cambiarse, porque de desenvolverse como van, pudiera tener la humanidad causa para rehuir, más que para proclamar, el advenimiento de la raza que ha amasado con su mejor sangre. Cabe ver si este pueblo hijo de la libertad, se levanta para aumentarla, o para oprimirla. Pero no es de justicia achacar como culpas de la hornalla que los carbones quemén y chispeen, ni que el fuego dé llama dé un lado y escoria de otro, ni que un país en estado de ajuste y crecimiento, en cuya naturaleza virgen entra incesantemente carne bárbara, se muestre con los humores y excrecencias con que la sangre nueva afea el cutis en los fuegos de la mocedad. Hay que sentarse sobre el universo, y verlo ir y venir, con sus fuerzas que se retuercen, abalanzan y rebotan, como las corrientes y los ríos, para dar juicio sobre este primer ensayo sincero de la libertad humana, que acaso fracase porque falte en el amasijo colosal la suma suficiente de las virtudes femeninas. ¡Pero es de poca monta, amable Max O'Rell, que los abogados de la Suprema Corte interrumpen sus arengas, a veces magistrales, para dar con el mascullón de tabaco, como hábil tirador, en el centro mismo y boca espaciosa de la escupidera!

Puede opinarse acaso, sin mucho error, que el norteamericano de hoy no es ya, tal como se le ve, el hombre que sirviera de molde y tipo a los pueblos nacientes: porque cuando, curados los ojos de la primera admiración, y del vicio odioso de ver con ánimo de censurar, se comparan sin ignorancia ni pasión sus cualidades pujantes, pasmo del mundo, y sus hábitos y deficiencias, no resulta que aquéllas puedan a la larga salvarlo de éstas, ni que se esté criando aquí el hombre parejo... a la vez tolerante e impetuoso, ni excesivo ni tibio en el sentir, respetador del derecho ajeno y del propio, moderado en la imaginación y en el deseo, que debe y puede apetecerse en los países donde aún está por formarse el tipo nacional. Ni parece que las fuerzas de renovación del carácter, que aún son muchas, sean ya tantas como eran antes de que llegasen a tanto las de degradación: ni que esta especie de conciencia imperial, que el desconocimiento y desdén de los demás pueblos, y la educación soberbia y viciosa que siguió a la guerra, junto con la prosperidad que está ya en su primera crisis, han creado en los norteamericanos actuales, —pueda reducirse al estado que al país y al resto de los hombres conviene, hasta que una lección brusca, poco probable en pueblo tan aislado y poderoso, limite esta opinión anormal a términos sanos. Aunque pudiera ser que por aquel poder de concentración que cría, con la fuerza del contraste, los poetas más profundos en los países de menos ideal, surgiera en la hora de la prueba, y cundiera en el alma pública, con la rapidez con que otras veces cundió, aquel carácter súbito de virtud, mantenido como en depósito, durante la prosperidad engañosa, en algunas almas egregias;—por más que no pueda dejarse de ver la conveniencia de tener el alma pública, con las costumbres constantes, más preparada para recibirlo que para rechazarlo... De ese poder de renuevo y reserva de sensatez habla Bryce, y no con poco fundamento, al reseñar los abusos prolongados, y los remedios radicales y repentinos, de las Cámaras Legislativas: pero la verdad manda decir que cuando mano a mano, y en el abandono de las confesiones domésticas, se oye a los próceres del pensamiento concluir y augurar, nótase un miedo creciente de que, si sigue como va, con su comercio desenfrenado y su política vendida, con su lujo ciego y su egoísmo deforme, no pueda la República resistir, sin la energía de la libertad que desatiende, las tentaciones, las angustias, los crímenes acaso, de una riqueza que pone incautamente por encima de la libertad.

Y esta mujer del Norte es en mucha parte esa barragana legítima de la pintura de Max O'Rell, que busca el matrimonio como modo de bur-

larlo y prefiere a las luchas fortificantes del amor limpio, del amor joven y natural, el alquilar sus gracias, so capa de casamiento, al anciano posturado o al feo cuarentón, que no tiene derecho a ellas. Pero también es del Norte ese otro tipo de mujer, extraño y casi inefable, por quien dijo sin duda Tocqueville que veía en la superioridad de la mujer la clave de la nación americana, y por quien, aunque confuso e indefinido todavía, acaso se equilibre, con la suma intensa de su desinterés y sentimiento, la carencia patente en el hombre, y en la mujer misma, de estos valores nacionales. Porque en las escuelas cosexuales no es la mujer lo que se dice: ni la satisfacción moderada de sus necesidades en el trabajo apaga en ella, antes incita, el deseo de pecar innecesariamente, por lo superfluo del lujo: ni en el hogar es con mucho la compañera decorosa y la amiga inteligente que pudiera ser; pero por lo que se ve en conjunto de esta masa de santas y de esclavas, de predicadoras y de favoritas, de andrófobas y de poetisas de pasión, de sacerdotisas del agua y familiares del vino, de mujeres bestiales y ángeles con espejuelos, de bocas rojas y frentes amarillas, sólo en la mujer reside aquí, con la inteligencia que ha de moderarla en un pueblo culto y libre, la virtud robusta que baste a compensar los desórdenes de poder, y la sordidez y rudeza de la vida, a que parece el hombre americano encaminado. En esa vida apostólica de celibato, en la dignidad nueva de sus casamientos de razón, en la bravura con que afronta el ridículo, en el vigor físico y moral con que lleva adelante sus campañas políticas, artísticas y literarias, en la armonía y originalidad sorprendentes de sus trabajos mentales, en su desinterés relativo, pero siempre superior al del hombre, se ve el único retoño de aquella cristianidad, el único asomo de aquella levadura de pureza, que será dentro de poco indispensable para sujetar a esta nueva Roma, cuando empiece a degenerar en sí, y a querer, como la de los Césares, que toda la flora y la fauna del mundo le llene los manteles y le nutra los estanques. ¿Qué, se nace para no crecer? ¿Qué, un carácter que se crea, desaparece? ¿Qué, los elementos que han entrado a crear un carácter, no aparecerán en el carácter creado? Un pueblo obrará en lo futuro con arreglo a los elementos de su formación. Por eso es delito, no menos que delito, dejar de hacer cuanto la mente sugiera y pueda la mano, para impedir que la nación se forme mal. El libro de Max O'Rell empieza así: "La población de América—; de los Estados Unidos, pues!— es de sesenta millones, en su mayor parte coroneles." Y acaba con este consejo: "Si queréis gozar de perfecta libertad, vivid en Inglaterra."

El libro está lleno de apotegmas, de cuentos rápidos, de diálogos cortos, de epigramas que apenas punzan, vueñan. Las frases están de punta, como lápices bien afilados: así que su herida marca pero no duele. Es un estilo de frac; pero después de que se han ido los convidados de etiqueta. Un lapidario no pule mejor: un prestidigitador no escamotea con más gracia el sentido. Apunta la verdad y enseguida la cubre con los cubiletos. Ve más de lo que dice que ve, y sabe de sobra que el americano, como casi todos los pueblos, lo perdona todo a quien sabe hacerle reír. Y en cuanto le levanta ampolla, le echa encima una anécdota. La anécdota es irresponsable, corta, gráfica. No hay orador americano que gane fama de tal, en el púlpito y en el juzgado, en el Congreso y en los banquetes si no comienza con un cuento, y remata con otro. La opinión la da el que habla, y la anécdota es la opinión ambiente. Beecher andaba con el bolsillo lleno de piedras preciosas, y de vez en cuando sacaba un puñado de ellas y las miraba y sacudía al sol como para ver si sus imágenes se les comparaban en color o para tomar el color de ellas, como los retóricos que llevaban al lado un flautista a que les diera el tono a los discursos. Y Max O'Rell lleva el bolsillo lleno de anécdotas, y a cada paso encaja una, no donde caiga y por lucir el chiste, sino para aligerar el tema o para hacerse perdonar alguna crudeza de juicio. Quiere burlarse sin peligro del orgullo con que el yanqui celebra lo extenso de su territorio:

—¡Ah sí! un inglés le decía a un francés: "El sol, mi señor, jamás se pone en las posesiones inglesas."

—"Entiendo, entiendo, dijo el buen francés, el sol tiene que tener el ojo sobre los bribones."

Quiere burlarse de la calma, no siempre reprehensible, del yanqui ante la injuria:

—"V. es un mico, amigo: V. no es más que un mico", dice un gruñón a un hombre apremiado que sale codeando del tranvía. Y el hombre lo mira. "Nada más que un mico es V.: un mico nada más." Y ya el hombre está en la acera. "Mico, mico, ¡digo que mico!" Y el otro desde la acera se saca su sombrero:

—"Sí, señor, yo soy un mico, y V. es un perfecto caballero."

Pero cuando habla de este beatífico desdén del norteamericano por el resto del mundo se le olvida una anécdota: —"Niño: ¿quién fue el primer hombre?—Washington, señor.—Está bien, está muy bien: ¿pero no ha oído V. hablar de Adán?—Oh, sí, señor: pero Adán era extranjero."

El estilo es lo que de veras hay que admirar en este libro de Max O'Rell, que chispea como su conversación. Es una conversación el libro entero, no un monólogo. Está hecho de chistes, de frases populares, de salidas felices, que arregla y dispone donde les dé mejor la luz, con gran ciencia de tonos, como un artífice en mosaico: de lo que le viene esa gracia del diálogo de las grandes ciudades compuesto de retazos de la chispa de todos, que pasan a lugares comunes y hacen como una inteligencia flotante, como un genio local que parece talento exclusivo del que habla, cuando no es más que mariposa pública y flor del genio común, que va volando de labios en labios. Del pueblo y de la vida vienen las palabras que perduran. Con el lenguaje se ha de hacer como la aristocracia inglesa, que llama a sí todo lo nuevo y poderoso de la gente llana, para que no se quede la lengua hecha un Commelerán, con peto de huesos y saya de moños.

Escribe como quien sonríe, como quien habla a media voz, como quien apaga un cigarrillo en el comedor y va a lanzarse a un vals, a un vals de joven con un abanico de plumas. Tiene las gavetas henchidas de frases agudas. Las ancianas se empeñan en los bailes en mostrar al mundo la garganta fugitiva: "Señoras, por favor, echen Vds. un velo sobre lo pasado." Se le ve claque en mano, de espaldas a la chimenea, como si no hiciese más que hablar, sin adorno ni esfuerzo, lo cual está bien en temas como el suyo, que no salen del nivel común, por lo que tampoco ha de salirse de él el lenguaje en que lo trate: porque la regla no es que se hable llano de todo, de modo que lo entienda el limpiabotas, sino que el lenguaje esté en relación con el asunto. Con el estilo pasa como con la manera de vestir, que no se puede ir en traje de mañana a un baile de ceremonia. Hay mentes de mañana y mentes de ceremonia. O la mente, como la vida, está de ceremonia unas veces y de mañana otras.

La obra toda, cuya censura será acaso más eficaz porque no es excesiva, es como Max O'Rell, un maestro juguetón que reñaga riéndose, o a lo sumo tira al discípulo suavemente de una oreja: "¡perdón, amigo mío, pero es necesario!" El país, ¿qué le ha de parecer, sino inmenso? Inmenso e irregular: la vida perfecta unas veces, otras cruda: la Tierra del Peso le parece el país: el millonario poco feliz, la mujer encantadora u odiosa: las ciudades una maravilla: los hombres, flacos, egoístas, y en cuanto puede ser bueno un egoísta, buenos: los periódicos, pueriles y colosales: la política, venduta: el gusto en general, burdo: la literatura, de repetición y como en mantillas: la gente literaria, joyas, puras joyas:

el talento mucho, y genio verdadero en el humorismo: la hospitalidad, banquetes: las religiones, hipocresía: el matrimonio, venta o pacto de reto: Ingersoll, el Anticristo, lo mejor del país: y la libertad, ¡bueno! "si queréis vivir con libertad perfecta, vivid en Inglaterra".

"Jonathan se pasa la vida admirándose: pero ¿quién no lo admira, quién no le perdona el patriotismo que le hace ver todo lo suyo con cristal de aumento?" Y cada vez que quiere criticarle algo, su soberbia, su aristocracia, su hipocresía religiosa, no lo dice primero: lo que dice primero es que John Bull lo hace peor. Los pueblos son como los muchachos, se dice este maestro de escuela que ha pintado tan bien en "John Bull Jr." la vida de colegio: el muchacho se bebe las lágrimas en cuanto ve que le dan un cocotazo a su compañero. Y Jonathan se ha bebido las lágrimas, y no toma a mal el libro de Max O'Rell. Aquí y allá se le echan encima, sobre todo por el capítulo de la "joven americana": pero de todas partes lo saludan con mucha cortesía: "gracias, buen amigo, gracias": ¡ha halagado con tanta habilidad a la prensa y a la mitad de las mujeres! Ni ¿qué les importa a las mujeres que haga saber que llevan brillantes en los zapatos, si lo que ellas quieren es que se sepa? Ya ellas saben lo que les dice él, que beben chocolate sobre el helado, y champaña sobre el chocolate, y caldo sobre el champaña: que no hay mujer que saque más provecho de sus dones naturales, ni los venda más caros: que cuando ya no tienen dientes suyos donde ponerse oro, orifican los dientes de su perro: que sacan a bailar, que convidan a pasear, que aceptan cenas epicúreas de los solteros temibles: que en un minuto se casan, y se descasan en otro. Lo que les importa es que diga que no ha visto nunca manos y pies más pequeños: que hasta la de Chicago, antes famosa por la firmeza de sus pies, los tiene como avellanas: que a los cuarenta años rejuvenece la mujer del Norte, y aún parece fresca a los cincuenta, como rosa de nieve: que no hay mujer que converse como la del Norte, ni siquiera la francesa: que es quien es, reina y señora, dueña de sí y del hombre, y francesa además. Ellas tienen sus casinos, sus empresas, sus asambleas, sus diarios. Ellas hacen hermosa la vida con sus salones ricos, ricos y artísticos, llenos de cuadros de maestros, de montes de baratijas, de tapices y luces de color, de confidentes de seda gris a la sombra de plantas tropicales. Y acaba la pintura con este soliloquio de la joven:—"Un marido joven, por supuesto que sería muy agradable: pero ahí está muy mi padre que hace todo lo que yo quiero: soy bonita, y tengo muchos amigos que me lo digan todos los días: soy libre para ir adonde quiero, y recibir a quien

quiero: gasto todo lo que quiero. ¿Y cambiaré todo esto por un marido que me eche encima la fatiga de la casa y quién sabe cuantas criaturas, que me hable de acciones y de bonos, y tal vez me predique economía, que me fastidie con los precios del trigo o del aceite de algodón, y me dé dolor de cabeza oyéndole sus políticas, y quién sabe qué más? ¡No! ¡No! yo me casaré con quien no tenga más quehacer que atender a mis caprichos.”—“Y tal vez,—dice Max O'Rell,—añade la joven americana en su sabiduría: con un hombre de setenta u ochenta años no tendré tal vez mucho que esperar.”

De los periódicos no dice lo que les falta; sino la empresa febril, la brutalidad e ingenio del repórter, la perspicacia de los “visitantes” el monte de páginas, los números de los domingos, que son repertorios verdaderos, con novela, con poesías, con páginas de chistes, con artículos para los niños, con críticas admirables, con cañas de todas partes del mundo, con títulos feroces: “De un salto a Jesús”, es la noticia de un ahorcado: “Se murió la abuela”, quiere decir que ha muerto la ancianita de la cofia, aquella a quien Garfield escribía todos los días, la madre de Garfield. Ha visto los periódicos por dentro. Lo de menos son las máquinas gigantes. Un publicista famoso escribe sobre una mesuca coja en mangas de camisa. Pasan cien redactores ante la mesa editorial. “¿Qué trae?—Una muerte.—¡Una columna! — Un divorcio. — ¡Dos columnas! —Un escándalo.—¡A ver: seis reporteros con Vd.: tráiganme entero el escándalo: una página!” Viveza es lo que se quiere, y novedad constante: el buen inglés no importa tanto. Aunque en esto yerra el libro: porque a los diarios americanos falta, por lo complejo y rápido de la vida que describen, aquel barniz de arte y como trabazón de todas sus porciones, que hacen al periódico grato de ver, como un mueble fino, y se agradecen como una caricia: pero son tan recientes y vivos los sucesos, tan vacíos sus asuntos, tan idóneo cada escritor por su tema, tan bien compuestos y jugosos los editoriales, las descripciones tan literarias, de puro fieles y concisas, y tan francas y pintorescas que hay días que no alcanza la mano para recortar y guardar.

“Este editorial, aristofánico: este paseo por el Bowery, modelo: esta noticia de policía, una acuarela de Leloir: del periodista callejero se toma la noticia como viene, y luego la proporciona y colorea el periodista literario: precisamente lo que asombra en estos diarios es el mérito artístico de los artículos de temas insignificantes.

No es eso lo que a este periódico falta, ni cordura, que es mucha en ellos, ni el genio que centellea a cada paso, sino el desinterés, que falta también a la nación,—el calor humano, que consiste en verse a la vez como persona suelta y como parte del mundo, y no por sobre él, y como si nada se le debiera, o se le mirase como mera fuente de noticias,—y la autoridad; el desembarazo, la fuerza, la fiereza, que en vano finge el escritor que disimula su opinión, o calla de ella lo que es cierto y no conviene al empresario que le paga. Se ve la garra en estos diarios, y suenan a hueco.

Dignidad falta a lo escrito, no en lo aparente, ni en el modo de defender las cosas públicas, sino en ese sutil poder que viene del brío y decoro del que escribe, y no excluye los respetos y transacciones necesarios a la vida, ni permite hacer de la mente lo que aquel abogado, que “no miraba si el que le pedía el artículo se lo pedía realista o liberal, con tal que se lo pagasen bien, como no miraba su zapatero de qué política era el parroquiano que le mandaba hacer un par de botas”:—¡pues es necesario, en cosas de pensamiento, ver quién se manda hacer el par de botas!

Va al vuelo de una ciudad a otra, y a todas celebra: a Nueva York por su actividad febril, a Filadelfia por lo reposada, a Washington por bella, a Chicago por culta ¡quién lo dijera! por culta y amigable, por literaria y artística, por inteligente y asombrosa.

De los teatros no dice lo que debe, aunque es persona de bastidores y amiga de comedias; ni ve la comedia enérgica, que es la que va creando el pueblo con sus tipos; ni nota cómo estas ciudades atareadas llenan noche tras noche, con arrobo y recogimiento, los teatros donde representan a Shakespeare; ni discierne lo que salta a los ojos, y es el genio de este pueblo, crítico como naciente, para la caricatura y la parodia.

No ve fábricas, sino salones: ni comerciantes, sino gentes de letras: ni los pobres que gruñen, ni los manufactureros, entre ahitos y ansiosos. Lo que dice del aparato que saca en salchichón, con cintas y marca, el puerco que entró vivo, lo dijo ya Oscar Comettant, hace como cuarenta años, en su libro excelente *Tres años en los Estados Unidos*. Pero por todas partes va levantando apariencias, tirando de la oreja, afilando afórismos. En un hotel se asombra de ver entrar al criado en el cuarto del lord con las bandejas llenas de tarjetas, de las tarjetas de los nobles neoyorquinos; porque Nueva York, tiene sus hijos de holandeses y sus plutócratas, que vienen en procesión a “hacerse presentes”, con su patilla de imitación y sus cuellos despuntados, en cuanto llega un lord de monóculo

y pantalón de cuadros al país. En una iglesia escribe:—“Los yanquis son cristianos, esto es, van a la iglesia los domingos.” Habla de política y dice: —“La América contemporánea está gobernada por Irlanda.” De los clubs, el Grover Club le parece el mejor de Filadelfia, porque allí se reúne la gente de letras, a comer de órdago con mucha jicotea y pato marino, que son acá manjares de fama; y luego es un tiroteo de ingenio, brillante y cruel, en que todos se echan a la cara, junto con los migajones y las aceitunas, sus defectos literarios y aun los del alma y cuerpo. Habla uno en tono nasal como aquí suelen: —“¡Abajo el orador! a un hombre sin nariz no se le puede permitir que hable por la nariz.” Un anciano cansado de escribir crónicas se pone en pie vacilante:—“Siéntese, amigo, siéntese, que sus piernas están ya como sus revistas.” Y si tienen a la mesa un personaje, como suele suceder, y les está aderezando, entre meloso y lleno de susto, una arenga saluatoria, que es casi una súplica:—“No nos adule, pues, no nos adule: aquí les decimos a todos la verdad, y a Vd. le decimos que tiene la nariz gorda.” A los escritores de Nueva York, que se juntan en el Century Club, los describe así, con mano leal y cariñosa: “No creo que sea posible ver una reunión de hombres más interesante. El rostro es pálido y severo, pero se ilumina con una sonrisa amable: se adivina que la resolución y la dulzura viven en armonía en el carácter del americano. Las facciones son huesosas, la frente recta, la nariz angular, y a veces afilada como hoja de navaja. No es la hermosura varonil como la comprendían los griegos: es la hermosura varonil en toda su fuerza intelectual.” Y después de pintarlos tan bien en su producto más bello, aunque no sea el más frecuente, dice lo que no es verdad:—“Americanos hay muchos, pero el americano no existe todavía”: ¡siempre el que no ha visto el monte dice que no hay monte! En otra parte dice:—“En América, más que en ningún otro país, el talento sin dinero es un instrumento inútil.” Sobre Ingersoll, a quien llama “coloso, intelectual y físico”, tiene esta frase encantadora, que parece de mano femenina:—“Con pecho de león para las batallas de la vida, y pecho de mujer para las miserias humanas.”

Y así, haciendo la maleta, escribe el libro, un libro de apuntes. Ni se ve lo que truena, ni lo que se repone, ni lo que se desajaja... Es un amigo vivaz, que saludó de guante al país, y escribe de él sin quitarse el guante. La miseria no lo convida a remediarla, sino a echarse atrás. Le gusta más una noche en el teatro que un día en el muelle. Toma la

rosa por los pétalos, y dice al de al lado: “¿Me hace Vd. el favor de quitarle las espinas?” Le place el calor de la chimenea, aunque no le hizo temblar en la Francia de su corazón el calor de las batallas. Escribe así, para volver, calzado de escaarpines y no de suela fuerte, sin entrarse por lo oscuro tomando a los hombres por el rostro, y a las cosas por las alas.—Y en nada se ve tan bien esa deficiencia y ligereza como en lo que dice de la literatura, que es una lista cortés de nombres, sin grados ni departamentos, ni esas frases de paso por donde se entiende que la modestia del crítico calla lo mucho que sabe. Con poner “Whitman”, cree que ha dicho bastante: sin saber quién fue Thoreau, dice que Norteamérica no tiene escritores que pinten la naturaleza: y como que desconoce a Emerson a punto que omite su nombre, el nombre del primer poeta americano, en la lista de los poetas, asegura que los Estados Unidos no han dado aún un genio trascendental, ¡como si cada época pudiera dar de sí más ni menos de lo que en sí lleva, y hubiera hoy, como antes, ignorancia y pasión suficientes para aquellas acumulaciones de la mente en hombres sumos del tiempo en que los montes, por el poco subir de los valles, no habían rebajado aún su estatura! Hoy no hay espacio para eso. La trascendencia está ahora en los laboratorios: no en el laboratorio de uno, sino en los laboratorios todos. Es época de ordenación y de bajar la cabeza para reconocer, no de alzarla para profetizar. ¡Ahora las profecías vienen de abajo! ¡Ni Lang, el inglés elegante; ni Dollinger, el que ha querido dar voto sobre la literatura de Norteamérica y se para en Irving; ni Max O'Rell que no sintió al leer la Esfinge el frío de la aurora, han conocido que la vida libre, en un continente donde bregan a la par, con todas las beldades y cambios de la naturaleza, todas las razas del hombre, ha de crear una expresión digna del combate intenso, en que batallan juntos los gusanos y las águilas!

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 1889

16

INAUGURACIÓN

Cómo entra y cómo sale un Presidente en los Estados Unidos.—Fiestas y ceremonias.—Fiestas populares, actos oficiales, en sociedad.—Cleveland.—Harrison

Nueva York, 5 de marzo de 1889

Señor Director de *La Nación*:

“Vaya, Secretario, déme su paraguas que éste no alcanza para dos Presidentes, y vea que se lo devolveremos, que los que vamos en este coche somos gente honrada.” Arrancan los cuatro alazanes, mete el látigo en su estribo el cochero negro, y del empuje de la salida llega el carruaje, chorreando la lluvia, al Capitolio. Baja Harrison primero, y luego Cleveland.

¡Así cambian de gobierno los Estados Unidos! Aquí contamos la enorme muchedumbre, calada hasta los huesos, con el ala del sombrero en los hombros, porque en seis días no ha cesado de llover; la noche inhumana, por la inclemencia del tiempo y de los hombres, que precedió al día insigne; las cortesías, usos y ceremonias de la inauguración presidencial, cuando un Presidente se despide y entra el otro, la política del nuevo, que quiere industrias protegidas, vapores subvencionados, freno a la inmigración, y más poder continental; la Casa Blanca triste, porque se le va su linda dueña; la procesión, grandiosa y ridícula, con héroes y con payasos, y el baile, en el salón de las columnas que cuatro hombres no ciñen con los brazos abiertos, y donde a cinco pesos por cabeza, bajo el techo embanderado, pasean juntos, ansiosos de ver a la nueva presidenta en su traje de seda albaricoque, los blancos y los negros.

¿Quién habla de Samoa ni de los alemanes naturalizados que toman partido en el Congreso y en la prensa con su país adoptivo contra el natural; ni de la conferencia pendiente sobre las peleas de los americanos y alemanes en la isla; ni del medio millón de pesos que para su estación de Samoa ha votado la Casa? ¿Quién se ocupa en censurar o en aplaudir el endose de la empresa del canal de Nicaragua, que ha sido procedimiento singular en los días mismos en que el senador Edmunds pide que

se declare oficialmente el disgusto con que el gobierno de los Estados Unidos vería que Francia endose la empresa del canal de Panamá? ¿Quién medita siquiera en el proyecto ya público de la compra de Cuba, donde no se ha secado todavía la sangre que el vecino astuto vio derramar, por la misma carta de principios con que se rebeló él contra sus dueños, sin tender un manojito de hilas, sin tender los brazos? ¿Quién piensa en el aniversario de Lincoln, que fue ayer; ni en el de Washington, que se celebró con teatros y paseos; ni en los cuatro Estados nuevos, que eran palacio del bisonte, y pradería virgen con el gamo por señor, cuando vinieron hace medio siglo cuatro mil federalistas a ver cómo entraba de Presidente, con su bastón de puño de oro, el abuelo de Harrison, y hoy son Dakota, la del norte y la del sur, Montana, Washington, con catedrales hechas de la madera petrificada de sus bosques, con el pueblo ávido y rico que envía millares de sus ciudadanos, con una rama de trigo en el ojal, a pasear en la procesión de cincuenta mil hombres con que la nación, casa de cuarenta y dos naciones libres, celebra la subida al poder de Harrison el nieto, con la levita cruzada y los zapatos de suela doble?

Doscientos mil forasteros han llegado a Washington para las ceremonias de la inauguración. Para mañana los cuentos de Blaine y sus rivales; los problemas del Sur, con sus negros empeñados en vivir; la revisión de la demanda de Nuevo México, que también quiere ser Estado en vez de territorio, aunque apenas hay allí quien sepa leer la lengua en que han de hacer sus leyes. Los trenes llegan, con una bandera en cada ventanilla; con su carga de californianos, que vienen de sombrero felpudo desde el Pacífico; con la gente de Sioux, que trae los carros forrados con hojas de maíz; con los vaqueros de Texas, que vienen de cuero, con calzoneras flecudas, blusón y jarano; con los monteros de Arkansas, sobretodo de calicó y una cola de ciervo en el sombrero. ¿Adónde hallará albergue este gentío de fanáticos, de pugilistas, de políticos, de pretendientes, de curiosos, de baratilleros, de vagabundos, de ladrones? En sillas, porque ya no hay camas; en tablas cojas, tendidas sobre las bañaderas; de codos en el mostrador, durmiéndose sobre el *whisky* con leche; de visita por las casas feas, donde tienen las mozas en exhibición los trajes que estrenan cuando entra un Presidente nuevo; o andando, andando, por el asfalto pegajoso, con el fango al tobillo, con el agua en el corazón, transida la maleta de los puños y los cuellos, deshechos los memoriales.

Un pan, un peso; una banquetta en la cocina, cinco: “mi cuarto,—dice un cómico jorobado,—lo estoy partiendo con veintidós amigos íntimos”.

¡Y el champaña que bebe, y la ensalada de pollo que come, el príncipe Harry, el hijo del periodista New, con sus amigotes de sombrero a la nuca, en el cuarto de al lado! ¡Y Armour, el gran porquero de Chicago, que tiene él sólo un piso de hotel, a una mina por día! Allá fuera, por entre líos de negros, acurrucados en los quicios, halla el cuerpo la procesión de míseros, con los paraguas inútiles a rastras. Uno duerme de espaldas a un pedestal y muda de lado cuando cambia el viento. Otro, al favor de la noche, se encucilla contra las patas traseras del caballo de una estatua.

Pero en la Casa Blanca no se han apagado las luces. ¡Por allá arriba hay mujeres despiertas, que no pueden dormir! En su cuarto de trabajo, con el secretario fiel en una mesa cercana, está, como si no oyese los cantos insultantes de la muchedumbre afuera, el Presidente laborioso, estudiando las leyes que esperan su firma, aprobándolas, o razonando su veto. Se quita los espejuelos, se frota los ojos, y vuelve a calzarse los cristales.

La madrugada es fría, y parece que hablan, y que dicen adiós, los leños de la chimenea. “Apruebo con toda el alma la pensión a la viuda de Sheridan.” “Lo que quieren con este proyecto de devolución del tributo directo a los Estados, es que desaparezca artificiosamente el sobrante, cuando lo necesario es que desaparezca la fuente de él, que es el exceso de derechos de importación, que nos tiene sin comercio exterior, y con un levantamiento social a la puerta: ¡veto, aunque me coman a críticas, el proyecto de devolución!” Los gritos crecen: “¡En la sopa! ¡En la sopa!”, vociferan al pie de las ventanas los grupos: “¡Adiós, Grover, dulce Grover!” Y se oyen las carcajadas, los gruñidos y los pitos. Bailan en el pórtico. Le vienen a tocar en las ventanas. Se quita los espejuelos, los pone sobre el papel, que restalla como si algo le temblara encima, y alza la cabeza. “¡Señor! ¡Señor!” dice el secretario, como levantándose de su asiento y consolándole la pena. “¡Nada, amigo Lamont, nada! ¡Si esos hombres pueden ofenderme de ese modo, yo puedo sufrirlo!” Y se vuelve a poner los espejuelos.

“Veto este proyecto que concede diez mil pesos del erario público para construir un puente donde no se sabe que haya río.” “Veto esta pensión injusta al tío segundo de un soldado que no llegó a pelear en nuestras batallas.” A las cuatro de la mañana se levantó de la mesa: “Lamont, hasta luego; estaré aquí a las ocho.”

Ya a las ocho era Washington como una masa viva. Desde el amanecer se llenaban las calles; voceaban los vendedores de butifarras y café; pasaba a escape un edecán, envuelto en un pañuelo el sombrero de plumas; asomaban la cara, por entre las cortinas recogidas, las mujeres curiosas; los magnates salían a los cristales, en camisola y gorro de dormir, para ver pasar los bomberos, en su blusa colorada; el séptimo regimiento de Nueva York, vestido de gris de perla; la delegación de Marilandia, que trae al pecho como coraza, una piel de racún, del oso-mono; los republicanos de Indianápolis, de la ciudad de Harrison, con paraguas de los tres colores; la gente de Omaha, detrás de una escoba gigantesca, con el esparto verde, y el mango azul y rojo. Por la gran avenida no se puede cruzar, porque han corrido dos alambres a lo largo de las aceras, para que el gentío no se eche sobre la procesión. Pero la muchedumbre, con el agua corriéndole por el cuello, invade los peldaños en la avenida, vaga alrededor de los estrados vacíos, se ampara del viento helado bajo los paraguas relucientes que brillan como conchas en el vaho húmedo, donde los edificios se dibujan, enormes y confusos, como monstruos. Estallan por el aire, chocando y volando, las ráfagas de música.

“¡Mi Marilandia!” tocan los pifanos: “¡A través de Georgia!” toca, a la cabeza de los inválidos de la guerra, una banda de clarines y tambores: una banda de levita azul y casco negro toca “¡América!” “¡Aquí, aquí, a comprarme estas salchichas, que en un día como éste todo pasa!” “¡Quién me compra estas rucas, del tamaño de un peso, que son como la que tenía en su cuarto para hilar Martha Washington!” “¡El hombre, el hombre por un real, en este bastón de puño de plata pura, con su frente saltona y la barba que le llega al pecho!” “¡Lo que le quepa a Ud. de pastel por diez centavos!” “¡Oh, no son más que las ocho!” dice un pobre ciego que cae rendido de fatiga: “no me saquen de aquí, no me toquen: aquí me quiero morir, pero he de ver antes al Presidente Harrison!”

“¡Tres hurras por Cleveland!” grita en aquel gentío republicano un hombre de espaldas dobles, que les lleva a todos la cabeza. “¡Que le vamos a cobrar caro por los hurras!” dice un pitirre, asomando por debajo de la manga de su vecino: “¡Pues vengan a cobrármelos!” “¡Beaver, ese que va ahí es el general Beaver, con una pierna menos!” “Ahí va preso un cochero que le cobró a una señora veinte pesos por un viaje.”

“Sí, Harrison visitó ayer a Cleveland, que lo recibió muy bien, y hablaron del tiempo.” “Y Cleveland le pagó a las cuatro la visita.” “¿Y hablaron...?” “¡Del tiempo!”

Y así van las aceras hinchándose, los estrados poblándose, la milicia entrando en filas, los fotógrafos sacando grupos, los negros ágiles llevando y trayendo a los forasteros ricos, o recibiendo capirotaños, o regando ocurrencias felices; los amigos en camarillas, con insignias al pecho, gordos los del Norte, flacos los del Sur; las actrices de campaña, con capuchones y sobretodos de goma.

Un pugilista, oliendo a violetas, pasea con el cigarro al sesgo, del brazo del elegante de Nueva York, de capa de esclavina y pantalones de sayuela; pasa en un coche un prohombre de Filadelfia, que dio diez mil pesos para la elección, y ya tiene a la cola un pretendiente por cada peso: sonriendo y apretando manos va, con el gozo en los ojos, el general Tracy, el rico abogado de Brooklyn, el nuevo Secretario de Marina: pasan otros sombríos, que son los candidatos desconsolados, y uno de ellos como si acabara de llorar con penas de niño en aquella barbaza blanca: otros, vinosos, van fuertes y alegres, porque “¡éstos,—confunda Dios a los demócratas—, éstos, nos van a dar subvenciones para los vapores! ¡A Joe Chambertin, muchachos, al buen champaña!” Co. los talones en la cintura, y el fusil como porra, corren, con el capote al viento, unos milicianos retrasados.

Un padre, con un hijo en cada hombro, habla con un veterano, sentado en el armazón de un farol. Que él conoce a Harrison. El otro más, como que “peleó con el Presidente”. Que su hijo, el que lleva al hombro derecho es más alto que Harrison: “¡A caballo es como se ven los hombres!” Que Harrison masca tabaco: “¡De Virginia!” Que Harrison tiene miedo de morir en la Casa Blanca.

“¡Como su abuelo, el pobre viejo, que no pudo lucir el felpudo más que seis semanas!” Que del Arlington, el hotel donde para Harrison, salieron graznando esta mañana tres cuervos: “¡Para eso está el *whisky*, para hacerlo vivir!” Y perseguidos por la policía novicia, arremeten para abrirse paso, a culatazos y juramentos, los voluntarios de Pensilvania, con sangre en los ojos, cayéndose de ebrios. Uno recoge la lluvia en el chacó, y quiere darle de beber a un campesino de paraguas de algodón. Otro se vuelve de cara al cielo, porque “tiene mucha sed” y abre de par en par la boca. La avenida vocea, se oyen clarines y caballería: la lluvia furiosa redobla en los tambores. Un caballero peripuesto salta de su cupé, y entra en el Arlington con tres ramos de rosas.

“¡Vitor!” “¡Hurra!” Se abren de pronto cien paraguas. Vienen las hijas del que va a ser Presidente. Vienen sus maridos, con los niños en brazos, los famosos “bebés del gobierno”. Viene la esposa con un ramo en la mano y los ojos chispeantes. “¡Hurra otra vez!” “¡Dios lo guíe, general!” “¡Dios me bendiga a mi generalito!” dice una anciana negra, con la barba en las rodillas, que sale de pronto de entre los tricornios y los sables. Pálido, con el ansia en la cara, corto de piernas y recio de cintura arriba, viene sin sonreír, Benjamín Harrison. “¡A Willard!” a encontrarse con el Presidente Cleveland, para ir juntos al Capitolio. Hubo error en la cita, y Harrison almorzó demasiado temprano, almorzó de pie, porque “¡no puede sentarse!” No: esperar no, aunque no sea la hora: ¡A la Casa Blanca!

En la Casa Blanca no aguardaban la visita para tan pronto, aunque ya olía a flor el Cuarto Azul, lleno de palmas y helechos, y ardían a toda luz las arañas de cristal; los criados, en silencio, iban y venían; la esposa, ya en traje de salir, estaba sentada, en su cuarto desnudo, más cerca de su madre que otras veces: se iban llevando, por la puerta del fondo, los cestos y baúles: de un cesto se cae, comido del uso, un ejemplar de la Constitución: un paje negro da al cochero, para que lo lleve con cuidado, un vaso de lirios. Cleveland, firmaba, con su mano estudiosa, las últimas leyes, frente al retrato de cuerpo entero del abuelo de Harrison. “¿Ya están ahí? Voy enseguida.” Se levantó despacio, puestas las manos en aquella cartera que ha visto tanta labor: se cruzó bien sobre el pecho la levita: y a los criados que entraban en tropel les dijo adiós, adiós de amigo, cariñoso, y largo: “¡bien se puede hacer esperar a un Presidente para decir adiós a un buen criado!” ¡Al Capitolio, en ese landó abierto! A latigazos los saluda la lluvia, y entran, riendo, Harrison el primero, en el carruaje, lleno de pieles de castor. De los dos senadores que van con ellos, uno quiere abrir el paraguas y le rompe una varilla. “¡El paraguas, secretario!” Todos los sombreros se levantan a la vez, porque en la ventana, apoyada en el hombro de su madre, está la esposa de Cleveland, despidiéndolo con una sonrisa. Volvió a la ventana ya con el sombrero puesto, cuando iba lejos el carruaje. Y al arrancarse del pórtico su coche, llegaba, preguntando por los nietos del nuevo Presidente, una carretada de regalos.

Apenas se oye un susurro, como un suave abejero, en la sala henchida de los senadores, donde sólo para que entren los Presidentes queda paso; resaltan en la masa negra, las caras rojas y las cabezas calvas; con un

abanico de palmas se orea el rostro impávido en el sitial Ingalls, el de las calumnias, con su mata de canas revueltas y sus ojos redondos detrás de los cristales: a la derecha, de togas negras, están los magistrados de la Corte Suprema, con su jefe marcial, el poeta Fuller: a la izquierda están los ministros extranjeros, el de Alemania, con tanto oro que no se le ve el paño y su séquito de coraza y plumero; el de Siam, con túnica de colorines y gorro de pico; los chinos de amarillo y casquete de botón, que es para grandes ceremonias; el turco con su fez; el del Japón, de casaca.

¿A quién aplauden? A Aníbal Haulin, que hizo de Vicepresidente con Lincoln, y entra a paso de joven con su corbatín de seda, y su frac de faldones cuadrados. ¿Y ahora? A Blaine, blanco de todos los ojos, a quien unos se precipitan, y otros, el senador Edmunds, el senador Sherman le vuelven la espalda. Y ahora ¿quién es? El ujier mayor que entra con un puntero, para volver atrás las manos del reloj, porque la ley manda que el juramento sea a las doce, y el ujier viene a echar el reloj atrás, para que la ceremonia caiga en la hora.

Las galerías son las que aplauden, repletas de representantes, que a puño vivo han tenido que forzar el paso en la Casa hermana, y de las esposas y amigas de los senadores. Allí está la de Harrison, con sombrero oro y negro y traje verde oscuro; su hija, de verde y blanco y una gorra luminosa; su nuera, de rojo cardenal, con adorno de piel rusa; la mujer del Vicepresidente entrante, con sus cinco hijas, de plata y verde claro. Allí tiene Blaine su esposa y el hijo preferido, que le va a servir de secretario. Ingalls tiene a sus hijos que se ven en el padre y le leen y extractan con juicio, que es mucha ayuda para un hombre de debates.

Ni hermosura de nota, ni dama política falta en la galería. “¿Por qué no habrá venido la de Cleveland?” “¡Pues yo sé que esta mañana dispuso ella misma el *lunch* para los de Harrison!” “¡Oh, qué pieles; qué magníficas pieles trae la de Morton!” “¡La gorra de ésa no le ha podido costar menos de cien pesos!” “¡De veras que está hermoso el secretario alemán!”

Resuena el mallete, y hombres y mujeres se ponen de pie, porque entra Cleveland, del brazo de un senador, entre grandes aplausos; los demócratas lo hallan rozagante, y los republicanos, enfermizo. El mallete llama otra vez, para recibir, de pie también, al Presidente electo: al verlo llegar, del brazo del senador Hoar, los aplausos rompen; trae pálida la cara pero el paso firme; es pequeño, es famoso por su pe-

queñez, pero parece alto por la ocasión, y porque mucho de la estatura está en los ojos con que se la mira. La nariz se le hunde hacia el entrecejo, del que arranca, con cierta forma de pera, la frente alta y como de globo; los ojos son claros y fríos, y lleva los labios apretados: la barba es larga, pero de hilos sueltos; se sienta al lado de Cleveland, que con lo que dice le hace reír: busca con los ojos, que se calman en cuanto los ve, a su mujer y a sus hijos.

Al tercer golpe del mallet, entra con otro senador, Levi Morton, el Vicepresidente banquero, hecho a pisar alfombras, muy peinado y lampiño, con el ojo risueño y los labios sin pulpa, que va al sitial como a lo suyo. Jura lo que le pide, con su voz oratoria, el elástico Ingalls, que da gracias al Senado, de quien recibió ayer cumplimientos por su buen modo de presidir, y declara extinto el Congreso quincuagésimo, y pone en mano del Vicepresidente el mallet. Morton saluda, con esas frases cortas y mal cosidas del que está habituado a pagarlas, y abre la sesión extraordinaria, convocada para que el poder cambie de manos. Miran a la puerta los concurrentes, buscando ya salida. La galería se echa los abrigos, como en la última escena de la pieza. Juran de cuatro en cuatro los senadores nuevos, menos un cuáquero, que promete. La hora ha llegado, la hora de que el Presidente nuevo jure al pueblo, al pueblo apiñado, al pueblo que se aprieta alrededor del Capitolio, como si fuera a levantarlo de raíz, que usará en beneficio de él la autoridad que de él recibe. El Senado entero, con sus justicias de toga, con sus diplomáticos multicolores, con sus damas ilustres, va a la lluvia, que cae sin merced, al estrado desierto. Y cuando el cañón lo anuncia, cuando el gentío ve aparecer a su héroe, pudo creerse que la lluvia cesó, porque el tremendo vítor fue como un dosel que ondeaba y crecía, como si lo fuese tendiendo sobre la ciudad una tropa de águilas. Cesa el gran hurra, y a cada movimiento del que va a ser Presidente, cuando conversa un instante con el patriarca Haulin, que está allí con sus ochenta años, cuando desdeña de un gesto la bufanda que le ofrece un admirador ansioso, cuando adelanta hacia el justicia mayor, que le tiende la Biblia para que sobre ella jure gobernar por Dios y por el pueblo, cuando besa la Biblia con su beso tímido de protestante fervoroso, estallan de bajo aquel "océano de paraguas", "de la gente de afuera, a quienes no se puede desconsolar", rueda tras rueda de aplausos, como descarga de fusilería. Los pabellones cuelgan míseros, pegados por el agua a las columnas: las banderas se han vuelto gallardetes, y se lamen el asta; los senadores se asoman por el pórtico, con el cuello de los abrigos a las cejas y no osan ir hasta el

grupo presidencial, como la esposa de Harrison, como la esposa de Morton, que van ligeras y alegres, como si el agua fuera sol. Las sillas son pozos y casi todos están de pie, los justicias con toga y birrete: un japonés hurgando con la pluma del sombrero de gala el cuello de un general airado, que le encara el tricornio; las señoras, que quieren oír mejor; la hija mayor de Morton, con el brazo de su padre por el talle; un virginiano, de mostacho y chambergo, que va a saber "lo que Harrison dice de su Sur". Bebe Harrison lo que, para que parezca caldo, le traen en una taza honda: se calza los quevedos de aro de acero; y sin que de la muchedumbre, que se pierde a lo largo en la bruma, se oiga un grito de impaciencia, sin que ceda el lugar un hombre solo en el gentío aterido, lee a saltos el Presidente su discurso inaugural, debajo del paraguas que le tiene abierto sobre la cabeza un hombre hermoso, subido en una silla.

Empieza reverente para con Dios y para con el pueblo. "Cien años hace hoy", dice con soberano y modesto júbilo, "que comenzó a fungir el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos, que juró este puesto de Presidente Jorge Washington: ya celebramos, antes que todo poder el centenario del Legislativo", en el que todos nacen; "nuestro segundo siglo no empezará de veras hasta que solemnicemos los cien años primeros del Poder Judicial", que a todos los corona. ¡Un territorio de hoy es mayor que cinco Estados de entonces!: demos gracias a Dios por este auge; "porque nuestro pueblo está mejor vestido, con e mejor y tiene mejores casas; porque tenemos más modos de enseñar, y enseñamos más que antes; porque los dulces oficios de la caridad han aumentado a la vez que las desdichas; porque la religión se multiplica y fortalece". Hay figuras, como ésta: "Lo que era hace un siglo el cuerpo de la nación ha venido a ser la fimbria rica de la túnica nacional": ¡frase para el Oeste! Hay ideas que pueden esculpirse.

"El único modo de defender la independencia de un país es que cada uno de sus hijos sepa hacerse independiente": ¡frase contra los buscaempleos! Hay retóricas de novicio: "¿Continuarán las preocupaciones y la parálisis de la esclavitud colgando del manto del progreso?" No da vueltas, ni esconde la espada. Por debajo del chaleco se le ve el cinturón. Se vuelve a la derecha, y dice a los ricos: "¡cuidado!" Se vuelve a la izquierda y dice "¡cuidado!"—a los pobres: "¡cuidado!": dice claramente su política extranjera. No venga el Sur a buscar en el Norte ayuda contra los negros, porque el que contrajo "obligaciones justas", la obli-

gación de ser paciente con el hombre que envileció y abusó, no debe pedir que otro le pague las deudas por él, “ni tiene derecho a solicitar el amparo de la ley el que le niega el uso de la ley a los demás”—¡frase de doble dentadura para los demás demócratas blancos del Sur, acusados de escamotear y sofocar el voto republicano del negro! A los monopolios, que piden protección oficial contra el obrero coligado, les hiela los huesos, con esta pregunta, ¡admirable pregunta!: “Si las clases influyentes y educadas de una comunidad practican o favorecen la violación sistemática de las leyes que creen opuestas a su interés, ¿qué podrán esperar cuando las clases ignorantes aprendan la lección de que la conveniencia o el interés supuesto de una clase es causa suficiente para violar las leyes?” Es de oro todo ese párrafo, como el que aconseja que se mire bien la inmigración que viene al país, y “se atienda al carácter de la buena disposición de las personas, antes de dar, aun a los hombres de las mejores razas, el derecho de pesar sobre el erario o turbar el orden social con la carta de ciudadanía”; “¡tan grandes son los derechos del ciudadano americano, y tan solemnes sus deberes, que antes de dar naturaleza al extranjero, hemos de saber bien quién es, y estar seguros de que conoce y respeta los derechos que nos pide!” A Europa dice así: “Tenemos razón para esperar que la política americana en Europa,—de no mezclarnos en la casa ajena,—será la política europea en América”: “que ningún gobierno que nos sea amigo intente dominar el canal que acorte la distancia entre nuestros Estados del Atlántico y del Pacífico”: “que ningún gobierno europeo pretenda establecer en los países libres de América las colonias que por un sentido de justicia no pretende el gobierno americano”. “Ni ofenderemos las banderas amigas, ni soportaremos que sea ofendida la nuestra, o los derechos de nuestros ciudadanos, en las tierras continentales, o en las islas del mar”: ¡frase para Alemania, por Samoa! “La bravura y habilidad de nuestros marinos ha dado muchas veces en nuestra historia extraordinario poder a barcos flojos y a piezas de poco alcance; que se lo volverían a dar, de eso no dudo, ¡pero no es justo exponerlos, por impremeditación o negligencia, a desigual combate!” “Y hemos de ayudar al establecimiento de nuevas líneas de vapores, ¡porque mientras no las haya, el aumento de nuestro comercio con los países que tenemos al sur es imposible!” A los buscaempleos, lacra de la nación,—y peste de la vida, a la vez que fuente de poder, de los presidentes,—los trata así: “Los servicios honrados al partido no serán ciertamente vistos por mí como un obstáculo para pretender los empleos públicos”: y añade, ya con el miedo al cuello, porque en la

misma puerta de su cuarto lo asaltó esta mañana un pretendiente: “Pero la inoportuna insistencia no será en mi administración el mejor modo de obtener empleo”. Del tesoro habla de este modo: “La prodigalidad, el descuido y el favoritismo en los gastos públicos son criminales; hay que reducir el sobrante, sin invertirlo en empresas innecesarias, ni quitar un átomo a nuestra tarifa prohibitiva, un artículo a la protección de nuestras industrias.” Y así adelanta el mensaje, viendo los males en su manifestación más que en las causas, opinando para los altos, y otorgando a los bajos sus derechos, más que reconociéndoselos. Cree en clases el Presidente: las ve en la vida, y las trata en su discurso: fomentarlás le parece menos peligroso que impedir las.

Del discurso lo saliente es esto:—el demócrata del Sur habrá de permitir que vote libremente el negro, el negro republicano; es necesario restringir la inmigración, que nos pone en peligro y nos trae ideas ajenas: ha de impedirse que se vendan las fabricaciones extranjeras en los Estados Unidos más baratas que las americanas, y de llevarse el comercio americano por el mundo; cuanto puesto permita la ley dar libremente, se dará a los republicanos; aumentese la marina con tanta rapidez como permita la perfección del trabajo, y sépase que estamos dispuestos a poner nuestro pabellón donde pretenda ponerse otro. Le angustia lo que ve de su partido, y del partido opuesto, las enemistades mortales, los odios de mujer, los celos ciegos, que todo lo prefieren a la victoria del rival, el interés frenético; y el general temeroso de la política asoma en esta frase: “¡Que aquellos que sabrían morir en el campo de batalla den prueba mejor de su patriotismo y gloria más alta a su país, promoviendo en su seno la fraternidad y la justicia!” El político asoma en ésta: “El triunfo de un partido por medios ilegítimos o prácticas revolucionarias, es funesto y transitorio, aun visto sin considerar más que el interés del partido.”

Y el discurso acabó de esta manera, saludado por hurras, por una afectuosa sonrisa de Cleveland, por cien manos tendidas debajo de los paraguas que pugnaban por acercársele primero, por los sombreros que agitaba, al desbandarse, la multitud ansiosa de tomar parte en la procesión, por las músicas y los cañonazos. “No tiene pueblo alguno de la tierra un gobierno más digno de respeto y amor, ni dominios tan vastos y magníficos, ni tan bellos de ver, ni tan repletos de empresa y trabajo. Dios puso en la cabeza de nuestro pueblo una diadema, y a nuestros pies puso poder y fortuna que van más allá de la descripción, y más allá del cálculo. ¡Pero no hemos de olvidar que recibimos estos

dones a condición de que la justicia y la misericordia tengan las riendas del poder, y de que a todo el pueblo le estén abiertas las avenidas de la esperanza!" Por entre muros humanos, que no sabe la policía cómo sujetar con las espaldas, suben a los landós, con cuatro alazanes uno, y cuatro bayos el otro, Harrison y Cleveland, Morton y sus acompañantes. Los guardias de a caballo se echan a galope limpiando el paso. Aceras, ventanas, pretilos, todo está cubierto de hombres, de niños, de mujeres, que saludan con los paraguas y los pañuelos, con "¡Dios lo bendiga!", con los calañeses rotos de los negros del Sur, con los hongos nuevos de los republicanos del Norte, con el vocerío continuo. Un hombre, colgado de una ventana por las dos manos, pide "¡tres hurras, tres hurras y el tigre!" Un pretendiente, que lleva el memorial en la manga del gabán, lucha, con algo de fiera, con la policía, que no le deja asirse del coche. Un *sandwich*, un poco más de caldo en la Casa Blanca, y Cleveland, en su cupé de hombre libre, va a comer con su esposa a la presidencia mejor, que es la casa de un amigo: Harrison, de sombrero de seda y sobretodo de pieles, sale con su séquito al estrado descubierto, a ver pasar, en tres horas de vendaval y de vítores, los regimientos de línea, los "patriotas" que habían pedido su puesto, las milicias de los Estados, los cincuenta mil hombres que por su deseo y a su costo, o al de su partido político, han venido a dar realce, con la ingenuidad y el abandono del pueblo verdadero, del pueblo que yerra y acierta, del pueblo que puede y que ama, a un acto que levanta a cuantos lo presencian, en su propia estimación, por la que se concibe por el hombre. ¡No va sobre los estribos la caballería que pasa; el que la ve pasar es el que va sobre sus estribos! Pocos más que su misma familia rodean al Presidente: en el estrado fangoso, frío, con las hileras de sillas sin huéspedes, sin más grupo que el que quiere abrigar con su cuerpo al general ufano. Y con él su mujer, en traje como el suyo de paño yanqui: su mujer y sus hijas, sentadas impacientes, o sirviéndole el té, sirviéndolo con sus manos a los generales. ¡Oh, la lluvia tenaz, que les azota la cara, que les traspasa el abrigo, que desluce la gran procesión!

¡Beaver la manda, con su pierna de menos! A los edecanes, con las plumas mustias, siguen las baterías. Aquel coronel saluda a Harrison con el muñón, y Harrison, como cuando pasan las banderas, se quita el sombrero. No son tantos los vivas que apaguen el ruido del agua que cae, del viento que silba y se enrosca en los pabellones, de los pies fatigosos que aplastan el fango. Los cientos, los miles, pasan con estandartes, águilas, oriflamas, barcos de flores. Ahora la milicia, con capa

de ordenanza y marcha recia: enseguida los jóvenes, alegres y desordenados, con el paraguas cerrado bajo el brazo y los sombreros al corazón; o con un formidable mastín, de collar de bronce, que dice: "¡Protección!", o deteniéndose ante el estrado, para hacer el ejercicio de fusil con sus paraguas blancos, azules y rojos; o cantando sus tonos de colegio, con un gallo por escarapela, y una escoba al ojal. Los negros de Marilandia van de gabán claro. Los irlandeses de Jersey abren filas por el medio, se juntan por las cabezas, giran como la hélice, siguen marchando en cruz. Los "jóvenes" de Newark van de blanco y rojo, con casco de lanceros y espuelas de plata.

Búfalo Bill se lleva los corazones, con su melena flotante, montado a lo vaquero, de pañuelo al pecho y traje de cuero amarillo, en el caballo moro, redondo, pequeño, vivo, que regaló a Grant el sultán; el caballo corcovea, muerde el freno, se resiste, se arrodilla, y con el héroe aplaudido, arranca al galope. Luego va Jonathan, a la cabeza de su club, floreado una gran gorra, flaco y cetrino como un arenque, con el felpudo metido hasta los ojos, en los pómulos las puntas del cuello, a las corvas la cola del frac azul, el chaleco de estrellas muy a lo alto del cinto, los calzones con bolsa en las rodillas y escapándose del suelo, y las botas de lengua, agresivas, fruncidas, pontificales.—Ya lo que queda va pasando en la sombra.

A lo lejos, como por sobre un horno enorme, se ilumina con vago resplandor el cielo húmedo. Las tropas se dispersan. Los coches van y vienen. Cruzan los mensajeros a caballo, y se ve, al relámpago del farol, que llevan ramos de flores. Es que el colosal edificio de Pensiones, con sus tres hileras de anchas ventanas, y la chimenea que echa en las mismas nubes el vapor, y las ocho columnas que sostienen con la doble galería a los pies, la bóveda gigante, abre a los diez mil concurrentes ansiosos, venidos de todas partes del país a ver la maravilla, su sala de bailar, que cubre un acre largo, llena de banderolas, escudos y laureles; su cuarto presidencial, que es una masa de palmas y de rosas; su música de cientos a cuyo compás danzan cuadrillas, alegres como en la nueva juventud, los senadores calvos; su comedor, sin más vino que leche pura, ni más champaña que el agua; su paseo triunfal del Presidente, con su esposa al brazo, vestida de sedas nacionales, por entre el gentío en que le abren paso a fuerza de hombros dos atletas, porque "no quiere el Presidente, para andar entre su pueblo, policía". Del techo, en listones

miles, bajan a recogerse en torno a los escudos de los pueblos amigos, con un águila en el tope, los colores de la nación, que cubren los antepechos que flotan en mástiles sueltos, que lucen en un sitial de siemprevivas, que llevan los hombres a la solapa, en cintas de raso, y las mujeres al pecho en ramos de clavel blanco, rosas encarnadas y violetas. Y por encima de todo, sosteniendo la bóveda, las ocho columnas. A esa misma hora recogía sus enseres el dorador de Nueva York, que trabajó toda la noche, grabando en la puerta de cristal del despacho de Bangs, Tracy y Mac Veagh un nombre nuevo: *Grover Cleveland, abogado.*

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 16 de abril de 1889

17

CARTAS DE MARTÍ

Empleos y pretendientes.—Cómo se distribuyen puestos.—Rivalidad, celos y venganzas.—Las legaciones.—Conflictos.—Tacto de Harrison

Nueva York, 29 de marzo de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Abril será de Nueva York, adonde toda la nación quiere venir, para que sea magna la fiesta del centenario de la primera jura presidencial, cuando el balcón de la casa de gobierno estaba donde está ahora la estatua de Washington, con la espada al cinto y la mano tendida, como la tendió aquel día famoso ante el pueblo que llenaba las calles, se salía en los balcones, colgaba de las azoteas. Sólo de eso se habla ahora, y de la distribución de los empleos.

Abril será de Nueva York, pero marzo ha sido de la ciudad de la Casa Blanca, de las muchedumbres que asaltan al Presidente, de las rivalidades y venganzas de los prohombres del partido vencedor, de las componendas y sabidurías de Harrison para calmar a los airados y zurcir, a fuerza de empleos menores, los cismas que levanta en el partido la concesión de las "círculas gruesas", de las Secretarías y embajadas, de las Subsecretarías y Direcciones, a aquellos con quienes Harrison se cree más obligado, o a personas que sean a la vez eminentes en el partido y en la opinión pública.

Todo son comentarios: si Blaine va a salir del gabinete porque Harrison no accede a nombrarle su amigo y favorito, el director del *Tribune*, de enviado a Inglaterra; si Wanamaker, el tendero-ministro, muestra más médula de la que se suponía, y le disputa a Blaine el puesto de enviado a Constantinopla, que Blaine quiere para un amigo, y Wanamaker para otro: si hay mucho periodista, y mucho de hijos y sobrinos, en los nombramientos que lleva hechos el Presidente, muy cuerdos, a la verdad, y muy aplaudidos por gente de diversa opinión.

En Washington están todos los ojos; allá han ido todos los que tienen algo que pedir: no hay en los hoteles una cama libre; los trenes entran

lentos, y salen vacíos. “Los puestos públicos,—dicen los republicanos,—deben repartirse por el partido triunfante entre los que han trabajado por traerlo al poder.” “Ni moralidad, ni inteligencia, ni pureza en la política puede esperarse,—dicen los reformadores,—de hombres que trabajan por un partido para lanzarse sobre los empleos públicos en la hora de la victoria, como fieras famélicas.” “Este es país individual,—dice un *Herald* de los del interior,—y cada cual tiene que mirar por sí.”

“Si no hay deshonra en el empleo público,—dice el *Sun*,—no la hay en solicitarlo.” “Joven redactor”,—dice en la puerta de un hotel un capitán del Sur, de ojos ardientes y perilla larga, con levitón y chambergo: “joven redactor: yo vengo a ser alcaide de los Estados Unidos, y aquí me estaré hasta que lo sea, o hasta que la barba se me ponga tan larga que me la pueda pisar sin doblarme.” Alemanes, irlandeses y negros se topan por las calles con el bostonés de labio raso o el nebrasqueño de sombrero alón y hombros picudos.

Cada cual trae su memorial, cubierto de firmas, o viene a buscarlas. “¿Y Ud. qué memorial trae?”—Mi pierna rota.

Veamos, pues, cómo reparte acá un Presidente nuevo los empleos: cómo vive un Presidente en estos primeros días de asaltos, de amenazas, de condiciones, de súplicas.

—¿Y no se ha ido toda esa gente? ¿No venían a ver la inauguración?

—Primero, señor, a ver la inauguración: luego, a asegurarse lugar. Cada pueblo, cada ciudad, cada Estado tiene aquí sus delegaciones.

La ley de ascensos por mérito cubre un número escaso de empleos. Puesto que los empleos restantes se reparten entre los partidarios al principio de la nueva Presidencia, a Washington afluyen, a la casa del Presidente, todos los que se creen con derecho a un empleo. Los demócratas renuncian, y los republicanos aspiran a sus puestos. Unos envían sus peticiones al representante del Estado: otros al senador; otros vienen en persona, y van de puerta en puerta recogiendo firmas de políticos de influjo; otros obtienen el apoyo de la delegación de su Estado, mantenida en Washington para alcanzar los nombramientos que el Estado desea.

Dentro del partido hay émulos, y en cada sección del país hay dos caudillos rivales, cada cual con su séquito: entonces la lucha es más: cada grupo tiene un candidato para el puesto federal que cree debe tocarle en el reparto a su Estado: para cada puesto local hay dos candidatos del partido: a uno lo endosa un senador, y a su contendiente el otro: la

mitad de la diputación va a encomiar los méritos del uno al Presidente, y se da en la escalera con la mitad restante, que viene a exponer los derechos del otro.

Los senadores, electos por las legislaturas, tienen sus amistades y compromisos: los representantes electos por el pueblo, con ayuda de los “trabajadores”, de los “muchachos”, tienen que oír, so pena de decapitación en las elecciones próximas, las demandas de los que los ayudaron. Los meros representantes se quejan de que los senadores toman para sí todos los empleos, y los dejan sin tener con qué contentar a sus amigos. Cada Estado reclama para sí los puestos federales más pingües. En cada Estado, los representantes presentan candidatos opuestos a los de los senadores, las facciones apoyan solicitantes distintos para el mismo puesto. El Sur, vencido, nada puede pedir. De Nueva York sólo, contó Depew como diez mil peticionarios. Indiana, el Estado del Presidente, quisiera todos los empleos. Ohio, tierra de políticos, Illinois, comarca de oradores caseros, lo piden todo, con arrogancia amenazante. Michigan, para llegar más pronto, acuerda su lista de solicitudes, y la pone en mano de sus dos senadores.

“¡Pero no les puedo dar todo el país” dice Harrison a los de Illinois: “díganme los puestos que desean, y yo veré cómo los lleno!” “No, le responde la delegación: díganos las sobras que nos van a tocar, y nosotros veremos con quién las llenamos.” Tan reñida es la lucha por la legación a Inglaterra como por la portería de la imprenta nacional. La portería se la lleva el mejor recomendado; pero la legación a Inglaterra no es para Reid, el director del *Tribune*, que gasta una fortuna en pantuflas y chalecos, ni para Shefchard, el cuñado de los Vanderbilt, que encabeza su periódico con un versículo de la Biblia,—ni para Evarts, el “senador siemprevivo”, famoso por su ciencia de leyes y sus verbosos discursos,—sino para el que no la pidió, y la sabrá honrar con su mérito, para el hijo de Lincoln. Nació cuando su padre no tenía aún casa propia, y posaba la familia en una hostería, sin más alfombra que el aserrín, ni más asientos que sillas de madera; estudió abogacía; peleó de capitán cuando era Presidente el padre, y coronel cualquier amigo; anunció a Lincoln el primero, desde su caballo de edecán, la rendición de los confederados; no vivió de hijo de Presidente, ni de sombra de mártir, sino de su trabajo de abogado, en que ganó tal fama de ingenio y energía, que nadie tuvo a mal que Garfield le diese la Secretaría de Guerra, donde brilló por su entereza, unida en él, como en su padre, a una humildad real que se gana los corazones; ni nadie extraña ahora

que desembarazándose de vanidosos pedigüños, y de su propio Secretario de Estado, dé Harrison prueba de respeto al país, e independencia, sacando de su retiro para el primer puesto de la diplomacia al noble joven. El de los chalecos, para satisfacer a Blaine, y pagar la campaña ciega del *Tribune* cuando las elecciones, va de enviado a Francia.

Pero los políticos de Illinois sí han censurado el nombramiento. Es de oír lo que dicen por los corredores de los hoteles. “¿Cómo? ¡Carr perdió la garganta cuando las elecciones hablando por Harrison, y se desvivió por elegirlo, y ahí está Carr sin nada, y el puesto mejor se lo lleva Roberto Lincoln, que andaba cuando las elecciones paseando por Europa!”

“¡Para otra vez la promesa en cartera y firmada por el Presidente candidato; si quiere Presidencia, vengan empleos!” “No; que no nos pongan al haber de Illinois la legación de Inglaterra, aunque Lincoln sea de Illinois, porque ese nombramiento no lo hemos pedido y no nos lo han de descontar de nuestra porción.” “¡Este gobierno, es de ‘descendientes ilustres’; ahí está Blaine, que ha puesto a su hijo Walker, un bailarín, en la silla de asesor de Estado, donde se sentaba Wharton; ahí está el hijo de Grant, acusado de felón, que va de enviado a Austria y no sabe ni el camino.” “¡Este es un gobierno de la gente de papel! Un periodista, el del *Tribune*, a Francia; otro, Rice, el dueño de la *North American Review* y *Le Matin* de París, a Rusia; otro, de un periodiquín de Okstosk, *Hichs de Okstosk*, va al Perú; otro, New, el amigo del Presidente, el dueño del *Journal*, va de cónsul general a Londres: ¡y los que sudamos la sangre para llevar a las urnas los votos perezosos, nos quedamos para adorno de puerta de hotel o para oírle decir al Presidente, como nos dijo ayer, que no le dejamos tiempo para atender a los asuntos nacionales!”

Pero a eso responde Harrison, prudente, con una entrevista en su coche, que hace que al otro día publiquen los diarios. Iban él y New, al paso largo del tronco de alazanes. New, el amigo, iba hosco, porque el Presidente nombró enviado en Italia a Porter, el rival de New, el hombre a quien odia:—“John: te quiero dar un puesto.”—“Bueno: que no sea donde tenga que pasar la vida metido en la casaca.”—“El puesto que quieras.” “Pues el de cónsul general en Londres: hay trabajo, y me viene bien el salario de 12,500 pesos.” “Eres cónsul general.” “Pero lo que yo quiero no es nada para mí; sino para los ‘muchachos’, que nos han puesto donde estamos.”—“Se atenderá a los ‘muchachos’.”

Esos son los enviados principales: Lincoln, a Inglaterra; Reid a Francia; Rice, a Rusia; Porter, a Italia; y a España, Palmer, que fue el primero en la lista de los nombramientos, como en muestra de especial honor, o de que la legación de España es considerada esta vez de importancia singular; Palmer que ha dicho esto: “Mi idea de la diplomacia es tener el delantal tendido hasta que caiga la ciruela.”

A México va Ryan, que lleva siete elecciones al Congreso, hombre callado. A Chile va Patrick Egan, el irlandés famoso, que salvó con su viaje a Francia el tesoro de la Liga de Parnell, y a los ocho años de vivir por Nebraska, entre agricultor y político, ya tiene séquito que le empuje a un puesto de honor, que es más cuando recae en un extranjero. Es hombre sagaz, cortés y verboso.

Pero un periodista no ha logrado ver confirmada por los senadores de su propio partido su nombramiento de enviado a Alemania. A los demás propuestos, los ha aplaudido el país contento de que recaigan las recompensas de partido en hombres hábiles, y, salvo a Reid, acusado de defraudador de una compañía ante los senadores por uno de los accionistas, los confirmó el Senado sin debate. Reid se salvó por un voto. Pero el arrogante Murat Halstead, el periodista violento, el que cesarea en Ohio, y les ha puesto más de una vez las espaldas coloradas a los senadores, ha visto ahora que “el que se pasa media vida rompiendo vidrios, se pasa la otra mitad recogidoslos”.

En vano apoyó el Presidente su nombramiento de enviado a Alemania, en los servicios notorios del periodista a su partido; en vano pareció que le perdonaba Blaine, a cuyas órdenes venía a servir, la acusación de simonía con que le estuvo flagelando sin misericordia en su periódico año sobre año; en vano alegó el senador Sherman, por quien Halstead ha roto en la prensa y en las convenciones muchas lanzas, que el “hombre de Cincinnati” es republicano ardiente y caballero gentil, de talentos y maneras, de franqueza brusca que deben perdonar los hombres francos. “¡Jamás, dijo un senador demócrata, daré mi voto al que ha pedido que se me encause por haber comprado mi elección a senador!; y si mis colegas de mi partido no me apoyan unánimemente, renunciaré mi puesto de senador, y vendrá en lugar mío un republicano.”

Cinco senadores republicanos se levantaron contra el periodista que los ha llamado “vendidos”, “ineptos”, “cubiertos de lodo”, “deshonor del país”. “¡Aquella fue la suya, y ésta es la nuestra!” dice el senador Teller.

“La política, mi querido senador Sherman, no tiene que hacer con el Sermón de la Montaña.” ¿Y es ardid, o coincidencia cruel?; al cerrarse la sesión, con una demanda de reconsiderar, los senadores compran a la puerta el diario donde se anuncia que Murat Halstead, el periodista fiero de la cabellera blanca, está mortalmente enfermo en su casa de mármol y oro de Cincinnati.

Esa es la batalla, la ocupación, la cólera de Washington. Apenas puede reunirse el gabinete dos veces por semana. Llenas las Secretarías, y la de Blaine sobre todo; llena de pretendientes la Casa Blanca. Los desconsolados no quieren reconocer, como el público, que, dada la ley funesta que permite estos carnavales de empleos, muestra Harrison poder raro para elegir de entre sus amigos hombres sin tacha, y conciliar las facciones ambiciosas que se comen el corazón dentro del propio partido. Quiere desenojar al rico Alger, que aspiró contra él a la Presidencia,—y le invita a que le recomiende al amigo a quien quiera ver de fiscal público, que es empleo valioso.

Insiste Nueva York, contra la voluntad del Secretario, en que sea de los neoyorquinos la Subsecretaría del Tesoro, ya que la Secretaría no lo pudo ser; y el Presidente le notifica que nombrará al candidato que elijan de acuerdo las dos facciones hostiles de Nueva York. Teme que la mala fama de la política de conquista de Blaine le enajene la simpatía con que los republicanos moderados ven en la Presidencia a un hombre que tienen como suyo,—y nombra Subsecretario de Estado a un republicano que llevó la moderación hasta celebrar la política respetuosa de Cleveland; sólo que tuvo que retirar el nombramiento, porque Schuyler, que es nombre que se debe recordar, censuró agriamente en su libro sobre diplomacia al senador republicano Washburne: “¡Recogerás los vidrios!”

Pero a cada hora corren rumores de cisma, y de que este Estado o aquél se rebelará contra Harrison, sin que se dé razón de política, ni se le acuse de falta al programa de gobierno, sino de yerro y preferencia en la distribución de empleos, que no alcanzan donde el afán de los solicitantes. A las diez se abre la Casa Blanca, y ya está llena de senadores, que tienen entrada preferida; de representantes, que los ven de reojo; de delegaciones que vienen con un general a la cabeza, a pedir para un favorito de su Estado tal empleo; de juntas de negros, presididos por el canoso mulato Douglass, que piden que un negro notable sea miembro

del gobierno de Washington, y otro síndico, o que no se dé puesto alguno a un Pinchback a quien apoya medio Senado. Sale una diputación de Kansas, entra una de Filadelfia, espera otra de Indianápolis, llega otra de Chicago. Unos vienen con el senador Ingalls, con el mismísimo Presidente del Senado, que enumera en un discurso altivo los méritos del candidato que presenta la diputación. Otros vienen con un coronel cojo, a quien Harrison recibe con el ceño duro.

“¿Cómo me proponen para una legación a un hombre de mucho valer, sí, y republicano bueno, pero que Uds. que me lo recomiendan, saben que es incapaz para este empleo?” A otra delegación le dice: “Así han de ser los candidatos, como Olcolm para China que sabe leer y escribir chino.” “Preséntenme una lista de los puestos que desea el Estado, y de los hombres a quienes me recomiendan.” “Yo partiré en justicia, de modo que haya para todos, y no tenga causa de queja la nación.” Una comisión de señoras, que entra a decirle que ayer domingo estuvieron en plegaria continua todas las iglesias, “rogando al Hacedor Supremo que iluminase al Presidente en la elección de magistrados del distrito”, se detiene en la antesala, cuchicheando ligeras, a ver el traje de lujo que unas “buenas americanas” de San Luis, le traen de regalo a la presidenta, junto con una Biblia en su almohadón de raso de oro. Harrison sale al pórtico a saludar con la cabeza a los curiosos que van desfilando ante él con el sombrero puesto.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 24 de mayo de 1889

CARTAS DE MARTÍ

*En los Estados Unidos.—Miscelánea noticiosa.—Primavera. — Música.—
Sport.—Millonarios.—Prestidigitadores y espiritistas.—Conciertos al pie
de la horca.—La pena de muerte y la penitenciaría.—Un rey de la bolsa
encarcelado.—30,000 pesos por un caballo para Buenos Aires.—Caballos
famosos.—Bebidas de moda.—¡A las minas!—Muerte de un millonario.—
Ericsson*

Nueva York, 1 de abril de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Con la boina de Wagner sobre la cabeza de nieve se ha ido este invierno, famoso en Nueva York por el frenesí con que los alemanes han aclamado en la Opera al tenor de la Tetralogía de "Los Nibelungos"; y la primavera entra detrás de la batuta del que le cedió a Wagner su frau Cosima, del famoso von Bülow, que no lleva la música por notas, como un maestro de baile, sino por ondas y volúmenes. La adelgaza, como una franja de luz al amanecer; la levanta de un ímpetu, y la deshace en polvo al caer, como el agua de una fuente; le saca el freno y la echa peña abajo, como el caballo de Brunilda; la desvanece, como el sol a la puesta, en nubes esplendorosas. Es una romería el Teatro de la Opera. ¡Eso es Brahms, eso es Wagner, eso es Berlioz, no es hacer hablar, llorar y reír a la Octava Sinfonía de Beethoven! Von Bülow llama a sus músicos como un hechicero a sus palomas: ya no cesa un momento aquel cuerpo arrebatado: se mece de un lado a otro: cambia de mano la batuta; se echa sobre el atril y se vuelve de pronto de cara a los músicos; engarza las notas con la batuta, moviéndola a grandes círculos, como quien recoge cintas: se encorva; se achica, se baja hasta el suelo, cuando quiere que la música se postre, como él. El público, loco, lo llama a la escena, y él sale a dar gracias con el primer violín.

Abril es aquí mes de música: Thomas, el maestro elegante, lee a los maestros ante una concurrencia escogida. Seidl, el fanático wagnerista, repite sin cansarse, ante un público absorto, aquella música plena de Bayreuth, hecha para el canto, que sólo es grata y revela su pasmoso poder cuando se la oye sin cantar. Del circo de Madison, donde campea Barnum, con sus elefantes payasos, sus torneos japoneses y sus caravanas de cabilas, van a hacer un auditorio colosal, con dos salas de música, en

que ricos y pobres tengan donde oír en verano e invierno las obras maestras. Y en la ópera alemana, ¿no llegó el exceso de las aficionadas fuera de toda relación con el efecto de la ópera y el mérito del tenor, a besar en la calle a Alvary, el creador del bello Sigfrido, a la salida de "El Crepúsculo de los Dioses"?

La música, es verdad, está ahora en el aire, que es oro y azul, y parece que acaricia y saluda, que calienta y que vibra: los húngaros sacan de las fundas sus clarinetes, y divierten desde la acera la hora de comer de las casas de dinero; los italianos, con la mujer a rastras, clavan en las esquinas, junto al amigo frutero, el organillo. En el museo de cera hay a la vez czardas y troikas, y salen del tablado los tímpanos y violines, con sus zarabandas rabiosas y quejas de delirante amor, para que bailen y canten los rusos de aldea, imitando las danzas y cortejos del *mir* patrio, que tiene mucho del zapateo que conocemos los hijos de andaluces, aunque una novedad hay en los aldeanos, y son sus cantos populares, donde se ve la estepa, vasta y triste, y se confunden con melancólico poder la imitación de los ruidos naturales, del pavor de la tormenta, de las campanillas de la troika que llega, con el quejido del siervo y el alarido de esperanza.

X Por los balcones abiertos invita otro pianista ruso, tocando melodías de Chaikovsky, a que suban los transeúntes al torneo de ajedrez, presidido por el retrato de Paul Morphy, donde el célebre Chigorin, maestro en el gambito de Evans, derrota con trabajo a McLeod, un muchacho de Quebec, que en un relámpago de genio inventa lo que años de talento no le pueden destruir. X

Un tamboril que suena por electricidad, invita a los desocupados de Broadway a entrar a ver en el teatro de los *minstrels* cómo el prestidigitador Kellar, el rival de Hermán, repite y explica todos los ruidos, escrituras y apariciones con que los espiritistas de profesión, como cierto doctor Slade, engañan a las almas tristes y finas a quienes saca de nivel el desconuelo de lo terrestre y la necesidad de lo maravilloso.

Hasta en la capilla del ahorcado ha habido música, porque Virgil Jackson, sentenciado a morir en el nudo por haber dado muerte al esposo de la mujer con quien llevaba amores, se pasó tocando la flauta el día de las vísperas de su ejecución, y tuvo por la noche concierto de cantos con algunos aficionados de Utica, a los que acompañó con voz segura en sus refranes y coros. Murió sonriendo. Lo cual hace pensar en el negro Green de Washington, tan bien hallado ya con la idea de morir, que ha querido negarse a aceptar la conmutación de la pena de muerte,

que se lleva al hombre de una vez, por la de penitenciaría, que lo deja arrastrando la vida en el remordimiento y el dolor. ¡Luego, dicen triunfantes los enemigos de la pena capital, la pena de penitenciaría, que es menos odiosa, es más eficaz, más temible para el criminal que la pena de muerte!

Y el que haya subido por aquellos cerros lúgubres de pinos empolvados que llevan a la penitenciaría de Sing-Sing; el que haya visto aquellos ojos cavernosos, aquellas manos inquietas, aquel moverse como fiera enjaulada en la celda de piedra, aquellos rostros fosfóricos, clavados como pidiendo morir, entre los balaustres de la reja; el que haya visitado estas prisiones desde que, para contentar a los gremios de los obreros, les quitaron a los presos los trabajos que hacían,—las estufas, los sombreros, los zapatos, el lavado,—para que los productos baratos de las contratas de prisión no contribuyeran a rebajar el jornal del obrero libre; el que haya visto salir atados, para que no se devorasen en su furia, a dos presos jóvenes cuya alma nueva no ha podido resistir la tortura del silencio ocioso, y han perdido la razón, entiende bien por qué teme el criminal más que a la muerte a aquellos sepulcros vivos, donde sólo entran, a preparar el arrepentimiento, los libros que presta al preso la biblioteca de la casa, y los domingos, cuando viene la madre, algún ramo de flores; entiende bien por qué tiembla, caído de su falsa grandeza, el bolsista Ives, el Napoleón joven de la bolsa, que es de los que creen que en negocio todo robo es lícito, con tal que no se vea, y de tanto dinero depositado usó para fines distintos de los del depósito, y rehipotecó tantas veces, para saltos y vueltas en la Bolsa de acciones, los ferrocarriles que ya estaban sin valor por hipotecas previas, que los amigos poderosos no le han valido al fin; y con su cara lampiña y su traje de Londres está en las Tumbas, perseguido por fraude mayor, y en gran riesgo de subir pronto los cerros de pinos empolvados. ¡Negociar, no quiere decir robar!

En todo se ve la actividad en este mes luminoso: en el juez que persigue a Ives; en el corregidor, que quiere poner coto al crecimiento dañoso del ferrocarril elevado; en las casas de vapores, que aprovechan los fuegos de la primavera, para promover, con raíces en Washington, una asociación de negociantes hispanoamericanos, que no pueden dañar a los que piensan en hacernos comprar a la fuerza los productos yanquis, ni a los que tienen subvenciones que pedir, de este y aquellos gobiernos: en todo se ve que la tierra ha empezado a sonreír; las regatas a animar

los ríos, las ferias de ganado a atraer concurrencia, las carreras a llenar el hipódromo de Monmouth, los caballos castizos a venderse a precios fabulosos. Ayer la gente vitoreó en el Parque Central, a la yegua Maud S., que cumplía quince años, la yegua célebre que trotó la milla en dos minutos y ocho segundos y medio, y a otro caballo padre, de los establos de Genesee Valley, en Elmira: es un Hambletonian, hijo del Electrioneer y de Beautiful Bells. Tracy, el abogado que es ahora Secretario de Marina, lo quiso comprar para su casta de trotones, porque no hay potro de cuatro años como él, que trote la milla en su cifra famosa de "2.16". Y hoy traen los diarios de Lexington la noticia de que un argentino ha dado 30,000 pesos por "Prince Wilkes", castaño de patas blancas, con un poder que se le sale de los músculos, tan recio de miembros, que parece más alto de lo que es, pero con tal arranque en los remos traseros, que con ciento cincuenta libras, podrá trotar la milla en dos minutos y once segundos: de veintiuna carreras, ha perdido tres: va a Buenos Aires con el caballero negro que lo mima. X

Son de ver en estos días de carreras y ventas extraordinarias las cervecerías, de caobas y espejos, de mármoles y cuadros, de bronces y tapices, donde, tragando de un vuelo la ostra que le da el criado en el tenedor, o engullendo sin preguntar una de las bebidas sabias de esta primavera, discuten precios, cazan apuestas, y esperan noticias, sin sacar los ojos del pizarrón de marco de ónix, los pícaros que viven y triunfan con este y otros juegos; no hay cervecerías más ricas que las que ellos protegen, porque allí tienen los cuadros de asunto pecador en que estos rufianes se complacen, y los artífices más notables en el oficio de mezclar licores, y teléfono y telégrafo, y el pizarrón donde van apareciendo como por magia, entre juramentos de ira y vociferaciones de regocijo, las noticias de las carreras del día, a que apuestan al pie del mostrador como si estuvieran en la pista, o la cifra de la venta, a que apuestan también, tanto que uno que supo noticias de bastidores "tiene dinero de alfileres" para dos años con lo que ganó por la venta de "Prince Wilkes".

Con pinzas hay que tratar a estos chalanés, y a toda la gente de su cofradía; porque a verbosos, ni un gitano los gana; ni a rodear con artes desconocidas, finas y traidoras como una red, a un comprador apetecible, a un "Barnum" de Sudamérica; a un "nabab argentino". A ellos no les desquicia la cabeza el "da la vida", que es una mezcla de jerez, oporto, vainilla, huevo y leche, más enérgica que el "Santo Domingo", como llaman por mal nombre y burla de las revoluciones dominicanas a un vaso de hielo picado con una mezcla de todos los cordiales, y el ajenjo

por corona. Kimmel, vermouthe, ajenjo, anisete, amargo, jarabe: todo va junto, con mucho hielo roto, en lo que beben por la mañana, mientras sacan cuentas y calculan las apuestas del día, gustando sorbo a sorbo la "gloria matutina". Las cervecerías tienen fama de un mar a otro, ésta por la "ostra en tenedor", que es una *bluepoint* menuda, que frien de modo que le dejan todo su aroma natural; aquélla, por un bodegón donde la pintura parece de relieve, con unas barajas que se caen de la mesa, y unas galletas de soda que admiran al gentío artístico, otra por el cuadro de Constante, con las esclavas culpables que ha mandado degollar el jerife.

Entra y sale la gente, mientras la ruina y la fortuna viene y va, delante de los pizarrones; ya es un grupo de comerciantes amigos, que vienen a remojar una buena venta en el "vino de Mayo" que es Mosela con yerbabuena y fresas: ya es un tropel de aduaneros, pomposos y rechonchos, que quieren *whisky* limpio: ya son dos recios caballeros, que acaban de recibir sus credenciales para puestos pingües, y entran a rematar la comida de gracias con el famoso "Brahmaputra", que es la moda para después de comer: dos huevos, tres cucharadas de azúcar, una ración de brandy, media de crema de rosas y media de moka, unas gotas de vainilla y su poco de jugo de limón, un vaso de crema fresca; "¡sacúdase!": sírvase en dos vasos de colores.

No viven con estas comodidades los que, sin miedo a los feudos de familia que traen ensangrentados los alrededores, han salido este mes con calzones de cuero y camisa de franela, a ver si es verdad que apareció en la Baja California, por la parte de México, la mina de Don Pedro, muerto dicen que de placer, sin revelar donde había encontrado el oro. No se puede creer lo que se lee,—de jóvenes que dejan a sus enamoradas, de maridos que ponen los caballos de arar en manos de su mujer y se juntan a la romería de diligencias que van llenas de viejos trémulos, de irlandeses chistosos, de suecos expertos, de veteranos remozados.

Ni la mina aparece, ni la procesión cesa. Es como el año cuarenta y nueve, cuando de carpintero saltó a millonario, con sus compadres, Mackay y Fair, el Jaime Flood que acaba de morir en París, más que de enfermedad, de la zozobra de ver su gran riqueza puesta en especulaciones, en peligro de ruina. Se muere de estos afanes del dinero, como de los del poder. ¡Mejor es la "medianeza comedia" de Boscán!

Flood fue, como aquellos años, hombre de magia. Mostró el genio desde joven, ahorrando con ahínco de su jornal lo que no necesitaba

para el pan y el vestido. Oyó lo del oro, y se fue a verlo. No lo encontró pronto, y puso tienda de *whisky*, "a real fuerte" el vaso.

En su tienda se oían chistes, y tiros. No servía el *whisky* de la botella, sino del barril. California era entonces campamento: vereda de vacas la que es hoy calle imperial: casucas hechas de tablas de cajones, los que son hoy palacios.

El socio O'Brien estaba a la puerta, vestido de señor, para atraer gente. Flood, a medio casar ya con su irlandesa, iba y venía con los vasos, oyendo cuentos de mineros que desaparecían o triunfaban, hasta que una mañana tomó como los demás el pico y la gamella, y terrón a terrón sacó de una veta tres mil pesos de mineral, con los que compró unos acres de siembra donde gozar de su fortuna, hasta que, mordido por el amor de la ciudad volvió a California, y a sus minas: supo de un calavera que vendía barato un buen derecho; levantó de un modo aún misterioso los miles de pesos necesarios para las excavaciones, y a los pocos meses sólo los Astor de Nueva York eran más ricos que los tres amigos Flood, Fair, y Mackay, que compraron a poco más de "un real fuerte" las acciones que vendieron a quinientos cincuenta pesos. Puso bancos, y los arruinó. Por acá y por allá hay una gota de sangre en su fortuna. Tomó tanto *whisky* como había vendido. Levantó un palacio donde no se ve del oro. Murió triste.

No nació en cuna más rica otro millonario que acaba de morir, el avaro Isaac Williamson, que daba diez mil pesos para una caridad el mismo día que peleaba con su lavandera por cuello de más o de menos, o se sentaba a zurcir sobre lo ya zurcido su par de medias. Su nombre no morirá porque de dádiva en dádiva dio dos millones y medio de pesos para una escuela de oficios en su ciudad de Filadelfia, escuela libre, con un cepillo y un delantal para todo el que llame a sus puertas, sin preguntarle años, ni color, ni nombre.

Empezó de mozo de tienda: con los sueldos que ganó midiendo yardas puso casa propia: era de joven muy divertido y bailarín, pero no dejaba a otro el cuidar de contar la gaveta del día, ni el de abrir por la mañana la tienda: estudió los ferrocarriles y sus hombres, y luego que los conoció puso dinero en los que le parecieron seguros: como veía desde los bastidores las empresas, ni fio mucho, ni se dejó engañar de pánicos fingidos, y ganó tanto, que su fortuna, su arte de esperar, su modo extraño de vivir, su paraguas que le duró quince años, su ropa blanca que llevaba a lavar hasta que ya no tenía pedazo vivo, fueron tan famosos como el

cheque de \$100,000 que dio a un hospital, y los de \$50,000 que dio a otros dos, y \$100,000 más para los que padecen del dolor del comerciante, para los que han caído del poder de los negocios a la angustia de mendigar un pan para la vida. "I.W." era la única firma de mucha carta anónima, recibida en la hora de la necesidad por gente pobre y decorosa. Pero si le subían un peso el alquiler, se mudaba de cuarto.

Otro ha muerto también, grande por los servicios, por el carácter, por la fama, por el ejemplo, por los años, por la mente: el que inventó la hélice, el que fabricó la locomotora más ligera; el que con la torre de su "Monitor" echó abajo la esclavitud, el que ha puesto a trabajar al sol, Ericsson. Fue brusco, como suelen ser los que descubren. Vivió ochenta y cinco años, y desde los diez estaba inventando.

Venía de suecos nobles, de la nobleza de la minería. Comía poco, pan moreno al levantarse, para conservarle toda la fuerza al trigo; a las cuatro, legumbres, té y pan, y de carne, una onza sola, bien pesada: ni tabaco, que es humo, ni más vino que el del alma. Se le murió la mujer, y no quiso más compañía que sus ruedas, su torpedero, su motor solar: "No tengo tiempo para hablar: quiero hacer un servicio al mundo." A nadie veía, sino para negocios: "cada minuto mío es un tornillo útil, una verdad que ahorra trabajo, un descubrimiento necesario a la felicidad del hombre". Y por la calle iba así, en su paseo de medianoche. La noche es amiga del genio. Iba recto, rápido, formidable, moviendo los labios gruesos, mirando como quien quiere tener el camino limpio, buscando las calles más solas y oscuras, a la hora en que apenas asoma por una u otra ventana un ojo de fuego. Y al volver ponía al vuelo en el papel las cifras que al día siguiente aprovechaban para reformar, para limar, para robustecer su obra los trabajadores del "Monitor", que quedó hecho en cien días, y le sacó las entrañas a la "Merrimac"; del "Ericsson", el buque de calórico que se llevó el premio Rumford; del "Princeton", el primer barco de guerra que tuvo la maquinaria de hélice fuera de tiro del enemigo; del "Destroyer", con su cañón tremendo, que echa a pique los acorazados de mejor armadura; de su máquina solar, donde la luz presa obedece y sirve al hombre. Al morir dijo: "¡Descanso!"

JOSÉ MARTÍ

CÓMO SE CREA UN PUEBLO NUEVO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Una ciudad de diez mil almas en seis horas.—Un incendio en Nueva York, y un domingo de pascuas.—El paseo de los ricos.—El paseo de los negros.—Colonización súbita de las tierras libres.—La invasión de los colonos en Oklahoma.—Cuarenta mil colonos invaden a Oklahoma a la vez.—La tierra de la leche y la miel.—El seminole Osseola.—Rivalidad de los ganaderos y los agricultores.—Vencen los agricultores.—La peregrinación y la entrada.—Miles de carros.—Cuadrillas de jinetes.—Los pueblos vecinos.—La noche en el camino.—Muertos.—Tempestad.—El domingo de las vísperas.—Cuadrillas de mujeres.—Mujeres solas.—Los veteranos.—El sacerdote improvisado.—El combate con los intrusos.—Ella Blackburne, la bonita.—La periodista, Nanitta Daisy.—La hora de la invasión.—Desborde por las cuatro fronteras.—Carros a escape y caballos en masa.—Pie a tierra y posesión.—El espectáculo magnífico.—Cómo se creó la ciudad.—La oficina de Registro.—El primer tren que llega.—Traición y desconsuelo.—¿Quién trazó la ciudad?—Tiendas, hoteles, anuncios.—El banco.—El primer periódico.—La primera elección.—

La noche en el desierto

Nueva York, 25 de abril de 1889

Señor Director de *La Opinión Pública*:
Montevideo

Todo lo olvidó Nueva York en un instante. ¿Muere el Administrador de Correos tanto de enfermedad como de pena, porque su propio partido republicano le quita el empleo que ganó palmo a palmo, desde la cachucha hasta la poltrona, para dárselo a un buscavotos de barba larga, que se pasa la vida convidando a cerveza y allegándose los padres de barrio? ¿Se niega el Ayuntamiento a extender las vías del ferrocarril aéreo, que afean la ciudad, y la tienen llena de humo y susto? ¿Se ha puesto de moda una corbata nacional, con los tres colores del pabellón, y con las puntas tiasas a los hombros? ¿Están las calles que no se puede andar por ellas, de tanta viga por tierra y estrado a medio hacer, y el aire azul, blanco y rojo, y de calicó y muselina, porque las banderas del centenario no dejan ver el cielo? ¿Se pagan a diez pesos los asientos para ver pasar la procesión, a ciento cincuenta una ventana, a mil un palco en el teatro del gran baile? ¿Se ha trabajado el Viernes Santo como todos los demás días, sin que la santidad se viera más que en la hermosura primaveral, que se bebe en el aire, y les centellea a las mujeres en los ojos?

Todo lo olvida Nueva York en un instante. Un fuego digno del centenario consume los graneros del Ferrocarril Central. El río, inútil, corre a sus pies. Las bombas, vencidas, bufan, echan chispas. Seis manzanas arden, y las llamas negruzcas, carmesíes, amarillas, rojas, se muerden, se abrazan, se alzan en trombas y remolinos dentro de la cáscara de las paredes, como una tempestad en el sol. Por millas cunde la luz, y platea las torres de las iglesias, calca las sombras sobre el pavimento con limpieza de encaje, cae en la fachada de una escuela sobre el letrero que

dice: "Niñas". Muda la multitud, la multitud de cincuenta mil espectadores, ve hervir el mar de fuego con emociones romanas.—De la refinería de manteca, con sus millares de barriles en el sótano, y sus tanques de vil aceite de algodón, sale el humo negro. Del granero mayor, que tocaba a las nubes, chorrean las llamas, derrúmbase mugiendo el techo roído, cae el asbesto en ascuas, y el hierro en virutas, flamea, entre los cuatro muros, la manzana de fuego. De los muelles salta al río el petróleo encendido, que circunda al vapor que huye, seguido por las llamas. El atrevido que se acerca, del brazo de un bombero, no tiene oídos para los comentarios,—la imprudencia de permitir semejante foco de peligro en el corazón de la ciudad, la pérdida que llega a tres millones, la magnificencia del espectáculo, más bello que el del incendio de Chicago, la majestad del anfiteatro humano, con caras como de marfil, que lo contempla;—el susurro del fuego es lo que se oye, un susurro como de vendaval; y el corazón se aprieta con el dolor solemne del hombre ante lo que se destruye. Un monte está en ruinas, ya negras, con grietas centelleantes, de las que sale el humo en rizos. Otro monte está en llamas, y se tiende por sobre la ciudad un humo dorado. A la mañana siguiente contemplaba en silencio el cascajo encendido la muchedumbre tenebrosa que acude siempre a ver lo que perece,—mozos fétidos, con los labios manchados de tabaco; obreras jóvenes, vestidas de seda mugrienta y terciopelo; muchachos descalzos, con el gabán del padre; vagabundos de nariz negra, con el sombrero sin ala, y los zapatos sujetos con cordeles. Se abre paso el gerente de una compañía de seguros, con las manos quemadas.

De trajes vistosos era el río un día después y masa humana la Quinta Avenida, en el paseo de Domingo de Pascuas. El millonario se deja en calma pisar los talones por el tendero judío: leguas cubre la gente, que va toda de estreno, los hombres de corbata lila y clavel rojo, de gabán claro y sombrero que chispea, las mujeres con toda la gloria y pasamannería, vestidas con la chaqueta graciosa del Directorio, de botones como ruedas y adornos de Cachemira, cuando no de oro y plata. Perla y verde son los colores en boga, con gorros como de húsar, o sombreros a que sólo las conchas hacen falta, para ir bien con la capa peregrina. A la una se junta con el de las aceras, el gentío de seda y flores que cantaba los himnos en las iglesias protestantes, y oía en la catedral la misa de Cherubini. Ya es ahogo el paseo, y los coches se llevan a las jóvenes desmayadas. Los vestidos cargados van levantando envidias, saludando

a medias a los trajes lisos, ostentando su precio. Sobre los guantes llevan brazaletes, y a la cintura cadenas de plata, con muchos pomos y dijes. Se ve que va desapareciendo el ojo azul, y que el ojo hebreo invade. Abunda la mujer gruesa. Hay pocas altas.

Pero en la avenida de al lado es donde se alegra el corazón, en la Sexta Avenida: ¿qué importa que los galanes lleven un poco exagerada la elegancia, los botines de charol con polaina amarilla, los cuadros del pantalón como para jugar al ajedrez, el chaqué muy ceñido por la cintura y con las solapas como hojas de flor, y el guante sacando los dedos colorados por entre la solapa y el chaleco? ¿Qué importa que a sus mujeres les parezca poco toda la riqueza de la tienda, y carguen túnica morada sobre saya roja, o traje violeta y mantón negro y amarillo? Los padres de estos petimetres y maravillosos, de estos mozos que se dan con el sombrero en la cintura para saludar y de estas beldades de labios gruesos, de cara negra, de pelo lanudo, eran los que hace veinticinco años, con la cotonada tinta en sangre y la piel cebreada por los latigazos, sembraban a la vez en la tierra el arroz y las lágrimas, y llenaban temblando los cestos de algodón. Miles de negros prósperos viven en los alrededores de la Sexta Avenida. Aman sin miedo; levantan familias y fortunas; debaten y publican; cambian su tipo físico con el cambio del alma: da gusto ver cómo saludan a sus viejos, cómo llevan los viejos la barba y la levita, con qué extremos de cortesía se despiden en las esquinas las enamoradas y los galanes: comentan el sermón de su pastor, los sucesos de la logia, las ganancias de sus abogados, el triunfo del estudiante negro, a quien acaba de dar primer premio la Escuela de Medicina: todos los sombreros se levantan a la vez, al aparecer un coche rico, para saludar a uno de sus médicos que pasa.

Y a esa misma hora, en las llanuras desiertas, los colonos ávidos de la tierra india, esperando el mediodía del lunes para invadir la nueva Canaán, la morada antigua del pobre seminole, el país de la leche y de la miel, limpian sus rifles, oran o alborotan, y no se oye en aquella frontera viva, sujeta sólo por la tropa vigilante, más que el grito de saludo del miserable que empieza a ser dueño, del especulador que ve espumas de oro, del pícaro que saca su ganancia del vicio y de la muerte. ¿Quién llegará primero? ¿Quién pondrá la primera estaca en los solares de la calle principal? ¿Quién tomará posesión con los tacones de su bota de los rincones fértiles? Leguas de carros; turbas de jinetes; descargas a cielo abierto; cantos y rogativas; tabernas y casas de poliandria; un

ataúd, y detrás una mujer y un niño; por los cuatro confines rodean la tierra libre los colonos; se oye como un alarido: “¡Oklahoma! ¡Oklahoma!”

Ya campea por fin el blanco invasor en la tierra que se quedó como sin alma cuando murió en su traje de pelear y con el cuchillo sobre el pecho el que “no tuvo corazón para matar como a oso o como a lobo al blanco que como oso y lobo se le vino encima, con amistad en una mano, y una culebra en la otra”, el Osseola del cinturón de cuentas y el gorro de tres plumas, que se los puso por su mano en la hora de morir, después de pintarse media cara de rojo y de desenvainar el cuchillo. Los seminole vendieron la tierra al “Padre Grande” de Washington, para que la vinieran otros indios a vivir o negros libres. Ni indios ni negros la vivieron nunca, sino los ganaderos que tendían cercas por ella, como si la tierra fuese suya, y los colonos que la querían para sembrados y habitación, y no “para que engorden con oro puro esos reyes del mundo que tienen amigos en Washington”. La sangre de las disputas corrió muchas veces donde había corrido antes la de las cacerías; desalojó la tropa federal a los intrusos ganaderos o colonos: al fin proclamó pública la tierra el Presidente y señaló el 22 de abril para su ocupación: ¡entren todos a la vez! ¡el que clave primero la estaca, ese posea el campo! ¡ciento sesenta acres por la ley al que primero llegue! Y después de diez años de fatiga, los ferrocarriles, los especuladores, los que quieren “crecer con el país”, los que han hallado ingrata la tierra de Kansas o Kentucky, los que anhelan echar al fin el ancla en la vida, para no tener que vivir en el carro ambulante, de miseria un día y de limosna otro, se han venido juntando en los alrededores de esta comarca en que muchos habían vivido ya, y levantado a escondidas crías y siembras, donde ya tenía escogida la ambición el mejor sitio para las ciudades, donde no había más huellas de hombre que las cenizas de las cabañas de los pobladores intrusos, los rieles del ferrocarril, y la estación roja.

Se llenaron los pueblos solitarios de las cercanías; caballos y carretas comenzaron a subir de precio; caras bronceadas, de ojo turbio y dañino, aparecieron donde jamás se las vio antes; había juntas en la sombra, para jurarse ayuda, para jurar muerte al rival; por los cuatro confines fue bajando la gente, apretada, callada, con los caballos, con las carretas, con las tiendas, con el rifle al hombro y la mujer detrás, sobre el millón de acres libres que guardaba de los invasores la caballería. Sólo podían

entrar en la comarca los delegados del Juez de Paz nombrado por el Presidente, o aquellos a quienes la tropa diera permiso: gente del ferrocarril para trabajos de la línea, un periodista para ir echando la planta de su imprenta, un posadero para tener preparado el lugar, o los empleados del Registro, adonde la muchedumbre ansiosa ha de inscribir por turno riguroso su intención de ocupar una sección de los terrenos libres. Pero dicen por las cercanías que entran muchos delegados, que el ferrocarril está escondiendo gente en los matorrales, que la tropa ha dado permisos a posaderos que no tienen posada, que los ferrocarrileros se han entendido con la gente oficial, y no va a quedar en Guthrie, en la estación roja, una manzana sin amo cuando se abra la tierra a la hora de la ley.

Bajan de los caminos más remotos, pueblos de inmigrantes, en montones, en hileras, en cabalgatas, en nubes. De entre cuatro masas vivas, sin más valla que las ancas de la tropa montada, se levanta la tierra silenciosa, nueva, verde, con sus yerbales y sus cerros. Por entre las ancas miran ojos que arden. Así se ha poblado acá la soledad, y se ha levantado la maravilla de los Estados Unidos.

Y en los días cercanos al de la entrada libre, como cuando se muda una nación, eran campamento en marcha las leguas del contorno, sin miedo al sol ni a la noche, ni a la muerte, ni a la lluvia. De los bordes de la tierra famosa han ido echando sobre ella ferrocarriles, y se han erguido en sus fronteras poblaciones rivales, última estación de las caravanas que vienen de lejos; de las cuadrillas de jinetes que traen en los dientes la baraja, la pistola al disparar, y la bribona a la grupa; de las romerías de soldados licenciados, de campesinos, de viejos, de viudas.

Arkansas City ha arrancado los toldos de sus casas para hacer literas a los inmigrantes, tiene mellados los serruchos de tanto cortar bancos y mesas de primera hora, no encuentra leche que vender a las peregrinas que salen a buscarla del carro donde el marido cuida los enseres de la felicidad,—la tienda, la estufa, el arado, las estacas que han de decir que ellos llegaron primero, y nadie les toque su terruño; setenta y cinco vagones tiene Arkansas City entre cercas para llevar a Guthrie el gentío que bulle en las calles, pide limosna, echa el licor por los ojos, hace compras para revender, calcula la ganancia en los cambios de mano de la tierra. En otra población, en Oklahoma City, se vende ya a dos pesos el acre que aún no se tiene, contando con que va por delante el jinete que lo ha de ocupar, el jinete ágil y asesino. En Purcell la noche es día, no hay hombre sin mujer, andan sueltos mil vaqueros tejanos, se oyen

pistoletazos y carcajadas roncadas: ¡ah, si esos casadotes de las carretas se les ponen en el camino! ¡para el que tenga el mejor rifle ha de ser la mejor tierra! “¡Si me ponen un niño delante, Enriqueta, te lo traigo de beefsteak!” y duermen sobre sus náuseas.

Y van pasando, pasando para las fronteras, los pueblos en muda, los pueblos de carros. Se les cansa el caballo, y empujan la rueda. No puede el hombre solo, y la mujer se pone a la otra. Se le dobla la rodilla al animal, y el hijo hombrón, con el cinto lleno de cuchillos, lo acaricia y lo besa. Los días acaban, y no la romería. Ahora son mil veteranos sin mujeres, que van con carros buenos, “a buscar tierra”. Cien hombres ahora, con un negro a la cabeza, que va a pie, solo. Ahora un grupo de jinetes alquilones, de bota y camisa azul, con cuatro revólveres a la cintura y en el arzón el rifle de Winchester, escupiéndolo en la divinidad y pasándose el frasco. Por allí vienen cien más, y una mujer a caballo que los guía. Ahí pasa el carro de la pobre Dickinson, que trae dentro sus tres hijas, y dos rifles. Muchos carros llevan en el toldo este letrero: “Tierra o muerte”. Uno, del que por todas partes salen botas, como de hombres tendidos en el interior, lleva éste: “Hay muchos imbéciles como nosotros”.

Va cubierta de polvo, con azadas al hombro, una cuadrilla que obedece a un hombre alto y chupado, que está en todas partes a la vez, y anda a saltos y a voces, con el sombrero a la nuca, tres pelos en la barba y dos llamas en los ojos, sin color seguro la blusa, y los calzones hechos de una bandera americana, metidos en las botas. Otros vienen a escape, con dos muertos en el arzón, dos hermanos que se han matado a cuchilladas, en disputa sobre quién tenía mejor derecho al “título” que han escogido ya, “donde nadie lo sabe”. Allá baja la gran romería, la de los “colonos viejos” que se han estado metiendo por el país estos diez años, y traen por jefe al que les sacó en Washington la ley, con su voz de capitán, sus espaldas de mundo, y sus seis pies de alto: la tropa marcha delante, porque son mil, decididos a sacar de la garganta a quien se les oponga, la tierra que miran como suya, adonde han vuelto cuando los echó la caballería, adonde tienen ya clavadas las estacas. Se cierra de pronto el cielo, la lluvia cae a torrentes, el vendaval vuelca los carros y les arranca los toldos, los caballos espantados echan a los jinetes por tierra. Cuando el temporal se serena, pasa un hotel entero, de tiendas y sillas plegadizas; pasa la prensa para el periódico; pasa un carro, cargado de ataúdes.

¡Un día nada más, ya sólo un día falta! De Purcell y de Arkansas llegan noticias de la mala gente; de que un vaquero amaneció clavado con un cuchillo a la mesa de la taberna; de que se venden a precios locos los *ponies* de correr, para la hora de la entrada; de que son muchas las ligas de los especuladores con los pícaros, o de los pícaros entre sí, para defender juntos la tierra que les quiten a los que lleguen primero, que no tendrán más defensa que la que quepa en una canana; de que unos treinta intrusos vadearon el río, se entraron por el bosque, se rindieron, uno sin brazo, otro sin quijada, otros arrastrándose con el vientre roto, al escuadrón que fue a echarlos de su parapeto, donde salió con el pañuelo de paz un mozo al que no se le veía de la sangre, la cara. Pero los caballos pastan tranquilos por esta parte de la frontera, donde está lo mejor de la invasión y la gente anda en grupos de domingo, grupos de millas, grupos de leguas, por donde un anciano de barba como leche, llama con un cencerro a los oficios, desde la caja de jabón de que ha hecho púlpito; o donde los veteranos cuentan cómo ayer, al ver la tierra, se echaron a llorar y se abrazaron, y cantaron, y dispararon sus rifles; o en el corro que oye en cuclillas, con la barba en las palmas, lo que les dice la negra vieja, la tía Cloc, que ya tuvo gallinas y perro en Oklahoma, antes de que los soldados la echaran, y ahora vuelve a aquel “país del Señor, a ver si encuentra sus gallinas” o en el corro de mujeres, que han venido solas, como los hombres, a “tomar tierra” para sí, o a especular con las que comprenden a otros, como Polly Young, la viuda bonita, que lo hizo ya en Kansas, o a repartirse en compañía las que, ayudándose del caballo y del rifle, logren alcanzar, como las nueve juramentadas de Kentucky; o a vivir en su monte, como Nellie Bruce, que se quedó sola con sus pollos entre los árboles, cuando le echaron al padre los soldados, y le quemaron la casa que el padre le hizo para que enseñara escuela; o a ver quién le ha quitado “la bandera que dejó allí con un letrero que dice: Esto es de Nanitta Daisy, que sabe latín, y tiene dos medallas como tiradora de rifle: ¡cuidado!” Y cuando Nanitta saca las medallas, monta en pelo sin freno ni jáquima, se baja por la cabeza lo mismo que por la grupa, enseña su revólver de cabo de marfil, recuerda cuando le dio las bofetadas al juez que le quiso dar un beso, cuenta de cuando fue maestra, candidato al puesto de bibliotecario de Kansas, y periodista en Washington, óyense a la vez, por un recodo del camino, un chasquido de látigo y una voz fina y virgen: “¡Ehoe! ¡Hurra!” “¡Aquí venimos nosotras, con túnica de calicó y gorro de teja!” “¡Ehoe! ¡Hurra!” “¡Tommy Barny se llevó a la mujer de Judas Silo!” “¡Aquí

está Ella Blackburne, la bonita, sin más hombre que estos dos de gatillo y cañón, y sus tres hermanas!”

Y a las doce, al otro día, todo el mundo en pie, todo el mundo en silencio, cuarenta mil seres humanos en silencio. Los de a caballo, tendidos sobre el cuello. Los de carro, de pie en el pescante, cogidas las riendas. Los de animales infelices, atrás, para que no los atropellen. Se oye el latigazo con que el caballo espanta la mariposa que le molesta. Suena el clarín, se pliega la caballería, y por los cuatro confines a la vez se derrama, estribo a estribo, rueda a rueda, sin injuriarse, sin hablarse, con los ojos fijos en el cielo seco, aquel torrente de hombres. Por Tejas, los jinetes desbocados, disparando los rifles, de pie sobre los estribos, vitoreando con frenesí, azotando el caballo con los sombreros. De enfrente los *ponies*, los *ponies* de Purcell, pegados anca a anca, sin ceder uno el puesto, sin sacarse una cabeza. De Kansas, a escape, los carros poderosos, rebotados y tronando, mordiéndole la cola a los jinetes. Páranse, desuncen los caballos, dejan el carro con la mujer, ensillan, y de un salto le sacan a los jinetes la delantera. Riéganse por el valle.

Se pierden detrás de los cerros, reaparecen, se vuelven a perder, echan pie a tierra tres a un tiempo sobre el mismo acre, y se encaran, con muerte en los ojos. Otro enfrena de súbito su animal, se apea, y clava en el suelo su cuchillo. Los carros van parándose, y vaciando en la pradera, donde el padre pone las estacas, la carga escondida, la mujer y los hijos. No bajan, se descuelgan. Se revuelcan los hijos en el yerbal, los caballos relinchan y enroscan la cola, la madre da voces de un lado para otro, con los brazos en alto. No se quiere ir de un acre el que vino después; y el rival le descarga en la cara el fusil, sigue estacando, da con el pie al muerto que cae en la línea. No se ven los de a caballo, dispersos por el horizonte. Sigue entrando el torrente.

En Guthrie está la estación del ferrocarril, las tiendas de la tropa, la Oficina de Registro, con la bandera en el tope. Guthrie va a ser la ciudad principal. A Guthrie va todo Arkansas y todo Purcell. Los hombres, como adementados, se echaron sobre los vagones, se disputaron puestos a puñetazos y mordidas, tiraban las mochilas y maletas para llegar primero, hicieron en el techo el viaje. Sale entre vítores el primer tren: y el carro primero es el de los periódicos. Pocos hablan. Los ojos crecen. Pasa un venado, y los del tren lo acribillan a tiros. “¡En Oklahoma!” dice una voz, y salen a la plataforma a disparar, disparan por las ventanillas, descargan las pistolas a sus pies, vociferan, de pie en los asientos.

Llegan: se echan por las ventanas: ruedan unos sobre los otros: caen juntos hombres y mujeres: ¡a la oficina, a tomar turno! ¡al campo, a tomar posesión! Pero los primeros en llegar hallan con asombro la ciudad medida, trazada, ocupada, cien inscripciones en la oficina, hombres que desbrozan la tierra, con el rifle a la espalda y el puñal al cinto. Corre el grito de traición. ¡La tropa ha engañado! ¡La tropa ha permitido que se escondiesen sus amigos en los matorrales! ¡Estos son los delegados del juez, que no pueden tomar tierra, y la han tomado! “De debajo de la tierra empezó a salir la gente a las doce en punto”, dicen en la oficina. ¡A lo que queda! ¡Unos traen un letrero que dice: “Banco de Guthrie”, y lo clavan a dos millas de la estación, cuando venían a clavarlo enfrente. Otro se echa de bruces sobre un lote, para ocuparlo con mejor derecho que el que sólo está de pie sobre él. Uno vende en cinco pesos un lote de esquina. ¿Pero cómo, en veinticinco minutos, hay esquinas, hay avenidas, hay calles, hay plazas? Se susurra, se sabe: hubo traición. Los favorecidos, los del matorral, los que “salieron de debajo de la tierra”, los que entraron so capa de delegados del juez y empleados del ferrocarril, celebraron su junta a las diez, cuando no había por la ley tierra donde juntarse, y demarcaron la ciudad, trazaron las calles y solares, se reparieron las primicias de los lotes, cubrieron a las dos en punto el libro de Registros con sus inscripciones privilegiadas. Los abogados de levita y revólver, andan solicitando pleitos. “¿Para qué, para que se queden los abogados con la tierra?”

Los banqueros van ofreciendo anticipos a los ocupantes con hipoteca de su posesión. Vienen los de la pradera, en el caballo que se cae de rodillas, a declarar su título. En hilera, de dos en dos, se apiñan a la puerta los que se inscriben, antes de salir, para que conste su demanda y sea suya una de las secciones libres. Ese es un modo de obtener la tierra, y otro, el más seguro y expuesto, es ocuparla, dar prenda de ocupación, estacar, desbrozar, cercar, plantar el carro y la tienda. “¡Al banco de Oklahoma!” dice en una tienda grande. “¡Al primer hotel de Guthrie!” “¡Aquí se venden rifles!” “¡Agua, a real el vaso!” “¡Pan, a peso la libra!” Tiendas por todas partes, con banderolas, con letreros, con mesas de jugar, con banjos y violines a la puerta. “¡El *Herald de Oklahoma* con la cita para las elecciones del Ayuntamiento!” A las cuatro es la junta, y asisten diez mil hombres. A las cinco, el *Herald de Oklahoma* da un alcance, con la lista de los electos.

Pasean por la multitud los hombres-anuncios, con nombres de carpinteros, de ferreteros, de agrimensores a la espalda. En el piso no se ve

la tierra, de las tarjetas de anuncios. Cuando cierra la noche, la estación roja del ferrocarril es una ciudad viva. Cuarenta mil criaturas duermen en el desierto. Un rumor, como de oleaje, viene de la pradera.

Las sombras negras de los que pasan se dibujan, al resplandor de los fuegos, en las tiendas. En la oficina de registrar, no se apaga la luz. Resuena toda la noche el golpe del martillo.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Pública. Montevideo, 1889

20¹

EL CENTENARIO AMERICANO

La llegada al muelle.—Oratoria y banquete.—Al pie de la estatua de Washington.—Milicia y ciudadanos.—La lección del siglo

¹ La primera crónica, con el mismo título, enviada por Martí a *La Nación* de Buenos Aires, con fecha 11 de mayo de 1889, se encuentra en la sección NORTeamERICANOS de estas *Obras Completas*, por referirse directamente a Washington y a otros norteamericanos prominentes.

New York, Mayo 11 de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Piafaban ya, bajo la mano fuerte de un cochero de chaqué y sombrero alto, los cuatro caballos que habían de llevar al Presidente del muelle de Wall al club de los abogados, para la recepción solemne y el refrigerio suntuoso. Ayudados de brazos jóvenes hacen como que reman en la barca que lo trae del "Dispatch" los capitanes viejos, en su traje de lujo, que es pantalón claro, levita cruzada, y sombrero de pelo. Baja por una balsa forrada de paño carmesí el Presidente, que trae el rostro mortecino, y cruza saludando con mesura por entre los huéspedes que han de seguir a pie el carruaje, que va, con otros coches de los Secretarios y gente mayor, por toda la calle por donde Washington fue, hoy como entonces henchida de curiosos, y al pasar bajo el arco pobre de los comerciantes la comitiva no parece que aquél sea el arco natural de aquella procesión, sino el que hace por sobre las cabezas, desapareciendo rápido, el ferrocarril aéreo. Al fondo, entre los bancos, y las bolsas, levántase cerca de los sepulcros de los años gloriosos, la iglesia de la Trinidad, con su espira soberbia. Arrolla el gentío a la policía, y dispersa las filas de huéspedes. Están cantando ya en la casa de granito y mármol de la Equitativa, donde tienen los abogados su club rico, el himno con que saluda al gobernante del país el coro de la Trinidad. Déjese el refrigerio a los que en aquellos salones, estrechos para la multitud, se quitan el puesto a codazos, o vigilan con ojo hambriento las mesas. El Presidente, de pie en el estrado, saluda con la cabeza a los prohombres que pasan ante él, en hilera continua.

Come en mesa especial, con todo el mantel de rosas finas, y las luces eléctricas ocultas en seda rosada. Va, paso a paso por la mucha gente, a la casa principal, donde, como cuando Washington, las niñas favoritas de las escuelas públicas, vestidas de blanco, le leen un discurso, le

prenden un ramo en la solapa, le riegan el camino de rosas. Ya vuelve de recibir bajo el dosel de banderas del salón a la Ibernia y Germania de la ciudad que imperan en el municipio. Cuando arrancan los caballos pujantes, se echa la multitud de los barrios humildes sobre las rosas pisadas. Por la noche, al abrirse para el baile famoso la puerta del teatro, se oyeron los gritos de las mujeres heridas en la carne por sus propias joyas, apretadas, en la rabia de entrar primero, por caballeros de plastrón y casaca.

Ni dama conocida ni hombre de pro faltaba al baile comentado, causa de tantos celos y riñas entre las ricas vanidosas y los monarcas de salón, y poco menos que cerrado al público común, porque no podía estar en él quien no fuera abonado por dos de los cien caballeros ilustres de la comisión de las fiestas, que era requisito difícil de llenar para quien, aun sobrándole los diez pesos de entrada, no viva en la nata del mundo; así que cuando por entre una gruta de palmas y azaleas se llegaba a la sala, vestida de carmesí y oro, con escudos a trechos, y guirnaldas de flores de papel, y un cesto colgante de verde, y de ellas, donde suele estar, la araña, y anchos listones de lanilla tricolor del techo, con su corona de luces, al balcón de la galería, eran caras familiares las que encontraban los ojos: generales y gobernadores, el Senado y las bolsas, abogados millonarios y políticos eminentes, damas afligidas aunque no lo querían parecer, con el peso de tanta joya, y rubies como nueces por pendientes, ceñidos de tres brillantes como avellanas, más otros tres gruesos de broche en cada hombro, tres carreras de ellos en la gargantilla, a ambos lados del busto, mirando a los hombros, dos grandes hojas de los más finos, como cerrando una flor: que éste era el traje de una señora Neilson, y el de la de Astor un jardín de piedras, lo mismo que la mantilla de un caballo del shah. De eso se susurra, de que las descontentas han vuelto del mar a tiempo de ver desde los palcos la cuadrilla donde solicitaron en vano puesto; de que es raro de veras que no estén en la cuadrilla la esposa de Harrison ni de Cleveland: un poeta curioso recuerda en un rincón cómo cuchicheaban los abanicos en el baile de hace cien años, y cómo temblaron los ambiciosos corazones, cuando entró Washington de traje negro con las hebillas relucientes, y no se sabía si iba a sacar de pareja a la cancillera, que era señora muy principal en Nueva York, o a la del ministro de España, que había gastado tanto en las iluminaciones, o a alguna amiga del corazón, como sucedió al fin, aunque decía un abanico que no la sacó por esto, sino por ganarse la voluntad del esposo, que en política no miraba a Washington bien; y otro abanico viejo decía

que Washington era así, sin buscar su provecho en las cosas públicas, pero sin desdeñar las oportunidades lícitas, ni dejar que volase sin su razón una sola hoja.

Entra la artillería de bota y cascos, para abrir camino en el gentío al Presidente y a las parejas que han de bailar, ante los palcos improvisados en el escenario en una como tienda de campaña, la cuadrilla de honor. Sólo el escenario está libre, pero el patio repleto, los palcos centelleantes, henchido el balcón. Ya entran, entre aplausos. Ya saludan al Presidente las parejas magníficas. Se escapa el bastonero, dando saltitos. La esposa del Vicepresidente, dama de mucho Estado, de seda blanca, y lila, con ramos de fresas, y un abanico del tiempo de la jura, baila con el teniente gobernador del Estado, de barba blanca. La esposa del teniente, de seda rosa y un collar del otro siglo, de ámbar y oro, es la pareja del Vicepresidente Morton, con la casaca que se le quiere ir al cuello.

Con la de Astor hace arcos un teniente galán, ayudante de la Presidencia. Una Washington, de muaré carmelita y joyas de herencia, lleva de compañero a un almirante danzarín, y no delgado. Una Webb, descendiente de un edecán de Washington, que lleva al cuello un medallón, danza el paso con un general ágil. Una Livingston, nieta del que le recibió a Washington el juramento, no se olvida de lucir, en sus figuras con un caballero del buen tono, su traje rosado del tiempo de Barras y el collar de perlas viejas. Una Weir, azul, lleva en el robustísimo hombro un broche de brillantes de Washington, y su coronel baila bien con el uniforme de mucho oro. Una Lee Schuyler lleva brocado de un siglo, con flores de relieve y encajes de cuando sus abuelos holandeses eran patronos de la ciudad. La Morris, que viene del hacendista famoso, guarda cuanto puede de su compañero el marino, su vestido adornado con encajes de flores de Venecia, una maravilla de hace trescientos años. La Remeslaer, anciana en terciopelo morado, saca bien la figura con un descendiente de los primeros colonos.

Un senador es el caballero de otra Remeslaer, de amarillo, con oro en el pelo y cordón de oro a la cintura. Una señorita King, de casa famosa, acompaña bien a otro general, que no sabe de cotillones. Una Cooper, de traje malva, es la dama de un capitán de nombre holandés. Una Peyster, de mucha seda blanca, tiene diestro en un pintor elegante, que es persona en los salones. La Gerry, brillante vivo sobre brocado de plata, baila con un uniforme oro y azul. Dos figuras nada más danzan, para que no se confirme eso que dicen de que la gente noble quiere todo

el baile para sí; y apenas acaban, despuéblanse los palcos y el balcón, se echa sobre los palcos presidenciales, a codo vivo, la concurrencia entera. Y ojean al Presidente que le oye cuentos a Depew; a la esposa de Morton, con su aire de casa real; a la de Harrison, de rostro astuto y señor, pero con mucha seda encima. Ya se van a la cena, seguidos por palmadas cortesés. ¿Y para quién, para quién es este aplauso cerrado, continuo, ardiente, estruendoso? ¿Al paso de quién echan de los palcos las grandes damas, los ramos de flores que se quitan del pecho? Al paso de una mujer joven vestida de blanco, de la esposa de Cleveland. Al entrar en el comedor se recogieron las damas el traje, para pasar por los charcos de champaña, y había que echar a un lado a los jóvenes ebrios. Daba desde la entrada el hedor del vino bebido. Junto a las damas, sentadas entre un coro de galanes animosos, había a las puertas cascos rotos y platos a medio comer. El champaña era libre, y había, si se iba con la señora de veras, que sacarla pronto de aquel comedor, el comedor de las mil botellas y de la mesa de greca.

¡Oh! ¡qué pena, esa niña ebria llena de brillantes! Cruza el salón uno de los trescientos criados, en brazos de dos compañeros. Se sale del palco, conversando con un caballero inquieto, una señora de rostro encendido. Otra de brocado de realce, se duerme al pie de la Presidencia vacía.

A golpes de porra y a juramentos echa la policía del comedor al presidente mismo del baile. En la escalera, un histrión deforme cuenta historias de risa, rodeado de damas de prosapia, medio acostadas en los peldaños. En el vestuario de hombres, unos se caen de bruces, otros van apoyados sobre el que llevan delante; uno pregunta: ¿quién va bien? y le responden que Harrison, otro grita Cleveland y le ahogan el nombre con gruñidos. Va como la muerte un militar de pluma blanca. De la iglesia de San Pablo, donde aquel "magnífico anglosajón" se arrodilló a pedir a Dios fuerza y acierto, salieron a la mañana siguiente los concurrentes atónitos, no de que por raro agradecimiento y alarde de aristocracia estuvieran mezcladas en los adornos, como entre la gente hidalga de hace un siglo, las estrellas de América y la flor de lis, sino de que con la vieja palabra de la Iglesia, y en un inglés flexible como un látigo, hubiera censurado el obispo Potter "la política mercantil de estos días", la política culpable de venta y compra, tan distinta de aquella del que nunca dio empleos por parentesco ni mala obligación, y acusase de la fealdad moral de la república y del culto al dinero que le va comiendo las raíces, al exceso de inmigración, "que nos va a poner como Pan, el

hijo de todos, que era el más feo de los dioses". Y fue la comitiva al estrado del tesoro, lleno de huéspedes de honor especial, donde a los pies de la estatua, esperando a los oradores del día, estaban una silla y mesa de antaño, y aquella Biblia misma de los masones, en que juró Washington "servir fielmente el empleo de Presidente de los Estados Unidos": y como antaño, bullía el gentío al pie, miraban caras bellas desde las ventanas, flotaban en los techos sobre el cielo azul las banderas nuevas, pasaban a lo lejos las cureñas, los carruajes, los jinetes, la caballería de penacho colorado. El protestante anciano, de casquete y toga de seda negra, pidió al Dios misericordioso, en la retórica del altar, que nazca flor dondequiera que nace hoy ortiga.

El Secretario elegante, con el ojo animado del que trae algo en sí, leyó los versos del cuáquero octogenario, del fácil Whittier, que manda poner de pie a los hombres todos para celebrar el siglo feliz "desde las palmas ardientes hasta la fría Alaska". Chauncey Depew, leyó, puntuando con el dedo los párrafos mayores, no una oración miliaria que clavase en la mente, como términos de luz, las verdades que el genio descubre en el análisis de lo actual para guiarse en lo futuro, sino un discurso retroactivo, donde se recalientan los manjares servidos en los libros de historia, en MacMaster y von Holst, en Lossing y en Bancroft, y se entretiene la vanidad con enumeraciones y estadísticas, que suenan hondo como los tambores, y suelen andar huecos como ellos. Y habló luego, atacándole con modestia seductora el mérito al orador, un hombre pequeño, de nariz machucada entre las cejas, que arrancó aplausos cordiales a los menos dispuestos a reconocer el mérito de la oración breve y ferviente en que, como si fuesen a clavarse en la puerta del Secretario que no lo quiso acompañar, describió Harrison con palabras que vibraban y lucían, que parecían promesa encubierta al espíritu de Washington, la suerte envidiable del gobernante que no quiere en política más guía que el deber, la suerte odiosa del que por adelantar su ambición sirve y adula con riesgo nacional a los que celebran con él en la sombra el contrato de ayudársela. Y un masón, de sombrero de pelo y mandil, vertió agua en el vaso de cristal viejo, a tiempo de que con blanda sonrisa se adelantó en su túnica de púrpura el arzobispo católico, y bendijo la ceremonia con su mano enjoyada.

Al fondo atisban, esperando a verlos montar para el paseo triunfal por Broadway, que es todo una cabeza, los fotógrafos, con la máquina en un maletín, los noticieros, lápiz en mano. Se pelean a la puerta por el derecho de mandar dos coroneles de la comitiva. Sale Harrison con un

lirio del valle en la solapa; Sherman, pensando en sí; Cleveland, con la felpa del sombrero al revés; Hayes, como un muerto en un vivo; el mulato Douglass, con su melena leonina y sus guantes viejos: generales, senadores, tres obispos protestantes que se disputan con palabras como puñales, el asiento principal del coche. Allí comienza, seguida de cincuenta mil soldados, la parada que marcha sin cesar por entre dos ríos continuos de criaturas humanas, en filas, en masas, en ondas de acero, con las rodillas de los de atrás en las corvas de los de delante, con las bayonetas juntas como un vapor sobre los cascos, los kepis, los gorros, los sombreros, los tricornios, los morriones. Azules los diez mil milicianos de Pensilvania; los zuavos amarillos, rojos y azules; blanca y azul, la milicia de Boston; Virginia de cascos blancos; de cascos negros Vermont, con gajos de pino; Texas, blanca. La caballería, las ambulancias, las cureñas. Apenas se detienen, les tiran de los estrados manzanas y naranjas, que reciben los infantes en la bayoneta, y en los sables los jinetes. ¡Con qué cariño se despide el gentío de la milicia, que ha tenido enfrente unos momentos, sentada en los tambores, tomando la fruta de sus manos! Vienen de batalla los de Pensilvania y los de Ohio, y la gente que se levanta como los cerros de las aceras a las ventanas, sobre ladrillos, sobre cajas, sobre barriles, sobre carretones, que llena milla sobre milla los estrados puestos en pocas horas delante de las casas, celebra loca a los que marchan bien, con matracas, pañuelos y silbidos: un tambor mayor de trece años, pasa entre aplausos vigorosos, tirando al aire, volteando, echándose por el cuello, despidiendo tan alto que no se la ve, la gran cachiporra; rompen las palmadas, cuando asoma el cañón viejo, tirado por cuerdas, en una cureña como de jugar o la infantería de Hampshire, de guante blanco y casco de púa de oro: ¡pero sólo los gobernadores de los Estados vencidos, sólo los caballerescos jinetes del Sur obtienen del pueblo magnánimo, tanto aplauso como las banderas rotas! Los del Norte van de sombrero puesto, o a medio quitar, delante de sus tropas: los del Sur van descubiertos, un anciano tirando besos a las mujeres que le aclaman la vejez patriótica, otro bailando en el caballo, como si se le quisiera salir del pecho preso el corazón, otro, firme en la parada como en la guerra, el sobrino de Lee, con el decoro de quien lleva en sí un pueblo, con la mano cargada de rosas: “¡Oh, como monta ese hombre!” dicen las mujeres, y echan los pañuelos a volar, como bandadas de palomas. Y cada hombre, mujer, niño, saben quién es el gobernador, qué pecados lleva, qué batallas ganó, qué méritos luce. Pasa al pie de Virginia, donde cada hombre ha venido a su costa, el séptimo

regimiento de los jóvenes ricos, que fueron a pelear contra Virginia, cada uno a su costa. Viendo a estos soldados, dan deseos de que se nos claven en el corazón todas sus armas, para que no se claven en la libertad: viendo a estos hombres de valor, soldados sólo para defenderse de la invasión y de la tiranía, se ama por primera vez el uniforme odioso. Dos millones de seres humanos se volvieron en paz a sus casas.

Todo el que vale fue a gustar en las mesas, de a quince pesos el cubierto, o a ver desde los palcos ocupados por la flor del país, el banquete admirable del Teatro de la Opera, no porque fuera verde la tortuga de la sopa, ni nadara en su grasa la becacina fragante, ni mereciese el diente del hombre la ensalada rusa, ni fuera miel el vino, vida el café y el humo aroma; ni por el caso extraño de ver,—como desvalidos por los corredores, buscando entradas y guardando sombreros—a este Depew que siempre tiene un cuento con que reír, al gran alemán Schurz, que funda cuando habla, al senador Ingalls, con la oratoria bailándole en los espejuelos, al juez Daly, que da fiestas de príncipe y dibuja de corrido todos los pictógrafos de América, a la idea, la acción y la bolsa de la república, que viene a oír, sin feo champaña ni fiesta de meninos, lo que, con acentos durables y aquella belleza que viene al discurso de decir sin molduras, arabescos ni frondas el pensamiento varón, dirán de la vida nacional, y de sus fuentes de mal o de bien, los que tienen puestas en las raíces las manos. Trece debieron ser los brindis, por ser trece los Estados fundadores. Da la palabra el corregidor. El gobernador Hill no muestra miedo de que vuelvan la máxima contra él cuando declara a Washington con las frases del austero Thoreau, “héroe puritano, que no fue en verdad el favorito de la muchedumbre, como no lo será jamás ningún hombre íntegro”: con citas, versos y apóstrofes llena su brindis este personaje de habilidad, sastre de votos, no artista de pueblo. La mesa entera, como si asistiese a una revelación, oye, pasmada, la autoidad y belleza del brindis de Cleveland, “por el pueblo de los Estados Unidos”, que estima él por aquellos hijos suyos que lo tienen en poco, y lleva adentro la zarpa que echa a un lado a los que quieren sentarse sobre la libertad y la razón; pero ésta es la fuerza del discurso, que le oyeron de pie los oradores consumados: “Si absortos en el adelanto material, o distraídos por el torbellino de los negocios, se ha debilitado ya en nuestros conciudadanos aquel amor a la patria, y aquella fe sencilla en la ilustración y la virtud, que fueron la confianza y el anhelo de nuestros padres, todo lo que hemos edificado, ferrocarriles, bancos, co-

munidades, industrias portentosas, todo descansa sobre cimientos flojos y enfermos." De un palco vecino pareció mandarle un beso con el abanico una mujer joven, vestida de blanco. Aquel hombre sincero que señala el vicio nacional sin arrogancia ni cólera, halló oratoria más feliz que el pulido obispo, el abogado ambicioso, el poeta damasquino Russell Lowell, que acabó así su brindis por la "literatura": "Admiro nuestra energía, nuestra empresa, nuestra invención fértil y nuestra abundancia de recursos; pero persisto en creer que las naciones viven principalmente por virtudes menos remunerativas. Horda es y no nación, mera horda que le da cifras al censo, aquel pueblo que no halle su principal prosperidad y su contento mejor en las cosas del espíritu." Ni el discurso del rebelde Lee, cabeza hoy de los Estados que querían la separación cuando declaró entre los vítores de los hombres y las palmadas de las mujeres, que "el poder federal es el sol y las estrellas los cuarenta y dos Estados"; ni los períodos substanciosos del justicia Fuller, que ve en la Constitución norteamericana la prueba feliz de la capacidad del hombre para acatar las trabas que decide imponerse; ni la ardiente defensa del civismo del ejército, que remató Sherman, voceando como quien manda en batalla, con el canto que pide "tres hurras para el pabellón blanco, rojo y azul", ni el párrafo robusto de Elliot, rector del colegio secular de Harvard, donde intima que se respete a los trescientos sesenta mil maestros humildes de los Estados Unidos, porque son ellos, más que armas ni fábricas, los que están construyendo un monumento perenne a Washington, —quedó tan fijo en las mentes, ni movió a la aprobación tantas manos como cuando, en la vena de Potter, de Lowell, y de Cleveland, espantado sin duda de lo que afea y exige ya en la nación el interés predominante, prorrumpió Harrison en estas palabras que pudieran escribir en el fondo de su plato de comer los que tienen por política y gobierno el arte de enriquecerse sin honor y ahogar en los pueblos las poesías del alma: "¿Pues no hemos aprendido aún que nuestra patria no está en las acciones, ni los bonos, ni las casas suntuosas, ni las tierras, ni los productos del campo y el molino? Nuestra patria es un sentimiento que mora en los corazones; en la bandera, y lo que la bandera quiere decir, es la leyenda gloriosa que se cuenta junto a la chimenea del hogar; es la suma de pensamientos esforzados inspirada en los mártires, los padres y los héroes; es el sepulcro sacrosanto donde el país agradecido guarda el polvo de los que viven ya sin cuerpo. ¡En eso está lo que amamos y lo que llamamos nuestro país más que en toda otra riqueza que muda de manos y se toca!"

Y cuando ya fatigada la ciudad de los prolongados festejos, vio al día siguiente, apiñada desde el alba en las calles, la procesión cívica con sus escuadrones sin orden, su caballería de carniceros, de sombrero de seda y delantal, sus columnas de revocadores, que iban poniéndole techo a un templete, sus alemanes con siete carros en honor del vino y la cerveza, y del carnaval, y de Wagner; sus italianos de uniformes vistosos, sus franceses de cascos y banderines, sus irlandeses con el trébol en el sombrero, sus escoceses de gorra y pierna al aire, sus bomberos con las bombas viejas llenas de flores y campanas, sus alegorías pobres con Washington y Franklin de alquiler, que iban en el cuadro de la Declaración o en el de la Renuncia del Mando con la peluca sobre la mesa o cogiendo como pelotas las manzanas, no era la exhibición desconcertada lo que le llegó al corazón a la multitud, ni los batallones de obreros que mandaron como anuncio las fábricas ricas, ni el plantío de cacao que envió con sus negros y su cacaotal, un chocolatero, ni el Washington de cera que iba en una carroza como las de hace un siglo; sino el paso firme, apretado, unánime de los alumnos de las escuelas públicas. "¡Presenten armas!", les dijo un maestro. Y presentaron las banderas. Al volver meditando, después de las fiestas, al trabajo interrumpido, alzó los ojos un hombre que venera por su ímpetu, su desinterés y su sinceridad al héroe feliz a quien fue innecesaria la ambición, propicia la época y natural la virtud, y vio que a los pies de la estatua, descalzo y fuerte, leía un diario un niño.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de junio de 1889

21

JOHNSTOWN

El valle, el torrente.—Espectáculos de la calamidad.—La reconstrucción

Nueva York, 9 de junio de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Escondida entre las colinas fértiles, al pie del lago que recoge las aguas de la montaña, vivía feliz la ciudad de Johnstown, con sus casas limpias en lo llano del valle, y la riqueza de sus ferrerías famosas. Trepaban por los cerros, como huyendo del martilleo, las casas más ricas. En la falda de la colina, donde se las viera mejor, competían en altura las torres de las iglesias, la católica con la episcopal, la presbiteriana con la anabaptista. No era la iglesia el edificio mejor, sino la biblioteca de los artesanos, con sus salones cómodos y apetecibles, la escalera ancha, y los muros de piedra. Como cinco mil trabajadores moraban en la ciudad con sus familias de gente feliz, familias de diez hijos. Por cada hijo que les nacía sembraban un árbol. El domingo era el día de las controversias, de los comentarios, de los paseos por el valle de Comemaugh, sembrado de aldeas. En los días de trabajo, de sol a sol, bufaban los fuelles, voceaban las chimeneas, hervían los hornos, salían cargados de hierro y acero los ferrocarriles, como que en toda Pensilvania no había ciudad que echase más carga a los caminos que Johnstown, ni hierro más famoso que el de la ferrería de Cambria, dueño del valle entero.

Mientras los hombres horneaban el metal, las mujeres atendían a sus hogares primorosos, o cosían en los portales, a eso de las dos de la tarde, esperando a que los hijos volvieran de la escuela, muertos del hambre que da la salud, pidiendo las cerezas de la tarde, o el pan con mermelada. Llovió la semana entera, se hincharon los ríos y salieron de madre; en Johnstown y en todo el valle estaba la inundación por encima de las aceras; con la fuerza de los torrentes del monte, cedió el dique de tierra que sujetaba las aguas del lago; lamió, en dos horas de furia, la catástrofe el valle; y hoy no quedan de los ocho pueblos de Comemaugh más

que cinco mil muertos enterrados en el lodo, a la luz de las piras, de ruinas humeantes. Se baja la cabeza, como si pasase la cólera invisible. ¿Qué son los afanes del hombre ante las fuerzas animadas del mundo? Se va arrodillado aunque parezca que se va de pie. Las hormigas parecen gigantes. Un orgulloso es un imbécil. ¡Barrido, barrido, en dos horas de inundación, el pueblo de treinta mil hombres que fabricaba el hierro y el acero!

Ha subido, como una marea, el espíritu público, y los hombres se han mirado con amor, y se han dado las manos.

Se han puesto mesas de caridad en las casas municipales y las manos que recogían los donativos se quedaban atrás de las manos que los daban. Una modestia súbita hace a los hombres visiblemente mejores. Los fanfarrones ilustres, los moradores de los palacios, los reyes del comercio ven que, con que crezca la mar y se les junten los ríos por sobre la cabeza, morirán vomitando el agua, espantosos y lívidos, contra sus paredes doradas. En los pobres es la piedad, y en los ricos el acatamiento. En dos días quinientos mil pesos. Dos millones en ocho días. La trompa de un tren de socorros pica el talón del tren que va adelante. El socorro va en trenes repletos de víveres, de utensilios, de ropa, de ataúdes.

Ocho mil hombres están hurgando la tierra, y sacan a punta de pico los muertos fétidos, chorreando lodo. Las casas rojas del club de magnates que mantenían el lago para su placer de pescar, y le cerraron las compuertas para que no se escapasen los peces, miran de entre la fronda espesa, turbados como criminales, el dique roto y el lago vacío. Saltó el torrente, levantó el valle de raíz y lo estrelló contra un puente encendido. Casas, iglesias, locomotoras, masas de criaturas, danzando en el agua furiosa, se deshacían contra el puente en llamas, despedazadas y revueltas. Los que vieron y oyeron dicen que aún llevan en los huesos los gritos.

Las ruinas del puente cubren sesenta acres. Envueltos en frazadas, y con los ojos inmóviles, buscan los padres, encorvados en un día, el cuerpo de sus esposas. Los bueyes de arar llevan a carretadas los cadáveres.

El aire hiede. Las sepulturas se alzan como cerros. En los tablones dice con letras negras: "Muertos desconocidos". De un árbol que quedó en pie cuelga un ladrón.

Con la bayoneta al pecho cierran el paso a los curiosos, los militares. Johnstown es un ataúd.

Se lo tragó el torrente, que vino del lago como un murallón que se movía, un murallón ciclópeo de doscientos pies por la cabeza, de setenta de alto. Rompió el dique flojo y desatendido; se llevó, como una hoz, los bosques que tenía al pie; peló la tierra hasta la roca viva; arrancó ocho pueblos y los deshizo contra el puente; tropezó con un río, y lo echó de lado; aventó en la ferrería, como granos de arena, los cubos de hierro de a quince toneladas; inundó la casa de máquinas, y la clavó en tierra; volcó, despedazó treinta locomotoras, halló un tren en su camino, desató los vagones como quien rompe una cinta, y echó a la locomotora valle abajo. Se erguía como monte, se bajaba como para segar mejor, se levantaba con las casas en la cumbre, se venía encima, negro y rugiente, con el pueblo, con los árboles, con los moribundos, bailando en el tope de las olas. De un empuje se llevó de cuajo a Johnstown; las casas de ladrillo bamboleaban y se hundían; arrolló las iglesias, que venían dando tumbos, una con un funeral, otra con unas bodas; las casas de madera, chocando con estruendo, saltaban hechas trizas; volaban por el aire puertas, vigas, torres, pórticos; como conchas nadaban los edificios, y como cáscaras se rompían; aplastaban las olas contra los árboles los cuerpos humanos; como de golondrinas que cruzan volando se oían los gritos en el rugir del torrente; los agonizantes, asiéndose del aire, pasaban como los relámpagos. Se ponía el muro de filo, y avanzaba, delgado como una hoja. O se encrespaba por detrás, como si quisiera echarse encima de las olas del frente. Giraba en remolinos, con el círculo de casas y criaturas a medio morir. Se abría por los lados y metía los puñados de muertos, los troncos de árboles, los pianos, las estufas, por los recodos del camino. ¡Y al puente todo, muertos y moribundos, máquinas, muebles, árboles, animales, casas!

Pocos, muy pocos habían huido a los cerros. Las mujeres estaban en sus casas, que son su vida. Los hombres lejos, ganando con su sudor el pan que no podía quedar a medio cocer. En vano voló al pueblo más cercano un ingeniero a avisar que el dique empezaba a ceder. En vano un jinete heroico recorría el valle con el torrente a las ancas, voceando a las gentes que se refugiaban en las colinas. En vano, con el agua a la puerta, estuvieron enviando telegramas de anuncio, hasta la hora de morir, las dos telegrafistas, la madre Ogle y su hija: "¡Todavía, hija, todavía hay tiempo para otro telegrama!" hasta que el torrente les paró las manos.

Y de pronto, las aguas echaron a la gente a los techos. Unos, locos, bajaban a los sótanos: otros, sin tiempo para más, quedaban presos en

los cuartos: oscilan las casas, como un bote al arrancar: a lo hondo van unos con ellas: otros flotan en el techo, asidos del borde, a horcajadas, pegados de las manos, y del vientre, cogidos de mano en mano, la madre de rodillas, rodeada de sus hijos. ¡Al fondo, una casa que choca con otra que le queda encima! ¡arriba, pidiendo la muerte, dos esposos que se abrazan! Corre, corre veloz el agua con su carga, deslizándose, saltando, encabritándose. ¡Una, de una ventana, quiere asirse de un árbol! “¡Jesús, amante de mi alma!” va cantando, medio desnuda, una mujer en un tablón: atada a una mesa, con las lágrimas que se le ven de una torre vecina, va una niña de rizos rubios, juntas las dos manos. Una madre, al hundirse, porque la balsa no es bastante fuerte para las dos, besa a su hija la mano. “¿Y cuidará ahora Dios de mí?” pregunta a su madre el quinto hijo que pone en la balsa, en que no cabe ella; ¡no! ¡Dios no cuidó! Una hija se prende del alero de una casa de la colina que el torrente deja medio en pie, sin desatar a su madre. Un hermano deja ir la cuerda que le echan, porque su hermana va agua adelante a morir, como él, contra un árbol terrible.

A un padre que llega con su hija al balcón de la torre, se le muere en los brazos al llegar: “¡Adiós mi padre!”

Pero, para los de la cresta del torrente no hay salvación: corren los techos, las balsas, las tablas, los troncos: se enredan y deshacen: vuélcense, con la familia entera: pasan los mutilados, en hilos de sangre: los muertos van en grupos, cinco en un montón: va ahogándose una madre, levantando a su hijo por sobre la cabeza. Las casas sólo de las colinas quedan fuera de los bordes arrolladores del torrente invasor. Al dorso lleva el lago encabritado el pueblo que cruje y bambolea: calles enteras, barrios enteros: recházalo un cerro, que le quiebra la furia; echa vencido la carga de ruinas sobre el puente, donde arden con fuego de causa invisible, los despojos primeros: el agua ahoga a las víctimas y el fuego las quema: por el puente les llegan en vano socorros heroicos: una mujer quiere que le corten las dos piernas que le pisa la locomotora: un hombre pide un cuchillo para cortarse el brazo preso: otra avalancha de ruinas les sofoca los gritos: arden debajo con llama negruzca los cuerpos y los maderos: pelean rabiosos sobre la hoguera seis perros de presa: el torrente se escapa mugiendo por entre los arcos. Y en la noche espantosa, cuando el agua corría más serena, los que tiritaban desnudos en los cerros, los que desde las torres y casas del lomerío brindaban los brazos valientes a los techos y balsas, oían de la sombra gritos que para siempre

los han dejado pálidos, veían en la tiniebla rostros como fosfóricos, contemplaban, mudos de rabia, el puente que crecía y el monte encendido.

Cuando el sol volvió a salir, lo que fue ciudad era llano de lodo. El puente humeaba. A cercén había rasado la inundación la parte central de Johnstown, y los pueblos del valle. De cuatro calles, dos casas quedaron en pie. El agua se había filtrado por la tierra. De los cerros y de las casas salvadas venían en hilos los vivos, a buscar sus cadáveres. Ni del telégrafo roto ni del ferrocarril podían recibir ayuda: no había un poste en pie: el agua había levantado, retorcido, abierto, metido en la tierra, enderezado en el aire los rieles del ferrocarril. Se miraban aterrados. Les corría el llanto por las barbas. No se conocían unos a otros. Uno se echó a reír, y ríe todavía. Otro, el abogado mejor, al verse sin hijos y sin mujer, se clavó en la sien un balazo.

Una mujer viene ojeando de cara en cara: “¡Oh, lo que yo lo quería! ¡oh, mi buen marido! ¡cura que me engañaste, dónde está Dios ahora! ¿Conque tu iglesia está asegurada? ¿Si crees tanto en Dios, por qué aseguras tu iglesia? ¡Yo te pago lo que quieras, cura, por una póliza del cielo para el alma de mi marido!”—y de rodillas, tomaba el lodo en las manos abiertas y lo veía caer, como si hubiera sido un puñado de joyas.

De pie en el lodo eligieron los habitantes su jefe, y mientras de todo el país se les iban acercando para remediar el horror, ellos, con el pico y la pala, empezaron a desenterrar sus muertos: uno, cinco; otro, diez; otro, catorce; un Guffney perdió catorce parientes, y cavó con sus brazos la fosa para su mujer y sus cinco hijos. Los arroyos llevaban agua abajo los cuerpos hinchados. En el lodo no se hundía un pie sin encontrar un cadáver. De una iglesia salen cincuenta; cincuenta de un hotel. ¡Ay! a una madre la descubren con sus tres niños en brazos, como asidos en el instante de jugar: la niña con la muñeca muy apretada al pecho, un niño con tres bolas en la mano.

Los dos que sé estaban casando, casados aparecen, uno en brazos del otro. Con cinco hijos encuentran a una mujer, con seis a otra. ¿Quién puede conocer a tanta criatura sacada del lodo, con los rizos apelmazados con el cieno, los ojos y la nariz llenos de arena? Un padre y una madre halan del fango un pedazo de la cuna.

Un anciano ruega a los bomberos que castiguen las ruinas de la que fué su casa, hasta que se vean sus hijos. “¡Eso es un pan quemado!”

dice un bombero: "¡Ese es mi hijo!" Un niño se acerca a un cuerpo magullado, de mujer, manco y deforme, tan feo y sin figura que nadie lo pudiera conocer: ¡el niño se le echa al cadáver en los brazos! Cada hombre viene con un ataúd de pino. Unos vienen y otros van, todos con ataúdes. Ya los muertos están en montones y se los llevan a bañar y a enseñar: bajo la llave de agua los ponen a desenlodarse: por el brazo los llenan de bálsamo: los tienden en el mostrador de la estación, en las tarimas y los bancos, en los escritorios de la escuela. Y los hombres desfilan, erizados los vellos, temblándoles las manos: "¡Esa es Emma!" "¡Esa es mi mujer!" Uno da una vuelta en redondo, y cae como sin huesos al pie del ataúd. Una mujer levanta el papel que cubre un rostro ayer muy bello, y hoy con manchas negras, y las trenzas pegadas con el fango y las raíces: "¡Oh, mi hermana!" Un joven, con la cara como el marfil, besa en los labios deshechos a su novia, y le pone en el dedo su sortija. Una madre ruega que la esperen unos minutos, y vuelve con un ataúd de seda blanca. Niños y mujeres son los más de los muertos. Pocos lloran al ver sus parientes, sus esposas, sus hermanos: "¿Cómo he de llorar, si éste es el quinto?"

Afuera, ya no hay quien cave ni quien cargue; ¡los que están debajo del lodo son más que los que los buscan! Los cavadores a cada instante tienen que parar la tarea, y quitarse el sombrero, porque pasa, en hombros de seis, un muerto recién hallado.

Ya han hecho surco en el fango los pasos continuos. Ya bostezan de cansados, sajando e inyectando, los embalsamadores. Ni ellos pueden ya sufrir el hedor.

Al otro día, en la bruma gris de la mañana, iban camino del cementerio cien carretas de muertos, tiradas por bueyes. Nadie habla alto.

Pero ya llegan de afuera, echando rieles nuevos, los trenes de socorro, con la prensa y sus fotógrafos, con viveres y vestidos, con trabajadores que vienen a buscar jornal en la catástrofe, con destacamentos de la milicia del Estado. Traen tiendas para dormir, estufas para cocinar; picos y dinamita para sacar del puente los escombros fétidos. Vienen en el ferrocarril los primeros curiosos, y los ladrones.

Con todo carga el curioso: con un hueso chamuscado, con la Biblia de una pobre misionera que iba en el tren con rumbo al Brasil, con un gato sin ojos que sale vivo de un montón, y le lame la mano al que lo salva. ¡Abajo, abajo! grita la gente ofendida cuando ve a un turista

de calzón corto, con una flor en el ojal, componiendo el foco de su máquina de zancos amarillos, para llevarse en el cristal indiferente los árboles de sus patios, y las ruinas que les cobijan a sus muertos. Y el turista tiene que irse de prisa, con señales de botas en las posaderas, y los zancos hincándole en el hombro. O le dan un pico y una pala y lo ponen a sacar muertos. Los ladrones se meten por donde no los ven: con las manos cavan, despojan al cadáver, hincados en el lodo, acurrucados, tirados por tierra: si el anillo les resiste, le cortan el dedo: se llevan el reloj con el retazo del chaleco: con los dientes saca uno que no tiene cuchillo una sortija de brillantes: un negro le llena el delantal a su amiga de relojes: un húngaro, metido en el bosque, con las botas al muslo y la barba a las rodillas, cuida encucillado y sin luz, en lo alto de la noche, un tendido de ropas húmedas, de chaqués, de chalecos, de camisas, de medias. A pistoletazos lo echan al río; muere ahogado.

Los trabajadores derriban o queman los escombros, tan altos que por uno de ellos se entran a un segundo piso: tajan a hachazos los árboles caídos: ponen sobre sus ruedas las locomotoras volcadas: masas informes son las que sacan ya, más que cadáveres: asoma un pie en el lodo, calzado con un zapato fino: remueven con cuidado el ramaje, y descubren, con las manos en cruz y el sombrero de paja en la cabeza, a la hija del pueblo, la gracia del valle, a Catalina la obrera, que iba por las casas comiéndose los dulces y alegrando los corazones; no la quieren poner, no, en la litera, sino en un ataúd nuevo, y se la llevan en hombros. Vuelven y sacan de las ruinas un espejo de marco dorado, sin una lastimadura. Llega la noche para el Comemaugh antes que para el resto del mundo, porque la anticipan los vahos espesos de la tierra y el corazón horrorizado de los moradores. Chispean por los cerros las luces de las casas salvadas. En lo hondo del valle la negrura silente mueve al más bravo a pavor. Pujan a lo lejos, al pie de las ruinas macizas del puente, las máquinas inútiles. De hora en hora estalla, horadando la masa de escombros, una carga de dinamita, que echa por el aire vigas, chimeneas, camas, ventanas, caballos sin cabeza, agigantados sobre el cielo nuboso por la luz eléctrica. Cruza de cuando en cuando por lo hondo del valle una luz verde.

Ocho mil hombres trabajaban en las ruinas a la mañana siguiente, y alegraban los cerros con sus banderas de compasión muchas tiendas blancas. El estupor, como palio, detiene los rayos del sol. Las locas van

riendo, y una muy bella se pone flores para que la vea su marido: viene frente a lo que queda de lo que fue su casita linda, y canta. Con los labios caídos, con miradas que inculpan y repelen, pasan, solos, los obreros del valle. Cuando ven venir un ataúd, cierran los ojos, o vuelven la cabeza. No dicen que uno murió, sino que "cayó". "Cayó mi mujer: este trabajar es inútil." "Johnstown no se levanta": y sigue andando, con las manos atrás, y como echando a todo lo vivo del valle con los ojos: él quiere estar solo allí, con su mujer que "cayó". Pero allí están ya, buscando huérfanos, las sociedades de ayuda para los niños; allí, amparando a sus hermanos, los masones y los "Odd Fellows"; allí, repartiendo de comer y de vestir, el gran ejército de la república. Ya nadie está allí sin harina ni azúcar, porque por la mañana las dan en abundancia las estaciones de alivio; y café, té, galletas, carne salada; y medias, ropa interior, mantas de abrigo, trajes enteros para las criaturas. Primero lo tiraban sobre las cercas a la multitud, y los hombres bárbaros se hacían de lo mejor, derribando a las mujeres y pisoteando a los niños: luego fueron las trabas tantas, los boletos, los talones, que la caridad era como si no la hiciesen, por lo que costaba lograrla, y por ser lo más dulce del favor que sea hecho con sencillez y ternura: ahora van por las casas las mujeres, viendo quién necesita y cuánto; y se emplea gente de ojo disciplinado que conozca pronto al que pide dos veces, y castigue de modo que no le dé deseo de pecar: las mujeres son ahora primero; y las más débiles, las privilegiadas. Clara Barton está en su campamento de la Cruz Roja, con la cruz al brazo, el gorro de enfermera, y sobre el traje gris el delantal resplandeciente. Allí está con sus médicos y sus ayudantes, con sus tiendas claras y su corazón benigno, viva, elocuente, fea, muy hermosa. Está allí para morir, si es menester, cuando con el fuego del sol cunda la peste de los cadáveres insepultos. Está allí Clara Barton cosiendo, cosiendo cortinas de muselina blanca para la tienda de las mujeres.

Allí está la noticia de que el Estado de Pensilvania viene a ocuparse por sí de la limpieza del valle, y da un millón de pesos para reconstruir a Johnstown; de que ya tiene Johnstown dos millones más, de otras ciudades que le piden sus huérfanos, que llaman a los que se han quedado sin ocupación; de que en Nueva York no había manos con que recoger en la oficina del corregimiento los cheques, los billetes de banco, las ropas, los centavos de los magnates, de los ricos, de los niños compasivos, de los obreros pobres, que dejaban al entrar junto a la puerta su tina de latón, y no se iban sino cuando habían vaciado sus bolsillos hondos.

Allí está, como con alma, la hilera de trenes de socorro, que no apagan el vapor, y recorren triunfantes la línea, por delante de todos los trenes de viaje y de comercio, que se hacen a un lado para abrirles camino, y parece que los saludan a su paso, como a un tren real. Ya está en Johnstown la milicia. Ya han limpiado de escombros la biblioteca de los obreros, que no se vino abajo.

El domingo, a la hora del culto, los padres sin hijos, las mujeres sin compañero, la parroquia mermada, la voz triste y gangosa del anciano de casulla morada que, con el cielo por nave y la yerba por asientos, pregonaba desde las ruinas de una casa amiga la voluntad de su obispo, que quiere que le manden para criar a todos los huérfanos de católicos. Más lejos, por donde el río centellea y corre claro, en un púlpito natural de tierra removida, hablaron los hombres que la ciudad tiene por buenos, en los servicios del pastor protestante. La gente oía de pie, con la cabeza baja cuando le hablaban del horror, irguiendo la cabeza, como el caballo de pelear, cuando le hablaban de repararlo: "¡Hombres!", decía un trabajador, "la vida es un deber y en otra parte se entenderá lo que no se puede entender aquí: la tierra renace, y el hombre renace: cuando un sol se apaga en el cielo, se enciende otro sol: nada muere sino para el que olvida, y el que puede olvidar, merece ver a los suyos morir. Un hombre que tiene un muerto debajo de la tierra, ha de ser bueno, para no avergonzar al muerto. Los que no podemos explicar el mundo, debemos acatarlo. Mi hijo se me murió en la inundación: mi hijo, hijo de mi alma. Mi hijo subió volando de la inundación, y está vivo en mi alma. Lo que hay que hacer aquí es preguntar si vamos a reconstruir la ferrería de Cambria. ¡Y vamos!"

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 26 de julio de 1889

22

DE NUEVA YORK

La política extranjera de Uncle Sam. — Universidades prácticas y retóricas. — Cómo debe educarse a la americana. — Complots irlandeses. — Postdata

Nueva York, Junio 13 de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Haití, Santo Domingo, Samoa, Behring, ocupan ahora, después del horror de las inundaciones, más espacio en los diarios noticieros que las peleas de púgiles, las carreras de Jerome Park, los exámenes y grados de los colegios, los preparativos de la regata con el *yacht* inglés: como si por varias avenidas quisiera el personaje inquieto de Washington, tentar el reconocimiento de su curiosa teoría de que cuanta tierra hay en América y cuantos mares la rodean son natural dominio de esta América del Norte, a quien el suelo y el agua del continente han de acatar como pupilos perdurables. No sería lo de Samoa de tanto interés si el principio sentado en la conferencia pudiera olvidarse en los casos futuros en que choquen, en los países de América o en sus alrededores, los intereses europeos y los yanquis.

Por la supremacía en Samoa contenderían los Estados Unidos, que en esto no son demócratas ni republicanos, y apetecen por igual, los de un partido y los de otro, privilegios internacionales que están fuera de relación con los servicios prestados al país de quien los exigen, y con el respeto que un pueblo libre ha de tener por las libertades de otros, máxime cuando debe parte de su influjo y poder a la admiración que la especie humana le tributa sin examen suficiente, como patrón, asilo y paves de la justicia política y los fueros naturales del hombre. Así dice Curtis, el escritor caballeroso del *Harper's Weekly*: así dice Howell, el novelista sutil que pinta con igual felicidad el amor de un pobre cura italiano y los recovecos mentales de una leguleya de Boston: así dicen de sobremesa en sus mansiones honradas de pórtico y jardín los americanos puros que no creen que el brazo que ha crecido con la salud de la libertad deba, matricida, volverse contra ella. Ni hemos de ir de barateros por el mundo, cobrando el tanto del comercio universal, por-

que tenemos el brazo más fuerte; ni es menos sagrada la libertad política en un enano que en un gigante; ni tenemos derecho para ir a sacar de la casa ajena al que ha ganado su lugar en ella por servicios vitales que otros le prestaron y hoy queremos que olvide por nosotros, cuando fuimos los únicos que no los prestamos, aunque nuestro puesto de nación republicana nos obligaba a ayudar al triunfo a las repúblicas, en vez de autorizarnos a volverles la espalda. Ni han de correr los siglos en vano, ni han de mudar las razas de continente, para que nuestra libertad, pregonada por el águila como la libertad definitiva, no sea más que la libertad aristocrática de Grecia o la libertad hipócrita del pueblo inglés, con un tañón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos.

Por ahí va la opinión genuina, que no desdeña los adelantos legítimos de un pueblo culto entre los que modelan y crecen con su ejemplo y beneficio, pero rechazan como culpable toda ventaja obtenida por la intimidación, el abuso de la fuerza, y la amistad falsa. También la fuerza tiene su deber, que es el respeto a la debilidad. Lo que queda de la conferencia de Samoa no es el reconocimiento, imposible de parte de los grandes pueblos mercantiles de Europa, del derecho preeminente de los Estados Unidos a la tutela y goce, cuando no a la adquisición final, de los pueblos débiles que habitan las tierras y mares americanos, sino el principio de que, caso que lo pudieran justificar, no serán los Estados Unidos los únicos en intervenir, sino que compartirán el influjo y disfrute de las tierras amenazadas con los pueblos mayores que tengan en ellas intereses comparables a los suyos. Los dos países influirán por igual en Samoa: si permite Alemania que vuelva la corona al protegido americano, el protegido ha de pagar a los alemanes una indemnización de respeto: la bandera de las estrellas protegerá una estación de carbón y la otra, la bandera de las columnas: Samoa no será ni alemana ni americana: sobre el tratado vigilará Inglaterra.

Ni Inglaterra ha de consentir, ni Rusia, que porque los Estados Unidos le compraron al zar hace diecinueve años sus derechos en el norte de América, vayan éstos a ser tales que cierren a las naves del mundo, como se empezó aquí a decir, la entrada al polo por el mar de Behring. Si la idea se echó a volar, como lo de Francia y Haití, para ver por dónde venía la opinión pública, se ha visto pronto que en lo de Haití, que es tierra por la que Francia preocupada no ha de entrar en pelea, parecía natural, salvo a la gente de honor, enviar barcos a uno de los dos partidos en lucha y tratar con el pretendiente rebelde o la autoridad reco-

nocida por los pueblos que saben más de la historia y constitución de aquellos países; pero en lo de Behring nadie muestra prisa porque se muevan cuestiones prematuras con el inglés, y se celebra que no resulte cierto el conflicto que los inquietos parecían apetecer, para bienes de política interior, con la enemiga de Irlanda. "No ha de jugar siempre Inglaterra, dice un diario del Canadá, con las cartas de los candidatos frustrados a la Presidencia de la República."

¿Ni qué pudo explicar la súbita terneza y cuidado exquisito con que, por el pretexto falso de un tratado de curatela entre Francia y Haití, miró la Secretaría de Washington los asuntos haitianos, fomentó su querrela doméstica, permitió el embarque continuo de armas para el rebelde Hypolite con quien estaba en tratos, llegó a nombrar una comisión de próceres para que interviniese en la guerra civil de un país libre, propaló a sabiendas la especie inexacta de que Francia tenía tratados secretos de preponderancia con Legitime, Presidente reconocido, y perturbó a Santo Domingo, en venganza de la amistad de los quisqueyos y el gobierno haitiano, con la resurrección súbita de derecho de una empresa caduca a la bahía de Samaná?

Ni se puede dejar de pensar, al ver lo que sucede entre los Estados Unidos y Nicaragua, en el plato de lentejas de Esaú: ni se puede, al estudiar la benevolencia de los colombianos imperantes para con los Estados Unidos, olvidar a los caudillos indios que dieron a Cortés, creyendo valerse de él para dominar a sus rivales, el triunfo sobre su propia raza.

En la Universidad de Cornell, modelo de escuela en estos tiempos de hombres: en el instituto de Cooper, de donde sale el alumno con la gratitud en el alma, y el escoplo bajo el brazo; en la escuela completa de Félix Adler, donde se ensaya el niño, sin perder la imaginación y el sentimiento, en las cualidades de hábito y agilidad necesarias para la vida; en la escuela práctica de enseñanza industrial, donde los alumnos se pelean por ir, y se les ve crecer la inteligencia y el carácter; en un rincón del condado de Orange, donde en el colegio sano y humilde de un hombre de nuestros países explica aritmética maravillosa el propietario barbado que al salir el sol le saca lustre a su caballo y ordeña sus vacas; en esas escuelas vivas, donde enseñan los maestros que han batallado en el mundo lo que se necesita para brillar con decoro en él, para ganarse el pan sin esclavizar el talento y el honor a intereses injustos de casta o a culpables connivencias políticas; en esos talleres de honradez es donde va naciendo

el americano que pueda en lo futuro oponerse al influjo creciente del yanqui de Secretaría, del yanqui empleómano, del yanqui alquilón, del yanqui pródigo y canijo que gasta en convites prematuros en su cuarto de las universidades retóricas, las espaldas que cría en el juego excesivo del polo o la pelota.

Para todos esos colegios es fiesta ahora: éste es el mes de los grados y de las vacaciones: los cadetes salen de tenientes: los abogados y los médicos reciben sus diplomas en fiestas públicas: al decir el maestro "¡Peter Cooper!" se ponen en pie, y cantan "¡Gloria al jefe!", al jefe muerto, los quinientos alumnos, los hombres, que le van a deber su felicidad, las mujeres, a quienes hablaba él siempre de pie, sombrero en mano; para que vieran bien que puede serse hombre rico y de industria, y persona versada en la noble galantería. Porque él entendía el modo verdadero de educar a las mujeres, que es habilitarlas para vivir con honradez, de labores naturales a su sexo hermoso, sin quitarles la gracia de reinas y el encanto, y la fuerza pública, de sus cualidades femeninas: y quien quiera matar a un pueblo, eduque a las mujeres como a hombres: la animalidad y el egoísmo son los enemigos del mundo: se necesita crear en los pueblos el ala y el desinterés: ¡ay de Zoraida, que echó la perla al mar, y luego se pasó la vida en la orilla llorando por la perla!

Pero la novedad ha sido este año la escuela práctica de niñas, o escuela manual, como la llaman aquí, y se la pudiera llamar en español, porque lo que en ella se educa más es la mano, ya en la buena cocina, que aquietta al marido pobre y entretiene a la mujer del rico, ya en los dibujos y ornamentos de que le enseñan a la niña las líneas esenciales, para que ella componga ingenuamente sus patrones, según lo que ve en la naturaleza y en los buenos modelos. La sorpresa es grande, porque se nota que a esta niñez ya adelantada no le cansa el trabajo físico, sino que lo busca como recreo, ni le turba la mente para la instrucción de letras, sino se la fortifica y aclara. Deducen mejor; combinan más pronto; relacionan; crean. Producir satisface, aunque sea un pobre buñuelo: "¡Mira el buñuelo que he hecho!" le dice la hija a la madre, enseñándole con los ojos brillantes de alegría un producto venerable: "¡Mira el encaje que planché!" dice la Cenicienta sudorosa, muy oronda con haberle chamuscado al encaje lo mejor de los hilos. Pero el trabajo de las manos ha de hacerse con pulcritud y precisión, para que el arte disimule la fatiga, y no sea demasiado costoso el placer de hacer más llevadera con los dulces servicios domésticos la vida de los trabajadores de la casa: ¡ayuda tanto a mantener el amor el agradecimiento! ¡Es tan

grato, cuando la vida abofetea, poder besar en la casa propia una mano servicial, una manecita blanca! Quien le da esos encantos a la mujer, le da ventura. El mundo no es una jaula dorada de amos que holgazanean y criados que odian. A solas, cuando nadie lo vea, cuando el hombre se limpie cansado la sangre del corazón, la mujer ha de ponerle la mano en la frente, ha de llevarle una taza de agua y azúcar, bien hervida, a los labios. Y a estas niñas les empiezan a enseñar aquí esto, a hervir bien el azúcar, a mezclar la harina para el pan; a hacer salsas sabrosas con legumbres sencillas; a asar la carne de manera que no tenga que salir a la calle, en busca de los digestivos de la cervecería, el marido maltratado. La que ha de ser dueña aprende a ver; y la que se ha de servir a sí propia, a ser menos infeliz.

En los dibujos y ornamentos es donde se palpa más el beneficio de la libertad, en la educación, del trabajo espontáneo. Hay rincones y caprichos en aquellas líneas inseguras, que revelan la impresión vivaz de los paseos de verano por los ríos, con las colinas dormidas sobre el cielo, o de las pláticas a la luna, cuando siguen los ojos curiosos el bordado exquisito con que dibuja la luz en la acera el follaje de los árboles. Y el arte nace de eso: de la impresión directa. El estudio es el carril; pero el carácter, la individualidad del niño, ésa es la máquina. Y se ve que la libertad de la invención y el placer de crear por sí, estimulan, aun en las niñas que son de menos acontecimiento, el ingenio propio y la fuerza del carácter.

Y ¿qué será después lo más interesante de estos días? ¿El asesinato ya famoso de un médico irlandés, a manos, según dicen, de la sociedad secreta Clan-na-Gael, que manda obedecer, sin saber a quién, aunque sea para matar, si es en el servicio de Irlanda, aunque sea para ahogar con la vida del médico, como dicen que ha sido esta vez, las pruebas del extravío de cien mil pesos que el caudillo de los rebeldes repartió aquí, según dicen, entre su bolsa y la de sus paniaguados;—en vez de ponerlos, como manda la Clan-na-Gael al servicio de la independencia de Irlanda? ¿Será que Patrick Egan, el irlandés que Blaine ha mandado de ministro a Chile, sea uno de los acusados de la malversación de estos fondos, y de amistad íntima con los que parecen culpables del asesinato de Cronin, sentenciado a morir por uno de los "campes" de la Clan-na-Gael? ¿Será que Hill, el gobernador de Nueva York cuya famosa fortuna política estriba en el voto de la Irlanda neoyorquina, se niega a entregar a la justicia

de Chicago a Mahoney y McDonald, los asesinos presuntos, aunque los testigos han reconocido una y otra vez sus retratos como los de quienes habitaron la casa del crimen, y sacaron a Cronin so pretexto de visita médica, para la celada del asesinato?

¿O será que la justicia de Chicago, sin encogerse por el miedo de perder el voto irlandés, pone preso a Sullivan, el hombre prominente, y gran patriarca de los irlandeses norteamericanos?

Eso llena ya la prensa. Y la pelea, que está al ser, del otro Sullivan, el púgil bestial de Boston, con el inglés Kilrain, por cinco mil pesos, más el cinto de brillantes de "campeón de los púgiles del mundo".

Y Newport, que tiene este año más palacios, y espera ver en julio reunida en grandes fiestas la riqueza de los Astor, los Vanderbilt, los Lorillard y los Leiter. Y el cumpleaños de Jefferson Davis que cumple ochenta y uno, y aún no ha perdido, allá en la casa histórica que debe a la piedad de una mujer, ni su cutis, fino como el de su leal hija Winnie, ni su cabello blanco y sedoso, ni su porte entre romántico y real. Pero la noticia de esta tarde es la más curiosa; porque van a hacer el ejercicio del rifle, en compañía disciplinada, con marchas y simulacro de pelear, vestidas de gorra militar y saya-calzón, las jóvenes de más nombre de un pueblo elegante: de Staten Island. El año pasado, dejaban ir el tiro a la voz de "¡apunten!"

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 2 de agosto de 1889

23

CARTAS DE MARTÍ

Las elecciones en Pensilvania contra la fabricación y uso de bebidas.— Escenas de la elección en Filadelfia.— El voto en Johnstown, sobre las ruinas.— La reforma en el modo de votar.— Se quiere el voto libre y secreto.— Casillas privadas y boletos bajo sobre.— Los ricos sociales.— Boston y la libertad.— Grupos de ricos para estudiar la reforma social

Nueva York, 30 de junio de 1889

Señor Director de *La Opinión Pública*:

Sobre sus muertos se está levantando Johnstown: diez mil dicen los médicos que han sido los cadáveres; ya hay mil casas nuevas en la cuesta que arrasó el lago desbordado; las madres postradas, no se levantan aún de su silla mortal, secos de súbito los senos, las manos sobre la falda, la mirada fija: pero en las casas a medio levantar, con el cementerio a un lado y los montones de escombros a otro, entran en hilera los padres sin hijos a cumplir su deber de hombres, el deber de que no puede desertar, so pena de deshonra y esclavitud, ningún ciudadano de república, el deber de votar: a la casa de los moribundos debía ir la ley el día de elecciones, a buscar el voto; el hombre que no vota en una república, es traidor a la república, traidor al hombre: donde no es ley aún el voto, porque no lo puede ser, es freno, es semilla; el voto, aun violado, es útil, porque el que lo viola, queda tachado de ladrón. Con una tacha encima. En las repúblicas es un deber ejercitar todos los derechos.

Silencioso fue el voto de Johnstown; pero en las cajas de cristal cayeron tantos boletos como tiene hombres la villa. En Johnstown, como en toda Pensilvania, se votaba la enmienda famosa a la Constitución del Estado,—la enmienda que prohíbe la fabricación y venta de licores Ni cerveza, ni sidra, ni *whisky*. ¡Pan blanco, que no sube a la cabeza, ni cría apaleadores de mujeres, ni asesinos!: ¡pan blanco, que no se ha visto nunca concertar crímenes en el mostrador de una panadería, ni hay gente más honrada que los panaderos!: pan blanco y agua del Schuylkill, que cuestan poco, y no traen al marido de noche tambaleándose de la taberna, babeando, en cuatro pies, quitándose las arañas de los ojos, hediendo, lleno el chaqué de mugre, halándose de los faldones de la casaca, como un mono de la cola.

Ni vino siquiera admiten los temperantes en Pensilvania que se beba, aunque el vino es vida líquida, y sangre de la tierra, que trae espí-

ritu al hombre. Ni en Pensilvania se puede pensar en vinos, porque con los derechos de protección venden tan caros los mostos agrícruados, el borgoña pegajoso, el champaña verde de Ohio y California, que el pobre no los puede comprar, y el rico prefiere pagar un poco más por los caldos finos de Francia y de Hungría. ¿Qué lonja de carne vale, después de una noche de trabajo, lo que un sorbo de chambertin, en vaso de baccarat, o unas gotas de buda-crema, que es miel pura, como el mejor pontet-canet? Criar la vid es ennoblecer la tierra. Pero en Pensilvania no ven eso, sino que las ciudades se les van envileciendo a toda prisa, y no hay sermones ni bibliotecas que saquen a la gente de las bebederías.

No dan con el remedio mejor, que es hacer a la mujer amable, para que el hombre no vaya afuera a buscar la amistad que no halla en la visita de soltero adonde lo esperan con redes, ni en el matrimonio en que la esposa entró por el interés de verse dueña de casa, de un traepesos, y de su persona. La mujer culta y atractiva es el único enemigo eficaz del alcohol. La casa amigable es la rival cierta de la cervecería. Los de Pensilvania se han ido por exageraciones, y llenaron las ciudades, el día del voto, de tanques de agua de hielo. En Filadelfia, donde fue la batalla mayor, perdieron por cien mil, como en todo el Estado.

A Filadelfia no se va usualmente a ver inquietudes; porque es ciudad de paz, donde las calles son como alamedas, y se entra a las casas por unos escaloncillos bajos de mármol, que no parecen darse aires y tonos, como las escalinatas de piedra oscura de Nueva York, sino convidar al transeúnte a una taza de té, servida por una cuáquera de delantal y gorro blancos con la cabeza de plata pura, los anteojos en la punta de la nariz, y las mejillas como leche y fresas, de un rosado suave.

Se va a Filadelfia a comprar locomotoras, a pasear por el parque, que es bosque, a comer ostras fritas en casa del francés; a ver la imprenta del *Ledger*, donde el amo regala a los visitantes un tazón de porcelana fina; a contemplar desde la torre de los edificios públicos, aquella ciudad roja, con el valle verde al fondo, y el cielo azul arriba, sin arrugas ni nubes. Pero a las diez de la noche, ya no hay por la calle más que una que otra pareja de enamorados, que van ala con ala, como las cogujadas por el monte, y los calaveras de la ciudad, los "disipados", con su tabacón de a cuarto de peso; su caña amarilla, con la pata de gallo por puño, y sus polainas de dril blanco, para que no les profane los bajos claros el betún de los zapatos de ariete, el pelo en banda por la poca frente, un brillante en la corbata de dril, como al descuido, y las patillas de chuleta, cortadas a navaja del lóbulo de la oreja a la comisura del

labio; y eso es en Filadelfia el calavera de estío, colorado del *whisky*, practicando el tiro en las casas de poliandria, floreando el revólver sobre la cabeza de los criados negros de los hoteles, batiéndose a mordidas con la policía de casco blanco y porra de ácana; ¡no en vano quiere la gente buena segar los manantiales del *whisky*! ¡no en vano estaba Filadelfia el día de la votación como un vasto oratorio; con los sacerdotes por las calles, cantando en las esquinas, libro en mano, los himnos en que se pide a Dios el exterminio del alcohol satánico; con las mujeres de casa en casa, rogando a los hombres que voten contra el licor, para que los hogares sean dichosos y se purifique la república; con los "arrepentidos" de cara macilenta y ropa nueva que peroraban a la puerta de las casillas, contando las bascas y negruras de la embriaguez, y ofreciendo boletos de "agua pura" a los votantes! Y por donde suelen ser más los ebrios, pusieron una colosal nevera, de donde se servían agua helada a su gusto los pilluelos del barrio, que fueron los únicos consumidores, hasta que se notó que venían y volvían con sed singular los espaldudos caballeros de botín sin tacón y camisa sin cuello, con la pechera chorreada de mascones: y fue que un "licorista" había vaciado, sin que lo viesen, botella sobre botella en el agua de hielo, y lo que salía por las llaves era *whisky* puro. Pasaban los coros de "voluntarios", en que iban del brazo hombres de barba y mujeres bien vestidas, cantando a voz en cuello las poesías religiosas.

Desde una ventana declamaba contra el *whisky*, con gestos como del arcángel Miguel, un orador en mangas de camisa, con la barba gris como colgada de las orejas, y el labio de arriba raso. Los negros, que en Filadelfia gustan mucho de reír, daban como de "agua pura" los boletos del partido del licor, que les pagaba el engaño en buenos pesos. En un carro peroró todo el día un joven lampiño, con un cuerpo que cabe en una uva y una voz que restallaba y se llevaba la piel, cuando les decía a los republicanos "pícaros y bribones, que ofrecieron a los antilicoristas votarles su enmienda si los del antilicor les votaban a Harrison; y altera que tienen a Harrison en la Casa Blanca, dejan la enmienda sola, y están hechos unos toneles de pecado, con la lengua espesa y los ojos saliéndose de las cuencas, muertos de risa por el chasco que le juegan a la gente honrada". Y el joven llora y le da puñetazos al aire. Lo que dice remueve las entrañas.

Otra reforma está en mejores vías, y es la del modo de votar, que ya ha llegado a su abuso mayor, y tiene con susto legítimo a los que miran

lejos en los tiempos. Republicanos y demócratas se juntan en los Estados más distantes para promover un cambio que asegure por la ley el voto libre y secreto, de manera que el que lo quiera comprar no pueda impedir que en el sigilo del cuarto de los boletos ponga el elector sobornado a los que le aconseja su opinión, y no a los que quiere el que lo soborna. Ni podrá ver el sobornado si el votante le cumple lo ofrecido; ni podrá averiguar después que no se lo cumplió. Los métodos propuestos son muchos; pero todos concuerdan en que sea secreto el voto, y en que no reciba el elector como ahora, los boletos de mano del sobornado que entra con él a las urnas, so pretexto de que "su amigo no sabe leer", sino que entre solo en un cuarto donde haya boletos de las diversas candidaturas, impresos sin máculas ni traiciones por cuenta del Estado, y de allí salga con los boletos bajo sobre de modo que nadie pueda ver por quién sufraga; "así", dicen los reformistas: "se les quitará la tentación a los compradores de elecciones", porque de seguro pagarían en vano su dinero; la elección les saldría en contra, porque el mismo hombre vil no tiene gusto mayor que el de burlarse de quien lo envilece.

La reforma cunde sobre todo por los Estados de Nueva Inglaterra, que son como el arca de la libertad, donde está aún lo mejor de la república, y lo más fino y bien criado del país.

Acaso es Boston, fuera de París, la ciudad donde se acatan con más respeto las opiniones nuevas, y está vivo, como en la cubierta de *La Flor de Mayo*, aquel derecho magnífico del hombre a pensar con honradez lo que le parezca bien sobre las cosas del mundo.

En Nueva York cazan a los socialistas por las calles o poco menos; pero en Boston se juntan los pensadores a meditar sobre los males públicos, y una reunión de gente rica y aristocrática declara que las relaciones actuales entre los hombres son bárbaras y temibles, y que es preciso que los ricos de Boston estudien el modo de distribuir mejor la riqueza nacional, porque sobre pilas de votos comprados va mal la república, y no se ha de acabar por levantar aquí los dos montes que se han ido haciendo en todos los pueblos, uno de oro; y otro de cólera. Es necesario, dicen de Boston, que lo que es de todos por la naturaleza no pase a ser propiedad particular de unos cuantos.

Las riquezas injustas; las riquezas que se arman contra la libertad, y la corrompen; las riquezas que excitan la ira de los necesitados, de los defraudados, vienen siempre del goce de un privilegio sobre las pro-

iedades naturales, sobre los elementos, sobre el agua y la tierra, que sólo pueden pertenecer, a modo de depósito, al que saque mayor provecho de ellos para el bienestar común. Con el trabajo honrado jamás se acumulan esas fortunas insolentes.

El robo, el abuso, la inmoralidad están debajo de esas fortunas enormes. "Hay que ordenar mejor el mundo, dicen de Boston, si no queremos que el mundo se nos venga encima." Y se están creando grupos para el estudio de la reforma social, no donde el cambio es apetecido con rabia y exceso, como sucede entre los obreros pobres, sino entre aquella gente de arriba que tiene llenos a la vez los sesos y las arcas. Refórmese de arriba, decía el pobre zar Alejandro, antes que la reforma venga de abajo. Atienda a lo justo en tiempo el que no quiera que lo justo lo devore.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Pública. Montevideo, 1889

24

EN LOS ESTADOS UNIDOS

*El 4 de Julio.—La política.—Los nuevos Estados.—Transformación
y progreso*

Nueva York, Julio 6 de 1839

Señor Director de *La Nación*:

Con discursos, con ceremonias, con cohetes, con regatas, con procesiones, con estrenos, con simulacros, con rogativas, con bailes, se celebra siempre el día en que el rico John Hancock puso su firma como Presidente del Congreso al pie de la Declaración de Independencia que le llevó escrita Jefferson; a Hancock le pareció poco el papel para poner su nombre, y se pintó en la firma, porque él fue como ella, ostentoso y vano; Jefferson escribió en borrador con la letra pequeña, como cuando el espíritu se recoge y elabora, y hay palabras que puso y quitó como diez veces, y renglones que escribió y volvió a escribir sin que llegaran a parecerle bien, porque una cosa es echar al aire frases de colores para que se las lleve el viento, como las bombas de jabón, y otra clavar en los corazones de los hombres, como el asta de bandera en la cuja, las ideas con que se han de levantar los pueblos.

La fiesta del Cuatro de Julio es animada acá todos los años, y no hay más que unos cuantos todomehiede que se van de paseo por donde sólo se ve a ricos, para que el polvo de la muchedumbre no les manche las polainas blancas. ¡Les debían atar de los botones dorados del uniforme de cocheros de afición, una lata vieja, para que se conociera por el ruido a los que se avergüenzan de celebrar el día del nacimiento de la patria que los sustenta y los cobija! Pero este año la fiesta ha sido cosa de más peso de lo que suele ser. Hay algo debajo. No se ha recalentado la historia vieja, sino que se ha querido encaminar la futura. Los partidos contendientes han hecho del Cuatro de Julio como un certamen de ideas. Los republicanos, aleccionados por su derrota de cuatro años, quieren que el país entre en su barca, y vaya con ellos adonde lo quieren llevar que es cosa que no tiene límites, y ha de observarse con juicio. Los demócratas están peleándose entre sí, porque los menos de Randall

no quieren ceder el paso en lo de la rebaja de los aranceles a los más de Cleveland, tanto que los pocos diarios de Randall más parecen republicanos que demócratas. Los republicanos traen un programa vivo, que concuerda con las ambiciones de los pudientes del país y con el espíritu agresivo que cría, en un país plétórico, la predicación continua de que hay por aquí y por allá donde vaciar la plétora y que es de destino manifiesto que el fuerte tome lo que necesita donde lo halle, aunque sea de otro.

Los demócratas de Randall los acompañan, pidiendo a voz en cuello la anexión del Canadá y el sostén de los aranceles altos, que lleva a la fuerza a procurar tratados injustos con los países débiles, porque a los poderosos no se atreven a ir con la demanda loca de que les costeen el viaje a sus vapores yanquis para llevarles más caros los productos que en otros pueblos pueden comprar más barato: que es eso, en una nuez, todo lo que se procura so capa de misiones amigables y de fraternidades republicanas. Los demócratas de Cleveland, como se puede llamar a los que tienen por buenas sus doctrinas, quieren ante todo que el país viva con dicha más igual, y el pobre con más ocupación y abundancia, sin desdeñar los acrecimientos que por fatalidad geográfica o histórica le vengan a la república, ni las ventajas de comercio que pueda asegurarse moralmente, pero sin caer en el delito de burlar la simpatía, sorprender la sencillez o aprovechar el miedo de los pueblos menores, para mantener por medio de un comercio abusivo el sobrante artificial de industrias que cría en el país la pobreza, la desigualdad y la cólera. "Menos palacios, y más respeto" quieren unos.

Los otros dicen "el mundo entero es nuestro palacio". Un diario dice: "el que no quiera ser aplastado por el carro de Juggernaut, que se monte en él". Reed, el caudillo de los republicanos en el Congreso, dijo que era hora de crecer, de hacer algo nuevo, de prever, de adelantar.

Los periódicos demócratas han hablado del día como de fiesta usual, sin más que las banderas y paradas de otros años, y los cien ebrios a quienes el juez de policía dejó ir sin multa, "¡porque en día como el Cuatro, bien se le puede perdonar a un patriota que se le suba el licor a la cabeza!"

Pero los periódicos republicanos han puesto el día sobre sus cabezas, y lo han celebrado con gran pompa, como fiesta y propiedad de su partido: ha paseado el partido a sus prohombres: ha echado al viento la "camisa colorada", ha explicado sus intenciones de vuelo y crecimiento: ha ido el Presidente Harrison, como huésped de honor, a dar

crédito con su persona al Evangelio, predicado, en presencia de veteranos de sombrero puesto, desde la tribuna religiosa de un pastor rico que publica un diario en que van juntas, como detrás de clarines de batalla, las cosas del águila del cielo, y las del águila de la tierra. Los demócratas hablaron acá y allá, a medio discurso, como para que no se vea que están en desacuerdo de muerte sobre lo que debieran decir. Pero los republicanos han llevado el empuje hasta procurarle más gente a la orden hereditaria de los Cincinnati, que no es más que un padrón de nobleza, que publica que sus miembros descienden de los padres de entonces, de los españoles malcontentos con el gobierno civil, que quisieron, cuando aún tenían el sable por el puño, ponerle encima a la nación una aristocracia militar: y si Washington hubiera querido, queda hecho este país una mesa de generales.

Contra ellos, contra los que llamaban demagogo al desinteresado Samuel Adams; contra los que le mordían los talones de acero al autor de la Declaración, a Thomas Jefferson; contra los que querían república de censo, de ilustres y prosopopeya, de espadín y casaca, se fundó hace cien años, con el nombre de un indio sabio e indómito, la sociedad de Tammany, que vino a defender de regimanos y teólatras al hombre libre y llano, a la hormiga de pecho de luz, al "hombre del pueblo".

De esa tradición vienen haciendo bandera los demócratas, que tienen el cuartel general de Nueva York en las salas de Tammany, donde se oyó este Cuatro de Julio la voz de la democracia, convidando al pueblo a ver con disgusto la acumulación del poder político en los que con su favor se han hecho de la parte privilegiada de la riqueza pública: "¡la masa del pueblo inteligente", les dijo el orador Bowne Cochan, "es el mejor hombre de Estado!" "¡cuidad, si queréis ser libres, del pedazo de papel que echáis en la urna cada cuatro años!" "¡ved que a los hombres justos les llaman en la historia 'descamisados' los pícaros que les han quitado a los desvalidos la camisa!" "¡Levantemos bandera nueva del Cuatro de Julio contra los aristócratas y los plutócratas!"

Pero esto era como arenga muerta o comediante que se pone vestido de rey, puesto que la democracia de Tammany es toda de aristos de barrio, y como red tendida sobre la ciudad para ver cuántos empleos pingües caen en la redada o para que tropiecen los que vienen a disputarle los puestos. No valen antifaces en los países de prensa libre, que sale cada mañana por la ciudad, como un viento duende, levantando caretas.

Acá hay dos cuestiones vivas, que se disputan la opinión.

Una es la del desarrollo inmediato y tutelar, por derecho de tamaño y de fuerza, del poder exterior de la república, porque "es la hora" y por eso así se salvan los manufactureros proteccionistas, y el partido republicano queda en el bando con ellos.

Otra es la reorganización interior del país, que tiene en sí cuanto ha menester sin necesitar salir de bravo y de ladrón por el mundo, con tal que se reparta entre todos en justicia la propiedad nacional, que es de todos, y se cese de cobrar, para el gobierno que tiene sobrado, una suma que es necesario poner en circulación para que las industrias se mantengan con moralidad y el comercio aumente sin artes de baladrón o de bordado.

En este Cuatro de Julio, como que los demócratas no se han puesto de acuerdo, ni pueden acaso pensarse, sobre la voluntad de la mayoría, quedó en el certamen de ideas ese programa por decir, porque con voz de parábola, que es como hubiera pesado, no podía apadrinarlo nadie; lo cual es funesto, porque el partido, como el hombre político, que no tiene prisa en palabras la verdad que está en el aire, queda como el soldado que deja caer el arma delante del enemigo. La vida es un asalto. Y se puede dormir; pero sobre la trinchera. Volver la cabeza atrás, siquiera para recordar, es empezar a morir. Verdad que entre los demócratas se libra en silencio la batalla que no se ve de afuera; que tal vez los "puros" de entre los republicanos sólo aguarden a que salgan de la democracia los proteccionistas, para ocupar sus puestos en un partido de reforma, que vendría a ser en lo económico lo que en el conflicto del Sur fue al principio el republicano. Mucho allegado les ha traído a los republicanos el triunfo, y el espíritu de aventura que levantan en este pueblo óvulo, donde se ve la vida como lotería, y se juega el honor contra los premios grandes; pero son muchos también los que traen en la sangre la libertad honrada, y en los brazos hechos a trabajar el ímpetu civil con que poner de lado, cuando llegue a ser mucha la insensatez, a los que por quedarse con los beneficios del gobierno, ocultan al país al mal que le roe, y le quieren cubrir los ojos, para que no se lo vea, con monedas de oro ajeno.

Esto se está elaborando, y puede de veras, en esta república de domadores, el sentido de los que han sacado la fortuna, raíz a raíz, de la tierra ajena. El trabajo crea justicia. La capa de arriba va siendo en los Estados Unidos levantisca, y dada al éxito fácil y al abuso de la vida y del derecho ajeno, pero en lo hondo, como lastre y esperanza, está el granito del honor, están los calzones de pana que no llegan al talón,

está la gente a lo Lincoln: aunque Lincoln mismo, tallado en piedra luminosa, dio oídos a la idea cruel de convertir un pueblo infeliz de raza española, una isla amasada con cenizas de héroes, en vertedero de los soldados negros que le pesaban al Norte.

Hacerse oír de esa gente sana es preciso, en todo lo que sea de derecho, porque en ellos está el freno natural, el único freno tal vez, de esa otra casta codiciosa que fomenta la política agresiva en un país de lujo donde se comienza a ver con desdén el bienestar modesto, y despacioso que viene al hombre asiduo del trabajo.

No todas las fiestas del Cuatro tuvieron la intención de estos concursos de ideas, y tribunas puestas sobre lo porvenir. El Cuatro es sea siempre un día del corazón, que los carteros eligen para ir de pasada a regalar una pluma a su jefe; y los novios para llevar de paseo o de playa a su compañera vestida de nuevo; y los dos veteranos de la guerra del doce, para comer en la taberna del francés, vestidos de amarillo y azul, con sus amigos viejos; y los pueblos de campo para sus juegos de pelota, sus regatas en el río con faroles de color, sus procesiones y cuecañas, sus alegorías españolas e indias, sus premios de a medio peso al que saca con los dientes una manzana de la tina de agua, o ase por la cola a un puerco ensebado.

Para el Cuatro se guarda lo nuevo del pueblo, el teatro que acaban de hacer, el mirador que no ha lucido aún bandera, el uniforme que se mandó comprar la compañía, porque "desde la primera Presidencia de Grant vienen gastando el otro, que está ya sin color". El Cuatro de Julio, en un pueblo de campo es donde hay que verlo.

Los árboles, los amigos, están de fiesta con la última lluvia. Los cohetes estallan sin ruido en la yerba húmeda, o en el aire como un fatigazo. Desde muy temprano andan por las calles los bomberos de gala, luciendo la blusa azul. Los muchachos les van detrás a los músicos, que andan orondos, con su chupa roja, y todos muy ventrudos, con un cinturón de charol donde dice: "Liberty": de veras lucen como soles, en el aire limpio de la mañana, las siete letras santas.

El pueblo entero, a eso de las ocho, está a la puerta de la casa de bomberos: las ricas del lugar lucen su seda negra, con aire de "nadie tiene más que yo" y sus hijitas de la mano, con los tres colores al pecho; carros y carruajes se cruzan, y saludan, como vecinos; el carnicero, con su delantal blanco, va en un tilburi de lujo, con su chiquitín vestido

de la plaza. El Doctor Hill, el original del pueblo, el amigo de los niños y de las niñas, un muchacho de volandas como un padre N'lo, rodeado de niños y niñas, con el zapato a mil tracos; los reballos, ajustados por la cintura, con los brazos cruzados y se cubren con: van llamando muy enguanteado a los señores, como los Ligetes de gala, el cutis como después de un baño de mar, y el pañuelo de seda de color en el bolsillo de la pistola, de color como se ve a bien.

A media la le disputa la llavizna tenaz. Suena orgullosa la campana nueva. "¡A la campana, muchachos!" dice un bombero mayor; y por encima de la corona, por debajo, por entre las patas de los caballos, se oye en la ciudad la muchachoría, y balan de ella en racimo: ¡es la novia del pueblo, la campana nueva! Pero llega, bandera al hombro, el médico que va a hacer de Washington en la procesión, y la campana se puede sacar: "¡bravo, el tricorrio!" "¿dónde halló el sombrero, amigo?" "¡Le pañero le clapa, reverentes; y todas hallan modo de poner la mano en el alma. A dentro, es todo grito confusión, manotazos en la espalda. "¡A fumar, caballeros!" "¡A pasar lista, caballeros!" Y se ve que la lista es de los prohombres: ese manco, ese tuerto, perdió el brazo, perdió el ojo, en el incendio de la iglesia: éstos no son bomberos pagados, sino voluntarios, que a deshoras de la noche dejan su reposo para ir de trabajadores para sofocar las llamas que se comen la casa de los ricos; la bandera, que está enbanderada a la puerta, ellos la compraron; sus anticorpos, ellos; la casa, ellos; ellos compraron ahora la casa con su vida. Y se escapan de las filas para venir a ver, allá arriba en la ciudad, en su momento orgullosa; ¿no es el pregón de su genero? "¿El que es el arca del pueblo?" "¡En fila, caballeros, para la procesión!" Los carruajes se hacen atrás; las ruedas se traban; los caballos, en saltadas, se en pa: la campana toca a vuelo; los músicos, en sus clarines de plata, entonan el himno a "América". ¡La bandera, se ha olvidado la bandera! Todos mandan. Los hombres se dan un abrazo, para abrazar a los muchachos. Una niña de dos años, colada con las brinitas desde un pórtico. Los muchachos, de gusto, se echan a rodar por la yerba. Caracolean los dos corceles, con dos soldados de infantería, que van a abrirle paso a la procesión. Montan, como quien ya no puede, en el coche de honor los dos magnates del pueblo, sesentones y barbudos, de camisa azul y pantalones negros, con el cinturón de "Liberty". La música les sigue, como si llevara coturnos. De pu'á viene lo que enturbia los ojos, lo que hincha el pecho; los niños del pueblo vestidos de gris; los jugadores de pelota, con su porra al

hombro, firme el paso y la cara resplandeciente; Juego, halando de la bomba empavesada, los homberos voluntarios, el manco y el tuerto en la barra cabezal, y la ciudadanía del pueblo, los dos médicos, los tres especieros, el notario y el abogado, el que alquila los coches y el herrador, todos, con dicha y uniforme iguales, asidos a las cuerdas. Las mujeres tiran ahora de la campana. Una negrita les trae dos ramos a los del coche.

Por cada hoja de los árboles suena un cohete. La procesión da diez vueltas en redondo al pueblo. El sol sale.

"¡Hurra por el 4 de Julio!"

¡Hurra tres veces este año, porque ya la bandera no tiene treinta y ocho, sino cuarenta y dos estrellas!

Cuarenta y dos Estados tiene ya Norteamérica. En este 4 de Julio quisieron hacer los cuatro Estados nuevos, que eran selva tupida hace veinte años: Washington, el de los bosques, Montana, el de las minas, las dos Dakotas, Dakota del Norte y Dakota del Sur, con sus llanos de yerba jugosa, en que nace un trigo de alma que con una espiga da para un buen pan.

En este Cuatro abrieron sus asambleas constitucionales los Estados recién nacidos. Fue por la gloria del día, y no hubo más en la primera sesión que el nombramiento de presidente de la asamblea, que en tres Estados salió republicano, y en uno demócrata, aunque los demócratas reclaman otro más y acaso un tercero: donde manda el ferrocarril, los republicanos vencen; donde pueden más los agricultores, se llevan los demócratas la ventaja.

Pero es hermoso ver como en estas comunidades nuevas, donde los hombres que fundan juntos se aman como los soldados, no hay aún, a pesar de los que vienen a azuzarlos de afuera, aquel reojo que quita belleza a las luchas de los pueblos de más años, donde el interés afea la pasión. Allí un vecino ve que su nombre es causa de empate en el recuento, lo retira de la competencia por el honor apetecible de presidir en sus horas de cuna el Estado que ayudó a crear, y escolta hasta el sitial, gozoso como un niño, al candidato opuesto que le debe el triunfo: ¡aquéllas fueron palmadas! Ceder es mandar.

Y otro mérito de estos hombres es el discurso nuevo y eficaz que les viene de su vida viril y sincera, y no es como esa elocuencia de floripundio, de tocador, de quincallería, que saca a lucir, con el manto

pintado de rayos y rosetones, las ideas que salen prensadas y secas de los libros, como las hojas de un herbario: sino otro modo de hablar vivo y directo, que dice en palabras contadas, con el nervio de quien está detrás de lo que dice, lo que nace en la vida virgen y dolorosa de la experiencia de un corazón sencillo. Orador no quiere decir pintor de decoraciones ni artista buhonero que va cargado de cintas y de carretes, sino hombre en quien se hace lava, que brota y chispea al fuego, la adivinación, el juicio, la verdad que busca en vano la salida por los labios más tímidos o torpes.

Ni cabe otro lenguaje en estos hombres reales, tan otros en todo, del hombre de ciudad, cortado en paño y relleno de libros, o de pus y de alfeñique.

Ya no es la horda hambrienta que cae sobre el país nuevo en cuanto se corre que tiene mineral o que la tierra es agradecida. Los desechos del mundo van llegando a caballo con los pies casi por tierra; o de viandantes, con el bulto en el bordón; o en la carreta de tapa, codo a codo, acurrucados.

Uno es pastor sin iglesia; otro ruso barbón; otro griego con aretes; otro, colono de desgracia, que donde va, seca el país; otro, un francés que da un rodeo, mascándose las palabras, cuando tiene que pasar por un camposanto; otro de espaldas jóvenes, saca en brazos de la carreta a una moza fornida, que baja alegremente, y se dan riendo el primer beso del desierto. De esos aventureros levantan casa pocos; son las sombras de la vida, que van y que vienen: los bravos se quedan, los que le abren un claro al bosque, los que cortan en dos los troncos derribados, los que sin clavos ni martillo hacen su casa de troncos, los que sin cepillo ni sierra sacan los tablones para el techo, los que siembran en él claro el maíz de primavera con que han de comer en el invierno. Y cada año el grano es más, el mercado está más cerca, el ferrocarril echa abajo más montañas. Sastre no hay: la que cose la ropa, ésa es la misma que la teje: el lino que lleva encima el hombre lo ha cosechado en su propia tierra, y se lo hiló su mujer. Las mujeres atienden a lo de la casa y dan una mano en lo del campo. Si hay pozo que abrir, o silla que hacer, o puerta que engoznar, o que remendar la mantequera, el hombre lo trabaja, a ratos perdidos: y lo que no sabe, lo crea. En un rincón, el órgano: en la mesa, la balada de Carleton y la Biblia.

¡Fiesta, fiesta! es que el hombre vuelve de vender la primera cosecha que le ha dado sobrante, y le trae una cinta azul a la hija, un sombrero al varón, y a la madre un vestido de la tienda.

O hay poco monte, como en Dakota, y la casa es de terrones, cocidos en el horno del sol, con el techo del cascajo de las cercanías, cuando no es una covacha en un tajo del suelo natural, techada con la poca madera que se le puede sacar a los árboles chaparros, y con las paredes llenas de agujeros, por donde entran y salen las culebras; y allí se discuten los plantíos; allí se comentan los denuncios de minas; allí se lee en coro el periódico; allí se baila con el polvo a la boca, y las paredes tapizadas de calicó, por mayor lujo; allí se reúne una vez al mes la sociedad literaria de la colonia, con su presidente, y su secretario, y el libro de actas, de papel de estraza, en que hay versos al primer niño de la comunidad, a los casados de la covacha grande, a la última nevisca, que llenó la cueva de nieve, que le sacó la sangre a los animales como si los hubiesen azotado, que se llevó los hombres por el aire como si fuesen papalinas, que le aventó a un hombre los sesos contra un tronco. ¡Pero en la mina de plata, se ha encontrado la veta de estaño! ¡Inglaterra paga caro el trigo de Aberdeen! ¡No hay en el mundo vetas de oro más ricas que las de Homestead, en el condado de Lawrence! ¡Donde encendió la fogata el primer colono, se levanta treinta años después el capitolio! Y los más de los colonos son jóvenes, de veinte a treinta y cinco. Por el camino que han abierto con sus manos, manos hechas a hojear los libros de la universidad, estos hombres vivos van a los premios de la vida, que se han de merecer para gozarse en paz, van a tomar sus puestos de representantes, de senadores, de gobernadores, en el palacio levantado con el granito que ellos mismos sacaron de la tierra.

La juventud ha de ir a lo que nace, a crear, a levantar, a los pueblos vírgenes, y no estarse pegada a las faldas de la ciudad como muñecos que no quieren dejarle a la madre el seno.

A los cuarenta años se empezará a reposar. Reposar antes, es un robo. Allá, trabajando juntos, aprenden los hombres el valor de la libertad y la ciencia del gobierno. Por eso rigen los hombres naturales, y se quedan de lacayos alquilones los hombres de libros. Se ha de tener el arado a la puerta, y la sociedad literaria en la covacha.

Así se nutre de savia la nación y le entra vida sana a la poesía, que es de lo más bello del mundo, pero está infeliz por nuestras tierras, como criada a biberón, con el suero alemán de Becquer, y la leche multicolora de Campoamor. Se ha de beber la leche como en Dakota, al pie de la vaca de Holstein, criada con las yerbas del país. Cada cual es su Moisés, y lleva en el pecho la roca que da agua.

Así, a manos de jóvenes, se han levantado las dos Dakotas, Montana y Washington. Washington es el menos poblado, y el de menos fama, porque está lejos, y no tiene tantas minas; pero ya andan por el mundo las celebraciones de su sonda de Puget, del lado del Pacífico, que es el brazo de mar más somero, pintoresco y azul de cuantos bordan costas, y es sabido que no hay tierra más forestal que el oeste del territorio, ni más fértil en granos que la del este, donde se crían al aire fragante, con una avena que va toda a los músculos, los caballos que les ganan la carrera de Sheephead Bay, en las puertas de Nueva York, a los establos más famosos. Spokane es el nombre del gran caballo, y el de su ciudad principal.

Montana es país minero, y de muy buenos pastos. Cinco millones de acres son de mineral, dieciséis de cultivos, doce de bosques, veintidós de montañas, treinta y ocho de pastos. Los picos se meten por las nubes. Los ríos caen con ruido que se oye a millas y se retuercen espumantes. Los celajes son de azafrán y azul turquí. Butte es la ciudad del trabajo, la ciudad triste, enfermiza, pálida, de los mineros. Los hombres llevan en los ojos resplandores de fornalla. La casa negruzca y desatendida, no es hogar. Los hijos son como de padres infelices: greñudos y exangües.

Las calles siempre llenas. De día y de noche echan al cielo negro, las chimeneas, el humo y las llamas. En Helena es donde está la "gente de colegio", con sus esposas en trajes de París.

Sobre plata pura se levanta con sus avenidas anchas y sus estaciones de ferrocarril, con sus casas suntuosas y su juzgado de mármol, con su calle central y su oficina de ensayos, con su muchedumbre pintoresca y pródiga, la linda ciudad de Helena, que va alta como los pinos de las cercanías, y se les sienta coqueta a los montes vecinos en la falda. Veinte millones de mineral han dado en pocos años los alrededores. Veintiséis millones dan al año las minas del Estado. Eran cabañas el año sesenta y nueve los que son monumentos ahora, y los mineros de bota a la rodilla y blusa colorada se reunían con las pistolas sobre la mesa, a leer el periódico, que se imprimía en papel de envolver, en una prensa traída por los montes a lomo de mula; y ahora las calles son como un mercado del mundo, con los chinos que vienen de su barrio infeliz, como era antes toda Helena, de casucas sin puertas y perros listos, que le comen el hueso al que se aventura por aquella miseria; con los irlandeses de pipa y bombín, que acuden adonde se vive con poca faena, y hay esquinas libres donde vender el veneno del *whisky* a los que trabajan; con los mineros de paseo, frenéticos y dadvivosos, con las botas al muslo, y, al cuello,

sobre la blusa, el pañolón de seda; con los rancheros que vienen de compras, y van luciendo en el pescante de la carreta la mujer y los hijos; con los jinetes del Sur, de bigote y perilla, caballeando veloces, con el sombrero por el aire; con el señorío del pueblo, enlevitado y de mucha finura, como que es la gente de la ciencia, que les "saca los pleitos", y viene del Este a la casa de ensayar, donde le pesan al oro hasta la sombra, en esas pesas de a pelo, que no dejan escapar ni el suspiro del oro. Wickes es otro pueblo donde están los hornos de la fundición, y no cesa nunca el ruido del martillo.

Pero Dakota es lo maravilloso, y lleva su nombre con derecho natural, porque Dakota quiere decir algo como "ligados", como "unidos", en indio, por haber vivido allí en paz las tribus que se peleaban antes; y el Estado se ha ido alzando como su nombre dice, en brazos de rusos y alemanes, de turcos y de judíos, de polacos y gente irlandesa, de los magníficos suecos y noruegos, que trabajan y aman como pocos, y saben tanto de siembras como de misas: con baile el domingo, un tiesto de flores, y una novia de pelo colorado, tiene un sueco fuerza de corazón para echarse un roble a las espaldas, o meter una locomotora en los rieles. Cinco mil colonos tenía Dakota el año setenta en sus yerbales matizados de flores silvestres, con las manchas verdes del trigo a medio crecer, sin más arrugas que los Cerros Negros, cosidos con oro, y sus colinas de plata, de estaño, de plomo, de cobre, de carbón y sus montes de pórvido y de mármol. Las compañías de préstamos adelantaron, con su doble hipoteca de siete y tres por ciento, el dinero preciso para que los cultivos floreciesen; los ferrocarriles, a cuál llegaba más pronto, se entraron por los cuatro confines: los capitales del Este abrieron canteras, sacaron el agua del suelo granítico con pozos artesianos de a ciento ochenta y siete libras de presión por pulgada: fundaron, bajo el cielo de refulgente azul, cruzado a rachas por el *chinook* asolador, las obras del Homestake, con los seiscientos morteros, que desbaratan veinte mil pies cúbicos de cuarzo de oro al día, y llevan ya deshechos unos veinticinco millones en diez años: donde el mineral no se amalgama porque es refractario, lo hierven en la lejía que saca el oro puro a poco costo: los agricultores fueron redimiendo, con la buena venta del trigo, su propiedad gravada, a interés del 10%, a las compañías: con las cosechas mixtas ha ido la tierra enseñándose, y el cosechero, viendo que es mejor levantar varios frutos con un promedio cierto anual, que criar un grano solo, que lo arruina si no se vende bien: la vacada fina anda en manchas

tupidas por los gramales y la yerba azul, y da leche para cincuenta cremerías, y queso para unas doce fábricas: con el buen maíz ha aumentado la cerdada, y se cuentan por dieces los mataderos y casas de empacar: el territorio gozó pronto de tal crédito, que le tomaron con premio un millón en bonos al cuatro y medio anual, y con el producto construyó escuela agrícola, escuela de minas, dos escuelas normales, dos universidades, casa de sordomudos, dos casas de locos, un reformatorio y una penitenciaria. Y hoy el Estado de las casucas de terrones, el Estado de las covachas, tiene como 4,500 millas de ferrocarril; alimenta con holgura a seiscientos cuarenta mil colonos; rinde al año sesenta millones de *bushels* de trigo, cuarenta de avena, y venticuatro de maíz; nutre en su buen aire seco, sin humedad ni epidemias, a setecientas mil cabezas mayores, a doscientas mil vacas lecheras, a cuatrocientos mil puercos, a doscientas cincuenta mil ovejas, a doscientos treinta mil caballos, acero para andar y ala para correr, que valen ellos solos dieciocho millones de pesos: en cinco millones aumenta cada año el valor del ganado. El oro da de 25 a 200 pesos puros por tonelada, y el estaño es tan generoso, que le sacan del dos al cuatro por ciento. No hay legua sin ciudad, porque fundan con sabiduría, como gente que quiere mantener el país en libertad y riquezas; así que no ven con favor el crecimiento de ciudades centrales, que estimulan el vicio, aumentan las ocupaciones sedentarias y seniles, dificultan el ejercicio de los derechos públicos y ocasionan el abuso del poder,—sino que levantan pueblos de mil o dos mil almas, donde al mes ya tiene su iglesia cada religión, y al municipio le han prestado fondos los vecinos con que levantar, como templos nuevos, las escuelas. ¡Y ésa es la torre de la escuela, la más alta! Trescientos bancos mueven el dinero del país. Cincuenta compañías hipotecarias tienen llenos los campos de agentes buscando agricultores que quieran emplearles la finca al diez. Bismarck, la ciudad mayor de Dakota del Norte, ve desde sus colinas los sembradíos alegres de que es lonja y corona, adonde viene la Germania y Escandinavia de la vecindad a ver la penitenciaria, las tres escuelas, el molino, el colosal capitolio. Sioux Falls es la metrópoli en Dakota del Sur, con sus once mil habitantes, y las cascadas voluminosas del río, que le mueven sus canteras y marmolerías, de donde sale liso y brillante como la seda aquel recio granito. Deadwood es como un nido feliz, en un valle donde se juntan, en la sombra amena, dos montañas; todo son carros, martillos poderosos, cuarzos de oro en Deadwood. Aberdeen, centro de los tri-

gales, tiene ópera. De Haron salen veintidós trenes diarios de harina y de piedra. Fargo es la ciudad de los edificios, y como el banco mayor de Dakota del Norte, con mucha vida en el río. Yankton, metida entre los árboles, es la universidad de la comarca. Con este presente han celebrado los cinco mil héroes fundadores, el 4 de Julio de este año.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 16 de agosto de 1889

CARTAS DE MARTÍ

El verano en Nueva York.—La playa y los bañistas.—Una familia en Coney Island.—Días penosos.—Pescadores y refrescos.—Un proceso célebre.—El jurado de negros.—La silla de ajusticiar.—Una envenenadora en la horca.—Un suicidio.—Estudio de carácter.—Simón Cameron, político americano.—De la aldea al Senado.—Cómo se levanta un político.—La amistad de Lincoln.—Los méritos y las faltas de Cameron.—Un hombre hábil.—Los literatos revocadores

Nueva York, 8 de julio de 1889

Señor Director de *La Opinión Pública*
Montevideo

Las orillas del mar están llenas de bañistas, y las playas de paraguas colorados, por cuyos bordes salen dos botas fuertes de un lado y dos zapatitos bajos de otro, como las bocas del carapacho del cangrejo: es una hilera de cangrejos la playa. Otras veces los paraguas van andando, como hongos de vacaciones que se hubieran salido de sus maderos húmedos a ver si están buenas las salchichas del alemán, o si los cacahuetes de Virginia vienen secos este año, o si el hombre del maíz da por un níquel una buena "bola de rosas": los granos de maíz restallan y saltan en la sartén: el humo de la salchichería se rompe en jirones, despedazado por el viento sur, y se enroscan y apartan los harapos de humo por el aire, como dos perros en pelea: el italiano vende plátanos: de un bote han hecho mesa, y alrededor come almejas indigestas, la muchedumbre burda: envuelta en sus cabellos pasa una niña vestida de encaje, con los pies de flor desnudos, y la pala y el balde, para hacer panes de arena: los bañistas, de hopalanda ellos, ellas en traje como de dormir, se persiguen, maridean por el agua, se meten la espuma por los ojos, o ella se acuesta en la playa, en una fosá que le abre él con las manos, y él la va cubriendo de arena caliente, bien, bien apretada al cuerpo, y se olvidan del tiempo con la diversión, y ella se ríe, hasta que no le queda fuera más que la cabeza: él la conoció anoche, y se dieron cita para el baño de hoy: ella es la hija del fabricante, del abogado, del regidor; la madre está por allí, comiendo plátanos de los del italiano, o no está la madre, o está de baños también: el padre anda de pesca con los amigos, porque ya dice el refrán que "Junio caña en puño", y si van de amistad en un bote de a diez llevan una caja de cerveza, que da idea de pecado, o un balde mayor, con la mitad de agua Apolinaris que está muy de

moda, y la mitad de champaña, y en las estaciones, como que eso del lote no es beber, piden un *whisky* agrio, que hacen poniéndole al *whisky* limón y azúcar.

Luego vuelven en triunfo, con la ristra de peccs, riendo gordo, contando las picardías del animal, enjugándose las lágrimas de la risa, calvos y sin chaleco, con la nariz llameante. ¡Otros son menos felices, como el pobre policía de hoy, que, adementado por el calor, se clava un tiro en la sien derecha! ¡Antes morir, amigo Cleary, que pasear un día entero en esa acera hirviente! Y tendido de la cabeza a los pies, apenas cabía el pobre hércules en el cuarto. Como que han vuelto los tiempos olímpicos, y el Dios de pelo rojo diezma a saetazos a los hombres, que rechazan su asalto con vasos de limonada, con sendos pañuelos de algodón, con baños en el mar de las cercanías, o con un tiro en la sien.

Estos han sido días de muertos. En Charleston, estuvo para acabar en la horca el médico que en su propia casa mató de un pistolazo al politicón celoso que vino, de guante y gabán cerrado, a pedirle cuentas de sus amores con la linda criada de sus hijos; el médico le hundió la bala en el vientre, arrastró el cadáver hasta una alacena para esconderlo debajo del tablado, y cuando vio que no lo podía esconder se entregó a la policía, con el cuento de que había matado en defensa propia. Pero en el jurado había mayoría de negros, y dicen que por eso ha salido el médico libre, porque el muerto fue un caimán insolente, que hacía de amo y señor de todo el mundo, y miraba a los negros como presa natural, tanto que una vez escribió en su diario que no era igual el delito cuando se le quitaba la virtud a una negra que cuando se le quitaba a una blanca. ¡Puesto que para eso son las negras apetitosas, para que el blanco se regale en ellas y les quite la virtud!—y los negros danzaban en las calles, cuando supieron que el jurado declaró libre al asesino.

En los diarios no se habla más que del aparato nuevo de ajusticiar, que es una silla eléctrica horrible de ver, con los pies del reo sujetos por delante, como en un cepo alto, y la cabeza reclinada como en un sillón de barbería. En Pensilvania ha muerto sonriendo una mujer de cierta literatura que envenenó a su marido y a sus cuatro hijos para cobrar unos cuatrocientos pesos, a que llegaba el seguro entre todos; recibió a los amigos en la celda como en un salón,—porque la enfermedad humana es mucha y todo lo singular encuentra amigos: consoló a los defensores, que la venían a consolar: subió sin ayuda la escalera de la

horca: y cayó por la trampa del tablado dando vueltas al cabo del cordel, como un badajo después de la campanada: por debajo de la falda, atada por las rodillas, se encogían y estiraban los pies: luego, cesaron. Un necio, que no sabe que todo mar tiene orillas, se disparó una pistola en la barba por los desdenes de una Nellie, que se echó a reír cuando lo supo, y se fue de paseo con otro: “¡Yo no voy a perder mi diversión por ese mentecato!”: y los vieron en Coney Island debajo de un paraguas colorado comiendo salchichas.

Pero en Pensilvania, el Estado del hierro y el carbón, el Estado que más manda hoy en esta república manufacturera, el que sojuzga y maltrata a la república agrícola, hay duelo por otro muerto, por el politicón famoso Simón Cameron, que no se cansaba de vivir, ni de imperar en la política privada de su Estado donde conocía bien a cada cual, que siempre le salía al camino con los dones que podían tentarle, si lo aceptaba por jefe, o con la intriga que le quitaba la tierra de debajo de los pies si le rehusaba la amistad.

No se le puede dejar morir así, sin decir quién fue, porque acá ha sido Cameron persona tan ilustre que, cuando cumplió los noventa y tres años, la Legislatura de su Estado fue en masa a saludarlo “en prueba del influjo e importancia de la vida política del venerable anciano”, que era hombre que llevaba como sobre la nariz a los legisladores, según lleva un juglar en la vara los platos, y cuando arrugaba la nariz echaba un legislador abajo. Ese era el arte en que fue maestro Simón Cameron y por eso le tenía la Legislatura “veneración”. Lincoln lo ayudó, en la época en que se le vieron a Cameron más sus pecados y abusos. Lincoln era hombre, y sabía ser indulgente con los hombres. Perdonar es el modo más leve de pecar.

Lincoln lo salvó cuando la opinión pública, escandalizada al fin, echó a Cameron de la Secretaría de la Guerra: la opinión lo tachaba de estafador del erario, pero Lincoln veía con los dos ojos, y entendió que el que por la estafa e intriga política había llegado a candidato posible para la presidencia del país, no sería sacado de su poder porque se le descubriese intriga más o menos. Y en época de guerra y creación importa sujetar con la bondad a los amigos peligrosos a quienes no se puede vencer. Ese es el hombre de Estado: sagacidad e indulgencia.

Pero en Cameron había mucho más mérito natural, porque sin él no se llega de pimpín de pueblo, de hijo descalzo de sastre de lugar, a perio-

dista, a contratista, a amigo de potentados políticos, a potentado. Y parte de su mérito fue la largueza con que daba de lo suyo, que es cosa rara entre los que han empezado a vivir en la estrechez, y se quedan para toda la vida como con un miedo infantil de gastar, que debe verse con compasión más que con censura, porque ahí se adivina la agonía del que se ha ido levantando por el mundo sin más apoyo que el aire, ni más escalera que sus brazos. Sólo que Cameron tentaba con los pies la tierra antes de andar, y ponía los regalos donde le crecieran. Conoció la verdad: que de los dadivosos es el mundo.

No se olvidaba de sus años de novicio, ni de la fatiga de necesitar más de lo que se tiene, y solía sacar de apuros al que bregaba por subir o dar a la callada una limosna que salvaba una honra. Por sus defectos se maneja a los hombres más fácilmente que por sus virtudes. Esa fue ciencia mayor en Cameron: tenía el balcón abierto sobre la vida secreta de cuantos se agitaban a su alrededor, y podían disputarle los panes del éxito, o acompañarle a conquistarlo. En cincuenta años no se ha movido nadie en Pensilvania sin ver por dónde venía el brazo de Cameron. Puso en sus intereses a los que pudieron haber sido sus enemigos.

La alemana es tenaz y parca, y el escocés se anda a pie el mundo: de un sastre escocés y de una hija de alemán nació, en cuna de pino rústico, el que pronto había de apetecer más ciencia del mundo que la que le enseñaba la madre en los libros domésticos. Vendía Cameron los trapos de la casa para comprarse libros en lo del ropavejero del país, que lo vio llorar un día porque le faltaban veintisiete centavos para un libro de a peso, y le dio el libro, el cual Cameron pagó luego de sobra, porque todos los negocios le parecían pocos en la época de su prosperidad para dar algo a ganar a Mr. Evans, el de la ropa vieja. No hay nada como sembrar en la tierra y en las almas. El sastre se vio tan pobre que tuvo que repartir los hijos, y Simón cayó en la casa de un médico viejo, que bebía *whisky* como si fuera aire, y tenía una copiosa biblioteca.

Don Quijote fue el primer libro que leyó el aprendiz. Un italiano de valer se lo llevó una vez consigo, a que aquel lector voraz viese el universo de Filadelfia: con zapatones y ropa de risa entró en la ciudad por primera vez el que había de ser rey de ella: el italiano no perdió lo del viaje, porque Cameron, años después, le dio a su hijo en recuerdo del favor un empleo pingüe. Se pasaba horas, después de su vuelta, viendo rodar las píldoras. Una mañana se echó el morral al hombro, y entró de cajista con un impresor que le daba comida y enseñanza, y el beneficio de tratar hombres de influjo en la política local, de la que a poco

supo tanto el recién venido que un senador lo encargó de defenderle la candidatura en un pueblo donde lo veían con malos ojos, y puso en paz, y a favor del senador las facciones rivales.

Hacia Washington se le iba el alma al mozo decidido a hacerse de poder, y allí acabó de aprender el oficio de impresor, a peseta el mil de emes. En Washington triunfaba, por su habilidad tanto como por sus otros talentos, el proteccionista Calhoun que adivinó un discípulo ávido en el cajista de ojos tenaces y quijada fuerte. De vuelta en Pensilvania compró un diario a crédito, y ya se sabe lo que es un diario en manos de un ambicioso.

Allí no había cuartel, ni se defendían los derechos de los que no pueden pagar defensores. Lo mejor era estar en paz con "ese diablo" del *Intelligencer*, amigo de los proteccionistas, del temible Calhoun, de las empresas de ferrocarriles, de todos los que quieren acorralar para su provecho el país. A los pocos años ¿quién era el impresor oficial, sino Cameron? "¡Mejor es darle la imprenta que que nos saque del gobierno!" Hubo un canal que abrir, y Cameron fue uno de los contratistas, por supuesto.

Para empleados usaba de los políticos de esquina, y con el periódico y los destinos fue echando atrás a los rivales y tendiendo la red por el Estado. Con el influjo que tenía en él ganó amigos en la política nacional, y por ellos otra contrata en un canal del Sur, de donde vino a pelear por la primacía en las elecciones, que eran de mucho interés, por ser la prueba del primer concurso de delegados especiales del partido para escoger el candidato a la Presidencia, que hasta entonces habían nombrado en convención los representantes de la Casa en Washington. Fue triunfante a la convención de Baltimore, y de allí vino tan seguro de que iba a haber gran guerra, que cuando Lincoln, después de pesar y medir, lo tomó de Secretario del departamento en prueba del respeto al Estado que propuso a Cameron de Vicepresidente, quiso, desde el principio, acuartelar y armar a los esclavos fugitivos que se acogían a los Estados libres, y movió grandes compras de pertrechos y armas, lo cual hubiera acaso parecido bien, aunque no estaba el Norte tímido para provocaciones; pero los contratistas eran los paniaguados de Cameron, los ferrocarriles que se querían comer la república, y lo mantenían en Pensilvania donde se sirvieron ellos y él del erario a manos llenas. En lo de armar a los negros veía bien, y era honrado.

Su poder en Pensilvania era mucho, y no había que pensar, en años de guerra, en tener a Pensilvania de enemigo, o de amigo descon-

tento. Cameron había sido el senador del Estado, el que sacaba y ponía senadores, el que a los demócratas mismos les quitaba de debajo de la barba los votos más fieles.

Para azuzar preocupaciones, encender esperanzas y dar de comer y beber, no había como Cameron. Y luego Cameron dio en la convención presidencial el voto de Pensilvania a la candidatura de Lincoln. Sobre las manos enlazadas de los hombres se levanta el mundo. El mundo no se cae en el vacío, porque lo sostiene un coro de hombres unidos por las manos. ¿Abandonaría Lincoln a quien lo ayudó? ¿Pondría en peligro, en la hora crucial de la nación, la amistad del Estado más rico e influyente, la unión del Norte frente al Sur unido? Vacó la embajada de Rusia; y a Rusia mandó Lincoln a Cameron. Lo de los contratos podía ser: pero no era verdad lo que Cameron decía, que la guerra había abierto las alas, que debía armarse al Norte hasta los dientes, que estaba a estallar la gran guerra.

Así lo dijo en frases magistrales, que no eran suyas, porque él de escritor entendía poco, como no fuera para dejar caer una amenaza o disimular una tentación, en lo que, hablando y con la pluma, fue su arte muy grande. Su fuerza estaba en la claridad con que veía en las intenciones de los hombres, y la certeza con que deducía de ellas los tiempos. Pero las frases las mandaba hacer. Tenía siempre al lado uno de esos literatos revocadores que visten de ideas finas las ambiciones y maldades de sus dueños, lo cual es uno de los delitos más vergonzosos y negros con que se pueda un hombre deshonorar. Todas las tiranías tienen a mano uno de esos cultos, para que piense y escriba, para que justifique, atenúe y disfrace: o muchos de ellos, porque con la literatura suele ir de pareja el apetito del lujo, y con éste, viene el afán de venderse a quien pueda satisfacerlo. Por casa con coche y bolsa para queridas vende la lengua o la pluma mucho bribón inteligente. Y ¿por qué se le ha de negar lo que es suyo? Nadie le escribió el discurso al zar en que, en aquellos días en que un político abolicionista tenía poco segura la posición, congratuló a Alejandro por haber dado libertad a los siervos. Su veta de oro había en aquel carácter, cuando Lincoln lo quiso. Pero en la fosa le pueden poner esta frase terrible: Este, de la política hizo negocio. ¡De la política, que es la patria!

JOSÉ MARTÍ

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Pugilato.—Sullivan contra Kilrain.—El teatro chino.—Asamblea de los nuevos Estados.—Batalla de huelguistas.—Negros y blancos

Nueva York, 9 de julio de 1889

Señor Director de *La Nación*:

X Está de bárbaros el país. No se habla más que de la pelea de los dos púgiles Kilrain y Sullivan. De San Francisco a Nueva York, lo primero que trae el diario, escrito con maravilla de color y arte como de novela, es el recuento de lo que hicieron ayer los púgiles, de lo que come Sullivan, para rebajarse la carne, de lo que anda Kilrain, para fortalecerse las piernas. Se ha escrito de ellos, es la verdad, más que de la catástrofe de Johnstown, que todavía está pidiendo ataúdes.

No se ha hablado tanto de la muerte de María Mitchell, la cuáquera varonil, amiga de Herschell y de Humboldt, que a los once años ya *medía y computaba con su padre las órbitas del cielo*, y no halló en sus setenta años hombre que preferir a las estrellas, ni fue nunca expresiva en sus adioses, sino muda y profunda como la bóveda celeste, tanto, que no hay alumna de astronomía en Vassar, que le oyese decir “adiós”, porque su modo de decirlo era llevar las discípulas a su jardín, y dar a cada una un capullo. Como cosa menor han pasado, a pesar de que fueron a verlas miles de hermanas y de novias, las regatas de los estudiantes, de azul unos y de amarillo otros, y otros de rojo y de violeta, hasta que ganaron los azules de una universidad del campo, mientras que los de Nueva York, vencidos, no los pudieron vitorear como es así de costumbre, porque de los ocho que iban en el bote, seis cayeron desmayados sobre los remos.

Apenas se ha comentado la habilidad con que va cundiendo entre los ricos la iglesia romana, que puso ayer como de oro la catedral de la Quinta Avenida, y sacó las casullas de más recamo y los más preciosos turíbulos, para entrarse con la sutileza del incienso por los sentidos del señorío filadelfiano, que vino a ver casar a la hija del millonario Drexel. La misma novedad del teatro chino ha parecido poca, y los más han ido

a ver de burla las suntuosas cortinas, los trajes legendarios de plata y seda carmesí, los músicos que timbalean frenéticos sus tonos de guerra, de amor o de funeral. los tramoyistas, vestidos como de calle, que entran a poner en los respaldos de las sillas las decoraciones, mientras el general, con la túnica de alas al cinto y el casquete de seda negra, se trae de atrás a la cadera, en señal de ira, la pluma larguísima, de las dos del casco, o simula con el emperador de barba blanca y cabezal de oro una batalla de mucha mortandad, dándose como de lanzazos con dos varillas encintadas en la punta, con gran acompañamiento de vueltas aéreas, veloces y precisas, hasta que uno de los dos tiende la varilla para que pase debajo el otro, que es el ejército vencido, o levanta la pierna, lo cual significa que monta a caballo o cae por tierra dando tres zapatetas, o tres vueltas en redondo, con lo que indica que está muerto: y el tramoyista viene a ponerle un banquillo debajo de la cabeza, para que no se le quiebren las plumas durante la larga conversación del vencedor con su mujer, que llega de ganar otra batalla a lanzazo limpio, y lo cuenta con un falsete ansioso, levantando sobre apoyaturas, con coro de platillos, timbales, flautín y violinete, que celebran o lamentan, según lo que va cantando la princesa tártara, con modales tan acompasados y propios como es violenta y monótona la voz; de pronto se levantan todos, dan tres vueltas rápidas al escenario, y desaparecen, como escolares de asueto, por la puerta de la izquierda, porque las tres vueltas quieren decir que la escena ha cambiado: como cuando figura uno que tropieza, y es que va de novio a aspirar el aroma de la flor del naranjo, y quiere significar que está entrando en el cuarto de la desposada, cuyo papel, como todos los de mujer, no los hacen una Kung de pies como nueces o una Yung de pies mayores de criada, sino un hombre que ha de ser de muchas letras, porque a los actores como a los músicos no les dan la parte escrita, sino el asunto de su parte, tal como lo compuso el historiador Koong-Ming hace dos mil años; y cómico y músico ornamentan e imaginan su papel, con gran cuidado de que no digan los personajes cosa que no sea de su tiempo y dignidad, ni salga de los timbales, del violinete, del flautín, de los platillos, acorde alguno impropio para que lo oiga y presida el Joss dorado, que desde su palco divino asiste a la función.

Del Oeste vienen noticias de cómo los Estados nuevos no desean entrar en su edad mayor con mucha deuda, ni imitar al Noroeste, que se cegó con las primeras prosperidades, e infló los valores hasta el cielo, que cayeron a poco deshechos, como agua que eran, por lo cual no quieren los cuatro Estados, y las dos Dakotas sobre todo, más préstamos

que los que se pueden pagar seguramente con el desarrollo legítimo de la riqueza cierta del país: porque los globos, de un alfilerazo se vienen a tierra, y nadie echa a navegar una tonelada sobre una hoja. No quieren esos adelantos de locura, sin base en el valor real de la propiedad. Unos quieren Casa y Senado, y otros Casa sola. Casi todos, como que han visto a la mujer arar, montar a caballo, defender su hacienda a boca de rifle, matar y morir como un hombre, opinan por que se dé, o se prometa con solemnidad, el veto a la mujer.

Lo que quieren todos, y parece ya logrado, es que el voto sea secreto, como en Australia, y que no pueda el votante vender la patria por un par de botas, ni el tabernero ganarse, con el adelanto del *whisky*, a los bebedores, para que voten como quiere el ferrocarril, que le paga el infiujo llenándole de barriles la tienda. Pero no todo es concordia en el Oeste, ni va la buena semilla sin gusano, porque de Duluth, la ciudad precoz de Minnesota, con los graneros que se vacían a cientos en las barcas del canal, y los muelles de su lago hermoso, vastos como llanuras, llegan noticias de sangre.

La huelga ha sido, que también tienen reales por aquellas lejanías. De sobra hay siempre quien tome acá el trabajo que otros dejan, puesto que por mucho que sea lo nuevo, más son los que vienen a sacar tajada de él. Los peones alzados no querían dejar en paz a los que seguían abriendo la acequia. Murmuraban. Iban armados. Venían con mala intención sobre los trabajadores.

La policía cambió balazos con la huelga y mató a uno. La huelga arremetió contra la policía, tocaron los elevadores a somatén, soltaron las campanas las iglesias, la batalla duró una hora, hubo horror y carnicería; se cambiaron en la hora cuatro mil tiros. La huelga se llevó sus muertos, desbandada.

Pero ni de eso, que es boca humeante por donde se le pueden ver las entrañas al país, se comenta, se telegrafía, se escribe tanto como del suceso, que a todos preocupa, puesto que se nota que los mismos que lo condenan, más hacen para tener ocasión de hablar de él. X“Sullivan tiene siete pies.” “De los pies es flojo, y tiene el brazo roto.” “Un barril de *whisky*, no es quién contra un herrero que juega con los quintales.” “Sullivan rompió ayer en el aire una bola de cuero de un puñetazo.” “Kilrain tiene cables en las piernas.” “Con avena hemos estado criándole los músculos a Sullivan.” “Cien por Sullivan.” “Diez por Kilrain.” Y salen llenos de rufianes, de jóvenes de la prohombra, de represen-

tantes y jueces que llevan nombre supuesto, los trenes, anunciados, de público, en cartelones y periódicos, para el lugar de la pelea, para el circo que a quince por hombre, tiene ya recogidos treinta mil pesos.

Allá va toda la gente de cabeza rapada, y tabaco con el aro de papel, para que se le vea lo bueno. Van de sillón con cama y mesa de champaña, en el carro-palacio. Van con sus mozas, que saben como ellos dónde ha de ir una buena "derecha", o cómo se ha de meter el brazo para llevarle al otro la ventaja en la "cruz". X

Y ellas mismas saben "crucear" y "derechar", como la que, en pleno Long Branch, sacó a latigazos al marido sumiso de una casa donde había entrado a convidar a una damisela a que pasease en su coche. "¡En este coche no entra nadie más que yo!" Y el marido iba luego a su lado por el paseo, muy satisfecho, saludando a derecha e izquierda con el sombrero blanco.

Pero por el Sur, donde va a ser la pelea, no se habla de ella tanto como del proceso del médico McDow, el buscacriadas dulcilingüe, que en la ausencia del dueño, entraba a enamorarle, en el regazo de la biblioteca, a la suiza hermosa que servía de aya a los niños. El dueño era político baratero de los que cobran la meca porque tiene más puño; y como la prosperidad está más con las preocupaciones que contra ellas, y en el mundo bebe más champaña el que lisonjea las pasiones de los ricos que el que las contraría, él se puso tan del lado de la prosperidad, que los infelices de Charleston, los negros, tuvieron pronto justa causa de odio contra el capitán Dawson, que vino de tierra extraña, a maltratar a las víctimas del país en que no tenía la excusa de la tradición ni el derecho de sus dueños naturales. En la tierra ajena se ha de ser siempre comedido como un huésped, y sentarse donde lo manden sentar a uno, y recibir el aire mismo como un favor.

Pero Dawson era baladrón, y se valía de sus letras, que no eran pocas, para imperar por la amenaza o la denuncia con el poder de su periódico, que llegó a ser el que los negros miraban con ojos peores, porque no les concedía alma ni luz, y una vez que los negros ahorcaron a un blanco que le llevó la flor a una de las hijas del pueblo, dijo el capitán Dawson que no tenían los negros que excusarse con que los blancos linchaban por una guiñada al etíope que pusiera en una de sus mujeres el deseo, porque una cosa era la flor de la blanca, y otra la flor de la negra. Fue en política lancero libre, o como mesnadero suelto,

que en cuanto no se la pagaban bien, amenazaba con llevarse la mesnada. Sabía griego y latín, y calzaba guantes.

Con guantes iba y con un junquillo el día en que entró en el estudio del médico amoroso a pedirle cuentas, con cólera como de celos, de aquel modo de ir a escondidas por su casa a sonsacarle el aya de los niños. Lo que pasó nadie lo sabe. El capitán era un tronco de árbol, y el médico un colibrí. Un cochero oyó de afuera el tiro, y que el médico decía: "Ud. me amenazó con quitarme la vida, y yo le he quitado a Ud. la suya." El cadáver estaba allí, con su junquillo y sus guantes. Sobre el doctor no había señas de golpes, sino como un arañazo en la cabeza, que pudo hacerse él mismo, cuando anduvo por la alacena a oscuras levantando el tablado, y viendo cómo escondía debajo el cuerpo del atleta, que no le cupo en la prisión; hasta que el médico sacó entrañas de la dificultad, y se dio a la policía como matador en defensa propia. El crimen tomó al punto tamaños nacionales, porque las durezas de Dawson con los negros tenían a éstos tan iracundos que el médico con no ser más que un picafaldas, les pareció un vengador; y como en las listas del jurado había negros y blancos, unos decían que los negros condenarían al homicida a ciegas, por el gusto de mandar un blanco a la horca, y otros que lo darían libre a pesar de la culpa, en venganza del capitán Dawson. Y un jurado de negros y blancos, un jurado donde los esclavos y los señores iban a decidir juntos con igual derecho, sentados hombro a hombro, ¡de la vida de un señor! El día de la saca de los doce jueces estaba repleta la sala; el juez se echaba aire con un abanico de palma; a derecha e izquierda del estrado sostenían, mudos, los candelabros apagados, dos guerreros de bronce; detrás de cada abogado, de pie pequeño y quevedos de oro, entraba un negrito, halando de un saco verde, lleno de los libros de consulta; el homicida es pelinegro y trigüeño, con bigotes de escribiente y ojos fogosos, y traje como de quien ha visto a París. Empezó la saca de los jueces, y se vio que el médico los quería mejor negros que blancos. "Jurado, decía el juez, encárate con el acusado: acusado, encárate con el jurado: ¿qué dices de él?" "Lo acepto", decía McDow. El fiscal lo tachaba, sin más razón que la de la prisá con que lo acataba el preso. Antes de una hora, eran los jueces del médico elegante cinco blancos y siete negros. De los blancos, uno era corredor, otro empleado en negocios, otro agente de seguros. De los negros, uno cargaba paraguas de puño de plata, y la mano izquierda fúlgida con las sortijas; otro es hombre elocuente, y todo un Chesterfield por los modales; otro tiene los crespos grises, y lleva quitasol de algodón;

uno es comerciante rico, con una pescadería de fama, que se le ve en lo brillante del vestido, y en la recia leontina de oro. Los blancos van al asiento con la cabeza caída. Los negros, con la cabeza alta. A los tres días, el médico salía absuelto, en un coche de triunfo. Estaba el tribunal rodeado del gentío negro de los suburbios, que recibió el perdón con sus danzas frenéticas y sus alaridos de gozo.

Lo encofetado de Charleston habla de reunirse en junta pública para condenar al jurado como traidor a la comunidad y encubridor de un asesino. Lo de la raza está debajo; el señor humillado quiere que se proclame que la justicia en la casa del señor no está segura en manos de los siervos. Y el médico, con su hijita a los pies, con la hija que tiene de la mujer con quien dijo haberse casado por la riqueza, recibe, cortés y blandilocuo, a sus visitas, en la misma sala del asesinato. Y apuesta, cien pesos contra siete, con un visitante, a que ha ganado Sullivan.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 17 de agosto de 1889

CARTAS NORTEAMERICANAS

Monumento de los peregrinos.—Los últimos indios.—Los Cristos del Sur

Nueva York, 15 de agosto de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Ni de las intrusiones de la política norteamericana en Haití; ni de las tres viudas del prestidigitador Irving Bishop; ni de la pelea de los electricistas contra el Brown que ha puesto a la electricidad de verdugo; ni de lo que adelantan el iracundo Foraker entre los republicanos, y el pensamiento de Cleveland en la masa del país, iban hablando el primero de agosto los descendientes de los peregrinos de la "Flor de Mayo", sino de la lástima de que les tocara mañana tan lluviosa para dedicar, con la oratoria de Breckinridge y la poesía de Boyle O'Reilly, el monumento de granito que al cabo de veinticinco años de fatigas, de peticiones, de regalos, de colectas, de limosnas, ha logrado levantar la sociedad de los peregrinos en memoria de aquellos bravos de bota y alabarda que se arrodillaron en la limpieza de la nieve a dar gracias a Dios, el 22 de diciembre de 1620, porque en la catedral azul del cielo podían orar como les dictaba la conciencia, con el amparo del mar de Plymouth, a la música de los pinos.

De todos los Estados fue gente de honor a la ciudad, que tiene lejos, por donde no se las sospeche, sus fábricas y factorías, para que no vea el visitante más que las casas señoriales, cercadas de olmos, donde viven, en arrogante soledad, los que aún llevan en los ojos aguileños, en la espalda cuadrada, en la mano poderosa, en el pie fuerte, marcas de aquellos a quienes no les fue obstáculo el saber de los libros ni la elegancia de las costumbres para echarse, mujeres y hombres, a la mar revuelta, en busca de una playa donde tuviera asilo seguro, so capa de libertad religiosa, la que bajo ellas les daba alientos para arrostrar la muerte: la libertad política. Bien lo dijo el poeta de la fiesta: "¡Aquí empezó el reinado de los hombres!"

Ya no es Plymouth el caserón de troncos donde se albergaron los peregrinos, con sus Priscillas y sus pequeñuelos, que eran cien por todos,

y tan bravos que no se les encogió el corazón cuando los fríos los dejaron en la mitad, sino que los cincuenta siguieron derribando pinos y defendiendo el pueblo hasta que tuvieron la tierra de los alrededores repartida, y los solteros viviendo como de la casa con los matrimonios, que eran diecinueve con su casa de tablonés para cada uno, en dos calles que hacían cruz, y en el mismo crucero la mansión del gobernador, que desde allí veía bien el entarimado de los seis cañones. Plymouth es hoy población de monumentos, y éste de ahora es de lo más alto en su especie, aunque no de lo más hermoso, con sus ochenta y un pies de alto, en la cumbre del cerro que impera sobre la bahía, y las cuatro figuras de la libertad, la moralidad, la educación y la ley puestas como baluartes y esquinas a la base cuadrada donde se yergue, con el brazo a medio alzar, la estatua de roca de la Fe, que por el cuello mide nueve pies en redondo, y trece por la frente, y treinta y seis de la fimbria del manto a la estrella que la corona. Y bajo cada figura de la base hay un relieve de mármol, que por su ejecución vale menos que por su asunto, como que en uno están los peregrinos embarcándose, rumbo a la libertad, en la rada de Delft, y en otro se les ve en el camarín de la "Flor", firmando el convenio de gobierno civil con que había de regirse la nueva comunidad: otro relieve pinta el desembarque, cuando el pastor se arrodilló sobre la nevada, para agradecer al cielo el arribo a una playa libre: en el otro mármol están los peregrinos de chambergo y vestón, tratando de paz con el indio, de plumas y pieles, el indio Massassoti.

¡Pero en este monumento tan trabajado, tan traído y vuelto a traer, con un relieve regalado por Massachusetts, y la estatua de la Libertad regalada por el Congreso federal; en este monumento de corte áspero y artes escolares, sin el soplo vivo de la magnífica rebelión que conmemora, no hay figura ni adorno donde se celebre la verdad y trascendencia de aquella peregrinación, que no estuvo tanto en la fe, sino en la independencia religiosa, por la cual se establece el derecho del hombre a pensar por sí en los asuntos que le atañen, y no acatar más rey en el mundo que el que le ha dado la conciencia por monarca! Y aun eso era cosa espiritual, que por su dignidad y aiteza estaba fuera y por encima de la intervención del hombre, sin que el arte menor de gobernar los intereses terrenos de la comunidad, lleve la arrogancia hasta tomar bajo su ala de criatura a la casa del creador, ni su usurpación hasta presumir de alimentar y cuidar a la Iglesia, que no debe estar a sueldo de nadie, porque es como poner a Dios a pesebre y darle un pienso por la tarde, y otro por la mañana.

No eran aquellos peregrinos los puritanos de quijada fuerte y de mosquete al hombro que quemaban brujas y acribillaban a balazos a los cuáqueros, sino los que recibían a los cuáqueros prófugos con amor, porque con que el hombre fuese sincero, y con que padeciese por la libertad, ya era para los peregrinos religioso. En busca de puerto para ese derecho de creer fueron del norte de Inglaterra a Leyden y a Amsterdam: en busca de ese puerto virgen se fiaron a la mar en Delft, con su carga de arados, de escopetas y de Biblias: en busca de ese puerto venían cuando a bordo de la "Flor" reconocieron y firmaron que en las cosas del alma no hay más guía ni autoridad que la razón, y que sobre esa base de felicidad había de levantarse, sin ingerencia alguna en el gobierno ni especie de templo, la asociación que los peregrinos formaban para vivir y prosperar juntos donde el hombre pudiese vivir conforme a su naturaleza. Y en el camarín de la "Flor" quedó establecida para siempre la práctica sin la cual no puede haber pueblo dichoso, y asegurado a la vez la dignidad y la paz al hombre y a la religión: la separación de la Iglesia y el Estado.

Pero lo que no está en el monumento con la claridad y preeminencia que debía, en la ceremonia estuvo, porque el discurso lo dijo un protestante de los que pone la razón por sobre su cabeza, y no ve salud sin el albedrío de la opinión; y la poesía fue de un católico famoso que no se mesaba los cabellos, ni invocaba el fuego celeste cuando los masones dedicaron el monumento, antes de los versos y de la oratoria, con ritos en que fue parte principal el ungir la piedra con jugo de maíz, y con aceite y vino. Oraron los grandes maestros, y cantaron himnos los grandes capellanes. Uno invocó, y otro proclamó. Y masones, protestantes y católicos corearon juntos, al pie del monumento de la razón libre, el himno "América".

Ya cuando empezó su discurso el kentuckiano Breckinridge, que es orador famoso; que le pone riendas al fuego, y alas al juicio, habían vuelto de su primera curiosidad los que del ferrocarril se fueron a ver las memorias preciosas del lugar,—la roca de Plymouth, donde pusieron el pie los peregrinos, y ahora está bajo un dosel de piedra,—el cerro de Cole, adonde llevaron en procesión los huesos de aquellos cincuenta que en el primer invierno murieron de frío,—la calle Leyden, como se llama ahora la de las diecinueve casas, con su "mansísimo arroyo", al que vienen alborotando, como chicuelos desnudos que se echan al baño de cabeza, "muchos alegres manantiales",—la columna de Bradford, puesta

sobre el sepulcro del gobernador sagaz, que atraía con las palabras y mantenía con los cañones; el templete, donde están en pinturas los sucesos de los peregrinos, y se ve en una mesa de roble la Biblia de John Robinson, y entre cristales la alabarda de Alden, y en su estuche gastado la hoja damasquina de Miles Standish, el soldado intrépido de la peregrinación: y a la puerta de todo, como si el mundo hubiera de parar en verso, el manuscrito de la oda de Felicia Hemans: “¡Se empinaban las olas rompientes!..” Otros venían empapados de la lluvia, del lago cercano de Billington, por cuyas orillas frondosas enarcan la cola, paran las orejas finas y saltan con las pezuñas de punta, como cuando quieren matar a la serpiente al caer, los venados que la ley del pueblo ampara de los cazadores, y crecen cada día: cerca están, huaños y miserables, los últimos indios.

¡Ni un indio quiso ir a oírle el discurso a Breckinridge, que ponía a los peregrinos como zapadores de esta idea de la conciencia libre, y de la Iglesia independiente en el Estado! Ni un indio fue a oírle las estrofas repulidas al irlandés Boyle O'Reilly, que es hombre de genio y cuerpo hermoso, amigo y capaz de lo épico, y gran mantenedor de la poesía vieja de Irlanda, y de la gracia y salud del boxear, en que es tan perito como en sacarle punta a las antífonas, y ponerle refrán a los épicos. Ama a la religión católica con la fuerza de quien ve en ella el símbolo de la patria oprimida, y tiene para condolerse de los vencidos, del negro, del indio, del hombre de corazón sensible, acentos de esencia y música, que suelen llegar a la beldad estatuaría por la limpieza de la idea y la composición de la armonía, que es arte a que no pudo llegar con los versos oratorios de la ceremonia de Plymouth, los cuales, con ser hermosos, no fueron más que poesía de monumento, que perdura por la ocasión más que por su valer, y a lo sumo es como aquí, un rosario de enumeraciones, o un párrafo que da vueltas y va subiendo como un caracol, para ponerle en el tope un verso que le salió al poeta feliz.

Pero esto es la albañilería de la literatura, y no su aroma, como la poesía debiera ser. La flor del pensamiento es la poesía, y lo nuevo del mundo; o la flor del sentir, que en los pueblos viejos, por la cultura o por la edad, acaso sólo es dable en los jóvenes, si es que el atiborramiento de las escuelas deja a la juventud de hoy la frescura e individualidad propicias e indispensables a la creación poética, como a toda especie de creación. Educar no debiera ser eso, ni echarle al hombre el mundo encima, de modo que no le quede por donde asomar los ojos propios;

sino dar al hombre las llaves del mundo, que son la independencia y el amor, y prepararle las fuerzas para que lo recorra por sí, con el paso alegre de los hombres naturales y libres.

Más poesía, tremenda e ingenua, hay en el discurso en que Nube Roja sacó el dolor de su alma de indio ante la concurrencia que había venido al pueblo de Chaldron, en sus ropas de fiesta y sus músicas de vencedor, a ver cómo danzan los últimos *sioux*, los que ya no tienen “ni lo que cubre una piel de venado”, para oír lo que dice del cielo el hombre de la medicina, el que enseña cómo se curan las heridas, y cómo se pone a los enemigos en paz: el hombre de la medicina, con su crestón de plumas tendido a los pies, oía encucillado el discurso de Nube Roja, encucillado, con la cabeza hundida en las rodillas: ¡dicen que les dejan la mitad de su tierra, de lo único que les queda ya de su tierra! ¡pero les quitarán esa mitad, como les han quitado esta otra! ¡Para qué quieren ellos los catorce millones de pesos que les dan! “¡La pluma del águila que vuela libre por el aire, dice Nube Roja, vale más que tus catorce millones de pesos!” “¡Si esto es convenio, corazones de lobo; si esto es convenio, corazones de zorra, ¿qué será asesinato? ¡A mi también se me ha metido la culebra en el corazón, porque no tengo valor para arrancármelo con las manos, y echártelo a los pies, para que se lo lleves al gran padre de Washington, a que reparta entre los blancos lo último que queda de nosotros!” Los militares lo oyen, con la mano al revólver: las mujeres y los músicos se han metido en los carros: los indios todos en cucullas, con la cabeza baja, atienden al discurso de Nube Roja. Tiene alta la cabeza: las palabras le salen como apretadas, martirizadas, rotas de los labios: con la mano izquierda se arranca los flecos de la calzonera de cuero: con la mano derecha hace gestos violentos, como de quien echa lejos de sí lo que le causa horror. “Me han mandado venir aquí para que vean los blancos cómo bailan los indios; esto está bien, está bien, porque los indios de ahora no saben más que bailar. ¡Ya los indios se han muerto!: estos indios de ahora son como la sombra de los árboles que de noche da miedo y hace reír de día: ¡estos indios de ahora son huesos de pájaros! Pero yo he querido venir, porque todavía creo lo que mi padre me dijo, que la sangre enojaba la tierra, y que los blancos y los indios son todos hermanos, como nacidos de una misma mujer. El gran padre me manda decir que le venda mis tierras porque si no se las vendo, va a ser como en el agua del estanque, que el pez grande se come al pez

chico, y no vale que yo le ponga una cerca a mi tierra, porque los blancos saltarán por encima del cercado, y me quitarán la tierra. El gran padre me ha engañado como a un niño, me ha robado como a un niño: yo no quiero firmar más tratos, porque el gran padre manda luego sus soldados a quitarme lo que en el trato me dijo que era mío. Ya no nos queda ni corazón. Ya en el pueblo de los *sioux* no hay más que mujeres. Déjenme morir en paz, déjenme morir en mi tierra, como se muere en el aire el humo de los troncos quemados!" Y el hombre de la medicina levantó del suelo el crestón y hundió la cara en él.

Nube Roja se cubrió el rostro con el brazo, y echó a andar, a un mazo de árboles. Los guerreros se quedaron en cuclillas, con el rifle a traviesa en la falda, y la rienda del *pony* de una mano. Pero todos han tenido que firmar, porque se lo han mandado a boca de fusil, y ya cercan los cuatro confines, esperando la voz de entrar, los colonos blancos que hace años vienen cerrando el cerco sobre la tierra *sioux*, como estrecha sus anillos la serpiente alrededor de la presa vencida. Once millones de acres de Montana y Wyoming les han hecho vender por catorce millones de pesos, a aquellos a quienes el general Crook, que los ve trabajar y morir, les decía "por su fe de hombre honrado": "Sois iguales al blanco por la inteligencia y por el corazón: sois fuertes y juiciosos como el blanco, y no tenéis más culpa que la de defender vuestra tierra con los rifles, que nosotros mismos os hemos dado para que os extingáis en la guerra contra nuestro poder mayor: sois nuestros hermanos por la naturaleza; y nuestros superiores por vuestra bravura en la desdicha: ¿por qué os niegan un puesto de hermano en la nación los malos corazones?" Tú eres bueno, Crook; ¡pero tu pueblo roba y mata! Y todos los que habían venido al *pow-wow* apagaron en el suelo la pipa de la paz, en señal de desconfianza.

No andan por el Sur más tranquilos los negros; ni menos perseguidos, puesto que en ciudad de tanto influjo como Atlanta, la población ha quemado en la horca la efigie del director de correos, porque osó dar un puesto a un negro inteligente y cortés, que hubiera tenido a sus órdenes a una joven blanca. "¿Yo cambiar papeles mano a mano, yo recibir mandatos, yo tener frente a frente todo el día a un negro que no es mi igual, y viene a ser mi superior?" La joven renunció: hubo juntas de indignación, en que le alabaron la renuncia; levantaron en frente del correo una horca, con la efigie colgante del general Lewis, y al entrar

la noche le prendieron fuego: seis policías de la ciudad abrieron paso entre la multitud, a los que llevaban las antorchas; en el club, todos los miembros decidieron dar la espalda en la calle al general, y negarle el saludo: uno de sus fiadores le ha retirado la firma: el periódico del lugar le dice:

"¿Cómo acepta Lewis un puesto público para ofender la opinión decidida de aquellos cuya ayuda aceptó para encumbrarse al puesto de donde los ofende?" Lewis responde que él es empleado federal, que no sabe, en cuanto lo es, que haya blancos ni negros, sino ciudadanos con derecho a los empleos y recompensas de la república:—"no he de nombrar, dice, a un negro para un empleo inferior, y de mero amanuense, cuando la nación nombra a un mulato, a Federico Douglass, como su representante, representante de los Estados Unidos, en otra república, en Haití." "¡Haití es tierra de negros!" le responde el diario: "no necesitaran ustedes, los republicanos, del voto de los negros para tenernos en jaque a los demócratas del Sur, y ya veríamos si tenían tanto empeño en sentarnos a la mesa de comer a estas hordas africanas."

Lo de hordas lo repiten ahora más, porque con los calores, que pueden en la sangre negra más que en la blanca, se les ha encendido la fe a las negradas de Georgia, que es donde fue la quema de la efigie. Y no quieren ver los negrófobos las otras hordas de los seminarios, donde se preparan a cientos los negros y mulatos, para sacerdotes; ni las listas que los diarios están publicando estos días de negros ricos, que han hecho fortunas sin contratos de ayuntamiento ni concesiones de ferrocarriles, y negros actores, que los ha habido famosos, y tan buenos en la tragedia como en la caricatura, y negros autores, que van siendo ya muchos, y se distinguen en el periódico y en la teología, acaso porque en ésta hallen un tanto de la piedad y el consuelo que les niega el mundo. Lo que los diarios cuentan con encono, como si entre los blancos de España y los mestizos de México no hubiera habido locura igual, es que en cuarenta millas a la redonda de Savannah los negros están abandonando sus melonares, dejando ir por los troncos la trementina, abriendo al ganado las siembras, echando al río, en sacos, su dinero, para seguir por los campos besándole las manos, y arrodillándose a su voz, a un blanco de unos treinta años y cabellera rizada, que les dice que en su cuerpo magro y casi transparente del ayuno, está encarnado Cristo. Duermen en las selvas. Rezan con la aurora. Van detrás de Cristóbal Orth, que se sabe de memoria la Biblia, y les promete llevarlos a la tierra donde todos los hombres son iguales, a la tierra de Canaán. En vano se le oponen los

sacerdotes negros, cuyas plegarias flojas no pueden sacar de su miseria al negro acorralado, “que se queda sin cabeza en cuanto la quiere sacar más alta que sus melones”. ¡Ese es Cristo, el que no les pide dinero a los negros para llevarlos a la tierra de Canaán! ¡Ese es Cristo, el que da, el que no pide! ¿No se están cumpliendo todas sus profecías? ¿No lo han acusado de vagabundo, como dijo él que lo acusarían? ¿No lo han llevado preso ante el juez, como dijo él que lo iban a llevar? ¿No le disputó el juez su divinidad, como él lo dijo? ¿No dijo que lo pondrían otra vez libre, como lo han puesto, para seguir viaje, como está siguiéndolo, a la tierra de los canaanitas? Trescientos negros, y muchos con armas, fueron detrás de él, en plena fuerza del sol, al pueblo del juzgado. Los jurados eran doce, y el juez un coronel que sabe Biblia; pero Orth sabe más, y se defiende de pie, abriendo las manos sobre los jueces, como si les echara encima los versículos.

Por vagabundo no lo pueden condenar; y enseña las manos llenas de dinero. El milagro del vino le piden, pero él no lo quiere hacer, porque no digan que anda con vino, y se valgan de eso para cerrarle con la ley el paso a Canaán. No detendrá la mano al coronel que se va a llevar a la boca un mascullón de tabaco, porque a quien tiene preocupado la salvación del hombre no le importa que el coronel masque, ni quiere dejarlo manco de por vida. El espíritu de Cristo está en él, y estuvo en Abraham Lincoln, y en Jefferson Davis. Lo que él quiere es que el hombre viva donde no lo maltraten los demás hombres, y todos coman y beban, y no digan que la rosa colorada no es rosa, porque no hay más rosa verdadera que la blanca. El dinero es la mancha del mundo. Canaán es la tierra de la justicia, donde el que más ama es el más rico, porque todo se lo pagan en amor. Por todo lo cual, el jurado declaró a Orth lunático y enemigo de la paz pública; pero por aquellos campos no había cárcel que quisiera dentro de sus puertas a quien tiene por sí a cientos de negros armados, así es que lo dieron libre, en lo que vio su gente la prueba de la divinidad que les tenía anunciada el sagaz Orth, a quien con más fuerza se llevaron preso pocos días después. Sólo que ya no se podía apagar el ansia despierta de la redención, y por allí cerca salió de entre los negros un James, que se declaró también Jesús, e iba a la cabeza de sus secuaces, desnudo por los campos, con éxtasis religiosos que paraban en el abrazo y confusión pública de los sexos, según la práctica de la secta africana de los *woodoos*, que ponen en la tierra los delirios conyugales que los swedenborgianos de Suecia ponen, como corona de todos los gustos, en el unisexo y conjunción definitiva de los

ángeles del cielo. Pero James no hizo armas cuando le cayó encima la ley, como había hecho puños contra un negro sensato que lo quiso sacar de su demencia, y a quien atacó con ferocidad el gentío de los conversos: a la ley se rindió James, e intimó a los que la querían resistir que se rindieran, lo cual hizo como quien sabe que le van a obedecer, y no tiene más que ondear la mano: besaban la tierra por donde se llevaban a James desnudo: también ellos habían echado al río todos sus ahorros: “¿a qué el dinero, decía James, si por el amor de los hombres al dinero hemos venido a esta infelicidad?” “¿quién nos llevará ahora, se preguntaba un viejo, adonde están el placer y la justicia?”

A James, que era alcalde de su caserío, lo han encerrado por loco.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 6 de octubre de 1889. Publicado también en *El Partido Liberal*, de México.

28

CARTAS DE MARTÍ

Nueva York, Agosto 19 de 1889

Señor Director de *La Opinión Pública*
Montevideo

No hay meses, si se les mira por el alma, más hermosos que estos de verano, porque en Mayo son los rosales los que florecen; pero ahora es la juventud que sale de los colegios graduada para la vida. El mundo está lleno de Boabdiles, que en cuanto tienen una pena de agua-y-azúcar, proclaman en discurso verboso o en verso lacrimante que el mundo está vacío, y se sientan a llorar por la vega de Granada, con grandes quejas a la primavera, que no vuelve al corazón cuando vuelve a los árboles. ¿Pero qué pecho bien nacido no da flores cuando ve salir por el mundo, como ejército vencedor, a estos cientos de hombres fuertes, hechos a la vez al arado y al libro; estas parvadas de mujeres nuevas, criadas como para que no tengan que comprarse el pan con la honra, ni sean para el esposo en cuanto pierden la flor, más que despensera y nodriza? Cada hombre que nace es una razón para vivir. El desesperado ponga escuela. Son frutos podridos y flores de papel esas penas retóricas. No hay pena de que no pueda consolar, ni crimen de que no pueda redimir, el gusto de ser útil.

A la prosa y al verso no se tiene derecho, sino para dar con ellas fuerza y fe. Mucho hay que temer, mucho que rehuir, mucho que flagelar en la civilización egoísta y áspera de Norteamérica, y fuera de la ventaja de los conocimientos especiales y el indudable beneficio de venir a estudiar en su propia artesa esta leche hercúlea, es la verdad que no tiene por qué mirarse como comparsa del mundo el que cría la mente en los pueblos del Sur, sin la soledad de corazón y codicia excesiva que quitan aquí gracia a la juventud y belleza al carácter.

Pero es vasta la ciencia, mucha la generosidad, grande el influjo, conmovedor el espectáculo, decisivo acaso el poder en la vida nacional de

este gentío estudiantil que surge cada año de las universidades, los menos a perecer vergonzosamente como malos hijos de rico; los más, con la mano dispuesta a asir y el corazón preparado a batallar: se les ve el ojo inquieto, y el semblante a medio contraer, como el jinete que sale a explorar el llano virgen refrena el caballo, y se pone la mano de visera, para ver más de lejos.

Esos son los que de veras traen caudal al país, los que no van a los colegios a ponerse sobre la frente una carrera, como se le pone a un buey un yugo, ni a sacar patente de sabiduría con que dar barniz de cultura a la riqueza, sino a hacerse de armas para el combate de los hombres, o a ejercitar el alma, que pide luz y vuelo.

La vida nacional es acá ruda, y puede en ella el interés más de lo que conviene, para la armonía de la dicha, a las dotes de humanidad y sentimiento, porque es hermoso y casi divino el hombre. En muchas universidades es más la pompa que la ciencia, y el pelotear que el leer, tanto que se ha dado el deshonor de que un mozo de prendas abandonase, ya al acabar, la abogacía, porque "como abogado, habiendo tantos, me espera mucha fatiga y poca paga; y de pelotero, como que nadie coge la pelota del aire mejor que yo, me dan diez mil pesos al año". Allogarse una fortuna es un deber, siempre que sea por medios lícitos; pero no es menos que crimen, sobre ser gran fealdad, este de apagarse con las propias manos la luz con que se viene al mundo, o que se debe al mundo. Cada hombre es un colaborador. El que pudo ser antorcha, y descendiende a ser mandíbula, deserta.

Esas universidades, que son las más favorecidas entre los ricos, le consumen al estudiante los pesos por miles en fruslerías perniciosas; y se ve claro allí, en Harvard, en Yale, en Princeton mismo, que acá hay como un censo tácito en la nación, que da o quita derechos según se tenga más o menos, por lo que el estudiante que puede llevar a sus amigas en coche de a cuatro, con bocina y champaña, trata como a lacayo al que no tiene más oro que el de sus espejuelos de bachiller asiduo. El bachiller, por supuesto, suele llegar a Presidente, y el del coche para en conato de lord, o en rey de paño de la empresa de su padre, o en héroe de un divorcio escandaloso, o en abastecedor y tapaamores de una actriz.

En estos días se ha hablado mucho acá sobre el modo de educar a la mujer. Porque es cierto que en un país afanoso, donde no tiene el hombre a gloria, como ha de tenerse, el llevar a cuestras por el mundo a una compañera joven, se ha de preparar a la mujer para que no tenga que salir a vender besos si quiere comprar panes, y pueda en el mar

revuelto remar sola; pero no es una desdicha nacional, de la que debe deducirse que a la mujer se deba dar crianza de varón, y hacer de una paloma un saltamontes, puesto que los pueblos necesitan de los dos sexos, como la familia, y un pueblo sin alma de mujer, o con cantineras por esposas, viviría como una horda de mercenarios o como un barrio chino.

Acaso de esa misma educación varonil venga la necesidad de continuar enseñando como a hombre a la mujer; porque con ella no le queda de la femenil más que el apego sensual, que no basta a cautivar y rendir al hombre, por lo que la mujer queda sola en el mundo, sin el cariño y la fidelidad con que doma e impera, en cuanto pasa con la fantasía del verano la llamarada del beso.

Y la solución está,—dicen de los colegios de Smith, de Wellesley, de Wells,—en educar a la mujer de modo que pueda vivir de sí con honor, si le toca la desgracia de la soledad, pero con hábitos y lecciones que convengan a la belleza y finura de su sexo. Para casada debe educársela ante todo,—dice el rector de Smith:—sólo que no ha de ser como las de antes, que sabían coser y bordar y hacer la guardia en el campanar, como dice el romance valenciano, sino casada por la mente como por el sexo, y capaz de entender y premiar los móviles y sacrificios de la faena del esposo, y de sentarse de noche a su lado, a pensar juntos, a enjuagarle la hiel de la frente, a levantar la casa.

La mujer debe aprender, en lo esencial al menos, cuanto aprende el hombre, para que no se haga por incompetencia de la mente, en el frío de la casa, el divorcio que a pesar de su realidad no acepta, acaso con sabiduría, la ley. Y como el hombre más ruin vive, sin saberlo, enamorado de la belleza, y sujeto a su influjo como el mastín al cazador; como no hay alivio para la vida ni pie para el carácter, mejores que la hermosura, sabe la mujer, lo mismo que el hombre, cuidar de que su tez sea lisa y bruñida como la concha; que es para lo que pasean tanto aquí al aire libre las alumnas de los colegios: y reman tanto y tan bien, en el río campesino, que el colegio de Wellesley acabó este año sus fiestas con una regata en que había nueve botes, tripulados por la clase de Filosofía, de Matemática, de Ciencia Natural, de Historia, de otros temas, cada una con colores diversos, y el birrete de bachiller y los brazos al aire: se llevó la bandera del triunfo, por supuesto, la clase que más ha andado por los caminos recogiendo yerbas y flores: la clase madre: la de Ciencia Natural. No hay novela más linda, más llena de episodios y noviazgos, más conmovedora, más picaresca, más interesante, que el estudio de la simpatía, abrazo y separación de las fuerzas del mundo.

Vencidas y vencedoras se tendieron debajo de los árboles, mientras los botes pifaban en las amarras, y con voces de gratitud entonaron en coro, vibrantes y sentidos, los cantos del colegio. “Es notable,—dicen los rectores de Wells, de Wellesley, de Smith,—el número de nuestras alumnas que nos vienen antes del año a hacer su visita de casadas.”

De los colegios de hombres, siempre fueron los más famosos los de Harvard y Yale, que cuentan siglos; el Columbia, de Nueva York, que no tiene más tacha que estar en la ciudad; el de Princeton, de Pensilvania, que enseña más metafísica que ciencia; el de Brown, que “espera en Dios” como dice su sello; el de Cornell, que es un pueblo de universidades, donde “todo el que quiera puede instruirse en cuanto sabe el hombre, desde sembrar maíz hasta medir estrellas”: pero juntos, cambiando ideas, paseando por las alamedas con sus amigos, los que estudian puentes y los que se preparan para la ley, los que descomponen el hueso en el laboratorio y los que anotan en la torre la marcha de la luz, los que cursan sánscrito y los de Economía Política, los que dialogan en la Academia y reman, corren, pelotean, saltan, los que entran fuertes de cuerpo y de mente en el mundo nuevo, con toda la savia y enseñanza de las sociedades viejas. Progreso no quiere decir más que acumulación: “Toma”, se le dice al recién nacido salvaje, y se le da el mundo.

Lo pasado es la raíz de lo presente. Ha de saberse lo que fue, porque lo que fue está en lo que es. Pero no ha de salirse por las calles con toga de inquisidor, ni con los casos del jesuita Sánchez, a tratar mano a mano con el mundo, que nos viene a buscar para seguir viaje montado en ferrocarriles. Ya no se habla en latín; ni es Justiniano quien decide en los pleitos de la luz eléctrica.

Todos los colegios han tenido su gala, y en casi todos las ceremonias son iguales.

Unos enclavan en la pared mayor del aula el retrato del viejo rector, de toga y casquillo, como cuando explicaba filosofía kantiana a sus discípulos traviosos de Princeton, más amigos de ir a robar melones por la vecindad, y burlarse de los rústicos, que de oírle al anciano la explicación de los imperativos y los entes. Otros, los de Rutgers, dicen sus discursos en toga de seda, y responden por su nombre latino, que es vejez muy usada acá en las universidades preadamitas, donde a un John Smith, hijo del carretero de ayer, le llaman Johannes, y a un Laurence, Laurentius, como si no estuviera aprendiendo en inglés a beneficiar el carbón, sino

estudiando a los griegos como hace dos mil años, bajo la férula del libertado pedagogo. En el colegio de Colgate, que va a llamarse así en homenaje a la familia que lo protege, plantan con mucho discurso y cohetes, la yedra del portón, regalada por una amiga del colegio, que le dio cincuenta mil pesos para educar con la renta a seis estudiantes pobres.

Otro colegio bautiza su sala nueva de electricidad, y a la de ingeniería civil le pone por nombre Lincoln, en memoria de aquel que cumplió los treinta años levantando mapas. Cada universidad tiene sus huéspedes ilustres, que les peroran a los discípulos, y reparten los premios que han ganado en competencia en la clase de Debates y de Recitación, cuál porque dijo bien el elogio de Lincoln por Beecher o el de Conkling por Ingersoll, cuál porque habló con naturalidad y sentido en la discusión sobre la conveniencia del Senado en las repúblicas, o la función del gusano en el desarrollo de la tierra. Suelen los prohombres invitados valerse de la ocasión para poner en curso sus ideas políticas, como el demagogo Butler, que se ha deslucido el talento con la ambición excesiva; y pronunció desde el estrado de exámenes una arenga en que favorece la anexión del Canadá a los Estados Unidos.

En otra escuela se despiden los condiscípulos con una asamblea de burlas, en que presenta su historia de la clase el cronista, y su vida cómica el poeta, y arenga a los bachilleres el orador, y predice los destinos el encargado de la profecía, todo con chiste burdo y alusiones recias a los pecados de los compañeros y a los hábitos y ridiculeces de los profesores. La ceremonia solemne es en el paraninfo, donde hay perorata en latín, y otra en inglés, y la oda seria, que se escoge de entre los poetas de cada clase que compiten por el honor.

Afuera, por los jardines y corredores, van de brazo los escolares con sus amigas que han venido a verlos, y cantan, alrededor de la mesa del banquete, el canto del triunfo que les ha compuesto el bardo de su curso, y suele ser como voz de hijo, que va a salir al mar de tempestad y le dice adiós con las entrañas a su tierra madre.

En el colegio de sordomudos es más hermosa la fiesta, porque también tienen allí sus poetas y oradores, pero además se ve en pleno trabajo a los talleres, unos con la lezna, otros enrejillando, aquéllos puliendo ébano, éstos montando mangas, éstos parando tipos para el periódico del colegio, que habla de los empleos de los sordomudos, de sus congresos, de sus libros, de sus matrimonios, de sus amores: como el marfil le brilla la frente, y como hilos de luz los dedos, al que saluda en nombre de la escuela al concurso, con frases de hermosura natural y épica sencillez, que

el rector traduce en palabras, y la concurrencia aplaude, acometida de amor, de pie sobre los asientos: unos dibujan con mano ágil perfiles, casas y útiles de trabajo en los pizarrones, otros suben al estrado, a recibir el premio por su tesis sobre "El poder del amor", o "Los adelantos de la Química", o "La esencia de la Libertad", o "El rayo y la agricultura", o "El error del Socialismo", o "La composición del cielo": otro, ciego, sordo y mudo, se sienta a una máquina de escribir, y sin que le falle una tecla escribe una carta a los que "lo han venido a ver", donde cuenta cómo llegó al colegio hace dos años "con la inteligencia como cuando es de día y empieza a ser de noche", y cómo ahora puede conversar, y leer en los libros de relieve, y "preguntar lo que no sabe", y gozar del delirio de pensar y entender.

De mano en mano andan en cada colegio los libros suntuosos que publican a escote, con mucho lujo de papel y de láminas, las cuatro clases de cada curso: los "mayores", que son los que se van ya con el grado; los "jóvenes" que les siguen; los "sofomoros" a quienes empieza a salir el bigote de la sabiduría, y los míseros "frescos", los del primer año, que no pueden llevar, so pena de pelotera y azotaina, ni sombrero alto ni bastón. Pero en el libro se ve que viven con más hermandad de lo que aparece; porque aunque a la primera ojeada no se le halla texto sano a aquella zarabanda de nombres, sellos, caricaturas, alegorías y grifos, enseguida se ve que el libro está compuesto con orden por las sociedades todas que crearon, de su propio ímpetu, los estudiantes, y que cada uno publica allí como un fascículo, con su sello a la cabeza, y los nombres de los afiliados, y sus reglamentos, y sus victorias, y sus anales, y su oda cómica, con chistes de palabras, y de dibujos, que en verdad acusan afición por lo grosero, ostentoso y extravagante. En el libro están las "Fraternidades", que son lo que el nombre dice, hermandades de unión para llevar a cabo juntos lo que como colegiales les interese, y para valerse unos a otros en lo que quede de vida, puesto que estas amistades de colegio son a veces más tiernas y durables que los mismos amores; están las sociedades de juegos, de billar, de gimnasia, de carreras, de remar, de pelota, de velocípedos; están las sociedades de debate, que suelen ser dos en cada colegio, y ejercitarse en recitar, discutir y leer para ver quién se lleva el premio en el concurso, si los de la "Clío" o los de la "Frenosconiza"; están las sociedades que publican la revista mensual, la quincena literaria, el semanario cómico del colegio. Y estas asociaciones ni las protege ni las paga ni las dirige nadie, sino los mismos alumnos; y en cada una de ellas hay cada año la elección, la candidatura,

el voto, "la oposición que es la gran cosa": y en las juntas el "fresco" se encara con el "mayor", y defiende su juicio en un discurso improvisado.

Cuando salen al mundo, estos estudiantes han aprendido a enfrenar sus pasiones y moverse por entre las ajenas, a ejercitar la libertad y ponerle coloradas las espaldas al que se la viole.

Ser ciudadano de república es cosa difícil, y es precioso ensayarse en ella desde la niñez. Ni la teoría de los héroes vale en el mundo, lo que la de la asociación. Una fruta verde no se madura de un porrazo. Un quintal le pesa a uno mucho; pero entre cien sale a libra por cabeza.

Acá cada uno lleva su libra, y elige y es electo, desde que anda de pantalón a la rodilla, y se hacen las elecciones en un portal, para ver quién va a mandar la partida de pelota de la cuadra, y quién va a recoger los fondos; y es curioso que en las cuadras donde hay venezolano, o cubano, o niño de otras tierras nuestras, él suele ser capitán por voto unánime: y el tesorero, un galán de diez años. Se compran su insignia de lata o de oro: se la ponen en la solapa: y celebran sus juntas, donde deponen al capitán incompetente o al tesorero descuidado.

Si no la pierde por sus vicios, si no la mancilla saliendo por el mundo a conquistar de ambición, si no la descuida y deja en malas manos por el apetito violento e infeliz de la fortuna, ¿quién le robará, le ofenderá, le mermará la libertad a un pueblo semejante? ¿a un pueblo de discusión? ¿a un pueblo de votos? ¿a un pueblo de actos? La libertad palabarrera, la que pide derechos y no los prepara y asegura con las prácticas, es como salir por un espinar a tirar piedras a las plumas.

En su libro como en todo, sobresale el colegio vivo, el de Cornell. Allí no van los primogénitos, a calzarse un título, para salir por el mundo de pollino burlado, con los cascos de oro: ni los jóvenes mansos, a ponerse paredes junto a los ojos, para ir como los caballos del coche alquilón, que no andan sino por donde quiere el cochero: allí van cuantos de veras quieren aprender a estudiar a la vez filosofía y talleres, y política y maquinaria, a conocer lo universo del mundo, a prepararse para la vida con un trabajo ordenado y ameno. Van mujeres y hombres, pero no hombres de papel ni mujeres de adorno, sino lo más noble y enérgico del país, que en el ahorro de la aldea, o en las primeras luchas de la ciudad, oyeron la voz de adentro, que les pedía ciencia y ala, y vienen a hacerse de utensilios con que tallarse el paso en la roca de la vida. Con el producto de las tierras que regaló la nación a estos colegios industriales se mantiene Cornell, y con la renta de las donaciones de sus amigos ricos, de la hermana que da al colegio la fortuna del hermano que murió

poderoso por lo que aprendió en Cornell, del millonario que recuerda con orgullo los años que pasó allí, aprendiendo de favor, cuando todavía no tenían los alumnos el palacio de ahora, ni estaban los oficios con el lujo y plenitud de los talleres de Sibley, ni se levantaban por aquel campo majestuoso, con su rumor de fuentes, y su grandeza de calzadas, los diez edificios de enseñanza y vivienda; los ocho laboratorios, donde se estudian todos los entes y las fuerzas; los doce museos, desde el de Arqueología hasta el de Veterinaria; las bibliotecas famosas, una de cuanto se sabe, y otra especial, e indispensable en las repúblicas, de historia y de política; y el campo del colegio, donde el que quiere siembra, y el que no, ve sembrar; y el campamento donde, por condición del Estado, aprende a cargar el fusil todo el que carga un libro.

Porque el único modo de vencer el imperialismo en los pueblos mayores, y el militarismo en los menores, es ser todos soldados.

Y están llenas de árboles las cercanías; porque una de las noblezas de Cornell, una de las hermosuras de aquella vida natural, es el conocimiento y cariño de los árboles, que los alumnos estudian y cuidan como personas que son, y ayuda de la riqueza, a la vez que consuelo del espíritu. Como a hermanos ven a los árboles que traen de las nubes la lluvia que fecunda y enriquece, que les dan sombra y silencio cuando salen desconfiados e impacientes a sus estudios y sus cálculos, que les apagan con sus frutos la sed cuando vienen del paseo con la amiga querida, los dos de espejuelos, ella con un tomo de Bryant y él con un Walt Whitman, defendiendo ella las razones de Kant, y él alegando con empeño que ya ésas son vejeces y granos de maíz en nubes de humo; que la filosofía no es más que relación, como de la botella que se quiebra con el licor que se evapora; que lo bueno es la "lógica de las ciencias" que leen en su clase, y es como ver el mundo en un mapa de relieve, y la "psicología fisiológica", donde se explica, desde su raíz en el cuerpo hasta sus vuelos por la locura, la constitución y el movimiento de la mente humana; lo que hay que oír es la clase nueva donde se enseña a hacer bien un periódico, o la otra en que se aprende que las religiones son todas una, y el mundo es religioso; o la historia del arte del gobierno, donde se estudia a Cromwell más que a Alcibíades, y a Gladstone más que a Alejandro Magno.

De pronto hablan más bajo, como si Gladstone les hubiese hecho pensar en lo que escribió Homero, y en la hermosura de Paris, y en lo que se querían Héctor y Andrómaca. Al doblar la vereda van hablando de que el profesor es muy difuso; de que es difícil ganarse hoy

la vida; de que a los albaricoques se les quitan los gusanos con llamadas de estopa; de que de las sociedades del colegio, la mejor es siempre, por lo que hace reír y por lo que enseña, el "Congreso en Parodia", donde los estudiantes tienen de veras un Congreso en miniatura, con su presidente y sus reglas y sus comisiones, y debaten los asuntos de la nación, según van saliendo al voto en la Casa de Representantes en Washington. ¡La república, en el juego! ¡La república, en los bancos del colegio!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Pública. Montevideo, 1889

LA EXPOSICIÓN DE NUEVA YORK
DE 1892

*Cómo nació la idea.—La ciudad imperial triunfante.—Preparativos
entusiastas*

Nueva York, Agosto 20 de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Nunca los intereses particulares, azuzados a tiempo, han puesto en forma con más rapidez una idea atrevida, que ayer era ocurrencia de un diario, ayer no más, y hoy tiene comisiones, subcomisiones, ímpetu nacional, y centenares de miles a su crédito. En vano se pone en pie Chicago, y le dice injurias a Nueva York; Baltimore, con sus modos clericales, no quiere para sí la feria, no, sino para Washington, que está a la puerta de Baltimore, y le manda los huéspedes que no puede acomodar; Filadelfia hace de generosa, porque sabe que por lo de la campana del Cuatro de Julio, le permitieron tener allí la exposición del 76, pero no le han de permitir dos: Washington, que lo tenía todo preparado, y se ha pasado dos años papeleando, grita “¡al ladrón!”, e insiste en que allí se ha de hacer el 92 la feria, y no en Nueva York, que se estuvo callada cuando le pidieron su ayuda, y ahora se alza con la idea, por la insolencia de que no necesita, como Washington, de los dineros federales, sino que con su bolsa tiene “para levantar una torre más alta que la de Eiffel”, o para echar abajo el Parque Central, ponerle encima la exposición, y luego rehacer el parque, “o para hacer una ciudad fluvial, con palacios flotantes, y luminarias como en Persia, que sea lo mejor del mundo, y tal que no se la haya visto nunca”.

Pero Nueva York oyó al *Sun*, que fue el que sacó a luz la idea. Dana, el hombre del *Sun*, palpa en lo vivo al país, y sabe por donde peca y por donde se le puede llevar del roncal: sabe el del *Sun* lo que se apetece entre la gente acaudalada, en que entra él y cree, como diarista, que el buen diario ha de ser como el juglar, que siempre tiene una pelota por el aire. Y toma siempre la pelota del cesto de las preocupaciones populares. Por el del *Sun* se puede ver por donde viene aquí el juicio público, porque fuera de lo político, en que el odio personal le enturbia los espejuelos, es hombre que ve con singular claridad por donde se va hinchando la opi-

nión, y no se le pone enfrente, aunque crea que viene mal, sino se le monta en la cresta, para llegar con ella: ¡ésa es gente que va y que viene, y su comida no es más que sueño, y su vida es asir el vacío!: el honor de luego, que es la forma mejor de la vida, no es para los que cortejan la injusticia del vulgo, sino para los que osan decirle la verdad.

No hay provecho privado, ni progreso público, si no se basa en el honor. El del *Sun* vio que la marea venía de hondo: que los prohombres vuelven de París como si trajeran la bofetada en el rostro, que su porción entre los pueblos expositores parece de mendigo junto a los palacios de los pueblos que están habituados a desdeñar; que no es hora ésta para los Estados Unidos de perder el crédito, y quedar como menores, ante los pueblos americanos.

¡Y en París los habían dejado atrás aquellos pueblos de quienes se proclaman naturales superiores! ¡Es preciso que vean que eso ha sido casualidad, y que acá en los Estados Unidos de un estirón de cintura, se mete la cabeza por el cielo! ¡Nueva York es la primera ciudad del mundo: no es París! ¿Tiene mil pies la torre de Eiffel? ¡pues en Nueva York haremos una que tenga mil quinientos!

Y cuando un diario de Panamá dijo que el primer pueblo de la América del Sur tenía pensado, sin que fuera locura, celebrar una exposición en el mismo año 92, el *Sun* que se ha puesto a la vanguardia de esta empresa, estampó este atrevimiento: “¡Exposiciones allá abajo! Déjense de eso. ¡Allá para 1992 podrán pensar esos amigos en tener su exposición!” Lo que no quita que aparte del empuje del *Sun* sean concausas del proyecto del 92 la ira de verse tan míseros en la exposición de París, la conveniencia urgente de sujetar cuanto se pueda la admiración de la América a que se ofrecen de tutores, y el aliciente de la gran ganancia que, a los tres años de anuncio universal, se prometen cosechar las tiendas, los hoteles, los teatros, los ferrocarriles.

Porque no bien se vio que no caía en la arena la idea del diario, y que en los clubs y en las sobremesas de gente mayor le daban asilo, se reunieron los hoteleros a decir que les convenía; los periodistas a comprometerse a atizarla; los ferrocarriles a calcular que a la exposición pueden venir veinte millones. De mañana y tarde restallaban en la primera columna del *Sun* los editoriales escritos como con látigo, y como si tuviesen el caballo entre las espuelas. Corrían los noticieros buscando opiniones.

Se decía, allá en donde se piensa, lo que no se puede publicar: que Europa es la enemiga, que el que tiene fuerza ha de aprovecharla: que de América hay que echar a Europa, que el comercio ha de rebajarse a competir con Europa con industria inferior o de buscarse mercados exclusivos en América: que la “América es de los norteamericanos”, por rubios, por espaldudos, por ingleses, por fuertes.

Y lo que más le dio pies al pensamiento, fue que se le echaron encima las ciudades que se hombrean con Nueva York, y le pusieron a Nueva York motes, llamándola ambiciosa, espuria, traidora, extranjera, híbrida: Chicago dijo: Nueva York no es ciudad norteamericana, sino un pote revuelto, donde se guisan juntos italianos e irlandeses. “¡Calle la recién nacida!” le dijo Nueva York: “¡En los Estados Unidos no hay más ciudad que Nueva York! ¿Qué habla de extranjeros un pueblo que es el huevo del anarquismo, y tiene la dinamita debajo de la almohada? ¿No ve que Nueva York es el corazón de la república, por donde todo sale y entra, y donde se elabora la sangre?”

¿Para qué van a molestarse los europeos? ¿Para verle a Chicago la estatua de Lincoln, con la mano a la espada, y la cargazón de flores del parque de Lincoln, y los elevadores? ¡Lo que importa sobre todo es que sea de la América entera la exposición, “panamericana”, y aquí hay hispanoamericanos, o pueden venir aquí por los vapores, a ver el milagro del mundo, la lonja del universo, donde el pueblo de setenta millones compra y vende, donde paran todos los canales y ferrocarriles, como las varillas de un abanico en el mango; donde arriban los vapores de todos los puertos del mundo, como los dientes en la encía; donde los 215 hoteles, con poco que se estrechen, pueden darle cama y mesa a setenta y cinco mil visitantes y buscarles acomodo a cincuenta mil en las casas vecinas; donde hay teatros a granel, que bailan en ruso, y tocan en zingaro, y gruñen en alemán, y se descotan en francés; donde con salir a la puerta se está ya en Long Branch, con su calzada de playa de más de doce millas, o en Coney Island, con sus hoteles babilónicos y su oleada pujante, o en Saratoga, que arde y centellea, como un diamante vivo; donde están mano a mano las fábricas y las escuelas, los grandes periódicos y las turbas alegres, los monstruos de Bowery y los óleos del Museo, la estatua de la Libertad y la aguja de Cleopatra, los policías famosos y el servicio de incendios; donde en la primavera de la exposición estarán floreciendo los parques, celebrará Brooklyn su fiesta de niños, en que marchan cincuenta mil de traje blanco, e irán y vendrán por las calles, como nuncios de un nuevo mundo, ¡los tranvías eléctricos! Por

todo eso debe ser en Nueva York la exposición; porque la majestad de la arquitectura comercial está dando a la ciudad una hermosura sorprendente y nueva; porque no hay calle que no esté echando al cielo un palacio, rojo o amarillo, con más pisos que la pagoda de Lahore, y el barro tallado, entretejido, punteado, como puntean la madera los ebanistas del Nepal; porque con pasear una mañana de domingo por el imperio silencioso de los edificios de la banca, por la calle de mármol y granito de Wall con la estatua de Washington en el corazón, y el cementerio de los patriotas a la cabeza, basta para que en el alma lleve el visitante una impresión de amanecer divino; porque para el 92 estará Nueva York como la flor del universo, con coliseos que le sacarán medio cuerpo al de Roma, con el arco de mármol que van a levantar en recuerdo del centenario de la jura, con las conchas de música que están fabricando para que oigan el concierto decenas de miles, con las pistas grandiosas donde correrán, entre millares de mujeres enloquecidas, los caballos de caña aérea de los establos de Dwiger, de Lorillard y de la Langtry. Todo eso se enumera, punto por punto, con bufadas de gigantes y alardes infantiles, y ya parecen fuera de la liza Chicago, con su grandeza a medio hacer; San Luis, con su muchedumbre alemana; Washington, con sus oficinistas pedigüños; Baltimore, con sus hospederías y sus iglesias. Nueva York se llama a sí misma "la metrópoli del mundo", ¿y han de venir a quitarle las ciudaditas de provincia, ni Washington misma, ciudad de empleados, de semihombres, de hombres-hembras, el puesto a que le dañ derecho eminente sus dos millones de almas, su ir y venir universal, su poder de ciudad madre que echa los brazos por sobre los dos ríos, y se trae una ciudad en cada brazo? Este orgullo le puso ruedas a la idea del *Sun*; por los noticieros, continuó publicándose el favor con que la veían los que derriban o levantan, los grandes de la fortuna; en lo privado determinaban ayudar el plan los politicones de ambos partidos, por no parecer más morosos en las obras de progreso que sus rivales; y apenas se vio que los gremios empollaban el proyecto, y que ayudarlo de su bolsa, entre los artesanos, más desocupados de lo que quisieran, se acogía con calor, no esperó el *mayor* de la ciudad a más, ni anduvo con preguntas y respuestas, ni le pidió pareceres al Estado o a la Federación, que en las cosas de la ciudad nada tienen que hacer, sino que, con su poder de cabeza municipal, convocó una reunión que no será, cuando se escriban las crónicas, la menor maravilla y hermosura del certamen, porque allí se dieron la mano menestrales y cuelliparados; el presidente de los obreros y el de la bolsa; los maestros de los gremios y

los directores del ferrocarril; zapateros y arquitectos; sociedades históricas y cuerpos científicos; las cabezas de los comercios, las de la banca, las de la política, las de los salones, las de los hoteles, las de los oficios; Jay Gould, el millonario; John Bogart, el cajista. Hervía la sangre contenta viendo aquella beldad. Ni encogidos ni atufados.

El obrero se enjugaba con un pañuelo el sudor, y el millonario también. El que entraba allí, en aquella alegría, en aquel entusiasmo, en aquel abejero, no podía decir "éste es obrero", "éste es millonario": antes se notó que los millonarios se parecían a los obreros en la barba fuerte, en la espalda encorvada, en el ojo sagaz, en la mano nervuda.

El *mayor* no tenía planes cubiertos; ni amigos perdidos entre la concurrencia, que le propusiesen como cosa suya lo que deseaba, según suelen hacer los chalanes y rematadores: allí se iba a la luz a trabajar por la ciudad, y cada cual se puso en sus pies de artesano o de palatino, a decir lo que se le ocurría para el bien común. "Esto es cosa de la ciudad, y la ciudad la ha de llevar a cabo." "A la nación se le ha de mostrar respeto, pidiéndole su ayuda; pero puesto que acá nos interesa, con dinero de acá lo hemos de hacer." "Sin autoridad del Congreso no podemos invitar al mundo en nombre de la nación; pero nada más que autoridad, y lo poco que nos haga falta sobre lo que logremos reunir; porque si le pedimos el dinero a la gente de Washington, de seguro que a Washington escogen para hacer la exposición." "¡Esto no es cosa de empleados, ni de compañeros, ni de robos partidos por mitad entre el gobierno y sus homúnculos: esto no se hace para deshorrar a la nación, ni para que la echen los pícaros por delante, para ponerse a la bolsa nueve pesos por cada uno que a la nación le den: necesitamos demostrar al mundo que en este país hay algo más que esos políticos de penitenciaría, que crean empresas, acueductos, alumbrados, electricidades, para repartirse entre sí, como los ladrones en las cuevas, el dinero que le sacan a la población para el bien público: éstos son los mercenarios de esta época, que sirven a quien los paga, hasta que el fango les tapa la boca, y luego van por el mundo, con una querida de cada brazo, y la casaca hediendo a lodo; de todas partes les gritarán al pasar: ¡lodo! ¡lodo! ¡lodo! ¡En esta exposición, mérito limpio, y un *pílori* a la puerta, para poner donde cuelgue al que le venga a sacar con los caminos un bocado a la bolsa pública!"

Descanse el amigo: el que so pretexto de que la ciudad iba creciendo se hizo dar por sus paniaguados la concesión del acueducto, para repartírsela con ellos, se ha muerto la semana pasada de la vergüenza, porque desde que se puso en claro el robo, ni los otros ladrones querían darle la

mano, y los otros “negociantes listos” del ayuntamiento, porque ahora les llaman a los ladrones afortunados “negociantes listos”, están con el pelo al rape, donde no se ve la luz, en presidio, para que no vuelvan a recibir dinero de particulares en premio de adjudicarles las propiedades públicas. Y quedó en pocos instantes decidido lo que se había de hacer: —que si Nueva York quiere la exposición, Nueva York ha de levantar los fondos para realizarla: que la ciudad es reina y señora en lo que le atañe, y ni ha de pedir limosna al gobierno, ni soportar que por composendas políticas, o por venganzas, le quiten lo que es suyo, o le den a otros lo que le pertenece por preeminencia natural:—que no han de entrar, ni de soslayo, en esta empresa, los que la opinión pública tiene tachados de celestinos gubernamentales, porque donde hay contrata que repartir andan como esos galanes de dulcineas de alquiler, rondándoles las puertas para sacarle a la amiga la cuenta justa, y ver que no se les vaya con algún otro amante:—que en la exposición no ha de entrar un solo contratista de oficio, un solo concesionario de profesión, un solo cómplice del delito de distraer los fondos municipales para provecho privado; sino que han de escogerse personas de todo honor, y de fama nacional y universal donde se pueda, para que no sea albañal la grande obra del país, ni plato de perros, sino crédito de la nación, que al menos ha de ser decorosa en lo que tiene que verse de afuera:—que el trabajo se ha de distribuir, para que salga mejor hecho, y ha de haber como una junta permanente, que lo vigile todo, y otra junta de fondos, que proponga el modo de reunir los diez millones que son menester, y los reúna; —y la junta del lugar y edificios, que estudie donde éstos se han de levantar, sin comprometer cosa tan grande como ésta, porque le quede cerca el sitio a un Tom, o salga favorecida la propiedad de un Miguel; —y la junta de legislación, que ha de ver por que el Congreso declare nacional la exposición de Nueva York, y suspenda en su beneficio aquella parte de los aranceles que la coartaría; y ponga su tanto de dinero en la empresa, como en la de Filadelfia puso, porque si Nueva York, entre chicos y grandes, junta ocho millones, dos millones es lo menos que puede darle a Nueva York la república, para los costos de un concurso que ha de traer provecho y honor a la nación entera. En eso se quedó. Todos se daban las manos. No hubo champaña, y pareció que lo había habido. El gusto, ¿no es un vino, vino puro? Que el *mayor* nombre las cuatro comisiones. Que cada comisión sea de veinticinco prohombres. Que no entre en ninguna de las comisiones, porque con uno bastaría para poderla, un solo negociante político.

Y el *mayor* para no pecar, pidió a las cien industrias prominentes del país, un representante, que los industriales de cada ramo eligieron en unos casos sin disturbio, y en otros no eligieron, porque hubo los celos y rivalidades de costumbre. A todos los trabajadores les pidió un representante, para que no se pudiera decir que llenaba las comisiones de amigos, porque si ve el público compadrazgo en estas cosas, deja a los compadres solos, saludándose con la nariz y sin exposición de qué sacar tajada: como hay mucha industria menor, reunió las afines en un grupo genérico, para que no hubiese más de cien. A los abogados, con ser ocho mil, y con no haber uno que rehuyese la representación, les pidió un representante: y uno nombraron, sin envidias pueriles: nombraron a Evarts. Los de la electricidad, que entre luces y motores son como doscientas empresas, con un capital como de setecientos millones, un representante no más tienen. Los pianistas escogieron a Steinway. Los ferrocarriles a Chauncey Depew. Los del comercio de lana a E. H. Amidown. Los del comercio de cueros a Jackson S. Schultz. Los del tráfico con Sudamérica son clase aparte, que es distinción en que se ha de meditar, pues de los que comercian con Europa no han hecho clase, ni de los del comercio asiático, lo cual quiere decir que a Sudamérica es adonde se vuelven los ojos: William H. Grace fue elegido, el que quiere acabar la obra de Meiggs en el Perú.

Los editores designaron a John Foor. Los de material de imprenta a Little. Las asociaciones de obreros allí tienen su diputado, que es Samuel Gompers, junto a Vanderbilt, el representante de los *tramways*; junto a Jay Gould el de los ferrocarriles aéreos; junto a Morton, el Vicepresidente, que representa a los bancos. Los teatros tienen su diputado; y los ganaderos y los fabricantes de juguetes. Hewitt, el *mayor* que no quiso más bandera que la nacional en el ayuntamiento, cuando la fiesta de los irlandeses, viene asombrado de París: ¡si el universo va a ser todo de acero! ¡Si Bessemer, el del descubrimiento de 1867, es el creador del nuevo mundo! ¡De acero la armazón de las locomotoras y la de los vagones, sin que el poder del agua lo rompa como el cristal según sucedía veinte años antes! ¡y tan barato que en poco tiempo no va a haber madera ni cantería, sino acero y aluminio! Hewitt es, por supuesto, el de las industrias de metales. Pero como los pimpines de las industrias mínimas, como plumas y cosas así, no hallaron persona bastante magna para representarlos con la debida dignidad, y se están peleando el puesto con estruendo, sucedió que a la hora de nombrar las comisiones no habían respondido más que cincuenta y siete de los cien oficios. En las cosas

grandes no se puede esperar. De entre lo más granado de la ciudad escogió el *mayor* cuarenta y tres hombres notables:—banqueros, periodistas, hombres de espíritu público, abogados, propietarios;—a los directores del *Sun*, del *World* y del *Herald*;—a los industriales que tienen obreros a miles, como Cooper;—a los miembros de más nota de la población extranjera, como Atendorffer y Kelly;—a todo lo que puede, piensa y guía. Y repartió a estos cien entre las cuatro juntas. “¡No puedo andar, dijo el *mayor*, porque la ciudad entera me cierra el paso a cartas: todos quieren verse el nombre en alguna de las juntas: lo del centenario se hizo a regañadientes, y quedó mísero, con tanto nombre de trapo, y tanta nobleza de reír: ¡ahora sí que no cuesta trabajo, y estos nobles sí que nadie los niega! Son padres de sí mismos, y los que han peleado son ellos. Hay hombres, y hay grajos: los hombres son los que a codo honrado se abren paso por sí propios en el mundo, y sazonan su pan con la levadura de la vida: los que viven, sin vergüenza y sin remordimiento, del dinero o de la gloria ganada por sus padres, son los grajos. En las entrañas de la tierra, cuando cae un muerto, le preguntan: “¿Qué hiciste? ¡Enseña lo que hiciste!” Y si no lleva nada hecho, hecho con sus manos, lo echan otra vez al mundo, a que sude, a que pene, a que cumpla con la ley humana,—¡a hacer!

De esos galanes de la pluma teñida no hay uno solo en las cuatro juntas. En cada una están los que la pueden de veras servir, y no esos hombres de adorno, que son como el mucho paramento para los caballos, que no los dejan andar con la cargazón del bordado y la argentería. La de fondos es la junta madre, y allí han puesto a los grandes que se han creado de la nada: a Huntington, el del ferrocarril del Pacífico y las líneas mexicanas, que a los treinta años pagó con su trabajo de marinero el pasaje a Sacramento, y a los sesenta y ocho tiene treinta millones, y una hija hueca que se quiere casar con un fullero alemán, que tiene título de príncipe; a Brice, que sabe cómo se salvan de la ruina los ferrocarriles del Sur, y nació para ordenar y mandar; a Belmont, el alemán que hace crecer el dinero de los Rotschild; a Vanderbilt, el que le pone a su casa balcones de oro; a Mills, que ahora tiene palacios y bancos y ferrocarriles, pero empezó de buhonero, cambiando collares y portamonedas por pepitas de oro en California; al banquero Seligman; al bolsista Simons; al naviero Ochrichs; al príncipe del café, O'Donohue; a Smith, el presidente invulnerable de la Cámara de Comercio; a Samuel Babcock, el Néstor de los potentados; a Havemayer, el gargantúa del azúcar, que se quiere poner sobre el dulce del mundo; a Gould, el del gabán raído

y los pantalones cortos, que juega a ojos vendados con los ferrocarriles, como el autómatas del ajedrez, y de cada peón que mueve, se come un ferrocarril. Eso es la junta de fondos: para la de lugar y edificios,—los periodistas, que llevan sobre la cabeza el ojo redondo del trilobites, que veía a la vez a todo el rededor,—los propietarios urbanos, los de los ferrocarriles, y líneas de vapores. Para la de legislación, abogados de los que no pierden pleito, como Everts, y Fish, y los senadores del Estado, y aquellos representantes que no lo son porque los irlandeses los levantan o los sacan a flor por un interés poderoso, sino porque el Estado ha ido creciendo con ellos, en el trabajo lícito y común, así que se vuelve, cuando necesita defensa, al que abogará bien por él, como que se defiende a sí mismo. Y en la junta permanente, que ha de tenerlo todo andando, que ha de estar con el hacha afilada para cuando asome alguna mano de bribón, los miembros se llaman Grover Cleveland, el que crece en la derrota; Marquand, el enamorado de Rembrandt, que ha levantado en sus hombros el museo de artes; Stanton, que salvó de la ruina la empresa de la ópera, todos los que saben ponerle cuerpo a las grandes osadías, y sacar de la sombra las fuentes de oro.

En los diarios, mientras tanto, todo son ideas, y nadie se pone de pontífice, ni se le hincha el cuello a los de las juntas, ni se mandan hacer chalecos nuevos desde que son comisionados, sino que los periódicos publican cuanta idea se les da, y el que tiene algo que decir, aunque sea un vendepapeles, lo pone en carta con su firma, y lo manda a la junta que lo ha de discutir. ¡A pensar! ¡a pensar!

¡A ver quién imagina algo que no se haya visto jamás, y que no se pueda volver a ver! ¡Pues yo imagino, dice uno, hacer un cielo sobre la exposición, de luces eléctricas, de modo que se vean, como están en el cielo, todos los astros de la bóveda, y las masas de estrellas, y cuanto encierra el orbe planetario! ¡Yo imagino, dice otro, una flotilla de palacios, de palacios de pórfidos y columnas de cabeza de oro, como las mansiones bizantinas, y todo fabricado sobre el río y ligado con calzadas, como las ciudades lacustres! ¡Yo pido la contrata de los refrescos! ¡Yo, el primero, pido puesto para mis pastillas de chocolate! Yo tengo, dice un *crimms*, doscientos mil pesos que darle a la exposición entre veinte amigos. Hay 5,000 hombres en Nueva York, dice Brice, que para esto, para sacar a Nueva York un codo por encima del mundo, dan cada uno mil pesos.

Una tienda de ropa hecha se suscribe con diez mil pesos.

A docenas hay ofertas de miles. Por acciones, escribe otro: sáquense a la venta diez millones en acciones de a diez pesos, que unos comprarán mil y otros una, y entre todos se levantarán los diez millones. Otro quiere que se emitan bonos de \$50.00, con cien cupones de cincuenta centavos cada uno, que servirán de entradas a la feria; véndanse los bonos a \$40.00, no se vendan a la puerta de la feria entradas, y no habrá tienda, café, hotel, tabaquería, que no compre los bonos que cubren su costo con los cupones, y dejan \$10.00 de ganancia. De otro viene la idea de emitir certificados a dos pesos, con el nombre del donante, y dice que no habrá varón digno que no quiera tener uno en la cabecera de su sala: “¡hay, por lo menos, 5.000.000 de varones dignos!” Un experto aconseja que se haga como en París, que emitió bonos por el total, redimibles a los setenta años, con cupones por el valor del bono, y éste sin devengar intereses, pero seguro de la redención, porque de lo recaudado, se pone en lo seguro una porción suficiente a que con sus rendimientos cubra a los setenta años el principal. Y bullen así las ideas de los ciudadanos fuertes y libres, que no tienen la nariz hecha para el narigón, sino piensan en lo que incumbe a todos, con el derecho de ser uno de los todos, y lo dicen en voz alta. Se reúne la junta de fondos, nombra una mesa ejecutiva que estudie el mejor modo de levantar el tesoro de la exposición, y cuando uno propone que, para plumas y papel cada cual de los veinticinco dé cien pesos, el presidente, a quien no dejan hablar los aplausos, dice que no es menester, porque tiene bajo su mano derecha el cheque de un periódico, el cheque del *Sun*, a la orden del *mayor* de la ciudad, por \$10.000. Así, del pueblo libre, del pueblo fuerte, del pueblo activo, del pueblo arrogante, nace, sin manchas ni sombras, la exposición del pueblo.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 9 de octubre de 1889

Nueva York, Agosto 26 de 1889

Señor Director de *La Opinión Pública*
Montevideo

Trae el verano acá como un frenesí. que en los felices extrema el gozo, cual si quisieran en estos meses de árboles poner la vida del año entero; y en los de alma turbia o inquieta aviva el odio y la pasión, hasta parar en crimen.

Agosto está siendo rojo, en la tierra como en el cielo. La bóveda parece de hierro encendido, y da calores mortales: entre los hombres y aun entre las mujeres, han hecho de héroes estos días el revólver, el puñal y la soga.

Y es lástima que desluzca esta fealdad el júbilo que se ve por dondequiera que caen los ojos: los pintores andan a trancos por las montañas, con el caballete de morral, buscando puestas vívidas y albas curiosas; los trenes vienen henchidos de parejas ahítas de amor, que se duermen a la pastora, hombro con hombro, en la media luz de los carros; los niños florecen y pían por las playas y las alamedas, y ostentan orgullosos las ronchas que les levanta el sol; bajan de las islas vecinas, al morir de la tarde, los vapores de caridad que se llevaron a vivir un día en la luz a esos otros niños, los niños pobres, y es su canto al desembarcar ¡cosa extraña!—la misma canturria, desordenada y melancólica, del indio salvaje, en que hay a un tiempo mismo crepúsculo y batalla.

Pero quita el gusto para estos cuadros de placer lo que se lee de todas partes: aquí un linchado, allí un juez que intenta matar a otro, acá cuatro uxoricidas que mueren juntos en la horca. Lo del *lynch* es de toda seriedad, porque muestra la llaga que llevan en el corazón los que se lo alimentaron de sangre esclava, y hoy viven como sobre carbones ardientes, rechazando con furia el aire negro, el amor negro, la ambición

negra: no hay día sin asesinato en los Estados del Sur: ya está donde no puede ser más la agonía del negro vencido: el negro que embruteció, que azotó, que crió en ira, se reproduce con la fecundidad de los infelices, que buscan en su mujer el goce y compañía que el hombre venturoso halla en más de una fuente, y no sólo en la alcoba: el blanco del Sur, en cuanto ve que el negro se le iguala en lo real de la vida, lincha al negro.

Eso es de todos los años, pero ahora está siendo más, desde que los demócratas cayeron, porque los negros están más erguidos, y los blancos más alarmados, con el anuncio de que los republicanos, para adueñarse de los Estados demócratas del Sur, fungirán de protectores del voto de color, que dicen que está oprimido por el señorío, lo que quiere decir, si se acuerda la ley por que los republicanos abogan, que los blancos del Norte protegerán, con las leyes y con las armas, a los negros del Sur, para que echen del gobierno de los Estados a los que fueron sus señores, y queden "presidiendo la civilización", como dice un diario, "el belfo y la lana"; otros negros van por donde es más cierto el camino, que es por la cultura, puesto que mientras sean menos que los blancos en carácter y saber, nadie se parará en las causas de que sean así, sino en que lo son, el cual es argumento que no se les hará cuando puedan luchar de mente a mente, y calcen ambos con igual maestría el discurso y el guante: con la cultura del negro no se acabará el conflicto, pero tendrá menos causas y pretextos que ahora, y menos horrores. Porque el mundo se echará sobre los que quieran desposeer a sus iguales.

En el Oeste, un juez ha caído muerto de un pistoletazo a los pies de un magistrado del Tribunal Supremo. Este es anciano, y hombre valeroso, que sentencia como cree justo, aunque el defensor o su cliente lo esté mirando en los ojos, desenvainado el cuchillo. En un pleito de divorcio, falló que era falso el certificado de casamiento con que quería probar su unión a un millonario una aventurera de ojos cándidos, como aquel césped que ponen sobre los fangales los muchachos traviesos, para que se hunda en el fango el que pase al descuido, sin ver que hay lodo debajo de lo que parece yerba. Tenía el pleito a medio ganar, y con él los millones del imbécil Sharon, que era de estos millonarios de casualidad, que no saben que la riqueza tiene su obligación y su decoro, y que la vejez es corona que no se ha de echar por tierra en sacudidas de cerdo. El abogado de la mujer era un rufián, con la lengua y el revólver volubles, temible por el poder que le venía de su fama de matón y tan de su tiempo y lugar que llegó a juez supremo de California por estas vías,

y aun fue hace ocho años candidato de los demócratas para elector presidencial, aunque ya entonces se le contaban cuatro muertes, y una a mansalva, so cubierta de duelo con otro prohombre californiano, no le dio con el plomo ni con la elocuencia, allí donde llevan los oradores la canana a la cintura, pero hartó leal para ver que lo ponían, con la bala muerta en el cañón, delante de la pistola amaestrada de su asesino.

Sacó el cuchillo para herir en el tribunal a un secretario, y el juez Field lo echó a la cárcel, que fue ofensa de que juró vengarse el Ferry, sobre todo cuando le estimuló la rabia la mujer, con quien casó poco después del pleito, y era para él tan apropiada compañera que cuando Ferry llegó a encontrarse con Field en la estación del ferrocarril, se le echó encima a golpes, corrió ella al vagón, y allí la encontraron sacando del neceser un cuchillo y una pistola. Ya era tarde. El guarda que acompañaba a Field, para protegerlo del ataque previsto, había tendido a Ferry de un balazo. Unos piden la horca para el guarda: porque el muerto era hombre típico en California, y de muchos amigos, y el caso ha parecido como una violación de derecho a los baladrones que no tienen más poder que el que les dan jueces cobardes. ¡A los jueces cobardes les debían hacer lo que los germanos a los que pecaban de amor antes de los veinte años cumplidos!

En Nueva York no hubiera sido novedad lo de los cuatro ahorcados, porque todos los viernes hay horca, y suele ser más de uno el muerto; pero esta vez los cuatro perecían por el mismo crimen, que fue el de matar a sus esposas o mancebas, uno porque no le daba la mujer para bebida, y los otros dos porque ya no los querían tener de alfonso la amante causada: el otro alemán Carolin, no la mató por crimen sino por caridad, o por locura, porque estuvo sin trabajo tanto tiempo que se le ensangrentó el juicio, y el día de la muerte le llegó de Alemania una carta en que su madre le pedía socorros, cuando en la casa de Carolin no tenían pan: "¡Mi Brígida me pidió de rodillas que la matara!"

A los más ásperos se les encogió el corazón el día de estas cuatro justicias. Todos compraron ansiosos los periódicos, a la luz o a hurtadillas. No era compasión, sino horror. ¿Y de veras cegarán la fuente de los crímenes estos cuatro cuerpos de ahorcados? Ayer mismo, cuando estaban los diarios llenos de las descripciones de la horca, que no es de trampa ahora, sino de pesas, y sube en vez de bajar; ayer mismo, cuando no salió un diario sin la historia de lo que han de padecer los ajusticiados por la pena nueva de la electricidad, ¿no entró por una ventana un mozo que gana su salario de trabajador, y mató a un buen hombre

que se resistía a que le robase la caja? ¿Y no está el asesino cantando y bebiendo de lo que le regalan sus compadres, porque dice que “ya la fiesta se acabó, y bien puede emplear lo que le queda en divertirse”? En la misma noche de la vela, cuando los recaderos salían por la lóbrega puerta egipcia de las Tumbas a ver cuál llegaba a su diario más pronto con las cuartillas que en la humedad de la madrugada habían escrito los cronistas, cara a cara de los reos en sus mesas de pino a medio parar, no fueron trenos los que oyeron ni letanías, sino el adiós de una ópera bufa, el adiós de “Pinafore”, que enviaban a voz en cuello a sus cuatro amigos los ladrones del barrio, desde una cervecería vecina, copa en mano. Los cronistas no estaban en la vela como tales, sino como jueces de la ejecución, que el alcaide nombra de entre los de la prensa, para que ésta vea las muertes sin violar la ley, que manda que en el patio fúnebre no haya hombre sin oficio. Al amanecer, apareció en el umbral del patio el testigo de los crímenes: el gato siniestro. El verdugo, a la luz de un fósforo, ve si la cuerda está donde debe para que el hacha la corte. El verdugo no tiene más que dos ideas, de donde los de los periódicos no lo pueden sacar: las dos ideas le dan vueltas en el cráneo, como las mulas en una noria: que él hace su trabajo bien, que no le debían maltratar a sus hijos, porque ellos no tienen la culpa de que él sea lo que es.

Los cuatro reos son católicos, y salen de sus celdas a oír la última misa. Entra el alcaide con sus cuarenta hombres, vestido de negro, de sombrero alto y de bastón.

Pasa por entre los veinticuatro jueces, que le aguardan en fila. De allá, de las otras jaulas vienen ruidos como de fieras: de las de la muerte salen, dos a dos, los sentenciados: todos en el patio húmedo se quitan los sombreros: uno trae la hopa sobre la cabeza, otro caída a la espalda: al encapuchado se le saltan los ojos, y tiene las mejillas como cosidas por dentro de la boca: el viejo, el que quería dinero para beber, muere rezando. De los otros dos, el alemán sale maldiciendo, revolviéndose, con la sangre en los ojos: el negro le dice: “¡muere como un hombre!”

Suenan dos golpes de nudillos en el tabique: el hacha cae: suben por el aire los cuerpos; y se abalanza, sobre el cigarro que escupió Carolin, el verdugo.

Pero no se habló sólo de esta horca, por ser tan vil el crimen, salvo en el caso del alemán hambriento, como porque el alcaide mayor, que pre-

sidió la ejecución, está acusado y convicto de haberle hecho dar por el tribunal a su mujer una sentencia de divorcio, por adulterio del alcaide, cuando lo cierto es que ni la esposa lo pidió, ni firmó la acusación que está firmada por ella, ni estuvo ante el ponente del caso, ni llevó de abogado al que aparece como consejero suyo: lo único que hay de real en el legajo es la firma del juez, y el engaño de la esposa que a los treinta y ocho años de consorcio le pesa al marido, sacado del honor por una de estas voraces de oficio, que le fingía amor mortal por sus bigotes teñidos y su abdomen, cuando lo que buscaba en él era el portamonedas repleto del alcaide, hombre aquí de muchos emolumentos, por más que tenga que partirlos con la sociedad demócrata de Tammany, que es quien con su máquina de votos pone en los empleos a sus hechuras, y luego les cobra el alquiler.

Es sencilla, curiosa esta máquina de Tammany. Todos trabajan para encumbrar a uno, pero éste reparte luego entre todos las ganancias del encumbramiento. Y quien vio a uno, vio a toda la legión: espaldudos, ventrúdos, carnazos, de sombrero de pelo, con la mano en el chaleco público, el palillo entre los dientes, las mozas en montón, y la nuca de tres buches, fofa y rapada. Se sacan a puñados los billetes, y son vanos y topos, sin más arte que el que les viene de conocer la desvergüenza por ser de ella, y buscarles el precio a los pícaros a la hora del voto.

Con eso, y con servir a ciegas a su Tammany, que convierte en cómplice a cada servidor, ha llegado Tammany a ser dueño de la ciudad, y estos polifemos, a prohombres. Para un alcaide mayor todo son acá zalamelés, y su poder es tal que puede sacarle a un juez el divorcio de una mujer buena que hasta que vio el decreto no supo que estaba divorciada. Como que Tammany pone jueces lo mismo que alcaides, a Tammany acusaron de tener la ciudad envenenada, hasta en el reparto de la justicia, así que los colegas, aunque en la sombra irán sacando al amigo, en público no perdieron tiempo, y le quitaron el nombre de las listas, en sesión de mucha virtud y solemnidad. Pero él, de alcaide sigue, sin que haya por donde probarle que instigó el divorcio falso, para traer luego a términos a su mujer. Los jueces le ponen hecho un mal apellido, y acuerdan someter el legajo espurio al Gran Jurado, para que se vea que puede presentarse ante el tribunal un abogado fraudulento, que no traía la persona que dijo traer, y pudo el juez nombrar de vista a quien lo es de uso en estos pleitos; y era cómplice del consorte cansado, pero no ha

vendido el juez, por dinero ni influjo, una sentencia que echaba un hogar de treinta y ocho años a los pies de una poliandra melosa que le ha recalentado las primaveras a un barbón obeso.

Ya están ocupadísimos estos últimos días de Agosto. Demócratas y republicanos han decidido poner en Nueva York sus cuarteles generales, porque ya se ve que acá es donde está la fuerza del país, acá la cabeza de las industrias, acá el término de los ferrocarriles, acá la mayor población. Los republicanos abren, en el corazón de los negocios, un casino rico, donde se come a la francesa, y ruedan las monedas de a diez: los demócratas le ponen al pie una casa de recibo, que va a ser como lonja de ideas, donde irán cuantos demócratas de pro viven en Nueva York, o vengan de viaje por ella, y habrá cuantos libros y datos son menester para enterarse al dedillo de todos los puntos en debate, así como de la vida y hechos de los que han de debatir: allí se tratarán amistades nuevas, las viejas se remozarán con la conversación íntima, se instruirán todos, y ocurrirán ideas vivaces y fecundas. Los grandes intereses del país están de congreso, como todos los años por estos días; pero como las quiebras de las empresas protegidas, de telares de lana, de fábricas de papel, de ferrerías han sido muchas a pesar del advenimiento de los republicanos, que se ofrecieron al país de panacea, nótase una inquietud desusada y un ansia mayor de unirse en grandes gremios, para resistir a los que tienen la mano sobre el gobierno, y están sentados, con nombres de Harrison y de Blaine, en las sillas presidenciales: Blaine fue uno, está ahí por los manufactureros, porque les ha ofrecido buscarles por la política modos de que vendan afuera sus productos, imperfectos y caros como son, sin tener que rebajar las tarifas, ni perder el mercado doméstico, en el que mandan solos.

“Harrison, dice otro, está ahí por los ferrocarriles que se tienen cogida la mejor tierra del país, y se ligan para imponer en forma de fletes una contribución insostenible a los verdaderos sostenedores de la nación, a los que levantamos las cosechas que dan de retorno esos caudales puestos en las industrias con que nos ahogan: nosotros somos los primeros, los agricultores”, y se ha concertado una liga poderosa de todas las asociaciones agrícolas.

En Milwaukee, se trata de ponerle la primera piedra a un monumento; se juntan, con el general Sherman a la cabeza, cincuenta mil veteranos, que ayer pelearon por la paga, aun antes de aprender a hablar

inglés a derechas, contra los rebeldes del Sur; y ahora se mueven como una falange, con sus cincuenta mil votos, y quieren que en la política no se les mire como ciudadanos sueltos, y hombres como los demás, sino como clase privilegiada, que tiene derecho a vivir del país, y a tener representante en el gabinete, y a ser consultada fuera de cátedra, como las demás agencias nacionales: lo cual levanta la ira de la buena gente de Boston donde están celebrando hoy los ochenta años de su poeta Wendell Holmes, que no quiere, “ni él ni nadie de su amistad, una república que baile al son de unos cuantos holgazanes de chambergo, como le baila al saltimbanqui el oso”. “Es traidor a la república, dice otro poeta, el que se quiere poner sobre ella.”

Pero a los veteranos no les importa la pedrea; y votan juntos por el candidato que les ofrece verlos como a clase ungida, que tiene derecho a que la razón le remoje la barba y le lleve la sopa a la boca: hasta a las botas que llevaron a la campaña se les, ha de dar pensión, y al zapatero que se las hizo, y a la lezna con que las cosió, porque han tomado estos barateros a miedo y a obligación el cariño excesivo con que ve el país a los que, por salvarlo los más, iban a meter la bayoneta en el pecho de los que defendían del Norte celoso sus solares nativos, y ahora estos mercenarios se revuelven contra el que les pagó el valor y toman la poesía de la guerra, los himnos, las músicas, el respeto a los muertos, la consideración con que se ve a los que estuvieron a riesgo de morir, como una patente de pontífices y certificado de dominio, ¡y le ponen el acero al pecho a la república que se lo puso en las manos para que la defendiesen de sus enemigos!

Es mucho el poder de estos cincuenta mil hombres, que están en todas partes, desde las gobernaciones hasta las porterías: pero es más el de los que los desdeñan como merecen. Porque hay bandidos en ejercicio, y bandidos mansos.

En Milwan Pool se juntan los cincuenta mil: en Saratoga, que está este año de media fiesta, pasean por las avenidas calladas los enamorados: al Niágara afluye el gentío, a ver el barril en que el terco Graham, por hacerse de la fama productiva de héroe, se dejó caer, preso entre los hierros de adentro del barrilete, desde lo alto de las cataratas, que pasó en salvo: el *Sun*, que es el diario de los Tammany, pone gran empeño en lo de la Exposición del 92, para que el público agradecido a la actividad del *mayor*, que es de Tammany también, haga como que no ve lo del divorcio de Flack: a Allen, el presidente de una compañía de tranvías lo echan a la penitenciaría,—porque se averiguó que tanto ca-

ballo y coche y pedrería de la mujer y lujo de las barraganas, venían de que por cada bono válido daba otro falso en prenda a los bancos con el mismo número, así que levantaba un empréstito sobre los bonos buenos, y otro sobre los repetidos, y con este robo vivía de filete a la bordalesa, y no ponía más que Tokay sobre los manteles, y las amigas iban por las calles como joyerías vivas rizadas como un faldero, y con tapa de oro en el pomo de las sales: ahora el presidente de la compañía no tiene pelo, porque lo han rapado en la penitenciaría y su traje es de listas, una amarilla y otra negra: en la casa de campo de su familia, han bajado las persianas.

Pero no ha sido ése el pueblo de verano más mentado estos días, sino la playa suntuosa de Atlantic City, lujo de Filadelfia. Allí, como si las paredes cayesen de repente a tierra, se ha visto por dentro una casa de imbécil. Lo que se ha visto tiene en la punta de los pies a todo este pueblo numeroso. Desde los jardines californianos de San Diego, donde es tanta la flor que no se ve lo verde a los rosales, no se habla sino del matrimonio del nieto de Hamilton, de Alejandro Hamilton el fundador, con una flor de calle, que llegó a sus manos magullada por los pies de los transeúntes.

¿Qué han de saber del amor de esposa, del "cable hecho de mil kilos", del remanso, donde ancla en lo oscuro la barca cansada, de la hermosura en que se ampara el hombre de lo brutal y horrendo de la vida, del bien de cambiar de almas, estos hijos de invernadero, concebidos a medias, criados para que no molesten, ni le quiten a las horas, ni le deslustren el frescor a la madre, madre de paseos, madre de meriendas, madre de teatros, madre de sala?

De las entrañas sale el hijo voraz y sensual, sin aquel gusto y conciencia de lo femenino que hace la vida amable y airosa. La mujer no es su objeto, ni su espuela, sino el enriquecimiento deslumbrador y súbito. ¿Qué ha de querer en él, la mujer que se siente desconocida y postergada por él? En la mujer busca este hombre un buen figurín, que publique la riqueza de su proveedor, y le sirva de halago y de anuncio; o busca, en su vida de frenesí y de vaivenes, un placer violento que adormezca la agonía de la ambición desenfrenada; o busca, como carne que es, por su crianza áspera y egoísta, los apegos de la carne. Y la mujer ve en el hombre un proveedor a quien paga con lo que él desea, y va bebiendo donde las encuentra las copas de amor, que no gusta con ter-

nura y deleite, como cosa del espíritu, sino como un bombón que se cata y se deja, con la marca del diente.

Lo de Hamilton levanta la atención, porque se ve en el caso el tipo. Al obeso Flack, le llamaba "amor mío" una de estas venenosas, de brazos llenos de tentáculos, como los del pulpo. Al calvo Allen, el presidente ladrón, le llamaba "pasión mía" una alquilona de lengua fina, y de ojos de agua de mar, criada a Biblia pura; a Hamilton, hijo de millonario, le "adoraba" los cuarenta años y la nariz colorada, una ojiazul, de cutis como de Sevres, y manos finas de punta que arregló con su marido vicioso y la suegra, el modo de darse por madre a los ojos de este amante rico, y entre amenazas y besos obligarlo al matrimonio, para hacerse de las joyas y la plata que por el testamento materno vendrían a la esposa del hijo. En diez pesos compró una recién nacida que murió por falta de leche de madre, como otra que compró en cinco después: cinco pesos dio para que le tomasen la tercera, porque era muy alemana y Hamilton podía recordar que la que él vio tenía el pelo negro; por unos pesos más compró la cuarta niña. Se casó Hamilton, el nieto de Alejandro Hamilton, que está aquí en la flor de la elegancia y la riqueza. Y con el marido de su mujer y con la semisuegra entraba de brazo al baño.

Pero le echó en cara las picardías, al verse mal despedida, una escocesa que le cuidaba a la criatura; y la ojiazul de manos de punta y cutis de Sevres, la que habla como letrada y escribe firme y tendido, le clavó un puñal a la escocesa en un costado. Todo salió a luz: el Hamilton, con esta policía que sirve bien a los ricos, está persiguiendo a su mujer: la mujer, presa en una casa de campo, llora copiosamente, llora como si echase en tarimas el corazón, cuando le traen a la niña, vestida de encajes, con una pulsera de oro en cada manecita blanca, y en el dedo meñique, sujeta por un cordón de oro a la muñeca, una sortija de brillantes.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Pública. Montevideo, 1889

EN LOS ESTADOS UNIDOS

El problema negro.—La religión contemporánea.—Asamblea protestante.—Convención de banqueros.—El papel moneda.—El peso de plata.—Compras colosales de los ingleses.—El alemán en las escuelas.—Matrimonio suntuoso.—La exposición de 1892

Nueva York, 30 de septiembre de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Está de mudanza la ciudad, y el país entero. Se quita el hongo café con leche del verano, y se pone el hongo chocolate del otoño. Se despide del campo la gente urbana a escopetazos, matando por el monte venados y conejos. Descuelgan la hamaca perezosa, embiste el mar contra los muelles de baño y las casillas; entran en la ciudad los rusticantes armados de sangre y luz para las batallas del invierno. Con septiembre se cierran las asambleas de uso: la de los veteranos, la de los clérigos, la de los banqueros, la de los reformadores que quieren sufragio puro y nacional, sistema de empleos fijos, y erario que no le tome al país más que lo que sea menester para honrarlo y defenderlo. A la reunión que celebran cada septiembre los amigos del negro, en memoria de la proclama de emancipación de Lincoln, dio este año desusado interés y fervor la zozobra con que se ha de ver la caza de negros que va de creces en el Sur. No hay día sin choque de armas.

Merodean de canana al cinto, por los caseríos de la negrada, los vigilantes de mostacho y perilla, "echando abajo a estas sombras del demonio". Se entran por sus aldeas, como por plaza conquistada, voceando a caballo, y descargando los rifles por las puertas abiertas de las casas. En las ciudades, dicen los finos caballeros del pie pequeño y la barba sedosa, que la negrada toda es una ingratitud, que en veinte años de ese trato amable no quiere tener amor por sus dueños antiguos, ni aprender las artes y ciencias que no tienen donde lucir ni cultivar, ni venir a las escuelas donde les enseñan los maestros pagados por aquellos mismos que aplauden y favorecen y aconsejan la persecución y la carnicería. El negro crece, con la fecundidad de los matrimonios pobres, que en la casa tienen el único placer, y ponen en la esposa todo el amor y compañía que les niega el mundo. El hombre ha de crear: ideas o hijos. Crece el negro

en el Sur, y el blanco indígena no crece como él ni van al Sur, que sólo por donde toca al Norte resucita, las arribadas de inmigrantes blancos. Y el blanco del país, antes que verse dominado por el negro o mezclarse con él de hembra o varón, decide exterminarlo, espantarlo, echarlo de la comarca como al zorro.

¿A qué la escuela donde le enseñan que nació para siervo por el castigo del color, y que jamás podrá gozar en su suelo nativo de los derechos plenos del hombre? ¿A qué el seminario donde enseñan que Dios sentará a todos los hombres a su lado por igual, si los ministros blancos de Dios son más que Dios mismo y van contra su ley, y no quieren sentarse al lado de los ministros negros? De una parte se agrupan los negros, ya más cultos, con el amparo de los republicanos del Norte, que so capa de defenderlos, se valen de esta justicia para abogar ante el Congreso por una ley que les asegure el voto de los Estados del Sur, hasta hoy demócratas. Surge de nuevo, aunque no se la quisiera ver, la cólera del Sur contra el Norte. Entra por mucho en esta ira contra los negros el que el Sur blanco ve en ellos el instrumento de que el Norte se vale para quitarle, con la cubierta de la ley federal en amparo del voto de los emancipados, la libertad política. Sin este veneno del Norte, sin este miedo de los republicanos a perder el poder de que usan en lo interior y exterior como vencedores en tierra de conquista, vendrían a arreglar por la fuerza natural, por el poder de la vida común, por la labor de la conciencia, facilitada por la cultura creciente del emancipado, lo que hoy se está disponiendo como para campaña mortal. Eso dice Lee, el gobernador soberbio de Virginia, que de los negros todos haría una llamarada. Esto dicen los negros de las iglesias, juntas ahora en convención.

Eso dijeron con el fuego de Harrison, las mujeres y sacerdotes de Boston que celebraron este septiembre el aniversario de la proclamación de Lincoln. La leyó un negro joven, con voz que vibraba en el aire como el eco de un martillazo sobre acero.

La asamblea, al acabarse la lectura, sollozaba y oraba. Una mujer blanca, de lo mejor de la ciudad, entonó el canto de los esclavos a su amo bueno, y los oyentes cayeron de rodillas. Whittier, el cuáquero, el poeta de la abolición, mandó versos como antes. Butler, ejemplo de la infelicidad del genio inmoral, habló asuntos viriles en memoria de Wendell Phillips, "el gran orador y héroe moral del país". Douglas, el mulato elocuente que enloqueció hace veinte años las asambleas abolicionistas,

envió una carta donde se ven correr las lágrimas por el rostro de bronce, y mesarse con las manos frías de espanto la cabellera leonina.

Curtis les escribió, el que pronunció el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Y abrió la ceremonia el mismo sacerdote que ofició en el entierro de John Brown.

Menos turbulenta ha sido en Nueva York la convención de los clérigos protestantes, y en ella se ha visto que los pastores de hoy ya no son aquellos levitas de rostro nacarino que iban de casa en casa tomando té y budín, y poniendo un versículo de Job sobre las heridas matrimoniales; sino hombres nuevos que saben de Haeckel y Faraday, y ven la religión como freno social más que como dogma. "Ocupemos la imaginación", dicen, en las cosas nobles; porque de ocuparse ha, y más que en nadie, en la mujer rica, expuesta a la tentación de la pereza. La beldad moral hay que enseñarla, y hay que hacerla amable, porque no está tan a los ojos, ni da placeres tan inmediatos como la beldad física.

Hay que ponerle sangre de conciertos, de bazares, de honores públicos, de autoridad ostentosa, a la beldad moral, de modo que las vanidades de las criaturas hallen satisfacción y empleo en los trabajos nobles del espíritu. A la vanidad hay que emplearla porque no se la puede destruir.

A la imaginación hay que tenerla entretenida, porque en la soledad se enferma y agiganta. "¡Levántate, tú que tienes pena, y visita a los pobres! ¡Niña que ya quieres amar, pon en el canto, en la caridad elegante y visible, la pasión desocupada que se echará, si no, a los brazos del primer ojimeloso o salteador de salas! ¡Matrona perezosa, ten junta de beneficencia o escuela de costura, a la hora tórrida del mediodía propicia a los amantes!"

Y los sacerdotes hablan de eso más que de los artículos de la fe. Creen que la Iglesia ha de adelantar y de cambiar de forma.

No la administran ya como panacea divina, sino como gobierno de las fuerzas espirituales.

Hasta en el vestir, y el andar se les conoce el concepto nuevo de la Iglesia. Ya no van dos a dos, hablándose en el cuello volante de la camisa de corbatín, y secándose los sudores con la bandana colorada. Ya salen de la asamblea en grupos, discutiendo y riendo. El perfil es fino, porque el pensar en cosas altas y bellas da elegancia al cuerpo y al rostro hermosura. El rostro tiene, porque aún llevan el alma en claustro,

la palidez claustral. Pero son vivos los pasos y los ademanes; despachan de pie a los recaderos que les traen cartas, recibos, circulares, citas; son como empresarios de parroquia, con escuelas y talleres, y clubs de visita a los menesterosos, y parejas de la policía del amor, que van por las calles y casas viendo donde hay desdicha de esa más cruel, que se esconde para morir, como los indios, a oscuras y callada.

Otra convención notable ha sido la de los banqueros, no porque en ella hubo el cambio usual de prácticas y casos nuevos, ni porque añadieron modos de precaverse de los fraudes y del abuso de los que viven escalonando cheques, que paran en que alguien pierda el cheque final, sin utilidad alguna para el banco, sino porque el presidente de uno de los bancos de Nueva York propuso un modo de asegurar a la plata el mercado del gobierno, que ahora compra por valor de dos millones de pesos al mes, los cuales va echando sobre el tesoro henchido, y con la proposición podría comprar hasta cuatro millones, sin que en el tesoro se acumulasen tanto, porque cada año debería el gobierno cancelar tantos pesos de papel moneda cuanto excediese el valor corriente de la plata acuñada en el año al del papel que en el año hubiese entrado en el tesoro. Lo de la plata es cuestión viva; y para la América más, porque los Estados Unidos quieren venderle por un peso de oro el peso de plata que les cuesta setenta y cinco centavos.

Pero es de saber que, fuera de los Estados mineros, no ha hallado amigos la propuesta, porque la plata es incómoda y fluctuante, aunque la escasez del oro y la inseguridad del papel la hagan necesaria para el depósito de reserva y los cambios menores. Y como no hay razón para temer que el gobierno se quede sin metales con que cubrir su papel moneda, o sin el crédito que sin reserva de metal bastaría hoy a sostener el papel; a éste se prefiere, por útil y fácil, y aun por más fijo en su mismo valor convencional, puesto que se tiene por más constante el crédito del gobierno que el valor de la plata. ¡Luego se verá, cuando el gobierno se venga abajo, como estuvo para venirse cuando la guerra con el Sur, y no tenga el papel metales en que descansar! Eso dice el comerciante del día, que no ve más que su seguridad de hoy. Pero el estadista prevé,—“y si se nos enturbia el agua de rosas, ¿no será mejor tener la moneda de plata, que siempre ha de valer sus tres cuartos de lo que representa, y lo vale en todas partes más o menos, que la moneda de papel, que puede quedarse sin valor, y no hallar curso más que en el país? Las estrellas se

vienen abajo, y el crédito del gobierno puede caer también. Ni demasiada plata, ni papel excesivo. El papel es como el crédito, que ayuda a los negocios; pero no se puede hacer negocios a crédito puro. ¡Mejor es no fabricar, que fabricar sobre viento, porque se viene la fábrica a tierra, y nos cae encima!”

De otra cosa hablaron en la convención de los banqueros, y habla mucho el país. Hablaron del jurado del Yves, aquel que con la complicidad de un banco amigo, compraba acciones de un ferrocarril con un cheque certificado de mera confianza por el banco, y con el producto de la hipoteca de las acciones cubría el cheque, hasta que con estas y otras habilidades quebró por quince millones de pesos: el jurado, por dos votos de los doce, no pudo llegar a avenimiento; e Yves vuelve a las Tumbas a que lo olviden: “dos jurados, dice un diario, le han sido útiles a Yves como los doce”. Hablaron de la plata que viene de México, y el derecho que le cobran contra lo que manda la ley, aunque la voluntad de los mineros es que se le cobre, lo mismo que por el plomo, que está entrando sin pagar; aunque a eso se oponen los que no tienen plomo, ni plata, y ven que por proteger la minería padecen todas las demás industrias del país, porque México ha tomado su desquite enseguida, poniendo impuesto especial a todo lo que entre de los Estados Unidos: “¡buena manera de atraerse a México”, dice el *Evening Post*, “ahora que trata el Congreso de Panamérica de hacerle comprar todo lo que producimos!”

Pero de lo que habló más la convención fue de la compra mayor que hasta ahora hayan hecho los ingleses en los Estados Unidos. “¡Queremos echar a los ingleses de la América española; y se nos están entrando de cuerpo entero por nuestra propia casa!”: “¡esto tiene algo, dice uno, de pantomima de Reveles!: siempre sale el payaso de debajo de la mesa”. Ya habían comprado los ingleses las cervecerías mayores de Nueva York; y ahora, con un capital de 50.000,000 de pesos, han comprado casi todas las que quedaban en Nueva York y el resto del país, y los famosos graneros de Minneapolis, y los molinos. Hay otra compañía que anda comprando con 37.500,000 pesos. Para que no les echen encima una ley contra ligas de capital, o ligas de industria, a cada empresa la manejan por sí, bajo ente legal distinto.

De Chicago y de Nueva York son los abogados que les aconsejan el modo de evadir la ley presente y la futura. La compañía de los cincuenta millones, es la “City Contract Company”, de Londres, y la de los treinta y siete es la “Trustees and Executors Company”. De la de los cincuenta es presidente el corregidor de Londres. Vienen sin que se les

sienta venir. Primero piden a sus agentes listas de las empresas apetecibles. Luego ajustan con los poseedores un contrato que llaman opcional, aunque no lo es, porque por él se obliga el dueño a vender a tal fecha en una suma fija, y con el contrato va una historia de la empresa en los últimos diez años, y una suma que el dueño pone aparte para cubrir los gastos de investigación que haga la compañía compradora. Después vienen de Inglaterra contadores peritos, a ver por sí las cuentas de la empresa, y con lo que ellos dicen da su parecer la comisión de informes sobre compras. La compañía decide, allá en Londres. Y siguen comprando por donde el país crece; molinos en Dakota, minas de hierro en Michigan, cervecerías en Nueva York, graneros en Illinois, en Texas ranchos repletos de ganado.

En lo más de aquellos Estados del Noroeste se habla alemán con tanto exceso, que es caso ya de pena enseñar en las escuelas alemán, como se hacía antes, porque se notó que no entraban en el alma del país los Estados nuevos, sino eran como naciones distintas dentro de la nación, que de ella vivían e influían en ella, sin pagar el influjo con lo que se ha de dar en pago, que es el interés de hijo por el pueblo de quien se recibe la vida: ¿qué ha de hacer un país que ha echado a andar, si una de las ruedas se va de otra parte, y todas no están hechas de manera que salgan andando a la misma voz?: nadie tiene el derecho de vivir en un país para perturbarlo; ni porque se recibe de un pueblo la libertad y el bienestar, la corona de hombre y la herencia acumulada de los siglos, hay razón para clavarle en el costado, como puñales, los odios de cuya ira se han hallado en él abrigo. ¡Es como envenenar el agua del que nos sienta a su mesa!

En Nueva York se venía notando cosa igual, a punto que en las escuelas se enseñaba el alemán como de obligación, y en política y arte y comercio se vio que venía muy deprisa el germanismo, echando por sobre la borda cuanto no era vergiss-mein-nicht, lo cual puso en miedo a los que comercian con el voto de las masas extranjeras de la ciudad, a la gente irlandesa, que entró en celos, y a los de alma de raíz, que quisieran no ver caer de los hombros de la república la capa de peregrino del capitán Miles Standish. De éstos y del influjo irlandés parece venir el voto de los informadores que nombró la junta de educación para ver si se debía estudiar en las escuelas lo que se estudia ahora, y si era juicioso, cuando con el inglés se va tan lejos, enseñar tanto alemán en tierra

que no ha de ser alemana: y los informadores dicen que en las escuelas públicas de primeras letras no se debe enseñar más alemán, sobre que en realidad no se le enseña, como tantas otras cosas que en esto de escuelas parecen ser y no son, puesto que en todo el año dan sesenta y seis horas a la clase alemana, y no hay modo de que con este engaño aprendan la lengua: "como disciplina mental", dice el informe, "nuestro inglés es mejor, porque no piensa en volutas, ni baja sobre el pensamiento como Júpiter sobre Io, envuelto en humo". Sobre eso ha habido debate.

Y han dado novedad a la prensa las noticias menores. Que en Boston hay un colegio de medicina, dispuesto en la apariencia como lo manda la ley, aunque no tiene más maestros que los que venden diplomas a sesenta pesos, ni más discípulos que los que se los compran, sin más formalidad que la de mandarles, por vía de examen, una tesis escrita.

Que está ya casi perfecto el cañón de dinamita de Haskell, que recibe varias cargas a la vez. Que prospera en los salones de Cooper la institución nueva de los debates sobre asuntos de la nación, en que hablan mujeres y hombres de mente liberal, como el abolicionista Redpath y la fisiócrata Leonard, y puede hablar libremente todo el que traiga algo que decir, sin más que pagar, como los que entran de oyentes, cinco centavos por debate al portero del salón. Que en Mobile, tres moquetes, de pañuelo colorado por la barba, robaron a boca de pistola un tren. El maquinista paró el tren donde quisieron: el correo les dio los bultos certificados: el de la carga les dejó llevar tres mil pesos: y huyeron libres, a caballo. Pero de esas noticias, lo más comentado ha sido el matrimonio de uno de los hijos de Blaine, el Secretario de Estado, con la hija de McCormick, el millonario de Chicago. Fue en Richfield Springs el matrimonio, y el pueblo estaba de guirnaldas y banderas, porque los McCormick tienen allí mucho poder, y no los ve mal la gente de trabajo. La iglesia estaba colmada de enredaderas, prendidas con flores: de plátanos el presbiterio: de lirios el altar: y por entre todo, con luz como de ojos, las luces eléctricas. El público era de millones. Los ujieres de la boda llevaban de brazo a su asiento a los huéspedes distinguidos. La novia entró de brazo de un hermano del novio: iba de seda y valencienes, con una cruz de brillantes al pecho; el órgano tocaba la marcha de *Lohengrin*.

En la mesa pusieron de adorno, en una esquina, un salmón "a la Emons", en medio de un estanque donde nadaban peces vivos: en el otro había uno como árbol de pavos, y en las ramas codornices con las alas abiertas "a la Anita".

Los regalos fueron de plata y oro. A esa misma hora salía de una casa de salud, tendida sin conocimiento en una ambulancia negra, la esposa pobre de otro hijo de Blaine.

Pero lo primero que ahora se busca en los diarios, aun por los menos curiosos, es la columna donde están las cartas libres de los que dan "ideas nuevas" para la exposición. Ya está el sitio escogido por donde cierra el Parque Central. Si es en Nueva York la exposición de 1892, allí se hará. Cuentan que hay pecado, y que la elección del sitio ha sido para dar valor a las tierras desocupadas de las cercanías: pero no parece en verdad que haya para la "gran feria" lugar más ventajoso que aquel donde paran las vías todas y se juntan, al pie de una región de bosques y collados, los dos ríos.

Para seguir en las labores de preparación, un banquero que cuando peón iba de cuadrilla con la tina de lata al brazo, ha dado veinticinco mil pesos: es el demócrata Flower, que quiere ser gobernador del Estado. Los caballeros de coche están de enojos, y los diarios de a tres centavos no quieren que sea en el Parque la exposición; pero la ciudad está con los diarios de a dos centavos, que dicen que el Parque no ha de desmerecer porque lo pisen los pobres que lo pagan. Y los diarios de a tres vienen despacio a la idea, y hablan de ella poco. Los de a dos sólo hablan de eso y son los que publican las "ideas nuevas". Uno quiere que se levante una torre más alta que la de Eiffel, de acero y cristal; otro que a la torre le pongan alrededor, como una guirnalda, un camino resbaladizo, por donde el tobogán baje suavemente entre la frontera de hierro que ha de imitar las plantas de todos los climas con la fruta y la flor de luces eléctricas y colores como los naturales; otro dice que no ha de haber torre, sino que los mil pies han de ser hacia lo hondo y no hacia el cielo, con estaciones según se vaya bajando en la cueva húmeda, hasta palpar lo que tiene la tierra en las entrañas.

Cuál aconseja que se manden hacer, sin que les falte obenque ni cofa, las tres carabelas de Colón, y entren el día de la feria por el río Norte arriba y detrás con los marineros en las vergas, todos los barcos del mundo: cuál dice que se han de hacer las carabelas, pero en miniatura, y como grupo central de la primera taza de una enorme fuente central, por donde en los ascensores se baje de noche y suba, viendo cómo cae de lo alto el agua de mil colores.

Otros quieren puentes aéreos, o una esfera de cristal, girando en lo alto entre cuatro soportes colosales: o un edificio de forma de huevo,

en memoria de la anécdota de Colón: o un jardín aéreo que flote sobre globos. Quiere otro un puente colgante, que arranque del este de uno de los ríos y muerda en la otra banda del río opuesto pasando por encima de Nueva York. Y uno propone que se levante un asta de bandera de hierro, hueco en lo interior, para bajar y subir, y se enarbole la bandera en las nubes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 10 de noviembre de 1889

EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Universidad sin metafísica.—Las mujeres electoras.—Empleos y tarifas.—
Política yanqui en Haití.—Relaciones con México.—Intereses privados y
política internacional.—La convención de las lanas.—El discurso de
Blaine*

Nueva York, 30 de octubre de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Ya es la universidad de Clark que se abre, en el corazón puritano de Massachusetts, para enseñar como lo manda el mundo nuevo sin poner unas metafísicas en vez de otras, ni sustituir la infalibilidad de la secta con la infalibilidad científica, ni enfajar el espíritu del estudiante con las preocupaciones y odios de la secta religiosa: "hombres queremos, que conozcan las fuerzas de la tierra y las sepan mover: no queremos momias vivas: profesores de a cuatro mil pesos queremos, que no anden de canónigos por las aulas, haciendo el trabajo de cuatrocientos pesos, sino que trasmitan con el sudor de su frente lo que saben, y den resultados en vez de métodos, y enseñanza real que merezca los cuatro mil pesos".

"Esto no es una chulpa, decía otro orador, donde se ande de puntillas para que no se despierten las ideas: ésta ha de ser una excursión ordenada por la tierra, transformable y trabajadora; nadie que tenga ojos en la mente nos acusará de inmorales ni de irreligiosos: se ha mudado de templo, y el de ahora es la naturaleza, donde los árboles cantan y hacen de turíbulo con su vapor y sus aromas, cuando la luz oficia de sacerdote en el cielo: se ha ensanchado el templo, porque la religión nueva, que a todas las comprende y reúne, no cabe en el templo de una religión sola: la religión es ahora más que un credo, porque es un himno: ¿y la moral, qué es más que el orden en la vida, impuesto dulcemente al hombre libre por el gusto que deja el obrar bien, y por el conocimiento del orden del mundo? Un sabio llora, si medita media hora, en una flor; los picaflores del saber, el rebaño, los ecos son de los que andan de decrecidos por el mundo, con togas recortadas de las últimas novedades de la librería, asomando la cabeza liliputiense entre un Müller sin abrir y un Dollingar a medio hojear, como entre dos vísceras: no hay que estar a lo que dice el sabio cuando anda, absorto entre la maravilla, por las

oscuridades del detalle, sino cuando con las llaves que saca de él sale al sol claro y religioso a abrir la vida: se ha echado abajo un mundo escolástico, ¿y vamos a fundar otro?: la primera libertad, base de todas, es la de la mente: el profesor no ha de ser un molde donde los alumnos echan la inteligencia y el carácter, para salir con sus lobanillos y jorobas, sino un guía honrado, que enseña de buena fe lo que hay que ver, y explica su pro lo mismo que el de sus enemigos, para que se le fortalezca el carácter de hombre al alumno, que es la flor que no se ha de secar en el herbario de las universidades. “El mundo en su orden, la vida en su plenitud, y la ciencia en sus aplicaciones.” Y estas cosas y otras se decían en el corazón de Massachusetts, donde van cayendo los colegios de secta; y los jóvenes se resisten a creer que el cielo baje de noche, como en tiempos de Troya, a azuzar a la pelea a episcopales y presbiterianos. “¡Tanto como sabemos, decía un graduado, y no podemos decir a nuestros hijos por qué anda una máquina de vapor! ¡Nos han estado enseñando para vivir de la tierra, el gas y la espuma!” Gente canosa, y de las universidades viejas, estaba en la fiesta de la de Clark, la universidad física, en la que ninguna metafísica se ha de enseñar, ni la de la ideología, ni la de la ciencia.

Ya es, allá por Dakota, la primera elección, de Estado nuevo, para elegir capital, y ver qué partido manda, y si se debe vender licor en el Estado, o se le han de cerrar las puertas al veneno. Eso era la novedad.

Los votos, como que estos Estados nacen en hombros de corporaciones poderosas, estaban de compra y venta, según los intereses de las corporaciones rivales, y el influjo de las que tienen por la garganta a los votantes, con lo que les han adelantado sobre sus empresas y tierras. Lo real en el voto fue la pelea por la ciudad capital, y el empeño de la mujer en que se levante el Estado sobre el hogar, y no sobre la taberna. Desde los claros del día, arrebujadas en sus mantones, fueron llegando a las casillas las matronas. No eran, como cuando la pelea religiosa de Boston, damas de rizos canos y gorra de seda, que iban en coche, con sus hijas sabidillas y de elocuente sonreír, a sacar “la tiranía católica” de las escuelas; sino mujeres de labor, de mano recia, viudas y esposas, que padecen del ebrio, y ven venir de noche, babeando y en cuatro pies, al padre de sus hijos, y detrás, lleno de cerveza, al hijo hediondo. En grupo, las infelices cercaban las casas de votar. Una llevaba un estandarte: “¡Votad por Dios, por el hogar y por la salvación de la tierra en que nacimos!” Otro estandarte decía: “¡Votad por las criaturas!” Otras salían al paso del que llegaba, le enseñaban sus hijos mal vestidos, le

agarraban de la solapa, como para que no se les escapase, le prendían al pecho un letrero, impreso en calicó: “¡Yo no quiero ver entrar en mi casa ebrio a un hijo!” Y por las calles iba cantando un canto, “Contra el *rhum*”, una procesión de niños. Vencieron los del licor.

Ya es el clarín de la reforma que llena el aire de Boston, y con el discurso elegante y cincelado del “orador de plata”, de George William Curtis, echa en cara al partido republicano, que nació para preservar la unión, para ponerla sobre cimientos de humanidad, el estarla ahora pudriendo con el sistema de repartir como premio político los empleos. “Lo mismo son los demócratas granjeros, y los republicanos granjeros: los empleos han de darse a quien lo merezca, y los que los tengan han de servirlos hasta que los dejen de merecer: el ascenso se ha de dar al que lo gane en el servicio: mejor es que haya una casta experta de oficinistas, que tener inquieta y desmoralizada a la nación con la esperanza de ‘sacarse un empleo’, como se saca un premio en la lotería.”

La lotería política empobrece el carácter, como la de los billetes. Y destruye en sus raíces la nación. El empleo es la lepra. El que vive en espera del empleo, va y viene sin trabajar, y es una carga social, como el vagabundo.

Esos son los empleomanos, “los cobardes de la vida, los zánganos de la colmena, los mendigos de camisa limpia, los gusanos de la libertad”. Y repitió Curtis el anatema del obispo Potter cuando las ceremonias del centenario de la jura:

“¿Qué nos vale el sistema de gobierno más libre del mundo, si con él no hemos levantado más que la riqueza material, a costa de la honradez y la virtud, que son el alma verdadera de la riqueza?”

Curtis es aquel mismo orador, entre apostólico y señorial, de los tiempos de la abolición. Paseó en sus hombros a Lincoln. Fue uno de los padres del partido republicano. Y se apartó, no sólo de su partido, cuando la convención republicana nombró de candidato a la presidencia a Blaine: “Me voy—dijo en su discurso, y en su *Harper's Weekly*,—me voy con los que no precipitan a la guerra a los pueblos amigos para favorecer, allá en la América del Sur, sus empresas personales: me voy con quien no tiene empañada su hoja de hombre; soy padre de los republicanos, pero no he de sentarme de codos en la mesa de la picardía, aunque se siente en ella mi hijo: antes con el honor, que con mi hijo.” Le han llamado hongo y fariseo.

Pero lo que él dice, queda clavado en el aire, luciendo como las estrellas. Y en los Estados todos crece el partido de la reforma: De Fre-

mont, con el "suelo libre" que obtuvo unos cuantos votos, ¿no fuimos a Lincoln, que creó de nuevo la nación?

Así iremos de los filisteos de ahora, al partido nuevo, hecho de demócratas y republicanos de honradez, que purifique a tiempo la política corrompida, que imagine un modo de salvar las industrias de su plétora sin echarse sobre las repúblicas, porque me llamo león, a quitarles la libertad, so capa de llevarles el comercio. ¡Mejor una lección merecida, y un poco de pobreza pasajera, que el título de ladrones! Ese es el lenguaje, y no menos. En Missouri y en Arkansas emplean en "paseos de reforma" estas tardes de oro cálido del otoño. Los sábados descansan, y se van a caballo, en vagones, a pie alegre, a oír en Lamonte, a oír en Cassville, a los que mantienen que la salvación, en esta hora grave en que falta el trabajo, está en traer baratas de afuera las materias necesarias para trabajar, en vivir a menos costo, con leyes que permitan vender lo que se produzca, sin ahuyentar con tentativas de violencia a los compradores,—en reformar la tarifa. Se ensancha el corazón leyendo de esas giras. Un canto ¡y lo acompañan cinco mil voces! La reforma está en himnos, y todos los saben a coro. ¡Quietos, las escopetas que se trajeron los muchachos para cazar las ardillas, mientras habla el orador!

"¡Por el hombre bravo", dicen los oradores, "por el hombre firme que vio en los tiempos, y aconsejó el modo de vivir sin castas, ni odios, en paz con nuestra conciencia y con el mundo!" "¡Por Cleveland, nuestro Presidente para 1892!"—dice, entre ¡hurras! a Cleveland, el senador de Arkansas.

"También Cleveland"—dicen los edecanes del Presidente depuesto de Haití, de Legitime, "también Cleveland permitió esa maldad de entrarse por la tierra ajena a intrigar, a azuzar la discordia, a poner a precio la traición de los rebeldes contra el derecho santo, que ha de conmovier y detener la ambición a todo hombre justo, el derecho de un pueblo a vivir en la independencia que conquistó con su sangre, y mantiene sin daño del mundo." Y a eso responden los amigos de Cleveland a media voz; porque está muerto acá en política el que ose decir que no debe cubrir el mundo la sombra del águila. "¡Al norte, por el Canadá, y al sur por México!" decía un prohombre en un banquete a Grant. Y a lo sumo se puede ir desviando esa ambición; pero el que osase hacerle frente de lleno, se quedaría sin fuerzas para desviarla. Las mejillas son ahora de bronce, y se llora poco en el mundo; pero lo que dijo Legitime al pasar, no podía dejar secos los ojos. Como lo dijo un negro, un oprimido, un vencido, ahí lo echaron, en un rincón del diario, donde no lo

viera nadie; pero de labios de hombre salen pocas veces palabras de tanto dolor y hermosura como esas en que echó en cara Legitime a los Estados Unidos el delito de haberle trastornado el país, fomentado la rebelión, ayudado con buques de armas y con armas cuantiosas al general rebelde, porque el gobierno de Haití se negaba a ceder a los Estados Unidos la península de San Nicolás, llave y señora del paso a las Antillas. ¡En las cartillas se debieran poner en América las palabras del negro! Y nadie osó contradecirlo, porque ese mismo día publicaba el diario que habla más de cerca con Blaine estas palabras textuales: "Ahora se nos echa atrás Hipolite, y se niega a darnos la península de San Nicolás, cuando nosotros lo hemos puesto en el poder, con nuestras armas y nuestro influjo, para que nos la diera; queremos la península, porque la necesitamos; y si Hipolite no nos la da, los mismos que lo pusieron en el poder, lo echarán de él."

La península no la ha dado Hipolite, porque dicen sus negros, bien los guerreros del norte, bien los educados en Francia, ya los de lanza, ya los de frac, que todavía les quedan dientes en las encías y en los bosques ramas de árbol. Pero no hace un mes que está de Presidente y ya ha dado concesiones por valor de dieciocho millones de pesos a comerciantes norteamericanos.

Sobre Haití ha habido un escándalo estos días, porque el ministro que manda los Estados Unidos es el mulato Douglass, con las canas al hombro, ex senador, casado con blanca; y va allá a decirles que a los Estados Unidos se les ha de querer y a los republicanos que mandan ahora sobre todo, porque ellos son como los padres del negro, y en sus manos se han de poner los negros de América e ir detrás de ellos si se quieren salvar.

Los oficiales republicanos del buque de guerra en que iba Douglass, se negaron a ir de viaje con él, porque "no podían sentarse a la mesa con un mulato". De los negros necesita ahora mucho el partido republicano, y de parecer que los defiende, para entrarse en las elecciones de los Estados demócratas del Sur, y anularlas aquí o perturbarlas allá, de modo que impere en pro de los republicanos el voto negro. Ya muchos negros se les van, porque con la cultura aprenden que en cuanto aspiran a su puesto entero de hombres, los echan atrás los que se sirven de ellos. Lo de Douglass vino a mala hora, cuando los republicanos se preparan, como campeones del negro, a solicitar del Congreso la ley de intervención en el voto blanco del Sur, el voto demócrata. Hubo cambio de comandante en el buque, y cartas que nunca se publicarán, y peticiones de licencia

de los oficiales, y Douglass, que ha alquilado la vejez, dice que no hay mayor fineza, ni amigos más tiernos, que aquellos caballeros del buque: que no han ido con él. Para Douglass, no son desconocidas aquellas aguas, porque anduvo ya en ellas hace años, como comisionado de Grant, cuando el plan de la anexión de Santo Domingo.

A aquellos tiempos ha vuelto Santo Domingo ahora, porque está en el asombro de que los Estados Unidos, donde no hay un solo caobo, hayan impuesto derechos de entrada a la caoba, que con cueros, azúcar, y madera de tinte, es todo lo que mandan al Norte los dominicanos. Entienden en Santo Domingo que no se cumple el tratado inútil que los Estados Unidos celebraron con él sobre azúcar, como que es tanto lo que pueden los azucareros de Luisiana, que el Congreso ha dado como no hecho el tratado de reciprocidad con México, porque por él hubiera entrado el azúcar libre. La diplomacia ajusta el tratado, y el Congreso lo desobedece. Eso lo entienden, porque hay azúcar en el país, aunque por mantener a precio alto la poca que hay, tenga que pagar el país entero a igual precio toda la que consume. Pero ¿a qué prohibir, como queda prohibida, con un derecho alto, la importación de un fruto peculiar de un pueblo amigo, de un fruto que no se cría en el país donde se importa? Por pura doctrina no puede ser, puesto que en el Norte entran libres los cueros, y el café y otros productos de la otra América, que no se crían en los Estados Unidos. ¿Será, dicen en Santo Domingo, por castigarnos en el alimento la viveza con que hemos rechazado la intención de Washington de reabrir el proceso, cerrado por nosotros para siempre, de la bahía de Samaná? “Acaso” dicen, “como aquél es nuestro mercado único, puede ser que nos quieran reducir a la concesión, cerrándonos el mercado.”

O bahía, o hambre.

Pero eso es menos de lo que tiene a México en estos instantes alarmado. Se ha abierto México, con valor templado por la discreción, a las empresas norteamericanas: a ellas, ferrocarriles, minas, carreteras, puentes, comarcas para colonias.

“Creceremos para resistirles”, se dijo acaso México, “con la misma fuerza que nos den.” Obra de arte, de arte triunfante, ha venido siendo la política mexicana, por el dar tanto que haya derecho a negar algo, por el dar con franqueza, para poder negar sin miedo.

Que ceder tenía el comercio, para no tener que cederles tal vez la libertad. Y como hidalgos les abrió las puertas. Estados enteros ha puesto en sus manos. Sin querer acordarse de Texas, abre a colonos del

Norte la Baja California. Una compañía del Norte va a explotar a Chiapas. Tan sincero en el trato ha sido México, y tan claramente postergó el gobierno su interés político al general del país, a la esperanza de salvarlo de una guerra de invasión con un sistema de concesiones prudentes, que renunció el gobierno a gran parte de las rentas aduaneras que lo mantienen en el tratado de reciprocidad que en los Estados Unidos llaman Grant-Trescot. Por él mandaba México al Norte, sin derechos, sus frutos primos, y el Norte enviaba a México, libres aún, los productos de aquellas industrias que ya están en México muy adelantadas. “Pero no ha de tenerse pretexto—se dijo acaso México—para justificar una invasión por nuestra resistencia a abrirnos al comercio de los Estados Unidos.” El azúcar de Luisiana derrotó en el Congreso el tratado, que no se ha podido cumplir, porque no quiere Luisiana que venga a hacerle competencia el azúcar de México. Ni eso desvió a México de su política, ni le detuvo la mano en las concesiones al Norte, que de entonces acá han sido de mucho valor. Venía de México sin derechos la plata mineral, mezclada con el plomo. Norteamericanos la traían en sus ferrocarriles: norteamericanos levantaron en la frontera los hornos de derretir: y norteamericanos compraban el plomo abarataado, que antes costaba más de cinco centavos la libra, y llegó a costar poco más de tres. De pronto, manda la Secretaría de Estado que se cobre un derecho de centavo y medio en libra al plomo que venga de México en el mineral de plata. La ley es que cuando haya mezcla en el mineral, pague el metal de que haya más. La plata es más que el plomo en el de México; pero ha mantenido su orden la Secretaría. “¡Y esto—dicen de México—en los días del congreso panamericano!” Cuando a todos los productos del Norte abren su país, aun en aquellos que le dañan, sorpréndense de que el Norte se les cierre a un producto que le beneficia sus industrias. México impone, en respuesta, un derecho especial a lo que entre en sus puertos bajo bandera de los Estados Unidos, que es mucho más de lo que entra en los Estados Unidos bajo bandera de México. Los Estados Unidos imponen, en respuesta al quite, un derecho de diferencia sobre todo lo que entre en cascos mexicanos.

La querella pública de los intereses diversos ha puesto en claro, del lado de los Estados Unidos, la razón. Las industrias protegidas pusieron en el poder, con su influjo y sus caudales, al bando proteccionista del partido republicano. La industria del plomo ha dicho en la prensa que ella sola, los mineros solos de Dakota y Oregón, de Washington y Colorado, de Idaho y Montana, levantaron de una vez doscientos cincuenta mil

pesos para ayudar a la elección de Harrison en el Este, y en su Noroeste lograron rebajar o vencer a peso vivo las mayorías de Cleveland, en venganza del silencio con que Cleveland contestó la petición que los del plomo le hacían para que perturbase por su interés el comercio creciente, y provechoso para los demás intereses de Norteamérica, con una nación amiga. Y en el contrato con los republicanos, de dinero para la elección en cambio de derecho prohibitivo contra el plomo de México, dicen los mineros que los republicanos han dejado sus ofertas sin cumplir, porque el Secretario de Hacienda, Windom, que es ala y criatura de Blaine, no quería ofender al gobierno de México hasta no tener de él segura la prórroga de la concesión; y la subvención que tiene de México solicitada el ferrocarril de Topolobambo, que será famoso, y del que es Windom alma y presidente. De eso acusan a Windom sus copartidarios, y de estar en convenio íntimo con el norteamericano poderoso que trae de México el plomo en su ferrocarril, con que el de Topolobambo ha de entroncar. Y Windom dice que es inmerecida la acusación, y en lo visible lo es, porque no ha impuesto el derecho de centavo y medio sobre el plomo, pero ha prohibido por decreto de la Secretaría que entren los minerales mezclados, así que el plomo de México paga derecho aparte, la plata que entraba por el plomo que venía en ella, no entra, y en un mes es ya la importación la mitad de lo que era. Blaine, el Secretario de Estado, es condueño de las minas de plomo. Y Henry Davis, uno de los diez delegados de los Estados Unidos al congreso panamericano.

De otra industria ha habido ahora convención, que toca de cerca a los países laneros, porque en ella intentaron llegar a acuerdo los tejedores proteccionistas, que quieren lana barata, y ley que les proteja de las telas de Europa, con los criadores de ovejas, que con las razones de la protección, piden que no venga de afuera un vellón de lana. De esta pelea no han sabido en años salir, ni son ya todos los tejedores los que insisten en el sistema de la protección, porque por él se ven sin la lana que necesitan y tienen que comprarla a tal precio, que ni telas ni alfombras pueden hacer de modo que se las compren fuera del país, ni lo que el país les compra les basta ya para mantener su industria.

A nada llegó la convención, so pretexto de que no va a reunirse ahora el Congreso, mas con la causa real de ser pocos, y no los de más influjo, los que se congregaron a debatir sobre el interés del gremio. Pero de diario en diario corre la protesta del que lleva la voz de los manufactureros principales, y aboga por la entrada libre de la lana ruda: "Debe

y puede permitirse", dice Wharton Baxter, "la entrada sin derechos de la lana ruda, la lana de alfombras."

La lana de alfombra es el producto natural de los países bárbaros o semibárbaros: y acá no podemos atender a la cría de las ovejas de la barbarie.

Y ya a la hora de cerrar el correo, llega húmedo a la mesa el periódico que publica el discurso con que saludó Blaine a los delegados al congreso panamericano. Hubo antes almuerzos, con una América de adorno, hecha de rosas. Y en el discurso resplandece este párrafo.

"Nos reunimos aquí en la creencia firme de que las naciones de América deben y pueden servirse más de lo que hasta hoy se han servido, y que cada una de ellas hallará ventajas en el aumento de sus relaciones con las otras. Creemos que un espíritu de justicia, y de intereses iguales y comunes, entre los pueblos americanos, no dejará espacio para esos equilibrios artificiales de poder que han llevado a tantas guerras, y han empapado a Europa en sangre. Creemos que la cooperación cordial, basada en la confianza cordial, salvará a todos los pueblos de América de las cargas y males que han afligido hasta hoy a las naciones del viejo mundo." Y en otro párrafo decía: "Aquí podemos mostrar al mundo una conferencia respetable y pacífica de diecisiete poderes americanos independientes, que se reúnen en términos de absoluta igualdad, y en la que nada se ha de proponer que no sea en el concepto general de los delegados, oportuno, y juicioso, y pacífico."

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de noviembre de 1889

EN LOS ESTADOS UNIDOS

El primer mensaje de Harrison.—Política del partido republicano.—Proteccionismo.—Marina.—Fortificaciones.—Relaciones exteriores.—Tierras públicas.—La Conferencia Americana

Nueva York, Diciembre 6 de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Juega el presidente con un cortaplumas; un senador escribe cartas; tres conversan afanosos, y se cambian papeles; en un sofá distante, uno, en traje gris, habla con un recién llegado; otro, al descuido se riza la barba; éstos abren su correspondencia, y aquéllos van de asiento a asiento, y los otros responden las cartas que les traen los pajes; entran los pajes con ramilletes de flores y los ponen sobre los escritorios; un senador inexperto abre el pupitre, y cae al suelo un ramo de rosas de té; el secretario, de pie, lee página sobre página:—así oye el Senado, con las galerías desiertas, el primer mensaje del Presidente de los Estados Unidos.

En la Casa, siempre más apasionada, la galería rebulle; ora el capellán, al abrirse la sesión, por las familias de los representantes muertos; entra, con mucho zalamelé, el secretario privado del Presidente Harrison; trae en sobre lacrado el mensaje, que la presidencia abre, y da a leer; un lector se fatiga, y lo reemplaza otro; la Casa, impaciente, mercece, y escucha, uno que otro malletazo presidencial: “¡silencio, señores representantes!” Ríen, conversan, dan la espalda al lector, salen de brazo bromeando, se oyen chispazos de conversación: un demócrata — “¡buena manera de arreglar la casa propia, irse a meter a cañonazos por la ajena!”; un republicano:—“¡el continente es nuestro, y a buenas o a malas nos ha de comprar lo que le tenemos que vender!”; sobresale esta frase del lector, en medio de la algazara: “el Congreso anterior acordó la fabricación de los cañones, y éste debe acordar la de las fortalezas en que descansen”; el bullicio es tal que ya no se alcanzan del mensaje más que palabras sueltas: “buques de guerra”, “pensiones”, “protección”, “subvenciones”. Así oye la Casa de Representantes el primer mensaje del Presidente de los Estados Unidos.

¿No se sabe todo lo que ha de decir? ¿De qué le ha valido guardarlo bajo las siete llaves, como si el mundo fuera a quedar absorto ante sus revelaciones? ¿Qué es él, sino una transacción entre los intereses opuestos del partido republicano, ni qué puede ser su mensaje, sino un acopio de transacciones, inútiles en estos tiempos críticos? En lo general irá por donde va su partido; más “poder continental”, más soldados, más pensiones, puerta cerrada a la materia prima libre, menos inmigración, subvención recia a los vapores correos, el sobrante a fortificaciones y defensas. De las relaciones con los países extranjeros no hablará, porque las de Europa, como están van bien, y no hay nada que decir, y en las de América, no se puede decir lo que se quiere: ¿cómo no presenta informe la Secretaría de Estado? ¿qué sucede, o qué intenta, que no lo puede decir? ¿no se sabe de sobra cuál es la idea americana del Secretario, y su juego cubierto y la promesa secreta de acometer lo que le da fuerza con la masa del país,—educada en la soberbia,—viciada por la victoria, espoleada por la necesidad, por la angustia en que la tiene el sistema de protección, por el miedo a los desórdenes sociales;—y dispuesta a acometer? ¿qué otra grandeza mostró nunca el Secretario, fuera de la de la intriga, si no es ésa, sorda y temible? ¿dónde está, aparte de la energía brillante en defender el interés de su persona, ese poder de creación, esa virtud majestuosa, esa chispa caritativa que revela el genio amable y humano? ¡Adquirir, eso lo sabe el gavilán, y lo sabe el buitre! Y luego, ¿no están de astas cruzadas, aunque no lo parece, Harrison y Blaine? ¡De seguro que hay algún zurriagazo a la política de intriga en el mensaje del Presidente! “El sabrá por qué: ¡él sabrá por qué, que anda dentro de casa!” Eso es lo que oye, en la Casa y en el Senado, el que va y viene.

La Secretaría de Estado no dio informe. La de Marina sí: quiere, y pronto, veintiún acorazados, veinte costeros, sesenta cruceros, torpedos suficientes, escuadra de reserva, no trece millones, como acordó el Congreso pasado, sino veinticinco y medio. También informó la Secretaría de Guerra: treinta y cuatro millones le dio el Congreso anterior, y quiere diez millones más: ¡para tanto territorio, hay muy pocos soldados! Informó la Secretaría de lo Interior, que quiere noventa y siete millones para los veteranos, y no ochenta y ocho, porque según el Secretario, no sólo se ha de pensionar a los que de la guerra salieron sin poderse valer, sino a los que sirvieron en la campaña y caen enfermos o inválidos en su trabajo cotidiano.—La Secretaría de Hacienda quiere tarifa más alta para que no entre nada de afuera, y el sobrante, “empléese en extender el

mercado extranjero, en buques de guerra y en fortificaciones en la costa”: la plata recíbese en bruto al precio de plaza y páguese en certificados de papel, abonables en plata bruta o en oro. La Secretaría de Correos, que tiene a la cabeza el primer tendero del país, quiere que el correo lleve los paquetes de tienda como lleva ahora los paquetes privados. ¡Pues eso dirá Harrison!, y con más miedo; porque en lo de la plata no sabrá qué hacerse; entre los mineros que la quieren vender toda al gobierno a precio alto y los banqueros y comerciantes, temerosos de que llegue a ser mucha y a depreciarse por el exceso la moneda de plata. Y en lo de la tarifa, ¿qué ha de decir, si de una parte le exigen el pago de sus promesas las industrias protegidas que pusieron caudales para su elección, los del hierro, los del cuero, los de la lana, y de otra se le sublevan, convencidos de la falacia de la protección, los republicanos de Massachusetts, y Ohio se pasa a los demócratas, y se salen del partido los de Iowa? Sobre subvenciones hablarán, porque las compañías de vapores lo rodean de cerca, y fue mucho lo que gastaron cuando la campaña, para que el Presidente les dé el mal pago de no recomendar “la pobreza” que quiere concederles el partido, necesitado de dar pruebas a los industriales de su deseo de “extenderles el comercio”. “¡Lo demás, ya se ha de ver, será el mensaje de un Presidente monótono y cristiano!” Así, repasando los informes, y contándose sus cuentos, hablaban antes de la lectura del mensaje los representantes. “¡Esta Presidencia”—decía uno,—“no es más que para que vean nuestros republicanos tímidos que con política de corbata de algodón, y de estira y encoge, no vamos adonde nos va a llevar Blaine,—a toda el ala el águila,—a que la América tutoreada nos pague caro lo que le queramos vender;—a que el europeo muerda el polvo delante de la nueva Roma!” De “aquí a tres años,—seguida en el corro el orador,—los candidatos de media voz se habrán quedado sin figura, y Blaine les sacará a todos tres cabezas, y tendremos al fin la república imperial, sin rebajarnos las ganancias con esa tarifa de pobres que quieren los reformistas. ¡Somos los amos, y que nos pague el mundo!” “¡De aquí a tres años, amigo,—le dijo un viejo al pasar,—el país, alarmado y convencido, devolverá el poder, con el programa de la reforma de la tarifa, a los demócratas triunfantes!” Y cada cual apostó a su opinión cien pesos, a tiempo que el macero encajaba en el pie de caoba la gran maza de plata.

Lo de política exterior, que es lo primero del mensaje, se oyó con un tanto de atención. ¡Esta es la frase anunciada!: “Los tratos de este gobierno con las demás naciones han sido y serán siempre francos y sin-

ceros; nuestros propósitos abiertos, y nuestros recursos exentos de intriga.” Sobre las tierras de América habla como de arriba a abajo y las da por aliadas forzosas y por pueblos de intereses idénticos: acaso corre por entre las palabras como una intimación velada; así dice: “Es de alta significación y de no menos plácemes que el primer año del segundo siglo de nuestra existencia constitucional halle de huéspedes notables en nuestra república a los representantes de todos los Estados independientes de la América del Norte y del Sur, reunidos en seria conferencia para tratar de los medios que mejor conduzcan a perpetuar y extender las relaciones de interés mutuo y amistad que existen entre ellas.”

“No puedo permitirme dudar de que la oportunidad de esta manera ofrecida para promover relaciones internacionales más estrechas y la mayor prosperidad de los pueblos representados, deje de aprovecharse para el bien común de todos. Nuestro país esperará con interés y confianza los resultados que ha de dar esta feliz reunión de intereses aliados y en gran parte idénticos.” De China no quiere más inmigrantes: sino que se trate con humanidad a los que ya han venido. De Samoa, está contento con el arreglo ajustado en Berlín, en la conferencia con Alemania e Inglaterra para el reparto del influjo en la isla, con Inglaterra de veedor. Haití, parece que al fin tiene un gobierno estable. Con Inglaterra paces y extradición. Sobre el canal de Nicaragua, “este gobierno ha estado siempre pronto a promover por cuantos modos sean lícitos, el arreglo de todas las cuestiones que pudiesen ser obstáculo a la terminación de una obra de tan trascendental importancia para el comercio de este país y los intereses comerciales del mundo”.

Han aceptado los Estados Unidos, “bajo las reservas propias de su política en el territorio extranjero”, la invitación de Bélgica para deliberar en el congreso internacional antiesclavista. De Venezuela, esta frase poco costosa, ¡que no se debe pagar demasiado cara!: “Este gobierno no ha vacilado en expresar su vivo deseo de que la cuestión de límites pendiente entre Inglaterra y Venezuela tenga un fin amistoso, y en estricto acuerdo con el derecho histórico de ambas partes”: con lo que queda salva de obligación mayor, ni de más intervención que la verbal, “este gobierno”, que no ha de poner mano en lo que, de la primera nota, trata de “cuestión de límites”. Al ministro en el Brasil, se le ha encargado que reconozca la república tan luego como sea patente que el país la acata. Con Cuba y Puerto Rico, “han de removerse las fórmulas de navegación que impiden, y de aumentarse las facilidades que promuevan, las relaciones” que parecen destinadas a crecer. Con España “no

adelantan tanto como sería de desear las negociaciones sobre el arreglo de los reclamos de ciudadanos del Norte”. “¡El escándalo de lo de Mora!”, dice un representante. Y Trescot, el alma de la Secretaría de Estado, ¿no es el abogado, con parte de interés notorio, de los reclamantes?

A lo de Hacienda nadie atendía. Ya lo ha dicho todo Windom, el Secretario. Si se cesa de acuñar la plata y se dan certificados cobrables en plata bruta o en oro a cambio de los depósitos en plata bruta, ya lo dirá el Congreso. El mensaje no quiere que se acuñe demasiada plata: se acuñan ahora 2.000,000 de pesos al mes, pero ningún Secretario ha osado acuñar los 4.000,000 de pesos que le permite la ley: hoy, por común consentimiento y por el equilibrio de los cambios, corren los certificados de plata a par del oro, aunque la plata acuñada, que responde por los certificados, se acumula sin salida en los sótanos del tesoro por incómoda; pero cuando la plata fuera mucha, ¿consentiría el comercio en dejar flotante y aceptar como válido el exceso sin valor del tipo nominal del peso de plata sobre el tipo del metal en el mercado? El mejor modo de mantener el crédito de la plata es no acuñar mucha. A lo que hay que tender es a que corran a la par la moneda de plata y la de oro. La moneda de plata es necesaria, porque no hay oro bastante en el mundo, y el país que la produce es el más interesado en conservarle su valor, sin comprometerse con el abuso del cuño, que no tiene valor fijo al igual en los mercados, y tiende a descender el tipo fluctuante del metal bruto.

Sobre el sobrante es más explícito el Presidente: en 57.470,129 pesos ha excedido este año la entrada a los gastos,—“los 57.470,129”, dicen los economistas “que encogen y dificultan la circulación natural, que aceleran las quiebras,—la inquietud de la masa desocupada,—el peligro de la política violenta, decidida a hallar, en arreglar impuestos reales y artificiales con las naciones extranjeras, la cura de los desarreglos propios,— y la flaqueza de los caracteres individuales, que se corrompen con la esperanza delinciente, esperanza de eunuco, de salvarse de la sentencia del trabajo con una tajada del sobrante del tesoro”. El mensaje aboga por la reducción del sobrante; pero sin que la doctrina de la protección se merme en un ápice. “Entre libre todo aquello que no produzcam nosotros. Cerremos las puertas a todos los artículos que vengán a competir en nuestra casa propia con nuestra producción, con lo que ésta se asegura la venta, y el sobrante se reduce. Protejamos los productos del agricultor y del minero, lo mismo que los de las manufacturas.” “Para eso vino aquí Ammidown, el de las lanas”,—dijo al oír esto un republicano librecambista: “¡para que el Presidente le pa-

gara con esa frase el dinero con que lo ayudó en las elecciones!" El mensaje recomienda que se suprima el impuesto interno sobre el tabaco, y el de entrada sobre el alcohol empleado en las artes. Y a esto se ha de atender pronto, porque el país ve con malos ojos la acumulación del sobrante excesivo, que no tiene ahora más modo de volver a la circulación que el de redimir los bonos, lo cual disminuye el caudal de los bancos nacionales, cuyo papel circulante no puede ser más que los bonos que el banco dé al gobierno en depósito: "¿Y por qué no dice la verdad entera?" exclama, suspendiendo la carta que escribe, un representante que queda cerca del lector: "la verdad es que con la angustia del país, el dinero acumulado en este período de engaño, anda sin saber dónde ponerse; y los capitalistas, que son republicanos en gran parte, ven mal que el gobierno les compela a venderle los bonos, que es hoy una de las pocas propiedades que rinden interés seguro."

Sobre fortificaciones habla el mensaje así: "Estamos sin fortificaciones. Tenemos las costas a la merced de los países amigos. Esa defensa no basta y hay que constituir otra de fuertes. Apruebo el proyecto de la Secretaría de Guerra: ejercitese por cierto tiempo cada año la guardia nacional en el manejo de la artillería en las costas: aumentense las fuerzas regulares de la artillería." "Nuestra marina de guerra crece muy despacio: constrúyanse, como quiere la Secretaría, ocho acorazados de pelea, tres cañoneros, cinco torpederos..."

Flagela a los monopolios industriales, a las "ligas" de fabricantes de una misma industria. "¡A Blaine es a quien flagela!", dice un representante: "Blaine, cuando las 'ligas' ponían dinero para la elección, dijo que las 'ligas' eran asunto de acuerdo privado, sobre el que nadie tenía poder, y que se había de dejar quieto. ¡Y ahora el Presidente del gobierno de que Blaine es Secretario dice que cuando están organizadas como lo están frecuentemente, para burlar la competencia saludable y monopolizar la producción o la venta de un artículo de comercio o de necesidad general, son las 'ligas' conspiraciones peligrosas contra el bien público, y se las debe prohibir por ley y aun castigar." De la inmigración trata enseguida, y eso sí lo oyó la Casa con curiosidad: los representantes alemanes, que ya están de esta parte del océano, aprobaban con la cabeza; los irlandeses se halaban del bigote, amostazados; un irlandés dijo: "¡eso no es contra nosotros, sino contra los anarquistas, contra los alemanes del Oeste, contra los rusos, contra los húngaros!" El mensaje aconseja que se inquiera sobre el carácter del inmigrante, y su buena voluntad hacia el gobierno de los Estados Unidos, antes de darle pasaporte para

ellos: "No sólo la ciudadanía, sino el domicilio, le hemos de negar a los enemigos confesos del orden social, o a los que vienen a nuestras playas a fortalecer el influjo y aumentar las filas de las asociaciones que desafían nuestras leyes." Se pudo oír aquí la voz de un representante que debatía con dos más. Al anarquista, que es la hoja del árbol, no hay que extirparlo, porque las hojas vuelven a salir, sino a la raíz del anarquismo, que es el abuso insoportable de los privilegios injustos. ¿No sabe su Biblia este Presidente cristiano, y no ha leído en la Biblia que cosechará tempestad el que siembre vientos? ¿Y el partido nacionalista, que se está formando aquí con lo más sesudo del país, con reverendos, con novelistas, con filántropos, y aboga, sin más diferencia que la que va del obrero hambriento al apóstol acomodado, por la reforma plena, y de raíz, del orden industrial? ¿Lo que pide el ruso Schevith es ilícito, y lícito cuando lo piden Bellamy, Hale y Howells? ¿La verdad es crimen cuando se publica en el *Volkszeitung*, y es moda impune cuando sale de las prensas aristocráticas de Houghton o de Harper?

A lo que nadie tiene que objetar es a lo que dice de los indios. "Tiempo hace, dice, que se debió comprender la ventaja de entenderse con el indio por persona, estimulándole el interés, y no por tribu, que era dejarlo sin objeto y sin responsabilidad. Se ha adelantado mucho en la educación del indio, y en el reparto de la tierra a los adultos. La reserva, donde se les da de comer y vestir sin trabajar, es la holganza forzosa y la corrupción que viene de ella. Las reservas indias están ya rodeadas de colonias blancas. La educación, el ejemplo del blanco próspero, y el placer y deberes de la propiedad, pondrán pronto al indio, envilecido por su condición de páupero en las reservas, al nivel intelectual y político del hombre blanco." Los *cherokees*, por un tratado, ceden su última tierra. Oklahoma, india hasta ayer, es ya país blanco, y el Congreso debe darle, dice el mensaje, el gobierno de los territorios. "La tierra de Alaska también se ha de distribuir, y de dejar a los indígenas una parte que los satisfaga de sus bosques y sus pesquerías: repártanse, pero con atención bondadosa a sus intereses." Y en general, en esto de las tierras, impídanse las grandes acumulaciones, deséchese la pretensión del que obre por otro y no por sí, promuévase lo que la ley quiere promover, la mayor suma posible de pequeños propietarios: resistase a los ardidés de las compañías de tierras o de maderas, que tienen comprado de antemano el derecho que reclama como para su persona el alto ocupante; sea la tierra del que la ocupó y trabajó, y no de otro. "¡Buena doctrina, —apunta el que escribe al pie del lector,— si hubiera modo de aplicarla

a los ferrocarriles, que se han comido el país, y han puesto en la Presidencia a Harrison!"

El apoderado, ¿cómo puede decir de veras, sino por cortejo y disimulo, lo contrario de lo que interesa a sus poderdantes?

En donde muestra entusiasmo, y aun elocuencia, es en lo que dice sobre pensiones. Ya se sabe que no hay mejor recomendación para Harrison que la de haber cargado el fusil.

Por lo que se estima él, hombre de leyes, es por haber lidiado a caballo, a la cabeza de sus hombres. Allí se vengó de su cuerpo pequeño. No quiere que se dé sólo pensión a los que salieron de la guerra enfermos o inválidos. Para los veteranos que viven de su trabajo, y en él se incapacitan por accidente o enfermedad, pide pensión igual a la de los demás. ¿Quién sabe si la enfermedad de hoy empezó en el vivac, en la avanzada, en las trincheras de Gettysburg, en los pantanos de Wilderness? Este hombre se transformó, y se vio como consagrado cuando pisó sus estribos de batallador. Para él la guerra es sacra, y todos los de la guerra. Pide estímulo para los cuatro Estados nuevos; frenos automáticos para los ferrocarriles; un asesor jurídico para la Secretaría de Agricultura; apoyo para la idea de la exposición universal de 1892; más empleados para la comisión de reforma del servicio civil, que examina y gradúa a los aspirantes a empleos. Ya el Congreso ha ayudado a la educación pública con concesiones de tierra nacional para colegios, así es que bien puede ayudar, con el mismo espíritu, con sumas destinadas al establecimiento de un sistema que generalice y unifique la educación nacional: los libertos del Sur, que influyen en la nación, necesitan recibir de la nación cultura suficiente para no influir en daño de ella: fíjese una suma anual por el Congreso para escuelas federales de la raza de color: los trajimos de Africa, les otorgamos la ciudadanía, y los debemos poner para su bien, y el de la nación, en capacidad de ser buenos ciudadanos. "En muchos pueblos del Sur la mayoría blanca, que es demócrata, priva al negro de sus derechos políticos: urge ponerles escuela y protegerles el voto: dígame la palabra—¡voto libre para el negro del Sur!"—que se supone dará voto a los republicanos. Al Sur hay que volver, a libertar el voto del negro. "Dicte el Congreso una ley que ampare el voto republicano del negro del Sur." Y vuelve de pronto el mensaje a hablar de la pobreza de la marina mercante: No dice, ¿cómo ha de decir?, que los buques fabricados en los Estados Unidos son más caros que los fabricados afuera, y habrá más buques cuando puedan fabricarse más baratos. "Los vapores europeos están ayudados por sus gobiernos, y los

vapores americanos no pueden competir con ellos sin ayuda." "La situación es tal que los viajeros y mercancías de Sudamérica tienen a menudo que pasar por Liverpool para venir a Nueva York. El hecho de que algunos de los delegados de Sudamérica a la conferencia de naciones americanas arribasen a nuestras playas, desviándose del camino natural, demuestra de sobra la necesidad de la conferencia, y sugiere con imperio la medida principal y más necesaria para promover relaciones más frecuentes y útiles con las naciones que son nuestras vecinas por las líneas de latitud, pero no por las de un comercio fijo." Pide subvenciones para los vapores correos que navegan de los Estados Unidos a Centro y Sudamérica, a las islas de los dos océanos y a China y el Japón. "No dudo, añado, de que las naciones americanas que tenemos al sur ayuden cordialmente a establecer y mantener estas líneas de vapores a sus principales puertos." Y quiere que estos vapores correos sean subvencionados, para que, en pago de la subvención, se les construya de manera que, a la voz del gobierno, le sirvan de armada suplementaria. "No hay que ahorrar gastos en esto. El aumento y mejora de nuestra marina mercante, la creación de un cuerpo suficiente de marinos americanos prácticos, el establecimiento de líneas rápidas y regulares de correos entre los puertos de otros países y los nuestros, y la aplicación de los vapores mercantes americanos, grandes y veloces, a los usos navales en tiempo de guerra, son necesidades públicas de la más alta importancia."

"Todo es ahora sumamente propicio para la inauguración de una política avanzada y amplia en estas vías, y debemos entrar en ella con decisión y prontitud." Así acaba, en tiempo de paz, el mensaje del Presidente de los Estados Unidos.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 23 de enero de 1890

ESCENAS NORTEAMERICANAS

1890

DESDE EL HUDSON

Las lanas.—La Exposición en Nueva York.—Asuntos notables.—El banquete de los puritanos.—Autoritarios y reformistas

Nueva York, Enero 9 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

De las lanas, y de si se aumentan o no sus derechos, se ocupan mucho en Washington, pero no tanto como de la arremetida triunfal de los millonarios de Nueva York, que en fuerza de noventa fueron con Depew a la cabeza, diciendo chistes y ensayando su discurso, que es de lo mejor que en su especie pudiera decir el lógico más hábil, porque daba por logrado lo que iba a solicitar, y expuso los argumentos de sus contrarios de manera que con la misma exposición quedaban vencidos, por más que San Luis había abogado con empuje ante la comisión de senadores en pro de su mayor derecho, por la mucha población que tiene en quinientas millas a la redonda, y el verano seco y suave, a celebrar en su recinto la Exposición de 1892; y Washington, de años atrás viene trabajando por que el centenario se celebre al amparo del Capitolio; y Chicago tenía lleno de sus representantes entusiastas el salón donde el republicano Depew, y el demócrata Cochran, defendieron la ostensible superioridad de Nueva York para la fiesta universal, que no es para contentar nuestro orgullo, ni el de las ciudades más jóvenes que nos disputan en vano la importancia de metrópoli, sino para levantarnos de donde estamos después de la Exposición de París, en que expusimos unas magníficas maderas petrificadas de Arizona, y no había pueblo que no nos llevase del codo a la cabeza, por lo que es preciso que se vea que tenemos todo cuanto el mundo nos quiera comprar, y en lugar tan bien dispuesto para la Exposición, y con tales vías de agua y de tierra, que a la media hora de cerrarse las puertas ya pueden estar los doscientos mil visitantes en sus casas: y diez millones de pesos tenemos, que nos va a dar el Estado de Nueva York para edificios y gastos, sobre que ya hay suscriptos, por contrato válido ante la ley, más de cinco millones. Y aplaudían a Depew los mismos rivales encarnizados de Chicago, porque no los lastimaba con

lo que los vencía, tanto que cuando acabó el día de triunfo que aquella procesión de magnates tuvo en Washington, ellos fueron, los de Chicago, los que en pleno banquete, donde estaba lo granado de los Estados Unidos, hicieron a Depew padre de la cena, y de pie sobre una silla les tuvo que decir unos cuantos chistes más, que ellos le contestaron con otros, hasta que brazo a brazo, volvieron al tren los invasores, acompañados de sus enemigos.

En la comisión de medios y arbitrios no era la lucha menos reñida, ni tan amistosa, porque se daba audiencia y careo a los manufactureros que quieren lana libre, o derecho de entrada que no aumente el de hoy, y a los criadores, que quieren que se cierren los puertos a las lanas de afuera. Cada asociación tenía ante los comisionados su representante.

El prominente entre los criadores era un político de oficio, a quien arrolló con la respuesta un fabricante de alfombras. Allí hablaron por turno, y en diálogo a veces, la "Asociación Americana de Manufactureros", la "Asociación Nacional", el "Club de Manufactureros de Filadelfia", los fabricantes de alfombras y la "Asociación Nacional de Criadores", los criadores de Texas y los de Montana.

Los de Montana quieren protección, aunque confesaron que sin el derecho a la lana de afuera no habría lana que proteger, porque con los pastores a cincuenta pesos al mes, y lo más que cuesta la cría, aun en las tierras comunales no deja provecho la venta, por más que llegue de 19 a 23 centavos la libra: y el mismo "Boletín de la Liga de la Tarifa" dice que en cuanto a lanas burdas, sólo con una protección que monte de 500 a mil por ciento pueden criarse con ganancia las ovejas que la dan en el país. Los de Texas dijeron que la lana les sale de 12 a 15 centavos por libra, y que les toma cinco acres de la mejor tierra tejana para cada oveja, a pesar de lo cual piden para industria tan precaria un derecho que iguale el precio de venta de la lana burda con la lana fina, para estimular la producción de la burda, "que ningún criador querrá luego producir", decía luego un fabricante de alfombras, "porque cuando reciben peso y medio por cada esquila de lana noble no han de contentarse con criar burdas, a veinticinco centavos por esquila". El de los merinos tampoco quiere que los derechos se levanten.

Ni lo querían, al parecer, los manufactureros, porque en octubre del año pasado tuvieron su cónclave, de donde salió la opinión de sostener los derechos de la lana, y compensarlos con los correspondientes sobre toda fábrica lanera del extranjero.

Pero eran aquellos manufactureros apócrifos; porque de las dos peticiones que se presentaron, cara a cara de los criadores, a la comisión, una era de doscientos fabricantes que quieren un derecho de valor sobre la lana, menos que los derechos compuestos de hoy, y otra era de quinientos más, que piden lana libre, porque con ella "tendrían más ovejas, más telares y ropa barata para todo el mundo". El Club de Manufactureros de Filadelfia, que está todo sobre los puntales de la protección, aspira a que se graven los hilos y lanas tejidas de afuera con un derecho cuatro veces mayor que el de la lana sin lavar, que es de diez centavos por libra, y de cuarenta a cincuenta por ciento adicional según valor.

Y los fabricantes de alfombras no quieren que sus fábricas se les arruinen, y que las alfombras vengan a costar como si fueran casimires y brocados, para que unos cuantos caballeros de Texas puedan criar, a costa de la nación, unas ovejas que darían a cuarenta centavos la lana burda que el país puede comprar por seis. Pero salían todos descontentos, criador y fabricante, por la poca esperanza de que este año se trate del cambio de derechos, a causa del miedo de que se dé en él una batalla prematura, que ha de empezar por el tema de prueba de las lanas.

Washington comenta eso; hace como que desecha la propuesta de Call en el Senado para la adquisición de Cuba, so color de la garantía de su independencia; pide a Colombia explicaciones, porque no deja el mar libre a los barcos yanquis que comercian sin los documentos de ley con los cocales de la playa de San Blas; discute la política de centralización, de intervención en el Sur, de universidad nacional, de reglamento restrictivo en el Congreso, de proteccionismo abierto que lleva adelante, en la Casa y en el Senado, el partido republicano; trata de apoyar el plan del senador Morgan que otros tienen por pueril o inicuo, de echar sobre Africa a los negros del Sur, en los barcos que les ponga el gobierno, o sobre las Antillas; se pregunta si, en el combate democrático del Estado de Nueva York, triunfará Hill sobre Cleveland, que es ahora abogado mayor del voto secreto; si el Estado de Nueva York acordará el voto secreto, si no es hora ya de ir poniendo coto a la inmigración, y negar la ciudadanía a los que la usen para perturbar el país que se la da, o que por su deber de católico tengan que ejercerla contra la nación protestante y republicana a que se afilian. Y no se tratan principalmente esos problemas en los diarios, que los esbozan o los relegan a las revistas de mes, ni en el Congreso, que está ahora de preliminares, sino en los banquetes, que son muchos estos días,—el de los "hijos de holandeses", donde se va, luego de abrir el apetito con un "medio y medio" a uso de Orange

a “comer lo que está bien guisado, a fumar en pipa, y a decir la verdad”, —el de la toma de Nueva Orleans por Jackson, donde la lanza libre de la democracia invitó al gobernador Hill a salir del partido que acuchilla para bien personal con sus componendas con los republicanos y sus traiciones,—el del desembarco de los puritanos en la playa de nieve.

Y cuando se reúnen los prohombres en torno de la mesa festual, para conmemorar el día del desembarco de los puritanos, no es la fiesta sólo de pavos y de ponches, ni de memoranzas del contrato del camarín de “La Flor” y las proezas del duro Miles Standish, que era liberal de arriba, como muchos pueblos liberales de hoy, que quieren paz sin justicia y seguridad sin equidad, y pedía el cielo y la tierra para sí, y “el infierno para esos indios perros”;—sino simposio de ideas donde los magnates de las clases poderosas dicen con su mejor oratoria lo que piensan los de su convento sobre los asuntos del país.

A estas mesas viene el del Oeste, a alegar que la tierra falta, y el poder desocupado está ya siendo mucho, y la gente sin tierra necesita ocupación, y no ha de haber límite para el poder.

Viene el del Sur, retórico e impetuoso, a rogar al Norte que deje al Sur ir resolviendo en paz su problema de los negros, y no ponga al pan público la levadura de rebelión contra el señor, sino que se entiendan todos los señores y se ayuden.

Viene el clérigo, juntando chistes y escrituras, a augurar tiempos satánicos e irreverentes, en que el Sansón de abajo, que ya tiene el cabello crecido, va a asirse de las “columnas de la sociedad”, por lo que los ricos, y el ejército, y el clero, y el gobierno deben hablarse y auxiliarse, y cortar el cabello de Sansón antes de que le crezca.

Viene el rico, a la vez satisfecho y temeroso, gruesa la mano y corva la nariz, a decir que de los puritanos de “La Flor de Mayo” nació el mundo, y la república; que la vida es buena, puesto que los ferrocarriles pagan buen dividendo, y están en paz con sus cien mil empleados; que el puritano, lo cual es gran verdad, “nunca padeció de la sed insaciable y ardiente de hacer bien a los demás pueblos del orbe”. Viene, mal encasacado, el general que descende de los de “La Flor” y echa su discurso de bayonetas y puñales, donde todo es hablar de anarquismo y extranjería, y hay un párrafo en que dice que “bien pueden los anarquistas, armados o sin armas, organizados o sin organización, ir sacando las garras del cuello de la república, porque el gigante, la fuerza, está tranquilo, aguardando, y moviendo su cuerpo y sus miembros con cautela amistosa: pero recordad—¡oh malignos odiadores del hombre!—que el

gigante respira y goza de salud, y tiene poder tremendo, y os desmigajará, sin un ápice de duda, en cuanto el acicate del deber se lo demande”. Guardaron en el bolsillo de las casacas la lista del banquete, donde hacia de cabeza, en un fino grabado, el mesón burdo de los peregrinos, con el cántaro al lado de la Biblia, y el devocionario junto al cuerno: se embozaron, entre saludos que parecían jura de fe, los gabanes de pieles: y salieron por el portón embanderado a la calle, torva y silenciosa, donde un ventorrillero vendía los últimos números de *El Nacionalista* en que los pensadores precavidos del país, que no encienden su cigarro con bonos de a mil pesos, ni pasean sobre espaldas de hombres, piden “en nombre de antepasados puritanos”, con voces que no vienen de Europa ni de otras afueras sino de iglesias protestantes y salas ricas, “que este orden inhumano de castas soberbias, este feudalismo nuevo de los terratenientes, se cambie, sin métodos rudos, en otro orden menos vano y más sereno, donde las industrias, y los bienes perennes y comunes de la naturaleza, no estén concentrados en manos de monopolios privados, para el beneficio de los monopolios, sino en manos de la nación, para el beneficio nacional”. “¿De qué anarquistas extranjeros nos hablan?”—dice la revista nueva de Boston, *La Arena*. ¿Es de afuera nuestro Mark Twain, que levanta la piel con la pintura de las baronías de antes, que resulta ser la de las minas de carbón y covachas de ferrocarril de las baronías de ahora, de los dominios del sonriente y pizpireto Carnegie, el que a fuerza de tijeras optimistas, quitándole el borde de luto a los datos estadísticos, compuso o dio a componer a un autor alquilón, “La Democracia Triunfante” donde todo es felicidad y torres de oro, y paz de bodas? ¿Y Horacio Greeley, a quien le vamos a poner estatua, y los asociacionistas yanquis de los falansterios de 1840? ¿Y la granja del Noroeste, que se levantó contra la tiranía de los ferrocarriles? ¿Y los Caballeros del Trabajo, gente toda de barboquejo y labio mondo, cuáquera y peregrina, que del primer braceo levantó medio millón de obreros contra los monopolios, contra el uso exclusivo de los bienes comunes por corporaciones privilegiadas, contra las ligas de industrias mantenidas, para el provecho enorme de los menos, con el tributo innecesario impuesto a los más? ¿Y en el partido del papel moneda, que fue la rebelión de la mayoría pechada injustamente, contra los grandes banqueros del Este, que estancan el oro, para venderlo luego a precio de león? ¿Y el partido industrial de California, con sus libros de cubierta colorada?

¿Y la federación de obreros que está agregándose la de agricultores, y es toda de norteamericanos socialistas? ¿Y la misión del rico Huntington, el monje episcopal, que vive entre los pobres, como el ruso Tolstoi, y les ha abierto club, donde vayan a hablar, en conversación absolutamente libre, sobre los modos de sacarle los cimientos al orden social de hoy, y ponerle otros más seguros, sin que se venga abajo la casa? Lo que queremos, dicen, es resolver nuestros problemas con remedios nuestros. Cada pueblo se cura conforme a su naturaleza, que pide diversos grados de la medicina, según falte este u otro factor en el mal, o medicina diferente. Ni Saint-Simon, ni Karl Marx, ni Marlo, ni Bakunin. Las reformas que nos vengan al cuerpo.

Asimilarse lo útil es tan juicioso, como insensato imitar a ciegas. El dinerismo nos pudre y guerreamos contra el dinerismo. Antes teníamos más hombres felices: ahora tenemos más fieras y más bestias. ¿O se vive para probar que se es más bribón que el vecino, so pretexto de ser más inteligente, y será el mejor de la sociedad, el "aristo" nuevo, el que más dinero mal ganado acumule y pague más Pommard, o más Liebfrauenmilch, a los alfonso de las bailarinas? ¿No son odiosos estos viejos carnudos, con ojos como lentejuelas, y estos jóvenes vendidos, fríos y envenenados? Otros viejos queremos, que no cambien, por unas cuantas trufas más, la corona de la vejez: otros jóvenes queremos, que no vivan de limosna, sino de sí, ni vayan de pajes secretos de la política, abriendo y cerrando la puerta de las mancebías, ni vayan de insolentes por la calle, con coche y plastrón, y tiemblen, como el caballo ante el látigo, en las antesalas del poderoso o del vulgo. Y van estos bostonianos y socialistas de salón, hasta pedir que se nacionalicen las industrias, para que no haya estos magnates tentadores y estos políticos venales, y no se trabaje para tener más que el vecino, ni para cultivar lo grosero y feroz del hombre, sino para vivir a poco costo, en albedrío individual, y con tiempo y gusto para las cosas del corazón y de la mente. "Ya vendrá", dice un comentador, "quién dé con el modo, —puesto que no es más que cuestión de modo,—de echar abajo sin violencia este orden de acumulaciones inmorales, sin contrariar la naturaleza individual, y aun los defectos inevitables, y por tanto necesarios, del carácter del hombre."

Y vienen a ser estas mesas de fin de año como una tribuna de la nación, donde se oye con igual gusto al adinerado henchido y al re-

formador fogoso, porque con ambos se prueba el hábito de pensar en alta voz, y de tener al aire libre las ideas, que a menos que no resulte hecho de miasma el hombre, ha de bastar, en lucha igual, para irlo poniendo, de peldaño en peldaño, donde no tenga, para vivir en casa limpia, que salir por el mundo alquilando el lomo o devorando semejantes. Trabajar es lo verdadero, y decir sin miedo lo que se piensa: he ahí las dos raíces.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 20 de febrero de 1890

LA POLÍTICA INTERNACIONAL DE
LOS ESTADOS UNIDOS²

La Exposición de 1892.—Venta escandalosa de un banco nacional

² La primera parte, referente a la Conferencia Internacional Americana, fue reproducida en el tomo 6, página 73, de estas *Obras Completas*.

Nueva York, Febrero 3 de 1890

Ni se habla mucho del plan de la Exposición de 1892, que más parece rehuida que deseada, porque los que la piden en el salón en alta voz, la minan en voz baja, en los corredores, y están republicanos y demócratas viendo cómo la ahogan antes de nacer, porque ambos tienen para 1892 el quehacer de la elección de Presidente, y en cuanto a los republicanos del Estado de Nueva York, que tienen el poder en la legislatura, “antes matarán la feria que consentir en que el alcalde de Nueva York y sus demócratas se alcen con su crédito”, “antes que Depew, el político urbano, el republicano de las aristocracias, venga a ser el director general de la Exposición con detrimento de su rival Platt, el republicano de oficio, que en la legislatura es quien maneja los titeres”. Menos se ha hablado en estos días de desgracias, del influjo de los franceses en Haití, de la desestimación del proyecto de Call para la independencia cubana por vía de los Estados Unidos, del tratado de extradición con Inglaterra, del convenio tripartito de Samoa.

Samoa, sin embargo, ha sido ocasión de agrios debates, de burlas de los demócratas, de cisma entre los republicanos. ¿Se aprobaría el tratado de Berlín, que en tiempo de los demócratas no se pudo concertar con Alemania, por negar ésta lo que el Secretario Bayard le pedía y se ha concertado ahora por fin, entre los Estados Unidos, Alemania e Inglaterra, para mantener en Samoa un rey nominal aborígen, y sobre él un juez supremo, dirigido por la mayoría de los tres poderes contratantes? ¿Pero no envuelve ese convenio la pérdida de la bahía de Pagopago, que los naturales cedieron hace once años a los Estados Unidos como propiedad exclusiva, y no aparece en estos tratos peligrosos, los primeros que contra el consejo de Washington se han ajustado con

pueblos europeos? Edmunds, uno de los magnates del Senado, y miembro principal de la comisión de relaciones exteriores, llevó su descontento hasta pedir que se le exima de los trabajos de la comisión. Para Edmunds, el convenio abandona la estación naval de Pagopago y trueca el derecho exclusivo y superior de los Estados Unidos sobre Samoa en un derecho de mero nombre, puesto que deja el gobierno de la isla en manos de la mayoría de los poderes contratantes, cuando es notorio que de estos tres, será lo natural que Inglaterra y Alemania se unan siempre en el propósito común de impedir el adelanto de los Estados Unidos, cuando en la alta diplomacia se tiene hoy por seguro que Inglaterra y Alemania se han dado de mano en la sombra para repartirse las comarcas nuevas que vayan apareciendo por el mundo e impedir que Italia, que Francia, que España, que los Estados Unidos extiendan por Africa y por el Pacífico sus posesiones coloniales. Para Edmunds, Alemania habrá cedido, o cederá, alguna pretensión suya a Inglaterra, a cambio de que ésta le deje el camino libre para dominar, con el consentimiento de los Estados Unidos burlados e impotentes, en la isla de Samoa. “¿Y este Secretario, dicen los amigos de Edmunds, es el que nos acaba de pintar *La Revue des Deux Mondes*, por la mano mal disimulada del ministro Whitelaw Reed, como el osado soñador en quien se ha hecho carne, en la hora propicia, la voluntad de crecer, y de extenderse por la tierra, que rebosa ya de la población conquistadora y pujante de los Estados Unidos?” ¿Estamos para complacer a las monarquías, o para evitarnos guerras previsoras y necesarias, o para fundar con una guerra a tiempo, aunque sea con Alemania, el derecho de los Estados Unidos a extender sus dominios?

En Berlín se han visitado, y se han dado las manos, el hijo de Bismarck y el ministro Phelps, y hubo té, y música de Wagner, el día en que aprobó el convenio el Senado de los Estados Unidos: pero aquí ¿qué té tomaremos cuando en castigo de nuestra desobediencia a aquel consejo que Washington nos dio de no entrar en alianzas embarazosas, en castigo a nuestra torpeza en desobedecerlo sin provecho nuestro, suceda que Inglaterra y Alemania están obrando de acuerdo en Samoa contra los Estados Unidos,—que eligen el juez supremo que nosotros mismos creamos, para que decidiese contra nosotros,—que nos disputan la posesión de Pagopago, porque el hecho de no citarla en el convenio expresamente, demuestra que dejamos prescribir nuestro derecho a ella o lo juzgamos tan dichoso que no osamos demandar que se nos reconociese? Un nombramiento de cónsul contribuyó a que el caso de Samoa

no haya salido estos días de la prensa. Había de nombrarse cónsul general en México, que es puesto de importancia, y demoraba Harrison mes sobre mes, la elección. Los candidatos eran muchos y Blaine tenía el suyo, o aparentaba tenerlo: “¿Acaso, preguntó un curioso,—no explica la prisa de ese convenio de Samoa, el deseo de congraciarse con el voto alemán, menos republicano de lo que se pudiera desear para las elecciones de 1892?

Y el curioso tenía razón tal vez, y el candidato de Blaine al consulado no era más que aparente, para que no digan sus amigos que no mira por ellos, cuando lo que resulta es que mira antes por sí; porque es un alemán el cónsul nombrado; el alemán Richard Guenther, que ya ha unido su nombre a la historia de los Estados Unidos, con la declaración de la lealtad incondicional que deben los extranjeros nacionalizados al país que, si son honrados, aceptan para siempre como suyo, y en vez del suyo,—o sólo aceptan para aprovecharse mejor de él, sin amarlo y sin agradecerle, si no son honrados. Esta es, dijo Guenther, una cuestión de honradez. Un país no es montón de tierra, porque todos los montones de tierra son iguales, sino el conjunto de instituciones domésticas y públicas que hacen en él decorosa y próspera la vida. Si en la tierra en que no nacimos hallamos la libertad y la felicidad para que nacimos, ésa es nuestra tierra,—y no aquella donde no la hallamos, aunque hayamos nacido en ella.

“¿Es más madre la que maltrata al hijo que echó de su seno, o la que acoge y hace feliz al hijo ajeno que su propia madre maltrata? Allí somos soldados, somos plebe, somos contera del sable imperial; aquí nos sentamos como ministros, como se sentó Karl Schurz, en el consejo presidencial de un pueblo de sesenta millones de almas libres. Yo nací en Alemania; pero mi patria es ésta, mi patria son los Estados Unidos, y si no los amaba bastante, si no les estaba agradecido, para pelear por ellos contra la misma tierra en que nací, no debí entrarme en su casa como un traidor, y fortalecer con su ayuda el brazo que después había de levantar contra ellos.”

Las palabras textuales de Guenther en la Casa de Representantes de Washington el año pasado, no fueron menos que éstas: “Se dice que Alemania, la tierra en que nacimos los alemanes naturalizados, va a mover guerra, por el predominio en Samoa, contra el país en que nos hemos naturalizado: se dice que el almirante alemán ha tratado con insolencia al norteamericano en las aguas de la isla; se pregunta de qué lado estarán, en caso de guerra, los alemanes de los Estados Unidos.”

“Sabemos tan bien como cualquiera otra clase de ciudadanos norteamericanos de qué lado está nuestro deber. ¡Del lado de nuestro país! ¡Del lado de los Estados Unidos! Después de pasar por el crisol de la naturalización, ya no somos alemanes, somos norteamericanos. Nuestro afecto para Norteamérica no puede medirse por nuestra residencia corta o larga en el país: norteamericanos somos desde que pusimos el pie en Norteamérica hasta que en el suelo de Norteamérica nos acostamos a descansar en la tumba. Por los Estados Unidos pelearemos siempre que sea necesario. Los Estados Unidos primero, después, siempre; los Estados Unidos contra Alemania; los Estados Unidos contra el universo entero: con razón o sin razón, siempre los Estados Unidos, somos norteamericanos.” Unos lo celebraron como arranque de gran valor; otros lo oyeron en silencio. Otro tratado ha tenido menos censores, acaso porque en los mismos instantes de su aprobación se demostró la necesidad de él.

De pronto, se supo en Nueva York que un banco nacional había hipotecado en la plaza sus garantías: el cajero honrado sorprendió la trama, y frustró su éxito: a tiempo, antes que huyeran al Canadá, se detuvo a los cómplices, a los que se habían ido adueñando de dos bancos menores, de esos bancos que sobran, y no ganan lo que gastan, para comprar, con cheques certificados en falso por ellos, la mayoría de las acciones del millonario Leland en el sexto banco nacional: ¿cómo vendió este príncipe de los negocios a un prusiano de mala fama la mayoría de un banco nacional, a un precio mayor por acción del precio de plaza, a 642 cuando la acción estaba a 400? ¿cómo no se le ocurrió investigar quién era el prusiano, inquirir con qué objeto le compraba el banco, averiguar si tenían fondos los bancos menores con que pagar los cheques certificados, participar la venta a sus consocios, a los demás accionistas, pensar que la dirección de un banco no es una simple propiedad privada, aunque en la ley desnuda lo sea, sino un puesto de honor, en que el director, que por el favor del público prospera, debe mirar por los intereses públicos? ¿o todo honor y reparo se han de poner de lado, cuando la ley asegura una escapatoria, y un comprador ofrece por la propiedad más de lo que vale, ofrece 642 por 400? En el tiempo que da el juego de cheques, y la ventaja de ser los cheques sobre los bancos menores en que presidía el mismo prusiano que giró en falso contra ellos, pudo, sin convocatoria de los accionistas, escurrirse el comprador en la silla de Leland, sacar de la caja las seguridades del banco, y enviar a hipotecarlas en la plaza, para pagar con el producto de ellas las

acciones a Leland. No se hubiera sabido de pronto. El banco hubiera seguido negociando sin el depósito de garantías en caja que la ley exige. Tal vez hubieran sido tales las garantías, o tan hábiles los manejos, que en la hora de inspección del examinador, las garantías aparecieran en la caja. Tal vez fue el plan del prusiano, por medio de sus cómplices en los dos bancos menores, y por la singular confianza, o la codicia ciega, de Leland, apoderarse de las garantías del sexto banco nacional, venderlas en la plaza y alzarse con el fruto del robo. El cajero, sin pensar en que le iba el pan, se levantó de la silla desde donde lo había entrevisto todo, y antes que parte en los provechos, quiso el honor de sus canas. Llegó el examinador. Prendieron al prusiano y al corredor que hipotecó las garantías. Leland, aturdido, se pone en manos de sus amigos a que le aconsejen, presta 500,000 pesos al Banco Nacional, ofrece devolver la suma en que vendió las acciones, y ponerse de nuevo a la cabeza del banco, si las acciones, volviendo atrás paso por paso lo hecho, pueden volver a sus bancos. El prusiano sólo tuvo tiempo para disponer de las garantías con que pagó a Leland.

Ha de haber medio, devolviendo Leland lo que cobró, para recobrar, con poca pérdida, las garantías que sacó el prusiano de la caja. Pero no aparecen los tenedores de las garantías. ¿Era, pues, un gigantesco fraude? ¿Todos, pues, a no ser por la bravura del cajero, se hubieran ido con la maleta llena al Canadá?—como Enos, el que echó abajo otro banco por medios semejantes,—como Silcott, el que se ha alzado, del brazo de una poliandra rubia, con setenta y cinco mil pesos de la caja de la Casa de Representantes de Washington?

Por eso se aprueba, sin más censura que la de los demócratas celosos, el tratado de extradición entre Inglaterra y los Estados Unidos, que excluye sólo, para contentar a la vez a la justicia y a los irlandeses, los que en el Canadá o en los Estados Unidos, se asilen por delitos políticos; y para que no haya disputas cada país decidirá en su ocasión si el delito que alega el gobierno reclamante es de los comunes, o es delito político.

Ya no podrán los cajeros irse de paseo, como quien va al Niágara, a gozar en los carnavales de Montreal, arrebujados en las frazadas de colorín, la fortuna robada a la caja del banco; ni los corregidores de Nueva York podrán ir de jira, con sus irlandesas cargadas de brillantes, a poner tienda y casa de lujo, del lado allá del río, con lo que les dio por su voto una compañía interesada en sacar del municipio una concesión fraudulenta. “Así,—dice el censor Curtis, el intachable y ele-

gante consejero del *Harper's Weekly*,—así nos place, y place a todos, ver tratar las cosas internacionales, como se las ha de tratar, con sencillez y franqueza, y no con miras ulteriores.” Y como Curtis, el amigo de Lincoln, el patriarca republicano, no dice palabra sin por qué, le pregunta así otro diario: “¿Y qué cosas internacionales son éstas, que se están tratando sin franqueza y sencillez y con miras ulteriores?”

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 20 de marzo de 1890

36

EN LOS ESTADOS UNIDOS

La vida parlamentaria.—Elección de presidente de la Casa de Representantes.—Detalles últimos.—Origen de un gran conflicto

Nueva York, Febrero 5 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

De todo se desvió la atención en estos días: del cumpleaños del general Sherman, que recibe a sus amigos en su sala de campaña, llena de tambores y ropa de pelear, con la cantina siempre llena para que se vaya vaciando entre un cuento de hospital y otro de cuartel; del viaje de Stevens, el corresponsal del *World* que habló en Egipto con Stanley, y no lo halla muy amable persona; del nombramiento del joven Seth Low, rico de honor, y con más ideas que pesos, para presidir, entre doctores octogenarios, la Universidad de Columbia, que “nos ha de sacar de estos dineros que nos sofocan, y de este peligro de ser gigantes a medias”. La atención toda ha estado en Washington, en el debate reñido de los demócratas y republicanos, en los medios y agentes a que debió su elección de presidente de la Casa el republicano Reed, en los factores y tendencias con que en este Congreso de prueba entra, como a batalla decisiva, cada partido. Desde las escenas del nombramiento de presidente es necesario estudiar, porque en ellas nació el conflicto singular y ruidoso en que ha puesto a la Casa el uso nuevo, tachado de dictadura, de su autoridad de presidente.

Todo lo que puede se da cita en Washington cuando va a elegir presidente de la Casa el partido triunfador. Allí van todos los que aspiran; allí, en la persona de sus mejores abogados, los intereses rivales. Siempre es así, pero esta vez fue más, porque en este Congreso tienen por fin mayoría los republicanos, y es el primero después de la elección proteccionista, es el Congreso de Harrison. Los demócratas están divididos, y los republicanos también. Así se va por supuesto, al descrédito, y a la inacción, a menos que no impere definitivamente en el partido una opinión que le dé causa y programa, o se busque, a falta de programa natural, otro precipitado y violento. Por las juntas previas, por los “cau-

cus" privados de cada partido, se había de saber si los demócratas están con Cleveland, que encarna la idea de reformar la tarifa, o con Randall, el brazo mayor de los que no quieren que se toque a los privilegios; si los republicanos están con el Oeste, que pide reconocimiento especial, y plata sin fin, o con las empresas del Este y los bancos, que quieren menos moneda de plata, y tipo de oro. En los "caucus" se cifra el interés primero, y se da la batalla, porque el que en el "caucus" del partido dominante quede electo para presidente de la Casa, el presidente es, y el partido vota en la Casa como se acordó a puerta cerrada en la junta.

De los demócratas, se supo pronto el resultado. En vano se hizo Hill, el gobernador de Nueva York, invitar a las fiestas del Sur por los amigos que allá se ha hecho con su política de componendas y complicidades, de compadrazgos y concesiones, de descarada liga con los "listos" y "poco escrupulosos" del partido, de remunerar con empleos pingües y sujetar con la amenaza de quitarles el favor, a los que, por encumbrarse a sí propios, lo ayudan a irse encumbrando: ¡comen y beben, y tienen amantes y coches, pero no pone el pie en su palacio de viento la gente honrada! Andan entre los corredores de caballos, y los apostadores de oficio, que es su natural compañía, y no se les concede otro puesto y dignidad: aun aquí, donde reina el dinero, y está sobre él edificada la nación, niegan los hombres la mano a los que se la han enriquecido con el tráfico de los derechos y de los caudales públicos; las celestinas y los admiradores de café, acogen con palmas, y saludan como a héroe, a estos linceces de media hora, que pagan y convidan: los limpios o los que siquiera lo desean parecer, les vuelven la espalda.—En vano Hill, con ligereza increíble en hombre de su puesto, aludió de burlas en sus discursos a los que Cleveland hizo en otro viaje suyo, hace tres años, cuando hubo chistes sobre la mucha estadística y enciclopedia de sus peroraciones; que han crecido por cierto desde entonces acá, porque de lo más remoto vienen nuevas del entusiasmo de la juventud del partido por el ex Presidente obeso, cuyo mensaje reformista es como una religión, que los clubs demócratas celebran con banquetes y ceremonias a cada aniversario de él. En vano los demócratas, que deben su poder a la tradición o a la alianza del clero católico, o a la práctica de la política como oficio remunerativo, asestan puñaladas diarias a aquellos otros demócratas de Cleveland que quieren ideas vivas, industria natural, producción barata, escuela libre de la influencia religiosa, política libre de los especuladores del sufragio y de las cervecerías. No bien

se reunieron en "caucus" los representantes demócratas, no eligieron a Randall como su candidato de cortesía a la residencia, según es uso aunque el partido haya de perder la elección sino a Carlisle, el presidente del Congreso anterior, y reformista puro. De pie, por unanimidad, declaró el partido que estaba entero con las ideas del último mensaje de Cleveland. ¡No siempre han de ser inútiles la honradez y el valor!

Ni ha de ser perdido el ejemplo de decoro que da en Nueva York el ex Presidente obeso a quien no se ve cortejando la popularidad, porque ésta es tarea odiosa para quien se estima y lleva el respeto de la patria en sí; sobre ser afán inútil, porque la muchedumbre, a no sentir el látigo en las corvas o el botín debajo de la nariz, desdeña a los que la solicitan.

Vive en noble abundancia el ex Presidente en Nueva York, pero no con pompa, y las amigas de su mujer, que no esquiva las fiestas cordiales, con las que en su soltería lo fueron, gente llana en los gustos y alta en el pensar, que vive como lo ordena el protestantismo puntilloso, y prefiere un té claro con la conversación sobre la "Nora" de Ibsen o la teoría del gesto de Delsarte, a los duelos de la "obscena pecunia" que libran, con cota de diamantes y curare en la lengua, las damas del champaña pecador. Con su cabello rico partido a la izquierda, y su porte de palma real, pasea intachable su belleza entre las amigas fieles que se la escudan, la que no quiere que venda su marido la casa de campo de Washington, la casa de bodas por que le ofrecen ¡ciento cincuenta mil pesos! "¡Vale más!" dijo.

En el "caucus" republicano la pelea era reñida porque no iba en ella la mera distinción cortés, como en la minoría demócrata, sino el triunfo, con sus gajes y autoridad, y el provecho que un presidente hábil saca de la buena distribución de los beneficios que reparte según le place, o promete, o le conviene.

Es fama aquí que por la presidencia de la Casa no se va a la de la república, porque ésta suele caer con más frecuencia en personas que no se han puesto mucho donde las vean y las codeen, que es peligro que a los más maravillosos les hace perder algo de la maravilla, puesto que de tenerla los hombres delante llegan a verla como cosa familiar, y menor, a desear lo diverso y lo nuevo; sin contar con que los hombres, y en especial los de cierta mente e influjo, guardan como rencor secreto al que por su superioridad involuntaria y continua, los tiene como hu-

millados ante sí propios,—de modo que en cambiar de dueño, o en cerrar el paso al carácter superior, ejercitan una venganza dulce y sutil.

La bondad sólo, la bondad infatigable y sincera, puede salvar a la larga de esta enemistad sorda y feroz a los políticos eminentes. Tanto como los intereses, que todo lo perturban y deciden, pueden en los lances de la vida política estas agencias recónditas del carácter humano. Se ve, sin embargo, por la prueba de aquí, que los hombres aman a quien los dirige con firmeza y justicia, y desdeñan a quien los complace sin razón.

Con ser así la presidencia de la Casa, se la tiene acá por gran honor, segundo sólo al de presidir la república, y fueron cinco esta vez los candidatos republicanos que la apetecían, con tanto empeño y pasión como si se tratase de una lucha con el partido hostil. Cada cual tenía su hueste en él “caucus”, y la había preparado de meses atrás voto por voto. Es de ver uno de esos combates, y el de esta vez fue típico. Unos periódicos apoyaban a uno, y los del Oeste celoso apoyaban a su rival.

Se ponen tachas severas: éste, de que “las industrias” favorecen de entre bastidores a su adversario, y van a quedarse sin defensa los agricultores y los ganaderos;—aquél, de que su rival está apoyado por “los ferrocarriles” o por el “poder oculto” de los bancos de Wall Street. Se ve por dentro el andamiaje del partido, y los factores que lo pagan y objetos para que lo mantienen: los “hombres de la plata”, que quieren que el gobierno les tome para pesos todo su mineral, tienen un candidato opuesto al de los “del oro” que quieren que cese, o se reduzca, la acuñación de la moneda de plata; el Oeste que cría y vende, echa en cara sus patrones interesados al candidato del Este, que compra y acarrea: cada sección, de territorio o de intereses, pone su candidato, que se apoya por sí con su crédito personal, el derecho acumulado en los años de la derrota laboriosa, y los amigos que se procura con sus arreglos y promesas.

Grande es el afán de los representantes por estar en las comisiones donde tienen su interés o donde quieren ponerlos sus electores, para que les saquen la ley que necesitan, o el edificio, o la exención, o la pensión, o el puente. El presidente de la Casa nombra por sí, y sin más consejo que el de sus compromisos, todas las comisiones. El tráfico se abre, descarado y continuo. El representante ofrece su voto al candidato a la presidencia, si el candidato le reserva el puesto a su Estado, o al candidato que los de su Estado prefieren. Y como el “caucus” no nombra sólo presidente, sino secretario, y portero, y cartero mayor, y macero,

el Estado que quiere tal macero, o cartero, o portero, o secretario, da su voto para presidente al candidato que le ofrezca votar con su hueste en pro de su favorecido para esos empleos menores.

Reed, el candidato privilegiado para la presidencia, ofrece votar por el aspirante de Wisconsin para la portería, si Wisconsin le da el voto para la presidencia.

En los corredores de los hoteles, en las antesalas de las Secretarías, en los salones de beber, se recuentan los votos, se disputa, se calculan las amistades, se publican sus razones, se apuesta sobre el resultado de la votación.

Los dos candidatos principales, Reed y McKinley, se encuentran frente a una copa de champaña. A uñazos se están quitando votos el uno al otro, con artes a la verdad impropias de la política de esas alturas: pero chocan los vasos y se echan a reír, a bromear, a desafiarse, a decirse que de su mismo Estado le va a quitar McKinley un voto a Reed. “¡Quisiera verlo!” “¡En esta carta está! Moore me ofrece su voto, y me dice que yo desearé, por supuesto, saber las comisiones en que quisiera él servir.” “¡Ah vileza humana”—dice Reed: “en esta carta me ofrece Moore que votará por mí, y me dice que yo, naturalmente, querré saber las comisiones en que él desea servir!”

Llega la noche de voto y el “caucus” hierve. Allí están los cinco candidatos rivales, solapando, secreteando, prometiendo, repartiendo los viajes de sus tenientes, que van de grupo en grupo a propalar méritos de su caudillo. A Reed es al que encomian más. Los ferrocarriles y los bancos lo protegen. Filadelfia, que salvó con su dinero las elecciones, quiere que sea Reed. Es imposible desafiar la voluntad de los que sostienen con su dinero al partido. Nos cederán en otra cosa, en esto los tenemos que ceder. Sí: Reed es muy feo: pero a inventar recursos, a obstruir, a sacar la tierra de los pies a los demócratas con un expediente o un sarcasmo súbito, no le gana McKinley mismo, con toda su lógica y gravedad. McKinley, el proteccionista extremo, expone mejor no ofende tanto, tiene de Napoleón la cara y la estrategia, pero es del Oeste ambicioso: no se le ha de dar todo a esa gente voraz del Oeste: la malicia es más necesaria que la moderación: estamos en tiempos agresivos: para Reed los Estados Unidos no tienen donde acabar; Reed ha venido siendo el caudillo de los republicanos en la casa: Reed se parece a Shakespeare. A la hora de votar se da un voto a cada candidato que se supone ha de ser por sí. “Me opongo a eso”, dice el candidato Cannon, entre las carcajadas del “caucus”, “porque mis cuatro rivales me han prometido vo-

tar por mí, y esto me hace perder cuatro votos.” Cuentan, y Reed resulta vencedor. McKinley, su rival, se pone en pie, y pide que el nombramiento se declare unánime. Así queda electo, en el “caucus” previo del partido de la mayoría, el presidente de la Casa de Representantes de los Estados Unidos.

Luego, con grandes contiendas, eligen el secretario, el portero, el carterero mayor, el macero, el capellán. “¿Cómo?”, dice un republicano: “¿y porque los demócratas lo eligieron, vamos a quitarle el pan de la boca al pobre capellán ciego de la casa, al capellán Milburn?” “Somos republicanos, amigo sentimental”, le responde otro: “y aquí nos pide este puesto de novecientos pesos al año el pastor republicano Repwarth, que escribió folletos cuando las elecciones en contra de los demócratas.” Y sale electo el que escribió los folletos contra el capellán viejo, el capellán elocuente, el capellán ciego.

Al día siguiente, la escena es en la Casa. En las tribunas, gentío. El anfiteatro, florería. Entran los pajes cargados de ofrendas florales, de arpas, de estrellas: de medias lunas, que la amiga, o el pretendiente, o el admirador, mandan poner en el escritorio del representante. Confuso, entra en el anfiteatro un delegado del congreso de Panamérica, porque le dieron papeleta de entrada, y no halla donde sentarse: “lo echan de allí,—dice el diario,—perentoriamente”. El resultado es conocido, y se va allí como a fiesta. Los nuevos andan tímidos. Los caimacanes, celebran besamanos. Hubo momento en que conversaban en un grupo los cinco candidatos a la presidencia. Un general pide que la Casa proceda a elegir presidente y propone a Reed: los republicanos aplauden. Un demócrata pide que se elija presidente a Carlisle, y la Casa entera vitorea. Cuatro representantes, dos de cada partido, recogen los votos. Reed, electo, entra del brazo de Carlisle, y de McKinley.

Su discurso es una nonada: “Será fiel a sus deberes políticos, e imparcial en sus deberes parlamentarios.” Ahora, a los puestos menores. La Casa confirma a los candidatos elegidos en el “caucus”. ¿Y el pobre capellán?... “¡Ah, señor presidente, quiebra la disciplina el que la exagera: ni los deberes del partido están, republicanos, por sobre los deberes de humanidad. Se dirá que en la primera votación se salieron los republicanos de las filas; pero ese anciano que nos ha sabido mover el corazón, no ha de irse así a la intemperie, porque le codicie el puesto un patilludo sin entrañas!” Votan; y es capellán Milburn: ¡Repwarth sale

adonde no lo vean, a meditar sobre la oportunidad de que un clérigo se entretenga en escribir folletos políticos! Después es el sorteo de los asientos; de una urna sacan los nombres, y los asientos de otra, que los cortesces ceden a los representantes de fama: sólo a los que han fungido de presidente les reservan los puestos de un Congreso a otro. Ni a O'Neill, que ha servido en trece Congresos, se lo reservan; pero un “nuevo”, desgarbado y de ojos profundos, se le acerca con timidez y cede su asiento excelente al viejo, que llora agradecido. Acaba la sesión, y el capellán ciego sale, apretando manos, del brazo de su hija. El presidente republicano Reed va a visitar en su cama de enfermo a Randall, el caudillo demócrata.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 26 de marzo de 1890

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Presidencia de la Cámara de Representantes.—La elección de Reed.—Sesiones borrascosas.—“Caucus” republicano.—Actitud de los demócratas

Nueva York, Febrero 7 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

La elección de Reed fue considerada como objeto siniestro: que era como una notificación de violencia a la minoría democrática: que Reed, a pesar de su discurso de paz, regiría a la Casa sin más miramientos que los que le consintiese el interés de su partido: que tenía un plan dictatorial y oculto para aumentar, contra todo precedente y decoro, la mayoría escasa de los republicanos. Se abrió la Casa: comenzaron las escaramuzas: enseñó la mano el presidente electo: y el primer choque de los partidos ha sido una batalla estruendosa.

Nunca, desde la guerra, hubo querrela tan agitada y continua, ni cuando los republicanos quisieron imponer al Sur por primera vez la ley de elecciones federales que quieren imponerle ahora, ni cuando los demócratas mantuvieron que su candidato Tilden había sido defraudado de la Presidencia por el recuento de votos falsos en favor de Hayes. Cuatro días ha durado la pelea, cuatro días de puños por el aire, de anatemas, de rabia desatada o comprimida, de rodeos parlamentarios de parte de los unos, de reto imposible de parte de los otros. A los dos meses de abierta la Casa de Representantes, no ha presentado la comisión de reglamento, como manda la costumbre, el reglamento de debates. ¡Quiere el presidente, para tener una mayoría menos precaria que la actual de seis, que la Casa discuta, sin reglas, las actas dobles! ¡Decide la presidencia contra las prácticas, contra la letra y el espíritu de la Constitución, contra el dictamen de los caudillos de su propio partido, que el voto de una minoría de la Casa basta para tomar un acuerdo, cuando aunque no haya quórum de votos haya quórum de miembros presentes, que no quieren votar! Los demócratas mantienen que lo que la Constitución ordenó y lo que para la salvaguardia de las minorías urge repetir, es que no se tenga por presente a los efectos de

la votación al miembro que no vota. Los republicanos, que tienen la mayoría en la Casa; que en dos meses pudieron de sobra presentar el reglamento de debates; que acordaron en su "caucus" retener el reglamento ante la comisión hasta que estuvieran aprobadas, sin más ley que "la general parlamentaria", las actas dudosas, que confiesan su necesidad de establecer un precedente que les permita sacar luego triunfantes, contra los mismos rebeldes del partido, las leyes de fuerza que los demócratas pueden derrotar, ayudados por más de un republicano, —apoyan la decisión del presidente con el argumento de que es justo y útil privar a la minoría del poder de obstruir ilimitadamente los debates. "¡Contra la tiranía de la minoría nos levantamos!"—dicen los republicanos. "¡Entre dos tiranías, la de una minoría vencida, y la de un presidente que pueda declarar presentes, por malignidad o error, a los que no lo están, ha de estarse por el tirano que no puede causar estado, y no por el que puede hacer su tiranía efectiva!: contra la Constitución, que quiere quórum de votos; contra el espíritu de los padres, según los debates de Elliot; contra los comentarios de Story; contra la costumbre de un siglo, y la opinión de los republicanos Garfield y Blaine; contra el derecho de las minorías y la moral parlamentaria, se levantan para salvar sus leyes desesperadas, los republicanos." Esa es la sustancia de la pelea de estos cuatro días, en que se ha visto llorar de rabia a los demócratas canosos, interrumpir los discursos con amenazas y gruñidos, salir de los asientos a los oradores, y venir sobre el presidente con el puño levantado.

Ya se oían rumores inquietos, desde que empezaron las sesiones del mes. ¿Por qué se había elegido de presidente a Reed, "hombre de servicios menores, autoritario y sin escrúpulos"? ¿Por qué propuso Reed a la comisión un reglamento tal que sus compañeros, citados de tarde en tarde y a última hora, tenían que rechazarlo por inusitado y despótico? ¿Por qué, si los republicanos mismos acordaron un voto de gracias en la Casa anterior al presidente demócrata, a Carlisle, no decían, según costumbre, continuar con sus reglas, mientras se acordase el reglamento nuevo? ¿Por qué, teniendo los republicanos de su lado la mayoría y estando para tratarse asunto de tanta gravedad como las actas dobles, tiene a la Casa el presidente sin las reglas a que se ha de ajustar al tratarlo?

Celebraron su "caucus" los republicanos, y se declaró sin embozo la razón: porque los republicanos quieren dar asiento a los discutidos antes de que se adopten las reglas, antes de que en su discusión hallen

los demócratas recursos con que fatigar a la mayoría, antes de que la escasa mayoría republicana, por la ausencia forzosa o el descuido de unos pocos miembros, dé a los demócratas vigilantes la victoria en alguna de las actas pendientes. Hilo a hilo están los dos partidos en la Casa. No todos los republicanos creen que es para bien, cuando el partido está a la defensiva, con unos miembros verdes y azules, esta política de fusil y mordaza que lleva adelante la gente conquistadora del partido. Pudiera ser que, a la hora de votar la ley de elecciones federales contra el Sur, algún republicano, timorato o justiciero, votara del lado de los demócratas. Hay que quitar a los demócratas toda ventaja, toda ocasión de una posible mayoría. Hay que poner cuanto antes, en sus puestos, para que la mayoría sea más, y sea constante y segura, a los republicanos de acta doble. Como la mayoría republicana es tan corta, y pudiera desaparecer, por el cansancio de los miembros en un debate tedioso, hay que privar a los demócratas del poder de causar, de demorar, de prolongar los debates, de "filibustear". La ley de federales es, en el concepto acaso errado de los republicanos, la salvación, la única salvación del partido, y los demócratas la han de pelear de mampuesto en mampuesto: es necesario, por la suerte de esa ley más que por todo, quitarles los medios de impedir la discusión, o de alargarla hábilmente con las moratorias de uso.

Si el Estado de Ohio, que ha dado ahora un gobernador demócrata, reforma sus distritos, como los reformará, de modo que los demócratas saquen algunos representantes de ganancia, ¿dónde, sino en el Sur, por la ayuda de los negros favorecidos con la ley de intervención federal en las elecciones, podrán los republicanos reponer los representantes que en Ohio pierdan, y los más que, según confesión propia, están en vía de perder, por el descontento ya público de los intereses que contribuyeron a su victoria, y por su incapacidad de conciliar los candidatos diversos a los favores del partido? Hay que sujetar por el artificio el poder que no se sustenta en la opinión.

De partido redentor que fue en su cuna; de levantamiento admirable—dice un republicano disidente—ha pasado el partido republicano a mera máquina de gobierno. Con las preocupaciones gobernará, si no puede gobernar con las opiniones. Gobernará con los ricos y con los ignorantes. Verá donde hay deseos, y los halagará; donde hay rencores, y les prometerá satisfacción. El negro liberto que no odia a su amo de ayer, quiere, una vez al año al menos, igualarse con él en las urnas.

El partido republicano, que en el Norte tiene a los ricos criados a su sombra, fomenta en el Sur el descontento de los negros, y les ofrece ponerlos en el gobierno del Estado, sobre sus amos blancos, si los negros les dan representantes suficientes para mantener su mayoría. Los demócratas, que en el Sur compacto tienen su fuerza mayor, ni por interés, ni por prudencia, han de aventar las cenizas que tienen sofocado el fuego rebelde; han de consentir en la ley que los republicanos juzgan urgente y vital.

Los demócratas se disponen, hombro con hombro, a cerrar el paso, de día y de noche, a la ley que destruiría su predominio intacto en el Sur, neutralizaría las ventajas que van obteniendo en el Norte, y avivaría las cóleras inextintas de la guerra civil. Los republicanos están decididos, por su parte, a forzar la ley sobre las filas cerradas de los demócratas. Esa es la batalla de este Congreso. La pelea de los cuatro días sobre las reglas fue la primera escaramuza.

Y otra hubo antes en lo privado del "caucus" republicano, donde no todos favorecían la novedad propuesta por el presidente, ni creían que hubiera excusa para obligar a debatir sin reglas, sobre el asunto esencial de las actas dobles, a la Casa a que se tenía, de pura mano, alta y con propósito confeso de interés de partido, privada de las reglas de debate. A tal extremo llegó la oposición, que hubo quien la proclamó indignado por razones de decoro del partido y de moral política: pero "¿no va a haber pronto elecciones nuevas?" "¿no quiere votar con sus amigos el representante Atkinson?" "¿cree Atkinson que podrá ser reelecto en un distrito republicano, si todo el poder del partido se opone a que sea reelecto?": y se somete Atkinson. Pero en esa misma lucha interior se vio la de los elementos que, en las ganancias rápidas de esta generación vencedora, se han trocado, de rapaces que eran por su natural, en agresivos, con lo poco que en este partido de triunfo queda de aquella libertad, ni tímida ni condiciosa, que en Lincoln tuvo su cabeza representante. Con las avalanchas que de año en año caen del mundo todo sobre esta caldera, y con lo vivo del fuego en este país afanado y libre, este país de hombres llegados recién e impacientes, en este país de esfuerzo propio y vida sola, mudan con increíble rapidez, de acuerdo con los factores nativos y sus acreciones y la época, los caracteres nacionales y la política por donde se expresan e influyen; de lo que sucede que haya hoy en los Estados del Norte tales factores y deseos, en virtud de las condiciones creadas en los últimos veinte años, que sólo con ojos de sociólogo pudieran hallarse en los años anteriores, de condición diversa,

sus precedentes y raíces. Bajo la tierra estaba el árbol que, con el abono de la sangre y el sol del triunfo, tiene ya tronco fuerte donde vive, hecha a la nación del vencedor, el águila antes parca y hacendosa. Cuando las condiciones nacionales cambian, y los componentes de la vida nacional se alteran, cambia el carácter de la nación, que con lo disímil se prueba y contiene, y con lo semejante se determina y precipita. La victoria, siempre inmoral, daña más y más pronto al pueblo que tiene de sí las condiciones que con ella se acendran. De acá y de allá asoman en Norteamérica los elementos de recomposición y renuevo que aseguren la libertad amenazada, y humanicen la vida, hoy violenta y dolorosa; pero en la política dominante imperan, quizá para expirar a causa de su exceso, aquellas condiciones, ajenas a las repúblicas, que nacieron del estado de guerra, y la subsiguiente posición marcial, funestos a la paz de los pueblos y a la honradez del hombre. De afuera no se ve, como se ve aquí, que los compañeros de Lincoln, y los que con él trabajaron más, abandonan, desconsolados, el partido que le ayudaron a fundar; ni se oye decir, como se dice acá todos los días, que a vivir Lincoln hoy, no estaría con los que le sucedieron, ni con los demócratas híbridos e indecisos, sino con los que, preparando cosa mejor, oyen con alarma y asombro que un partido político, el partido de la mayoría, proclame en su junta, e imprima en su diario principal, y lleve a la Casa, como lema de su primer combate, esta frase típica y temible: "El país quiere resultados, y se cuida poco del modo con que se consigan." "Para eso", dicen los demócratas, "nos dieron de presidente a Reed; para que lo hollara todo, y pusiera la mano en lo más santo; para que declarase, sin cambiar de color, que una minoría de votos puede dictar la ley de la República, porque los representantes usan de los derechos esenciales de los parlamentos, de las estrategias lícitas y reconocidas, a fin de impedir que en el debate que más les importa, puesto que les puede dar o quitar más de seis miembros en una Cámara donde la mayoría es sólo de seis, se los lleva de prisa, con la voluntad expresa de burlarlos, sin reglas que los amparen del interés de partido de un presidente que se niega a cumplir con su deber de presentar las reglas de debate antes de los debates, y anuncia que su objeto, como presidente de los representantes de la nación, es asegurar, contra la previsión constitucional y el dictamen continuo y el precedente unánime, la mayoría de su partido." Se llenó la Casa, el día del debate, en pocos momentos. Los porteros, más cuidadosos que otras veces, echaban atrás a los que no eran miembros, o ex miembros, o gobernadores. Las galerías hervían. Los repre-

sentantes republicanos, sentados en orden, saboreaban la victoria. De la mesa presidencial salían con recados los tenientes. Los demócratas, inquietos, cambiaban asientos, hablaban en grupos, rodeaban a Carlisle, pidiendo órdenes. Reed, a los suyos: “¡adelante, sin flaquear!” Carlisle a los suyos: “¡compostura! ¡compostura!” Sobre el acta del republicano Smith contra el demócrata Jackson iba a darse la batalla: y un hombre menudo y firme, el republicano Dalzell, miembro de la comisión de actas, pidió que se aprobase la de Smith. “¡Podemos, debemos—decía un demócrata impaciente—levantar ahora la excepción de la falta de reglas! ¿cómo vamos a discutir, con el capricho del presidente por única regla para la discusión?” “Calma, señor representante”, le dijo un parlamentario viejo al oído: “cuando el enemigo va a cometer alguna falta, es indispensable no darle excusa para que la cometa. Quieren fundar su decisión, la decisión de contar como votantes a los que no votan, en nuestro abuso de la facultad de obstruir el debate: no los provoquemos nosotros obstruyéndolo: esperemos, para obstruirlo, a que nos provoquen. La mejor justicia, señor representante, se pierde por inoportuna.” Y el recurso que interpusieron los demócratas para que no los acusasen de “filibusteros”, fue el de la toma de consideración. Faltaban seis republicanos, y hubieran perdido el voto, si de sus adversarios no hubiesen faltado once. “¡Es necesario poner al presidente en ocasión de que cometa pronto la falta!”, exclama entre los suyos un demócrata inquieto, y pide, con cien más, la votación nominal. “¡Ah, Mr. Abbott!” “¡Ah, Mr. Adams!”—va diciendo el secretario. Los Adams, los republicanos, votan “sí”. Los Abbotts, los demócratas, no responden. Acaba el recuento, y el presidente ordena al secretario que llame de nuevo a los que no han respondido en la primera votación. “¡Llámelos otra vez el secretario!” En vano los llama. El presidente va marcando al margen de una lista, con un lápiz azul, los nombres de los representantes presentes que no votan. Quiere un demócrata, que dio el sí por error, retirar su voto, y el presidente, entre los murmullos que crecen, se lo niega. Otro equivocado, más hábil, pide cambiar su “no” y se lo conceden. Vuelve a llamarlo el secretario, y se sienta entre risas y aplausos: “¡Votaré luego!” El presidente se puso en pie, lista en mano, y ordenó al secretario que incluyese en el acta los nombres de los miembros presentes que se habían negado a votar. Y el anciano Breckinridge, de largos bigotes, y cabellera cana, asido de las dos manos a su escritorio, dijo, con la voz que le temblaba de la indignación: “¡Niego la autoridad de este presidente para hacer lo que en cien años no se han atrevido a hacer nuestros

padres: tacho el dictamen de este presidente, de revolucionario!” Y las palabras ya no se oyen por los gritos. Hurra sobre hurra responde del lado de los demócratas a Breckinridge. “¡El alarido de los rebeldes!” —dice un republicano, uno de los defensores de la ley de elecciones en el Sur. Se echan de sus asientos unos y otros: tropiezan en el área: se injurian al pasar. Un representante le pone los puños en la cara al secretario: “¡Quíteme Ud. el nombre de la lista!” Otro se abalanza, una y otra vez sobre el presidente, que mira y sonríe, y juega con el mallette, y echa firmas con el lápiz azul.

En los cuatro días, sólo para oír los discursos principales—los del presidente, fundando su decisión,—el de McKinley, el consejero de los republicanos, defendiéndola,—el de Carlisle, el de Crisp, el de Bymun, atacándola;—han cesado las voces, la confusión, los arrebatos, los denuestos. “¡Tirano!” dice Bland: “¡no ha presidido jamás esta Casa de hombres libres, un tirano más ruin!”; otro le llama “¡zar!”; otro “¡baratero!”; otro “¡bufón!” Reed dice: “Hill, el gobernador de Nueva York, y la legislatura de Tennessee, han hecho antes, cada uno una vez, lo que yo estoy haciendo: porque la Casa es para dictar leyes, y no para oponerse a que se dicten: cuando los miembros están, están, y hay quórum.”

“Hay quórum de personas,—le dice Carlisle,—pero no quórum de votos: hay quórum de personas, que en la votación no son mientras no voten. Lo que la Constitución manda, y la sensatez y la práctica confirman, no es sólo que haya una mayoría presente a la hora de votar, sino que tome parte una mayoría en las votaciones.” Y Crisp se levanta con este arsenal: “¿quién dijo, cuando el demagogo Butler quiso en 1875 imponer al Sur las elecciones federales, y sacar la ley por un quórum de presencia como el de ahora, que “el presidente no conoce en las votaciones a más representantes que a los que votan”, y que “desde que se invista al presidente”, que será siempre hombre de partido. “con el poder de salirse de la votación nominal, y asumir por sí que hay quórum en la Casa, estarían la Casa y la república como en el borde de un volcán?” ¡Lo dijo el republicano Blaine! ¿Quién dijo, “y quién nos asegura que el presidente, hombre de partido, no verá cuarenta representantes donde haya cuatro, y declare quórum cuando no lo hay, y abra la puerta a toda especie de desórdenes?” ¡Lo dijo el republicano Garfield! “¿Quién, cuando el demócrata Tucker propuso que el presidente pudiera declarar el quórum, dijo estas palabras: “La idea cons-

titucional del quórum no es la presencia de una mayoría de los miembros de la Casa, sino una mayoría de los miembros presentes, que participen en los trabajos de la Casa: no es la presencia visible de los miembros lo que pide la Constitución, sino su dictamen y sus votos?”: pues lo dijo Reed, el presidente Reed, el mismo que declara ahora, porque así lo declaró una vez Hill en Nueva York y Tennessee otra, ¡que el quórum de la Constitución no consiste en los votos, sino en la presencia visible!” Se aplaude, se vocifera, se silba, se ríe, se jura, se gruñe. Vuelven a sus asientos para oír las réplicas de los jefes. Baján, desafortados, dando voces: “¡Dictador!” “¡Payaso!” “¡Idolo chino!” El presidente, en los intervalos, habla con blandura, desliza una acusación, clava un chiste: “¿Pues qué hago yo, sino registrar en el acta que el miembro que me interpela está presente? ¿o quiere el miembro que me interpela, hacer constar que no está presente?”

Y a cada cuestión previa, a cada cuestión personal, a cada votación nominal, a cada apelación del fallo de la presidencia, a cada moción de suspensión por falta de reglas, a cada recurso dilatorio, los demócratas, resueltos a no votar, compelen al presidente a sostener su dictamen con la misma votación ilegal que le recusan. No pueden, sin daño de sus representantes, abandonar los intereses de la representación, ni salir en masa del Congreso violado: no pueden, dicen, dejar sin defensa aunque no tenga reglas para defenderlo, a un miembro de su opinión que viene con tachas en el acta; pero ante quien deban, y ante la Casa hoy, protestan contra el abuso voluntario e interesado del poder del presidente de la Casa, “por anticonstitucional y revolucionario, por insensato y despótico”; protestan sin fallar una sola vez; y se someten. Así, todos los acuerdos tomados por una minoría de votos sobre la decisión que establece que la “presencia” de una mayoría, sea considerada como el “quórum de votos” que se deduce de la Constitución, quedan invalidados, en concepto de los demócratas por la falta continua de quórum de votos, sin que se pueda culpar a la minoría de abandonar la vigilancia de los asuntos nacionales ni de prolongar indefinidamente la querrela, por un punto de debate levantado, entre los unos por entero, y en parte entre los otros, por el interés de partido. “Por la Constitución, por las garantías parlamentarias y por el partido resistimos”,—proclaman los demócratas. “Resisten,—dicen los republicanos,—por poner moratorias a las leyes.” “¡Cara de bronce!” le dice un demócrata, al salir, al presidente Reed. Y un republicano dice: “¡mano

de hierro!” Pero al abrirse al día siguiente la sesión, anuncia Reed, porque así se lo mandan anunciar su partido alarmado y la opinión, que se suspenden los debates de las actas dudosas hasta que la Casa haya aprobado sus reglas. ¿Y sacarán la ley de elecciones federales en el Sur?—pregunta un periodista a un demócrata. Cuando hay yerba en el campo, está cerrada la Casa de Representantes.—Sí, responde el demócrata, cuando llegue a las rodillas la yerba.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 29 de marzo de 1890

POLÍTICA INTERNACIONAL Y RELIGIÓN

HAÍTÍ Y LOS ESTADOS UNIDOS

Cleveland.—Mrs. Cleveland.—Los kindergartens de pobres.—La sociedad de Nueva York.—El problema religioso en los Estados Unidos.—El cristianismo y la libertad.—El famoso predicador Brooks.—Un sermón de mediodía en la iglesia de la Trinidad

Nueva York, Marzo 4 de 1890

Señor Director de *El Partido Liberal*:

De Haití cuentan que vuelve el Almirante norteamericano con sus buques, sin haber logrado que los hijos de Toussaint Louverture, que tienen los ojos abiertos, cedan de hecho a la compañía de vapores de Clyde la Punta de San Nicolás que los Estados Unidos francamente desean, y la Constitución haitiana prohíbe ceder, ni a los Estados Unidos ni a potencia alguna—por lo cual propuso el Almirante el medio disimulado de adquirir la Punta, que era darla en cesión por cierto número de años a la Compañía de Clyde, con la cláusula de que los Clyde permitirían su uso, como estación carbonera, a los Estados Unidos, y a ninguna otra potencia más: y Haití hizo como que cedía, y empezó a tratar con los Clyde, pero con tan hábiles trastiendas y cortapisas, que la compañía solicitante ha tenido que negarse a recibir lo mismo que solicitó, sin que Haití quede en compromiso alguno, puesto que el Presidente Hyppolite mantiene que no es de su derecho conceder privilegio alguno por un plazo mayor que el que la Constitución señala a su Presidencia, ni puede él compeler a su sucesor, en un asunto de esta monta, a aceptar una medida que acaso rechace. Ya dicen, por supuesto, los partidarios de Legitime, el Presidente vencido, que de Nueva York saldrá el dinero que eche a Hyppolite abajo. Hyppolite anda de paseo por el interior del país para que vean sus súbditos supersticiosos que él no es “mulato liberal”, como propalan sus malquerientes, a fin de quitarle la simpatía de los de color entero, sino “negro nacional”, y de los más previsores, puesto que para que los comerciantes descontentos de Nueva York no le muevan guerra con los generales de Legitime, se ha llevado a todos estos de comitiva, y va enseñándolos como trofeo de paz y prueba de concordia, cuando en verdad los lleva consigo como prisioneros. La prensa norteamericana levanta de vez en cuando el grito, y un día dice

que Francia quiere quedarse con la isla, y otro que va a ser necesario habérselas con Francia, y otro que Sesmaisons, que era el ministro francés ante el gobierno haitiano, volvía de ministro a pesar de su hostilidad reconocida al influjo del Norte en Haití, o acaso en virtud de ella. Pero Roustan no está en Washington en vano, ni sus consejos son desoídos en París, ni es nuevo en el arte de seguir con los ojos los del vecino, para pararle la estocada antes que le eche encima el florete; así es que Sesmaisons no vuelve para que no pueda tomarse pretexto en Washington de su elección, ni se quebrante con una querrela inoportuna el poder supremo de espíritu de que Francia goza en la isla, donde todo se quiere de Francia, y aun se piensa en volverse a poner a la sombra de ella.

De Cleveland, no se ha hablado estos días poco. Un día es la noticia cierta de que vendió en ciento treinta y seis mil pesos la casa de bodas que apenas le costo treinta mil, la casa célebre de Red Top, que era una pobreza antes de que los Cleveland la renovaran y vivieran, y se pusiese de moda aquella vecindad. Otro día cuenta otro diario que la joven esposa es persona mayor en la empresa de crear en los barrios pobres kindergartens gratuitos, donde en vez de andar descalzas por las calles las criaturas, o viendo fealdades por las escaleras fétidas, o formando fila para abrir paso al cadáver de una mujer que con hijo al pecho seco se murió de hambre en su cuarto frío, tengan donde bañarse las manos, so pretexto de jugar en el agua con botes de papel, y donde habituarse al trabajo, orden y belleza, con el entretenimiento de los dibujos y tejidos, y donde elevar el espíritu con la música, y ennoblecerlo desde la raíz, con los tonos sentidos compuestos para los coros y la danza; ¿no es lo mismo criarse en un kindergarten que en un barril de cerveza! Pan no se puede dar a todos los que lo han menester, pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar a sus hijos contra el crimen: en cada calle, un kindergarten: el hombre es noble, y tiende a lo mejor: el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza: la infancia salva: una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela: la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad: ¿a qué ir con la frente coronada de palacios, y los gusanos hasta las rodillas?: al patriotismo literario, hay que oponer el patriotismo activo: de salmos y chocolates eran las Misiones de antes, las de ahora han de ser de kindergartens y zapatos: se han de reclutar soldados para el ejército y maestros para los pobres: debe ser obliga-

torio el servicio de maestros, como el de soldados: el que no haya enseñado un año, que no tenga el derecho de votar: preparar un pueblo para defenderse, y para vivir con honor, es el mejor modo de defenderlo. Otro día se susurra que la esposa de Cleveland halla penosa en Nueva York la vida de sociedad, porque todo es hablar unos de otros, y hablar mal, y con juicios tan indulgentes sobre los mayores pecados, que sólo el que peca recio gana nombre de caballero de buen tono, y la que no tiene picante en la lengua, ni da qué decir, es dama incompleta y decolorada, que viene a estorbar, con su cara de mimos, la amable soltura y mutuo perdón en que vive, mudando de brazos, la gente de comodidad; como en la cuadrilla virginiana—en que cada dama, en un paso del baile, da el brazo, uno tras otro, a los caballeros todos de la cuadrilla, y cada caballero, en el paso que sigue, a todas las damas. Da un banquete el club de próceres del Sur, donde tenía Cleveland cubierto de prominencia; y un amigo indiscreto, de esos que no saben que no se ha de encajar la piedra hasta que no esté dispuesta la montura, lo propuso de candidato, en nombre de los Estados del Noroeste, para las elecciones de 1892. Al día siguiente iba Cleveland, a la hora de negocios por Wall Street, con cara que echaba atrás, a paso de quien va aplastando, con un andar como de babor a estribor, pobre el gabán, despeinado el sombrero, bombacho el paraguas.

Eran muchos los que se detenían a verlo pasar; pero más eran los que iban a oír en la iglesia de la Trinidad, en la cabeza de la calle, la iglesia de la alta espira y las campanas de orquesta, el último sermón de los que predicó a los hombres de negocios, con casa llena y fama grande, el sacerdote Phillip Brooks, hombre gigantesco, que habla como si derramase las palabras sobre el corazón, con un arte que a la vez manda y suplica, y abundancia de voces que parece descargar de catapultas, y el único gesto llevarse la mano a la frente, y echarse atrás el cabello plateado, como para dar más campo y luz a las ideas fogosas.

Y había sido semana de escándalos en Nueva York: la Legislatura levanta sumaria sobre la administración culpable del municipio metropolitano: el juez que firmó en un expediente fraudulento el divorcio inicuo que libraba de su esposa indefensa al alcaide mayor de la ciudad, está en el banquillo, alegando que lo engañaron, por no confesar que cedía al miedo de que el poder del alcaide, que es mucho entre los votantes, lo sacase de su sitial de juez: el millonario que vendió a precio exce-

sivo sus acciones, y su puesto de presidente en un banco nacional, a una camarilla de salteadores financieros, es tachado por el tribunal sin respeto a los millones, de cómplice de esta nueva especie de bandidos, que le han hallado al comercio los caminos oscuros, y van alzándose sobre la ruina ajena, sin más trabajo que el de llamar especulación a lo que es robo:—Ward, el socio del general Grant; Yves, que de mozo de limpieza llegó a hacerse dueño de un ferrocarril: Claassen, que antes de comprar el banco nacional al millonario Leland, tenía la mano sobre dos bancos menores, y sobre el mismo Western National Bank,—son tipos de esos criminales del comercio. Claassen, está preso: Ward, está planchando camisas en la penitenciaría: Yves, está bebiendo champaña en la cárcel de Ludlow donde el *Herald* tuvo preso a uno de sus empleados, para contar luego, con la prueba al calce, el regalo en que viven en la prisión todos los que tienen con qué pagar el beneficio al carcelero.

Pero de Phillip Brooks se habló durante la semana tanto como de todo eso. A las doce, en el corazón del día, eran los sermones, y ya a las once no había asiento en la iglesia. El diario, por la mañana, traía el elogio del sermón del día anterior. Moody, otro evangelista, está en una iglesia menor, poniendo la Biblia en chistes, y convirtiendo con anécdotas a los reacios: los convida con la llaneza, los retiene con la amenidad, los conmueve de súbito con una exhortación vehemente y desesperada, les enjuga con un cuento las lágrimas de los ojos:—Talmage, mientras le levantan su iglesia nueva sobre la piedra que fue a buscar a Palestina, proclama a grandes voces, con gestos de titiritero e imágenes dantescas, la necesidad de abrir al aire la religión, de modo que cuantos crean en Cristo quepan en ella, aunque no crean en este dogma o en el otro; porque los tiempos no están para meticulosidades, y el cristianismo cede, o muere.—Y eso mismo es lo que con más fuego y dignidad predica y hace Phillip Brooks. No alarma, no castiga, no exige credos, hace la Iglesia cómoda: ¡hay lugar para todos! ¡con creer un poco, basta, hermanos! ¡si acá somos muy tolerantes, como que se nos está yendo de las manos el poder!—y de debajo de la estola negra, por sobre la cruz de oro del púlpito, saca, en forma de manos, las garras aterciopeladas.

¿Qué es lo que lleva a la multitud a la iglesia rica de la Trinidad, a la hora en que la Bolsa grita, y los corredores se tropiezan por las calles, y los banqueros calculan el tipo del oro, y se responden los cablegramas de la mañana? Ningún teatro se llena más aprisa. Por todas las puertas a la vez, entran, disputándose los puestos con los ojos, los clé-

rigos de boca cerrada, los jóvenes de espejuelos, los abogados de un año de título, los creyentes, ásperos y ceñudos, los oradores famosos, los ricos calvos, de gabán de piel, los dependientes, pálidos y barbones. Los trae la fe, la curiosidad, la emulación. Por cada joven, diez viejos. Los jóvenes de ojos místicos o centelleantes vienen a oír al orador. Los viejos, muy apretados en su gabán, hablan, susurrando, de los grandes predicadores: ¡oh Channing! ¡oh Eduardo! ¡oh el padre de Beecher! ¡oh Beecher! Ya la iglesia está henchida: y los periodistas afilando los lápices, de codos en sus mesas. Las mesas de los periodistas están de cara al púlpito, en el camino de la puerta al altar. La luz, como una música, se filtra por las ventanas de colores. Al fondo, sobre el altar mayor, se levanta, de la cornisa al techo, la ventana de los doce apóstoles. Ni en los pasillos hay puesto ya para los que se quedan de pie. Los sentados, leen su diario, o escriben en su libro de notas o conversan sin desorden ni disimulo. Entra un caballere de abrigo de esclaviña y barba enriqueña. Entran tres viejos, uno detrás de otro, el de delante mesándose la barba, el de atrás encorvado sobre su bastón; el otro alisándose el cráneo. Y a los viejos, como a personas consagradas, les ceden el asiento en Nueva York antes que a las mujeres: pero hoy, dan la vuelta a la iglesia, sin que se lo ceda nadie. Sobre el púlpito vacío, en la concha gris, baja en un halo de luz, una paloma blanca.

La iglesia se pone en pie, porque Phillip Brooks está entrando. En el altar han tenido que colocar la gente. Rebosa la concurrencia por las puertas. Por sobre el gentío se ve venir, con la cabeza más alta que la de los más altos,—la cabeza gacha. Trae al pecho el devocionario, el alba le da en la punta de los pies, la estola negra le cuelga por ambos lados, pisa sin ruido, va a paso rápido. Un suspiro, y aparece en el púlpito. Ase con ambas manos la banderilla, se inclina hacia adelante, como para romper a hablar, y anuncia el himno. Con las dos manos, crasas y fuertes, aprieta el libro de himnos, de pasta roja. Le da en la cara un rayo de luz: es lampiño, de ojos ardientes, de cabello plateado y lacio, desdentado. ¿Cómo van juntas aquella manera felina de andar, y aquella cabeza napoleónica? De pie entona el himno la iglesia: de pie recita el padrenuestro: ricos, oradores, curiosos, dependientes, jóvenes, ancianos, clérigos, periodistas, todos recitan el padrenuestro, con un fervor como el de la niñez: ¿qué no dan los hombres por una hora de pureza? ¿por el instante en que vuelven a ser como cuando corrían detrás de las mariposas?: el padrenuestro es la niñez. Al fin se sientan todos. Brooks no es hombre de fórmulas, y lee su texto de corrido, sin

decir antes, como es uso, que lo va a leer. Pero no es ése su texto verdadero.

El sabe que la ciudad toda ha estado hablando de él; que los potentados de lo alto de la ciudad, en la humareda azul de las cabañas de los clubs, le han quitado al *whist* unos cuantos minutos para comentar su sermón, y hubo un potentado que se negó a jugar, por una noche; que los periódicos han estado celebrando su oratoria veloz, su cristianismo sagaz, sus metáforas amplias y felices, su voz trémula que se entra, aleteando como un pájaro herido, por los corazones:—un curioso que llegó tarde el día antes para oírlo, le oyó la voz de lejos, desde donde no lo podía ver, ni le entendía las palabras, y al volver a su oficina, se echó en un sillón llorando: él sabe que, de Beecher a él, nadie ha sacudido así las almas, ni ha puesto menos teatro aparente y tema mundano en sus sermones, ni ha hablado de cosas religiosas con más semejanza de libertad y de razón.—Porque el cristianismo se siente como al morir, en los umbrales de la Iglesia nueva donde, con el cielo por techo, se sentará el Cristo católico junto al Cristo hindú, con Confucio de un lado y Wotan de otro, sin más clérigo que el sentimiento del deber, ni más candelabros que los rayos del sol, ni más incensarios que los cálices de las flores: y en esta agonía del dogma de la cristiandad, que en lo que tiene de moral y universal persiste, y en lo que tiene de credo ya no vive más que en las alas de las lechuzas, unos cristianos quieren entrarse de mano alta por el mundo, llamando con tambor de pelea a la fe, y marcando con el hierro del infierno a los que no creen, o pregunten antes de creer, como en los tiempos de Torquemada y Calvino, —y otros sostienen, como Brooks, que si se quiere salvar lo esencial, que es para ellos la autoridad religiosa, no ha de exigirse a los cristianos que crean en lo que condena su razón, sino presentarles la cristiandad, para que no puedan negarla, como aquella dulce y temerosa dependencia en que toda criatura se siente para con el desconocido creador, y aquella paz que resulta de obrar con el desinterés y amor con que obró Cristo: “pintemos”, dicen los cristianos liberales, “el sentimiento religioso que jamás muere en el hombre, y llamémosle cristianismo; que así el hombre no nos negará lo que tiene en sí, no se nos vaciarán, como se nos están vaciando, las iglesias”. O hacemos causa de infierno la menor falta de fe en el dogma, dicen los autoritarios—o, por la menor puerta que le abramos al raciocinio, se nos va el hombre al librepensamiento. O conciliamos—replican los liberales—la razón del hombre con su sentimiento religioso, sin exigirle creer en más divinidad que la que lleva

en sí, ni en más revelación, fuera de la inevitable de Cristo, que aquella constante por donde la vida futura y perfecta se exhibe como tipo en la conciencia del hombre, o a pesar de los rezos de la madre, y de la poesía de la infancia crédula, y del temor de todos los nacidos al poder de la creación, y del perenne sentimiento religioso, buscará el hombre fuera de los dogmas históricos y puramente humanos, aquella armonía del espíritu de religión con el juicio libre, que es la forma religiosa del mundo moderno, adonde ha de venir a parar, como el río al mar, la idea cristiana.

Y ése es el poder, y ése fue el texto del sermón de Brooks—que no habla “como sacerdote de oficio, sino como hombre hermano”—que no quiere saber de este dogma ni aquél; sino de lo esencial de la fe en Dios, que es la claridad que nos conduce y alegra, así como cuando va a Europa en el vapor de ijares anchos y de puente fuerte, con los botes salvavidas colgando a la banda, no navega en los botes frágiles y pequeños, que son los dogmas, sino en el vapor de puente e ijares, que es la creencia en la comunicación constante y benéfica con lo divino. Y da permiso a los agentes desde el púlpito con su voz trémula, igual en el himno ajeno que en el sermón propio; en las retóricas del exordio que en las alturas del simulado éxtasis; en las frases de enganche que en los párrafos esenciales y tallados, para creer en esto o en aquello, y aun para creer en el error,—con tal que crean. ¡Eso sí, creer! ¡En la manzana de la iglesia pueden jugar los niños, pero no se han de ir de la manzana! ¡Vuelen, como el gerifalte, pero de la mano del halconero! Y luego que les ha ganado el ánimo con la voz vibrante, plañidera y meliflua; luego que les mete por el corazón con frases de hombre, en que les manda, haciendo atrás la cabeza, y como quien les echa encima carbones encendidos, que no opriman a sus inferiores, que no vivan para la mera bestialidad, que sean humanos antes que negociantes, o no sean negociantes si no pueden ser humanos; luego que ya tiene sobre su auditorio la simpatía de la llaneza, y la autoridad de la sensatez—dice que hay cuatro modos de salvarse, y no hay salvación fuera de los cuatro modos, que consisten en sacarse los pecados del pecho, rezar de rodillas a Dios Todopoderoso, leer la Biblia, y asistir puntualmente a la Iglesia de Cristo. “el único cuerpo organizado para proclamar al mundo la verdad de Dios”.

La palabra vaga, se va desvaneciendo: el discurso, como para vengarse, se le pierde. Puja en vano por sacar lustre, al fin del sermón, a las palabras moribundas. Se muerde los labios, y suena como collera de

cascabeles que se viene al suelo, la inútil voz trémula. El que lloró un día antes, de oírlo de lejos, está ahora cansado, y como indignado, como avergonzado, como apenado, de oírlo de cerca. Cierra con la plegaria de uso vulgar y premioso. La iglesia, de pie otra vez, entona el himno de adiós. Los viejos lo balbucean, con la cabeza baja, como quien pide merced a un acreedor. Por sobre todas las voces descuella la de un motetón de patillas de chuleta, cabeza de pico y anteojos de oro: empuña en una mano el libro de himnos, y un bastón de hueso: echa la voz ronca por entre los labios belfudos y colorados:—en la puerta, al salir, dice un joven: “¡Magnífica la metáfora!”

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, marzo de 1890

39

DESDE NUEVA YORK

Graves preocupaciones del Este.—Los grandes contrastes.—La insolencia de los ferrocarriles.—Bodas famosas

Nueva York, 30 de junio de 1890

Señor Director de *La Nación*:

El Este anda hoy muy ocupado. Pelean en el Senado, poco dispuesto a innovar la ley de la plata, los que quieren que la plata sea la moneda del mundo, para vaciar toda la de Colorado y Nevada, toda la de Washington, Montana y Dakota, con los que no ven seguridad más que en el oro, o desean base de oro, con plata para el cambio menor, o abogan por la moneda de papel, sin más base que el crédito, ni más plata ni oro. Rechazan los mismos senadores republicanos la tarifa de McKinley, votada en la Casa, porque dicen que no es tarifa republicana de veras, que proteja por igual a las industrias, sino favor de unos republicanos contra otros, de modo que los manufactureros puedan cobrar caro a los agricultores, y los agricultores que quedan sin proteger, salgan vendiendo el grano a poco y comprando las manufacturas a mucho, por lo cual acuden al gobierno, con pasmo y escándalo de los individualistas, a pedir que el gobierno los proteja, y que del dinero que cobre de toda la nación, los beneficie a ellos, que no son más que parte del país, dándoles fondos para conllevar los malos tiempos, con hipoteca de sus fincas, lo cual se tacha de “socialismo incipiente”, y de “vergonzosa dependencia”, y de “descrédito de las instituciones republicanas, la fama de prosperidad y el carácter viril que le supone el mundo al yanqui”:—“¿Adónde vamos” —preguntan los periódicos,—“con esta Unión de Trabajadores de Misouri, que quiere, como los hacendados, que el gobierno les dé dinero, sobre las casas; con estos mil seiscientos ciudadanos de San Francisco que piden al gobierno modos de subsistencia, porque ellos, y sus familias, y miles de ciudadanos más, han llamado ya en vano a todas las puertas, sin encontrar trabajo ni ayuda”;—con esta “Alianza de Obremos”, de Washington, que solicita que el gobierno compre para ellos

las casas donde viven, dando cada obrero al gobierno su nota, reembolsable en treinta años, por una suma doscientas veces mayor que la renta actual de un mes, cuya nota validará el gobierno como suya, y hará aceptar al propietario en pago pleno y definitivo de la casa, so pena de ir a la cárcel por vida?

¡Y el senador Ingalls es quien presenta esta petición al Senado! ¡Y el senador Cocrell apadrina la de los Trabajadores de Missouri! ¡Y el senador Stanford, con su barba blanca y sus cincuenta millones, con su influjo y simpatías de campesino viejo, defiende en nombre de California, arenga sobre arenga, el plan de prestar el dinero del gobierno, con hipoteca de la finca, a los hacendados!

Muy ocupado está el Este, con la pelea sorda de Harrison y Blaine, con las dificultades del censo, que son más de las que debían ser, por haberse hecho el censo muy preguntón, y pedir más respuestas que las que los jueces opinan que se han de dar; con la reforma de las votaciones, que ya no serán, en la mayoría de los Estados, por cuenta de los partidos, ni a la puerta de la calle, comprando y vendiendo votos, sino con papeleta que el Estado paga, que adentro de la casilla le dan al votante, y adentro llena y deposita, donde lo vigilan el de su partido y el contrario.

La legislatura de Nueva York acuerda abolir la pena capital, más por el interés de las compañías eléctricas que por cariño al hombre, porque éste no se le vio a la legislatura sino luego que pasó la ley de ejecución por la electricidad, en vez de la horca; la cual, con los muchos muertos de los alambres que ha habido estos días, daba a la electricidad una fama asesina que pudiera ser mortal a las empresas, muy opuestas entre sí, pero unidas en defender el proyecto de abolición de la pena de muerte, con agentes por todas partes y cohechos a granel, antes de que por la muerte súbita del reo en la silla horrible, y los cuentos de los diarios, llegue la gente a ver con horror la nueva luz, y vuelva al gas, que sólo mata a los de la dehesa, cuando vienen al hotel hechos una nube de licor, soplan la llama, y mueren del gas escapado. Del proyecto de ayudar a la marina vuelve a hablarse, porque la comisión del Senado quiere que a cada buque de mar de quinientas toneladas se le dé una prima de treinta centavos por cada mil millas, y el senador Frye, el abogado de los barcos, propone que se pague a los correos a razón de ochenta centavos por milla en los viajes de ida, “¡y a ver si no ponemos en tres años. en el mar, palacios de Babilonia que corran a los de los ingleses!”

En Filadelfia hay luminarias, porque han hallado sucesor al proteccionista Randall, al demócrata pobre, que por convicción defendía, y por amor terco y estrecho a su Estado natal, las tarifas que aseguraban a Pensilvania manufacturera la venta alta a costa de toda la nación; pero de una mirada hacía temblar al fabricante que le venía a ofrecer dinero, con los pretextos y disimulos con que se encubren estas desvergüenzas, por defenderles en el Congreso lo que mantenía él de balde: “Llámele Ud. acciones, o crédito preferido, o como le quiera llamar, que yo le llamo robo, y lo que Ud. está haciendo es un delito que merece la penitenciaría. La república me paga mi sueldo de representante para que le aconseje lo que le conviene a ella, y no lo que le conviene a Ud. ¡Si lo que le conviene a Ud. no es lo que le conviene a la república, lo siento mucho! Se habla mucho del puerco americano en el Congreso en estos días; yo no conozco más que un puerco en América: —¡el hombre que quiere degradar a otro! Yo no tengo criado, señor, ni quiero acompañar a Ud. a la puerta. ¡Esa es la pared, señor: por allí, por allí es la puerta!” A hombre tal no era fácil hallarle sucesor, sobre todo cuando por Filadelfia se van más los demócratas a la reforma que a la protección, y sólo por el respeto a su honradez, y por su mucho arte parlamentario, tenían a Randall de representante continuo, allá en su casita de ladrillo de Washington, con su hija por escribiente, y su esposa por único amigo, como que al morir se volvió a ella, la miró tiernamente, le dijo: “¡madre!” Y cuando andaban a la loca, sin que los reformistas pudiesen elegir su candidato, ni los proteccionistas el suyo, se acordaron de un anciano apaciguador y cortés, que conoce harto el mundo para ponerse a penar de solicitante, y pasa por la vida muy vestido de limpio, calmando y sonriendo, contento con su barba de seda y sus libros franceses, y famoso porque en su mocedad bailó un cotillón con la reina Victoria.

Hoy es un negro que se llevó en la Universidad de Harvard el premio de oratoria; y mañana un cadete del Sur, que saca diez puntos en la academia de West Point a los yanquis más hábiles, y se vuelve a la mansión de sus padres rebeldes cargado de premios.

O son las carreras de caballos, que por cierto tienen ahora mucho nombre español;—o la procesión de las escuelas dominicales de Brooklyn, en que salen a paseo sesenta y cinco mil niños, con músicas y motes, y alegran, como si dieran luz, las calles de álamos. O aplauden a Strauss. O se reúnen las mujeres sabias de “Sorosis” a declarar que no conviene al arte del teatro la costumbre de ahora, de agrupar junto a

una actriz envanecida, que va de sol de la empresa, una compañía ética. O le levantan una estatua a Seth Boyden, obrero famoso, que está en el bronce como andaba en vida, con delantal de cuero y con martillo, —y a los pies del obrero cantaron ocho mil almas.

Pero del otro lado de la república, por el corazón y por el Oeste, no andan desocupados. Un día es el monumento de Garfield, que consagraron como a la callada sin que lo recordase mucho el país. Otro día es el jubileo de Tacoma, allá en los Estados nuevos, adonde fue la gente osada y novelera, a ver llegar a George Frances Frain, un entendido que se las da de loco, y se llama “el gran psíquico”, y pasa meses enteros sin hablar, y de pronto alquila un teatro para defender a los anarquistas, y en verano anda por los parques repartiendo dulces a las niñas, y no da la mano a los hombres sino que se la da a sí mismo, a la usanza china. Y ahora el Frain, de fez colorado y bandolera de charol, ha dado la vuelta al mundo, para gloria de Tacoma, donde tiene muchas tierras, —en 67 días, 13 horas, 3 minutos y 3 segundos. Cuando los “negocios” municipales de Tweed, cuando una trailla de publicanos comía y bebía de la ciudad de Nueva York, y tenía harenas a su costa, Frain anduvo con ellos, y tuvo las manos en las arcas, por lo que lo pusieron ante el tribunal, que fue cuando le empezaron las manías: y Tacoma ahora se embandera para recibirlo,—el mismo día que el *Harper's Monthly* publica, antes que en Francia, las últimas hazañas del gran *Tartarin*, de Daudet, que fue víctima de un duque blandilocuo, a buscar tierras, con sus tarasconeses imaginativos, a la playa seca de Port-Tarascon:—y se habla mucho acá de *Tartarin*, como si todo el mundo le hubiese puesto la mano en el hombro.

En Nuevo México están las indias repintando de amarillo y verde sus cabezales de madera, y los indios desplumando a los loros para empenacharse el día de la danza de las tabletas, que es allá en agosto, en las “estufas” del pueblo, como llaman a las plazas cavadas en redondo en medio del poblado, y a cuyos bordes va de paseo el señorío, a ver aquellos bailarines adornados con ramos de cedro, y orlada la blusa con conchas y pezuñas de oveja, y las mujeres de túnica azul y cinto rojo, ya enlazándose en grupos elegantes, ya danzando frenéticas, como si se quisiesen sacar del cuerpo la memoria, al compás de las maracas y del tamborín mientras va y viene el payaso, dando voces, coronado de paja de maíz, y pintado de blanco y de negro, que por los ojos se le des-

pinta, porque está tan alegre que llora: y luego van a ofrendar bujías, y mazorcas, y melones, y pan, y paño bueno, del que usan los curas, a la imagen milagrosa de Santo Domingo.

En Texas no están para fiestas, porque la insolencia de los ferrocarriles tiene al Estado sin saber qué hacer, tanto que quieren poner por ley una comisión ferrocarrilera que fije las reglas y precios de flete y pasaje, puesto que las compañías, que serían viento y espuma sin la tierra y los privilegios que el Estado les da, se creen señor de su señor, y mandan a su antojo, sirviendo mal y cobrando por lo alto, sin ver que el pueblo las hizo para que lo sirviesen a cambio de lo que les concedía, y que el pueblo si se le cansan los hombros, puede deshacerlas: “¿Qué autoridad privada es ésa, en cosas que son de naturaleza pública?” “¿O estos parásitos del Estado, que no viven sin él, se quieren comer al Estado?” “¿O los criamos a nuestros pechos para que luego nos echen a comer a la cocina, como la ricota que pinta un anónimo en su novela picante de *Los anglomaniacos* que come con su perro de Chihuahua, beso a beso, en platos de Worcester y tazones de Bristol, v a su padre, el especiero jubilado, lo manda ‘allá abajo’, a que lo entretengan con juegos de delantales, Tomasa y Dionisia?” “¿O sirven los ferrocarriles como deben, con respeto y baratura, con celeridad y honradez, o les quitamos de debajo de los rieles la tierra, a ver si siguen andando por el aire!” Y todo Texas anda con el libro de Bellamy bajo el brazo, leyendo el capítulo donde cuenta cómo serán los ferrocarriles de aquí a cien años, cuando los hombres estén ya a la mitad del alfabeto, y bajen y suban del ferrocarril sin pagar, como entran y salen ahora por las calles: “¿pues no manda el Estado en las calles de la ciudad y las rige y compone cuando se encharcan y agujerean? ¿Por qué no ha de regir y componer, y tener a su cargo, las calles que andan?” A lo que las compañías responden que “nadie ha de mandar en lo de ellas, y que el que no quiera, que deje de usar su ferrocarril”. “Lo que no es razón —según un diario nacionalista— porque en ferrocarriles no puede haber la competencia libre que en otros vehículos, sino que son poco menos que inmunes por su costo excesivo, sobre todo en las comarcas nuevas, donde no hay quehacer suficiente para ponerles vías rivales”: “lo que se dio para un uso,—dice un orador tejano,—o se usa en la forma y objetos del convenio, o vuelve a su amo, sobre todo cuando se usa en daño del amo. ¡Que le ponemos casaca a los criados para que se sienten a presidir en nuestra mesa!” En las plazas, en las cantinas, en los corrillos de los pueblos, en las cabalgatas de los caminos, la gente de bota alta

y pañolón al cuello habla, con los ojos chispeantes, de poner bajo el Estado los ferrocarriles. En California hubo tan gran boda, que ya no se comenta la de la hija de Blaine, casada por amor, a gusto de los padres, con el primogénito del músico Damrosch, wagneriano insigne lo mismo que su hijo, que tiene las espaldas fuertes de Wotan, y la cara amorosa de Sigfrido, y el cabello radiante de Loke. De los ferrocarrileros e industriales de nota recibió la novia magníficos presentes, del padre la casa en que va a vivir, con su marido animoso y trabajador, de la suegra los muebles, de los amigos íntimos la plata de la mesa, de la madre la ropa blanca, como es costumbre en la limpia Massachusetts. Entonces los periódicos contaron el regalo de Carnegie y de Davis, el hombre del acero y el de los ferrocarriles, y tantas joyas que no se sabía donde ponerlas, y canastas de enseres de tocador, y cucharas por cientos. El Presidente Harrison llevó a la novia al *lunch*, que era de mariscos y champaña, y el padre de la novia fue de caballero de la Presidencia. Pero aquella suntuosidad viene a oscurecerla esta de hoy, porque la que se ha casado en San Francisco, con la mansión puesta para la boda como una catedral, y el arzobispo con todos los colorines, y en el jardín un coro de doscientas voces, y por el aire la marcha de *Lohengrin*, es la hija de Fair, aquel de la bonanza de las minas, que con Mackay y Hood se alzó de un bote con más millones que años; de Fair, el irlandés, que con lo poco que sabía de negocios, y de ciencias, se fue a buscar el oro, y mostró el carácter en que le gustaba más exprimir el metal del cuarzo que recogerlo a cucharadas del placer, y ahora es el Astor de San Francisco: de cada tres casas, dos son suyas: noventa acres de casas tiene en San Francisco. La cara es de zapador: cejas frondosas, ojos traviosos, nariz buscona, barba a la cintura. Es senador: tiene veinte millones.

De una costa a otra,—desde las aguas de Delmonte y Santa Cruz donde se bañan con guantes las hermosuras, hasta las de Newport, majestuosas y serenas, como conviene a aguas de ricos,—hablaron a un tiempo del matrimonio los diarios todos, lo mismo el periodiquejo de Sitton, donde la bella es cantinera del lugar, hasta el *Herald* de Nueva York, que publica los retratos de los novios; él, hombre segundón, de estos que gastan lo que otros acumulan, y despilfarran en pijamas y cinturones de pelota lo que el padre ganó bregando brazo a brazo con el mar, y poblándolo de buques;—ella, por de contado, una maravilla. Enciclopedia es ella; y arte andante; y Victoria sin alas, y aun con alas; y esplendor humano; y filosofía. Los diarios dicen que no hay que ha-

blarle de música, porque a los veinte años que tiene, “toca el piano tan bien como la guitarra, y el banjo mucho mejor que la mandolina”. Pinta ¿cómo no?—mejor que María Artkischeff: pinta platos y panderetas; y un jarrón pintó el año pasado, con un girasol. En trabajos de aguja es industriosísima, y muy inventora, como que ni los “soles” de las indias maracaiberas son más finos que los encajes de Teresa Fair. “Su educación—dice su madre—es completa: nada, baila, monta, guía, juega a los bolos y al *lawn tennis*. No hay cabellos más oscuros, ni más sedosos, ni más opulentos, ni ojos de más largas pestañas. La sonrisa, un pecado. El cutis, un beso. Y narran toda su historia, de cuando fue a Europa a tomar credenciales, y volvió pizpireta y bruñida, con casaquín de hombre y cuello de puntas altas, y el sombrero de paja caído a la oreja izquierda; y de cuando salió al mundo en rica ceremonia, vestida la madre de esmeraldas y rubíes, y ella de heliotropos, con la cena de veinte caldos firmes, y los manteles de tisú, y el sorbete de violeta en canastillos dorados. Llena estaba la avenida de los palacios en San Francisco la noche de la boda. La muchedumbre, peleando por ver, llenaba las bocacalles. Pasaban coches: setecientos coches. “¡Ni cuando se casó Sharon, el que se pone brillantes en los calzoncillos, hubo tanta riqueza! ¡Estos Fair han querido que todo el mundo hable de ellos!” “¡Pues más de lo que hablan: que el dinero sabe Satanás cómo les creció: que la madre no deja entrar al senador a la casa, y ha puesto por caso que entre el día de la boda, a dar la hija a Olrichs, pero que luego no esté en el mismo salón donde esté ella!” “¡Y Mrs. Mackay, la hija del barbero, esa que anda ahora ribeteándose el abrigo con plumón de cóndor, le ha mandado un brillante como un huevo!” “¡Este mundo lacayo, como dice mi hombre!” “¡La mujer de Flood, el tabernero, el que le vendía a mi marido el *whisky* a chorro de barril, le ha regalado una flor de diamantes!” “¡y la madre le regala una diadema de rosas de brillantes!” “¡Aquí, a la luz del farol: vea como dice el papel que está vestida esta noche la madre: túnica princesa ¡por supuesto! de color perla gris, con realces de plata, y la saya de perlas, desde la cintura a los falsos, y a lo largo, mucho encaje, dice aquí que mucho, y de lo más caro de Venecia!” “Gracias al sastre de París, que la novia no va a ir cargada de pedrería, como el turco que vende los rosarios, sino que lleva vestido de seda crema, todo cubierto de punta de Alençon, con velo de la punta, más fino que el aire”; “¡el traje lindo, madre. es el que le han hecho para navegar, de una lana blanca, que dicen del Tibet, con casaquita y gorra de marino, y muchos botones de nácar!” “¡Sí, tienen un

barrio suyo; y van a pasar la boda de palacio en palacio, allá en el otro mar!”

“¡Con los cinco millones que le da Fair se pasea largo!”... “¡Pero si dicen que no le da nada!” Los carruajes, enredados, ya no pueden andar. Asoman por las portezuelas caras impacientes, guantes blancos, abanicos de pluma. Los amos de solitario al pecho y bota de becerro quieren bajar a ver quien les estorba el paso. Juran y votan, de vuelta al carruaje. “¡Oh, papá!” dicen las hijas, en traje francés, escondiendo la cara en el abanico redondo del Japón, o de encaje nuevo de Burano, o del plumaje del pájaro amarillo de Tahití.

A un carruaje, que lleva el servicio de librea, le han pegado a la espalda un cartel que dice: “Soy quien soy” y debajo, como escudo de armas, un peón que levanta una caja de azúcar. El señorío va entrando a la casa poco a poco, bajo un toldo de rosas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 16 de agosto de 1890

40

CARTAS DE VERANO

La universidad de los pobres

Nueva York, Agosto 19 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

El patriota, si quiere bien a su patria, no empezará a leer el periódico por el editorial, que dice lo que se opina, sino por los anuncios, que dicen lo que se hace. Ver trabajar a todos es más bello que ver pensar a uno. Sólo hay un espectáculo más imponente que el de las cabezas de los hombres barridas por la palabra del orador justo y bueno: y es la tarde en la ciudad cuando vuelven a su casa los trabajadores. “¿Qué es lo más bello que has visto en la montaña?”—le preguntaron a un pobre montañés de pega, que fue a poner la mente donde volviera a echar flor, y a tender los brazos donde tocan con el cielo. “Pues ni la tempestad, ni las cataratas, ni el pico de los pinos se me han quedado en el alma como el carro en que a la cola del tren volvía el trabajador, de cara al teatro de montes, sentado a la última luz entre sus herramientas y las provisiones que llevaba a la casa; hasta que ya a la claridad de las estrellas, llegó a su valle, con la casita blanca en lo hondo, y de un ¡adiós! desató el carro.” Por los anuncios se ve la vida pública, y el bien y la persona de todos, que es base y sostén de cada uno, porque no hay gusto sino donde todos lo tienen, y cada cual es creador y condueño de sí, y ve crecer sus frutos en abundancia y orden. Del trabajo continuo y numeroso nace la única dicha, porque es la sal de las demás venturas, sin la que todas las demás cansan o no lo parecen: ni tiene la libertad de todos más que una raíz, y es el trabajo de todos. Acá las revistas de mes son en verano una verdadera fiesta porque a los anuncios de uso,—de aguadas para las casas, en vez de óleos,—de lana mineral, para amparar del fuego y del frío los agujeros y hendijas,—de las cámaras repentinas, que toman al vuelo, sin ningún preparativo, paisajes y retratos,—de botes, calentadores, perfumes y velocípedos, se juntan los anuncios de las escuelas, que en estos meses van de monte o de orilla de mar, aprendiendo la verdad natural, al aire libre. Una pá-

gina es para libros, y para escuelas la del frente. “La que vaya al campo lleve la novela nueva de Howells, *La sombra de un sueño*, donde se enseña mansamente que no es bueno que con los casados viva un amigo de fuera a toda hora, que es lo que dice un bonaerense que anda por Alemania, en un ramillete de *Pensamientos*.” “Lleve los libros de Thoreau el que vaya al campo, si va donde hay ardillas; los de Thomson, si va donde hay ríos; los de Burroughs, si va donde hay flores; los de Lubbock, si quiere saber de *micropsiquia*, y estudiar en los escarabajos y las arañas lo universal de lo pequeño.” “El que tenga hijos, y los saque a oírse al monte, cómpreles la novela mejor, que es el libro de Arabella Buckley donde la ciencia nueva centellea y entretiene, y se aprende cuanto de veras se sabe, en la *Historia corta de la ciencia natural*, o en los ‘cuentos de magia de la ciencia.’” Y en la página del frente se convida a los estudiosos a ir a la escuela de “Curtis”, “porque la formación del carácter es lo primero”; a la “casa y escuela”, que es “hogar seguro y genuino”; al “instituto de amigos”, donde “cada cual puede adorar a Dios como le plazca”, a la “escuela de niños escasos”, que “fortalece la inteligencia a los que la tienen floja de su natural”; al “colegio de Cayuga”, que viste a sus alumnos de “uniforme gris y botones dorados”; a la “academia de Greenwich”, con “calorífero de vapor y luz eléctrica”.

Pero hay una escuela que no se anuncia en los diarios, ni gasta botones, ni tiene cerca y muros, ni enseña a los yanquis contemporáneos, —y a las mujeres de los yanquis— a vivir como cuando los médicos de cucurucho y los abogados de pelucón; sino que, a la orilla del lago y en la falda del cerro, desde que florea el laurel en junio hasta que se secan las bellotas en octubre, explica en pleno sol cómo el rayo de luz vuela y ondea, y pinta o retrata, y estudia el cielo en las estrellas mismas, y en la piedra que cayó hace un mes de una estrella apagada; y cuenta de las nubes al pie de ellas.

Cocinando, enseña a cocinar. Andando, enseña a andar. Retratando, enseña a retratar. Enseña a asar papas, y a medir las ondas de la luz. Es la escuela libre de Chantanqua, que en verano abre sus alamedas, su templo de filosofía, sus cátedras ambulantes, su lago y su anfiteatro silvestre a cuantos, por los centavos que caben en un puño de mujer, quieren ir a vivir en aquellas casas pintorescas, y a estudiar, recordar y enseñar, o gimnasia, o comercio, o habilidades caseras, o pintura y música. Allí no hay más matrieula que la voluntad, ni más lista que el

afán de saber, ni más obligación que las de la buena crianza. Es la universidad del pueblo, abierta en el seno de la naturaleza. Mucho hombre, y mucha mujer, cuando quieren decir “madre”, dicen “Chantanqua”.

Chantanqua es un pueblo de campo, con sus diez mil vecinos en estos meses de calor, y el colegio está por todo el pueblo, porque los que no asisten a los cursos los leen en sus casas, y los mil transeúntes diarios van adonde sus aficiones, a ver los edificios, al vapor del lago, donde se pasea la clase de meteorología, a la avenida de Palestina, donde juntan y describen hojas los cien alumnos de botánica: la maestra va al retiro de profesoras, a aprender cómo se doma a los alumnos fieros, el aficionado va a la clase de declamación que tiene un maestro para los cómicos, y otro para los oradores políticos: todos, al caer la tarde, van al anfiteatro, clavado en el abra natural, donde habla del origen de las lenguas un filólogo que no cree en Müller, o explica un evolucionista a lo Mivart las especies como obra preconcebida del plan divino del universo, o un entomólogo demuestra con su persona que es cierto aquello de Emerson de que el que vive embotellando animales acaba por embotellarse él mismo: porque de lo que habla no se saca luz, ni dato propio sobre la formación de las especies nuevas, aunque lleva el entomólogo conocidos como sus ciento cincuenta mil insectos. Pero lo que cuenta de la astucia de ellos interesa, por la misma sequedad, como la historia más entretenida, y los oyentes paran el lápiz y las oyentes paran la calceta, porque el profesor “¿está hablando de insectos, o de mujeres y de hombres?”

“Gracias, señor”, —dice un hombrote, pelón y huesudo, de lo alto de la galería: “yo siempre he dicho en mi pueblo que los poetas ven la verdad antes que nadie, y esta conversación lo prueba, porque los hombres no somos más que gusanos crecidos, que es lo que dijo Emerson antes que Darwin, cuando dice que en su brega por ser hombre, el gusano sube, de figura en figura, hasta que es huesudo y pelón como yo, o se pasa la vida como usted, embotellando a otros gusanos.” Y aquí se pone en pie otro, y recita, entre el alboroto de los pájaros a la puerta, la poesía entera de Emerson. Luego el coro voluntario de la plataforma, rompe en un himno, que cantan descubiertos, los cinco mil oyentes. El anfiteatro, con sus bancos de cedro, puestos a lo redondo en la garganta de tierra dura, va fila a fila quedándose vacío. Y al que los ve salir escondido en el portal, ¡cómo se le nublan los ojos! Novios y novias son, de los honrados, que trabajan antes de poner casa juntos, y juntos apren-

den lo que no saben, para que no se les acabe el amor por la ignorancia o la miseria. Son los hijos de los campesinos, de espejuelos y espaldas redondas, que vienen a aprender de Horacio y Virgilio y de cuando los tenían por magos en Italia, antes de que salga la luna doble, la luna que se junta con el sol en la semana de la cosecha. Son hombrones de poca ropa, y ojos metidos dentro de la cabeza, que vienen con unas cuantas monedas de a medio peso, a estudiar mecánica, teneduría de libros, política, declamación, estilo, fotografía. Son criados de hotel, que van leyendo a Goethe, o con el tomo amarillo de Ibsen, o con la gramática hebrea. Es el gentío de mujeres de toda edad, madres de asueto, tías continuas, profesoras en descanso, elegantes de pueblo, coquetas naturales, feas de anteojos. Llevan cuadernos de notas, bolsas de bordar, novelas de verano, cajas de acuarela. Se oye un proverbio alemán, una palabra francesa, un verso de Honfero, una cita latina.

Un marido, de pleno contento, besa, en la mejilla, a la mujer, que lleva los ojos felices: “¡mujer, valemos más de lo que valíamos!” Los trajes son de percal o de la lana pobre. Las maños, curtidas.

Al lago van después de comer, porque con setenta y cinco centavos que pagan al venir al pueblo, ya pueden pasear en el lindo vapor por los recodos, ceñidos de verde, del Chantanqua sereno. O está abierto, para unos cuadros plásticos de la vida griega, el templo de la filosofía, por donde anda el pasante de arquitectura enseñando a unos discípulos canosos las columnas dóricas. O van, aprovechando la luna llena, a ver el colegio, de artes liberales, que es cosa mayor, con más cúpulas bizantinas de las que cuadran al techo flamenco, y un colgadizo de claustro sobre otro de kiosko. Pasa acaso, de la mano de su mujer, el hijo del obispo Vincent, que preside como jugando toda aquella labor, desde que su padre anda de obispado; y da gusto verle ir de acá para allá, con su esposa al pie, entrando en lo de este vecino, saludando al profesor que acaba de llegar, levantando una margarita del suelo, metiendo hondo, de un pujo del brazo, el palo de una cerca. La calle es como familia, y se cuchichea y cambia de grupos. Ni cantinas, ni billares. Los hombres, lo son: y las mujeres, lo son más. Unas hablan de chismes; otras de Tolstoi, negándolo una de ellas, que “no quiere, ni necesita intimidades con el varón grosero y despótico”; otra habla bajo con su compañero, habla de física; otra da en un corrillo una receta para hacer pasteles. Vocean los muchachos, a carrera tendida, el alcance al diario del pueblo: “Compre, compren la llegada de los profesores de filosofía

natural, compren la fiesta del templo de los niños, en el alcance del *Assembly Herald*”.

Y el periódico lo paga de su bolsa cada cual, como todo lo que consume para su uso y placer, aunque para gastar hay allí pocas tentaciones, porque la comunidad que posee y administra el pueblo no quiere “competencias saludables”, que crean rencillas entre los tenderos y bandos entre los compradores, ni admite más tiendas que las de lo preciso y una de cada especie. Dinero se ve que lo tiene la comunidad, porque el vapor anda, y los caminos no tienen hoja muerta, y las calles son como las de la ciudad, ni corren de balde el agua y el gas, ni es gratuita toda la música, ni cuestan poco los maestros de curso, y los famosos que vienen de lejos a conferenciar. Pero lo que puede el corazón, sólo lo sabe quien lo pone a la obra. Una corazonada, vale una millonada. Para el bien de todos está hecha Chantanqua, y la ayudan todos. El que tiene allí casa por el verano, paga el alquiler. El que toma clases, paga una pequeñez por cada una. Lo que falte, hasta cubrir los gastos todos, viene de los alumnos que no se ven,—de la universidad ubicua, que tiene cátedra en la cabecera del enfermo y en la mesa nocturna del trabajador,—de los “cincuenta mil” afiliados al círculo literario y científico de Chantanqua, al círculo doméstico. Se escribe a John Vincent, a Buffalo, en Nueva York a la casilla 194 del correo. Se toma puesto, como uno más, entre los matriculados del círculo. El círculo, desde Buffalo, dirige los estudios, que cada cual hace en su casa, y duran cuatro años: ciencias, historia, matemáticas, literatura. Los libros que el círculo indica, cada uno los compra donde quiere. Al fin del curso, el círculo manda su boleta de examen, con preguntas que el matriculado responde a que se las aprueben o no. Por la mano lleva al estudiante el círculo, que le aconseja lo que ha de leer, le manda opinión sobre los libros nuevos, le contesta sin demora sus consultas y dudas, le envía el repertorio de la universidad, el “Chantanqua”, donde lo que se publica al mes va en acuerdo con las lecturas generales que para el mes tiene el círculo recomendadas. Y la matrícula de la universidad del pueblo, de la universidad doméstica, cuesta al año 50 centavos.

Un interés hay detrás de esta obra buena, que quita a los cursos, con el poder incisivo y sutil del dogma, el mayor beneficio que vendría a los educandos de estudiar de la mano de aquellos que no tuvieran “hacha que afilar”, ni escalera que subir en el palacio del mundo, sino que enseñasen desinteresadamente, ni poniendo, ni quitando, cuanto se sabe de la sus-

tancia de él, sin caer en la necedad de la hormiga, que se declarase curadora del monte, que es lo que hacen los hombres empeñados en cuidar de Dios sobre la tierra. La Iglesia Metodista, que por otras partes cae, en Chantanqua florece, porque allí tomó fila con los humildes, y abrió sus flancos a los tiempos, que no quieren férula dominical ni puerta cerrada, ni están por guerras de topo, por credo más o credo menos, sino que piden a la naturaleza el secreto de ella; y hallan en la comunión inteligente y libre un placer más digno y penetrante, más humano y religioso que el que, porque la iglesia tenga un pico o tenga tres, echa a aborrecerse y destruirse a los hombres. Las Iglesias acá, para no perecer en el mundo, andan con él. Antes prosperaba la más intolerante, y ahora sólo la tolerante prospera. Cada una, a la sordina, echa sus vanguardias y procura ganar a los rivales el pueblo nuevo, la cátedra vacante, o el millonario moribundo; pero en su corazón saben que morirán si no se unen, y son como los abogados, que se disputan en el tribunal, y luego, en el comedor del hotel, se sientan a los mismos manteles, y salen de champaña juntos. Así que en Chantanqua no se pide a los que van que sean metodistas, como el obispo Vincent, sino que cada Iglesia tiene su templo, unidos todos en la creencia común de la revelación; y el domingo, que es en el pueblo día cerrado, sin más tienda que la divina, ni más teatro que los religiosos, con sus cantos y cónclaves, con oratorios públicos y domésticos, no predica en el anfiteatro repleto, de techo rústico y abierto al aire, un clérigo estricto, apegado a la letra de su parecer, sino un orador notorio, de espíritu desentumido y sagaz, que mueva al concurso por la simpatía de su palabra, y no lo ofenda, en estos tiempos en que alborea la religión natural, con lo que sea menos libre y bello que la naturaleza, y la deforme, rebaje o contradiga. Pero el día de Chantanqua, que de lo más apartado viene gente a ver, el día de la religión suprema, en que los hombres parecen hijos naturales de las montañas del contorno, es el del "reconocimiento" de los diplomas, cuando de todos los ámbitos de la república vienen los alumnos domésticos a poner sus manos en la de aquellos que, desde la santa laguna, les llevaron la luz del libro, en grados que no les lastimasen los ojos, a su silla de inválidos, a su mesa de aldea, a su púlpito de clérigo pobre, a su costurero de trabajadora, a su banco de herrador, a su choza de negro del Sur, a su celda de presidiario. Y el día del reconocimiento, en el anfiteatro abierto al aire, todos, llorando, reciben sus diplomas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de octubre de 1890

41

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Cartas de verano.—En las montañas

Nueva York, Agosto 29 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

Van los alegres a las playas, buscando aventuras; pero el mar no acomoda con sus palacios bullangueros a la gente tranquila, ni es el aire de la costa como el de la montaña para criar hijos ágiles y resueltos, para leer a la luz blanda los libros sobre la naturaleza, para calafatear los pulmones agujereados, para calmar, con la salud del mundo, el espíritu doliente. Allá donde no pueden subir las alas de los pájaros, crecen las del hombre. El espíritu sube con el aire que sube. A las montañas de Shawangunk va la nobleza religiosa; a las de Adirondack, esos otros nobles, los moribundos; a las de Catskill, los que tienen sed de lo natural, y quieren agua de cascada y techo de hojas, a las de Yosemite, los que han oído hablar de sus nubes carmesíes, de sus cañones de verde esmeralda, de sus rocas, erguidas como guerreros, ya mano al cinto ya pie adelante para arremeter, ya pie atrás para morir, en la falda de la montaña maternal, como murió Yosemite, el de manto de plumas amarillas, como murió, con su corona de plumas de águila, el cacique Teuaya. Y “de lo alto del cielo” caen las cascadas, como polvo o encaje, en el valle de flores. Los montes de Shawangunk tienen ahora más fama que antes, porque desde que el pecado entró en Asbury Park, que era el asilo divino, desde que un clérigo trajo, escondido en la barba, un frasco de *whisky*, desde que un domingo le timaron todo su caudal a un reverendo, desde que un patrón de la iglesia anduvo por tales rincones que cuando lo sacaron a la vergüenza, no supo qué decir, y dijo que lo habían hipnotizado,—lo más puro y lo más ceremonioso de la cristiandad se va al lago de Mohonk, donde no se juega la baraja ni siquiera en familia, ni se sale a la calle en domingo, ni se enciende luz después de las diez de la noche, ni se baila, ni se bebe. Y dicen que no es por eso el lugar menos apetecido, porque los hoteles de Shawan-

gunk están entre el bosque, con grandes techos rojos. Y pululan las parejas por los trillos del monte, recogiendo hojas del castaño español, para comerles la carne a golpe de cepillo, sin dejarles más verde que lo cubierto al medio por las iniciales recortadas en papel, que son siempre dos, y siempre juntas. Y el lago, por las mañanas, es como los de Cachemira, cargado de botes, que se topan riendo, y se visitan, y se meten por lo sombrío de la orilla, y se cambian rosas; y aun se oyen chasquidos de debajo de las grutas, que dicen que son las piñas del pinar, nada más que las piñas que revientan con el calor del sol. Por la noche en la asamblea de los colgadizos, de verdad es como una pajarera: los colibríes hablan del juego de volante; las tórtolas, con su arrullo de madre, hablan de los vicios de los cristianos, que es lástima que sean tantos en el pueblo vecino, en la casa vecina, en el otro extremo del colgadizo: el gavián habla de la revisión del credo, de que a las nueve se ha de apagar la luz, porque a las diez es mucha licencia, de que lo del converso Sam Jones es lo justo, "que a la gente hay que traerla a la iglesia, aunque para hacerla ir se tenga que anunciar una pelea de perros, y uno de los perros sea el clérigo mismo": los ruisiñores, con su ceñidor de seda colorada, se pavonean entre las rosas.

A los Adirondacks, que el pujante San Lorenzo lame respetuoso, va el ético desvanecido que cree en el milagro, desde que fue allí como una hoja de yerba el escocés Stevenson, que es de los pocos que escriben en este mundo de hoy, y salió con alientos para componer la invectiva admirable e injusta contra los reverendos panzudos de Honolulu, para quienes el leproso Damien era hombre de más púas que méritos y desaseo que abnegación, terco y maligno como un rucio, y algo así como un sargento de sotana. A los pinares, buenos para la voz, se van los generales cansados de mandar, los oradores de sobremesa, a que les vuelva a la garganta la melodía, los clérigos, los cómicos, los abogados. Se meten por donde anda el oso. Comen pan de centeno. Beben, en el cazo de madera, la leche espumante.

Catskill es una gloria, bien se vaya adonde el bullicio, allá en los hoteles que dan, colosales balcones, sobre el valle del Hudson, bien busque casa juiciosa el veraneador en los pueblos amenos de las cuchillas, o en los caseríos que blanquean la floresta tupida de las cañadas. De bordón y morral se puede ir, orillando los arroyos de truchas, por aquellos poblados limpios y humildes, de donde en frondosas laderas, rotas allá y

acá hasta la tierra viva por un zarpazo del vendaval, se levantan los montes, aspados o redondos, con su plumero de nubes. Jadeando cuesta arriba, y como si se secase el sudor, viene, con el tren a la zaga, la locomotora, que se para un instante a beber en el lago, y luego con el empuje de su peso, rueda veloz sobre el valle vecino. Atrás, como tierra conquistada, durmiendo en la sombra, quedan los montes menores tendidos sobre el brazo o arrebujados en su arboleda, o sentados en cuclillas, junto al pueblo encendido. Se pone la tempestad; azota al carricoche el viento, lo apedrea la lluvia. Y cuando el viajero, en el cielo claro, pone el pie en la casita blanca del pinar, las señoras, en sus trajes de seda, le traen, orlado de hojas de álamo, un cesto de frutas.

En la cresta del monte, sujeto a tierra con cables de alambre para que no lo eche roca abajo el viento, se empina el Kaaterskill, que más que hotel es ciudad, donde acude, con trenes y caballos, lo pomposo de la gente judía. De dosel tiene el cielo, y de panorama el valle sublime, ya fino y coloreado, allá en la estupenda hondura, con los cuadros de bosque espeso y las listas del maíz, corriendo al río brumoso por entre amarillos y púrpuras, ya en súbita cerrazón, revuelto y negro, como un mar de nubes. Los vientos, ligeros, arrollan la niebla, la empujan de un lado, la echan, despedazada, sobre la falda del monte, la dejan, colgando, de las ramas de los pinos; y brilla por entre las grietas de la nubazón el valle azul y rosa.

Allí, a ver el Hudson, que baja, gigante, por su cauce de leguas, barbudo y braceador, vienen de sol a sol, en carruajes y a pie, los veraneadores de los hoteles y pueblos de la montaña. De Tannersville viene allí la muchedumbre hebrea, que ama la ostentación y el ruido, y no conoce la dicha de vivir ignorada, sino que sale de paseo con cuerno y charanga, y va como codeando al aire, y echándolo del camino.

De la casa de la cascada vienen allí, la casa de los laureles, con la herradura de granito al pie, por donde, hinchada con la tormenta del amanecer, baja, plateando el follaje, prendido a los muros, el agua fragorosa del Kaaterskill, que en polvo y espuma se pierde en pedregales del barranco, entre árboles y puentes rústicos: y en el aire, como alfanjes, los arcos del iris. De Edgewood, el retiro amable, vienen de gorra y polaina los poetas de Onteora, el pueblo privado, donde no se entra sin licencia, y vive mucho músico y escritor, en casa de troncos, metida en los pinos: de Twilight Park, que es un sueño de hermoso, con su pórtico de ramas de abedul, sobre la boca de las cataratas mismas; su rebaño de casas rojas, agrupadas, aquí y allá, alrededor de la casa del

club; sus sendas de piedra natural, que culebrean por la ladera, sobre arroyos y céspedes, de una casa a otra.

Familia de casas parece el parque, que es todo de amigos, donde las visitas entran y salen, a gozar en libertad de la hermosura del bosque, pero no vive sino quien tiene casa suya, o va con quien la tiene. Tres años hace, era selva firme la falda del pico, hasta que la compró, a diez pesos el acre, un periodista que abogaba contra la propiedad de la tierra. Con lo que le puso un hermano, y lo que le dieron de hipoteca, pagó la compra, y empezó el clareo. El pórtico, con sus manos lo hizo, y las de un montañés, con los abetos que iban derribando. A hachazos en la espesura iban marcando el camino.

Lo primero fue levantar la casa del club, y su colgadizo. Los que comprasen tierra alrededor, y alzaran casa, harían fuego en su estufa, o vendrían a comer, por siete pesos semanales, a la mesa del club. Diez vinieron de primera visita, generales, banqueros, reverendos, médicos, litógrafos, y los diez compraron. Con lo que pagaban de renta en cualquier pueblo veraniego, pagarían allí mes a mes la casita nueva, entre flamenca y japonesa, a la compañía edificadora.

El cuarto de acre, se gana en un buen día. Allí tendrán los hijos donde correr, donde respirar, donde meterse de bravos por el bosque nuevo, donde perderse, a pasar hambre y sed, donde abrir, a mano viva, caminos en la selva, donde amar, como hermanos, a los árboles, donde dormir al aire libre, en la corona del monte. Poseer ¿no es crecer? Y la mujer vendrá allí, sin celos ni rasos, a vivir en la verdad mientras hay verde en el mundo, a esperar todos los sábados, con el coro de hijos, al marido trabajador, a recoger, como el diamante, para cuando venga el invierno, los rayos de luz. En quince días, lista la casa.

Con lo mucho que se fue vendiendo, se apresó y encañó el agua, se tajaron alamedas en la selva virgen, se levantaron, de cara al valle, las casitas de troncos.

Y a los tres años, cincuenta casas se juntan alegres, a la hora de comer, en los corredores del club; corren las criaturas voceando e inventando: uno cabalga en el mulo, y se descuelga por las orejas; otro encamina un arroyuelo, y con el agua hace andar una rueda; otro va a la clase de botánica, cargado de helechos y de campanillas. O es la hora del dibujo, y las que toman lecciones del pintor, salen al puente, o al molino viejo, a copiar de la naturaleza con lápiz o con aguadas. O hay jira para subir al monte, y va el pueblo entero, con el *lunch* en las cestas, fiando el agua a lo que den los manantiales. O la tarde es de

oro, y se va, con la yerba a la rodilla, cogiendo moras maduras, a ver morir la luz, desde la roca de la puesta. O en camas de hojas secas, al calor de un fuego de leños, se duerme en la cumbre, después de la cena campestre, para ver, sobre los picos y lagos de la altura, la primera llamarada de la aurora.

Y si llueve, ¡qué gusto, y qué algazara en el club, cuando todos van viniendo, los hombres como hoja nueva, las madres encapuchadas en el impermeable, las criaturas aleteando y riendo, el matrimonio de los abuelitos de brazo bajo el paraguas, ayudándose uno al otro como por toda la vida! El hermano, porque su hermana no tiene firme el pie, la trae en brazos. El general viene de botas, con el calzón metido por los bordes, y la lluvia cayéndole del casquete. La madre de la cachucha, entra, echando el agua atrás con la visera, con sus dos cachuchitas de la mano. Los del boliche llegan corriendo; los del volante traen al brazo la chaqueta de colores; el médico, de chaleco negro y botín de charol, echa cuentos de un corrillo a otro; un cónsul habla de indios; al reverendo le corre el agua por la calva; el tirolés, que trae el arpa para el baile, endereza la pluma verde del sombrero; el cómico petimetre, que vino a declamar en la fiesta del sábado, se sacude el levitón de paño perla; una nuera de ojos negros, trae arropada a su suegra paralítica; el pintor, de barba marcial, viene fumando en su pipa, sin abrigo ni paraguas. Y cuando acaba la risueña comida, sobre las barandas rústicas brilla, limpio, el sol.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires. 2 de noviembre de 1890

42

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Rivalidad de Blaine.—La Cámara de Representantes contra la Secretaría de Estado.—Triunfo de Reed.—Tratados de reciprocidad

Nueva York, Septiembre 9 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

Murió Fremont, el general de aventuras, que con su cohorte de abogados malos y leñadores voraces, echó a los mexicanos de California, y de “la vida pastoral” que un yanqui proclama “tan bella como su clima”; y de bota y revólver se echó del caballo negro, a plantar en la tierra ajena el estandarte conquistador. Murió O’Reilly, el poeta irlandés, fiel a Erín, hombre de puños, católico áspero, tallador del verso: y en las ciudades todas de los Estados Unidos le coronan el nombre, y le tributan honras.

Salvador, el gran caballo, corrió la milla en un minuto y treinta y cinco segundos y medio, la milla de Monmouth, que es la pista donde va ahora el gentío,—los generales sin sueldo, los semihombres de monóculo, los jugadores de oficio, los rateros del alto mundo, las mujeres pintadas: y uno que otro curioso. Los presos de Massachusetts se rebelaron contra el antropómetro, porque no quieren que los midan tan de cerca que no tengan escape, como mide el sistema de Bertillón, con el que no hay criminal que pueda cambiarse el nombre, ni cambiar las medidas.

Iowa, el Estado amigo de echar lo que le sobra sobre las tierras de América, abre su Palacio de Carbón, que es de carbón de veras, con los cantos juntos por cemento rojo, y en el suelo una mina, a que sirve de techo, alta de ciento cincuenta pies, la torre del palacio.

Los bávaros han estado de gran fiesta, para que se vea que no olvidan a Baviera, ni a su romántico rey Luis, que por rey murió y vive por poeta, e iba en uno de los cuadros, sentado tristemente, a la sombra de una roca azul, en un bote de oro.

El día del Trabajo, que es el primer lunes de septiembre, las dos procesiones rivales de trabajadores, los “Caballeros” y los de la Federación,

pascaron por las calles ricas, con sus mariscales a la cabeza, el zapatero en un potro alazán, el carnicero en un bayo, el sastre, de banda verde, en una yegua mora: y al encontrarse las dos procesiones rivales, se saludaron.

Aquella Oklahoma, que se abrió a los colonos con tal pompa y promesa, está en tal angustia que las familias, en esqueleto, huyen de día y de noche, y el Presidente pide para ellas al Congreso una limosna. Doscientas treinta mil solicitudes nuevas se han presentado de junio acá en el departamento de pensiones.

¿Pero se ocuparán los políticos de eso,—o de los clérigos que quieren entrar de lleno en la política en que andan por los rincones,—o de los partidos nuevos que, como síntoma del descontento álgido, surgen de los “reformadores” de San Luis, de los “patronos de la industria” de Michigan, “de la comunidad” de Nueva York,—o del grito de “¡muera los yanquis!” con que los guatemaltecos han rodeado, por su intervención funesta en los asuntos públicos, la casa del ministro Mizner,—o del telegrama de ayer, donde se dice que “el ministro Mizner ha estado animando a Guatemala a que rompa guerra contra México, porque la ayudarán los Estados Unidos”,—o del voto del Senado contra la lana libre, como lo quería el demócrata Carlisle, contra la opinión del Presidente Harrison, que a tiempo hizo saber que él estaba por los derechos de la lana, contra la opinión del senador Mitchell, que en su proyecto de reciprocidad pidió que todo entrase libre de los pueblos de América en el Norte, todo, menos las lanas y los cueros?

Que Henry George vuelva entre palmas de su paseo por Australia, y a la cabeza de los seiscientos diputados de su Congreso declare que todas las contribuciones han de cesar, menos una sola, con la que se pagarán todos los gastos, y es el alquiler de la tierra;—que los “Caballeros del Trabajo”, vencidos en la huelga contra el ferrocarril de los Vanderbilt, que por “Caballeros” les quitó los oficios, revelen que para dentro de un año tenían imaginada una huelga en todos los ferrocarriles del país; y “han de acabar por sacar la Presidencia de manos de los alquileres de los ricos”,—que la correspondencia entre las cancillerías en el asunto del mar de Behring, llegase a tal dificultad que el *Herald* llamó a Blaine, por apurarla fuera de razón, “nuestro Jorge Tercero americano, pronto a echarnos a una guerra de perder ¡el viejo fósil! para que el siglo que viene lo ponga de patriota, por esto de la guerra, junto a Washington y Lincoln, ya que se le ha vuelto agua en el aire su proyecto de la santa alianza americana”;—que el senador Sherman, sentado a la

derecha de los magnates del país, le saque el viento de una embestida al proyecto de reciprocidad, donde Hale puso en forma el programa de Blaine, y haga velas hacia la Presidencia con su plan de reciprocidad “de veras” con el Canadá,—son cosas que a los políticos importan menos que la batalla por la primacía en el partido entre Reed, el presidente de la Casa, y Blaine. Y hoy, cuando el Estado de Blaine, en las elecciones en que Blaine no quiso votar, le da a su rival Reed una mayoría más numerosa que la de candidato a guño en el Estado; cuando, unos días después del discurso en que Blaine expuso a la larga su plan de reciprocidad, le da el Estado la mayoría al que en ninguno de sus discursos ha hablado del plan, sino que conmemoró los propósitos todos del partido republicano, y no habló del plan, como si no fuese uno de ellos; cuando los amigos del “zar”, del “Buda desvergonzado”, como llaman a Reed ciertos blainistas, hablan, como si los tuviesen ya en el puño, del “Intrigante”, del “Mote discordia”; de “Jaime el falsificador”—como por el título de una comedia célebre llaman los de Reed a Blaine,—no hay diario que no publique la vida de Reed, le dé más estatura, describa de nuevo su traje famoso, recuerde en conjunto sus hazañas de la presidencia, proclame que ya son dos “los hombres de Maine”,—y que “este nuevo trae más avena que el otro”. “¡Como todas las tuyas ha ganado Reed esta victoria!”—dice un diario entusiasta: “Blaine lo abandonó, lo que no es mucho decir, porque Reed y él no se saludan sino por ceremonia, y Blaine abandona en cuanto le andan en las pisadas, a los mismos que lo han traído donde está: pero Reed, que no anda tuteando a la gente, que no les da terrones de azúcar por la calle a los muchachos, que no les pasa a los hombres la mano por la cabeza, que tenía enfrente todo el poder de Blaine en la región de sus triunfos,—¡sale electo, en estas elecciones locales, con una mayoría que es endose elocuente de esa dictadura del partido que le echan en cara! Reed se esconde como buen vencedor, aunque no antes de dejar caer un haz de flechas al paso de un noticiero, que transcribe sus palabras con reverencia, y cuenta que “¡el grande hombre iba vestido con su traje histórico de lana gris, camisa de franela y ceñidor de seda azul!” Blaine, silencioso, recibe en su retiro de Bar Harbor, el parte en que le afirman que el Senado, conforme a su deseo, ha impuesto al azúcar el derecho de uno a tres centavos libra, “para que haya base con que obligar a España a tomarnos nuestros productos y a todos esos países”,—el parte en que le dicen de Nueva York que la bolsa de granos, en sesión di-

rectiva, aprueba y recomienda su proyecto de reciprocidad,—el parte de Iowa, cuya legislatura está por esos tratados que nos “han de asegurar toda la América”.

Volúmenes crecidos tendría de los recortes quien hubiese conservado cuanto de tres meses acá va escrito sobre “las fatigas de estos hombres” para cerrarles el camino a sus émulos,—sobre el “desesperado esfuerzo de Blaine para ponerse, con un programa tentador, a la cabeza de su partido”,—sobre la determinación de Harrison, de Reed, de Sherman, de McKinley de “decir claro al país las razones personales de toda esa política de continente, que ha de dejarse, ¡toda esa política!, donde Harrison dejó aquel primer acto de ella, el Congreso de las repúblicas, cuando hizo lo que el Secretario Windom le aconsejaba: “¡deje Ud. que Blaine baraje como pueda a sus panamericanos!” Volúmenes tendría el que adelantándose a los tiempos, hubiese conservado cuanto va escrito sobre “la cautela con que Blaine viene preparando, de años atrás, esta resurrección de la profecía de Seward”,—sobre el drama, palpitante y triste, de la disputa del poder entre los prohombres republicanos. Y cuanto se previó sobre la razón privada y fin oculto de los panamericanismos, se confirma.

Apenas, por lo rápidos, pueden contarse los sucesos, las encrucijadas, las entrevistas de exploración, los manifiestos, las denuncias, las mordidas, los mandobles. Por el proyecto de McKinley, cuando la oposición al azúcar libre, se reveló al público lo que llama un diario el juego cubierto de Blaine. “¡Ahora les vemos el objeto a todos aquellos patriotismos continentales! El objeto es desacreditar, valiéndose de las preocupaciones del vulgo, cualquier remedio al malestar económico que no fuese esta panacea recíproca, que requiere a Blaine por árbitro.”

“¡Pues no faltaba más sino que creyésemos lo que el Secretario de Estado nos dice, que no podemos vivir, en este pueblo de cuarenta y dos naciones, sino por la gracia y merced de los caballeros biliosos que nos mandan las pieles de chivo y la pimienta cayena.” Se recuerda aquella primera escaramuza: la carta de Frye a Blaine, preguntándole lo que se podría hacer con “esos países, si se le pone derecho al azúcar”, la respuesta de Blaine a Frye, y a otra carta, donde dice que en el arancel de McKinley “no hay una sección, no hay una línea, que abra un mercado más a un *bushel* de trigo o a un barril de puerco”;—se recuerda la escena del sombrero, en la junta de medios y arbitrios donde Blaine habló

de la reciprocidad como modo único de asegurar “ahora que es tiempo” la supremacía de los Estados Unidos en América:—la viveza con que la prensa blainista a una, habló de “la nueva doctrina”, de la “grandiosa idea”, del “guía único e indiscutible”, de “la luz para todos”.—Y comenzó sin misericordia la lucha en que Reed ha ganado esta primera batalla.

Blaine y los suyos querían sacar todo el interés de la campaña deslumbrante que a puño valeroso guiaba su rival y enemigo Reed en el Congreso: “si está madura o no la reciprocidad, no se puede decir”, pero “esa gente joven no nos deja tiempo que perder”.

Reed llevaba sin reglas la Casa de Representantes: arrollaba a los demócratas; pasaba por entre ellos un reglamento que deja atada a la minoría; desatendía las protestas democráticas; daba por visto—cuando estaba a medio ver—un caso de asiento dudoso; a los suyos lo perdonaba todo, y nada a los contrarios; sacaba en triunfo, contra disidentes poderosos, el arancel de McKinley; a látigo vivo acorralaba a los republicanos, a votar la ley de intervención en las elecciones del Sur, para ganarse el voto negro; para darse más votos, admitía de prisa dos Estados nacientes, republicanos los dos; en favor del soldado arreglaba la ley de pensiones; en favor de los mineros, la ley de la plata; en favor del puerco del Oeste, la ley contra el aceite del Sur. ¡A ése, decía, todo el partido! ¡Ese no da puñetazos en el aire, sino entre ceja y ceja! Los demócratas querían impedir el voto de todas esas leyes, y él los barre de un codazo, y nos saca las leyes. Los demócratas nos iban a ganar las próximas elecciones, y él contenta a los ricos del partido que nos dan los fondos, a los soldados que nos dan los votos, al Oeste que anda rebelde: ¡él nos da dos Estados, y el voto del Sur! ¡Este hace! ¡Este es el caudillo!

Y los de Blaine, desdeñosos primero y luego inquietos, veían aquella arremetida con asombro. ¿Se viene encima ese que ayer no más, con artes vergonzosas, subió de orador atrevido e incompleto, de guerrillero de la Casa, a la presidencia de la Casa de Representantes?: ¿qué ha hecho ése más que lo que otros cien pudieran, abogado agresivo, legislador casero, representante que pasó callado el primer año, polemista que sabe hablar de pie, parlamentario que les buscaba a los demócratas las junturas, politicote sin guante y sin chaleco? ¿Y ése se nos pone de guía, ese que no halaga a la gente con saludos, ni habla con miel, ni conoce a los “Tomasetes” y a los “Juanazos”, ni ha viajado por Europa, ni tiene “magnetismo personal”, ese que hizo lo de la anécdota del pelo,

cuando el abogado vencedor le pasó al taquígrafo la mano melosa por el pelo revuelto, y él, bufando, se levantó de la silla, se fue derecho al taquígrafo, volvió a ponerle el pelo del revés? ¿No es a Harrison, cscaso y testarudo, a quien tenemos que ir llevando, sin más trabajo que el de dejarle creer que es él quien lleva, o ponerlo, por su afán de pasar por pacificador, donde no pueda salir? ¿No es a Sherman astuto, que tiene en la mano el juego del Canadá, y cada año gana entre los ricos más amigos, y pasa por católico, como nuestro Blaine pasa, que es cosa excelente para llevarse el voto de la religión?

¿No es a McKinley, que está medio muerto, porque tiene encima al Sur, y a los pobres que empiezan a ver, y a los mismos campesinos republicanos? ¿Es a ese gigantón, de la cara aniñada, que cuando sus elecciones en Portland están cerca, procura, contra la ley, que se dé qué hacer, en un arsenal del puerto, so pretexto de remiendos, a cinco mil trabajadores, que a la hora del voto serán cinco mil agradecidos? ¡A ése es a quien hay que echar abajo, poniéndole delante, para que ni él pase, ni los que se ligan con él, “esta idea grandiosa” de los tratados de reciprocidad, “la idea política de más trascendencia en muchos años”! ¡A quien hay que derrotar es a ése, porque lo que con la preocupación y el soborno ganamos de poder, y perdimos de opinión seria en las elecciones pasadas, él lo recobra en la opinión, por la autoridad misteriosa del éxito!

¡A ése hay que sacar de donde estorba, porque, con su mayoría del Congreso, tiene a Harrison aturcido, y se lo lleva a lo que quiere, en cuanto le pone el argumento de que con eso se desjarreta a Blaine; —porque nos va a argüir con el tratado de reciprocidad de Hawaii, que no nos compra más porque hayamos tratado con él, sino que nos quiere menos desde que nos conoce de cerca, y ya quiere echar a los yanquis de las islas;—porque no pretende, en venganza de lo del “barrill de puerco”, cosa menor que forzar a la comisión de medios y arbitrios, a que informe contra la idea de reciprocidad, y a la Casa republicana a que vote con el informe, frente a frente del secretario del partido.

Pero a esto acudió Harrison, que le ve a Blaine el poder, y no osa gobernar sin el apoyo de su bando, ni desacreditarle la idea continental, que él quisiera para sí, porque la llevan de espuela los republicanos, y crece y es de temer, aunque no puede tanto en la mente común como en los políticos que la zarandean y explotan. Un día estaba Harrison con Reed más que con Blaine, y con Blaine más al día siguiente. Se fue a Cabo Mayo, a la casa regalada, con todos los proyectos de reciprocidad, el

de Mitchell, el de Pierce, el de Hale, el de Aldrich, que es el que acabarán por aprobar. Blaine fue a verlo, y por sus bocas se dijo que Harrison estaba de su lado de una vez, que el Presidente se declaraba contra el azúcar libre de McKinley, contra la ley de vigilancia electoral de Reed, contra cuantos saliesen al paso de los tratados de reciprocidad, que era “el programa de la administración”. Y la administración de Harrison, que por su arte de poner paces se cree con derecho a ser reelecto por su partido, ¿irá de segundo en un programa cuyo crédito caerá todo sobre Blaine, rival de Harrison en la candidatura? Las bocas de Harrison desmienten lo que las de su Secretario dijeron.

Ni se declarará Harrison por los tratados, sino en lo que quepan, cediendo de aquí y empujando de allá, en el arancel de McKinley, ni permitirá, en cuanto lo pueda evitar, que Reed le levante a Blaine la Casa en contra, y denuncia la “idea continental”, que es “de todos, de todos”, y “será mejor cuanto esté ya más madura; será mejor, luego”.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 20 de octubre de 1890

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Viaje del conde de París.—El general Sickles.—La República Francesa y la Secretaria de Estado americana.—Excursión oratoria.—Resultados políticos de un arancel.—Las elecciones de noviembre

Nueva York, 11 de octubre de 1890

Señor Director de *La Nación*:

Con el otoño le vienen a la floresta los colores damasquinos, y no hay hermosura más fantástica y rara que la del Parque al entrar en la noche, porque la masa negruzca del follaje, con los amarillos y oro de octubre, es como el hierro de Eibar, con el fondo como la pez, y el oro, o fogoso, o tierno, en flores y manchones. Con el otoño se han vuelto a abrir no sin lucha con sus adversarios antes del triunfo, las escuelas de noche, donde el educando que salió de las de día para ganarse el pan o el que no ha tenido tiempo ni lugar de educarse de día, va, después del trabajo a aprender lo más fino y complicado del entendimiento a las primeras letras, que estudian los hombres barbados con la emoción del creyente ante el altar, o cosas como las lenguas y el dibujo, que le puedan ayudar a echarse por el mundo en las aventuras del comercio, y a entrar en alguna de las artes creadoras. Con el otoño vienen los condes italianos y franceses, que toman alojamiento donde se les vea bien, aunque es la verdad que acá va a ser pronto necesario callar el título, en vez de hacer de él ostensión, porque decir conde es como decir vagabundo y hombre a medias, y a las mismas damas les está dando por mostrarse ofendidas cuando un caballero de corona en la cigarrera viene a ponerles, por el tanto de mesada conyugal, los pergaminos a los pies. Esto se ve ahora con el conde de Paris, a quien en mal hora saludó en nombre del Presidente Harrison el colector de la aduana de Nueva York a su llegada de Francia, porque el ministro francés no perdió tiempo en ponerle a la Secretaría de Estado la reclamación. ¿Qué es esto de recibir a un perturbador del orden en un país amigo con saludos reales? Si es porque el conde anduvo de ayudante de McClellan, ¿manda el Presidente al colector de aduanas a saludar a los demás ayudantes de McClellan? Por ejemplo a la humanidad no ha de ser, a menos que sea buen ejemplo el de acon-

sejarle a un soldado barbón que se levante en nombre de la república para entregar después a un monarca indigno y bufo que confiesa haber empleado voluntariamente la traición como modo de llegar al trono: ¿y por qué saluda entonces al enemigo declarado de la república de Francia?—“de todo lo cual se ha puesto en salvo con tacto elegante la Secretaría”:—y esa pícaro prensa que lo exagera todo! el Presidente nada hizo, sino lo que con los extranjeros de distinción se suele hacer, sobre todo si el extranjero se ha puesto en peligro de morir bajo la enseña de la república, por más que lo probable sea que lo que el conde buscaba no era morir de veras, sino adquirir renombre militar, y cierto aire de republicano, que son enseres de primera necesidad en el equipo de un pretendiente a la corona de Francia; no, el Presidente no lo mandó saludar, sino que fue el colector quien le saludó, con un tantito de vehemencia,—quien le ofreció “las cortesías de la aduana”.

De militar en militar van el conde y su hijo, y de club en club, siendo curioso que el anfitrión es casi siempre persona, como Sickles, de bigote teñido: y Sickles es de lo mejor, perito en la guerra, caballero que mató de un balazo al amante de su mujer, asiduo concurrente a las comedias finas, orador de empuje y sinceridad en las fiestas de los italianos, general pintoresco que galantea y que bufa. Los españoles lo recuerdan mucho, porque paseó con brillo la muleta por Madrid, cuando hablaban Manuel de la Revilla y Gabriel Rodríguez contra la esclavitud en los teatros donde se baila ahora, a cadera pura, lo más hondo y menudo del jaleo; y en vez de los períodos centelleantes suenan, envilecedoras, las castañuelas y las palmas. Aún recuerdan en Madrid el día famoso, cuando los oradores de la Alhambra convidaron a hablar en la reunión abolicionista a Sickles, que estaba entonces en la Corte de ministro, y vestía de centro negro, con los ojos de Otelo en la cara marcial, y la pierna colgando.

Se puso en pie, entre aplausos atronadores, y emitió este expresivo discurso: “Tuve dos piernas en un tiempo, y perdí una corriéndoles detrás a los mantenedores de la esclavitud en mi país; hoy no me queda más que mi muleta, y la pongo a la disposición de la Sociedad Abolicionista Española.”

Este es el guía y amigo del conde y de su hijo, y el que al día siguiente de la llegada los llevó, con gran pompa, a ver *La Fille de Mme. Angot*, que dan en el teatro moruno del Casino, todo de oro y de yeso, con un Larivaudiére italiano y un Pomponet inglés, y una Lange que es francesa de Francia, con la máscara trágica de la Hading, donde no

hay, como en el ciervo, músculo que no esté criado para su oficio, sin carne que sobre ni líneas amuñecadas, lo que da beldad suprema al rostro. Ver a la Hading entrar a la escena en Gringoire, es como ir por el bosque, y ver de repente, de lo sombrío a la claridad, saltar al ciervo, atento y enarcado.

Y así, o poco menos, es la francesa que cantaba con decoro la pelea del mercado, mientras el duque de Orleans, caballero lampiño y de barba resbaladiza, y de un rubio a la sueca, enseñaba la hora a una amiga del palco, en el brazalet de cuero en que lleva el reloj el pretendiente a la corona de Francia, un brazalet de cuero color de rosa muy apretado a la muñeca. Lo que no obsta para que por el Sur, donde se venera lo francés, anden el duque y su padre de gira en gira, en tren especial y en banquetes de honor, viendo, con el general Sickles al pie, los campos de batalla de los confederados, donde con Sickles estuvo de ayudante, el conde de París, y vio las peleas que luego ha contado, no sin fidelidad y mérito, en su “Historia de la guerra civil en América”; porque en ser príncipe no hay pecado, y se puede ser príncipe y hombre útil, que es lo que alega en defensa propia el general Keyss, cuando los veteranos le censuran porque le habló al príncipe de sombrero quitado, y le llamó “monseigneur”.

¿Y qué menos se le había de llamar, dice el general, a un hombre delante de quien se quería arrodillar, con su ramillete de lirios reales en la mano, toda una vizcondesa de Francia, la vizcondesa de Montarcole, que vino al buque en traje de Corte, de terciopelo granate, y se le echó al conde a los pies, y le habló en el discurso de “Montjoie y Saint-Denis”, y le quiso besar la mano? Mejor es saludar como príncipe al que lo es, que salir al encuentro del Presidente de la República con el sombrero puesto, como ese *mayor* del Noroeste, que a tener tú el inglés, le habla de tú en el discurso de ceremonia.

Por el Noroeste ha andado el Presidente ahora, visitando los lugares donde pasó la niñez y la mocedad; y dicen que no fue a nada, porque en sus arengas no habló de la tarifa de McKinley ni de la reciprocidad de Blaine, sino del gusto que le daba volver a ver la escuela donde aprendió lectura, o la escribanía donde estuvo de pasante. Pero los que le conocen los métodos dicen que por lo callado va este Presidente a lo seguro, como llegó por lo callado a la Presidencia, y que a lo que ha ido es a pacificar los bandos hostiles del partido republicano, y ganarles la vanguardia, poniéndose de árbitro componedor, a los candidatos agresivos que, con banderas diferentes y séquito ineficaz, se disputan

—Reed con el programa de política doméstica y Blaine con el de políticas continentales, Gresham con el de protección moderada y Alger con el de predominio de la clase militar, Depew con el de las clases altas y Sherman con el de accesoión del Canadá,—el favor de la convención republicana que ha de escoger de entre estos pretendientes al que más votos y fondos demuestre traer consigo, o a un inesperado de los que se presentan de súbito, con la fuerza de su insignificancia relativa, en los momentos de duda,—o a Harrison. A esto es a lo que dicen que ha ido el Presidente,—a ponerle al partido los puntales donde se va cayendo,—a predicar en sus conversaciones que lo que importa es salvar el partido, conciliando la diferencia de sus intereses y sus jefes, a excusarse de no poder hacer echar los hierros del partido sobre sus rivales, y presentarse de conciliador. “El conciliador es lo que se necesita”; y él lo es. La persona entera, con su sagacidad, está en esta frase de su último discurso, el único en que, al rematar el viaje, puso algo de política: “Atiéndase a que el Presidente puede vetar una ley, pero no puede presentarla.” Y su buena fe, su fe y su política práctica, están, enteras, en esta otra: “Pensamos en el término medio.” En otra frase, al pregonar la dicha hipotética del obrero norteamericano “sobre la miseria servil” del europeo, se ve el interés que fomenta al partido republicano, la clase que lo sostiene. “En Europa no hay esperanzas de acumulación”:—de capitalizar, de atrincherarse en la fortuna, y de imperar con los recursos sutiles y eficaces de ella.

Por eso dijo Bayard, hace pocos días, en un discurso muy celebrado en el Sur: “En los ricos está nuestra plaga, en los ricos que lo son contra la naturaleza y la justicia. Lo que dicen es la verdad: debemos temer por nuestra república, en lo político y en lo moral: debemos temer, y decir la verdad, aunque los ignorantes y los fanáticos nos tengan en más de lo que valemos y no quieran ver lo que nos devora: debemos temer por el porvenir de nuestra nación, porque nuestra nación es una plutocracia.”

Con miras a la Presidencia, podrá haber sido el viaje de Harrison por aquellos Estados republicanos revueltos, donde andan tan crespos los ánimos, que una asociación de veteranos, enojada tal vez porque el Presidente no le dio todas las canonjías del servicio civil, tomó pie del descontento con que los republicanos pobres comienzan a ver lo que llaman “el gobierno de los republicanos ricos”, y prohibió a sus miem-

bro, y a los hijos de sus miembros, que le fueran detrás al Presidente en la procesión. Pero a lo que inmediatamente sirve la excursión presidencial es a las elecciones de noviembre, que para el partido son de interés supremo, porque con ellas va a ratificar el voto público los actos del Congreso de McKinley, o a censurarlos. Si está o no contento el país con el partido que ofrece a los obreros mejores salarios que los que nunca tuvo, y cuyo primer acto es sacar triunfante una ley de aranceles que encarece enseguida los artículos necesarios a la subsistencia, sin compensar siquiera la disminución consiguiente del salario con un aumento relativo en el jornal de los obreros, que les habilite para comprar al precio mayor los artículos que compraban antes más baratos:—“¡El que se aprovecha, pues, como dicen los librecambistas, es el manufacturero que nos vende ahora a los pobres al precio que quiere, porque con el derecho alto no puede entrar de afuera a competir con el producto extranjero! ¡por eso dieron los manufactureros tanto dinero al partido republicano cuando las elecciones! ¡para otro será bueno esto de la protección y de cerrarle la puerta al mundo, porque para los obreros no es bueno!” “¡Verdad que dicen que hay que esperar un poco, hasta que el país se acostumbre a la novedad; y que entonces va a haber más talleres de todo, y más fábricas, y como todo se ha de vender más caro al público, al obrero le podrán dar más jornal que el que le dan ahora!”

—“Pero a la verdad, si el que ha de comprar tiene menos dinero que antes, porque le cuesta más cuanto compra, ¿quién es el que va a comprar, si el dinero va a ser menos, ese exceso de artículos que producirán los talleres y fábricas nuevos?”

—“¿Quién? ¡pues la América española! ¿para qué está ahí la América española, sino para comprar lo que le queramos vender? ¡para eso vamos a dejarle entrar libres sus frutos naturales, para que nos compre en cambio los productos de nuestra industria!”

—“Pero ¿por qué va a comprarnos la América española los productos de nuestra industria,—de la industria cara y al contado de un país que no tiene fe en ella ni le adelanta capitales para su desarrollo,—sólo porque le abramos los puertos a sus frutos naturales? ¡lo natural es que siga comprando a los países que abrieron los puertos a sus frutos antes que nosotros y tienen fe en ella, y se la demuestran adelantándole caudales para su desarrollo!”

“¡Verdad, verdad: pero ya se encontrará manera política de forzar a esos pueblos a que cierren sus puertos a los que los han fomentado, y

se obliguen a comprarnos a nosotros exclusivamente, a nosotros, que no los fomentamos antes, ni los queremos fomentar ahora, ni podemos celebrar tratos con ellos sin hacérselos romper, contra todos los tratos anteriores 'y toda obligación de prudencia y conciencia, con el resto del mundo'! ¡Pues si ése es el remedio, ni es honrado ni claro!"

En el partido republicano es eso lo que se dice, y así arguyen los proteccionistas a secas, y los que quieren crear una novelería política distraiendo al país de los errores patentes de la protección estricta, útil sólo a los manufactureros privilegiados, y combinando en el novísimo plan de reciprocidad la urgencia de vender los productos sobrantes y cierta disposición pública, sustentada por la ignorancia y la leyenda, a ver como provincias naturales del Norte las demás naciones y colonias europeas de América. ¡Ideas que no están tan caídas como parecen, ni son tan peligrosas que no haya remedio ya para ellas! Un remedio cierto hay, y es enseñar a tiempo el cuerpo.

Lo de McKinley es lo más real e inmediato, por la alarma que con el alza de precio de lo necesario ha cundido entre las masas votantes; y andan corriendo el país los oradores de más talla del partido, hablando por la mañana aquí, y allá por la noche, de feria en teatros, y de patios en circos, sin fiar la tarea de estas elecciones a los elocuentes de menor cuantía, sino pujando a todo brazo con lo mejor y más famoso de la retórica republicana: con Reed, que habla por sí y por McKinley; con McKinley, que es persona de oratoria y flexible y pegadiza; con Cabot Lodge, un caballero de escuela, que es todo griego y latín, y por lisonja a los votantes incultos, de los políticos habla con burla de los "políticos de escuela"; con Harrison mismo, porque sólo él, con su mano de terciopelo, suerte de abuelo componedor, puede impedir que estallen a causa de las elecciones de noviembre las cóleras mal calladas entre los que quieren llevar, con Reed, el partido republicano a extremos inconsiderados de desafío y dominio,—y los que, como Allison y Gresham, mantienen que en la verdadera política sólo perdura el que concilia, y cae el que se pone al lado de un solo interés, y más pronto si, en un pueblo de trabajadores, se pone del lado del que los oprime. Política manufacturera quieren unos, y desafío al Sur: los otros quieren política más nacional, tanto para los manufactureros como para los que no lo sean; y en cuanto al Sur, una prudente vigilancia. Y los demócratas poco pueden hacer esta vez a lo que parece, por más que haya

quien les prediga un triunfo sonado, porque Reed va pregonando contra ellos aquel hecho que desde hace un siglo se pregonaba, como que las raíces de los pueblos son de tal duración que no bastan siglos a unir de veras dos pueblos de diferentes raíces,—el hecho de que suprimiendo el Sur el voto negro por el fraude como lo suprimió hace un siglo por la Constitución, pretende el Sur, y logra, tener más representación que el Norte:—de eso es de lo que Reed hace su bandera: de que es preciso arrancar al Sur, emancipando el voto del negro, la representación fraudulenta con que sofoca, y suele vencer, al Norte, defraudado: de que ahí está la fuerza mayor de la democracia, en el Sur, que defrauda al Norte. Y por otra razón podrán poco esta vez los demócratas, que en vano pretenderán,—como lo entiende, guardándose para lance más limpio, el sagaz Cleveland,—levantar la bandera de los aranceles moderados cuando su fracción, triunfante en Nueva York, mantiene los aranceles prohibitorios,—ni pueden negar eficazmente la tacha de enemistad al negro; porque, so pretexto de ser falsa la elección, los demócratas abandonaron en masa la sala de sesiones cuando Reed declaró electo a Lagdon, un negro notable,—ni se podrían presentar con mucha autoridad ante el país, cuando, en las elecciones municipales de Nueva York, se yergue insolente, defendiendo su posesión de los empleos pingües de la ciudad, aquella asociación de Tammany que decidió con su apoyo el triunfo del gobernador Hill, el amigo de las cervecerías, en la misma contienda en que cayó Cleveland vencido. Para abatir a Tammany, se han juntado, en la Liga Municipal del pueblo, los partidos todos: hermoso era ver, en el mismo estrado, al orador de los obreros, al irlandés Archibald, junto al orador del foro, el brillante americano Choate. Y esperan sacar electo a su corregidor, esta vez o la que viene—porque el empuje de un pueblo irritado sólo lo detienen sus propios errores,—porque los malos sólo se abren camino por entre las divisiones de los buenos.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 2 de diciembre de 1890

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Las elecciones.—Extraordinaria mayoría demócrata.—El “bill” McKinley.—Primera ojeada electoral.—Los republicanos.—La alianza de los agricultores.—Los demócratas.—Los hombres nuevos

Nueva York, 11 de noviembre de 1890

Señor Director de *La Nación*:

“¡Abajo la fábrica proteccionista! ¡Proteger es bueno, pero ha de ser a los más, y no a los menos que oprimen a sus conciudadanos en provecho propio! ¿Hemos de pagar cinco centavos más en cada envase de latón, para que unos cuantos mineros que dieron dinero para las elecciones, puedan vender su mineral más caro de lo que lo venden? ¿Ni qué necesidad tiene la nación de abrir minas caras en su suelo, cuando puede comprar de afuera el producto de minas baratas? ¡Ese dinero, y esa fuerza, empléense en industrias naturales! ¡Pónganles andadores a todos los hombres; y se vendrán al suelo, como estatuas de algodón, en cuanto se los quiten! ¿Proteger el tabaco?, pero ¿es mejor proteger el tabaco, o a los que lo fuman? La hoja de Virginia es lustrosa, sí, pero flojona y sin color: la hoja está en la tierra, y en el sol, y en la mano orgullosa del veguero, que la limpia y rocía con un mimo tropical: ¿va a ser mejor la hoja de Virginia, esa sosera, esa amarillez, porque una factura de cigarrillos habaneros que cueste nueve pesos, cueste setenta y cinco ¡setenta y cinco pesos! por fas y por nefas, en los Estados Unidos? ¡A ver las tarifas comparadas! ¡Claro como la luz resulta que se ha subido el derecho de todos los artículos manufacturados, de todos los productos explotados por los contribuyentes notorios a las últimas elecciones! ¡Abajo McKinley, aunque vengan a hablar por él Harrison y Reed y Blaine! ¡Abajo, en Pensilvania, el Estado de los manufactureros, la tiranía de los proteccionistas de oficio, de los que convidan al obrero americano para que los ponga en el poder a fin de protegerle, y lo que hacen en cuanto en hombros del obrero están en el poder, es subir los precios a todos los artículos necesarios a la vida del obrero! ¡Abajo de un revolcón de urnas, la fábrica proteccionista!”

En detalle se ha de estudiar toda esta pelea eleccionaria: la tarifa de McKinley; la revuelta de los republicanos campesinos; la reacción de los fabricantes escarmentados; el influjo continuo de la propaganda de la reforma arancelaria, en clubs permanentes, y en discursos diarios, en periódicos, en cartas, en impresos sueltos; la alarma creada por la dictadura del republicano Reed, que daba "gracias a Dios" desde la presidencia de la Casa, porque ya la Casa no era un cuerpo deliberante: en detalle han de verse las fracciones con que entró en la lucha el partido republicano, de persona unas, y otras de miedo, tardío e ineficaz, de ir hasta el fin con los que, de puro abuso e insolencia, iban a caer. Sólo una fuerza necesita un pueblo: no desconfiar de su fuerza. Y para que sea más eficaz, no ha de emplearla con abuso, ni envanecerse de ella; sino acumular tal suma de derecho que su simple aparición eche rodando al enemigo. La fuerza de los pueblos ha de ser como la de los oradores, que no se dan todos en viento y alharaca; ni dicen con palabras enormes y zurríbombantes lo que tienen que decir; sino que lo dicen a su hora, y como a medias, con un calor de hierro al blanco, que es como leche afuera, y dentro quema. Así ha sido acá con la tarifa. Sube por el cohecho al poder, y por la complicidad con los políticos, la casta de los monopolios; el país que se dejó llevar de nombres, recibe en premio de su ciega sumisión una tarifa que le impide producir, por lo alto de la materia prima, que le impide comprar, por el precio alto de lo necesario: los campesinos republicanos, sacrificados por la tarifa a los republicanos manufactureros, líganse formidables, juntan manos con los demócratas, que van nutriéndose de sangre nueva, de sangre norteña y juvenil, y de una sacudida vuelcan la Casa, echan por el viento la mayoría republicana de la elección anterior, ponen en su lugar una mayoría demócrata inaudita. De veinticuatro era la mayoría republicana en la Casa de McKinley: de ciento veinticinco es hoy la mayoría demócrata.

Los cuatro condados de Ohio, que hace dos años sacaron triunfante a McKinley con una mayoría de dos mil, derriban a McKinley.

Indiana, el Estado del Presidente, da a los demócratas la mayoría con que eligió a Harrison. Por siete mil votos fue republicano el año pasado el Estado de Massachusetts, el Estado de Summer, cuna y huevo del republicanismo; y este año Massachusetts es demócrata por nueve mil votos. Y Pensilvania, el semillero de los proteccionistas, el Estado de las industrias, la región del hierro y del cuero, es demócrata por considerable exceso. Pensilvania, que dio a Harrison hace dos años una

mayoría de 80,000 votos. En detalle se ha de ver todo esto, cuando estén las noticias bien redactadas, de modo que lo que se diga sea el hecho cierto, que es lo único que la pluma ha de escribir, aunque vaya contra la simpatía propia u opinión. Pero lo que se ve ya patente es que Blaine mismo no estuvo fuera de razón cuando en el discurso extraordinario en que exhortó a los republicanos de Pensilvania a "poner de lado todas esas acusaciones de malversación, todas esas tachas de inmoralidad de nuestros candidatos, que no son más que la máscara farsaica del librecambismo", dijo con énfasis sumo, dando un paso adelante y tremolando el dedo pálido sobre la cabeza: "No he venido aquí para elogiar al gobierno, sino para atestiguar que como Pensilvania vote este martes, así votará la nación de aquí a dos años." Y Pensilvania votó por los demócratas.

Pero si la inusitada mayoría demócrata, si la conversión de los tres Estados magnipotentes del republicanismo, si la derrota del mismo McKinley en el distrito donde lo fueron a amparar el Secretario de Estado y el presidente de la Casa, no probasen de sobra la revuelta colérica y fundamental de la opinión, nada lo probaría mejor que la reaparición en la vida política de aquellos hombres genuinos y enteros que sólo vienen a la superficie en las grandes crisis.

Como el cuerpo humano es el de las naciones, que tienen el corazón donde no se le ve; pero cuando la imprudencia lo lastima, o la indignación lo levanta, por la sangre inflamada se revela en la piel, y mientras dura el peligro, allí está el corazón, presidiendo y guiando. La política es bella, aunque parezca fea por lo que se le entra del interés inevitable; y su beldad está en la fatiga difícil y dolorosa de los hombres de virtud por tener la república a salvo de los que negocian con la santidad de sus oficios.

En la calumnia misma hay cierta hermosura, y es la del martirio del patricio dispuesto, por el bien de su patria, a desafiarla. Lo de Webster es lo continuo y verdadero. Bebía Webster más Madera del que un hombre de Estado debe beber: pero nadie dijo tan felizmente como él que "la vigilancia continua es el precio de la libertad". Y entonces es la libertad hermosa; y el pueblo, bello con la arrogancia de la dignidad, cuando le salen a la libertad los vigilantes. Los hombres sinceros: los hombres pujantes y autónomos: los hombres de las entrañas.

Lo que ha de hacerse es tener incesantemente la libertad en ejercicio; por donde el bueno se fatiga, el malo entra: la república no puede dormir: el tirano o el bribón sólo se levantan sobre los pueblos viciosos o indiferentes.

Jóvenes y viejos han de estar perpetuamente en la faena nacional: crece de este modo lo mejor del alma, y el desdén de los apetitos vulgares que la tientan y afean, y se ahorran a la patria, con la labor suave y gloriosa, con la labor llana y útil de todos los momentos,—los partos de sangre.

La república, como las casas de Pompeya, ha de tener el perro a la puerta. Así surgen ahora, del peligro nacional, los que han de salvar a la nación de él; de la política negociante surgen, por el escarmiento y vergüenza de ella, los que la conminan y derriban; de la camaradería impura de la política y los negocios surgen, imponentes, el férvido universitario, el abogado indómito, el obrero sesudo, el comerciante verdadero, el periodista fustigador. De la podredumbre misma sale la luz: el cerdo corrompido echa llamas azules. Como la fiera es el espíritu del hombre, en que es más fina la que se cría entre las ásperas y agrias; o como los poetas ingleses, que por la misma negrura de su cielo, buscan en su fantasía púrpuras de puesta de sol y tintes celestes; o como el monte de carbón, que da el diamante. Ahora empieza a ser aquí como cuando los abolicionistas: ¡látigo y oratoria! La oratoria con el hombre detrás. Un gran militar, un militar de pelea, dijo que un gran escrito, o un discurso de los de veras, era más grande que una gran batalla. ¿Quién derriba a McKinley, economista artificial en pro de las fortunas ajenas, sino un comerciante irlandés, economista natural y rico propio, que empezó de mozo de tienda y ahora es lencero famoso que vive en el palacio de sus obras? Los “pies tiernos”, como llaman en el campo de acá a la gente urbana,—a la gente de mero libro, que pasa por la vida con el pañuelo en la nariz,—no son los favorecidos en estas elecciones. Hombres reales son los más de los electos; acá un botero, que pasó años de noches heladas, comerciando y peleando, en su bote de río: allá un cajista: otro cajista allá. El sastre es petimetre, y gusta de vivir en cuartos recortados, de adornos menudos y regulares como su costura. El cajista, que trabaja con las ideas, se penetra de ellas. Y hay colegiales entre los candidatos vencedores; pero no de aquellos de alma muda, que aprenden lo que está escrito en los textos, y no lo que está escrito en los hombres, sino jóvenes briosos, como Hoar, el diputado de Massachusetts, que en el club de debates de la universidad no discutía

sobre Plinio y Calímaco, sino sobre lo palpitante y necesario de su propio país,—como Russell, el gobernador de Massachusetts, que era en su mocedad tan elocuente en los discursos como en las regatas, y conoció temprano que el arte tentador y supremo de guiar a los hombres no se adquiere apartándose de ellos, sino poniendo con el que sufre y goza el corazón apasionado.

Russell, con Harvard detrás, entró de pecho entero en los asuntos públicos; oyó a Cleveland, y le pareció bien: vio que las leyes estaban en manos de los que las habían de violar por su interés, y decidió, con todos los jóvenes de Massachusetts, sacar de manos tales a las leyes. Se puso del lado de la justicia, del lado del pueblo, la universidad; y el pueblo ha dado a la universidad el triunfo. ¿Cómo ha de ser la libertad menos bella, porque la adornen la elocuencia y la cultura?

De lo que los pueblos se indignan, no es de ver el poder en manos hábiles, sino de que la inteligencia se ponga al servicio de los que les hacen traición, o se emplee en el provecho egoísta de los que la poseen, con daño evidente de aquellos de menos poder intelectual, que son como menores naturales, puestos por la justicia de lo creado bajo la curatela de los que vienen al mundo con la fuerza y la responsabilidad consiguientes del talento superior. La ley del talento, como la de la dicha verdadera, es el desinterés. Por su utilidad para los demás, se mide a los hombres.

En Massachusetts fue ésa la revuelta y vino la democracia joven al triunfo, con métodos y propósitos distintos de los de la democracia viciosa de Nueva York, para mostrar que en el Estado impera la voluntad de reducir las contribuciones de afuera y de adentro, a la suma necesaria para los gastos legítimos del gobierno, a fin de que no tengan las camarillas del Congreso sobrante que roer, y pueda la nación buscarse un comercio natural, y no fantástico y violento como el que se busca por otros caminos, por el trabajo seguro de una población libre y desahogada. En Indiana no le quisieron oír al Presidente las pacificaciones; y está tan alta la democracia clevelandista, que, porque no quede como del gobernador Hill, el émulo de Cleveland, la victoria de las elecciones, por los discursos que en busca de popularidad se fue allá a hacer, van a celebrar una fiesta sonada, una como coronación, de aquel demócrata canoso y sabio que fue candidato infausto con Cleveland a la Vicepresidencia,—de Allen Thurman, “el perro del pueblo”, que no usa más corona que su pañuelo colorado,—su célebre “bandana”. En Ohio la batalla no se mezcló con intereses locales, como en otros de los Estados, sino que fue toda de ira contra McKinley, que en su persona es popular,

porque tiene el cuerpo robusto y la palabra resonante, pero no pudo sofocar la oposición que le hacían los campesinos de su propio partido, los de la alianza de agricultores, que se ha alzado terrible; y del primer esfuerzo, en Ohio y fuera de él, dio a los demócratas,—lastimados por sus disensiones y por la política venal de los de Nueva York,—treinta y ocho representantes. Y en Pensilvania fue el fracaso más conspicuo, por lo mismo que es tenido el Estado como el mampuesto del partido, y de su gobierno, y del sistema de protección. Allí es rey Wanamaker, el tendero famoso, a quien Harrison puso de Secretario de Correos por simpatías de iglesia y carácter, según opinión de los benévolos, o por paga del auxilio que en la última hora de fondos escasos de las elecciones prestó Wanamaker, según cuentan los malos. Allí, en Pensilvania, está la casa veraniega que los ricos proteccionistas regalaron a la esposa del Presidente. Allí va Harrison, de paseo preferido, a casa de Wanamaker. Allí era Delamater, proteccionista álgido, el candidato a la gobernación, con apoyo de Quay, acusado con pruebas incontestadas, como Delamater, de haber desviado para usos personales los dineros públicos. Allí fue Blaine, a decir su discurso mayor, el de que “esas acusaciones de inmoralidad”, hechas por cierto por los republicanos, por un representante republicano proteccionista y pensilvanense en el Congreso “eran la máscara del libre cambismo”, el discurso donde atestiguó que “como Pensilvania votase el martes, votará la nación de aquí a dos años”. Con presión semejante, y tradiciones tales, se hizo la elección en el Estado que dio a Harrison, dos años hace, una mayoría de ochenta mil: y fue electo Pattison, el candidato demócrata, por mayoría de diecisiete mil votos. Así el espíritu público, tomando por vehículo lo más puro de la democracia, que se purga y renueva, y la cólera de los agricultores, ha censurado, con una revolución pacífica, la tarifa de McKinley, preñada de abusos domésticos en provecho de los monopolios,—y de compromisos internacionales injustos.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 24 de diciembre de 1890

45

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Variedades de otoño.—El Parque.—El conde de París.—La “Feria de caballos”.—El ayunador Succi.—La recepción de Stanley

Nueva York, 13 de noviembre de 1890

Señor Director de *La Nación*:

Está Nueva York en el verano indio, y aún verdea el arbolado, en pleno noviembre; el Parque, por la entrada de la Quinta Avenida, es a media tarde, como una fantasmagoría: desde los bancos del paseo de a pie ven los irlandeses retirados, los patriarcas hebreos, los tenedores de libros en asueto forzoso, los mocetones alemanes que están de paso para la tierra nueva del Noroeste, aquel brillante y revuelto séquito de los carruajes, la dama de pelliza blanca, que guía cuatro *ponies*, el secretario ruso, que luce la troika, el landó de blandos muelles, donde triunfa la Otero, la española de cara de virgen, la que cuentan que vivió en amores con el rey Alfonso, la que seduce con el poder de los ojos más que con el de su canto, y baile, al público enamorado del museo del Eden. Va Cyrus Field, envuelto en pieles. Pasa Jay Gould, en un coche veloz, que culebrea y se desliza por entre los coches, y como que curioseaa y ríe como él, y desaparece. Los jinetes vienen y van, unos solos y apuestos, caballeros de damas calípigas, otros en montón, hombres y mujeres, que pasean de aprendizaje, capitaneados por un conde francés, que está de caballerizo a veinte pesos por semana, o un príncipe en disponibilidad, de a veinte pesos, o un "von", bello como Jesús, que cree, y dice en los papeles, que a maestro como él se le deben dar, por la hermosura, cinco pesos más.

¿No tienen en la ventana de una confitería de Broadway a un irlandés hermoso, haciendo que hace dulces, y en otra más abajo, en la de la tapicería, a un turco de ojos aterciopelados, haciendo tapices, para que las mujeres vayan a verlos, al pasar por la calle, o entren a comprar dulces y alfombras, para verlos mejor? Y allá va el "von", con la barba en pico y los ojos de cielo, pastoreando su cabalgata de judíos. Los de los bancos, a la última luz, leen las noticias de la tarde:—en el

Sur hubo un combate mortal, a caballo y pistola, entre negros y blancos:—en Kansas han elegido de juez a un ciudadano que no puede escribir su nombre:—en el Sur han inventado, con gran alarma de los negros del campo, una máquina de recoger el algodón:—el Secretario del Interior, que mandó hacer con sus empleados federales republicanos el censo de Nueva York, replica al gobernador de Nueva York, deseoso de que se apruebe el censo corregido por los empleados demócratas de la policía, que “nadie que conozca a Tammany puede creer que es más honrada la cuenta de los demócratas de Tammany que la de los empleados federales republicanos”. La casa de Harper, que antes le negaba al novelista nuevo Rudyard Kipling cincuenta pesos por una historieta de dos columnas, ahora, porque Kipling echó fama, le paga quinientos, y le pide lo que le desdenó: Peck, el autor del libro ilustre de las travesuras, “El Muchacho Travieso de Peck”, ha sido electo gobernador de Wisconsin, que es una mala elección, donde el asiento le ha de quemar como brasa viva, porque promete al gentío extranjero del Estado, a la escoria católica de húngaros y rusos, que les enseñará en las escuelas en la lengua de cada uno, criando así naciones diversas dentro de su nación, y a los católicos les hará dotar, de los fondos públicos, las escuelas de su religión.—Nótase de pronto que los carruajes se revuelven y precipitan sobre la entrada. La noche cierra. Unos paran a los pocos pasos, a comer en el hotel nuevo, el hotel “Plaza”, donde los militares filomonárquicos dieron de comer tortuga y pato al conde de París, sentado en la presidencia de los cien cubiertos, con la mesa toda de verde y flores, figurando la margen del Potomac, donde el conde anduvo de servicio; y a la espalda del sillón condal, una panoplia de terciopelo rojo, con tres flores de lis. Otros, de paso para Delmónico, que saca ahora su Johannisberg de lujo para rociar el pavo suave de noviembre, entran a ver los percherones y los Shetland, los trotadores de anca recia, y los caballos de servicio, los árabes, señores del establo como de la llanura, y las jacas de ojos vigilantes de la policía; no está completo el “día de tono” de la dama de Nueva York, si no va a ver correr, trotar, saltar, competir a la policía montada, a las bombas de incendio, a los coches de correo, a los carruajes de imperial, en la “Feria de caballos”, “que ha costado cuarenta mil pesos”. Un meditabundo, arrebujaado en su coche de mimbre, va a ver al italiano Succi, que acaba de entrar, en su cuarto del teatro pecaminoso de Koster-and-Bial, en su ayuno de cuatro semanas y media; y comió en la sentada preparatoria del ayuno, sobre anchoas y aceitunas y apio abundantes, con magnas

lonjas de pan de centeno y manteca, tres truchas, un plato de *risotto*, un guiso de riñones, un pollo, una coliflor, y una perdiz: desde entonces, se atusa el bigote negro, mira fosco a la poca gente que lo va a ver, y vive a pura agua y tabaco, con uno que otro sorbo del líquido que dice haber descubierto en Africa, y es éter según unos, o haschisch, o coca. Es hombre de grandes espaldas y se entretiene en quitar y poner en las paredes sus fotografías.

Pero dos horas después, todo lo que en Nueva York tiene coche se apeaba a la puerta del teatro de la ópera, del Metropolitan. Abanicos de pluma, guantes de lavanda, esclavinas de armiño, un zapato con hebilla de brillantes. Por el vestíbulo de oro se entraba a la sala henchida. En un palco de escena, sentada entre flores, estaba la enérgica esposa que quiere ir con Stanley a Africa. Era la fiesta de Nueva York a Stanley. Cuando entró en el escenario el hombre recio, el noticiero de hace veinte años, y hoy imperioso, rotundo y de frac, con el bigote de cepillo y la melena de nieve, iban detrás de él los trescientos magnates. Se vino el teatro abajo.

Depew lo presentó, el Depew de las frases felices. Por la sencillez de su exposición, realza los méritos de Stanley. El sabe que se ha de ser moderado en el lenguaje como en la virtud. Sí: “Los grandes acontecimientos del mundo son las conquistas de Alejandro, los viajes de Marco Polo, los descubrimientos de Colón y las exploraciones de Stanley.” Sí: “Stanley halló a Livingstone, fundó un Estado libre en el corazón de la esclavitud, cruzó el Africa, puso en mapa sus aguas misteriosas, sus lagos y sus ríos, descubrió las fuentes del Nilo, el problema de las edades, salvó a Emin, amenazado de la muerte.” Pero si un inglés linajudo le pregunta en Londres qué hazaña de Stanley le parece mayor, al inglés contestará Depew que “lo más notable de toda la vida de Stanley es que un noticiero de un periódico americano se levante a una situación tal, que con una simple declaración de que Alemania le sacó ventaja a Inglaterra en la demarcación de las tierras de Africa, conmueva la opinión inglesa, obligue al gabinete a corregir su error, y cambie el mapa”.

Y el discurso, meloso e intencional, viril unas veces y cándido otras, enseñaba como toda la fiesta, el codicioso deseo de recabar para Norteamérica la fama que Stanley ha conseguido, en el servicio de las potencias de Europa, y con sus medios. ¡Pero debajo del deseo, aguileño

y excusable, había el pecho franco del trabajador, que goza divinamente cuando muestra al mundo un trabajador triunfante! El decoro da horas sublimes.

Y Stanley habló luego con una voz que no se oía, rápida y opaca; que no se oía desde lejos. Pero de cerca, era como ir de la mano, sangrando, tajando, voleando, cayendo, por aquella floresta abrumadora de parásitas y de lianas, donde los ojos no ven nunca el cielo ni hallan los pies la tierra firme; por aquellas barrancas erizadas de flechas barbudas, y lanzas de veneno; por aquel país de enanos mentirosos, apasionados y vivaces; por aquellas planicies florecidas desde donde se ven, arrebujaadas en las nubes, las montañas solemnes de la luna. Y como la montaña era el estilo, con luz de nieve al sol, y formidables estribos y espolones. ¿Se está oyendo a un noticiero de periódicos, a un aventurero despótico y feliz, a un fatalista fanático, o a un poeta épico? ¿Cómo no ha de encantar, si cuenta sencillamente lo que ha visto? ¡Hay quien se empeña en pintar el cielo de azul! ¡Esos son los modelos de lenguaje, las narraciones sinceras! Con lo mejor de la mano del hombre pueden ponerse las líneas, intensas y terribles, en que cuenta Stanley la muerte violenta de su cruel teniente Barthelot. Cuenta en presente, como quien vuelve a ver; y eso redobla el interés de la narración, y su hermosura literaria.

Ni le mueve el corazón la desdicha del salvaje sorprendido en el imperio, batallador y venturoso, de su naturaleza, la desdicha nativa que arrancaba lágrimas a Gordon; ni piensa en los diversos estados de los pueblos, salvajes todos, y todos nómadas y feroces, a su venida al mundo; ni ve más en el Africa que la tierra que le pertenece, a él, hombre divino, por su derecho de conquista y la fortuna fatal de su persona, que viene hecha del cielo, y ha de llegarle al hombre, bien la espere cobarde, bien le salga al paso. Pero se ve, cuando habla, la agonía de la marcha, el abajeo del campamento, el tronco secular que cae envuelto en sus festones. El cielo húmedo y pavoroso. Y el hombre duro y egoísta.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 26 de diciembre de 1890

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Congresos.—La convención de los campesinos.—Judíos y cristianos.—Las "Hijas del rey".—Las mujeres de Sorosis.—Buques.—Los del Brasil.—El Congreso en Washington.—Resumen y ojeada política.—Actualidad y probabilidades

Nueva York, 2 de diciembre de 1890

Señor Director de *La Nación*:

No hay mano en estos días fuera del bolsillo, porque el aire transparente y azul las hiela en cuanto osan salir de él. Los hombres se saludan a espaldas, so pretexto de amistad. Las mujeres, metidas en el manguito, corren de cara al viento. Y así, como el día, está la nación: todo son manotadas, encontrones y carreras;—los indios del Noroeste, remolineando por sobre la cabeza los rifles, se entran al escape del pony por las barrancas de Dakota, derribándole al yanqui en el camino las casas de madera, sacándole las butifarras y el jamón de las covachas, donde vive el dakoteño troglodita:—del Noroeste bajan los campesinos, envalentonados con su triunfo en las elecciones, a tratar en la convención de Ocala de la defensa del interés agrícola y el modo mejor de ir sacando el país, poniéndose todos los pobres pecho a pecho, de la burla en que lo tienen ahora los monopolios, y los políticos hambrientos que los sirven:—del Este y Oeste viajan a Chicago, para reunirse en junta nunca vista, los rabís más notables de la religión hebraica y reverendos cristianos de mucha nota, a fin de ver cómo se van ligando, sin el recelo feroz que el de Cristo le muestra al de Moisés, los que hasta hoy, en la casa mayor del pensamiento libre, se niegan el saludo, con una mirada que no está lejos del gatillo:—de la república entera acuden a Nueva York, a declarar que trabajan “en el servicio de Dios que ama por igual a todas sus sectas”, las afamadas “Hijas del rey”, que empiezan a ser como las hermanas de caridad de los protestantes, y tienen por empleo, para mayor gloria de las Iglesias unidas contra el infiel, visitar a los enfermos, y alegrarles las casas, regalar medicinas y flores y libros, enviar bombones, envueltos en páginas del Evangelio, a los niños de las iglesias remotas, levantar casas de reunión para las mujeres, con su convivialidad y su té de vez en cuando, en lo

más fétido y tupido de los barrios pobres:—del Este más que del Oeste, son las representantes congregadas, sin miedo al hielo, en la asamblea de las Sorosis, que van cayendo en cuenta de que la mujer pierde, más que gana, dedicándose a labores que rebajan su inefable ministerio natural, y es preciso prepararse, en esta nación de huérfanas y de viudas, para la batalla, diente a diente, con el lodo a la rodilla y la agonía en el corazón, pero de modo que no acabe en veneno lo que la naturaleza destinó para perfume, ni pare la mujer del Norte en ver el matrimonio como un hospedaje, que se deja cuando la comida y la cama no son buenas, y la maternidad como un cebo la primera vez, que sujete en la trampa al marido transeúnte, y los demás hijos como molestia y aborrecimiento: pues “sin el freno de seda de la mujer, y un alma desinteresada ante quien ruborizarse, ¿qué va de bestia a hombre?”

Los buques mismos de la armada han venido de paseo, el *Vesubio* y el *Delfín*, y el *Filadelfia* y el *Yorktown*, para saludar con burlas a la *Guanabara*, de madera, y con respeto al *Aquidaban* de hierro, donde vienen, con la tripulación moribunda de frío, el almirante y el capitán que traen del Brasil la medalla de oro, de rica labor, con que “la república más joven de América, saluda a la de más edad”. “¡Estoy seguro—dijo el almirante en su conversación de llegada,—de que esos cañones no se volverán nunca contra la República del Brasil.” Y habló el almirante, en las primeras copas de la amistad, de que el Brasil no será república de viento, que de un soplo de Iglesia puede venirse abajo,—de que veía sin miedo, y con admiración, el crecimiento de la marina de los Estados Unidos, que para el noventa y tres quiere tener llena la mar,—de que no tiene a mérito suyo, el almirante Silveyra, la fortuna que lo ha traído a mandar “ese querido *Aquidaban*”. Como barajas, en el buque mal dispuesto para este hielo traidor, iban cayendo los marineros mientras brindaba el almirante,—heridos en el costado por la pulmonía:—del recibimiento salió un prócer para llevar una cinta en el funeral del alemán Augusto Belmont, el banquero de los demócratas, quien fue negociante de verdad, que no contrajo deudas sobre provechos por venir, ni creó compromisos presentes, en vista de ganancias futuras, ni levantó palacios sobre bombas de jabón, sino que sobre la fortuna segura prestaba con moderación, y no compró caballos finos hasta que no los pudo pagar con lo sobrante de su renta, aunque el caballo era tal pasión en él, que ha muerto del frío crudo de la exhibición de ellos, donde estuvo de la mañana a la medianoche el entusiasta caballero, midiéndoles el paso a los

trotones y el anca a los de tiro, y la hoz del lomo a los de arnés; en el funeral, cinta contra cinta, iban silenciosos los dos candidatos demócratas a la Presidencia,—Cleveland y Hill.

Pero de Washington es de donde todos quieren saber. Ni la pelea magnífica de Parnell con sus segundos hipócritas y envidiosos; ni la de Stanley, que aún no sale de banquetes, con los cómplices en la conquista, brutal y mercenaria, de la floresta negra; ni el estreno del Club de Gimnasia de Manhattan, que tiene de capellán al primer obispo protestante del país, y acabó debajo de las mesas, con los socios de frac bailando en coro alrededor del monte de botellas, y la presidencia besando a los criados,—distraen un instante apenas la atención de la reapertura solemne de las sesiones del Congreso de Washington. Allí, de días antes, con la tenacidad del náufrago, los que quieren que el Congreso les cumpla las promesas que le pagaron, cuando las elecciones, de antemano,—allí el subvencionista, clavándole al Presidente una cláusula en el mensaje;—allí el abogado de pensiones, bregando por sacar triunfante, con el interés de los poderes nuevos que le habrían de caer, la ley que funda una pensión vitalicia, de a centavo por cada mes de guerra, a todos los que, de pinches o de generales, estaban en el ejército cuando la pelea del Sur.

¿De qué han de hablar en el Arlington los diplomáticos recién llegados, sino de las revelaciones que una mano oportuna, como para pulsar el país, ha echado a luz en las columnas del *Herald*, que esconde mal su fe en la campaña agresiva que le crece en la sangre al Norte, y se prepara a arremeter al son de ella? ¿De qué han de hablar sino de la nota famosa del difunto Schuyler, el teniente íntimo de Blaine, donde exhorta al Norte a acaparar cuanto puede ser suyo, antes de que echen cuerpo los que están hoy como desmigajados, y no sea tan fácil como ahora “valerse de la oportunidad feliz”?

De todo hablan a un tiempo en los corredores de los hoteles, en las juntas misteriosas de esta casa y de aquélla, en la Sala de los Ecos del Capitolio. “Harrison ¿qué ha de decir en su mensaje, si nada puede decir, porque a lo de McKinley le ha contestado el país desensillando al partido de la tarifa, y en lo de la plata, que pudiera conciliarle a esos campesinos terribles, no le deja el Oeste declararse por el bimetálico, ni el Este tomar fila con los de la plata única y libre?” “Ya sabemos que va a decir que la reciprocidad es buena, y que con ella nos vamos a

salvar los republicanos en el noventa y dos; pero en esto de la reciprocidad no hablará con mucho énfasis, porque el juego lo guía el otro para su interés, y a él no le agrada poner asés en la mano de otro: ni esto de reciprocidad es mano cierta; porque entre el proyecto y la realización está un manojo de repúblicas, que en el comercio legítimo sí nos aceptarían, pero no han de sacrificarnos su comercio con el mundo, y su independencia, para poner una pluma de triunfo en el crestón de este o aquel gallo de nuestra política.” “¿Qué va a hacer el partido republicano en las semanas de victoria que le quedan, antes de que venga a sus puestos el Congreso demócrata? ¡Pues sacar, por sobre todas las cabezas, la ley de vigilancia en las elecciones del Sur, para compensar con el voto fanático de los negros la pérdida segura del voto campesino y obrero del Norte! ¡Y más pensiones, para que no haya soldado, o pariente de soldado, que vote con la democracia! ¡Y defender uña a uña la tarifa nueva, para que se crea que de veras está con ella, y tiene fe en ella, el corazón del partido! ¡Y ‘no andarse con juegos’, como dice el presidente Reed, ‘con los demócratas’, que ya se disponen a pedir la revisión del arancel; para que no les digan que perdieron un solo momento en cumplir el mandato de revisión, de reducción de la tarifa, con que fueron elegidos!” “¡Saldremos, pero antes nos hemos de forjar las armas que nos servirán para volver!” “¡Y esa alianza indomable de los campesinos, que no nos quiere a demócratas ni a republicanos, y elige del primer ímpetu tres gobernadores y treinta y ocho representantes, y dicen que se va a ligar con el partido de los obreros, con los ‘Caballeros del Trabajo’ de Powderly, para demandar, como tercer partido en la política, arrancando de la plata libre y del préstamo del dinero público a los propietarios rurales, nada menos que la nacionalización de la tierra, y la de todos aquellos servicios que por la naturaleza pertenecen a la nación, como telégrafos y ferrocarriles, porque la sustancia de ellos es la tierra pública, y su fin, y la razón de su ser, el beneficio público! ¿Pues no dice la alianza que los hombres son aún esclavos disimulados, muy sabihondos ya para contentarse con el mero nombre de libres, y servir a los contratistas de ahora, por la traición del Congreso mismo que eligen para defenderlos, como los siervos de la tierra servían, antes de la Revolución Francesa, a los contratistas de entonces, ayudados por la camarilla del rey?”

“Estos discursos no tendrían nada de particular, porque del año cincuenta y nueve acá, venimos teniendo estos partidos ‘agrícolas’, u ‘obres’, o ‘industriales’; pero lo de ahora no es sombra, porque nada menos

que Ingalls, el más brillante de los senadores, tiene que salir del Senado que preside, porque la legislatura de su Estado, que es toda de la alianza, se niega a reelegirlo; y ahí están los demócratas temblando, lo mismo que nosotros, puesto que a los republicanos no nos quieren porque preferimos los banqueros y los fabricantes del Este, que piden oro y protección, a los campesinos del Oeste y el Sur, que desean precios bajos y plata sin límites, y a Cleveland, que parece el candidato inevitable de la democracia para la Presidencia, no lo quieren tampoco, porque su tarifa baja les gusta, pero no lo que hizo con la plata en la Presidencia de antes, que fue enemigo de un peso blanco que es un engaño nacional, porque se obliga a la nación a comprar como dieciséis lo que sólo puede vender como quince y medio al mundo.”

No hay más que poner el oído, según la opinión de un viejo, para entender que se está en vísperas de un reacomodo más justo, o de un empleo extraño, de los factores nacionales. ¿Vencerá algún capitán astuto de los republicanos, componiendo, con ofertas ocultas y sombrías, las diferencias del oro del Este y la plata de los campesinos, y creando, so capa de oportunidad inminente, un partido de política continental, que tenga por base la reciprocidad forzosa, grata a un tiempo al país que tiene el gusto y la idea de la expansión, y al partido deshecho y rico que se va a salvar con ella,—grata a la vez al manufacturero del Este, que no puede vender, y al campesino del Oeste, que no vende tampoco y tiene casi toda la tierra hipotecada? ¡Por la bolsa se va al crimen! ¡Y las naciones suelen disfrazar el robo de grandeza!

¿O podrán más, en el consejo de la alianza de los campesinos, los abogados de la tarifa baja que los de la plata libre,—y vencerán con su apoyo, y el ímpetu moral que les vendría de él, los demócratas reformistas de Cleveland? ¿O se ligará con los amigos de la plata libre en la alianza el gobernador Hill, el demócrata rival de Cleveland, e irá a una derrota merecida y cierta, con un programa de componendas inútiles y fatal en una época de decisión, lo más bajo y desacreditado del partido democrático? ¿O pondrá la alianza de campesinos, con prisa imprudente antes de la madurez, un candidato inútil para la Presidencia, dejando frente a frente, con sus huestes trastornadas, al republicano que imagine el programa más acometedor y pintoresco, y al demócrata que encabece y represente la política de justicia y moderación con que acaba de vencer el partido? ¿O si se quita a tiempo el viento de las velas a la política continental con que pudiera triunfar el republicano, y por lo local y estrecho de su programa no puede subir la alianza a partido de

la nación, vencerá, sin más enemigos que los republicanos descompuestos y los demócratas alevosos, y con la ayuda de lo mejor de la alianza y el crédito de las reformas del año entrante, la misma masa moral que ha dado ahora su victoria estruendosa a los demócratas? ¡No en vano, al inaugurarse las sesiones, vino Reed a su puesto de presidente sin la famosa faja azul, y McKinley llevaba una gran corbata negra!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 13 de enero de 1891

ESCENAS NORTEAMERICANAS

1891

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

El asesinato de los italianos.—Las escenas de Nueva Orleans.—Los antecedentes y el proceso.—La Maffia y la política local.—El asalto a la cárcel.—La reunión, la marcha, los muertos

Nueva York, 26 de marzo de 1891

Señor Director de *La Nación*:

Y, desde hoy, nadie que sepa de piedad pondrá el pie en Nueva Orleans, sin horror. Por acá y por allá, como últimas bocanadas, aroma y desaparece un grupo de homicidas, con el fusil al hombro. Por allí va otro grupo, de abogados y de comerciantes, de hombros fornidos y de ojos azules, con el revólver a la cadera, y una hoja en la solapa,—una hoja del árbol donde han ahorcado a un muerto,—a un italiano muerto, —a uno de los diecinueve italianos que tenían en la cárcel como reos presuntos del asesinato del jefe de policía Hennessy. De los diecinueve, el jurado de norteamericanos absolvió a cuatro; el proceso de otros falló por errores; otros no habían sido aún procesados.

Y pocas horas después de que el jurado de norteamericanos los absolvió, la junta de notables nombrada por el alcalde para ayudar al castigo del asesinato, la junta capitaneada por el cabecilla de uno de los bandos políticos de la ciudad, convoca a motín a los ciudadanos, por llamamiento impreso y público, con un día de aviso,—los reúne y preside al pie de la estatua de Henry Clay,—ataca la cárcel de la parroquia, sin que le salga al paso la policía, salvo por nimia apariencia, ni la milicia, ni el alcalde, ni el gobernador,—derriba las puertas dóciles de la prisión,—se derrama, vitoreando, en los corredores, por donde huyen los italianos perseguidos,—machaca a culatazos la cabeza del caudillo político de los italianos, del banquero cónsul, cónsul de Bolivia, acusado de cómplice en una banda de asesinos, en una banda secreta de la Maffia, —y a los tres, absueltos como el banquero, y a siete más, los asesina contra la pared, por los rincones, sobre el suelo, a quemarropa. Al volver de la faena, los ciudadanos vitorean al abogado que presidió la mantanza, y lo pasean en hombros.

¿Y ésas son las calles de casas floridas, con las enredaderas de ipomeas trepando por entre las persianas blancas, y las mulatas de turbante y delantal sacando la cesta india de colorines al balcón calado, y la novia criolla, que va al lago de almuerzo, a almorzar peces de nácar y de oro, con un capullo al pecho, y en la crencha negra una flor de azahar? ¿Es la ciudad del roble donde crece, como filigrana de planta, el musgo español, y del dátíl que chorrea la miel, y de los sauces lamentosos, que se retratan en el río? ¿Es la Orleans del carnaval alegre, antorcha toda y toda castañuelas, que saca en un paso de la proce-sión de Momo el romance de México, festoneada la carroza de lirio y clavellín, y en otro, con sus trajes de pedrería, a los héroes amables del poema de *Lalla Rookh*, y en otro al príncipe, de raso naranja, despertando, en su túnica de tisú, a la Beldad Dormida?

¿Es la Orleans de la pesca en piraguas, de los alrededores hechiceros, del mercado radiante y alborotoso, de los petímetros de fieltro a las cejas y perilla gris que se juntan, a hablar de duelos y de novias, en el café de la Poesía?... Resuenan las descargas; izan sobre una rama a Bagnetto, al italiano muerto; le picotean a balazos la cara; un policía echa al aire su sombrero: de los balcones y las azoteas miran la escena con anteojos de teatro.

Al gobernador “no se le puede ver”. La milicia, “nadie ha ido a buscarla”. El alcalde “no va a prender a toda la ciudad”. Sierran una rama; cortan otra a hachazos; sacuden las hojas, que caen sobre la multitud apretada,—para llevarse un recuerdo, una astilla de la madera, una hoja fresca de hoy,—al pie del roble de donde cuelga, dando vueltas, el italiano ensangrentado.

La ciudad de Nueva Orleans satisfecha o cobarde, marchó con sus primeros letrados y negociantes al frente, sobre la cárcel de donde iban a salir los presos que el jurado acababa de absolver; asaltó, con asentimiento y ayuda de las autoridades del municipio, la prisión municipal: majó en los rincones,—la ciudad capitaneada por abogados y periodistas, por banqueros y jueces,—majó en los rincones, y “baleó hasta hacerlos trizas” a los italianos absueltos,—a un neorleanés oriundo de Italia, hombre de mundo, y rico, dueño del voto de la colonia italiana, —a un padre de seis hijos, socio acaudalado de una buena firma,—a un siciliano brioso a quien meses atrás dió un tiro un irlandés,—a un

zapatero de influjo en la opinión del barrio,—a un remendón tachado de haber muerto en riña a un paisano suyo,—a unos vendedores de fruta.

Los italianos riñen entre sí, como los bandos de Kansas, que en medio siglo no ha podido poner en paz ningún gobernador, como los criollos del Sur que se legan de padres a hijos el odio entre familias. Hace veinte años, por husmear en las riñas de los italianos, o por quererles quitar so pretexto de ellas el poder municipal que ganaban con la fuerza de sus votos, cayó a manos de un Guerin, el padre de este Hennessy, que ha muerto ahora. El mismo traficante en política que iba de teniente en el asalto de hoy, acabó de un balazo al matador del otro Hennessy. Los políticos de ojos grises odiaban a los políticos de ojos negros. Los irlandeses que viven principalmente de la política, querían echar de la política a los italianos.

Los acusaban de “dagos”, que es mote que enciende la sangre de Sicilia. El que caía de resultas de estas rivalidades decían que caía “por la sentencia de la Maffia”. Contaban como de ahora, y como de puro crimen, las terribles ejecuciones políticas de la Maffia, que se conjuró contra los Borbones hace un siglo.

El Hennessy de hoy declaró a los italianos guerra sin cuartel, por más que hubo un tiempo en que no tenía mejor amigo “para una vuelta por la mesa verde de los clubs o para un buen guiso de quimbombó”, que Macheca, el de la cabeza majada a culatazos, el italiano elegante y rico. Hubo muertes en el barrio de Italia. Y el policía apuró la persecución hasta conseguir un denunciante italiano, que amaneció cadáver, y proclamar que sabía ya cuanto había que saber de una sociedad de asesinos, llamada del *Stiletto*, y otra de los *Stopaliagieri*, y que tenía a mano “la prueba plena de la Maffia espantosa, de sus sentencias de muerte, de sus millares de sicarios”. Una noche, a la puerta de su casa, una casa que tiene en el vestíbulo dos rosales, cayó Hennessy, luchando contra una banda de asesinos, con la mano en el revólver.

Once balas le hallaron en el cuerpo. Se declaró que era su muerte “la venganza de la Maffia”. Se prometieron las pruebas más patentes. Se nombró, por el alcalde mismo, una junta suelta de cincuenta ciudadanos,—políticos y comerciantes, y abogados y periodistas,—para ayudar a la justicia ordinaria en sus indagaciones. Se escogió un jurado sin tacha, de entre ciudadanos de apellido inglés. Se encarceló a unos cuantos reñidores de oficio de entre la gente de Sicilia, y a los dos hombres de más riqueza e influjo sobre el voto de los italianos.

Del Golfo al Pacífico se alzó en su favor la población italiana: negó su prensa, y negaron sus hombres prominentes, que hubiese Maffia, ni sociedad del *Stiletto*, ni *Stopaliagieri*, ni prueba posible de tal iniquidad, ni sentido en poner presos por asesinato a hombres de la posición del banquero Macheca y el comerciante Caruso: mantuvo que el veneno de la persecución, y la causa de ella, estaba en la pelea política, en el designio de aterrar y sacar de Nueva Orleans y de las urnas, a los italianos rebeldes a la voluntad de los perseguidores: declaró que se fraguaba una conspiración tenebrosa para un fin político. El jurado, después de meses de proceso abierto al público, de acusaciones que iban y venían, de testigos que enloquecían y perjuran, de murmuraciones de soborno y de escándalo,—absolvió a los presos.—Cierto que había bandos hostiles entre los sicilianos de Nueva Orleans; que los matrangas y los provenzanos se aborrecían aquí como en Italia; que los italianos ensangrentaban a menudo las calles con sangre italiana. Pero de que se querellas entre sí, de que provenzanos y matrangas, para satisfacer su rencor, declaren en falso contra sus enemigos; de que los sicilianos no tengan empacho en seguir sus contiendas en la ciudad donde no hay transeúnte que no lleve al cinto un revólver, ni familia que no haya cruzado por las calles a otra familia; de que el bando vencido decidiese poner fin a la vida del jefe de policía, que tomaba pabellón con el bando rival, no puede deducirse que la Maffia, que fue la rebeldía contra el Borbón, reine en Nueva Orleans, donde no hay Borbones,—que los anónimos supuestos por los políticos de intriga, para avivar el odio contra los italianos, fuesen de mano italiana,—que los “dagos” todos, que viven como les manda el fiero sol, amándose y odiándose, dando la vida por un beso y quitándola por una mala palabra, “sean una escuela organizada de asesinos”.

Moore, teniente un tiempo de la policía de Nueva Orleans, el irlandés Moore, dijo “que el asesinato de Hennessy vino, como el de su padre, de las peleas sobre los votos,—que esta muerte de Hennessy no fue más que uno de los actos de la disputa del botín político más pingüe ahora que nunca”.

Nueva Orleans recibía con amenazas e ira el veredicto: alegaba Nueva Orleans “que hubo fraude en el proceso”, “que el polizonte Malley pagó a un testigo”, “que consta de una tentativa de soborno de un jurado”. Pero en Chicago encendió luces el barrio de las camisetas coloradas; en los suburbios de Providencia cesó el trabajo, para bailar y festejar; la Italia de Nueva York, acampada por junto al Bowery, puso papeles nuevos en los puestos de frutas, clavó la bandera en la boya

bruñida con que se anuncia el lustrador, sacó a la puerta el moño re-peinado y los pendientes de corales,—¡hasta que anunció el telégrafo la novedad aterradora,—que Nueva Orleans se amotinaba,—que rodeaba la cárcel,—que ahorcaba al Bagnetto,—que metaba al Macheca! De sus covachas y callejuelas salían, dando gritos, las mujeres. Dejaban a las crías en las aceras, y se sentaban a llorar. Se destrenzaban los cabellos y se los mesaban. Llamaban a los hombres, a que despertaran. Los injuriaban, porque no despertaban pronto. Corrían, con las manos en la cabeza. Se llenó de mujeres y hombres la plaza de los periódicos. Sus periodistas, siempre desunidos, les hablan, juntos por primera vez, desde un mismo pórtico. “¡Seamos uno, italianos, en este dolor!” “¡Venganza, italianos, venganza!” Y leían sollozando, los horribles telegramas. Las mujeres se echaban en la calle de rodillas. Los hombres, con la mano dura, se lavaban las lágrimas.

Era verdad que Nueva Orleans, con la ley en sus manos, se volvía contra su ley. El gobernador del Estado, dueño de la milicia, abandonaba la capital del Estado al motín. Los cabecillas del motín contra el tribunal, eran hombres de tribunales, eran magistrados, fiscales, defensores. Los capitanes de la matanza eran los delegados del alcalde, que no mandó salir sus fuerzas contra los matadores. Ni una voz de piedad, ni una súplica de mujer, ni un ruego de sacerdote, ni una protesta de la prensa: “¡A matar a los dagos!” “¡A las armas, ciudadanos buenos!” “¡A la una de la tarde, al pie de la estatua de Clay, a remediar la incapacidad de la justicia en el caso Hennessy! ¡Id preparados a la acción!” Cundió el convite impreso, firmado por los guías de ideas y gente de pro de la ciudad. “¿Qué se nos ha de oponer el alcalde, si los que nos convocan son los mismos que él designó para la junta auxiliar de la pesquisa?” “Parkerson es nuestro jefe, el hombre de alma velluda que ganó a la cabeza de los demócratas sueltos, las elecciones de la ciudad.” “Firma Liche, el comisionado de las obras públicas, que es puesto de tanto poder.” A la una estaba henchida la vertiente de las calles viejas donde se levanta la estatua de Clay. Dicen que la milicia está con ellos; que los milicianos están allí sin uniforme; que hay una casa llena de picos y hachas; que ayer vació un carro al respaldo de la cárcel, una carga de vigas para atacar las puertas; que en la junta de ayer, en la junta de los cincuenta, se dispuso el plan, se nombraron los jefes, se repartieron las armas. Vítorean unos a Wyckliffe, y a Parkerson todos: “¡Discurso! ¡Salten la reja,

y dennos un discurso!” El orador surge, al pie de la estatua. Parkerson es el orador, hombre de leyes, jefe de partido, joven: la levita le ajusta: tiene redonda la cabeza; nó se le cae la lengua, ni se le cae la mano: acciona, acciona bien, echa el pie adelante y levanta por sobre la cabeza el brazo izquierdo:—“¡A las armas, ciudadanos! ¡Los crímenes deben ser castigados con prontitud; pero donde y cuando quiera que los tribunales fallen, que los jurados violen su juramento, que asomen los sobornadores, es ocasión para que el pueblo haga lo que el tribunal y el jurado dejaron de hacer!” “¡Estamos contigo, Parkerson!” “¿Qué resolución tomaremos, ciudadanos? ¿Será la acción?” “¡La acción! ¡Guía! ¡Estamos contigo!” “¿Listos?” “¡Listos!”

Salta al puesto un Denegre, abogado y propietario. “Soy de la junta de los cincuenta: me nombró el alcalde, y doy cuenta al pueblo. Estamos con el muerto: vamos a buscar a los asesinos. La junta es impotente: el tribunal es impotente: ¡puedan los ciudadanos!”

Y habla Wyckliffe, abogado y dueño de un periódico. Se ve en la masa el vaivén. Con los brazos va empujando Wyckliffe las palabras: “¡Al pie de esta estatua se viene a hechos! ¡Abajo la Maffia! ¿Nos quedaremos con las manos en los bolsillos, o echaremos de la ciudad a esa peste de herejes?” “¡Vamos!...” “¡Llévennos!...” “¡A buscar los fusiles!” responde Parkerson: “¡y a la plaza enseguida, a la plaza del Congo!”

¡A la plaza! ¡a la prisión! La columna va en marcha, a paso ligero. Va Parkerson al mando, el capataz, demócrata. Va Honston, otro capataz, que dio muerte hace veinte años al matador del primer Hennessy. El subteniente es Wyckliffe, que fue fiscal de la ciudad. Delante van tres carros, con cuerdas y escaleras, y en el astil de uno el nudo de la horca.

Detrás van los rifleros, a paso militar, con los doscientos rifles al hombro. El gentío los sigue y los rodea; unos llevan escopeta, revólver los demás. Se oye el rastreo de los pies. “Van sonriendo, como a un picnic.” Y cuando llegan a la prisión, que es de canto y balcones, un piquete, como por orden conocida, se echa sobre cada puerta: el alcaide, entre los gritos y silbidos, les niega las llaves. Con las vigas de punta embisten al portón. Las hojas bambolean, y un negro las derriba de un hachazo. Entran cincuenta: ¡quisieran entrar todos! “Aquí está la llave de la reja”, dice el segundo alcaide. Y los llaveros abren paso.

Se juntan los cincuenta hombres. Se oye temblar a los presos de una celda abierta. Por la reja de otra se ve una cara moribunda. No son éstos; los llaveros, obsequiosos dicen que no son éstos,—que están arriba en el departamento de las mujeres,—que allí está la otra llave. “¡Des-

pacio, caballeros, despacio”, dice Parkerson: “¿Quién los conoce? ¡Nada más que a los dagos!” Se precipitan por el corredor vacío: una mano escamosa y blancuzca, una mano de africana, ochentona, les señala el rincón, por donde sube la escalerilla, por donde se oyen pisadas que vuelan. “¡Hurra, tres hurras!—dice uno de los cazadores; y los demás, ondeando el sombrero, dan tres hurras con él y se echan escalera arriba. “¡La medicina!” dice uno: suena el disparo graneado: da en el aire una vuelta, muerto de un tiro en el cerebro, el último de los que huían. Sofoca el ruido de los disparos el viva y vocerío que llegan de afuera: “¡Viva Parkerson!” “¡Viva Wyckliffe!” Los presos no tienen tiempo para pedir misericordia. ¡A tierra, agujereados como un jibe, Gerachi y Caruso! A Romero lo matan de rodillas, con la frente postrada en las baldosas: como una red de cintas era luego el sombrero de Romero: ¡la levita, por la espalda, piltrafas de paño! Vuelan las balas. Macheca, acorralado, cae de un golpe en la cabeza: acabó allí entre los pies de los hombres, de los abogados, de los comerciantes, acabó allí, sin un solo tiro, a culatazos. De afuera ya venía la ira temible: “¡Que nos los traigan! ¡Que nos los maten aquí afuera!” Y estaba llena la plaza, las calles todas de los alrededores llenas. Había mujeres y niños. “¡Que nos los traigan!” “¡Aquí afuera!”

Por una puerta apareció una escuadra echando por delante, como a un ebrio, a Polozzi, el testigo loco. Se les caía de entre los brazos al suelo. Dos se pegan e injurian, porque los dos quieren apretar mejor el nudo. Un racimo de hombres se cuelga de la cuerda. Y cuantos están alrededor vacían sobre ella sus revólveres. Les caen sobre el pecho los chorros de sangre.

A Bagnetto lo sacan en brazos: no se le ve la cara, de la herida: le echan al cuello, tibio de la muerte, el nudo de cuerda nueva: lo dejan colgando de una rama de árbol: ¡podarán luego las ramas vecinas; y las mujeres en el sombrero, y los hombres en el ojal, llevarán como emblema las hojas! Uno saca el reloj: “Hemos andado de prisa: cuarenta y ocho minutos.” De las azoteas y balcones miraba la gente, con anteojos de teatro.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 20 de mayo de 1891

CARTA DE JOSÉ MARTÍ

*Un gran pianista, Paderewsky.—La oradora humanitaria, Annie Besant.—
El poeta de Asia, Edwin Arnold.—Sucesos: el drama nuevo de Sarah
Bernhardt.—Paulus en Nueva York.—La Exposición de Chicago.—El
bautizo del crucero "New York".—Los millonarios.—Los hijos de rico.—
Desgracia del millonario Cyrus Field*

Nueva York, Diciembre 7 de 1891

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Padereswsky es polaco, polaco soñador; la cara, pálida y fina, le luce bajo la maraña del cabello bermejo: por cuello usa un pañuelo de seda, prendido con un alfiler humilde: no lleva la casaca de etiqueta, sino levita cruzada: se pone al piano, y es delicia y ensueño lo que toca, una bruma que se va levantando, un encaje que se va tejiendo, estrellas que se alborotan, coquetean y cuchichean, una música leve y sin ruidos, donde no queda la poesía sofocada, ni el sueño abatido y estropeado por la tierra, de puro tamborear del tocador sobre el marfil; sino que la honrada ejecución deja ver en toda su limpieza el pensamiento del artista, y es como flores que vuelan, o besos que se encienden, o montes que salen de lo hondo del mundo, o corazones que se desgajan:—Nueva York entero quiere oír a la vez al famoso Paderewsky, que no trae corona de aires, ni mal humor de genio, sino una amable buena crianza, y un gusto en dar gozo, por lo que el público se le apega y encariña. Luego bebe Johannisberg, y besa manos lindas: alrededor bromean y viven: él deja ir las manos serenas sobre el teclado, manos que evocan más que tocan, y su arte libre es todo de luna y melancolía.

Annie Besant ha venido de Inglaterra, con su elocuencia ardiente y sus canas jóvenes, a mantener los dogmas teosóficos: el espíritu es una mina de hechos: hay que descubrir y clasificar los hechos del espíritu: hechos del espíritu, científicos como cualesquiera otros, son todos los del hipnotismo y el mesmerismo, los sueños y la clarividencia, el genio y el poder de transferir el pensamiento, todo lo que está en los libros de Sinnett y en “La Doctrina Secreta” de la gran sacerdotisa que se les acaba de morir, la rusa Blavatsky. Al hombre se le ha de criar la divinidad que trae en sí: lo animal del hombre, que nos es lo más conocido

de él, no triunfará al fin sobre lo divino del hombre, menos conocido: la mente puede entrar en lo espiritual más allá de lo que ha entrado. Otros caen en lo material y representable de estas doctrinas, que es por donde flaquean; en milagros que parecen cosa de prestidigitador; en poner cosa tan noble como el espíritu ambiente al ejercicio de duplicar las tazas de una mesa, o hacer sonar "las campanillas astrales": Annie Besant lo que quiere es que se piense con libertad, que el hombre conozca y fomente lo puro de sí, que se vea el mundo como una vía de deberes purificadores, que se ame al hombre y se le sirva, que a la verdad se la quiera más que al padre y a la madre y a los hijos, que la vida del hombre se emplee en redimir la raza humana.

De impura han acusado a esta mujer incólume,—porque al ver en este mundo la pobreza irremediable, abogó por los modos de traer menos animales humanos al mundo. De irreligiosa la han acusado,—porque no quiso credos de odio y cartón, como el de su marido, sino religión de ciencia y piedad, que no contradiga la naturaleza que se ve, ni la afee con la desigualdad y la hipocresía y el egoísmo. De mala esposa la han acusado,—porque su esposo le dio a escoger entre comulgar sin fe, puesto que ella no creía en la comunión, o salir del hogar: y salió del hogar. De perturbadora la han acusado,—porque bajó a los pobres, porque les predicó sus derechos, porque les visitó sus escuelas, porque curó a los huelguistas heridos, porque fundó la Liga de la Ley y de la Libertad, que daba defensa gratis a los presos sociales o políticos, porque era el más tenaz teniente del racionalista Bradlaugh. Y ella; en su determinación de pensar libremente, del credo áspero de la niñez pasó a un deísmo abierto; de éste al ateísmo franco, sin dios interventor, ni más divinidades que los órdenes fecundos de la naturaleza; y del ateísmo, que no era en ella más que la insurrección del juicio contra la divinidad pueril y carnavalesca, ha subido a estas teosofías de ahora, que buscan la ley del universo en los hechos del alma recónditos y ocultos.—Todo va acrisolándose por el ejercicio del bien, y convirtiéndose en esencia espiritual, presente aunque invisible. Todo es orden en las almas ya libres, cuya acción superior, e influjo directo, sienten confusamente en esta vida las almas irredentas. Edúquese lo superior del hombre, para que pueda, con ojos de más luz, entrar en el consuelo, adelantar en el misterio, explorar en la excelsitud del orbe espiritual.—A eso viene Annie Besant de Inglaterra: a echar sobre los corazones su palabra piadosa y encendida, a tantear de buena fe, con oratoria a la vez sensata y mística, por los caminos de la religión venidera.

Edwin Arnold es el otro inglés que anda por el Norte hoy, el poeta de Inglaterra que mejor quiebra acaso e instrumenta el verso. Peca su prosa de falta de conjunto, y no agrupa el color ni lo gradúa, por lo que suele parecer lo suyo como mantón de cachemira, donde la menudez de la flor cansa los ojos. O peca por singularidad, con una que otra elegancia de muletilla, y ridiculez con pasaporte, que han de dejarse para los que tienen que disimular con el pergamino de la vestidura el pensamiento huero. La originalidad del lenguaje ha de venir de la originalidad de la idea, y la elegancia está en el ajuste de la palabra a lo que se quiere decir, sin retacos, ni calces, ni zancos, ni cuñas, no en salir por los mundos de ahora con la corbata del tatarabuelo, y el ramo de brillantes en el alfiler de plata. Pero en el verso está la novedad de Arnold, no sólo porque no hay inglés que lo mueva con más soltura y música, ni Swinburne, ni Morris, ni Wilde; ni porque su poesía tiene más talla y volumen que la gentil de los dos escoceses, el elegante Lang y el puro Stevenson; sino porque dio por ahito al mundo de las antigüedades mediterráneas, y les ha puesto de rival "La Luz de Asia", donde cuenta en metros fastuosos la opulenta fábula hindú, y "La Luz del Mundo", que es como un cristianismo del Oriente, con la cruz tachonada de pedrería, y los altares repletos de nenúfares. Por el Norte anda Arnold ahora, leyendo de sus versos, y oyendo como le alaban su poder de periodista, su enérgica ayuda cuando la expedición que fue a buscar a Livingstone, sus viajes de reposo y poesía por el Indostán y el Japón. Y habla su inglés punteado: y adora las flores.

Está lleno Nueva York de sucesos. Sarah Bernhardt ha estrenado un drama de aspavientos, la historia de una amadora infatigable y vengativa, hoy beso y mañana puñal, que le escribió el italiano Giaccosa, de retazos de un cuento florentino. Paulus, el colaborador de Boulanger, encanta a las damas fáciles del teatrejo de Koster y Bial con la elocuencia pícaro de aquella cara suya, que vale en él más que la voz fañosa, y dice cuanto hay que decir de los anhelos, y encuentros, y pecados, y cenas, y dúos de los bulevares. Sin hablar lo cuenta todo: halla a la dama, le guiña el ojo; se le pone al lado; entran juntos a comer, comen juntos, y solos: está él solo al despertar, turbio el juicio, y el bolsillo robado. Los alemanes tuvieron su festival artístico, su "Kuntlersfest", que es un baile con cuadros de historia y poesía, que luego se riegan por el salón hermoso, colgado aquí y allá de guirnaldas de pino, para que el

mucho adorno no quite vista a la viveza de las caras y los trajes. Velázquez iba de brazo con el rey Gambrino.—Depew, el consejero de los ricos, vuelve de Chicago con las manos en el cielo, porque “va a ser grandiosa aquella exposición”, y tiene milla y media de frente al agua, y doce edificios colosales, y tres veces más campo que la de París, y un palacio por cada Estado de la República, menos este Nueva York rencoroso, que es preciso que se deje deshelar el corazón, y mande su palacio como los demás; el Oeste se está poniendo muy enojado con Nueva York. Y en el bautizo del crucero nuevo, el “New York”, de dieciséis mil caballos de poder, lo florido de los republicanos se juntó a dar vivas: “¡Más barcos!” decía uno. “¡A barco por mes—decía otro,— que es lo que se necesita!”: “éste quedará listo para enero”: había veinticinco mil pañuelos por el aire cuando la hermosa hija de Page, de traje azul y abrigo de pieles, rompió contra la proa el champaña envuelto en seda, pero ¿y Cleveland, el ciudadano patriarcal de la metrópoli? ¿y Whitney, su ministro, que es de la flor aristocrática? ¿y Kill, el gobernador que va al Senado, y quiere ir a la Presidencia? ¿y Flower, que va a entrar a gobernar, y tiene millones hasta la cintura? No había demócratas en el bautizo del “New York”.

Y otros millonarios hubo que no pudieron enseñarse en la fiesta, un millonario sobre todo, vencido, arruinado acaso, por la deshonra del hijo que prefería. Pudre al hombre quien no le pone, junto a la pasión inevitable de las pompas del mundo, el conocimiento y hábito de la verdad definitiva de él, que está en la casa amable, con su rincón de amigos, y en la paz interior que viene de desdeñar cuanto no sea la honra de la conducta y la ternura del cariño: pudren a los hijos estos padres de ahora, que los crían en cantinas y ambiciones, con coñac por juicio y sífilis por sangre, de pura venganza y vanidad de pobre, que quiere enseñar en el mozo desocupado la riqueza y privilegio que el padre no tuvo: el borracho, a la vergüenza, aunque sea hijo del necio inteligente,—a la vergüenza el que empobrece en los fórnices venenosos la sangre nacional: la novia ha de pedirle al pretendiente, con la carta de declaración, su cédula de trabajo.—Y otros padres fomentan en el hijo la pasión de la riqueza, sin ver que sólo dura aquella que se cría sudor a sudor; y le espolean la ansiedad de acaudalar, sin ver que las agonías de la fortuna intrigante son de más náuseas, y de fin más cruento, que el de la riqueza natural o la plaza decorosa. ¿A qué vencer a los viles, en la pelea falsa

del mundo, si para vencerlos es preciso ser más vil que ellos? En ser vencido es en lo que está el honor: en verlos pálidos de miedo, colorados de champaña, espantosos de odio, muertos de frenesí. El rincón de la casa es lo mejor, con la majestad del pensar libre, y el tesoro moderado de la honradez astuta, y un coro amigo junto a la taza de café. Lo mejor no es el vicio del millón, con el crimen de salero y la prostituta de mostaza. Ahí está Cyrus Field, el de la gloria del cable transatlántico, el que tuvo a su mesa a los prelados y los reyes, el que movió y cuajó millones, y sacó oro del agua y el papel, el que crió a su hijo en el presidio de la bolsa. Y ahora gime en su cama de viejo, y muerde la almohada sin sueño, y se mesa las canas inútiles, porque el hijo, que era cabeza de una firma magna, dispuso de lo ajeno para aumentar innecesariamente la fortuna propia, vendió lo que no era suyo para cubrir el primer robo, alzó dinero sobre cargamentos que nunca vieron la mar, y cuando de manos del padre lloroso, del padre adementado con la agonía de su compañera moribunda, tomó para socorrerse la llave de la caja, la vació como un ladrón, y dejó al padre “tan pobre como el día en que había nacido”. Los pueblos nuevos han de librarse de la lepra de los negocios inútiles.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 17 de diciembre de 1891